

UNIVERSITY OF CHICAGO

107
LARIO



LOS
HIJOS DEL PUEBLO,
ó
HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

TOMO IV.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721481761



LOS

HILLOS DEL PUEBLO

Historia de Santa Fe

1910

LOS
HIJOS DEL PUEBLO,

SUS CONQUISTAS, SUS MARTIRIOS, SUS GLORIAS, SUS LUCHAS,
SUS TRIUNFOS Y MEREcimientos.

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS,

PUBLICADA

CON LOS MANUSCRITOS DE UN INTERÉS EXTRAORDINARIO QUE DEJÓ INÉDITOS

el malogrado

EUGENIO SUE,

ARREGLADA AL CASTELLANO

D. G. Laureano Macías Gastón.

ESPLÉNDIDA EDICION Y ÚNICA TRADUCCION

autorizada por el propietario y legatario universal del autor, Sr. Baron de La Châtre,

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN ACERO.

TOMO IV.

Barcelona.

IMPRESA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
calle de Escudillers, n.º 57.

1859.

LOS

HIJOS DEL PUEBLO,

ó

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

EL CUCHILLO DE CARNICERO

ó

JUANA LA DONCELLA.

1412-1461.

CAPÍTULO PRIMERO.

DOMREMY.

Infancia de *Juana Darc*. — *Sibila* su madrina. — El árbol de las hadas. — La leyenda de Hena la virgen de la isla de Sen. — Profecía de Merlin, el bardo galo. — El tañido de las campanas. — El mensajero real. — Santa Margarita y Santa Catalina. — Fray Arsenio el médico. — Los ingleses. — Incendio y saqueo de la aldea de San Pedro. — El castillo de la Isla. — Borgoñones y Armañacs. — El ayuno. — Primera vision de Juanita. — La mision. — El sargento. — El casco y la espada. — Partida para Vaucouleurs.

Recordad, descendientes de Joel, recordad esta leyenda de la mujer católica y monárquica. Carlos VII debia su corona á Juana Darc y Carlos fué sobremanera ingrato con ella. Un síno fatal la arrastró á la hoguera... Aquella heróica jóven fué quemada viva. Los malos caballeros de otros tiempos habian dado la Galia á los ingleses... el genio militar de la Doncella y su patriotismo, triunfaron por fin del extranjero... y fué perseguida, vendida y condenada por sus émulos... ¡Pobre hija del pueblo! La implacable envidia de unos, la negra ingratitud de otros y la ferocidad de no pocos, consumaron su martirio. ¡Bendita seas por las generaciones venideras, oh vírgen guerrera, santa hija de la madre patria! — No olvidéis descendientes de Joel esta leyenda y juzgad por su contenido del corazon humano!

Domremy es una aldea de las fronteras de la Lorena situada en el

vertiente de un fértil valle cuyos pastos baña el Meuse. Un antiguo bosque de encinas, donde ecsisten todavía algunos recuerdos de la tradicion druídica, termina junto á la iglesia que es la mas hermosa de todas las parroquias del valle que comienza en Vaucouleurs y acaba en Domremy. Santa Catalina y Santa Margarita soberbiamente pintadas y doradas, decoran este santuario. Un San Miguel arcángel empuñando una espada con la diestra y sosteniendo unas balanzas con la siniestra, brilla merced á los vivísimos colores con que está pintado, en el fondo de una oscura capilla. ¡Venturoso es el valle que comienza en Vaucouleurs y termina en Domremy! Señorío real, perdido en los confines de la Galia, no habia sufrido hasta entónces los desastres de la guerra. No asi el centro del pais que hace mas de medio siglo que se vé constantemente desolado. Sus habitantes han sacudido el yugo del vasallaje, merced á las revueltas intestinas y al alejamiento del poder soberano, separado de ellos, por la Champaña, que ha caido en poder de los ingleses.

Jacobo Darc oriundo de una familia por mucho tiempo sierva de la abadia de San Remy y mas tarde del señor de Joinville, antes que el feudo de Vaucouleurs fuese reunido al dominio real, Jacobo Darc, honrado labrador, severo padre de familia, si bien un poco áspero en su trato, vivia del cultivo de sus tierras. Su mujer se llamaba *Isabel Romée*, su hijo mayor *Pedro*, el segundo *Juan* y su hija que nació el dia de los Reyes del año 1412 se llamaba *Juanita*. Entónces que tenia trece años cumplidos, era una jóven agraciada, tan modesta como sencilla, de una inteligencia precoz y un talento superior á su edad. No le disgustaba tomar parte en los juegos de sus compañeras, pero si bien no pocas veces obtuvo el premio de la carrera por su extrema agilidad, jamás se mostraba orgullosa por sus triunfos. No sabia leer ni escribir; ayudaba á su madre en las faenas caseras, conducia el ganado al pasto y no temia á nadie para coser ó hilar. Cuando se hallaba sola en el fondo de los bosques guardando su rebaño, se complacia en meditar; pero lo que mas placer le causaba era el lejano sonido de las campanas; tanto le deleytaba su tañido, que algunas veces hacia algun regalito consistente en frutas ó madejas de lana al sacristan de la parroquia de Domremy, suplicandole con mucha gracia que prolongase un poco el toque de visperas ó de ánimas (1). Juanita tenia ademas una particular

(1) Estos detalles están tomados del proceso de Juana Darc tomo I. pag. 39, y siguientes.

predileccion á un antiguo bosque de abetos en el cual, junto á una cristalina fuente, se alzaba un robusto roble llamado el *Arbol de las hadas*. A este bosque del cual se referian cosas portentosas, acostumbraba la jóven conducir su rebaño. Decíase que los sacerdotes de los antiguos dioses de la Galia, aparecian algunas veces vestidos con sus anchas túnicas blancas, bajo la sombría bóveda de los copudos árboles del bosque y que tambien amenudo iban las hadas, á la luz de la luna, á mirarse en las límpidas aguas de la fuente. Juanita no temia á las hadas, sabiendo que con la señal de la cruz ahuyentaba á los espíritus malignos, y profesaba una particular devocion á Santa Margarita y á Santa Catalina, que eran las dos hermosas santas patronas de su parroquia. Cuando en los dias festivos acompañaba á sus queridos padres á los divinos officios, no se cansaba de contemplar y admirar sus buenas santas á la vez risueñas y magestuosas bajo sus aureas coronas. San Miguel le llamaba tambien mucho la atencion, pero la amenazadora severidad de las facciones del arcángel y su flamígera espada, intimidaban á la pastorcita, al paso que abrigaba una inefable confianza en sus queridas santas.

Tenia por madrina á *Sibila* mujer octogenaria oriunda de Bretaña, de profesion hilandera. Sibila sabia una multitud de leyendas maravillosas y hablaba familiarmente de las hadas, de los genios y demas seres sobrenaturales. Algunos la creian bruja; pero su buen corazon, sus sentimientos religiosos y la honradez de toda su vida, no justificaban en modo alguno aquellas sospechas de mágia. Juanita que era el objeto de su predileccion, escuchaba con avidez las leyendas que le referia su madrina, cuando la encontraba yendo á abreviar sus ovejas en la fuente del Arbol de las Hadas, en cuyo arroyo Sibila ponía á curar el cáñamo. Las miraculosas relaciones de su madrina grababanse profundamente en el ánimo de Juanita, cada vez mas seria y pensativa, á medida que se acercaba al cumplimiento del tercer lustro de su vida. Hacia ya algun tiempo que experimentaba una vaga tristeza. Algunas veces hallándose sola en medio de los bosques ó praderas, llegando á sus oidos el lejano tañido de las campanas, que tanto la seducia, se ponía á llorar sin saber porqué lloraba; no obstante, aquellas lágrimas involuntarias aliviaban su melancolía. Pero sus noches eran inquietas y agitadas y huía de sus párpados aquel tranquilo sueño de que disfrutaban los hijos del campo despues de sus saludables fatigas. Soñaba mucho y ora sus sueños le recordaban confusamente las leyendas de su madrina, ora veía á

Santa Margarita y Santa Catalina que le sonreían con un ademán tierno y misterioso.

Era un hermoso día de verano; el sol se ocultaba detrás del castillo de la Isla, pequeña fortaleza situada entre los dos brazos del Meuse á una gran distancia de la aldea de Domremy. Jacobo Darc moraba en una casa cercana á la iglesia cuya cerca tocaba al vallado que cerraba la huerta. La familia del labrador, reunida delante de la puerta de la casa, disfrutaba de la frescura de las brisas vespertinas, los unos sentados en un banco, los otros en el suelo. Jacobo Darc, hombre robusto, de mirada severa, tez morena y cabellos canos, descansaba de las fatigas del día sentado entre sus dos hijos Pedro y Juan. Su madre Isabel hilaba su rueca y Juanita cosía. Alta y robusta por su edad, esbelta y bien proporcionada, tenía los cabellos negros y negros eran también sus brillantes y rasgados ojos. El conjunto de sus facciones prometía una belleza varonil, pero dulce á la vez. Vestía, según la costumbre de su país, una saya de bayeta color de escarlata y de su jubón escotado en las espaldas salían las mangas de su camisa descubriendo hasta su mitad unos brazos nervudos y blancos, ligeramente dorados por el sol.

La familia Darc escuchaba las relaciones de un extranjero, que vestía un ropon color pardo oscuro, calzaba grandes botas con espuelas, tenía un látigo en la mano y llevaba en bandolera una caja de hoja de lata prendida de una correa... Este extranjero llamado *Gilon-el-Afortunado*, recorría á caballo largas distancias en su calidad de correo ligero, transmitiendo las cartas que se escribían los personajes importantes. Acababa de llevar uno de esos mensajes al duque de Lorena y regresaba á la corte de Carlos VII, que residía entonces en Bourges. Al pasar Gilon-el-Afortunado por Domremy, había rogado á Jacobo Darc que le indicase una posada donde pudiese cenar y dar el pienso á su caballo.

— Cenareis con nosotros y mis hijos conducirán vuestro caballo al establo, contestó al extranjero el hospitalario labrador. Aceptado el ofrecimiento, cenaron juntos y el extranjero deseoso de satisfacer el gasto á su modo, dando recientes noticias de Francia á la familia Darc, le refirió como los ingleses, dueños no solo de París sino de cuasi todas las provincias, tenían aterrorizadas las poblaciones con sus violencias y sus rapiñas sin fin; como el rey de In-

glaterra, que todavía era un niño, había heredado la corona de Francia, bajo la tutela del duque de Bedford, mientras que el pobre jóven Carlos VII, que era el verdadero rey, abandonado de cuasi todos los señores, desterrado en Turena, apenas confiaba sustraer á los ingleses aquella provincia último resto de sus estados. Gilon-el-Afortunado, mensajero de la corte, naturalmente realista y del partido de los Armañacs, profesaba, como cortesano en activo servicio, una especie de ciega adoracion por Carlos VII. Pero este príncipe enervado por sus precoces desordenes, egoísta, codicioso ingrato, envidioso y particularmente cobarde, no se ponía jamás á la cabeza de las tropas que le quedaban, y se consolaba de sus derrotas y contratiempos en el seno de los festines, adulado por los que le rodeaban. Gilon-el-Afortunado, en su fervor realista, hacia caso omiso de los defectos de su señor y ponía solo en relieve, en cuanto le era posible, sus infortunios.

— ¡Pobre jóven! ¡Pobre rey! dá lástima al considerar lo que debe sufrir, decía el mensajero al terminar su relacion.— ¡Su imprudente madre Isabel de Baviera, es causa de tanto mal!.. Su comportamiento con el duque de Orleans y su odio contra el duque de Borgoña, han engendrado las terribles guerras civiles de Borgoñones y Armañacs. Dueños ya los ingleses de varias de nuestras provincias desde la funesta batalla de Poitiers, se han apoderado facilmente de cuasi toda la Francia, despedazada por sus facciones y le imponen un yugo espantoso y todo lo pasan á saco, fuego y sangre. En fin el duque de Bedford, tutor de un rey que todavía está en la cuna, reina en lugar de nuestro amado príncipe. Dios ha de pedir estrecha cuenta de sus enormes faltas á esa funesta Isabel de Baviera, porque esta mujer ha perdido el reino... Ya no somos franceses... sino ingleses.

— Gracias á Dios, dijo Jacobo Darc, al menos nosotros continuamos siendo franceses en nuestro valle!... Afortunadamente no hemos conocido hasta ahora los desastres de que nos habláis, amigo mensajero. ¿Y decidme? ¿Carlos VII nuestro jóven señor, es un príncipe digno de gobernar?...

— ¡Él!... ¡Justos cielos! exclamó Gilon, adulador y mentiroso como un criado cortesano; ¡ah! querido huesped, ¡Carlos VII es un ángel! Todos los que tienen la dicha de conocerle de cerca le adoran, le reverencian y le bendicen. Puede decirse que reúne á la mansedumbre del cordero, la belleza del cisne y el valor del león!

— ¡El valor del león! repitió Jacobo Darc con admiración. ¿Nuestro joven soberano se ha batido ya animosamente, amigo mensajero?

— Si se le hubiese dejado hacer, se habría hecho ya matar cien veces al frente de las tropas que le han quedado fieles, respondió Gilon hinchando sus juanetes. Pero la vida de nuestro augusto soberano, es tan preciosa, que los señores de su familia y de su consejo, han debido oponerse á que arriesgase sus días de un modo que me atreveré respetuosamente á calificar... de un heroísmo inútil. Y digo heroísmo inútil, porque los soldados que siguen todavía la enseña real, están completamente desalentados por tan numerosas como desastrosas derrotas; la mayor parte de los prelados y señores, se han declarado por el partido de los Borgoñones é ingleses; todo el mundo abandona á nuestro joven señor, y pronto, quizás, obligado á salir de Francia, no hallará en el reino de sus padres un abrigo para reposar su cabeza!... ¡Ah! funesta, tres veces funesta mujer, Isabel de Baviera, causa de tantos males!... Si, no lo dudeis, esa mujer ha perdido nuestro infortunado país y ha sido el origen de la perdición de nuestro gentil delfin.

Habiendo cerrado la noche, Gilon-el-Afortunado, dió las gracias por su hospitalidad al labrador de Domremy, volvió á montar á caballo y prosiguió su camino. La familia Darc, despues de haber compadecido la triste suerte del joven monarca, se reunió para rezar la oracion de la noche, finida la cual se entregó al descanso.

Aquella noche, Juanita no pudo conciliar el sueño tan facilmente como tenia de costumbre. Silenciosa y atenta á la relacion del mensajero, por primera vez de su vida habian llegado á sus oidos unas palabras que pintaban con tan profundo dolor los saqueos de los ingleses y los infortunios del joven delfin de Francia. Jacobo Darc su mujer y sus hijos despues de la partida de Guilon-el-Afortunado, habian continuado lamentándose por mucho tiempo de los infortunios públicos. Vasallos del desgraciado monarca, lo querian y reverenciaban tanto mas, cuanto menos lo conocian y no sufrían su vasallage, del que se habian libertado merced al alejamiento de su soberano y á las revueltas de su tiempo.

Los hijos son generalmente el eco de sus padres; asi es que al ejemplo de Jacobo y su mujer, Juanita llevada por su sencilla y tier-

na credulidad, compadecia con todo su corazon á aquel jóven delfin de Francia tan amable, tan hermoso y tan valiente, pero tan desventurado, por la falta de su mala madre. ¡Ah! repetia la compasiva jóven, recordando las palabras del mensajero, «todo el mundo abandona á nuestro rey y señor y pronto quizás, se verá obligado á salir del reino de sus padres.»

Juanita que hacia algun tiempo acostumbraba llorar sin motivo aparente, aquella noche lloró los infortunios de su rey y se durmió rogando á sus queridas santas y á san Miguel arcángel que intercediesen para con el Señor en favor del jóven príncipe. Ni aun en sueños, aquellos pensamientos abandonaron á la pastorcita. Soñó cosas muy estrañas: ora veia al delfin de Francia hermoso como un ángel de los cielos que se sonreia con tristeza y bondad, ora las hordas de los ingleses armados de espadas y antorchas, que adelantaban, adelantaban siempre, dejando tras si un ancho rastro de sangre y fuego.

Al despertar Juanita, vivamente afectada su imaginacion por el recuerdo de sus sueños, volvió á pensar muy mucho en el jóven delfin de Francia, sintiendo cada vez mas una viva compasion por sus infortunios. Al amanecer reunió su rebaño de ovejas que conducia todas la mañanas al pasto y con él se dirigió al antiguo bosque donde hallaban apacible sombra y cespéd florido. Mientras pacian se sentó junto á la fuente de las Hadas, resguardada de los rayos del sol por las pobladas ramas de una haya secular y maquinalmente se puso á hilar.

Al cabo de algunos instantes, Sibila, madrina de Juanita, vino tambien á la fuente, cargada con un enorme lio de cáñamo que traia para embalsar en el arroyo que formaban las aguas que manaban de la fuente. Aunque algunas gentes sencillas creyesen que Sibila era una hechicera, sus facciones no tenian nada de comun con las que se suponen en las viejas poseidas del maligno espíritu. Sibila no tenia la nariz arremangada, la barba horquillada, la mirada de mochuelo y la sonrisa tenebrosa. Por el contrario; el rostro de Sibila si bien algo pálido, era muy venerable y sus ojos azules brillaban con un fuego concentrado, cuando referia las antiguas leyendas ó los heróicos cantos de los bardos de la Armórica, su pais natal. Sin dar ninguna fé á la mágia, Sibila la tenia muy profunda en ciertas profecías de los antiguos bardos galos, como la tienen los cristianos

en las profecías de su santas escrituras. Fiel á la creencia druídica de nuestros padres, la madrina de Juanita sabia que no se muere jamás y que se va á vivir en el infinito en cuerpo y alma en las estrellas que son unos mundos nuevos y misteriosos. Pero respetando la religion de su ahijada, jamás Sibila proferia una palabra que pudiese ser causa de desconfianza ó duda en la creencia de aquella niña. Queríala tiernamente y siempre estaba dispuesta á referirle alguna leyenda que escuchaba Juanita con mucho recogimiento. Asi se desarrollaba en ella aquel espíritu contemplativo al par que reflexivo, raro en su edad y no menos admirable por la precocidad de su inteligencia.

La pastorcita hilaba maquinalmente siguiendo á sus ovejas con mirada distraida, asi es que no vió llegar á Sibila. Esta despues de haber colocado su cáñamo á algunos pasos de aquel sitio, sujetándole con algunas piedras para que no se lo llevára la corriente del arroyo, se acercó lentamente é imprimió un dulce beso en el cuello inclinado de su ahijada la cual lanzó un ligero grito y dijo enseguida sonriendo: ¡ Ah! ¡ madrina... me habeis asustado mucho!

— ¡ Pues yo te creia menos miedosa! El otro dia corraste tras una enorme víbora y la aplastaste á pedradas, lo que yo no me hubiese atrevido á hacer.

— Es que podia morder á alguno y...

— Y dime ¿ en que estabas pensando que no me has visto llegar?

— ¡ Ah! pensaba en una cosa muy triste...

— ¿ Todavía?

— El buen delfin, nuestro soberano... que es tan amable, tan hermoso y tan valiente, pero tan desgraciado por culpa de su mala madre, quizás se verá obligado á abandonar la Francia á causa de la crueldad de los ingleses.

— ¿ Cómo sabes tú eso?

— Un mensajero se detuvo ayer en casa y nos habló del mal que causan los ingleses en el pais de donde venia y de las penas de nuestro soberano... ¡ Oh! madrina me intereso tanto por él como si fuese mi propio hermano, y estuve llorando largo rato hasta que con dificultad logré conciliar el sueño. Estoy convencida, por las palabras del mensajero, de que la madre del delfin es la causa de todos estos males y de que esta mala mujer ha perdido la Galia...

— ¿ Esto dijo el mensajero? repuso Sibila como si le hubiese asal-

tado de repente un poderoso recuerdo, ¿ha dicho que una mujer habia perdido la Galia?...

— Si, si. Nos refirió los males sin cuento que por su culpa estan sufriendo los habitantes del campo; como los ingleses los roban, los matan é incendian sus moradas; no perdonan ni á las mujeres ni á los niños, y si no degüellan los rebaños, es porque se los llevan para aprovecharse de ellos.

Al pronunciar Juanita estas palabras, contemplaba con inquieta mirada á sus blancas ovejas. Luego prosiguió diciendo:

— ¡ Ah! madrina, tenia el corazon oprimido á no poder mas, al oir la relacion que nos hizo el mensajero de los infortunios de nuestro jóven monarca y de los pobres habitantes de las comarcas donde imperan los ingleses... ¡ Dios mio! ¡ es posible que una mujer sea causa de tantos males!

— Si una mujer ha hecho el mal, respondió Sibila meneando la cabeza con aire pensativo, otra mujer lo reparará...

— ¿ Qué decís?

— Una mujer ha perdido la Galia, repuso Sibila cada vez mas abismada en sus recuerdos y fijando la vista en el espacio, una jóven salvará á la Galia... ¿ Cumpliráse esta vez la prediccion?

— ¿ De qué prediccion hablais madrina?

— La profecia de MERLIN... un bardo de Bretaña.

— ¿ Y cuando hizo esta profecia?

— Hace mas de mil años.

— ¡ Mil años! ¿ Entónces Merlin era un hombre qué leia en el porvenir?

Absorta Sibila en sus pensamientos, pareció no haber prestado atencion á la pregunta de la pastorcita y fija siempre su mirada en el espacio, murmuró con voz lenta y acentuada este antiguo canto de la Armórica:

« Merlin... Merlin... Merlin... ¿ á dónde vais tan de mañana con « vuestro perro negro?

« Voy en busca del huevo encarnado... del huevo encarnado de la « serpiente de los mares.

« Voy en busca del berro verde... verde y de la yerba de oro...

« La rama recta de la encina la hallaré... la hallaré en los bosques « á orillas de la fuente.» (1).

— ¿ La rama recta de la encina... en los bosques á orillas de la

(1) *Merlin el Encantador*. Cantos populares de Bretaña. (Villemarqué. t. I. 219.)

fuentes? repitió Juanita levantando los ojos y mirando en torno suyo movida por las palabras y la espresion reflexiva del semblante de Sibila; ¡entonces es como aquí, madrina, es como aquí! Pero viendo que la vieja bretona no la oía y que al parecer estaba sumida en una especie de contemplacion interior: — Madrina, añadió poniendo suavemente su mano sobre el brazo de Sibila, ¿madrina quién era ese Merlin de quién hablabais?...

— Un bardo galo cuyos cantos se repiten todavía en mi pais, contestó Sibila, como si volviese en sí despues de un delicioso éxtasis; en nuestras mas antiguas leyendas se habla de él...

— ¡Oh! madrina, ¡referidme una de esas leyendas!... Me gustan tanto que... ¡qué algunas veces hasta sueño en ellas!

— Sea como tú quieres. Voy á referirte la leyenda de un aldeano que se casó con la hija de un rey de Bretaña.

— ¡Es posible!... ¡Un aldeano casarse con la hija de un rey!

— Si, pero gracias al harpa y al anillo de Merlin... oye...

Y Sibila refirió á su ahijada la siguiente leyenda en voz baja y lentamente acompasada:

EL HARPA DE MERLIN EL BARDO (1)

— «Abuelita, tengo deseos de ir á la fiesta que dá el rey.

— «No, Alan, no debes ir á esa fiesta, porque soñando en ella has llorado toda la noche.

— «Mi buena abuela si me amais, me dejareis ir á esa fiesta seductora.

— «No, porque al ir cantarías y al volver llorarías.

— «Alan apesar de los consejos de su abuela, partió...»

— Hizo mal en desobedecerla, dijo Juanita, escuchando con avidez como acostumbraba á su madrina; ¡hizo mal en desobedecer á su abuela!

Sibila imprimió un dulce beso en la frente de Juanita y prosiguió:

— «Alan ensilló su potro negro, lo herró con pulido acero, le prendió un anillo en el cuello y un lazo en la cola y llegó á la fiesta. Al llegar los clarines tocaban y los heraldos gritaban:

— «El que á galope salte con salto franco y perfecto, la alta barrera del campo de heno, tendrá por esposa la hija del rey.»

— ¡La hija del rey! ¡Es posible! repitió la maravillada pas-

(1) Cantos populares de Bretaña. (Id.)

torcita juntando las manos y soltando la rueca ¡ la hija del rey !

« Al oír estas palabras del heraldo , prosiguió Sibila , el potro negro de Alan relinchó con fuerza , escarbó el suelo con sus manos , lanzóse despidiendo fuego por las narices y rayos por los ojos , pasó delante de todos los demas caballos y de un salto salvó la barrera.

— « Señor , dijo Alan al rey , vos lo habeis jurado , vuestra hija Linor debe pertenecerme.

— « No pertenecerá ni á tí ni á ninguno de tus semejantes... villano !... »

— Si el rey lo habia prometido y jurado , observó Juanita , faltaba pues á su palabra . ¡ Oh ! de seguro que no faltaria asi á su promesa nuestro gentil soberano , ¿ no es verdad madrina ?

Sibila sacudió melancólicamente la cabeza y prosiguió :

— « Un anciano que se hallaba al lado del rey , un anciano cuya larga barba era mas blanca que el ampo de la nieve y cuyo traje estaba todo galoneado de plata , dijo algunas palabras al oído del rey , quien despues de haberle escuchado atentamente , dió tres fuertes golpes con su cetro para que todo el mundo callase y dijo á Alan.

— « Si me traes el harpa de Merlin que está suspendida por cuatro cadenas de oro sobre la cabecera de su cama ; si , si logras desprender esta harpa y traermela , tendrás quizás mi hija... »

— ¿ Y esta harpa , madrina , donde estaba ? preguntó la pastorcita cuyo interes era cada vez mayor . ¿ Cómo lo hizo para tenerla ?

— Escucha hija mia.

— « Abuelita mia , dijo Alan al volver á su casa , mi buena abuela , si me quereis todavía , me dareis un consejo . Mi corazon está afligido.

— « ¡ No merecias perdon . Si hubieses atendido á mis ruegos , no habrias ido á esta fiesta y tu corazon no estaria afligido . Vamos , no llores , el harpa de Merlin será descolgada . He aqui un martillo de oro , anda... »

« Parte Alan y vuelve al palacio del rey diciendo :— ¡ Dicha y contento ! Vedme aqui otra vez ; traigo el harpa de Merlin.

— ¿ Pudo , pues , tomar el harpa ? dijo Juanita sorprendida ¿ y dónde ? ¿ y como la tomó , madrina ?

Sibila puso con aire misterioso un dedo sobre sus labios y prosiguió :

— « Traigo el harpa de Merlin , dijo Alan al rey ; señor , vuestra hija Linor debe pertenecerme ; me lo habeis prometido.

«Cuando el hijo del rey oyó esto, hizo un gesto y habló en voz baja al oído de su padre; el rey, habiéndole escuchado, dijo á Alan.

— «Si me traes el anillo que Merlin lleva en su mano derecha, tendrás á mi hija Linor...»

— ¡Cómo madrina! ¿Faltar dos veces á su promesa? ¡Ah! hizo muy mal el rey!.. ¿Y el pobre Alan que dijo?

— «Alan, repuso Sibila, volvióse llorando y apresuradamente fué á encontrar á su abuela.

— «¡Ay de mi abuelita! el señor rey dijo primero una cosa y después dijo otra!

— «¡No te aflijas por esto, hijo mio! Toma un ramo que lo encontrarás en mi cofrecito; en él hay doce hojas, doce hojas encarnadas tan brillantes como el oro, que por siete noches fuí á buscar en siete bosques, hace siete años.»

— ¿Y qué eran esas doce hermosas hojas de oro, madrina? ¿Las santas ó los ángeles se las habian dado quizas á la abuela de Alan?

Sibila sacudió negativamente la cabeza y continuó su leyenda.

— «Cuando el gallo cantó á media noche, el caballo negro de Alan le aguardaba en la puerta de su casa.

— «Nada temas, querido nieto, Merlin no se despertará, llevándote tú mis doce hojas de oro... Anda sin detenerte...

— «Continuaba aun cantando el gallo y ya el potro negro de Alan iba trotando por el camino... El gallo no habia acabado de cantar cuando ya habia sido arrebatado el anillo de Merlin...»

— Y esta vez, Alan se casó con la hija del rey, ¿no es verdad madrina?

— Todavía no.

— ¡Cómo! ¿Aun no?

— No.

Y Sibila prosiguió así:

«Al día siguiente apenas brilló el astro del día, Alan entró en el palacio del rey y le presentó el anillo de Merlin. El rey quedó sorprendido y todas las personas que le rodeaban decian:

— «Ello es que este jóven aldeano ha ganado la hija de nuestro soberano.

— «Es verdad, dijo el rey á Alan; pero ecsijo además una cosa que será la última; si la logras, mi hija será tuya y además te daré mi reino de Laon.

— «¿Qué debo hacer, señor?

— «Traer á Merlin á la corte para celebrar tu casamiento con mi «hija...»

— ¡Dios mio ! exclamó la pastorcita mas y mas maravillada. Preciso era que aquel pobre jóven tuviese mucha fé para no desesperar.

— «Mientras que Alan se hallaba en palacio, su abuela vió pasar á Merlin por delante de su casa.

— «¿Merlin de donde venís con vuestros vestidos destrozados? «¿A donde vais con la cabeza y piés descalzos? ¿Qué desgracia os «aflije que tan mustio y ansioso estais?

— ¡Ay de mi ! voy en busca de mi harpa, único consuelo de mi corazon en este mundo. Voy en busca de mi harpa y mi anillo, porque he perdido ambas cosas.

— «Merlin, Merlin, no os aflijais; vuestra harpa no está perdida, «tampoco lo está vuestro anillo. Entrad, Merlin, entrad á descansar y comereis un bocado conmigo.

— «No, no quiero descansar, no quiero comer nada hasta que haya encontrado mi harpa y mi anillo.

— «Merlin, entrad, que ya volveréis á encontrar vuestra harpa; «entrad Merlin, que vuestro anillo no está perdido.

«Tanto se lo rogó la abuela de Alan, que entró por fin Merlin.

— «Cuando por la noche Alan volvió á su casa, la sorpresa y el «temor embargaron sus sentidos al ver á Merlin que estaba sentado «junto al hogar con la cabeza inclinada sobre el pecho. Alan no sabia «donde esconderse.

— «No temas nada, hijo mio, no temas nada, porque Merlin está sumido en un profundo sueño; ha comido «tres manzanas encarnadas» que le he cocido en las cenizas calientes. Ahora nos seguirá por todas partes, mañana le conduciremos en presencia de «nuestro señor rey.»

— ¿Y fué Merlin, al dia siguiente, madrina?

— Si. Oye el fin de la leyenda.

— «¿Qué ha sucedido? ¿qué rumor es este que se oye en la ciudad? decia al dia siguiente la reina á su doncella. ¿Qué ha acontecido en la corte? ¿porqué la multitud lanza estos gritos de alegría?

— «Señora, es porque toda la ciudad está llena de gozo; es porque Merlin entra en palacio con una anciana vestida de blanco que «es la abuela del mancebo que debe casarse con vuestra hija.

«Y luego se celebraron las bodas; Alan se casó con Linor y Mer-

«lin cantó aquel fausto acontecimiento. Fueron regaladas cien tú-
«nicas de lana blancas para los ministros del altar , cien collares de
«oro para los caballeros , cien ricos mantos azules para las damas y
«ochocientos vestidos nuevos para los mendigos.

«Y todo el mundo quedó contento. Alan partió para el pais de Laon
«con su esposa, su abuela y un numeroso cortejo. Pero Merlin desa-
«pareció, Merlin volvió á ocultarse. Nadie sabe lo que se ha hecho
«de Merlin ; nadie sabe cuando volverá...»

Juanita habia escuchado á Sibila con una profunda atencion. Lo que mas le habia sorprendido era este hecho singular : «un aldeano casándose con la hija de un rey.» Desde entónces Juanita se escusaba, por decirlo asi á sus propios ojos, de pensar tan frecuentemente, desde el dia anterior, con su jóven soberano , tan amable, tan hermoso y valiente , pero tan desgraciado por su mala madre y la crueldad de los ingleses. Despues de haber reflexionado un momento , la pastorcita dijo á Sibila.

— ¡ Oh madrina, que hermosa leyenda!.. Y aun lo fuera mas, si el soberano de Laon , debiendo combatir á un enemigo tan cruel como los ingleses , si Alan el villano hubiese salvado á su rey antes de casarse con su hija... ¿ Y Merlin ? ¿ No se sabe lo que se hizo de él ?

— No. Dícese que debe dormir mas de mil años... Pero antes de dormirse predijo que «el mal que una mujer ocasionaria á la Galia seria reparado por una jóven... una jóven de este pais... »

— ¿ De este pais , madrina ?

— Si , de las fronteras de Lorena y que naceria cerca de un gran bosque de encinas. (1)

Juanita con las manos cruzadas , dominada por la sorpresa , contemplaba silenciosamente á Sibila , pensando que , segun la profecia de Merlin , la Francia debia ser salvada por una jóven de Lorena , quizás del mismo Domremy. ¿ Esta libertadora no debia nacer junto á un bosque frondoso ? Pues bien , la aldea de Domremy estaba muy inmediata á un bosque de seculares encinas.

(1) Citamos testualmente. Dionisio Laxart (tio de dicha Juana) declaró haberle oido decir. «¿No se predijo en otro tiempo que la Francia arruinada por una mujer, seria restaurada por otra mujer? » (Proceso de reabilit. tom. II. p. 444. *Ap. Jul. Quicherat.*

Declaracion de la mujer de Enrique Rolhaire : « Juana dijo : — ¿ No habeis oido decir que la Francia perdida por una mujer seria salvada por una Doncella de las fronteras de Lorena nacida cerca de un frondoso bosque de encinas ? (*Ibid.* pág. 447.)

— ¡Cómo! madrina, repuso Juanita, ¿es verdad que Merlin predijo lo que acabais de decirme?

— Si, respondió Sibila, pensando que sin duda habian llegado los tiempos en que debia cumplirse la profecía del bardo gaio; hace mas de mil años que esta prediccion fué hecha por Merlin.

— ¿Y en que términos, madrina?... ¿Lo sabeis?

— Lo sé.

— ¡Oh! decidmelo, si gustais!

Sibila apoyó la frente en una de sus manos, reflexionó un momento y luego en voz baja y lenta, dió á conocer á su ahijada esta misteriosa profecía que la niña escuchó con religioso silencio:

LA PROFECÍA DE MERLIN.

«Cuando el sol descende al ocaso y empieza á brillar la luna, doy
«comienzo á mis cantos.

«En mis mocedades cantaba... y ahora que soy viejo canto to-
«davía...

«Poco importa lo que sucede; lo que debe ser, esto será!

«Veo la Galia perdida por una mujer... veo la Galia salvada por una virgen de las fronteras de Lorena nacida junto á un frondoso bosque.

«Veo en las fronteras de Lorena un bosque sombrío, un bosque de árboles seculares en el que crece, en torno de una límpida fuente, la yerba divina que siega el druída sagrado con la segur de oro.

«Veo un ángel de cerúleas alas, todo resplandeciente de luz, que tiene en sus manos una corona, una corona real. Veo un caballo de guerra tan blanco como la nieve. Veo una armadura tan brillante como la plata. ¿A quién están destinados esta corona real, este caballo y esta armadura?

«La Francia, perdida por una mujer, será salvada por una virgen
«de las fronteras de Lorena, nacida junto á un bosque frondoso.

«¿A quién están destinados esta corona real, este caballo y esta

armadura? — ¡ Oh! ¡ Cuánta sangre! ¡ como mana, como corre á torrentes! ¡ Oh! ¡ Cuánta sangre veo, cuánta sangre!

« ¡ Cómo humea! Sube su vapor... sube al cielo como una niebla de otoño en la que se fragua el rayo y muje la tempestad.

« Y al través de esa niebla sangrienta, al través de los truenos y de los rayos, veo una vírgen guerrera que combate impertérrita, que combate siempre en medio de un bosque de lanzas. Dijérase que vá cabalgando en las espaldas de los arqueros... (1)

— « ¡ El caballo de guerra tan blanco como la nieve era para la « vírgen guerrera!... Para ella era la armadura de batalla tan brillante como la plata... Pero ¿ para quién la corona real?

« La Galia perdida por una mujer será salvada por una vírgen de « las fronteras de Lorena, nacida en las márgenes de un frondoso « bosque.

« Para la guerrera el caballo y la armadura. Pero ¿ para quién la « corona real? El ángel de cerúleas alas la tiene en sus manos.

« La sangre ha cesado de manar á torrentes; ya no brilla el rayo, « cesó el mugido de la tempestad.

« Veo un cielo sereno, flotan los estandartes, suenan los clarines, tañen las campanas, por dó quiera se oyen gritos de alegría y cantos de triunfo! La vírgen guerrera recibe de manos del ángel de luz la corona real. Un hombre arrodillado, de cuyos hombros cuelga un ancho manto de armiño, es coronado por la vírgen guerrera.

« Poco importa lo que sucede; lo que debe ser, esto será!

« La Galia pedida por una mujer es salvada por una vírgen de las « fronteras de Lorena, nacida en las márgenes de un bosque frondoso!»

Suspendida Juanita de los labios de Sibila, no le interrumpió ya, escuchando esta misteriosa profecía con una emocion cada vez mayor. Su impresionable y ardiente imaginacion, creia ver la vírgen

(1) « *Descendet virgo dorsum sagittarii...* Entre otros antiguos manuscritos fué hallada una profecía de Merlin que hablaba de esta manera.» (Mat. Thomassin. *Regist. del final*. Ap. J. Quicherat. T. III. p. 15. n.º 2.)

de Lorena revestida de su brillante armadura , montada en su hermoso caballo blanco , batallando en medio de un bosque de lanzas y , como decia el canto profético , «cabalgando en las espaldas de los arqueros.» Luego terminada la guerra , vencido el extranjero , el ángel resplandeciente de luz... (San Miguel , sin duda , imaginaba la pastora , cuya hermosa imágen veia todos los domingos en su parroquia) , vencido el extranjero , el ángel resplandeciente de luz , daba la corona real á la guerrera , y esta se la devolvía al rey en medio de los cantos de victoria , del repique de campanas y de las músicas guerreras. Pero ¿quién podía ser ese rey , sino el gentil delfin cuya madre habia causado las desgracias de la Francia ?... No se le ocurría á la pastorcita que pudiese ser ella la guerrera profetizada por la leyenda ; pero su corazon de inocente niña palpitaba de alegría al pensar que sería una hija de Lorena la libertadora de la Galia !

— Os doy mil gracias , madrina , por haberme contado esta hermosa leyenda , dijo Juanita con las lágrimas en los ojos y arrojándose al cuello de Sibila. Un dia y otro rogaré á Dios y á sus santos , y al arcángel San Miguel , para que pronto se cumpla la profecía de Merlin. En fin , los ingleses serán arrojados de Francia y coronado nuestro jóven soberano , merced el valor de la jóven de Lorena , nacida en las márgenes de un frondoso bosque!... Y despues de un momento de reflexion añadió : Pero ¿creeis vos que esto llegará á cumplirse ?

— Merlin lo dijo , hija mia. «¡ Poco importa lo que sucede ; lo que debe ser , esto será ! »

— No obstante , repuso la pastora , ¿ creeis que sea posible que una jóven cabalque , batalle y mande á numerosos soldados como un esforzado capitan ?

— Lo creo muy posible. En otro tiempo , mi padre conoció en nuestra tierra de Bretaña , la esposa del conde de Monfort , quien venció é hizo prisionero al rey de Francia. Se llamaba Juana como tú , y peleó valerosamente por mar y tierra por espacio de muchos años , no quitándose nunca el casco y la coraza. Esta mujer , que queria salvar la herencia de su hijo , que era un niño de tres años , se batía como una leona á la que quieren arrebatár sus cachorros y blandía la espada , como una mujer cualquiera manejaría una rueca.

— ¡ Qué mujer tan admirable , madrina !

— Tambien , ha habido otras famosas guerreras , si bien en tiempos mucho mas remotos. Por su número y su arrojo , obtuvieron eterna fama aquellas que venían de los lejanos países del Norte en

barquichuelos que subian por el Sena é iban á atacar la ciudad de Paris. Eran conocidas por el nombre de las *Virgenes de los escudos*; no temian á los mas bravos soldados, y los que querian casarse con ellas, tenian antes que vencerlas con las armas.

— ¡Qué mujeres tan varoniles!

— En fin, en tiempos mas remotos aun, las mujeres bretonas de las Galias, seguian á sus esposos, hijos, padres ó hermanos al campo de batalla, asistian á los consejos de guerra y frecuentemente combatian hasta morir ó vencer!...

— La historia de Hena que me contasteis una vez, debe ser una leyenda de aquellos antiguos tiempos ¿no es verdad madrina?

— Si, hija mia.

— ¿Madrina, repuso la pastora con acento cariñoso, os pesaria repetirme otra vez esta leyenda? Hena, si mal no recuerdo, se mostró tan esforzada, como lo será la jóven de Lorena, cuya venida predijo el sabio Merlin.

— Te repetiré, por complacerte, esta leyenda, respondió Sibila sonriendo, y luego me volveré á casa. Mi cáñamo se va curando, y al caer de la tarde volveré por él. Ahora escucha la leyenda de Hena, pues tanto te gusta, Juanita.

LA LEYENDA DE HENA.

«Era jóven, hermosa y pura. Dió su sangre á Heso para libertar
«la Galia. Se llamaba Hena, la vírgen de la isla de Sen.

— «¡ Benditos sean los dioses, hija mia! le dijo su padre Joel, el
«brenn de la tribu de Karnak; benditos sean los dioses que te traen
«esta noche á mi casa para celebrar el dia de tu cumpleaños!—Pe-
«ro ¿porqué suspiras? ¿Porqué tus ojos están bañados en lágri-
«mas?

— «Si mi semblante está triste, querida madre, si brotan las lá-
«grimas de mis ojos, amado padre, es porque vengo á despedirme
«de vosotros por algun tiempo.

— «¿Y á donde vas, hija querida? ¿Tu viaje debe ser muy largo?
¿Porqué partes asi llorosa?

— «Parto á esos mundos misteriosos que nadie conoce y que to-
«dos conoceremos, donde es forzoso que todos vayamos para vol-
«ver á vivir con los que hemos amado...»

— Esos mundos, dijo Juanita, serán el paraiso donde estan los

santos y los ángeles del buen Dios ¿no es verdad, madrina?

Sibila hizo un ademán afirmativo con la cabeza, sin contestar á su ahijada, y continuó la relacion de la leyenda:

— «Cuando los padres de Hena oyeron que su hija venia á despedirse de ellos, se miraron tristemente, y sintieron gran pesadumbre todos los individuos de la familia incluso los niños. Hena queria mucho á los niños.

— «¿Porqué, querida hija, quieres abandonar este mundo para ir á otro desconocido, antes de que te llame el ángel de la muerte?

— «Amados padres: Heso está irritado; el extranjero amenaza nuestra querida Galia; la sangre inocente de una vírgen ofrecida en holocausto á los dioses, puede apaciguar su cólera. Adios pues, padres y amigos. Todos abrigamos la esperanza de volvernos á ver mas tarde. Entretanto conservad como un recuerdo mio, estos collares y estos anillos. Quiero por última vez imprimir un dulce beso en vuestra puras frentes, queridos niños. Acordaos de Hena que es vuestra amiga, y os va á aguardar en los mundos desconocidos.

— «La luna brilla con todo su esplendor; inmensa es la hoguera que se alza junto á las piedras sagradas de Karnak. Héla allí... es ella, es Hena! Védla como sube en la pira pulsando su harpa de oro. Escuchad su canto:

— «¡Oh Heso! acepta mi sangre que es tuya, y salva nuestra patria del yugo extranjero! Heso... Heso, por la sangre que se vierte... clemencia para la Galia, ¡victoria á nuestras armas!

— «¡Y se consumó el sacrificio de Hena! ¡Oh vírgen santa! no en vano se virtió tu sangre inocente y generosa. ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Arrojemos al extranjero y victoria á nuestras armas!

Los ojos de Juanita volvieron á llenarse de lágrimas, y dijo á Sibila cuando esta hubo terminado la leyenda.

— Si Dios, sus santas ó su arcángel me dijeran: «Juanita, ¿qué preferirias ser Hena ó la guerrera de la Lorena que debe arrojar á esos malvados ingleses de Francia y devolver la corona á nuestro infortunado delfin?..

— ¿Qué preferirias, hija mia?

— Preferiria ser Hena.

— ¿Porqué?

— Porque Hena pudo libertar su patria, ofreciendo su sangre á

Dios, sin tener que derramar la de nadie, al paso que la guerrera de nuestro país, deberá derramar tanta sangre y matar tanta gente antes de alcanzar la victoria y hacer coronar á nuestro pobre monarca! ¡ Ah madrina, recuerdo muy bien lo que dijo el bardo. Merlin dijo que veía como la sangre corría á torrentes, y humeaba como una niebla!...

Al pronunciar estas palabras interrumpióse Juanita y se levantó apresuradamente por haber oído á algunos pasos de distancia un gran rumor mezclado de plañideros balidos. Cuasi en el mismo instante, una de sus ovejas salía de entre los arbustos perseguida por un perrazo negro que, si bien no ladraba, en cambio mordía desapiadadamente una de las piernas de la res. Al verlo la pastora soltó la rueca, cogió dos piedras y armada con ellas, dirigióse audazmente al encuentro del perro acometedor sin hacer caso de las voces de Sibila que le gritaba:

— ¡ Cuidado! ¡ cuidado! Mira que el perro que no ladra de seguro es rabioso.

Pero la pastora con el ojo centellante y el semblante animado, desatendiendo las advertencias de su madrina, se arrojó sobre el perrazo y ea vez de lanzarle las piedras, como indudablemente hubiese hecho otra jóven de su edad, se sirvió de ellas para darle algunos fuertes golpes en la cabeza y en el hocico, hasta que el perro soltando la presa, hechó á correr despidiendo tristes quejidos y acabó por desaparecer entre los matorrales, perseguido un buen trecho por Juanita. Cuando esta volvió á reunirse con Sibila, admíróle á la anciana el aire intrépido de la niña. La escofieta medio desatada dejaba caer sobre sus espaldas las trenzas de sus hermosos cabellos negros. Todavía jadeante por la corrida que habia dado, se apoyó un momento, quasi sin aliento, en una de las musgosas rocas que habia junto á la fuente, con los brazos caidos sobre su falda color de escarlata; pero viendo en seguida á la oveja chorreando sangre que estaba tendida sobre la yerba, echóse á llorar reemplazando la compasion al enojo, y enjugándose apresuradamente las lágrimas que surcaban sus mejillas, corrió á la fuente, recojió con el hueco de la mano un poco de agua, se arrodilló delante de la oveja y lavándole la herida le dijo en voz baja:

— Nuestro gentil delfin está tan inocente como tú, pobre ovejita, y esos pícaros ingleses quisieran tambien despedazarle!...

De repente llegaron á oídos de la pastora las lejanas vibraciones

de las campanas de la iglesia parroquial. Aquel sonido que tan grato le era, ahogó su dolor y exclamó fuera de sí de contento:

— ¡Oh! ¡madrina! ¿oís? ¡las campanas, las campanas de Domremy!

Y embargada en dulce éxtasis, estrechando cariñosamente la oveja sobre su seno, Juanita prestaba atento oído á las sonoras vibraciones que el aura matinal llevaba hasta en el fondo del frondoso bosque.

Trascurrieron algunas semanas. La predicción de Merlin, el recuerdo de los infortunios del soberano y los desastres de la Francia saqueada por los ingleses, no se apartaban un momento del pensamiento de Juanita; verdad es que á ello contribuían no poco las conversaciones de sus padres, que versaban comunmente sobre aquellos tristes sucesos, sobre todo cuando la familia estaba reunida. No pocas veces durante las solitarias horas que pasaba en los campos ó en los bosques con su rebaño, se complacia Juanita en repetir en voz baja estos pasajes de la profecía del bardo galo:

— «La Francia perdida por una mujer será salvada por una vírgen de las fronteras de Lorena nacida en las márgenes de un frondoso bosque.» O bien «¡Oh! ¡Cuanta sangre! ¡Como mana, como corre á torrentes!... ¡Como humea! ¡Sube en vapor... sube al cielo como una niebla de otoño en cuyos senos se fragua el rayo y muge la tempestad!... ¡Y al través de esa niebla sangrienta, de esos truenos y rayos, veo una vírgen guerrera! Blanco es su corcel, blanca su armadura; combate impávida en medio de un bosque de lanzas y parece que cabalga en la espalda de los arqueros!...»

Descendía despues el ángel de luz y ponía la corona real en manos de la guerrera que coronaba á su rey en medio de los gritos de alegría y de triunfo!

Cada dia al contemplar con los ojos de su alma las fronteras de Lorena, sin ver aparecer la vírgen libertadora, en vano suplicaba Juanita á sus santas patronas para que intercedieran con el Señor para la salvacion del infortunado delfin, desposeido de su trono... en vano las suplicaba que obtuviesen la restauracion de la oprimida Francia por tantos años sujeta al dominio de los ingleses. Pero no porque sus esperanzas quedasen defraudadas, rogaba con menos ahinco al cielo el cumplimiento de la promesa de Merlin, profecía

verosimil á los ojos de Juanita , desde que Sibila le habia referido las hazañas de aquellas vírgenes guerreras que venian en débiles barquichuelos de los lejanos mares del Norte para poner sitio á Paris , ó lo que todavía era mas sorprendente , el brio marcial de la condesa Juana de Montfort batiéndose como una leona para defender á su tierno hijo ; ó bien en fin , las heróicas proezas de aquellas mujeres galas de los antiguos tiempos que acompañaban en las batallas á sus esposos , hijos , padres y hermanos !

Juanita iba á cumplir su tercer lustro. Rayaba en aquella edad en que las naturalezas robustas , sanas y fuertemente desarrolladas por las saludables fatigas de la vida rústica, entran de ordinario en el período de la juventud. En aquel período de transicion tan grave para su sexo, es frecuente en la jóven la ansiedad inmotivada; siente á menudo una vaga tristeza y una imperiosa necesidad de la soledad en la que da libre curso á melancólicas ideas y sueña en quimeras que luchan con su púdico instinto , síntomas todos de la expansion de un corazon virginal, primeras y confusas aspiraciones de la doncella hácia los dulces goces y los austeros deberes de esposa y madre... fines sagrados del destino de la mujer ! Pero si el alma de Juanita era movida por aquellos misteriosos síntomas , su candor la engañaba sobre su causa. Embargada su imaginacion por las maravillosas leyendas de su madrina, que continuaba viendo cuasi todos los dias en la fuente del Arbol de las Hadas , cada vez mas impresionada su alma por las profecias de Merlin, aunque se creyese ajena á semejante prediccion , en la casta ignorancia de su alma, atribuia Juanita á la dolorosa y tierna compasion que le inspiraban las desgracias de la Galia y de su jóven soberano , aquella vaga tristeza, aquellas lágrimas involuntarias, aquellos confusos anhelos, signos precursores de su púbera edad.

Su inocente corazon empezaba á palpar , pero no debia palpar sino por la Francia. Juana Darc no debia conocer mas que un amor... ¡ el santo amor de la patria !

—Isabel, decia una noche con severo acento Jacobo Darc á su mujer á cuyo lado estaba sentado en un rincon del hogar, no estoy del todo satisfecho de la conducta de Juanita. Aprovecho esta ocasion en que estamos enteramente solos, para decirte lo que he observado. Pronto cumplirá catorce años y apesar de estar muy crecida y ser

muy fuerte por su edad, cada día la veo mas perezosa. Ayer la hice sacar agua del pozo para regar las legumbres de nuestra huerta y mas de veinte veces se quedó parada con las manos en la cuerda, distraida y mirando las nubes. Será preciso emplear con ella un poco de severidad para correjirla del pecado de pereza.

— Y a proposito, Jacobo. ¿Has observado que de algun tiempo á esta parte Juanita está un poco pálida, que cuasi no tiene apetito, que muchas veces no contesta á lo que se le dice y se vuelve mas y mas taciturna?

— No me quejo de que hable poco; tampoco me gustan las jóvenes parlanchinas; pero si de su pereza y de sus frecuentes distracciones. Quiero que sea laboriosa y activa como lo era antes, sino me veré obligado á correjirla...

— Este cambio que notamos en nuestra hija, no proviene de su mala voluntad, amigo mio.

— ¿Entónces de qué proviene?

— Precisamente ayer interrogué á Juanita. Preguntéle si le dolia algo y me contestó que hácia algun tiempo que sufría muy vivos dolores de cabeza; que se sentía cansada sin haber cuasi andado, que apenas podia conciliar el sueño y que muchas veces le daban unos vértigos durante los cuales le parecia que todo daba vueltas á su alrededor. Esta mañana cuando he ido á llevar la manteca y las aves á Neufchâteau, he consultado con fray Arsenio, acerca del estado de Juanita...

— ¿Y qué?

— Cuando le he dicho de que se quejaba, me ha preguntado su edad. Se la he dicho y entónces me ha contestado. «— ¿Es robusta y goza de buena salud? — Si, padre, es robusta y de nada se quejaba antes de estos cambios que he notado y que me dan alguna inquietud. — Tranquilizaos, me dijo fray Arsenio, tranquilizaos buena madre, vuestra niña sin duda no tardará en ser mujer y entónces ya formada, dejará de sufrir.» ¿Comprendes Jacobo?...

— Si, si.

— «Cuando se acerca esta crisis, siempre grave, ha añadido fray Arsenio, las muchachas pierden el color, están tristes y taciturnas y aman la soledad; las mas robustas enflaquecen, las mas laboriosas se vuelven indolentes, de las mas festivas se apodera la tristeza. Esto dura algunos meses y despues todo vuelve á su estado normal. Pero, ha añadido fray Arsenio, so pena de graves accidentes, de-

beis absteneros de reñir y contrariar á vuestra hija. Se han visto frecuentes casos en que por haber sufrido emociones harto vivas, algunas jóvenes se han vuelto maniáticas, idiotas y hasta locas por toda la vida.» Ya véis, Jacobo, que debemos proceder con mucha cautela con respecto á Juanita.

— Esto es diferente. Has hecho muy bien en consultar á fray Arsenio y ahora me pesaria en el alma haber tratado con dureza á esa niña por sus dictracciones y su pereza. Estaba resuelto á darle mañana por la noche una severa leccion, si al venir á darme el ósculo de paz antes de acostarse, no se hubiese disculpado y prometido enmendarse de sus faltas.

— Gracias á Dios que no ha llegado el caso. Por otra parte, su filial afecto es inalterable, de modo que...

En este punto Isabel fué interrumpida repentinamente por tres fuertes aldabazos que sonaron en la puerta de la casa que hacia rato se hallaba cerrada.

— ¿Quién puede ser que venga tan tarde á llamar? dijo Jacobo Darc tan sorprendido como su mujer y levantándose para ir á abrir la puerta. Apenas fué esta entreabierta, un anciano de semblante venerable y apacible pero pálido en aquel momento por el espanto, apeose apresuradamente del caballo que montaba y exclamó cuasi sin aliento:

— ¡Desgraciados de nosotros, amigos míos!... ¡Los ingleses! ¡los ingleses!

— ¡Gran Dios! ¿Qué decís, tio? dijo Isabel reconociendo á Dionisio Laxart, hermano de su madre. ¡Los ingleses! ¿Y dónde están?

— Las tropas del rey de Francia acaban de ser completamente derrotadas en la batalla de Verneuil; reforzados los ingleses en Champaña, como torrente caudaloso se precipitan ahora en nuestro valle... Mirad, mirad... repuso Dionisio Laxart haciendo adelantar á Isabel y Jacobo Darc hasta el dintel de su casa y mostrándoles con el índice el horizonte ¿veis al norte un gran resplandor rojizo? Pues es la aldea de San Pedro que está ardiendo. El grueso de la tropa de esos bandidos está sitiando Vaucouleurs de donde no sin gran trabajo he podido escaparme. Algunas fuerzas destacadas de vanguardia recorren el valle, pasándolo todo á sangre y fuego!... Huid, huid... llevaos lo que tengais de mas valor... La aldea de San Pedro solo dista dos leguas, y tal vez esos condenados ingleses lleguen esta mis-

ma noche á Domremy... Parto corriendo á Neufchâteau para reunirme con mi mujer y mis hijos que hace algunos dias se hallan en esa poblacion en casa de una parienta. Huid que todavía teneis tiempo; mas tarde, quizás antes de un par de horas, seriais degollados!.. ¡Huid!

Al decir estas palabras Dionisio Laxart fuera de sí, volvió á montar á caballo y partió á todo escape, dejando á Jacobo Darc y su mujer estupefactos y aterrizados por la imprevista invasion de los ingleses, porque hasta entonces no se habian acercado jamás al tranquilo valle del Meuse. Los hijos del labrador que habian despertado sobresaltados por los violentos golpes con que habia llamado á la puerta Dionisio Laxart y por las voces de alarma que llegaban hasta ellos, se habian vestido apresuradamente corriendo al aposento de su padre.

— ¿Ha sucedido alguna desgracia? le preguntaron á la vez.

— ¡Los ingleses! contestó Isabel lívida por el espanto, estamos perdidos! Hijos mios, ¡qué vá á ser de nosotros!

— La aldea de San Pedro está ardiendo, exclamó el labrador, veis alli bajo, á orillas del Meuse, en direccion del castillo de la Isla, aquellas grandes llamas! ¡Dios nos proteja! ¡Nuestra comarca va á ser devastada como el resto de la Galia!

— ¡Hijos mios, dijo Isabel apresurandose á abrir sus cofres, ayudadme á recojer lo que tengamos de mas valor y huyamos pronto!

— Llevémonos tambien el ganado, añadió Jacobo, si los ingleses se apoderan de él ó lo matan, quedamos arruinados ¡Ah! ¡desgraciados de nosotros!

— Pero ¿á dónde irémos? preguntó Pedro, el mayor de los hijos. ¿Qué direccion vamos á tomar para no caer en manos de los ingleses?

— Mas vale quedarnos aqui, repuso Juan. De todos modos lo hemos de pasar muy mal; al menos aqui procuraremos defendernos.

— ¡Defendernos! ¡Estás loco, hijo mio! ¡Quieres que perezcamos todos! ¡Ah! ¡Dios nos ha dejado de su mano!

Y llorando, jimiendo, sin saber lo que se hacia, la esposa de Jacobo Darc arrastraba apresuradamente grandes cofres, harto pesados para llevarlos lejos, y arrojaba al suelo amontonandolas las unas sobre las otras las mejores prendas de su esposo: su traje de boda, cuidadosamente empaquetado, telas de hilo ó de lana, hiladas ó tejidas durante las veladas de invierno, los pañales del bautizo de

Juanita, piadosa reliquia maternal, en fin todas las cosas de algun precio para aquellas buenas gentes. Puso en su cuello una antigua cadena sobredorada que era un don de su madre y su adorno en los dias festivos, y ocultó en su faltriquera una tazita de plata ganada en otro tiempo por Jacobo Darc en el tiro de la ballesta.

Juanita, lo propio que sus hermanos, habiéndose vestido apresuradamente, entró en aquel momento; pero su padre y sus hermanos sin hacer caso de su llegada, estaban discurrendo con una ansiedad cada vez mayor, si valia mas abandonar la casa ó aguardar en ella á los ingleses arrostrando las consecuencias. Pero sin haber tomado una resolucion definitiva volvieron al umbral de la puerta de salida y con la desesperacion pintada en sus semblantes, contemplaron el incendio que á dos leguas de distancia acababa de devorar la aldea de San Pedro, situada á orillas del Meuse. Las llamas ya no brillaban sino por intervalos envueltas en densos torbellinos de humo que velaba á larga distancia un hermoso cielo estrellado.

— ¡ Malditos sean los ingleses ! ¡ Desgraciados de nosotros ! .. ¿ Qué haremos ? ¿ Qué haremos ?

Enterada Juanita tan repentinamente de la invasion del enemigo, viendo á lo léjos el incendio y junto á sí á su padre y á sus hermanos dominados por el terror, á su madre alarmada, amontonando en desorden todo lo que la familia podian llevarse, Juanita que en un principio habia quedado aterrorizada, empezó á temblar de todos sus miembros, sus ojos se llenaron de lágrimas, toda su sangre afluyó en la cabeza, experimentó un momento de vértigo, una nube pasó por delante de su vista y faltándole el equilibrio, cayó cuasi defallecida sobre un escabel. Pero no tardó en recobrar los sentidos, volviendo en si á la voz de su madre que le gritaba.

— ¡ Pronto, pronto Juanita, ayudame á empaquetar estos objetos ! ¡ Huyamos ! Los ingleses no tardarán en llegar aqui pasándolo todo á sangre y fuego ! ¡ Huyamos hijos míos !

— ¡ Huir ! .. ¿ pero dónde ? preguntó Jacobo Darc. Podemos tropezar con los ingleses por el camino... y esto seria correr en busca del peligro.

— Quedemonos aqui, padre, repuso Juan, y defendámonos como mejor sepamos. Os lo dije ya, es el mejor partido que podemos tomar.

— Pero estamos sin armas, exclamó Pedro, y estos bandidos van armados hasta los dientes.

— ¿Qué haremos? preguntaba entonces el labrador á sus hijos ¿qué haremos? ¡Dios mio, apiadaos de nosotros y amparadnos!

Isabel no prestaba ninguna atencion; no oia ni á su marido ni á sus hijos; solo trataba de huir á toda costa, corriendo de un lado á otro de la habitacion á fin de asegurarse que no dejaba nada que pudiese llevarse, no pudiendo resignarse á abandonar sus utensilios de cocina de cobre ó estaño tan cuidadosamente conservados por ella y que brillaban como el oro y la plata colgados de las paredes ó colocados sobre el vasar.

Juanita despues de un momento de estupor y debilidad, se levantó, enjugó sus ojos con el reverso de la mano, ayudó á su madre á empaquetar los objetos esparcidos por el suelo y corriendo á la puerta, contempló á lo léjos los últimos reflejos del incendio que enrojecia todavía el horizonte en direccion del castillo de la Isla y de la aldea de San Pedro. Despues de un instante de reflexion, se dirigió á Jacobo Darc y guiada por su buen sentido, le dijo con acento tranquilo.

— Padre mio, no nos queda mas que un refugio... el castillo de la Isla. La dueña es compasiva; nada tendremos que temer al abrigo de esta casa-fuerte, y su patio puede contener veinte veces mas ganado que el que tenemos y el de nuestros vecinos.

— Juanita tiene razon, exclamaron los dos jóvenes, vamos al castillo. Vadearemos el rio con la ayuda de la barca... Nuestra hermana tiene razon.

— Vuestra hermana está loca, repuso el labrador dando una patada en el suelo. Los ingleses estan en San Pedro donde todo lo pasan á sangre y fuego y seria lo mismo que correr á nuestra pérdida si nos dirijiesemos por aquel lado.

— Creo que nada debemos temer, padre mio, contestó Juanita; los ingleses despues de haber pegado fuego á la poblacion la habrán abandonado. Necesitamos mas de dos horas para llegar al castillo, y como podemos tomar el antiguo camino del bosque, no hay cuidado que por este lado tropezemos con los ingleses. En cuanto lleguemos á sitio descubierto, ya estaremos junto al vado y luego en salvo.

— Es verdad dijeron los dos jóvenes, una vez hecho el mal, esos bandidos se van, dejando las ruinas en pos de sí.

Jacobo Darc pareció reflexionar sobre el plan de su hija, pero de repente uno de los dos jóvenes exclamó señalando á lo léjos los primeros resplandores de un nuevo incendio mucho mas cercano á Domremy!

— Veis... Juanita no se engañaba; los ingleses han abandonado San Pedro y se acercan por este lado tomando el camino de la llanura incendiando cuanto hallan al paso. Acaban de pegar fuego al pueblo de Maxey!...

— En fin, entreguemonos en brazos de la Providencia, repuso el labrador; huyamos y vamos á refugiarnos si podemos, en el castillo de la Isla, tomando el antiguo sendero del bosque. Juanita corre al establo y saca las ovejas y vosotros hijos míos, poned las dos vacas en el carro. Isabel y yo llevaremos los paquetes en el patio para colocarlos en el carruaje, mientras vosotros dispondreis los arreos... Pero todo esto debe hacerse pronto, hijos míos, porque antes de dos horas llegarán aquí los ingleses. ¡Ay! si permite Dios que podamos volver á Domremy, de seguro que no hemos de encontrar mas que ruinas y cenizas... No se porqué me dice el corazón que no he de volver á pasar los umbrales de mi pobre casa!...

No habia sido la familia Darc la única que habia observado los destrozos nocturnos de los ingleses. Toda la parroquia se halla de pié y en todos los semblantes se veian pintados el asombro y la consternacion. Los mas miedosos, recogieron cuantas provisiones les vinieron á mano y abandonando cuanto poseian, huyeron á esconderse en el fondo de los bosques; creyendo otros que los ingleses no adelantarian quizás hasta Domremy, quisieron correr el albur de aguardar y no abandonaron la poblacion; otros como la familia Darc, se decidieron por ir á buscar un asilo en el castillo de la Isla. La familia de Juana no tardó á ponerse en camino. Guiaba aquella el rebaño obediente á su voz; Jacobo conducia el carro en el que iba sentada su mujer en medio de sus paquetes de ropa, de algunos sacos de trigo y de los utensilios de mas valor recojidos apresuradamente, y los dos hijos cargaron á cuestas los útiles aratorios que pudieron llevarse.

Aquella fuga al través de las tinieblas, enrojecidas en el horizonte por la reverberacion de los incendios, era sumamente aflictiva; las imprecaciones de los hombres, los sollozos de las mujeres, los gritos de los niños cojidos de las faldas de sus madres, algunas de las cuales estrechaban anhelosas á los recién nacidos contra su seno, se confundian con los balidos de las ovejas, los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros, y el crujido de los carruajes, que iban y venian en espantosa confusion en aquel salvese quien pueda

de un terror nocturno. No habia uno de aquellos infelices que al dejar en pos de sí sus únicas riquezas, sus graneros llenos con los productos de la última cosecha, no creyera, antes de media noche, verlos devorados por las llamas, lo propio que su humilde morada donde habia nacido y donde confiaba morir. En su desesperacion prorumpian en desgarradores lamentos, en dolorosas quejas y sobre todo en maldiciones, en palabras de odio y furor contra los ingleses autores de aquellos males.

Aquel espectáculo hizo una impresion profunda é indeleble en el ánimo de Juanita. Las calamidades de la guerra, al herir por vez primera sus sentidos, conmovieron hondamente su alma. Pero pronto debia llegar el momento en que debia contemplar aquellos desastres con todo su horror!...

Los fugitivos llegaron cerca de la aldea de San Pedro, situada á orillas del Meuse. Un monton de escombros ennegrecidos, algunos restos de maderos ardientes y humeantes todavía, hé aqui todo lo que quedaba de aquel pueblo... Juanita que precedia su rebaño, paróse de repente en presencia de un horrible espectáculo.

A algunos pasos del lugar en que se hallaba, estaban humeando los últimos restos de una cabaña que cobijaba un gran nogal cuyas hojas estaban carbonizadas por el incendio. En una de las ramas de aquel árbol, estaba colgado boca abajo un hombre atado por los piés sobre un brasero medio apagado; su semblante cuasi destrozado por el fuego, no tenia ya forma humana y sus brazos tiesos y crispados, demostraban los horribles tormentos de su agonía. No lejos de él, dos cadáveres cuasi desnudos, el de un anciano de cabellos blancos y el de un adolescente, yacian tendidos sobre un inmenso charco de sangre. Habian sin duda intentado defenderse de los ingleses, porque debajo del cadáver del anciano habia el mango de la segur de un leñador y el adolescente tenia entre sus manos crispadas el extremo de una horquilla. En fin, una jóven cuyo rostro estaba velado por una espesa cabellera rubia en desorden, arrancada tal vez del lecho en que se hallaba, estaba tendida sobre un monton de estiércol con las entrañas abiertas, mientras que un niño de pecho olvidado en aquella carnicería, se arrastraba, despidiendo lastimeros quejidos, hacia el cuerpo ensangrentado de su madre...

Juanita quedó petrificada de horror ante aquellos cadáveres, an-

te aquellas víctimas del incendio , del saqueo , de la violacion y del degüello. Aquel hombre , colgado por los piés , con la cabeza pegada á un brasero, sin duda se habia negado á revelar donde tenia escondido el fruto de su trabajo ó de sus ahorros; aquel anciano y aquel adolescente , padre el uno, hermano el otro de aquella jóven, asesinados queriendo defenderla del último ultraje , presenciaron como su hija y su hermana habia sido violada , despedazada y arrojada sobre un estercolero donde su hijo se arrastraba lanzando tristes gemidos.

¡ Tal era la guerra feroz de los ingleses contra la Galia hacia mas de medio siglo , desde la derrota de una cobarde caballeria en la batalla de Poitiers ! Juanita no pudo suportar el espantoso espectáculo que se ofrecia á sus miradas , y apoderándose otra vez el vértigo de ella , las fuerzas le abandonaron é iba sin duda á caerse desfallecida á no ser por su hermano mayor que la seguia á corta distancia y recibéndola en sus brazos , ayudado por su padre , la hizo sentar en el carro al lado de Isabel.

La castellana del castillo de la Isla , compasiva mujer y su marido esforzado militar , permitieron que los fugitivos de Domremy y sus rebaños acampasen en los prados , vastas dependencias de aquella morada fortificada, cuasi inatacable, situada entre los dos brazos del Meuse. Desgraciadamente los habitantes de la aldea de San Pedro , sorprendidos durante su descanso , no habian podido dirigirse á aquel hospitalario abrigo. Los ingleses despues de haber saqueado el valle replegándose sobre Vaucouleurs , concentraron sus fuerzas delante de aquella plaza á la que pusieron un sitio formal. Algunos de los hombres refugiados en el castillo de la Isla y entre ellos Pedro , uno de los hermanos de Juanita, fueron á la descubierta durante la noche siguiente á su fuga y trajeron la nueva de la partida del enemigo quien , cansado sin duda de matar é incendiar , se habia alejado de Domremy sin pegar fuego á la poblacion , contentándose con dar muerte á algunos habitantes y saquear la mayor parte de las casas. La familia Darc y los demás fugitivos, de vuelta á sus lares , procuraron reparar los desastres ocasionados por el enemigo.

Juanita durante su permanencia en el castillo de la Isla , habia estado constantemente dominada por un acceso de ardiente calentura. Durante su delirio ora invocaba á Santa Catalina y á Santa

Margarita sus patronas, creyéndolas ver á su lado y pidiéndolas con las manos cruzadas que pusieran término á la ferocidad de los ingleses; ora la horrible escena de la aldea de San Pedro volviendo á aparecer á su turbada mente, lanzaba gritos de espanto ó sollozaba en presencia de las víctimas que se le mostraban lívidas y sangrientas; ora en fin, con los ojos centellantes, las mejillas encendidas, hablaba con ecsaltacion de una vírgen guerrera, revestida de una blanca armadura, montada en un blanco corcel, vescudo, decia, que esterminaba á los ingleses. Mas tarde Juanita repetia con voz palpitante estas palabras de la profecía de Merlin. — «La Galia perdida por una mujer, será salvada por una vírgen de las fronteras de la Lorena salida del fondo de un bosque...»

Isabel velando noche y dia junto á su hija, atribuia el estravio de la mente de la pobre niña á la violencia de la calentura y al terrible recuerdo del degüello de los habitantes de San Pedro. Un grande abatimiento, una estrema debilidad, sucedieron á la enfermedad de la pastora. De regreso á Domremy, tuvo que permanecer en cama todavía algunas semanas, durante cuyo tiempo veia en sueños las mismas imágenes que le habia mostrado su delirio. Por otra parte experimentó un vivo pesar al saber que su madrina, sin que se pudiese esplicar aquella crueldad, habia sido una de las víctimas de los ingleses. Fué hallado su cadáver acribillado á cuchilladas. Juanita lloró á Sibila, tanto por el tierno afecto que le profesaba, como por el sentimimiento de verse separada para siempre de aquella buena mujer que le referia tan maravillosas leyendas grabadas profundamente en su memoria.

Trascurrieron dos meses. Juanita iba á cumplir catorce años y parecia que habia recobrado la salud; pero no habiéndose mostrado los síntomas de su pubertad, sufría frecuentemente agudos dolores de cabeza seguidos de vértigos y desvanecimientos. Isabel tanto mas inquieta cuanto mas recordaba las palabras del médico, fué de nuevo á consultarle y este le dijo: «que la emocion violenta causada por la invasion de los ingleses y por el espectáculo de sus crueldades, habian debido causar una perturbacion profunda en la organizacion de la jóven; pero que aquellos males cesarian cuando, mas tarde sin duda, las leyes de la naturaleza seguirian su curso.»

Aquella respuesta tranquilizó á Isabel. Entretanto Juanita se ocu-

paba como en otro tiempo de los trabajos de la casa y del campo, y redoblando su actividad, procuraba ocultar á todos sus involuntarias tristezas, sus ansiedades, sus distracciones, que no eran imotivadas, porque los desastres de la Galia los causaban. Creia Juanita, que los horrores que habia presenciado á su paso por la aldea de San Pedro, ensangrentaban todas las comarcas de la Francia, que pesaban sobretodo en los de su raza, moradores del campo como ella, y compadeciéndose de su suerte, se compadecia de los suyos. Desde aquel funesto dia su tristeza era mas profunda, y lloraba mucho mas quizás por los espantosos males de que habia sido testigo, que por los infortunios del gentil delfin á quien no conocia. Asi es, que aguardaba con la mayor impaciencia que llegase aquella guerrera libertadora que arrojando el extranjero de su patria, devolviese al rey su corona y á la Francia la paz y el reposo.

Aquellas ideas absorvian sobre todo á Juanita, cuando sola en los bosques ó en los campos iba apacentando su rebaño, repitiendo, comentando y gozándose en el recuerdo de las leyendas que tanto habian halagado su infantil imaginacion. La emocion indefinible que experimentaba al oir el tañido de las campanas, producia en su ánimo estrañas ilusiones, sobre todo cuando sufría los dolores de cabeza que entónces eran mas frecuentes en ella que en otro tiempo. El lejano rumor de las campanas, sus últimas vibraciones al espirar en sus atentos oidos, parecian trasformarse en un concierto de voces celestiales de una inefable dulzura (1); pero todavía no pronunciaban una palabra distinta. En aquellos momentos de alucinacion, Juanita sentia que toda la sangre afluia en su cérebro, sus ojos se velaban, el mundo visible desaparecia de su vista y caia en una especie de éxtasis, del que salia abatida, postrada, como si despertase de un penoso sueño.

Un dia que Juanita guardaba su rebaño, hilando tranquilamente sentada bajo la vieja encina de la Fuente de las Hadas, pasó un hecho muy singular que tuvo una influencia decisiva en el destino de la pastora. Los ingleses no habian vuelto á aparecer por las inmediaciones de Domremy; reforzados por algunas partidas de borgoñones enviados por el mariscal Juan de Luxemburgo, continuaban el sitio de Vaucouleurs cuya plaza se defendia heróicamente. La inva-

(1) Proceso de Juana Darc. tom. I. pág. 67.

sion inglesa en aquel valle antes tan tranquilo, fué causa de serios disturbios entre sus habitantes. Muchos de ellos, sobre todo los vecinos de San Pedro y de Maxey, que tan cruelmente habian sufrido en los últimos saqueos, se estremecian al imaginar que aquellos desastres podian renovarse; querian salir de su neutralidad y darse á los ingleses, creyendo salvar de este modo sus bienes y sus personas. Estos formaron en el valle el partido *inglés* ó *borgoñon*; los demas por el contrario, mucho mas irritados é indignados que amedrentados, querian hacer resistencia á los ingleses. Contaban (¡pobres jentes!) con el apoyo del rey de Francia, su soberano, quien creian que no les dejaria espuestos por mas tiempo á los peligros y miserias que hasta entónces habian sufrido. Estos últimos componian el partido llamado *armañac* ó *realista*. Los niños, siempre imitadores de sus padres, se dividian tambien en armañacs y borgoñones cuando jugaban á la guerra, y ambos partidos en sus juegos, acababan siempre por tomar la cosa á lo serio y entónces los puñetazos, los palos y las piedras que llovian sobre ambos *ejércitos*, remedaban las realidades de la guerra.

Perteneciendo pues, en su generalidad, los habitantes de Domremy al partido realista y los de San Pedro y Maxey al partido inglés, los niños de aquellas diversas localidades participaban de la opinion de sus familias, y acontecia frecuentemente que los muchachos de Maxey guardando sus rebaños, se acercaban hasta los límites del pueblo de Domremy, injuriaban á los jóvenes pastores de esta poblacion, la disputa se acaloraba, de las palabras pasaban á las obras, y acababan la querella apelando á *las armas* es decir á puñetazos, acompañados de una lluvia de gruesas piedras arrojadas á guisa de dardos ó balas de artilleria. (1)

Un dia Juanita apacentaba sus ovejas, é hilaba tranquilamente bajo los frondosos árboles del bosque pensativa y repitiendo á media voz este pasage de la profecía de Merlin:

— « ¡ Para quién están destinados esta corona real, este caballo y esta armadura ?

— « ¡ Oh ! ¡ Cuánta sangre ! ¡ Cómo mana , como corre á torrentes ! ¡ Oh ! cuanta sangre veo , cuanta sangre !

— « ¡ Cómo humea ! Sube su vapor... sube al cielo como una nie-

(1) Proceso de Juana Darc Tom. I. p. 87.

«bla de otoño en la que se fragua el rayo y muje la tempestad.

— «Y al través de esa niebla sangrienta, al través de los truenos
«y rayos, veo una mujer guerrera; blanco es su corcel, blanca su
«armadura.

— «Combate impertérrita, combate siempre en medio de un bosque de lanzas y parece cabalgar en la espalda de los arqueros...»

De repente Juanita oyó á lo lejos un rumor en un principio confuso, pero que acercándose poco á poco, pronto pudo percibir que lo producian numerosas voces infantiles que gritaban *Borgoña é Inglaterra, Francia y Armañacs*. Algunos momentos despues, varios muchachos de Domremy aparecieron en la cumbre de un montecillo que formaba los límites del bosque, huyendo desordenadamente de una lluvia de piedras que acababan de lanzarles los muchachos de Maxey. La lucha habia sido encarnizada y la victoria disputada con tenacidad á juzgar por los vestidos destrozados, los ojos contusos y las narices ensangrentadas de los mas heróicos de aquellos rapaces; pero cediendo al pánico que se habia apoderado de ellos, huian en completa derrota. Sus adversarios, satisfechos de su triunfo, rendidos por la fatiga y temiendo sin duda las cercanias de Domremy, plaza fuerte del ejército derrotado, se detuvieron prudentemente en los límites del bosque que los ocultaba, y repitieron por tres veces el grito triunfante de *Borgoña é Inglaterra*.

Este grito victorioso hizo dar un salto á Juanita, arrebatada por la cólera y la vergüenza de ver á los de su pueblo que combatian por la Galia y por el rey, huir ante los partidarios de Borgoña é Inglaterra. Al punto corre hácia un adolescente de quince años llamado Urbano, capitan de la tropa fugitiva, valiente soldado porque llevaba la cabeza rota de una pedrada y su gorra habia quedado en poder del enemigo, y tomándole por el brazo con acento indignado le dice la pastora:

— ¡Cómo... tú huyes!

— ¡Toma! ¡Yo lo creo! contestó el *capitan* meneando la cabeza y enjugándose con un puñado de yerba su frente ensangrentada; nos hemos batido tanto como hemos podido... pero los de Maxey son veinte y nosotros no somos mas que once... Ya no podemos mas...

Juanita hiriendo el suelo con el pié repuso:

— ¡Teneis fuerzas para huir... y no las teneis para batiros!

— Además ellos tienen palos y esto ya no es cosa de juego.

— Os echais encima de ellos y les tomáis los palos.

— ¡ Esto es muy fácil decirlo , Juanita !

— Tan fácil es decirlo como hacerlo , exclamó la pastora y vas á verlo. ¡ Venid , venid todos !

Y sin cuidarse de si la seguian ó no , cediendo á un arranque involuntario , echó á correr hácia el enemigo , entonces oculto en la espesura del bosque , gritando con voz fuerte y agitando su rueca á guisa de estandarte.

— ¡ Francia ¡ Francia ! ¡ Fuera de aquí Borgoña é Inglaterra !

Con los piés y brazos desnudos , su zagalejo encarnado , su sombrero de paja sujetando sus largos cabellos negros , el semblante animado , el ojo brillante , estaba Juanita en aquel momento tan inspirada y seductora , que Urbano y los demás muchachos recobraron de repente su perdido ánimo y electrizados por su grito de guerra , recogieron algunas piedras , corrieron en pos de la pastora , la cual en su rápida carrera parecia apenas rozar el cesped , y como ella gritaron con entusiasmo : « ¡ Francia , Francia ! ¡ Fuera de aquí Borgoña é Inglaterra ! »

Los soldados del ejército enemigo , en la seguridad del triunfo , no creyendo que volviesen á reunirse sus adversarios , hasta entonces ocultos por los árboles , se habian detenido á unos doscientos pasos de aquel sitio y descansaban sobre sus laureles , tumbados sobre la florida yerba , cojiendo fresas silvestres , ó jugando al hoyo con cantos rodados , encaramados otros en los árboles buscaban nidos de pájaros y otros en fin deslizándose entre las malezas comian moras. La inesperada ruptura de las hostilidades , los gritos repentinos lanzados por el ejército realista y por Juanita que lo mandaba , sorprendieron en extremo al ejército borgoñon el cual sin embargo trató de hacer frente llamando el gefe á las armas á sus soldados. Al punto los buscanidos se descolgaron de los árboles , los comedores de moras acudieron con los labios purpurinos , y los que empezaban á dormir sobre el cesped , se levantaron frotándose los ojos ; pero antes que el campo de batalla se hubiese formado , antes que los merodeadores se hubiesen reunido en él , los soldados de Juanita inflamados por el deseo de vengar su derrota , arrastrados por el impetuoso arrojo de su jefe , cayeron valerosamente sobre el enemigo á los gritos redoblados de ¡ Francia ! ¡ Francia ! á los que algu-

nos entusiastas añadian ; Juanita ! Juanita !... Nuestros héroes , los cojen por los cabellos , les acachetean , les zamarrean con tanto furor , que á poco rato los victoriosos son los vencidos y desbandándose emprenden la fuga. Este triunfo redobla el ardor de los acometedores , animados por el deseo de llevarse algunos gorros enemigos á guisa de ópimos despojos y sin tomar aliento , el partido francés , al frente del cual se hallaba Juanita , emprende la persecucion de los ingleses siguiendo de cerca sus huellas. La animosa pastora habia combatido intrepidamente abriéndose paso por dó quiera con el auxilio de su rueca guarnecida de espeso cáñamo , arma terrible y amenazadora como se deja suponer. Los ingleses sorprendidos por la repentina aparicion de una jóven vestida de encarnado saliendo del bosque que ocultaba la fuente de las Hadas , tomaron á Juanita por un ser sobrenatural y el miedo les dió alas ; asi es que los franceses se vieron á su vez vencidos... por la lijereza de las piernas de sus contrarios. Los menos ágiles de la banda victoriosa , despues de haber perseguido acá y acullá al enemigo , no pudiendo resistir ya mas la fatiga , se sentaron postrados y jadeantes en el sitio en que se hallaban ; pero Urbano y dos ó tres de los mas esforzados , continuaron siguiendo de cerca los pasos de los fugitivos animados por el ejemplo de Juanita. Esta , dominada por una febril ecsaltacion , no se ocupaba ya de sus soldados , no veia nada en rededor suyo , atenta su ardiente mirada á un grupo de ingleses que divisaba á lo lejos y que queria alcanzar ; le parecia que entonces su victoria hubiese sido completa. Pero los fugitivos llevaban mucha delantera y empezaba á desconfiar de poder llegar á su alcance , cuando vió en un prado cercano á la senda que recorria , á un buen asno que estaba paciendo tranquilamente , sin cuidarse de los lances de la guerra. Agil y robusta , como hija del campo , salta sobre el rocín , lo espolea con los talones , le hace marchar golpeándole con el mango de la rueca , le escita con la voz y le obliga á tomar el galope , lo que logra tanto mas facilmente , cuanto la direccion que le hace llevar la pastora es la que conduce á su establo , y la misma que por su desgracia , siguen los fugitivos. Estos , en el ardor de su fuga no habian pensado en mirar detrás de sí , de modo que oyendo de repente los pasos de una caballeria que llegaba galopando y los gritos victoriosos de la pastora , se creyeron perseguidos por el diablo , y amedrentados por aquella horrible aparicion , se hincaron de rodillas , cerraron los ojos , cruzaron las manos y pidieron perdon.

Juanita saltó de su caballería, dejó que continuase su camino, amenazó con su inocente rueca á los que se rendian á discrecion y les dijo con voz vibrante y amenazadora:

— ¡ Sois unos malvados ! ¿ Porqué vitoreais á los borgoñones é ingleses , siendo franceses ? Contra el ingles debemos ir todos , puesto que nos causa tantos males .

Al decir estas palabras , dominada la pastora por una indefinible emocion , empezó á derramar abundantes lágrimas , sus rodillas vacilaron y cayó sobre la yerba al lado de los vencidos . Cada vez mas asombrados éstos , acabaron por levantarse y echaron á correr .

Juanita quedó sola , pero tan turbada , que no sabia si estaba despierta ó soñaba . Tadaavía palpitante por la lucha emprendida , confusas aspiraciones fermentaban en su alma . Por vez primera acababa de sentir el impulso de un ardor bélico provocado por la vergüenza de una derrota sufrida á los gritos victoriosos de Borgoña é Inglaterra . Olvidando que aquella batalla pueril no era mas que un juego , indignada , irritada por la derrota de su partido habia visto con gran contento como aquellos niños confortados por su voz , animados por su valor y arrastrados por su ejemplo , habian vuelto al combate y vencido á los gritos de Francia , Francia !

A este recuerdo se unia vagamente el del horrible saqueo de San Pedro , el de las profecías de Merlin y la fé ardiente en la proteccion de sus santas patronas á quienes tanto rogaba para que arrojasen de la Francia á los ingleses y se apiadasen del infortunado delfin . El caos de aquellas ideas sin hilacion , bullendo en la ardorosa mente de la pastora , le ocasionaron uno de aquellos dolorosos vértigos que sufría con mucha frecuencia desde que su salud estaba profundamente perturbada ; cayó en una especie de éxtasis , sus ojos se cerraron y cuando volvió á recobrar los sentidos , el sol habia desaparecido y las sombras del crepúsculo se estendian sobre la tierra . Entonces se dirigió apresuradamente hacia la Fuente de las Hadas , en cuyas inmediaciones se hallaba apacentando su rebaño y como el camino era largo y perdió mucho tiempo en reunir el ganado , habia cerrado ya la noche cuando llegó á Domremy , temblando por el enojo que aquella tardanza ocasionaria á su padre y sobre todo temerosa de que iban á reñirla por haber tomado parte en la pelea de los muchachos ; porque era de creer que Urbano satisfecho de su triunfo , lo

hubiese referido todo al llegar al pueblo. Así es que la pobre niña sintió que se le helaba la sangre en las venas, cuando al llegar cerca de su casa, vió en el umbral de la puerta á su padre con rostro inquieto é irritado. Al ver á su hija salió apresuradamente á su encuentro con ademán amenazador y le dijo:— ¡Vive Dios! ¿Esta es hora de regresar con el rebaño?— Y adelantando cada vez mas irritado y con la mano levantada sobre Juanita, añadió:— ¡Mala hija y sin vergüenza! ¡No ha sido capaz de reunirse con los muchachos del pueblo para ir á reñir con los de Maxey!

Llevado por su cólera, Jacobo Darc iba sin duda á castigar á la culpable, sin la intervencion de Isabel que sujetando del brazo á su marido le dijo:

— ¡Vaya, Jacobo, te ruego que por esta vez la perdones!

— Sea... por esta vez seré indulgente, pero que tu hija se guarde bien de ir á muchachear de este modo ó del contrario como soy su padre, que será castigada severamente y entre tanto esta noche irá á acostarse sin cenar.

Aflijada la pastora por los reproches de su padre, condujo sus ovejas al corral y fué á acostarse sin participar de la cena de la familia. Aquel ayuno debia tener consecuencias raras y decisivas. El hambre en la edad de Juanita es muy imperiosa; si el estómago está vacío, la imaginacion trabaja doblemente y así se esplican las raras visiones de algunos solitarios privados por mucho tiempo de alimento. La pobre niña apesadumbrada por el rigor paternal, recordó los sucesos del dia, lloró mucho y acabó por dormirse. Jamás habia tenido un sueño mas penoso, mas ajitado por estrañas visiones, hijas de las maravillosas leyendas que le contaba Sibila su madrina. Ya se le aparecía Hena, la vírgen de la isla de Sen ofreciendo su sangre en holocausto para la libertad de la Galia y de pié con el arpa de oro en la mano espiraba en medio de las llamas de una hoguera... Pero ¡oh sorpresa! Juanita reconocia sus facciones en las de Hena!... Ya era Merlin con su larga barba blanca seguido de su perro negro, con ojos centellantes, apoyado en su nudoso cayado, buscando el huevo rojo de la serpiente marina, cantando esta profecía:— «La Francia perdida por una mujer será salvada por una vírgen de las fronteras de Lorena salida del fondo de un bosque...»

Aquellas visiones desaparecian y eran reemplazadas por el com-

bate infantil de la víspera , tomando proporciones colosales , llegando á ser una inmensa batalla. Millares de soldados cubiertos, de resplandecientes cascos y corazas , armados de afiladas espadas y lanzas luchaban , corrian y se estrellaban como una ola de hierro. El estruendo de las armas , los gritos de los combatientes , el relincho de los caballos , el toque de los clarines, las descargas de artillería , retumbaban á lo léjos , ondeando sobre aquella inmensa masa de hombres y caballos , el rojo estandarte de Inglaterra cuartelado con la cruz de San Jorge y el blanco peudon de la Francia flordelisado de oro... Una guerrera cubierta con brillante armadura , montada en un blanco corcel, sostenia la bandera francesa... y Juanita reconocia tambien sus facciones en las de aquella guerrera. Santa Catalina y Santa Margarita mostrándose sobre ella en el azul de los cielos , le estaban sonriendo, mientras que San Miguel arcángel con sus anchas alas desplegadas, la cabeza medio vuelta hácia ella, le mostraba con su flamígera espada una corona de oro sostenida por los ángeles, deslumbradora como una estrella.

Aquel prolongado sueño, de vez en cuando interrumpido por pausas calenturientas , durante las cuales el sueño se confundia con la realidad en el ánimo turbado de Juanita , duró hasta la madrugada. Al despertarse , cuando brilló la luz de la aurora , se sintió postrada y su semblante bañado en lágrimas. Como tenia de costumbre , rezó sus oraciones, suplicando á sus buenas santas que aplacasen el enojo de su padre. Encontrólo en el corral á donde Juanita se dirigia para conducir las ovejas al campo , pero Jacobo Darc díjole severamente que ya no llevaria mas el ganado, que tan mal vigilaba, el pasto; que lo haria su hermano menor y que ella se quedaria en casa á coser é hilar. Causóle gran sentimiento tener que renunciar á los encantos que para ella tenian los alrededores de la clara fuente en cuya sombra soledad tanto gozaba escuchando el tañido de las campanas cuyas últimas vibraciones hacia algun tiempo parecian llegar á sus oídos como un celeste concierto de voces argentinas. Mas fuerza era someterse á la voluntad paternal , y durante la mañana se ocupó en diferentes trabajos caseros; Isabel mas indulgente que Jacobo , dijo á su hija en las altas horas del dia que fuese á descansar en la huerta esperando la hora de la comida.

Era sobre medio dia. El sol de verano proyectaba sus ardientes rayos sobre la cabeza de la jóven , que debilitada por el ayuno de la víspera , fatigada por sus penosos sueños , se sentó en un banco , la

frente apoyada en una mano pensando en las profecías de Merlin... A poco las campanas de Greux empezaron á oirse á lo léjos y olvidando Juanita que el sol caia aplomado sobre su cabeza, quedóse estática escuchando con inefable placer. Poco á poco el tañido de las campanas fué debilitándose y esperimentó de repente un deslumbramiento tan vivo é intenso, que la brillante claridad del sol, reflejada en la blanca pared de la iglesia que se alzaba en frente de Juanita, le pareció sombría al lado del torrente de luz en que se bañó su mirada. En aquel mismo instante, parecióle que las últimas vibraciones de las campanas en vez de confundirse como antes en un murmullo ininteligible, se trocaban en una voz de una dulzura infinita que le decia en voz baja:

— JUANA SÉ BUENA Y RELIGIOSA!... DIOS TE HA ELEGIDO PARA ARROJAR AL ESTRANGERO DE LA GALIA!... (1)

Calló la voz y cedió el deslumbramiento de Juanita. Ajitada y dominada por el espanto, dió algunos pasos por la huerta y cayendo de rodillas, con las manos cruzadas, invocó á Santa Catalina y Santa Margarita, sus patronas, creyendóse poseida del demonio.

Este dia del mes de Julio del año 1425 decidió del porvenir de Juana Darc: la viva luz que habia deslumbrado sus ojos, la voz misteriosa que habia sonado en sus oidos, fueron sus primeras alucinaciones resultantes por otra parte de un concurso de diversas causas y sobre todo del pasmo que, hiriéndola en la edad mas crítica de su pubertad, debia sustraerla para siempre de la enfermedad comun en su sexo. Esta profunda perturbacion de las leyes naturales, haciendo afluir violentamente de vez en cuando la sangre á su cerebro, producía en ella frecuentes alucinaciones; pero en contra de tantos otros visionarios, cuyas visiones sin bilacion ni objeto, divagan á merced del extravio de su razon, las de Juana se referian siempre á su primitiva causa: el horror que se habia apoderado de ella al aspecto del degüello de los habitantes de la aldea de San Pedro, y de ahí tambien su odio á los ingleses y su patriótico deseo de arrojarlos de la Galia. Alimentada en fin su alma con las misteriosas leyendas de su madrina, herida su imaginacion por la profecía de Merlin, lleno su corazon de una inefable compasion por el jóven soberano, que ella creyó digno de interes, aflijida sobre todo por

(1) *Proceso de condenacion.* T. I. p. 38 y siguientes.

los espantosos males que sufrían las personas de su rústica condición, mas espuestos que nadie á las rapiñas y á las violencias sanguinarias de los ingleses, sintiendo contra ellos ese odio implacable con que les perseguían *Guillermo de las Alondras y el gran Rajabroqueles* héroes oscuros, hijos del pueblo y precursores de la pastora de Domremy, hubo un día de creerse destinada á arrojar el extranjero fuera de Francia y restablecer su rey en el trono.

Si, las visiones de la heroína plebeya procedían de la ecsaltacion de su amor por la madre patria; aquellas voces misteriosas, tan influyentes en su destino, á las que mas tarde obedeció siempre en las circunstancias mas importantes de su vida, no eran mas que un eco dilatado y trasformado por su imaginacion; el eco de aquella voz que todos tenemos en nosotros y que siempre consultamos, á menos que nos falten el valor ó la conciencia. Si, aquellas voces que Juana creía oír esteriormente, no eran mas que las voces internas de su patriotismo, de su buen sentido, y de su valor; las mismas voces que en su infancia y antes de estar sujeta á alucinaciones; le habian dicho:

— « Los ingleses devastan la Galia... aborrece á esos malvados. »

Y los habia aborrecido.

— « Tu rey digno de respeto y cariño, es un desgraciado á quien todos abandonan... ¡ compadécete de él ! »

Y lo habia compadecido.

Aquella voz que cuando la batalla infantil de los muchachos de Maxey contra los de Domremy decia á Juanita:

— « Quien tiene fuerzas para huir, debe tenerlas tambien para batirse. »

Y reuniendo á los muchachos derrotados, de vencidos pasan á ser vencedores.

Aquella voz que cuando su primera vision le dijo:

— « Juana sé buena y pia, que Dios te ha elejido para arrojar al extranjero de la Galia. »

En fin, aquella voz era tambien la revelacion del genio militar de aquella jóven que por mucho tiempo aun debia ignorar su vocacion guerrera, como tantos grandes capitanes han ignorado su aptitud hasta el día en que los sucesos la han puesto de manifiesto de un modo ostensible. Una causa material, un desorden profundo, irremediable, perturbando su salud, reflejando en su cérebro, la hace visionaria; pero tal es el ardor de su patriotismo, que se

ecsalta, se reproduce, se encarna en sus visiones...

— Monómana sublime... Juana tenia por monomania la restauracion de la Galia.

Desde el mes de Julio de 1425 al mes de Febrero de 1429, esto es, desde los catorce á los diez y siete años de Juana, habian trascurrido tres años durante los cuales sujeta cada vez mas á frecuentes visiones, soñaba despierta. Ya creia ver y veia á Santa Margarita y Santa Catalina llegar á ella risueñas y abrazarla tiernamente (1); ya era el arcángel San Miguel empuñando con la diestra su flamígera espada y sosteniendo con la siniestra la corona de Francia; ya en fin una multitud de ángeles revoloteando á la vista de la jóven en medio de un inmenso y deslumbrador rayo de luz que se proyectaba del cielo á la tierra, como esos átomos que distinguen nuestros ojos en el cje de un rayo de sol atravesando un lugar oscuro. Luego estas visiones eran menos frecuentes, al paso que no transcurría apenas un solo dia sin que Juana, sobre todo despues de haber oido el tañido de las campanas, no oyera la voz secreta de su patriotismo y de su vocacion militar que le decia por boca de sus queridas santas:

— «Juana, marcha al socorro del rey de Francia; tu arrojarás los ingleses... tú le devolverás su reino.

— «Pero soy una pobre jóven; yo no sabria cabalgar ni guiar á los guerreros» — respondia la modestia de la sencilla pastora, no teniendo todavía conciencia de su genio. No obstante, algunas veces el recuerdo de la leyenda de Merlin sucediendo á sus propias dudas, le hacia preguntar porque no podia ser ella la destinada á realizar aquella prediccion. ¿Dios no le decia por boca de sus santas?: — «¡Parte al auxilio de tu rey!» — ¿No habia nacido en las fronteras de la Lorena cerca de un frondoso bosque? ¿No era vírgen? ¿No se habia consagrado voluntariamente á un eterno celibato, obedeciendo quizás en ello no tanto á las repugnancias de una castidad invencible, cuánto al deseo de dar así una prenda mas al cumplimiento de la profecía del bardo galo? ¿A la edad de diez y seis años no habia confundido á los ojos de todos por la irresistible sinceridad de sus palabras, á un jóven de su pueblo, qué faltando á la verdad, pretendia qué le habia dado promesa de casamiento, no pudiendo su-

(1) *Proceso de condenacion* t. 1. p. 77. y siguientes.

portar su receloso pudor siquiera la idea de una union legítima? ¿No recordaba en fin, qué cuando aquella batalla infantil entre los muchachos de Maxey y los de Domremy, su valor, su pronta decision y su arrojo, habian trocado la derrota en victoria? ¿Con la ayuda de Dios y de sus santas, no podía salir victoriosa en una batalla formal?

Juana era religiosa; pero su religion era esa religion ingénuu que todo lo refiere á Dios, creador de todas las cosas; le agradecia en el fondo de su alma que se manifestase á ella por la intermediacion de sus santas, que creia ver y oir durante sus alucinaciones; pero nadie le inspiraba la confianza de sus santas patronas; asi es que si bien cumplia fielmente sus deberes católicos y confesaba y comulgaba frecuentemente, jamás decia una palabra de sus revelaciones al reverendo Minet, su párroco, ni á ningun otro clérigo (1). Encerraba en lo mas profundo de su corazon sus vagas aspiraciones por la restauracion de la Galia, ocultándolas hasta á sus íntimas amigas Mangesta y Hugueta, guardando tambien su secreto para sus padres y hermanos. Durante tres años se impuso, respecto de estos misterios de su alma, un silencio absoluto; gracias al poderoso imperio que ejercia en si misma, se mostró, como siempre, laboriosa, activa, consagrándose á los trabajos caseros y del campo, apesar de la creciente persistencia de *sus voces* que, cada vez mas imperiosas, le repetian cuasi diariamente:

— «¡Marcha, hija de Dios! ¡Los tiempos han llegado!... marcha al socorro de la patria invadida... ¡Tú arrojarás los ingleses, tú salvarás á tu rey, tú le devolverás su corona...!»

Las visiones de Juana redoblaron á medida que iba acercándose el cumplimiento de sus diez y siete años; los grandes designios de que se creia deber ser el instrumento, tomaban cada vez mas posesion de su persona... Esta obsesion incesante y dolorosa, le perseguia por dó quiera.

— «Experimentaba, decia mas tarde, experimentaba en mi alma, lo que debe sentir en su cuerpo una mujer en los dolores del parto.»

Santa Margarita y Santa Catalina se aparecian frecuentemente á la jóven, la animaban, la tranquilizaban, le prometian la ayuda de Dios en los actos que debia cumplir. Cuando la vision se desvanecia,

(1) *Proceso de condenacion* t. 1. p. 80 y siguientes.

la pobre jóven quedaba anegada en lágrimas, sintiendo que sus buenas santas no la hubiesen llevado consigo en el seno de Dios.

Sin embargo, á pesar de estas alternativas de fé y de desconfianza en su mision, Juana acabó por familiarizarse con esta idea de la cual su modestia y sencillez por mucho tiempo se habian asustado: *mandar á los guerreros y á su cabeza vencer á los ingleses...* Viendo en sí á la vírgen de Lorena profetizada por Merlin, en la parte de su creencia religiosa, en su éxtasis visionario, creia firmemente obedecer la voluntad suprema. Pero en aquella organizacion admirablemente completa, una rara sagacidad, un buen sentido escelente, una notable aptitud militar, se aliaban, sin perder nada de su valor, con las exaltaciones de la visionaria; asi es, que recordando sin cesar aquella batalla infantil en que la victoria habia estado por su parte, Juana se decia:

— «Hombres y niños, cuando se sabe dirijirlos, cuando se posee el secreto de arrastrarlos, deben obedecer al mismo impulso, á los mismos sentimientos generosos, y con la ayuda del cielo, lo mismo harán los hombres del ejército real, que hicieron los muchachos de Domremy.

«Despertar el valor de un ejército postrado y abatido, ecsaltarlo, conducirlo directamente al enemigo, cualquiera que sea su número, atacarlo con audacia, ya sea en campo raso ó detrás de sus atrincheramientos y por último vencerlo, no es una empresa imposible... Si obtiene un buen resultado, las consecuencias de una primera victoria, reanimando el espíritu de un ejército desmoralizado por el hábito de la derrota son incalculables...»

Así discurría Juana, y estos pensamientos revelaban una profunda intuicion de las cosas de la guerra. Por otra parte, no era de aquellas apocadas y contemplativas visionarias que solo confían en Dios para el triunfo de la buena causa; no, una de las dicciones familiares de Juana era esta. «Ayudate que el cielo te ayudará.» Constantemente sujetaba todos sus actos al buen sentido de este adagio, así es que cuando mas tarde un capitan le decia desconfiadamente:

— «Si está de Dios que deben ser arrojados los ingleses de la Galla, esto se cumplirá por el solo efecto de su voluntad, sin que tengamos necesidad de tí Juana, ni de nuestros soldados.

«Los soldados combatirán... y Dios les dará la victoria,» contestó Juana.

Estas palabras os pintan de un solo rasgo á la heroína plebeya, hijos de Joel.

— ¡Pero hay! estos tres años de obsesiones misteriosas, preludios de su gloria, fueron para Juana un tiempo de luchas tanto mas penosas, cuanto eran mas secretas. A fin de obedecer sus voces interiores, á fin de cumplir su divina mision y realizar la profecía de Merlin, debia batallar... y la infundia tanto horror la sangre, que sus *cabellos se erizaban cuando veia correr la sangre francesa* (1) dijo un dia.— Debia vivir en los campamentos con los soldados... y una de sus principales virtudes era un pudor exquisito;— debia abandonar la casa paternal, renunciar sus humildes trabajos domesticos en los que decia orgullosamente, *á nadie cedia ya para coser ya para hilar*.— Debia en fin, separarse de sus amigas, de sus hermanos, de sus padres á quienes tanto queria, para dirigirse ella pobre y desconocida aldeana, desde el fondo de la Lorena, al rey Cárlos VII y decirle:

— «Señor, Dios me envia á vos: confiadme el mando de vuestras tropas, y arrojaré á los ingleses de Francia y os devolveré vuestra corona.»

¡Oh! cuando Juana pensaba en esto, en sus horas de duda, cuando desvanecido su éxtasis, volvía á caer en las puras realidades de la vida, la pobre niña retrocedía ante un abismo de dificultades é imposibles. Ella misma se daba compasion y el pasado le parecia un sueño; algunas veces creíase loca y suplicaba á *sus voces* que se dejasen oír, que se le apareciesen sus santas, á fin de reanimar su fé en su divina mision y probarle de este modo que hasta entonces no habia sido el juguete de los estravios de su razon... Pero habiendo pasado la crisis alucinadora de Juana, las voces misteriosas permanecian calladas y entonces se consideraba como una miserable insensata... mas al dia siguiente, aquella misma noche, asaltada por nuevas visiones, creía ver llegar á ella á sus dos hermosas santas, ceñidas con su corona de oro, vestidas de brocado, exalando un perfume celestial y risueñas le decían:— ¡Animo, Juana hija de Dios, ánimo!... ¡Tú libertarás la Galia... tu rey te deberá su corona!... ¡Los tiempos se acercan!»

La vírgen volvía á creer en su predestinacion hasta el dia en que nuevas dudas volvian á asaltarla para volverse á disipar. Llegó por fin el momento, en que habiendo ido desapareciendo poco á poco aquellas dudas, sintiéndose firme en su creencia, invenciblemente penetrada de la divinidad de su mision, Juana resolvió cumplirla á

(1) *Proceso de condenacion* T. I. p. 87 y siguientes.

toda costa, no aguardando mas que una circunstancia oportuna, un momento favorable, sintiendo entonces mas que nunca la necesidad de practicar su adagio favorito: «Ayudate que el cielo te ayudará.» Desde aquel momento todos los esfuerzos de su espíritu tendieron á informarse en secreto del estado de cosas de la Galia y adquirir las primeras nociones del manejo de las armas.

Los acontecimientos públicos y la situacion geográfica del valle, sirvieron admirablemente á los propositos de Juana. Las fronteras de Lorena eran frecuentadas á menudo por los mensajeros que iban y venian de Alemania. Jacobo Darc curioso de noticias como lo son las gentes que viven apartadas del centro del pais, ofrecia de vez en cuando hospitalidad á aquellos caballeros. Mientras hablaban de la guerra, único asunto de aquellos tristes tiempos, Juana, siempre reservada á los ojos de sus padres, é ignorantes de los vastos designios que fermentaban en ella, hilaba silenciosamente sin perder una palabra de las conversaciones que mediaban. Algunas veces sin embargo, se atrevia timidamente á hacer algunas preguntas á los viajeros sobre los intereses relativos á su secreta idea, instruyéndose poco á poco de lo que le importaba saber. Otras circunstancias contribuian además al logro de sus deseos. Los habitantes de Vaucouleurs, con su heróica resistencia, varias veces habian obligado á los ingleses á levantar el sitio; estos al acercarse la mala estacion, iban á tomar sus cuarteles de invierno en Champaña y volvian á la primavera. Durante estas marchas y contramarchas, los partidos enemigos devastaban de nuevo el valle del Meuse. Jacobo Darc, sus hijos y demás labradores, veianse obligados á ir á buscar un refugio en el castillo de la Isla, varias veces rudamente atacado, siempre defendido con valentia. Pasado el peligro, los labradores volvian á sus casas á reparar los desastres causados por el enemigo. La permanencia de la familia Darc en el castillo bien fortificado, ocupado por soldados experimentados, las emboscadas, las salidas, los asaltos que varias veces tuvo que rechazar la guarnicion, familiarizaron á Juana con el arte de la guerra. Recogida en si misma, obedeciendo á su vocacion guerrera, observando atentamente cuanto pasaba á su alrededor, dandose cuenta de los preparativos y de los medios de defensa, escuchando, meditando las órdenes dadas á los soldados por sus jefes, aprendia ó adivinaba asi los principios elementales del arte militar. Aquellas nociones germiaban, fructificaban, maduraban en el entendimiento claro y pe-

netrante de la jóven que ya desconfiaba menos de si misma , cuando sus voces ó mas bien la conciencia de su naciente genio le decia :
— « Los tiempos se acercan... Tú arrojarás los ingleses de la Galia , tú eres la vírgen guerrera cuya venida profetizó Merlin !... »

En fin el hermano del abuelo de Juana , llamado Dionisio Laxart , vivia en Vaucouleurs y conocia hacia mucho tiempo al comandante de la guarnicion llamado *Roberto de Baudricourt* , capitan que gozaba de gran fama en el pais , aborreciendo como el que mas á los ingleses y sumamente adicto al partido realista. Muy á menudo Juana que era muy querida de Dionisio , le preguntaba sobre el capitan Roberto de Baudricourt , sobre su carácter , su afabilidad y el modo como acogia á las gentes pobres. El buen Dionisio muy lejos de sospechar los motivos que inducian á su nieta á hacerle semejantes preguntas y atribuyéndolo á una simple curiosidad de jóven , le contestaba con su habitual sencillez « — que Roberto de Baudricourt tan valiente soldado como brutal y violento , por lo comun enviaba al diablo á todo el mundo y que aquel terrible hombre le daba tanto miedo , que jamás habia logrado acercarse á él sin temblar.

— « Es lástima que tan buen capitan sea tan ágrío de genio y tan poco sociable » decia Juana á su tio suspirando. Y cambiaba de conversacion para volver á hablar mas tarde del capitan.

Juana iba á cumplir los diez y ocho años y los tiempos habian llegado...

En los últimos dias del mes de febrero de 1428 un peloton de soldados que volvian á Lorena á las órdenes de su duque , pertenecientes al partido de los armañacs , hicieron alto en Domremy. Los vecinos obedientes á las leyes de la hospitalidad , acompañaron cordialmente á aquellos extranjeros , quien uno quien otro á sus casas. Tocó á Jacobo Darc un sargento ; la familia le acogió bondadosamente y los jóvenes le ayudaron á desembarazarse de su casco , coraza , lanza y espada , cuyas brillantes armas fueron depositadas en un rincon de la pieza donde Juana y su madre preparaban la cena de su huesped. La vista de las armas que acababa de quitarse el militar , hizo estremecer á la jóven que no pudo resistir al deseo de tocarlas furtivamente y aun aprovechando un momento en que quedó sola , puso sobre su cabeza el casco de

hierro y tomó en su viril mano la pesada espada que sacó de su vaina. Juana á aquella edad era esbelta y robusta, alta y hermosa; las soberbias formas de su seno virginal (1) y sus anchas espaldas contribuian á la belleza de su busto; sus ojos eran negros, su mirada dulce y melancólica, sus cabellos de color de ébano, su tez pura lijeramente tostada por el sol, sus labios encarnados, sus dientes blancos, su fisonomia casta, séria y cándida, daban al conjunto de su persona un aspecto simpático y al cubrirse con el casco del soldado, la jóven resplandeció con una belleza guerrera.

En aquel momento entraron el sargento y Jacobo Darc; este frunció severamente el entrecejo; pero el soldado agradablemente sorprendido de ver su casco en la cabeza de la jóven, le dirigió algunas frases lisonjeras. El descontento del labrador redobló, pero se contuvo. Sonrojada Juana se quitó el casco, volvió á envainar la espada y se sentaron en la mesa para cenar. El sargento, aunque todavía jóven, habia formado parte, segun decia, de varias fuerzas enviadas con las tropas reales contra los ingleses; habló mucho de sus proezas, acariciando sus mostachos y mirando de reojo á Juana. Esta, con gran sorpresa de su familia y á pesar del enojo reprimido y creciente de su padre, salió de su reserva ordinaria, acercó su asiento al del soldado, pareció admirar mucho sus hechos de armas y le agobió de preguntas sobre el ejército real, sus fuerzas, su modo de combatir, su posicion actual, el número de sus bombardas de artilleria y el nombre de los capitanes que mas confianza inspiraban á los soldados. Muy lisonjeada el sargento por la curiosidad de aquella linda jóven respecto de los hechos y cosas militares y pensando que se interesaba quizás mas por el guerrero que por la guerra, respondió con suma galanteria á todas las preguntas de Juana. Esta le escuchaba con tanta avidez, parecia en fin, por el fuego de sus miradas y la animacion de su rostro, tomar tan profundo interés en aquella conversacion que, Jacobo Darc en su indignacion, creyóse que el marcial continente del soldado, habia hecho enloquecer á su hija y le lanzó algunas furiosas miradas; pero ella no notando la indignacion paternal, redobló sus preguntas, supo con secreto dolor que rechazado mas allá del Loire, despues de una reciente y vergonzosa derrota, llamada *la batalla de los arengues*,

(1) *Mammæ ejus erant pulcherrimas...* Deposit. del duque de Alençon.—Proceso de Revist. T. III. P. 229.

el ejército real había huido desbandado, que los ingleses sitiaban á Orleans, y que una vez tomada esta ciudad é invadida la Turena, no quedaria mas recurso ni al rey ni á la Francia, puesto que todo su territorio perteneceria desde entonces á los ingleses.

— ¡Nada puede entonces salvar á la Galia! exclamó Juana en un arrebató de indecible ecsaltacion; ¿Todo está perdido?

— Si antes de un mes no se hace levantar el sitio de Orleans, repuso el sargento, si los ingleses no son rechazados lejos de las riberas del Loire, ya no habrá mas Francia, y esto tan cierto como vos sois la mas linda hija de la Lorena. ¡Vive Dios que cuando hace un momento, os he visto cubierta con mi casco, creia ver la diosa de la guerra! ¡Con un capitan como vos, yo solo atacaria un ejército!

Al oír aquellas palabras, Jacobo Darc se levantó bruscamente de la mesa, dijo á su huesped que habia entrado la noche y que las gentes del campo que se levantan á la luz del alba, acostumbran acostarse á la puesta del sol. Disgustado el sargento al verse despedido de aquel modo, volvió á tomar lentamente sus armas, procurando encontrar la mirada de Juana; pero esta olvidando al soldado, sentada en su escabel, sumida hacia algunos instantes en penosas reflexiones, pensaba en los nuevos desastres de la Galia sin poder contener las lágrimas que caian de sus ojos.

— Ya no me cabe duda, se dijo el labrador, mi hija hasta este dia tan casta y prudente, súbitamente se ha prendado de ese fanfarron; está llorando su partida. Ella y nosotros debemos avergonzarnos. ¡Maldita sea la hospitalidad que he dado á ese extranjero!

Jacobo Darc cuando su huesped hubo salido de la casa, se mostró cada vez mas severo; conteniendo apenas su indignacion, acercóse á su hija, tomola rudamente por el brazo, le indicó con un gesto imperioso la escalera que conducia á su cuarto de dormir, diciéndole con reconcentrada ira:

— Ahora subid á vuestro cuarto y mañana por la mañana hablaremos!

Absorta Juana en sus crueles pensamientos, obedeció maquinalmente á su padre; este cuando aquella estuvo en su aposento, añadió, dirigiéndose á sus hijos muy sorprendidos de la dureza que habia usado con su hija:

— ¡Qué Dios nos ampare! ¿Habeis visto con que aire miraba Juana á ese sargento? ¡Ah! si llegase á acontecer que esta mucha-

cha tuviese la audacia de marcharse con un soldado, vuestro deber seria de ahogarla antes con vuestras propias manos, y sino lo hicierais, os lo juro, yo lo haria. (1)

El labrador pronunció estas palabras con tal esplosion de cólera, que Juana lo oyó. Adivinó el error de su padre y se puso á llorar amargamente. Pero pronto *sus voces* le dijeron:

— «Ha llegado la hora... ¡La Francia y su rey estan perdidos sin tí... Parte hija de Dios... ¡Salva á tu rey, salva la Francia!... ¡El Señor va contigo!...»

Recordad, hijos de Joel, recordad esta leyenda de la plebeya católica y realista. Cárlos VII debió su corona á Juana Darc y Cárlos fué sobremanera ingrato con ella, abandonándola y desconociendo vergonzosamente sus servicios. Un sino fatal, los hombres que debian salvarla, la arrastraron á la hoguera. Los malos caballeros de otros tiempos habian dado la Galia á los ingleses; el patriotismo, el genio militar de Juana triunfaron por fin del extranjero... y fué perseguida, condenada y vendida por el rencor de sus émulos! ¡Pobre hija del pueblo! La implacable envidia de los capitanes y cortesanos, la ingratitud real, la ferocidad de los que mas debian protegerla, consumaron su martirio! ¡Bendita seas al través de los tiempos! ¡oh vírgen guerrera, santa hija de la madre patria!... ¡No olvideis, hijos de Joel, no olvideis esta leyenda y por ella juzgad de lo que son capaces los hombres!

(1) Proceso de condenacion. T. I. p. 127.

CAPITULO II.

VAUCOULEURS.

El capitán Roberto de Baudricourt y Dionisio Laxart.— La entrevista.— El señor de Novelpout.— Juana.— La inspiración.— Partida para el sitio real de Chinon

Roberto de Baudricourt, gobernador militar de Vaucouleurs, hombre en la fuerza de su edad, de aspecto marcial, y de un semblante cuya dureza era disimulada en gran parte por una mirada inteligente y penetrante, se paseaba con agitación por una de las salas del castillo de la ciudad. Sabedor por un despacho que acababa de recibir de la posición desesperada en que se hallaba Carlos VII y de los peligros que corría Orleans, vivamente sitiada por los ingleses, el capitán tan afligido como encolerizado por aquellas deplorables nuevas, andaba á grandes pasos, maldiciendo, blasfemando y haciendo estremecer el pavimento con el impaciente choque de sus talones, cuando de repente una cortina de cuero que cerraba la entrada principal de la sala, se corrió y dejó ver á medias el rostro tímido y espantado de Dionisio Laxart hermano del abuelo de Juana. Roberto de Baudricourt sin apercibirse de la llegada de aquel hombre, hirió el suelo con el pié, dió un violento peñetazo sobre la mesa donde habia dejado el funesto despacho que acaba de leer por segunda vez y exclamó en alta voz:

— ¡ Muerte y condenación ! ¡ Está visto , no hay remedio para la Francia ni para el rey !

Dionisio Laxart al oír aquella furibunda exclamación, no tuvo valor en aquel momento para dirigirse al terrible capitán, dejó caer con presteza la cortina, detrás de la cual sin embargo se quedó, aguardando un instante mas oportuno para presentarse ; pero redoblando la cólera de Roberto, oyó que exclamaba dando otra vez una fuerte patada en el suelo :

— ¡ Maldición ! ¡ Todo está perdido !

— ¡ No , monseñor !... todavía no está todo perdido ! dijo resueltamente el buen Dionisio, haciéndose superior á sus temores, pero permaneciendo no obstante al abrigo de la cortina ; luego poniendo

únicamente la cabeza en descubierto repitió.— No, monseñor, no, gracias á Dios, todo no está perdido aun.

Al oír el capitán aquella tímida voz, volvió la vista, reconoció el anciano á quien quería y le dijo bruscamente.

— ¿Qué haces ahí en esa puerta?... ¿Porqué no entras? ¿Qué quieres, dilo?

Pero viendo que Dionisio no acababa de decidirse, añadió con voz de trueno:

— ¡Por todos los diablos!... ¿quieres entrar si ó no?

— Ya entro monseñor; héme aquí, pero por amor de Dios no os enfadeis.

— ¿Qué quieres?

— Monseñor... yo... pues... monseñor... yo... tengo... es decir... que...

— ¿Acabarás de explicarte de una vez?

— Si, monseñor, pero he de rogaros una vez mas que no habeis de enfadaros, porque os traigo una buena noticia...

— ¿Cuál?

— Una noticia... inesperada... oh! una noticia... miraculosa.

— ¿Cuál? ¿cuál?...

— No está todavía todo perdido, monseñor... por el contrario... todo está salvado!

— ¿Qué es lo que está salvado?

— ¡El rey y la Galia!

— ¡Dionisio! repuso el capitán lanzando una mirada amenazadora al tío de Juana, si tu cabeza no estuviese encanecida, te haría arrojar del castillo á latigazos! ¿como te atreves á mofarte de este modo? ¿Porqué hablar de la salvacion del rey y de la Francia... cuando me acabas de oír esclamar que todo está perdido?

— Monseñor, os suplico que escucheis sin cólera lo que tengo que deciros, por mas increíble que os parezca. No tengo ni el semblante ni el lenguaje de un bufon... hace mucho tiempo que me conoceis.

— En efecto, te conozco y sé que eres honrado y prudente; asi es que tus malsonantes palabras me han sorprendido en extremo... Vamos, habla.

— ¿No os encolerizareis?

— No.

— ¿Ni tampoco me interrumpireis?

— ¿Pero á que vienen tantos rodeos?

— Monseñor , lo estais viendo , mi frente está bañada en sudor , me falta la voz , tiembla mi cuerpo y sin embargo aun no he empezado... á deciros porque he venido... Por manera que si me interrumpís encolerizado... de seguro perderé el hilo de mis ideas... y...

— ¡ Vive Dios , que se necesita mucha paciencia para escucharte ! Ea , despacha que no te interrumpiré. Ya te escucho.

Dionisio Laxart hizo un grande esfuerzo sobre si mismo , y despues de haber reflexionado un momento , dijo al capitan con voz precipitada :

— Ayer fui á ver á mi nieta en Domremy. Está casada con Jacobo Darc , honrado labrador , tienen dos hijos y una hija ; la hija se llama Juanita... ahora tiene diez y siete años...

Pero viendo el anciano que el capitan apenas podia reprimir su impaciencia y que estaba á punto de estallar al oir aquel exordio , se apresuró á añadir :

— Voy al caso , monseñor , voy al caso , que va á pareceros sorprendente , prodigioso , pero en fin... tal como es... del mismo modo voy á referiroslo... Ayer tarde , pues , mi sobrinita Juanita me dijo estas palabras.—Abuelito mio , es preciso que mañana me acompañeis á Vaucouleurs y me presenteis al capitan Roberto de Baudricourt á quien vos conoceis.

— ¿ Y que quiere de mi tu nieta ?

— Quiere revelaros , monseñor , lo que me confió á mi ayer tarde , lo que ignoran sus padres , lo que ignora hasta el cura de su parroquia , su confesor... ya vereis , ya vereis que secreto !

— ¿ Qué secreto es ese ?

— Voy á confiaroslo , monseñor... Parece , ¡ oh ! si , si... parece que Juanita está inspirada de Dios... unas voces interiores le anuncian de algun tiempo á esta parte que ella Juanita , mi nietecilla , arrojará á los ingleses de la Galia , poniéndose al frente de las tropas reales y que le devolverá su corona.

Roberto de Baudricourt estraordinariamente sorprendido en un principio por la estravagancia de aquellas palabras , apenas habia podido contenerse y estuvo á punto de arrojar brutalmente al pobre Dionisio. Sin embargo , dominándose por compasion al anciano , le dijo con acento sardónico :

— ¡ Ah ! ¿ Y este es el secreto que tu nieta queria confiarme ?

— En efecto , monseñor , y se proponia ademas pedir los medios para poder pasar á avistarse con el gentil delfin , nuestro sobe-

rano, á quien quiere de todos modos hacer participe de las miras que Dios tiene puestas en ella... se entiende para salvar á su patria y á su rey.

— ¿De veras?

— Esto es, monseñor, ni mas ni menos. Y si quereis que os confiese la verdad, me conmovió profundamente el acento de sinceridad de Juanita, cuando me refirió sus visiones de santas y arcángeles y las voces misteriosas que hace dos ó tres años oye sin cesar, profetizándole que ella es la vírgen guerrera cuya venida, para la restauracion de la Galia, predijo Merlin. Esta leyenda vos la sabeis, monseñor, hace muchísimo tiempo que goza de gran crédito en Lorena, de modo que...

— ¿Tú has dado fé á las palabras de tu nieta? dijo el capitán con una mezcla de desprecio y compasion, interrumpiendo al anciano á quien miraba como un estúpido ó un loco. — ¿De manera que tú crees ciegamente en las palabras de esa muchacha?

— ¿Y porqué no debo creer en ellas, monseñor? Jamás nadie ha tenido que reprocharle una mentira. Cediendo á mi conviccion y á sus instancias, ayer tarde, no sin mucha dificultad, obtuve de Jacobo Darc que parecia estar muy irritado con su hija, que la permitiese acompañarme, so pretesto de venir á pasar algunos dias en mi compañía y la de mi mujer. Esta mañana partiendo de Domremy al despuntar la aurora, he tomado á Juanita en la grupa; hemos llegado aqui hace una hora y mi nieta me aguarda en donde debo llevarle vuestra respuesta.

— ¡Ah! ¿Con qué aguarda mi respuesta?

— Si, monseñor...

— Pues bien mi respuesta es esta... Que se abofetee sin compasion á esta desvergonzada (1) y que la vuelvan á acompañar á casa de sus padres, para que la castiguen con el rigor que merece.

— ¿Cómo, monseñor? exclamó el anciano, ¿esta es vuestra contestacion?

— Maese Dionisio Laxart, yo os creia un buen hombre y ahora estoy viendo que no sois mas que un despreciable idiota ó un viejo loco.

— Pero, monseñor...

— ¡No os avergonzais á vuestra edad, de dar fé á semejantes necedades! ¡Cómo teneis la osadia de hacerme tales confianzas! ¡Ira de Dios, no se quien me detiene... Salid!

(1) *Proceso de condenacion. Tom. 1-67.*

— Monseñor, no creais que...

— ¡Fuera de aquí!... ¡Con mil legiones de demonios... salid al instante, salid!

El bondadoso anciano obedeció temblando de todos sus miembros.

El pobre Dionisio Laxart salió temblando; pero mas tarde volvió al castillo de Vaucouleurs. Esta vez no iba solo, le acompañaba la hija de Jacobo Darc, pero inquieto y agitado al pensar que iba á escitar de nuevo la cólera del señor de Baudricourt. Tanto habia rogado Juana á su abuelo, tanto le habia suplicado que la condujera en presencia del terrible capitan, que bien á pesar suyo habia acabado por ceder á las repetidas instancias de su nieta. Juzguese del terror que habia de sentir el anciano al acercarse á la cortina de cuero que cerraba la entrada de la sala donde se hallaba Roberto de Baudricourt. Este estaba platicando con *Juan de Novelpont* (1), caballero, habitante de Vaucouleurs y le decia continuando una conversacion empezada:

— Os repito que es una loca que mas que desprecio, merece que se la abofetee...

— ¡Y bien que importa, si se hubiese podido sacar un partido de su locura! contestaba Juan de Novelpont. Suponed un hombre que está atacado de una enfermedad incurable, deshauciado de todos los medicos y condenado por ellos á una muerte segura y se le propone probar *in extremis* un filtro que se cree saludable compuesto por un loco. ¿Porqué nuestro enfermo no debe aceptar este último medio de salvacion? ¿Qué arriesga en ello?

— ¡Ira de Dios! ¡Arriesga de seguro su ecsistencia!... y ademas pasa plaza de necio...

— Roberto, os lo repito, el pueblo y los soldados son muy crédulos; el anuncio de un ausilio celestial, sobrenatural, puede reanimar la esperanza de las poblaciones y del ejército, avivar su valor y darles la victoria despues de tantas derrotas. ¿Me negareis que las consecuencias de una primera ventaja serian incalculables?

— ¡En efecto si se pudiese alcanzar este triunfo! contestó Roberto de Baudricourt, algun tanto convencido.— Conozco á mis soldados á quienes muchas veces basta un ligero contratiempo para desani-

(1) Proceso de rehabilit. II —79.

marlos y una escaramuza ventajosa para infundirles aliento y darles una grande energía.

— En este caso ¿ porqué no consentís en ver á esa jóven? ¿ Porqué no quereis interrogarla?

— Pero por Dios; ¿ no conoceis que esa pastora es una infeliz visionaria?

— Sea; pero en el estado desesperado en que se encuentra la Francia, ¿ que se arriesga recurriendo al empirismo? Roberto creedme, hubierais procedido muy cuerdamente consintiendo en escuchar á esa aldeana... La profecía de Merlin que invoca, absurda ó no, es popular en la Galia... Yo me acuerdo de haber oido referir esta leyenda maravillosa en los dias de mi infancia... Las profecías por otra parte, gozan hoy dia de gran crédito en nuestro infortunado pais. Cansado de esperar en los recursos humanos el fin de los males que nos agobian, recurre ahora á los medios sobrenaturales. ¿ Los doctos individuos de la Universidad de Paris, esos hombres encanecidos en el estudio, no acaban de apelar publicamente á la adivinadora perspicacia de los piadosos varones versados en las Santas Escrituras y habituados á la vida contemplativa? ¡ Estoy en la firme conviccion que en ciertos casos, todo se debe probar, todo!

— ¡ Por vida de!... ¡ Otra vez! exclamó Roberto de Baudricourt interrumpiendo á su amigo al ver aparecer el tímido rostro de Dionisio Laxart por entre los pliegues de la cortina de cuero, ¿ no temes abusar de mi paciencia?

Dionisio sin contestar una palabra, levantó la cortina para dar paso á Juana que se dirigió resueltamente hácia los dos caballeros. Su abuelo la siguió levantando los ojos al cielo y temblando de todos sus miembros.

Si Juana hubiese sido vieja ó fea, sin duda hubiera sido arrojada al instante de la presencia del capitan Roberto de Baudricourt; pero tanto este como el caballero Juan de Novelpont, quedaron admirados de la belleza de la jóven, de la espresion dulce y varonil de sus facciones y de su aspecto casto, modesto y tranquilo. Ambos caballeros á cual mas sorprendidos, se miraron silenciosos; el señor de Novelpont meneando la cabeza y sonriendo, parecia decir á su amigo. — « ¿ Andaba desacertado aconsejandoos que vieseis al menos á esta pobre visionaria?

Dudaba todavía Roberto de Baudricourt sobre la acogida que debia hacer á Juana, cuando el otro caballero le dijo á fin de probarla:



Editor Juan Oliveros, Barcelona

Aspiraciones de Juana de Arc.

— ¡Con qué, hija mia, al fin y al cabo el rey será arrojado de Francia y tendremos que ser todos ingleses! ¿No es verdad que para impedirlo habeis venido aquí? (1)

— Monseñor, contestó Juana con voz firme y tranquila, revelando su acento la sinceridad de sus palabras: he venido aquí, en esta ciudad real, á fin de pedir al capitán Roberto de Baudricourt que me hiciera acompañar á presencia del delfin de Francia. El tiempo urge; es preciso que antes de ocho dias haya visto al rey; si no pudiese ir á pié, iria de rodillas; no hay nadie en el mundo, ni capitanes, ni duques, ni príncipes capaces de salvar el reino de Francia, sin el auxilio que traigo con la proteccion de Dios y de sus santos.

Luego Juana suspiró, y con los ojos bañados en lágrimas, añadió sencillamente:

— Preferiria quedarme en casa para coser é hilar al lado de mi pobre madre... pero Dios me ha impuesto este deber... y debo cumplirlo.

— ¿Y de que modo cumplirás con este deber? repuso Roberto de Baudricourt no menos sorprendido que su amigo, de la mezcla de seguridad, de ingenua dulzura y conviccion, que brillaban en la respuesta de la jóven.

— ¿Cómo lo cumpliré, decís?

— Si, como lo harás tú, pobre pastora, para vencer y arrojar á los ingleses, cuando La-Hire, Xaintrailles, Dunois, Gaucourt y tantos otros valientes capitanes, se han estrellado ó han sido derrotados?

— Me pondré resueltamente á la cabeza de las tropas, y Dios mediante, venceremos.

— Hija mia, repuso Roberto de Baudricourt con una sonrisa de incredulidad, si está en la voluntad de Dios que los ingleses sean arrojados de la Galia, ¿que necesidad tiene de tí ni de los soldados?

— Los soldados pelearán y Dios concederá la victoria, contestó Juana con un laconismo tranquilo. Ayúdame y el cielo te ayudará...

Los dos caballeros se miraron de nuevo cada vez mas sorprendidos del lenguaje y actitud de aquella jóven aldeana. Dionisio Laxart triunfante se frotaba las manos.

(1) Todas las palabras de Juana en este diálogo estan tomadas testualmente del *Proces. de reabilit.* II 435 y siguientes.

— ¿De modo, Juana, que estás firmemente resuelta á ver el rey? añadió Juan de Novelpont.

— Si, monseñor, mas bien mañana que al dia siguiente, mejor hoy que mañana. Es preciso que antes de un mes esté levantado el sitio de Orleans.

— ¿Y serás tú la que harás levantar este sitio?

— Si, con la ayuda de Dios.

— ¿Y ya sabes tú, pobre pastora, lo que es el sito de una ciudad?

— ¡ Vaya si lo sé! Son los sitiadores y sitiados.

— Bien; pero los sitiados deben probar algunas salidas contra el enemigo atrincherado delante de sus puertas.

— Monseñor, nosotros somos tres en en esta sala, si se nos encerrase en ella y resolviésemos salir á toda costa, ¿acaso no saldríamos aunque diez hombres guardasen la puerta?

— ¿Porqué medios?

— Peleando valerosamente. ¡ Dios haria el resto!

— En un sitio, hija mia, no se se trata únicamente de poder salir... Los sitiadores rodean la plaza con numerosos reductos ó baterias provistas de aparatos bélicos, armas arrojadizas, bombardas de artilleria defendidas con profundos fosos, ¿y como podrias apoderarte de esos formidables atrincheramientos?

— Yo seria la primera que bajaria al foso y la primera que subiria al asalto, diciendo á los soldados que me acompañasen: — «Seguidme y penetremos sin temor aqui, porque el Señor vá con nosotros!...

Los dos caballeros volvieron á mirarse sorprendidos por las respuestas de Juana. El señor de Novelpont sobre todo, experimentaba una emocion creciente que rayaba en admiracion por aquella hermosa jóven tan heróica como sencilla. Dionisio Laxart decia para sí:

— ¡ Dios mio! Pero ¿en dónde halla Juana todas esas cosas que dice? ¡ Pues si habla como un capitan!...

— Juana, prosiguió Roberto de Baudricourt, si yo consintiese, conforme á tus deseos, á hacerte acompañar á presencia del rey, seria preciso que atravesases algunas comarcas que están en poder de los ingleses. Hay mucha distancia de aqui á Turena y correrias muchos riesgos durante tan largo camino.

— Dios y mis buenas santas no me abandonarían; además, evitáramos el pasar por las poblaciones y viajaríamos mas bien de

noche que de día... Ayúdame... y el cielo te ayudará.

—No está ahí todo, añadió Roberto, fijando en Juana una mirada penetrante; tú eres mujer y deberías cabalgar, la única de tu sexo, en compañía de hombres que te escoltarian y con quienes deberías alojarte y confundirte en los lugares donde os detuviereis para descansar.

Dionisio se rascó la oreja mirando á su nieta con aire perplejo. Juana se sonrojó púdicamente, bajó los ojos y contestó con modestia:

—¡ Monseñor! vestiría un traje de hombre si pudieseis procurármelo, que no me quitaria ni de día ni de noche. Además, ¿creeis vos que los soldados de mi escolta, quisieran molestar á una jóven que se confiase á ellos?

—En fin ¿sabrias montar á caballo?

Fuerza seria acostumbrarme. Unicamente os rogaria, monseñor, que el caballo que me dieseis no fuese malo.

—Juana, dijo Roberto de Baudricourt despues de un momento de silencio, tú crees que estás inspirada de Dios, y enviada por él para hacer levantar el sitio de Orleans, vencer á los ingleses y restablecer al rey en su trono, pero ¿quién me probará que dices la verdad?

—Mis actos, monseñor.

Esta última respuesta, dicha con un acento dulce y tranquilo, impresionó vivamente á los dos caballeros; Roberto de Baudricourt repuso:

—Hija mia, vuélvete en compañía de tu pariente á tu casa.... y dentro de poco te haré conocer mis intenciones.

—Esperaré, monseñor, pero en nombre de Dios, si debo partir para ir á ver al Delfin, que sea, os lo repito, mas bien hoy que mañana; es preciso que antes de un mes quede levantado el sitio de Orleans.

—¿Y porqué te interesa tanto que se levante este sitio?

—¡Ah! monseñor, contestó Juana sonriendo, tengo tanto interés en libertar á esa buena ciudad, como lo tienen los ingleses en apoderarse de ella. El buen ó mal éxito de la guerra, depende de la salvacion ó pérdida de Orleans.

—Y bien, señor capitan, dijo en voz baja Dionisio Laxart que no cabia en sí de gozo, dirijiéndose á Roberto de Baudricourt, ¿persistís en que debo abofetear á esa loca desvengonzada?

— No, porque si bien visionaria, es una brava jóven, respondió tambien en voz baja el caballero. Por lo demás, enviaré á buscar al cura de Vaucouleurs para que la interrogue y si es necesario la exorcise, dado caso que hubiera oculta por ahí alguna brujería... Vuélvete á tu casa... pronto sabrás mi resolución.

Dionisio y Juana salieron de la casa donde se quedaron juntos los dos caballeros.

Cuando Juana hubo desaparecido, Roberto de Baudricourt acercó una silla á la mesa y tomando una pluma para escribir dijo á Juan de Novelpont:

— Ahora soy de vuestro mismo parecer. Voy á participar al rey esta estraña aventura y someterle este parecer: que en el estado desesperado á que han llegado las cosas, se podria probar de sacar un partido de la influencia que ejerceria en el ejército, completamente desanimado, esta jóven que se dice inspirada y enviada de Dios. Estoy en que no haria mal efecto, dócil al papel que se le haria representar, puesta delante del ejército, cubierta con una buena armadura y mostrando su bello semblante bajo un casco de guerra. Los hombres se dejan llevar tanto por los ojos como por las palabras y no me admiraria que...

Pero interrumpiéndose el capitán al ver que el señor de Novelpont no le escuchaba, paseándose por la sala cabizbajo, le dijo:

— ¿ En qué diablos estais pensando Juan ?

— Roberto, contestó gravemente el caballero, esta jóven no es como yo la creia antes, como vos la creeis todavía, una pobre visionaria de que se puede hechar mano *in extremis*, como de un instrumento, dispuesto á arrojarse, sino corresponde á lo que se espera de él...

— Esplicaos...

— No es esto...

— ¿ Qué es pues ?

— Su mirada, su acento, su actitud, su lenguaje, todo revela en ella una mujer extraordinaria.

— Juan, esto es mucho decir.

— Todavía me quedo corto... Juana está verdaderamente inspirada.

— ¿ Por quién ? ¿ Para qué está inspirada ? ¿ Vais á tomar por lo sério sus visiones ?

— Soy incapaz de penetrar estos misterios. Unicamente creo en lo que veo, en lo que oigo y en lo que siento. Roberto, mis presentimientos no me engañan nunca... Juana es ó será una guerrera ilustre y no el ciego instrumento de los gefes... Esta jóven puede salvar el pais...

— ¿Será tal vez una hechicera? En este caso el cura nos dará buena cuenta de ella.

— Hechicera ó no, estoy de tal modo admirado de sus respuestas, de su candor, de su ánimo, de su buen sentido, de su irresistible sinceridad, ¿qué os diré? me ha subyugado de tal manera... que si el rey contesta á vuestra mision y dice que consiente en ver á Juana... estoy resuelto á acompañarla en su viaje.

— ¿Vos?

— ¡Yo!

— ¡Ah! ¡señor Juan! ¡señor Juan! dijo riendo Roberto de Baudricourt, ¡pronto tomasteis vuestra resolucion! ¿Acaso habeis quedado flechado por los hermosos ojos de esa doncella?

— ¡Que me muera, si cedo á ningun mal pensamiento! Por lujurioso que fuera, al contemplar la dulcísima inocencia que brilla en la mirada de esta jóven, seria capaz de olvidar á la mujer para no ver mas que la heroína. ¡Juraria por mi salvacion, que Juana es pura! ¿no habeis visto como se sonrojaba á la idea de tener que cabalgar en compañía de los caballeros de su escolta? ¿No la habeis oido dar una muestra de su púdico deseo, en querer tomar un traje que no se quitaria ni de dia ni de noche durante el viaje? Roberto, la pureza revela siempre una hermosa alma.

— Si verdaderamente es pura, no puede ser hechicera, porque, segun dicen, los demonios no pueden poseer el cuerpo de una vírgen!... Pero observo, mi buen amigo, que á pesar vuestro, la belleza de esta doncella os seduce y quereis ser su caballero durante su largo viaje. Ya se vé, puede ofrecer escelentes ocasiones para manifestar vuestros amorosos sentimientos y... Vamos, dejando aparte las bromas, añadió Roberto de Baudricourt, contestando á un gesto de impaciencia de su amigo, si quereis que os diga formalmente mi modo de pensar respecto de esta jóven, si no es una hechicera, tiene la cabeza trastornada por sus visiones, creyéndose de buena fé inspirada de Dios. Por lo demás, os lo confieso, muchas de sus respuestas me han sorprendido y revelan en ella un talento superior, y si bien estoy lejos de considerarla como una mujer extraor-

dinaria , y poco importa que lo sea ó no lo sea , puede muy bien ser un instrumento precioso. Vos lo habeis dicho : pueblo y soldados son ignorantes y crédulos ; si movidos por la confianza y belleza de Juana , ven en ella á una enviada de Dios , si creen que les trae un auxilio sobrenatural capaz de vengar sus derrotas , su confianza en ella no solo deberá alentarles , sino ecsaltarles. Esta ecsaltacion habilmente esplotada por generales experimentados , señalando á esta jóven el papel que debe representar , puede dar muy buenos resultados. He aquí , segun mi parecer y sin ecsajeracion , todo lo que es posible esperar de Juana y bajo este punto de vista voy á escribir al rey.

— El porvenir os probará que estais en un error. Juana es sobrado sincera , y con razon ó sin ella , está demasiado penetrada de la dignidad de su mision , para querer aceptar el papel que imaginais , para resignarse á ser un ciego instrumento en manos de los gefes. Esta jóven obrará por sí y ante sí. La creo dotada naturalmente de genio militar , como lo estuvieron tantos capitanes de origen oscuro. Recordad sino sus palabras respecto del sitio de Orleans.

— Lo reconozco , en ello me ha demostrado sino la ciencia , al menos el instinto de la guerra.

— Yo creo que es una misma cosa. En fin sea lo que fuere , se debe escribir al rey sin pérdida de tiempo.

— Esto es lo que pienso hacer.

— ¿ Y á que rey vais á escribir ?

— ¿ Pues acaso hay dos Cárlos VII ?

— Querido Roberto , yo acompañé á la corte al conde de Metz , bajo cuyas órdenes mandaba una compañía de cien lanzas y ví de cerca las cosas en Chinon y tambien en Loches...

— ¿ Pero de esto se sigue que haya dos reyes ?

— Hay un rey que lleva por nombre Cárlos VII cuya ambicion se limita á reinar en el corazon de las mujeres de buena voluntad ; enervado por la molicie , ingrato , egoista , teniendo en muy poco su honor , este príncipe relegado en Chinon ó en Loches , en medio de sus favoritos y de sus queridas , deja pelear ó morir á sus soldados , para defender los últimos restos de su reino y jamás se le ha visto al frente de sus tropas.

— ¡ Qué vergonzoso es esto para un soberano !

— Hay otro rey llamado *Jorje la Tremouille* , déspota , celoso ,

rencoroso y desconfiado, imperando en las dos ó tres provincias de que se compone hoy dia el reino de Francia é imponiendo su voluntad á los señores del consejo real, depositarios de toda autoridad...

— Ya sabia que en efecto el alcalde de palacio de nuestro desidioso rey era el señor de La-Tremouille y por esto voy á escribirle á él...

— ¡No lo hagais, Roberto, creedme!

— ¡Cómo! Pero ¿no acabais de decir vos mismo, que es el soberano... el rey de hecho?

— Si, pero deseando permanecer señor y rey de hecho, no permitirá que otro que no sea él, haya hallado un medio de salvacion para la Galia. El señor de La-Tremouille, rechazaria pues, no lo dudeis, la intervencion de Juana... Al contrario, escribid directamente á Carlos VII; la novedad de la aventura le llamará la atencion y aun cuando no sea sino por curiosidad, querrá ver á Juana, estoy seguro de ello. El rey se fastidia en su retiro de Loches ó Chignon; todos los halagos de su festiva corte son las mas de las veces impotentes para sacarle de su mal humor... y la llegada de Juana será para él una novedad.

— Veo que sois un excelente consejero; voy á escribir directamente al rey mandandole en seguida la carta por un correo espreso. Y decidme ¿si la respuesta de Carlos es favorable á Juana, decididamente estais resuelto á acompañarla?

— ¡Lo dicho, dicho está!

— La travesía es larga y peligrosa.

— La conozco ya por haberla hecho con el conde de Metz.

— Tendreis que atravesar una parte de la Borgoña y Champaña ocupada por los enemigos.

— Tomaré únicamente á mi escudero Beltran de Poulangy que es hombre prudente y resuelto, agregándole cuatro criados bien armados: unos cuantos hombres pasan facilmente desapercibidos. Además, conforme lo ha propuesto Juana muy cuerdamente, evitaremos las poblaciones en cuanto nos sea posible viajando de noche y descansaremos de dia haciendo alto en los sitios mas retirados.

— No debeis olvidar que tendreis que atravesar varios rios cuya mayor parte se hallan sin puentes por haberlos destruido los ingleses.

— Ya encontraremos algun vado: os digo que conozco el camino. De aqui iremos á San Urban donde podremos descansar sin temor;

pero nos apartaremos de Troyes, San Florentino y Auxerre. Una vez hayamos llegado á Gien ya estaremos en pais amigo. Entónces nos dirigiremos hácia Loches ó Chinon residencias reales.

— Vamos, confesadlo de una vez señor Juan de Novelpont... estais un poco prendado de la belleza de Juana...

— Amigo Roberto, lo único que me envanece es poder ser el caballero de la heroína guerrera que quizás salvará la Galia...

El día 28 de Febrero de 1428 al caer de la tarde, un gran número de habitantes de Vaucouleurs, hombres mujeres y niños, se agolpaban en las inmediaciones del castillo. Juzgad, hijos de Joel, de la avidez, impaciencia y entusiasmo de aquellas gentes por las siguientes palabras.

— ¿Estais cierto que saldrá del castillo por esta puerta?

— De seguro que lo hará por aquí, porque no se puede salir á caballo por la poterna. Juana pasará en seguida por delante de la muralla en compañía del caballero de Novelpont que la acompaña en su largo viaje. Desde aquí la veremos perfectamente.

— ¡Santa jóven! ¡ Todos nuestros corazones van con ella!

— Aquí teneis cumplida la profecía de Merlin. La Galia perdida por una mujer, será salvada por una vírgen de las fronteras de la Lorena, nacida en las márgenes de un frondoso bosque!

— En fin va á libertarnos de esos malditos ingleses y por último podremos respirar.

— Se acabaron los sobresaltos, los incendios, los saqueos y las mortandades!

— ¡ Dios nos envia á Juana la Doncella... alabado sea Dios!

— ¡ Y esto que es una aldeana, una simple pastora!

— ¡ Dios la inspira... ella sola vale todo un ejército!

— ¡ Sabeis, amigos, que el reverendo Tifano cura de la parroquia de San Euterpo estuvo encargado de exorcisar á la Doncella en el caso que hubiese sido una hechicera ó estado poseida del demonio. El sacristan llevaba la cruz, el monacillo el agua bendita y el cura el hisopo. Sin embargo este último no se atrevia á adelantar demasiado hacia la jóven, temeroso de que el maligno espíritu no le jugase, alguna mala partida. Entonces Juana le dijo sonriéndose:— Acercaos, acercaos reverendo padre, estad seguro que no echaré á volar.

— ¡ Qué alma tan pura !... Está ella bien cierta de que es una hija de Dios!

— ¡ Evidentemente es una vírgen, porque despues del exorcismo no salió de su boca ningun demonio patudo !

— En efecto todo el mundo sabe que el diablo no puede habitar en el cuerpo de una doncella ; asi es que Juana no es ninguna hechicera, por mas que se haya dicho que lo era su madrina Sibila.

— Léjos de sospechar que Juana fuese una invocadora de demonios, el cura Tifano quedó tan edificado de su mansedumbre y de su modestia, que al dia siguiente del exorcismo la admitió muy complacido en la santa comunión.

— ¡ Qué venturosa es esa jóven pudiendo recibir el pan de los ángeles con tanta pureza !

— ¡ Sabeis compadres, que mientras el señor de Baudricourt aguardaba la respuesta del rey (y que sea dicho aqui entre nosotros), tardó mas de lo que debia, monseñor el duque de Lorena sabedor por la voz pública de que Juana era la doncella profetizada por Merlin quizo verla !

— ¿ De veras ?... ¿ Y qué aconteció en esta entrevista ?

— Yo os lo diré. El señor de Novelpont, acompañó á Juana á casa del duque, quien al estar en su presencia le dijo :— Y bien hija mia, tú que eres enviada de Dios ¿ que me, aconsejas ? Me hallo enfermo y me parece que está cercano mi fin...

— ¡ Tanto peor para él ! ¡ Quién ignora que los males del señor duque son una consecuencia de una vida desarreglada ! Sin duda para no tener testigos de su mal comportamiento, no hace mucho separóse de su mujer de un modo indigno de un gran señor...

— Juana que tal vez sabia esto, contestó al duque :— Monseñor, volved á reuniros con la duquesa y vivid en paz y buena amistad con ella ; asi Dios no os abandonará... Ayudate que el cielo te ayudará !...

— Bien contestado : me gusta el último consejo.

— Dicen que son sus palabras favoritas.

— Entónces que el cielo y todos los santos la protejan en el largo y peligroso viaje que hoy va á emprender.

— ¡ Parece increíble !... una pobre muchacha que apenas cuenta diez y siete años !... ¡ Sabeis que se necesita mucho valor para hacer lo que ella hace !...

— Yo y otros cinco arqueros de la compañía del señor de Bau-

dricourt le habíamos pedido como un favor que nos permitiera acompañar á Juana la Doncella, pero nos lo ha negado y lo siento en el alma. ¡Por vida del Dios Baco! ¡Cuanto me hubiera alegrado tener por capitán á esa hermosa jóven! ¡Bajo su mando capaz seria de desafiar á todo el mundo!

—Me parece sin embargo muy raro que unos soldados sean mandados por una mujer.

—¡Vive Dios, que cuando dos hermosos ojos os miran y parecen deciros:— «Marcha al enemigo» son capaces de encender el fuego en el corazón mas helado. ¿Y qué me decís cuando llega á vuestros oídos una dulcísima voz gritando?— ¡Adelante, no desmayar bravos guerreros! ¿que cobarde no se vuelve valiente? ¿Qué alma por pacata que sea, no siente un vivo entusiasmo? ¿Qué pié retrocede? ¿Qué mano no se levanta?

—¡Sobre todo cuando esta voz está inspirada por Dios, entusiasta arquero!

—Qué esté inspirada por Dios ó por su valor personal, poco me importa. Así hago caso de lo que dicen de esta jóven como de una flecha rota; pero si os repito, que aun cuando fuese uno contra mil, preciso fuera tener toda la cobardía de un conejo, para no seguir impávido á una hermosa jóven que espada en mano se arroja sobre el enemigo!

—Yo no puedo pensar sin aflijirme, en el pesar que la ausencia de Juana va á causar á su familia, por mas glorioso que sea el destino que esté reservado á la Doncella.

—Yo sé por la familia Laxart, que Jacobo que es un hombre muy severo y de muy mal genio, despues de haber hecho escribir por dos ó tres veces á su hija que volviese á su lado, no queriendo que se marchase así, la ha maldecido; ademas ha prohibido á su mujer y á sus hijos que jamas vuelvan á hablarla. Juana al saber el enojo paternal, ha derramado muchísimas lágrimas: «Tengo el corazón traspasado de dolor, decia la pobre jóven á la mujer de Laxart, por tener que abandonar mi familia, pero es preciso que parta puesto que así Dios lo quiere.

—El padre de Juana es un hombre muy desconsiderado... ¿Porqué maldecir á su hija... cuando está destinada para salvar la Gallia?

—Y la salvará... Merlin lo predijo.

—¡Ay! ¡amigos míos! ¡Qué dia tan feliz será aquel en que los in-

gleses serán arrojados de nuestro suelo por tantos años devastado por sus tropas!

— ¡La culpa la tuvieron nuestros caballeros que se mostraron tan cobardes en la batalla de Poitiers!

— Y por añadidura el *Buen Juan* oprimido y torturado, ha debido pagar el rescate de los señores de las espuelas doradas y de las piernas ligeras!

— Pero el *Buen Juan* al fin y al cabo tomó el desquite. La desesperacion hace proezas. Ya sabeis como mas de una vez la horquilla y la segur han dado buena cuenta de la espada y de la lanza. ¡La Jaqueria vengó por fin á los siervos!

— ¡Pero tambien á su vez cuanto no han debido sufrir estos!

— En fin, donde las dan las toman y vaya lo uno por lo otro!

— Ahora les toca su turno á esos condenados ingleses. Gracias á Juana la Doncella... la enviada de Dios, se les arrojará del suelo que nunca debieron haber pisado. ¡Buena danza les espera!

— Si, si, dejadla hacer... ha prometido que antes de un mes no quedaria en Francia ni uno solo de esos *goddons*. (1).

— ¡Gloria á ella! Así la pastora de Domremy habrá logrado lo que ni el rey, ni duques, ni caballeros, ni capitanes, pudieron alcanzar.

— ¡Viva Juana! Hija como nosotros del pueblo, á quien los ingleses hacian sufrir muerte y pasion, la bendeciremos eternamente.

— ¡Ya llega! Si, si, ya bajan al puente levadizo del castillo.

— ¡Si, es ella, es ella!

— ¡Qué hermosa está, que bien le vá el traje de caballero.

— ¿No es verdad que parece un hermoso page con sus cabellos negros cortados en forma de rizos, su sombrerito de color de escarlata, su túnica verde, sus calzas de piel de gamo con agujetas y sus borceguies con espuelas?

— ¡Mirad! tambien lleva una espada al lado.

— Es un regalo que le hizo el señor de Baudricourt.

— Ha hecho lo que debia; tambien nosotros vecinos de Vaucouleurs, hemos comprado á escote un caballo para la brava guerrera!

— Maese Simon el mercader responde de la hacanea como de un animal paciente y manso; un niño podria guiarlo; servia para una noble señora cuando iba á la caza del halcon.

(1) Termino popular con el cuál se designaba á los ingleses, como hoy se hace con el de *goddam*.

— ¡A fé de arquero, que Juana se sostiene en la silla como podria hacerlo un capitan! ¡Caspita! ¡que hermosa y bien formada es!... ¡Cuanto me pesa no poder ir con ella!... ¡La seguiria hasta el fin del mundo solo por el placer de contemplarla!

— Os digo de veras que si yo fuese soldado, preferiria mil veces mas obedecer una órden dada por una voz dulce y unos labios tan hermosos y encarnados, que la que me diera una voz ronca salida de una boca hocicuda erizada de gruesos pelos!

— ¿No veis al caballero Juan de Novelpont con su armadura de hierro que cabalga á la derecha de Juana?

— Diriasse que vela por ella como si fuese su propia hija.

— Ahora ha sujetado alguna cosa en la brida de la hacanea de la Doncella.

— A su izquierda va el señor de Baudricourt que la acompañará sin duda durante una parte del camino.

— Tambien los sigue el escudero Beltran de Poulagny llevando la lanza y el escudo de su señor.

— ¡Jesus! ¡No llevan mas que cuatro hombres armados! ¡En total seis personas para escoltar á Juana desde aqui á Turena, á través de tan malos paises!

— ¡Dios velará por la santa jóven!

— Mirad, ahora se vuelve sobre la silla y con la mano hace una señal de despedida á alguno que está en el castillo.

— Y se lleva el pañuelo á los ojos.

— Sin duda acaba de dar el último adios á sus viejos parientes los Laxart.

— Si, védlos á los dos en la ventana baja de la gran torre con las manos cruzadas y llorando al ver que parte su nieta para no volver quizás jamas. ¡La guerra tiene tantos escollos!

— ¡Pobre jóven! Debe tener el corazon oprimido en estos momentos, al considerar que se vá sola y léjos de los suyos para pelear á merced de Dios.

— Pronto vá á dar la vuelta al ángulo de la muralla y la perdere-
mos de vista.

— Al menos que oiga nuestros gritos de despedida... ¡Viva Juana la Doncella!

— ¡Viva Juana! ¡Viva! ¡Viva!

— Nos ha oido, porque con la mano nos hace una seña de despedida.

— ¡Madre! ¡Madre! tómame en brazos... levántame un poco... para que pueda verla otra vez.

— ¡Ven hijo mio, mírala bien y no la olvides jamás! Gracias á ella, las madres desconsoladas no llorarán ya mas la pérdida de sus hijos ó de sus esposos degollados por los ingleses...

— ¡Viva Juana!... ¡Viva!

— Ya dió la vuelta á la muralla... ya partió...

— ¡Viva Juana la Doncella!... ¡Dios guie sus pasos!

— Y nos libre para siempre de los ingleses... ¡Viva! ¡Viva!

Recordad hijos de Joel, recordad esta leyenda de la plebeya católica y realista. Cárlos VII debía su corona á Juana Darc y el rey fué sobremanera ingrato con ella, abandonándola y desconociendo con la mas negra ingratitud sus inmensos servicios. Un síno fatal; los hombres que debian salvarla y escudarla, la arrastraron á la hoguera. Los malos caballeros de otros tiempos habian entregado la Galia á los ingleses; el patriotismo, el genio militar de Juana triunfaron por fin del extranjero... y fué perseguida, condenada y vendida por el rencor de sus émulos!— ¡Pobre hija del pueblo! La implacable envidia de los capitanes y cortesanos, la ingratitud del soberano, la ferocidad de los que mas debian protegerla, consumaron tu martirio!— ¡Bendita seas al través de las edades, oh vírgen guerrera, santa hija de la madre patria!..— No olvideis descendientes de Joel, no olvideis esta leyenda y juzgad por ella de lo que son capaces los hombres!

CAPÍTULO III.

CHINON.

Llegada de Juana á la corte de Carlos VII — El consejo real.— Regnault de Chartres.— El señor de Gaucourt y Jorge de la Tremouille.— La plebeya y el rey.— La hermosa Eloisa.— La reina Yolanda de Sicilia.

El día 7 de Marzo de 1429, tres de los principales miembros del consejo del rey Carlos VII, estaban reunidos en una sala del castillo de Chinon. Los nombres de estos tres consejeros eran: Jorge de La-Tremouille, chambelan, ministro déspota, ávido y desconfiado; el señor de Gaucourt, militar envidioso y feroz y Regnault de Chartres canciller de Francia, hombre ambicioso y solapado que ejercía grande influencia moral en el ánimo del rey.

— ¡ Maldito sea ese Roberto de Baudricourt! ¡ Sabeis señores, que es mucha audacia la suya para escribir directamente al rey y forzarle á recibir esa vaquera! exclamó Jorge de La-Tremouille. Carlos VII halla muy graciosa la aventura y por fin quiere ver hoy mismo á esa loca! Los necios que en todas partes abundan, creen de pié juntillas que es una enviada de Dios... pero yo sostengo que nos la ha mandado el diablo para embrollar nuestros intereses!

— Evidentemente no hay medio por esta vez de eludir la orden del rey, dijo Regnault. Este condenado de Novelpont ha alborotado tanto á Carlos, que absolutamente quiere ver á esa mujer confinada desde el día de su llegada en la torre de Coudray, aguardando en vano la audiencia real. Dicen que esa osada aventurera se admira mucho de la tardanza; ya se vé, como está envanecida por el imbécil entusiasmo de que ha sido objeto por parte de esos bausanes de Lorena, créese que tambien aqui hemos de desvivirnos para escucharla. Vive Dios que es capaz nuestro caprichoso rey tanto para burlarnos, como para que no le quede ningun escrúpulo de haber apurado todos los medios para salvar el reino, de tentar á Dios aceptando los servicios sobrenaturales que esta Juana pretende prestar á la Francia... En este caso, señores, toda nuestra influencia se va á rodar.

— ¡ Cómo! yo, Raul de Gaucourt, habria servido con Sancerre y con el condestable de Clisson que apreciaba mi valor como merecia serlo; yo habria vencido al turco en Nicopolis para ponerme á las

órdenes de una vil guardadora de ganado. ¡Ira de Dios! ¡Antes haría mil pedazos la espada!

— Todo esto está muy bien dicho Raul de Gaucourt, repuso algo pensativo el señor de La-Tremouille; pero las palabras son impotentes en presencia de los hechos. Discurramos con calma y veamos lo que nos queda por hacer. Nuestro soberano indolente, versátil y negligente (benditas sean estas cualidades que nos han dado hasta aquí el poder supremo); nuestro soberano, pues, en el estado apurado á que han llegado las cosas, puede que quiera probar la pretendida influencia sobrenatural de esta vaquera. No nos hagamos ilusiones. Desde el dia que por orden mia fué relegada á la torre de Coudray, á una media legua de aquí, las habladurias de Juan de Novelpont han llegado á interesar á un gran número de personas de la corte; su entusiasmo por esa Juana, sus peroratas acerca de su belleza, de su modestia, de su genio militar...

— ¡Genio militar en la innoble hija de un labrador! Vamos, es menester que haya perdido completamente el juicio quien tal diga, exclamó Raul de Gaucourt con acento colérico.

— Raul, reportaos, dijo el confidente del rey. Nuestro amigo Jorge de La-Tremouille no hace mas que apreciar los hechos. Dice la verdad... Un gran número de personas de la corte, á quienes seducen siempre las novedades, envidiosas de nuestro poder, cansadas de ver una parte de sus dominios en poder de los ingleses, han dado oído á las ecsaltadas relaciones de Juan de Novelpont acerca de esta visionaria; estas personas han influido en el ánimo del rey y quiere verla á toda costa. En estos momentos seria absurdo é impolítico querer ir contra la corriente.

— ¡Es decir que debemos ceder! exclamó Raul de Gaucourt dando un récio puñetazo sobre la mesa del consejo; ceder á esa bruja que ya deberia arder en una hoguera!

— La hoguera podrá venir mas tarde, bravo Raul, mas por el presente es preciso que cedamos... Creo adivinar el secreto pensamiento de Jorge de La-Tremouille. Vos debeis saberlo mejor que yo, puesto que sois un capitan experimentado; muchas veces se debe atacar al enemigo por el flanco cuando es arriesgado ó imposible hacerlo de frente. ¿No sois del mismo parecer señor de La-Tremouille.?

— En efecto. Y puesto que entre amigos que desean una misma cosa y tienen que defender los mismos intereses, debe hablarse

sin ambages, voy á manifestaros mi plan por si merece vuestra aprobacion. Hace ya mucho tiempo que he logrado alejar del consejo del rey á los príncipes de la familia soberana y en consecuencia reinamos nosotros solos... Ahora bien, y por lo que á mi hace, estoy por ahora muy lejos de desear el término de la guerra con los ingleses y borgoñones; por el contrario, tengo necesidad de que dure. Mi hermano, familiar del regente de Inglaterra y del duque de Borgoña, ha obtenido de ambos que no serán inquietados mis dominios; este mismo año cuando el enemigo adelantó hasta el pié de los muros de Orleans, mis tierras y mi señorío de Sully quedaron ilesos. (1) No está ahí todo. Gracias á las revueltas civiles y á los numerosos partidarios que tengo asalariados en el Poitu, esta provincia está á merced mia, y no pierdo la esperanza de agregarla á mis posesiones si la guerra se prolonga todavía algun tiempo. (2) Tengo por consiguiente, poderoso interés en desbaratar los proyectos de esta pretendida enviada de Dios, si es que puedan nunca realizarse; no quiero ni la espulsion de los ingleses, ni el término de la guerra porque esta guerra sirve precisamente al logro de mis fines... Tales son, con toda sinceridad, los motivos personales que me guian... Ahora examinemos si vuestros intereses son de la misma naturaleza que los míos. Por lo que hace á vos Regnault, si la guerra termina de repente por la fuerza de las armas ¿qué será de vuestras negociaciones tan laboriosamente entabladas hace tanto tiempo ya con el regente de Inglaterra, ya con el duque de Borgoña, negociaciones que os han costado tanto trabajo y dan, con razon, al rey tan alta idea de vuestra importancia? ¿Qué serán de las garantías, de las ventajas pecuniarias, que como hábil negociador pediais á los príncipes con quien tratabais, seguro de obtener un dia esta magnífica recompensa?

— Todas mis esperanzas se desvanecerian como el humo, si por una increíble casualidad, esta jóven, fanatizando las tropas, despertando su valor, obtuviesen una victoria cuyos resultados seria difícil de preveer. No hace mucho que el regente de Inglaterra me escribió «que no estaba muy distante de aceptar mis proposiciones de arreglo, en cuyo caso (añadia el duque de Bedford), podia estar yo seguro de obtener todo lo que solicitaba de él.» Pero si la guerra

(1) *Crónica de la Doncella*. Godofredo pag. 500.—*Crónica de Berry* ibid. pag. 376 —*Memorias de Arthus de Richemont*.

(2) *Godofredo*, p. 75½. Ap. J. Quicherat. Int. al proc. p. 27.

que de nuestra parte continua con negligencia hace tanto tiempo, por nuestro comun querer, á fin de dejar que maduren las negociaciones; si la guerra, digo, se emprendiera con empeño á la voz de esa endiablada aldeana, quedarian rotas las negociaciones y adios las ventajas que de ellas debo esperar. Por tanto, habeis dicho la verdad Jorge de La-Tramouille, vuestros intereses y los mios deben unirnos contra esa Juana que ha evocado el averno!

— En cuanto á mi, exclamó Raul de Gaucourt, juro á Dios que...

— En cuanto á vos, repuso el señor de La-Tremouille interrumpiendo al soldado, en cuanto á vos, digno capitán, ¿tengo necesidad de deciros que Dunois, Lahire, Xantrailles, el condestable Richemond, el duque de Alençon y otros gefes, envidiosos de vuestros méritos, de vuestro asiento en el consejo real, deseosos de perderos, se declararán necesariamente partidarios de las visiones de esa jóven de la que harán un dócil instrumento? Bajo todas las probabilidades, si merced á su iniciativa y á la fanática ecsaltacion de la soldadesca, el ejército real reportára un primer triunfo, vuestra fama militar quedaria completamente eclipsada por la victoria de vuestros émulos. Irresoluto, incapaz é ingrato, como todos lo sabemos, nuestro indolente soberano os sacrificaria al clamor general que os acusaria de traicion ó impericia, echandoos en cara no haber terminado la guerra tan felizmente, tan prontamente como lo habian hecho los demás en vuestro lugar.

— ¡Cuerpo de Dios! exclamó Raul de Gaucourt, tentaciones me vienen de irme en derechura á la torre de Coudray, y hacer matar á esa bruja sin mas forma de proceso. No faltaria quien dijera que su compadre Satanás se la habia llevado.

— Este proceder seria imprudente y violento, querido capitán, repuso Jorge de La-Tremouille; por otros medios mas seguros se puede alcanzar el mismo fin.

— ¡Veamos!

— Supuesto que tanto vos como nuestro comun amigo tenemos el mismo interés en unirnos contra esa jóven, discurremos sosegadamente sobre los medios de perderla. Empezemos por vos Regnault, que gozais de tanta influencia moral en el ánimo del rey, quien aunque sobrado licencioso, de vez en cuando se acuerda del diablo. ¿No podriais insinuar á ese buen rey que compromete la salud de su alma, dando fé temerariamente y sin prévio ecsamen, á los asertos de esa criatura que se dice ella misma enviada de Dios?

— ¡Escelente idea! diré á Cárlos VII que despues de haberlo meditado detenidamente, considero urjente el ecsamen por algunos profesores de teología, los únicos aptos para reconocer y declarar solemnemente si obedece á una inspiracion divina ó si por el contrario es una taimada poseida del maligno espíritu, en cuyo caso si llegase á conceder su confianza á esa jóven, nuestro soberano se haria cómplice voluntario de una hechicera. Dispongo en consecuencia la asamblea canónica encargada de pronunciar irrevocable é infaliblemente sobre el grado de fé que debe darse á la pretendida mision divina de Juana, y esta obedeciendo mis secretas instrucciones, la declara herética, bruja, poseida del maligno espíritu... la inquisicion se apodera de ella y pronto la hoguera dá buena cuenta de esa mujer osada cuya existencia tanto nos compromete en general é irrita en particular á nuestro amigo el bravo capitan Gaucourt.

— Juro por mi espada, exclamó el soldado, que por mis propias manos prenderia fuego á la hoguera si fuera preciso. Pero ya la estoy viendo tostar á esa infame sierva que queria mandar á los mas nobles gefes del ejército...

— ¡Todavía no, querido Gaucourt, todavía no! dijo el señor de La-Tremouille, no confundamos nuestras esperanzas con la realidad.

— ¿Qué quereis decir?

— Supongamos que los deseos de nuestro amigo Regnault, quedasen frustrados (y todo lo debemos prever); supongamos digo, que por una fatalidad, el consejo canónico, contrariando las instrucciones de nuestro cólega y cediendo á no se que aberracion, declarase que la dicha Juana es una buena y perfecta cristiana, debidamente inspirada de Dios...

— ¡Imposible! ¡Yo respondo de las personas que elegiré para este examen.

— Querido amigo, el capitan Gaucourt os lo dirá: muchas veces uno se cree poder responder de los soldados uno á uno y en el momento de la accion os hacen pié de banco. Y si asi faltan los militares ¿porqué no pueden hacer otro tanto los teólogos?

— Os repito que tengo la mas ilimitada confianza en las personas que...

— Enhorabuena; pero supongamos que el rey Cárlos quiere probar en último extremo de poner al frente de su ejército á la dicha Juana. Entónces será cuando vos, Raul de Gaucourt, podreis mejor que nadie perder á esa insolente.

— ¡Yo! ¿Y cómo?

— De un modo muy sencillo. Esa mujer no tiene mas que una idea fija, preciso es confesarlo, el que le ha metido esta idea en la cabeza sabia perfectamente lo que se hacia. Juana se obstina en hacer levantar ante todo el sitio de Orleans y hace depender de este hecho el exito de la guerra. Por lo tanto es preciso, Gaucourt, que pidais al rey el mando de la ciudad de Orleans y olvidando un instante vuestra dignidad, consintais en servir bajo las órdenes de esa jóven.

— ¡Yo! ¿Qué me trague el infierno si jamás, aunque no fuese mas que por un dia, consiento en recibir órdenes de esta vaquera!

— ¡No os dejeis arrebatat de este modo, bravo Gaucourt! Considerad que el grueso del ejército, aun de este modo, estaria siempre bajo vuestro mando inmediato. Juana os daria órdenes y vos las eludiriais contrariando asi todos los planes de batalla que vuestros rivales le indicarian. En vuestra mano estaria diferir ó ejecutar las intenciones de esa jóven; interpretar equivocadamente sus instrucciones y sobre todo, y aquí está lo mas esencial del caso sobre lo que reclamo vuestra atencion, podriais obrar de modo que sin aperci- birse de ello, esa endiablada mujer cayese en poder de los ingleses, resultado muy fácil de obtener en mi concepto por medio de una retirada hábilmente preparada con la que dejariais á Juana en poder del enemigo. En fin, os es posible á vos mucho mas que á nosotros, reducirla á la nada, impidiendo que gane la primera batalla...

— No cabe duda, añadió Regnault; en la primera derrota que sufriese, desvaneceríase su prestigio y el entusiasmo que pudiera haber ecsitado, se trocaria en desprecio, porque con la vergüenza de haberse dejado prender en tan grosero lazo, ia reaccion seria mas poderosa y repentina. Y si, contra todo lo que es de esperar... debería decir contra toda certidumbre... la asamblea canónica elejida por mi, declarase á Juana verdaderamente inspirada de Dios... si el rey la pusiera al frente de sus tropas, la pérdida de su primera batalla, gracias á vuestros hábiles manejos, esforzado Gaucourt, daria un golpe mortal á esa aventurera. Victoriosa, seria la enviada de Dios, vencida lo fuera de Satanás!... Entonces se procederia contra ella bajo pretesto de heregia y sortilejio y no tardaria en arder en la hoguera que en caso necesario vos mismo quisierais prender fuego... Ya lo veis; los momentos son preciosos: de vos depende que vaya á la hoguera ó que caiga en poder de los ingleses que da-

rán buena cuenta de ella... ¿Podriais dudar, viniendo el caso, en pedir al rey el mando de su buena ciudad de Orleans?

— En efecto, repuso Raul de Gaucourt con aire pensativo: Supongamos que esa vaquera dispone que se haga una salida contra los sitiadores: se baja el puente, esa endiablada se lanza con algunos de los nuestros que la siguen al campo enemigo... doy la señal de retirada, el mayor número vuelve á entrar y en momento oportuno se levanta el puente y... esa bribona queda en poder del enemigo...!

— ¿De modo que podemos contar con vos?

— Si, porque entreveo el modo, ya sea por medio de una falsa salida, ya por algunas otras maniobras, de desembarazarme de ese diablo con faldas.

— Y ahora, añadió el señor de La-Tremouille, tengamos firme confianza en el buen exito de nuestros planes; la trama está bien urdida; las redes habilmente preparadas: imposible es que esa desvergozada visionaria pueda escaparse ya sea de vos Regnault, ya de vos bravo Gaucourt... Por lo que á mi hace, no pienso permanecer inactivo; he aqui mi plan, que á primera vista podrá pareceros risible, pero que en el fondo es muy serio... Si mal no recuerdo, está admitido que el demonio no puede habitar en el cuerpo de una vírgen...

— Es indudable segun las fórmulas del exorcismo.

— Pues bien, la Juana pretende ser doncella, tal vez porque sus imbeciles fanáticos han dado en llamarla Juana la Doncella.

— Soy de vuestro parecer.

— Vamos á ver: lo es ó no lo es. O esa aventurera indecentemente vestida de hombre que ha venido de Lorena hasta aqui en compañía diurna y nocturna de ese Juan de Novelpont, de quien sin duda es la concubina á juzgar por el interes que tiene en defenderla; ó esa aventurera digo, no es mas que una bribona, ó efectivamente es una doncella como la ha denominado el vulgo. La verdad debe averiguarse y por consiguiente me parece oportuno despertar la curiosidad del rey proponiéndole que mande reunir un concilio de matronas.

— ¿Un concilio de matronas?... ¡Diantre! ¿Y para qué?

— ¡Voy á deciroslo Gaucourt! Este concilio presidido, supongo, por la suegra del rey, *Yolanda de Sicilia*, estaria encargado de asegurarse de que Juana es realmente vírgen... Si no lo fuese, al punto recaerian sobre ella vehementes sospechas de impostura y brujería

porque unicamente las doncellas están al abrigo de los maleficios de Satan... Ya dejaría de ser la santa jóven inspirada de Dios, sería lo que quisierais: una despreciable meretriz, digna compañera de las mujeres mundanas que siguen á los ejércitos, como á tal vergonzosamente azotada y en seguida desterrada con ignominia si no quedada como una bruja...

— Admito que sea una bribona, repuso Regnault y como vos estoy persuadido que ese Juan de Novelpont tan interesado por ella debe ser su amante; pero sin embargo, ¿si por casualidad no mintiese haciéndose llamar *Juana la Doncella*. ¿Si por los medios que habeis indicado, se declarase solemnemente su pureza, no sería una gran ventaja por ella? ¿No quedaria una presuncion favorable á la divinidad de su mision? Al paso que no sometiendo Juana á esta prueba, el campo queda libre á las suposiciones que nos es fácil hacer sumamente odiosas, siendo desconocida la realidad.

— Vuestra objecion es grave, respondió el señor de La-Tremouille; sin embargo, suponiendo que esa jóven sea pura, considerad cual deberá ser su vergüenza á la sola idea de un exámen tan humillante para ella. Cuanta mas conciencia tenga de la pureza de su vida hasta entonces irreprochable, tanto mas esa criatura por vil que sea su condicion, se sublevará é indignará por una sospecha tan ultrajante para su honor... En una palabra cuanto mayor sea su pudor, mas se irritará por la deshonestidad de semejante exámen. No lo dudeis, lo rechazará como una sangrienta injuria y avergonzada, se negará á comparecer delante del concilio de matronas. Esta denegacion hábilmente esplotada, haremos que recaiga contra ella y se dirá: Si hubiese sido pura, no hubiera temido sujetarse á esta prueba...!

— ¡A fé de soldado que la idea es á la vez ingeniosa y divertida! Pero ¿creeis que el rey tendrá á bien autorizar semejante concilio?

— Tengo mis motivos para creerlo.

— Sin embargo, La-Tremouille, si Juana se somete á la prueba y sale triunfante de ella, este triunfo le dará una gran ventaja sobre nosotros.

— ¿No gozará de la misma ventaja si se la cree doncella bajo su palabra? Por otra parte la convocacion del concilio de matronas, nos ofrece dos buenas salidas. Sometiéndose Juana á tan vergonzoso exámen, puede resultar simplemente una bribona; si no se somete, su negativa la condena implicitamente.

— No hay nada que oponer á esto ; me adhiero al concilio de las matronas.

— Yo creo mi idea buena y ya vereis como resulta así poniéndola en práctica. Ahora resumamos y fijemos nuestro plan de conducta. En primer lugar, debemos obtener del rey que sea convocado un concilio de matronas para declarar públicamente si efectivamente es pura esa jóven aventurera. En segundo lugar y en caso de que saliera triunfante de esta prueba, convocar un concilio canónico encargado de hacer á esa muchacha, que acaba de salir de su villorio, las mas árduas, las mas difíciles preguntas teológicas y declarar despues de oída (considerad lo que puede responder una infeliz aldeana sobre semejantes materias), declarar que está ó no está inspirada de Dios. Por último y en tercer lugar, si, lo que me parece imposible, este segundo exámen le fuese tambien favorable, obrar de modo que pierda su primera batalla y ademas si se puede lograr que se apoderen de ella los ingleses...

Un escudero de Cárlos VII entró en aquel momento, despues de haber llamado á la puerta de la sala del consejo, para prevenir al señor de La-Tremouille que el rey ordenaba que al instante pasase á su cámara.

Cárlos VII, aquel *gentil delfin* de Francia objeto del culto ferviente y desinteresado de Juana, relegada hácia tantos dias en la torre de Coudray sin haber podido acercarse á aquel rey que queria salvar de su ruina, Cárlos VII despues de haber conversado por largo rato con el señor de La-Tremouille, fué á visitar su hermosa amiga Eloisa de Castelnau á cuyos piés se sentó con idolencia. Débil y de baja estatura, este príncipe aunque apenas contaba veinte y tres años, estaba ya avejentado, marchito y enervado por los excesos. Eloisa en todo el brillo de su juventud y hermosura, sin querer al hombre procuraba complacer al soberano. En el momento en que nosotros entramos, aquella mujer contestaba á una aguda chanza de su real amante á propósito de Juana la Doncella y sonriéndose le decia :

— ¡Vamos Cárlos, sois un libertino ! ¿Cómo os atreveis á hablar de este modo de una vírgen inspirada que pretende que un dia ha de devolveros la corona ?

— Si debe ser así, los caprichos del destino son muy estraños... Hacer depender la corona y el reino de Francia de...

- ¿Otra vez? dijo Eloisa interrumpiendo á Cárlos. No acabes porque adivino tu mal pensamiento.
- Y además ¿porqué diablos se interesa tanto por mi esa muchacha? ¿Porqué tanto empeño en querer devolverme la corona?
- ¡Qué ingrato eres!
- Por el contrario, no debo agradecerle que me quiera hacer cargar con un peso que me es insoportable. Además, todavía no está perdido todo.
- Sin embargo, si los ingleses se apoderan de Orleans, que es la llave de la Turena y del Poitu, últimas provincias que han sido invadidas ¿qué te quedará?
- ¡Me quedarás tú! ¡hermosa mia!
- ¡Esto equivale á no contestar, Cárlos!
- Pues bien, si quieres que te hable con franqueza y te diga lo que siento, muchas veces he pensado que mi abuelo, el buen rey Juan, que diz era muy festivo, debió contar entre sus dias mas alegres...
- ¿Cuál?
- Aquel en que perdió la batalla de Poitiers.
- ¡Qué oigo!... ¡Cómo! ¿Aquel dia en que tu abuelo, prisionero de los ingleses, fué llevado á su pais? ¿Envidiarías tu semejante suerte?...
- ¿Y porqué no?
- Vamos, no estás en tu juicio.
- Lejos de esto, mereceria como mi bisabuelo Cárlos V el sobrenombre de *sabio*.
- O mejor de *loco*... como tu padre.
- ¿Puedes echarme en cara mi locura, cuando eres tú la que la causas, querida Eloisa? Pero volvamos al buen rey Juan... Una vez hecho prisionero en la batalla de Poitiers, fué conducido á Inglaterra. Allí fué recibido con una cortesía caballeresca y con una magnificencia inaudita; le dieron por prision un palacio suntuoso, por comida manjares esquisitos, por carceleros las mas lindas jóvenes inglesas y por paseos bosques llenos de caza, vastas llanuras y cristalinas corrientes! De modo que el juego, el amor, el paseo, la mesa, la pesca y la caza ocuparon todos sus instantes hasta que murió de indigestion!... muerte dulcicísima si la hay!... Pero mas dulce seria para mi, poder morir en tus brazos querida Eloisa.
- ¿En tan poco aprecio tienes la dignidad y los fueros de soberano?

— Pero, dime, mientras que el buen rey Juan gozaba tranquilamente en Inglaterra de las delicias de la vida, ¿qué hacia su hijo ese infortunado Cárlos V?... ¡Ah! arrojado de Paris por un vil populacho, rebelado á la voz de ese malvado Marcel (cuyos restos, gracias á Dios, hace mucho tiempo que yacen en el muladar), ese desgraciado *Cárlos el Sabio* horrorizado por las atrocidades de la Jaqueria, agobiado por los mil quebraderos de cabeza que tiene un rey, postrado por las fatigas de la guerra, siempre cabalgando, acostándose sobre duras camas, durmiendo solo de un ojo, comiendo poco y mal, no sabiendo ó mejor no teniendo tiempo de saber lo que era amor, y andando de una parte á otra fugitivo por montes y valles, acabó por perder el aliento á fuerza de correr en pos de su corona!... ¡Por Dios vivo! ¿A esto se llama sabiduría?

— Al menos tarde ó temprano tuvo la gloria de reconquistar su corona y el placer de ver marchar al suplicio á sus enemigos!

— ¡Oh! si, comprendo el placer de la venganza! Abomino á esos insolentes parisienses que quitan y ponen reyes; así es que si mañana me apodero de esa ciudad maldita, haré ahorcar á los mas furibundos borgoñones; pero de seguro que no he de atravesar sus muros, temeroso de nuevas sediciones.

— Así me gustas.

— ¿Me dices que Cárlos V se vengó y reinó? Pero ¿á qué precio amiga mia? A costa de innumerables angustias, de mil fatigas y de incesantes guerras civiles; al paso que su padre, el buen rey Juan, vivia tranquilo, feliz y regalado en Inglaterra.

— Vivir de este modo es vergonzoso, y no creo que fuese tu deseo...

— Mira, yo no tengo mas que un deseo y este consiste en no tener que desear nada. No puedes imaginar lo que es ser rey. En los negocios de Estado no hay cosa mas penosa, que mas fatige el espíritu, que ese anhelo constante para la obtencion de lo que se apetece ó por el contrario la fiebre de la oposicion por lo que no se quiere. No, yo procuro alejar escrupulosamente de mi semejantes molestias: ahí están La-Tremouille y sus compadres de mi consejo que están encargados de velar por mí. Poco me inquieta el porvenir, querida Eloisa; dejo que las cosas sigan su curso y me rio de lo que puede acontecer...

— ¡Cárlos, ese lenguaje es impropio de un rey!

— ¡Mal haya el cetro y esa envidiada corona que no lo es mas

que de espinas! Mientras tus blancas manos me tejan una guirnalda de mirtos y llenen mi copa, risueño veré rodar los últimos restos de mi trono... ¿De qué inquietarme? ¿Cuando los ingleses habrán conquistado las provincias que me quedan, no se darán por satisfechos? ¿Podrán dispensarse de tratarme no menos soberanamente que mi abuelo el buen rey Juan? En este caso, vivan el vino la pereza y el amor!... Si por el contrario, Dios en sus miras contra mí, pobre pecador, verdaderamente me ha enviado esa endiablada doncella que se obstina en querer devolverme el reino de mis padres con su séquito de disgustos, de ansiedades y de trabajos.... sea así... y que se cumpla mi destino!... Pero, por quien soy, hermosa amiga, que no he de dar un paso para asegurar el éxito de los proyectos de esa furiosa batalladora!... ¿Quién diablo le ha metido en la cabeza de mezclarse en mis negocios? ¿Porqué no se quedaba, para mi reposo, guardando su rebaño?

—¿De modo Cárlos, que tienes muy poca fé en sus inspiraciones?

—Yo solo tengo fé en tus ojos porque cumplen lo que prometen; pero en cuanto á esa loca ya la hubiera mandado otra vez con sus carneros, si todos los dias no me viese importunado por la molesta cantinela de algunas gentes que, como ella, tienen apego al trono. Pero el mismo La-Tremouille es de parecer que es imposible resistirse á tantos clamores. Los unos persisten en ver en Juana un instrumento divino; otros, menos crédulos, sostienen sin embargo que en el estado desesperado de las cosas, se debe probar de sacar partido de la influencia que la dicha doncella puede ejercer en los soldados. Me veo obligado por lo tanto á recibirla hoy en mi corte; pero La-Tremouille es de opinion que este singular concilio de matronas que tanto nos ha dado que reir, debe decidir ante todo, si esta hermosa jóven (dicen que lo es), posee realmente el mágico encanto por medio del cual... ¡ja! ¡ja! ¡ja!... de modo que yo no seré ya rey por la gracia de Dios... sino por la gracia de...

—¡Cárlos! ¡Cárlos!... Estas bromas son indignas de un soberano!...

—Aunque la casta Diana fuese tu patrona, no te mostrarias mas severa, querida Eloisa!... ¡De veras que hoy no te conozco!...

—¡Y yo, Cárlos, te conozco demasiado!... ¡siempre indolente, siempre descuidado por tu honor! Y sin embargo, cuantas veces no

te he dicho: « ¡ Animo ! ¡ Ponte al frente de estos soldados cansados de pelear por un rey que jamás ha compartido sus fatigas y peligros ! ¡ Animo Carlos ! ¡ reanima la confianza de tu ejército ! ... Toma una resolución atrevida y... »

— ¡ Peste ! Brava amazona , hablais de los peligros de la guerra como si se tratara de una bagatela. Entended que no soy ningun César y que estoy muy distante de serlo y de querer imitarlo...

— ¡ Corazon de hielo !

— Me basta para quererte.

— Me avergüenzo por tí , por tu abyecta condicion !...

— ¡ Bueno ! ya te conozco , amiguita... confiésalo ; te avergüenzas de estar al lado del pobre *rey de Bourges* como me llaman... el esplendor cuasi nulo de este rey , no halaga tu amor propio , tu orgullo no puede brillar en mi modesta corte ! ¿ Tu quisieras tener por amante al rey de la Francia entera ?

— ¿ Hago acaso mal en desear tu gloria ?

— ¡ Ah ! amiga mia , ¿ aunque fuese rey de toda la Francia , serias tu mas hermosa , el vino mejor , la pereza mas dulce ?

— ¡ Pero la gloria !... ¡ la gloria !

— ¡ Vanidad ! ¡ vanidad !... ¡ Jamás he ambicionado otra gloria que la del glorioso rey Salomon ! ¡ Oh sabio y mil veces dichoso soberano ! ¡ Confieso humildemente que no puedo compararme á tí , así es que me limito á ambicionar únicamente la suerte que le cupo á uno de mis afortunados abuelos , el buen rey Juan !...

— Pero hay ilustres capitanes que combaten por tí !...

— ¿ Por mí ?... ¡ No , vive Dios ! Lo hacen para saquear el pais al frente de sus compañías mercenarias ó para recobrar sus señoríos que cayeron en poder de los ingleses... Se interesan por mi gloria como lo haces tú , amiga mia ; tú quisieras verme coronado á fin de poner triunfalmente tu pié encantador sobre esta antigua corona de Francia... y dominar... á quién domina !

La hermosa Eloisa iba á contestar con enojo á Carlos VII , cuando Jorge La-Tremouille despues de haber llamado , entró en el aposento y dijo al rey :

— Señor , todo está preparado para la recepcion de Juana.

— Vamos á recibirla. Me gusta mucho tu idea de poner á prueba esta inspirada , á fin de saber si me conocerá confundido entre vosotros , mientras que de Traus representará mi papel.

Un gran número de personas de ambos sexos de la corte de Carlos VII, reunidas en una galeria del castillo de Chinon, y ajitadas por diversos sentimientos, aguardan la llegada de Juana la Doncella. Los unos, si bien en muy corto número, la creen divinamente inspirada, pero, generalmente, los otros ven en ella ya una pobre visionaria, dócil instrumento del cual los políticos podrian servirse momentaneamente para abandonarlo enseguida, ya una atrevida aventurera, muy confiada en su audacia ó en la credulidad de los necios. Pero todos, cualquiera que sea el juicio que hayan formado acerca de la aldeana de Domremy, miran con desden á una jóven de la plebe rústica; hasta aquellos que no dudan de la realidad de sus sobrenaturales revelaciones, no pueden esplicarse porque Dios ha ido á buscar su elejida en tan baja condicion,

En un extremo de la galeria, el señor *de Traus*, vestido esplendidamente, está sentado en un rico sillón colocado sobre un pequeño tablado. Finje ser el rey, mientras que Carlos VII de pié no lejos de aquel sitio, oculto entre sus familiares, se rie á hurtadillas de la chistosa prueba á que vá á poner la sagacidad de Juana. Esta entra pocos momentos despues acompañada de un chambelan. Lleva su gorra en la mano y viste su trage de hombre consistente en una corta túnica, calzas con agujetas y botinas con espuelas. Cada vez mas persuadida Juana del cercano cumplimiento de los grandes designios que, durante tanto tiempo fermentaban en su mente, recordando el entusiasmo popular con que habia sido saludada á su partida de Vaucouleurs y aclamada á su paso por algunas poblaciones inmediatas á Chinon, cuando supieron por los criados del señor de Novel-pont que era enviada de Dios para libertar á la Galia del yugo de los ingleses; al verse en fin, ella, pobre pastora venida del fondo de la Lorena, admitida en presencia del rey, creia reconocer á cada paso de su camino el poderoso concurso del cielo. En un principio intimidada al aspecto de los cortesanos, vuelve á cobrar ánimo y con la frente alta, ademan modesto y tranquilo y paso mesurado, atraviesa la galeria; pero no tarda en tener que bajar los ojos delante de ciertas miradas licenciosas provocadas por su belleza, y aunque se sonroja y sufre en su pudor, no por esto mengua la fé que tiene en su destino. Sospechando ya vagamente el malquerer de algunos personajes privados del rey que desde su llegada la tenian relegada al castillo de Coudray, teme que le tiendan un lazo y dice al chambelan que la acompaña:

— ¡No me engañéis... mostradme al delfin de Francia. (1)!

El chambelan indica con el gesto al señor de Traus que conforme hemos dicho, estaba sentado en un sillón elevado al extremo de la galería. Este caballero era un hombre corpulento, de elevada estatura y había entrado ya en el quinto lustro de su edad. Juana durante el camino, repetidas veces había hablado al señor de Novelpont de Cárlos VII, enterándose de su aspecto y de sus facciones; así es que no hallando ninguna relación entre la persona del señor de Traus y el retrato que le había hecho del rey el señor de Novelpont, fácilmente conoció que se burlaban de ella. Profundamente ofendida por aquella burla, prueba de injuriosa desconfianza ó mofa indigna de un rey, si Cárlos VII era complice en aquel engaño, Juana con el rostro teñido de carmin, contestó al chambelan.

— ¡Vos me engañáis... la persona que me indicáis no es el rey (2)!

Viendo entonces á algunos pasos de ella un jóven pálido y enfermizo, de una estatura muy baja y cuyas facciones concordaban perfectamente con las señas de las que conservaba un perfecto recuerdo, Juana se dirigió en derechura al rey, hincó la rodilla en su presencia y le dijo con voz dulce y tranquila:

— Monseñor el Delfin, Dios me envia á vos en su nombre para socorreros... Dadme algunas fuerzas, haré levantar el sitio de Orleans, arrojaré á los ingleses de vuestro reino y antes de un mes os acompañaré á Reims, donde sereis coronado rey de Francia (3).

Algunos de los asistentes convencidos de que la aldeana de Domremy obedecía á una inspiración divina, mirando como sobrenatural la penetración de que acababa de dar muestra reconociendo á Cárlos VII confundido entre sus cortesanos, quedaron sumamente admirados del lenguaje que usaba con el rey; otros, en gran número, atribuyendo por lo contrario, á una casualidad la penetración de Juana, no vieron en sus palabras sino una ridícula ó loca jactancia, disimulando apenas su burlón desprecio por aquella jóven aldeana que con tanto descaro osaba prometer al rey que arrojaría de sus dominios á los ingleses hasta entonces vencedores de tan célebres guerreros franceses.

Cárlos VII fijó en Juana una mirada desconfiada y curiosa, le hizo

(1) Crónica de Perceval c. IV. p. 19.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

seña de que se levantase y le dijo en tono ligero y sardónico en el que la duda se traslucía á cada palabra :

— Pobre hija mia, te agradecemos ciertamente la buena voluntad que así á nos como á nuestro reino nos tienes. ¿Con que tú nos prometes arrojar miraculosamente á los ingleses? ¿Con que tienes confianza en devolvernos nuestra corona? Bien, no me disgusta, pero tú te pretendes inspirada de Dios... y por añadidura doncella... Es preciso antes de dar crédito á tus palabras, adquirir ante todo la certeza de que no estas poseida del maligno espíritu y de que eres virgen. A fin de desvanecer toda duda sobre el último punto, mi suegra, la venerable Yolanda reina de Sicilia, presidirá un concilio de matronas encargadas de exáminar y hacernos constar de un modo fijo y terminante tu pureza (1); luego si sales triunfante de esta primera prueba, se tratará de asegurarse que verdaderamente eres una enviada de Dios como dices. A este efecto, una asamblea de los mas ilustres doctores en teología, reunida en nuestra ciudad de Poitiers donde tiene asiento nuestro parlamento, te examinará, interrogará y declarará, segun sean tus respuestas, si estás inspirada de Dios ó del diablo. Puedes comprender, hija mia, que fuera una insensatez confiarte el mando de nuestro ejército, antes de habernos asegurado que Dios te inspira verdaderamente y sobre todo que no hay en ti macula de impureza...

Al oír estas palabras llenas de sequedad, de desconfianza y de injurioso descaro, celebradas por las lúbricas sonrisas de cuasi todos los asistentes y pronunciadas por aquel gentil delfin de Francia cuyos infortunios tan tierna compasion habian inspirado en el sensible corazón de Juana, quedó la jóven muda de asombro. Su pureza y dignidad se sintieron heridas á la sola idea del exámen vergonzoso, humillante é infame que debia sufrir públicamente su persona por órden de Cárlos VII.

Atormentada de un amargo dolor, hubo un momento, segun lo habia previsto Jorge de La-Tremouille promotor de esta indigna prueba, que Juana tuvo la idea de renunciar á su mision abandonando el rey á su destino; pero no tardó en reflexionar que no se trataba unicamente de aquel príncipe indolente, ingrato y descortes, sino de la libertad de la Galia saqueada, oprimida y ensangrentada por

(1) Consideramos inútil citar individualmente á los crónistas respecto de este impúdico y abominable exámen; bastará que digamos que todos estan acordes sobre este hecho.

espacio de tantos años; de la Galia cuyos males y miserias habian llegado á su colmo y de la que por fin se apiadaba el Todopoderoso. Además, avivando su fé y su energía en el recuerdo de las promesas de la voz misteriosa que la guiaba, recordando las profecías de Merlin, confiando en su genio militar que sentia desplegarse en ella hallando en la conciencia de su pureza, en el ardor de su patriotismo el valor de resignarse á la ignominia con que se la amenazaba, pero queriendo sin embargo hacer un esfuerzo para sustraerse á ella, alzó hácia Cárlos VII sus ojos anegados en lágrimas y le dijo;

— ¡Ay señor! ¿Porqué no me creéis? ¿Porqué no os servis de mi en seguida? ¡Os lo juro! ¡Solo la voluntad del cielo me ha llevado á vos (1)!

— ¡Hija mia, tus palabras son muy hermosas; pero para que podamos darles crédito, es indispensable que luego y ante todo lo repito, pruebes que eres doncella, y que Dios y no el demonio es quien te envia!... ¡Si te niegas á sujetarte á esta prueba, vuelve á tus ovejas!

— ¡Qué sea pues así por ser vuestra voluntad, señor! contestó Juana con el corazon traspasado de dolor. ¡Dios mio! sé que tendré mucho que sufrir en Poitiers, mucho que hacer para persuadir que digo la verdad, pero el Señor acudirá en mi auxilio.

— Mañana pues serás conducida á Poitiers donde deberá ser examinada tu persona por las matronas y mas tarde sobre las materias de la fé por varones doctos en teología, respondió Cárlos VII y se alejó encogiéndose lijeramente de hombros.

(1) Crónica de Perceval de Cagny, Quicherat. III. 71.

CAPÍTULO IV.

POITIERS.

Juana en Poitiers.— La reina Yolanda de Sicilia y el concilio de matronas.— El exámen.— El canceller de Francia.— Eraut y Garivel consejeros del rey.— Guíllermo Aýmeri y Pedro Seguin.— Respuestas de la Doncella.— Su carta á los ingleses.— Partida á Orleans.

A su llegada á Poitiers, donde tenia su asiento el parlamento, Juana fué hospedada en casa del caballero *Juan Rabateau* y confiada á su esposa que era una escelente señora, la cual quedó encantada de sus bellos sentimientos religiosos, de su inocencia y dulzura. Partió el lecho con su buespeda y lloró toda la noche pensando en el injurioso é impúdico exámen que debia sufrir el dia siguiente en presencia de la reina Yolanda de Sicilia y de varias otras nobles damas entre las que se contaba la esposa de Gaucourt. Su marido, complice como hemos visto en los pérfidos proyectos de Jorge de La-Tremoille, habia obtenido que fuese comprendida en el número de las mujeres encargadas de examinar la virginidad de Juana. De este modo esperaba ser de los primeros que supiesen el resultado del exámen.

¡Este infame exámen tuvo lugar!... Ninguna duda quedó acerca de la pureza de Juana...

¡Ah! con el rostro encendido por la ira, con la indignacion en el corazon y las lágrimas en los ojos, escribo estas líneas, hijos de Joel!... ¡Ay! pensad en la mortal vergüenza, en la dolorosa afliccion de la casta hija de los campos, sometida á tal ultrajante exámen, cuando una de sus mas relevantes virtudes era un pudor exquisito!

Un gran número de consejeros reales ó miembros del parlamento acompañados de varios teólogos entre los que se contaban los doctores Seguin y Aýmeri, y Eraut y Garivel consejeros del rey, pasaron en las horas medias del dia á la habitacion de Juan Rabateau á fin de proceder al interrogatorio de Juana que los aguardaba como siempre vestida con traje de hombre.

Figuraos, hijos de Joel, un vasto salon situado en el piso bajo y en medio de él una mesa en torno de la cual se sientan aquellos hombres llamados á decidir si la Doncella está ó no poseida del maligno espíritu. Sus trajes son variados desde la sencilla túnica y capilla, hasta las anchas y holgadas vestimentas forradas de armiño. Su aspecto es desconfiado, irónico ó severo. Han sido elegidos á propósito por Regnault de Chartres y les preside en su calidad de canciller de Francia. Esta válido del rey vendido en cuerpo y alma á Jorge de La-Tremouille, ha visto con secreto despecho la pureza de Juana reconocida por el concilio de matronas; pero á pesar de esta primera derrota de los malos designios de que es complice, espera que la pobre aldeana, turbada por el aspecto imponente del docto y temible tribunal, aturdida por sùtiles ó insidiosas preguntas sobre las mas arduas cuestiones teológicas, se comprometerá y perderá por sus respuestas. Varios cortesanos que tienen fé en la mision de la inspirada jóven, la han seguido á Poitiers á fin de asistir á su interrogatorio y se apresuran á entrar en el salon.

Constituida la asamblea, introducen á Juana que está pálida y triste. Tiene los ojos fijos en el suelo, porque tal es su delicada y fina susceptibilidad, que á la vista de aquellos consejeros y doctores, es decir en presencia de aquellos hombres sabedores del humillante exámen que acaba de sufrir, aunque su pureza virginal ha sido proclamada solemnemente, la modesta jóven se siente tan confusa, como si hubiese sido declarada impura. Para un alma tan casta, tan elevada como la suya, la sombra de una sospecha aunque desvanecida, llega á ser un irreparable ultrage. Con todo, dominando su confusion, invoca secretamente el apoyo de sus buenas santas, siente renacer la confianza y le parece oír sus voces misteriosas que murmuran dulcemente en sus oídos:

— « ¡ Adelante, hija de Dios! ¡ Nada temas, el Señor vá contigo! Contesta sinceramente y sin titubear y saldrás triunfante de esta nueva prueba... »

Hallándose ya cerca de los examinadores, el canciller de Francia hace seña á Juana que se acerque á la mesa y le dice con voz grave y cuasi amenazadora:

— Juana, el rey nos ha enviado para examinarte é interrogarte... no esperes engañarnos con mentiras.

JUANA. — Jamás he mentado; os contestaré en lo que pueda y sepa; pero vosotros sois unos sabios doctores y yo no sé ni el A. B. C,

No puedo decir otra cosa, sino que Dios me ha dado la misión de hacer levantar el sitio de Orleans (1).

SEGUIN *el teólogo, con acritud.* — Tú pretendes que Dios te ha enviado al rey, pero no podemos dar crédito á tus palabras. Las santas escrituras prohíben que se crea á las personas que se dicen inspiradas de lo alto, si no dan una señal evidente de la divinidad de su misión... Ahora bien ¿ que señal puedes darnos de la tuya ?

JUANA. — Las señales que os daré serán mis actos.

ERAUT *el consejero.* ¿ Cuáles serán estos actos ?

JUANA. — Los que debo cumplir por la voluntad de Dios.

FRANCISCO GARIVEL. — Pero en fin ¿ cuáles y cuantos serán estos actos ?

JUANA. — Son en número de tres.

SEGUIN. — Véamos ¿ cuál es el primero ?

JUANA. — Hacer levantar el sitio de Orleans, despues de lo cual arrojaré á los ingleses de la Galia.

ERAUT. — ¿ Y despues ?

JUANA. — Haré consagrar al delfin en Reims.

SEGUIN. — ¿ Y por último ?

JUANA. — Devolveré Paris al rey.

Los miembros del tribunal apesar de sus prevenciones ó su mala voluntad contra Juana, á quien veian por primera vez, quedaron sorprendidos tanto de su belleza y actitud, como de la presicion de sus respuestas dadas con un irresistible acento de conviccion. El auditorio compuesto de los partidarios de Juana, entre los que se encontraba Juan de Novelpont, con su murmullo aprobador dieron un testimonio de la impresion cada vez mas favorable que le causaban las palabras de la jóven; tambien algunos miembros del tribunal parecieron sentir por ella un interes creciente. Alarmado el canciller por aquellos síntomas, se dirigió á Juana con acento cuasi cólerico diciéndole:

- Nos prometes hacer levantar el sitio de Orleans, arrojar los ingleses de la Galia, hacer consagrar el rey en Reims y devolverle Paris; pero todo esto no son mas que palabras vanas!.. No te podemos creer, no te creemos si no nos das una *señal* patente de que verdaderamente estás inspirada de Dios y elegida por él para realizar estas cosas.

(1) Véase por el interrogatorio y las respuestas *textuales* de Juana, la *Crónica de la Doncella*, manuscrito de la Biblioteca del Instituto n.º 245 ap. J. Quicherat vol. IV p. 209 y el Proceso de rehabilitacion t. III p. 204 á 206.

JUANA *con impaciencia*. — ¡ Os repito que no he venido á Poitiers para mostrar señales! Dadme algunas fuerzas militares que me acompañen delante de Orleans y pronto quedará levantado el sitio y los ingleses serán arrojados del reino. Tal será la *señal* de mi misión... Sino me creéis, venid á combatir á mi lado; ya vereis si, Dios mediante, cumplo lo que ofrezco!

ERAUT. — Amiga mia, tu confianza es muy grande ¿ Y dónde la hallas?

JUANA. — ¡ Es grande mi confianza, porque la tengo en la voz de mis queridas santas que me aconsejan é inspiran en nombre de Dios!

SEGUIN *bruscamente*. — Tú nos hablas de Dios... ¿ y realmente crees en él?

JUANA. — ¡ Creo mas que vos, que suponeis que no se puede creer!...

AYMERI *el teólogo, con un acento lemosin muy grotesco*. — Has dicho, Juana, que unas voces te aconsejan en nombre de Dios. ¿ En qué lengua te hablan esas voces?

JUANA *sonriendo á medias*. — En una lengua mejor que la vuestra, respetable señor.... (1)

Esta graciosa y fina contestacion, hizo estallar la risa á los partidarios de Juana participando de su hilaridad varios miembros del tribunal quienes empezaron á sospechar que, apesar de lo humilde de su condicion, la pobre pastora, no era una criatura vulgar. Algunos veian en ella una mujer inspirada; otros menos crédulos, se decian que, merced á su belleza, á su talento y animosa resolucion, atendido el estado desesperado de las cosas, podia llegar á ser un instrumento precioso para la guerra; en fin, la mayoría pensaron que si declaraban á Juana poseida del demonio y rechazaban de este modo el inesperado auxilio que iba á prestar al rey, era esponerse á graves inculpaciones por parte de los adictos á Juana testigos de su interrogatorio, inculpaciones que no tardarian en ser acogidas y repetidas por el clamor público. El canciller cómplice de La-Tremouille y de Gaucourt, penetró fácilmente las disposiciones del tribunal y cada vez mas irritado, exclamó, dirigiéndose á los que le asistian como jueces:

— Señores, los santos cánones nos prohiben dar crédito á las pa-

(1) Proceso de rehabil. t. II. p. 75. Esta sorprendente respuesta es *textual* lo propio que el resto del interrogatorio.

labras de esta jóven, y los santos cánones son nuestro único libro!

JUANA, *levantando la cabeza con altivez.* — Y yo os digo que el libro del Señor que me inspira, vale mas que los vuestros, y en este libro ningun teólogo por sabio que sea podrá leer.

ERAUT. — La religion prohíbe á las mujeres que usen el trage de hombre, bajo pena de pecado mortal. ¿Porqué lo usais?

JUANA. — Me ha sido preciso vestir un traje de hombre porque debo combatir con hombres hasta el fin de mi mision; de este modo no tendrán ningun mal pensamiento contra mí.

GARIVEL. — ¿De modo qué vos aunque mujer, no tendreis ningun reparo en derramar la sangre combatiendo?

JUANA *con angélica dulzura.* — ¡Dios me libre de tener que derramar sangre! ¡La tengo horror!... No quiero matar á nadie; en la guerra solo llevaré un baston ó un estandarte para guiar á los soldados... mi espada quedará siempre envainada.

ERAUT. — Suponiendo que nuestra asamblea declare al rey, nuestro señor, que puede, sin faltar á su conciencia, confiaros el mando del ejército á fin de que intentéis hacer levantar el sitio de Orleans, ¿de qué medios os valdreis para alcanzar este objeto?

JUANA. — A fin de evitar, si es posible, la efusion de sangre, intimaré ante todo á los ingleses en nombre de Dios que me envía, que levanten el sitio de Orleans y se vuelvan á su pais; si se niegan á obedecer mi indicacion, marcharé contra ellos á la cabeza del ejército real, y con la ayuda del cielo, los arrojaré de la Galia.

EL CANCELLER *con desprecio.* — Quieres escribir á los ingleses y acabas de decirnos que no sabes el A. B. C.

JUANA. — No sé escribir, pero sabré dictar.

EL CANCELLER. — Acepto la palabra. Aqui hay tintero y pergamino y yo seré tu secretario... Vamos, dictame tu carta á los ingleses; ¡á fé mia que será cosa de ver el estilo!

A estas palabras siguió un gran silencio. El canceller triunfante, toma la pluma creyendo haber tendido un lazo peligroso á la pobre aldeana, incapaz, segun creia, de dictar una carta á la altura de las circunstancias; los mismos partidarios de Juana, aunque irritados por el mal comportamiento de Regnault con ella, temieron que iba á sucumbir en aquella nueva prueba.

EL CANCELLER *irónicamente.* — Vamos, Juana, estoy pronto á escribir lo que me dictes.

JUANA. — Escribid , monseñor.

Y la Doncella dictó con voz dulce y firme la carta siguiente :

« En nombre de JESUS y MARIA.

« Rey de Inglaterra , obedeced al que lo es del cielo ; entregad á Juana las llaves de todas las buenas ciudades que habeis violentado ; viene enviada de Dios para reclamáros las en nombre del rey Cárlos, y está dispuesta á concederos la paz si quereis salir de Francia.

« Rey de Inglaterra , si no lo haceis asi , como os lo ruego encarecidamente , yo , Juana jefe militar , donde quiera que encuentre á vuestros soldados, los arrojaré quieran que no; si se entregan á discrecion , tendré misericordia de ellos ; del contrario, causaré tanto estrago en sus filas que la Francia no habrá visto igual en el decurso de mil años.

« ¡ Vosotros arqueros y demas compañeros de armas que os hallais delante de Orleans , idos, en nombre de Dios, á Inglaterra que es vuestro pais ; si asi no lo hicierais , temed á Juana ; por mucho tiempo os acordareis de vuestra derrota... Os digo que no será vuestra la Francia , sino del rey Cárlos á quien Dios se la ha dado !...»

Juana se interrumpió en este punto y dirigiéndose al canciller asombrado de la viril sencillez de la carta que mal de su grado se veia obligado á escribir , le dijo :

— ¿ Monseñor cuales son los nombres de los principales capitanes de Inglaterra ?

EL CANCELLER. — El conde de Suffolk , el señor de Talbot y el caballero Tomás de Escall , tenientes generales del duque de Bedford regente del rey de Inglaterra.

JUANA. — Escribid , monseñor.

Y acabó de dictar la carta en los siguientes términos :

« Conde de Suffolk , señor de Talbot y caballero Tomás de Escall , todos tenientes generales del duque de Bedford , que se dice regente del reino de Francia por el rey de Inglaterra , contestad ¿ quereis levantar el sitio de Orleans ? ¿ Quereis dar término á las grandes crueldades con que aniquilais á los desgraciados habitantes de este pais de Francia ? Si os negais á aceptar la paz que Juana os ofrece, conservareis por mucho tiempo una triste memoria de vuestra derrota ; jamas habrá visto la cristiandad un hecho de armas mas famoso llevado á cabo por los franceses. Entonces se demostrará quien tiene mas razon , vosotros... ó el cielo !...»

« Escrito el martes de la semana mayor de Pascua del año 1429 (1). »

JUANA *dirigiéndose al canciller despues de haber dictado.*— Monseñor, firmad por mi, si gustais, poniendo mi nombre al pié de esta carta: yo haré mi cruz en Dios al lado de vuestra firma, porque yo no sé escribir. Ademas poned sobre el pergamino la siguiente direccion:

Al duque de Bedford, QUE SE DICE regente del reino de Francia por el rey de Inglaterra.

Los partidarios de Juana, los miembros del tribunal y el mismo canciller, apenas podian dar crédito á sus oidos. Una pobre aldeana acabando de llegar del fondo de la Lorena, usar en esta carta un lenguaje á la vez tan claro, tan explícito y tan sensato!... ¡Para aquellas gentes esto rayaba en milagro!

¡Si, milagro de valor, milagro de razon, milagro de patriotismo, realizados fielmente por Juana gracias á su inteligencia superior y á su confianza en su genio militar, del que empezaba á tener conciencia; gracias á su ardiente fé en el apoyo del cielo que le prometian sus voces misteriosas; en fin, gracias á su firme resolucion de obrar resueltamente siguiendo su proverbio favorito que incesante y mentalmente repetia: *Ayudate, que Dios te ayudará!*

La declaracion del tribunal, con secreto enojo del canciller de Chartres, no fué dudosa. Declaró que habiendo sido demostrada la virginidad de Juana, el demonio no podia poseer ni su cuerpo ni su alma; que parecia inspirada de Dios y que la enormidad de las calamidades públicas, autorizaban al rey para valerse, con plena tranquilidad de conciencia, del inesperado y sin duda providencial auxilio que le ofrecia aquella jóven.

Cárlos VII apesar de su vergonzosa indolencia y de la oposicion de Jorge de La-Tremouille, temeroso de exasperar la opinion pública, cada vez mas pronunciada á favor de Juana, Cárlos VII se vió obligado á aceptar la ayuda de la aldeana de Domremy de la que no cesaba de murmurar y maldecir. No cuidándose de si estaba ó no inspirada de Dios, solo veia con espanto las agitaciones, los desvelos y fatigas que debia suscitarle la continuacion de las hostilidades contra los ingleses, turbando la innoble molicie en que vivia. ¿Quién sabe? tal vez se veria obligado por la fuerza de las circunstancias á

(1) Proceso de condenacion vol. I. p. 87. Esta hermosa carta la citan con elogio aun los mismos historiadores ingleses:

tener que ponerse al frente de las tropas, cabalgar por montes y valles, sufrir no pocas fatigas y correr algun peligro, cuando á lo que aspiraba aquel monarca enervado, era una suntuosa cautividad en Inglaterra, donde á ejemplo de su abuelo el rey Juan, podria sin molestia acabar sus dias en las delicias de la pereza, de la buena mesa y de la licencia! Mas forzoso le fué ceder á la corriente del entusiasmo producido por la presencia y las promesas libertadoras de Juana la Doncella; fué acordado que pasaria á Blois y de alli á la ciudad de Orleans, donde se ocuparia de hacer levantar el sitio de aquella poblacion poniéndose de acuerdo sobre el particular con *Dunois*, *Lahire*, *Xantrailles* y otros famosos capitanes. Nombraron para el servicio de la Doncella, un escudero llamado *Daulon* y un pajecillo de quince años conocido con el nombre de *Imerquet*; ademas le dieron algunos caballos de batalla y criados para cuidarlos. Hicieronle forjar una armadura lijera y pidió, como un recuerdo de la prediccion de Merlin, que esta armadura fuese de color blanco, lo propio que uno de sus caballos y su pendon ó estandarte en el que hizo pintar dos ángeles con alas de azur teniendo en las manos un ramo de flores de lís.

Jorge de La-Tremouille y sus dos cómplices, el canciller Regnault y el capitan Gaucourt, furiosos por no haber podido hacer caer á Juana en sus lazos, prosiguieron su obra tenebrosa con mas feroz empeño que nunca. Fué acordado entre ellos, segun su plan proyectado hacia mucho tiempo, que Gaucourt obtendria (y lo obtuvo) de Cárlos VII el mando de la ciudad de Orleans. Los tres cómplices confiaban de este modo poner trabas, arruinar las operaciones militares de la Doncella, esponerla á una primera derrota que la perderia para siempre ó dejarla prisionera de los ingleses á favor de una salida, abandonando la guerrera en los momentos mas peligrosos.

El jueves 28 de Abril de 1429, Juana Darc partió de Chinon para Blois donde debia encontrarse con Dunois y el mariscal de Retz antes de pasar á Orleans; pusóse en camino recordando el combate infantil de los muchachos de Maxey contra los de Domremy, combate en el que, por vez primera, habia adivinado vagamente su vocacion guerrera. Tambien pensaba en este pasage de la prediccion de Merlin, el bardo galo:

— «Veo un ángel de cerúleas alas, todo resplandeciente de luz
«que tiene en sus manos una corona real.

— «Veo un caballo de guerra tan blanco como la nieve.»

— «Veo una armadura tan brillante como la plata.»

— «¿A quién están destinados esta corona real, este caballo y esta armadura?

— «La Galia perdida por una mujer, será salvada por una vírgen oriunda de las fronteras de Lorena nacida junto á un frondoso bosque.»

— «¿A quién están destinados esta corona real, este caballo y esta armadura?

— «¡Oh! ¡Cuánta sangre veo! ¡Cómo mana, como corre á torrentes! ¡Oh! ¡Cuánta sangre, cuánta sangre!

— «¡Cómo humea! Sube su vapor... sube al cielo como niebla de otoño en la que se fragua el rayo y muge la tempestad!

— «Y al través de esa niebla sangrienta, al través de los truenos y rayos, veo una vírgen guerrera; blanca es su armadura, blanco es su corcel.

— «Combate imperterrita, combate sin cesar en medio de un bosque de lanzas. Dijérase que cabalga en la espalda de los arqueros.

— «El caballo de guerra tan blanco como la nieve, es para la vírgen guerrera; para ella es la armadura de batalla tan brillante como la plata.

— «Pero ¿para quién la corona real?

— «La Galia perdida por una mujer, será salvada por una vírgen de las fronteras de Lorena nacida en las márgenes de un frondoso bosque...»

Pronto veremos como al cabo de mil años se cumplió fielmente la poética profecía del bardo galo; pronto veremos en Juana la Doncella, la vírgen guerrera de las fronteras de Lorena. Dijérase que Merlin leía en el porvenir, tan axactamente fué cumplida su prediccion!

No olvideis, hijos de Joel, no olvideis esta leyenda de la plebeya católica y realista. Cárlos VII debió su corona á Juana Darc y este soberano fué muy ingrato con ella, abandonandola y desconociendo con la mas negra ingratitud sus inmensos servicios. Un síno fatal, los hombres que debian salvarla y escudarla, la arrastraron á la hogue-

ra. Los malos caballeros de otros tiempos habian entregado la Galia á los ingleses; el patriotismo el genio militar de Juana, triunfaron por fin del extranjero... y fué perseguida, vendida y condenada por el rencor y la villania de sus émulos!— ¡Pobre plebeya! la implacable envidia de los jefes y cortesanos, la ingratitude real, la ferocidad de no pocos, consumaron su martirio!— ¡Bendita seas al través de las edades, oh vírgen guerrera, santa hija de la madre patria!— ¡Recordad, hijos de Joel, recordad esta leyenda y juzgad por ella de lo que son capaces los hombres!

CAPÍTULO V.

ORLEANS.

La semana de Juana Darc.—Llegada de Juana á Orleans el viernes por la noche del 29 de Abril.—Levántase el sitio en la noche del sábado 7 de mayo de 1429.—En ocho dias la ciudad queda libre.—Los ingleses son batidos y arrojados de las posiciones que ocupaban en Turena.—Juana parte para Loches á fin de anunciar su victoria á Carlos VII y acompañarle á Reims donde debe ser coronado.

¡ En una semana la vírgen guerrera inspirada por el santo amor de la patria, venció á los ingleses triunfantes en la batalla de Poitiers! ¡ En una semana la valerosa hija del pueblo, llevó á cabo lo que no habian podido alcanzar durante mas de medio siglo, tantos nobles é ilustres capitanes! He aquí, hijos de Joel, he aquí dia por dia, la relacion de LA SEMANA DE JUANA DARC.

NOCHE DEL VIERNES 29 DE ABRIL DE 1429.

Habia llegado la noche, una dulce noche de primavera, pero parecia ser en medio del dia en la calle que conduce á la puerta *Banier* una de las puertas de Orleans. Todas las ventanas en las que se agolpaban los habitantes estaban iluminadas; á su vivo resplandor se unian las luces de las antorchas de que iban provistos un gran número de ciudadanos y artesanos armados, formando una doble hilera en toda la estension de la via pública, á fin de contener á la multitud. El valor de estos soldados ciudadanos habia sido probado en ocasiones apuradas durante los peligros del sitio, quienes y sin mas auxilio que sus propias fuerzas, se habian sostenido admirablemente negándose á admitir dentro los muros las fuerzas militares compuestas de soldados insolentes, ladrones ó feroces. Sin embargo, despues de inauditos esfuerzos de valor, al ver los vecinos de Orleans que su número iba de dia en dia disminuyendo en sus encarnizados combates con los sitiadores, se habian visto forzados á aceptar y tomar á sueldo las bandas mercenarias de *Lahire*, *Dunois*, *Xantrailles* y otros gefes aventureros que se alquilaban á quien mejor les pagaba. Peligrosos auxiliares que llevaban siempre en pos de si un gran número de mujeres de mala vida y eran no menos ladrones que

los ingleses. De modo que varias veces los magistrados de Orleans, ciudadanos resueltos que mandaban y luchaban con su milicia en las murallas cuando intentaba asaltarlas el enemigo ó fuera la ciudad en la salidas que hacian, habian tenido vivos altercados con los capitanes á propósito de los excesos de sus soldados ó de su molicie en las batallas. Aquellos hombres para quienes la guerra era un oficio, no teniendo que defender su familia, sus bienes ó su hogar, como los habitantes de la ciudad, se cuidaban muy poco de que se levantara mas ó menos tarde el sitio; por el contrario, aquel estado de cosas les aseguraba su sueldo satisfecho religiosamente por la ciudad.

Los vecinos de Orleans esperaban pues, con una viva impaciencia la llegada de Juana Darc, porque confiaban con ella arrojar á los ingleses de sus reductos y poder libertarse del oneroso concurso de los capitanes franceses. Una multitud compacta compuesta de hombres, mujeres y niños, contenida por el cordon de los militares, ocupaban los dos lados de la calle en cuyo extremo estaba situada la casa de *Jacobo Boucher*, tesorero, cuya casa estaba mas brillantemente iluminada que las demás. El murmullo de la multitud era dominada ya por el repique precipitado de la gran campana de las Casas Consistoriales, hechada al vuelo de vez en cuando, ya por los disparos de las bombardas que anunciaban la llegada de la Doncella; los semblantes de los ciudadanos antes abatidos ó sombríos, respiraban alegría y esperanza; todos repetian que la vírgen de Lorena, profetizada por Merlin, iba á socorrer á Orleans. Es de una hermosura extraordinaria, decian, está inspirada de Dios, es valiente y está dotada de un instinto militar de que quedaron maravillados los famosos capitanes Dunois, Lahire, Xantrailles y otros en la entrevista que tuvieron la víspera con la Doncella en la ciudad de Blois. Dos de sus escuderos que han llegado durante el dia á Orleans, han referido esta maravilla que corre de boca en boca, anunciando que esta misma noche haria su entrada Juana Darc. En todas partes desde su salida de Chinon hasta Blois, han añadido los escuderos, su marcha ha sido una continua ovacion saludada por los gritos de alegría de las poblaciones rústicas, espuestas hace tanto tiempo á los saqueos del enemigo y aclamando su ángel salvador enviado de Dios!

Estas y otras relaciones, como por encanto hacen renacer la confianza de los habitantes de la ciudad. El gentio aumenta á cada

instante sobre todo en las inmediaciones de la casa de Jacobo Boucher donde debe hospedarse la heroína. Apenas han dado las nueve en la torre de la iglesia de Santa Cruz, se oye el lejano toque de los clarines; los sonidos de aquellos bélicos instrumentos van percibiéndose cada vez mas cercanos y al resplandor de innumerables luces, vése llegar una numerosa cabalgata. El pagecillo Imerguet y el escudero Doulon, llevando el uno el escudo y el otro el blanco oriflama de la guerrera en el que estan pintados dos ángeles de céruleas alas teniendo en sus manos unos ramos de flores de lis, preceden la comitiva. En seguida viene Juana Darc montada en un caballo blanco con gualdrapa azul, revestida de una lijera pero completa armadura de acero bruñido de un blanco mate parecido á la plata. Una coraza bombada protege el seno virginal de la jóven y la visera de su casco enteramente levantada, descubre su dulce y hermoso rostro rodeado de cabellos negros, cortados en derredor del nacimiento del cuello. Profundamente conmovida por las aclamaciones con que los buenos orleaneses la saludan y con los cuales honra á sus santas, una lágrima brota de sus negros ojos redoblando su brillo. Ya familiarizada en el manejo del caballo, guia graciosamente su montura con una mano y con la otra sostiene un delgado palito blanco, única arma de que quiere servirse para conducir los soldados al combate, porque le dá horror la sangre. Cerca de ella cabalga Dunois, cubierto de una brillante armadura recamada de oro; siguen despues mezclados con los regidores de Orleans, el mariscal de Retz, Lahire, Xantrailles y otros capitanes, entre los que se halla el señor de Gaucourt conduciendo á Orleans un refuerzo de tropas reales y está encargado del mando de la ciudad. Con la mirada siniestra el odio y la envidia en el corazon, está meditando sus tenebrosos y criminales proyectos. Algunos escuderos armados de la nobleza de Orleans, cierran la marcha del cortejo que no tarda en verse confundido en una masa tan compacta, que con dificultad puede abrirse paso el caballo que monta Juana Darc. Hombres, mujeres y niños encantados de su belleza, de su porte á la vez modesto y guerrero, la contemplan con embeleso y la colman de bendiciones, llegando el entusiasmo de algunos hasta el punto de querer besar el extremo de sus botinas medio cubiertas por las mallas de sus calzones. Tan enternecida como confusa por aquel recibimiento, dijo sencillamente á Dunois volviendo el rostro al caballero.

— En verdad no sé si tendré valor para dominar la profunda

emocion que en mi causa el cariño que me manifiesta este pueblo, si Dios no acude en mi auxilio.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, un miliciano que llevaba una antorcha, se acercó tanto á la Doncella para verla mejor, que involuntariamente prendió fuego en la estremidad del estandarte que llevaba el escudero Daulon; temiendo Juana que corriese algun peligro, lanzó un grito de espanto, metió la espuela á su caballo ante el que retrocedió la multitud, y acercándose asi de un solo salto al escudero, se apoderó del estandarte inflamado, y despues de haber apagado rapidamente el fuego entre sus guanteletes, lo hizo flotar graciosamente en el aire agitándole por sobre su casco como si hubiese querido tranquilizar á los orleaneses por un accidente que podia parecerles de mal agüero. Juana en aquella circunstancia dió un gran testimonio tanto de su presencia de espíritu, como de saber manejar hábilmente el caballo, lo que le valió un diluvio de aplausos por parte de la multitud entusiasmada. Los mismos soldados de la guarnicion que no estaban de guardia aquella noche en las murallas, se habian confundido con el gentío, creyendo ver en la Doncella el ángel de la guerra. Y en efecto, su sola presencia los reanimaba y les parecia, como los arqueros de Vaucouleurs, que conducidos resueltamente al combate por tan gentil capitan, debian vencer al enemigo y vengar sus anteriores derrotas. Dunois, Lahire, Xantrailles, el mariscal de Retz, todos capitanes experimentados, maravillábanse de la exaltacion de sus gentes que el dia anterior estaban completamente desanimadas. Por su parte el señor de Gaucourt observando la influencia que ejercia la Doncella no tan solo en los milicianos de Orleans, si que tambien en la feroz soldadesca, se mostraba cada vez mas sombrío y una secreta ira le roia las entrañas.

Entre tanto Juana Darc continuaba adelantando lentamente en direccion de la casa de Jacobo Boucher atravesando una multitud idolatra por su persona, cuando de repente hubo de detenerse un momento el cortejo por la aparicion de un destacamento de gente armada que salia de una de las calles laterales á la que conducia á la puerta Banier. Aquel destacamento escoltaba dos prisioneros ingleses é iba precedido de un hombre alto y robusto de un semblante tan jovial como resuelto; si bien oriundo de Lorena, hacia mucho tiempo que estaba avencindado en Orleans; llamabase *Maese Juan* y pasaba; con justo título; por ser el mejor artillero de la ciudad. Sus

dos enormes bombardas, bautizadas por él con los nombres de *Riflard* y *Montargís*, colocadas sobre los pilares del puente, junto al reducto de *Belle-Croix* que acostumbraba dirigir sin errar jamás la puntería, causaban numerosos destrozos á los ingleses y por consiguiente le temian y aborrecian. No ignoraba nuestro festivo artillero aquella mala voluntad, porque á su vez sus cañones servian siempre de blanco á los arqueros ingleses, de modo que algunas veces se divertia en finjir que habia sido muerto, dejandose caer de repente al pié de una de las bombardas. Los artilleros sus compañeros y como él ciudadanos, siguiendo la broma, lo levantaban del suelo y se lo llevaban lanzando fuertes gemidos. Los ingleses que los oian, se regocijaban con aquel duelo; pero al dia siguiente volvian á ver á maese Juan mas alegre y bien dispuesto que nunca (1), apuntar otra vez contra ellos y por su ruina *Riflard* y *Montargís*. Algunos dias despues finjia de nuevo que habia sido herido mortalmente y volvía á resucitar miraculosamente. Este festivo artillero era el que precedia á los soldados que escoltaban los dos prisioneros ingleses. Al ver la guerrera se acercó á ella, la contempló un breve instante dominado por el respeto y la admiracion y en seguida le tendió su ancha mano diciéndole con una especie de orgullo:

— ¡Esforzada Doncella, aqui teneis á un paisano! Como vos he nacido en Lorena... y de hoy mas contadme entre vuestros servidores, como tambien estarán á vuestras órdenes mis dos mas gruesos cañones *Riflard* y *Montargís*.

Dunois se acercó á Juana y le dijo á media voz:

— Este valiente soldado es maese Juan... el mejor y mas atrevido artillero de la ciudad. Ademas es muy inteligente por lo que respeta al sitio de una poblacion.

— Estoy muy contenta de haber encontrado aqui á un paisano... contestó la Doncella sonriendo y dando cordialmente su guantelete al artillero. Iré mañana por la mañana á ver maniobrar *Riflard* y *Montargís*. Juntos examinaremos los atrincheramientos del enemigo; vos sereis mi maestro de artilleria y arrojaremos los ingleses á cañonazos... ¡Dios mediante!

— ¡Paisana! exclamó maese Juan, fuera de sí de contento; con solo veros mis bombardas dispararán solas y la bala irá recta donde querais...

Pronunciaba el artillero estas palabras, cuando llegó á oidos de

(1) Diario del sitio de Orleans. Vol, IV, P. 105.

Juana un grito doloroso y desde el sitio en que se hallaba, vió á uno de los dos prisioneros ingleses escoltados por los soldados que caía aplomado con el cráneo abierto por un violento golpe que con el mango de la pica le acababa de dar uno de los soldados, diciéndole al propio tiempo con ronca voz:

— ¡Mira bien á Juana la Doncella... perro *goddon!* ¡Ella os arrojará á todos de Francia, como yo acabo de santiguarte con el mango de mi pica!

Palideció la guerrera al aspecto de la sangre que tanto horror le causaba y con un movimiento mas rápido que el pensamiento, se apeó enojada por la brutalidad del soldado, corrió al inglés, se arrodilló á su lado y levantando la cabeza ensangrentada de aquel desgraciado, exclamó con las lágrimas en los ojos, dirigiéndose á los que la rodeaban.

— Compadeceos de él, está desarmado y vuestro deber os exige acudir en su auxilio! (1).

Al oír aquellas palabras misericordiosas, algunas mujeres de buen corazón, rodearon al soldado, desgarraron sus pañuelos y vendaron la herida, mientras que la guerrera, que permanecía arrodillada, sostenía la cabeza del inglés. A poco recobró sus sentidos y al aspecto del dulce rostro de la jóven respirando compasión, juntó las manos en ademán de agradecimiento y lloró...

— Anda, pobre soldado, no temas nada; ya no te harán mas daño, le dijo Juana levantándose y puso el pié en el estribo que le presentaba su pajecillo Imerguet.

— ¡Hija de Dios, vos sois una santa! exclamó una jóven entusiasmada por el acto de caridad cristiana que acababa de presenciar y arrodillándose delante de la guerrera en el momento en que iba á marchar, le dijo:

— Por Dios, dignaos tocar mi anillo; bendecido por vos, conservaré mientras viva esta joya como una preciosa reliquia.

— No soy una santa, le contestó Juana con ingenua sonrisa. Vos sois sin duda una buena y honrada mujer; vos valeis de seguro tanto como yo (2).

Dichas estas evangélicas palabras, la Doncella se puso en marcha siendo saludada por nuevos vitores de la multitud. Prendados de

(1) Testimonio de Luis Leconte. t. III. p. 72.

(2) Palabras testuales asi como el resto del diálogo. Proceso de rehabilit. III, 87. y siguientes.

tanta modestia, los soldados mas endurecidos, fueron movidos por sentimientos de conmiseracion de que ella acababa de dar muestra en favor de un enemigo desarmado. Léjos de tachar su debilidad, admiraban apesar suyo su generosidad.

Maese Juan aclamaba con frenesí á su paisana. Los gritos de viva Juana, viva la libertadora de Orleans, resonaban por todas partes y cuasi levantada ella y su caballo por la masa popular, llegó delante de la casa de Jacobo Boucher. De pié este en el dintel de la puerta, teniendo á su lado á su esposa y á su hija Magdalena, aguardaba á su jóven huespeda y al llegar le acompañó lo propio que á los regidores y capitanes que iban con ella á un gran salon donde estaba preparada una suntuosa cena en honor de la heroína y de su brillante cortejo; pero la Doncella tímida y reservada en extremo, dijo á Jacobo Boucher.

— Os doy las gracias, señor, pero yo no cenaré. Si vuestra hija me hiciera el obsequio de acompañarme al aposento que me habeis destinado y me ayudase á quitarme la armadura, mucho se lo agradecería. Me hareis traer únicamente un poco de pan cortado á pedacitos y mojado con un poco de agua con vino; esto me bastará. Después, si me lo permitís, me acostaré, porque es preciso que mañana madrugue un poco para ir á visitar los atrincheramientos enemigos con maese Juan el artillero.

Segun sus deseos, la Doncella se retiró acompañada por Magdalena, hija de Jacobo Boucher. Esta, en un principio sobrecojida de un temeroso respeto en presencia de la inspirada guerrera, no tardó en sentir por ella una viva simpatía al ver su dulzura y sencillez, de modo que le propuso ingenuamente partir con ella su aposento durante su permanencia en Orleans. Juana aceptó aquel ofrecimiento con el mayor jubilo, porque á su vez habia hallado en la jóven una persona amable y cariñosa. Magdalena le ayudó gentilmente á desarmarse, le sirvió su frugal cena y en el momento de acostarse, Juana le dijo:

— Ahora que os conozco así como á vuestros padres, Magdalena, estoy mucho mas contenta de que Dios me haya enviado para socorrer la buena ciudad de Orleans.

La Doncella se arrodilló al pié de la cabecera de la cama, rezó su oracion de la noche, invocó á sus santas patronas, implorando con un suspiro de pesar sus bendiciones para sus padres y hermanos, y se durmió con un tranquilo sueño, mientras que Magdalena per-

maneció todavía mucho tiempo contemplando con muda y tierna admiración á la amable heroína.

SÁBADO, DIA 30 DE ABRIL DE 1429.

Un poco antes de amanecer, maese Juan el artillero exacto á la cita de la vispera, se hallaba delante de la puerta de la casa de Jacobo Boucher. Al cabo de algunos instantes, Juana que ya estaba levantada, entreabrió la ventana de su cuarto situado en el primer piso, miró á la calle que todavía estaba muy oscura y á media voz dijo:

—¿Hola, maese Juan, estais ya aqui?

—Si, mi brava paisana, contestó el de Lorena, hace un momento que he llegado.

—Aguardad otro momento que bajo enseguida.

En efecto á poco salió Juana de la casa y se reunió con el artillero. No se habia puesto su armadura de batalla, pero si una lijera cota de malla debajo de su túnica y la caperuza le hacia las veces de casco. Llevaba en la mano su bastoncito y colgaba de sus espaldas una corta capa con la que queria embozarse á su regreso á fin de no ser reconocida y sustraerse á las ovaciones populares. Rogó á maese Juan que diese con ella la vuelta á la ciudad por la parte exterior de las murallas á fin de hacerse cargo de la posicion y de la importancia de los reductos de los enemigos. Partió con su guia, atravesó las calles aun desiertas y saliendo por la puerta Banier, dió comienzo á su escursion.

Doce formidables reductos ó fuertes rodeaban la ciudad por el lado del Beauce y del Sologne á un tiro escaso de bombardas. Las mas considerables de estas obras de ataque se llamaban: el fuerte *San Lorenzo* al oeste; el de *San Pouaire*, al norte; el de *San Lupo*, al este y los de *San Privado*, de los *Agustinos* y de *San Juan el Blanco* al sud al otro lado del Loire. Además en frente de la cabeza del puente, protegido del lado de los sitiados por un muro fortificado, los ingleses habian levantado una formidable casa fuerte flanqueada de torres de madera que ellos llamaban los torrejones. Todos estos reductos provistos de numerosas guarniciones, estaban rodeados de anchos y profundos fosos ceñidos de empalizadas al pié de dobles muros de tierra coronados de plataformas con troneras armadas de bombardas y grandes ballestas destinadas para lanzar sus proyectiles contra la ciudad. Estos fuertes distantes los unos de los otros

unas dos ó trescientas toesas, cercaban completamente Orleans y cortaban ó dominaban los caminos y el rio hácia arriba.

Juana Darc interrogó estensamente al artillero sobre el modo de batirse de los ingleses alojados en aquellos reductos, á los que se acercó varias veces con tranquila audacia á fin de juzgar por si misma de los medios de defensa de los sitiados. Durante este exámen corrió gran riesgo de ser alcanzada por una lluvia de dardos arrojados del fuerte de San Lorenzo. No se inmutó en lo mas minimo; sonrióse al ver caer las flechas á algunos pasos de ella, y sorprendió no menos á maese Juan por la calma de su denuedo que por la claridad de sus observaciones que revelaban una admirable aptitud militar y un golpe de vista rápido y certero. Entre otras cosas, dijo al artillero despues de haberse informado del modo como hasta entonces habian guerreado, que le parecia que en vez de atacar como se habia hecho antes, varios reductos á la vez en las salidas generales, valdria mas concentrar las tropas en un solo punto y atacar asi sucesivamente los fuertes el uno despues del otro con la seguridad de apoderarse de ellos, puesto que no podian contener en su recinto sino un número limitado de defensores, al paso que en campo raso nada podia limitar el número de combatientes, pudiendo ser su masa reunida tres ó cuatro veces superior en fuerza á la guarnicion de cada reducto tomado aisladamente. En fin Juana demostró con una multitud de observaciones, aquella intuicion extraordinaria de que están dotados los grandes capitanes. El artillero cada vez más sorprendido de semejante disposicion militar, le dijo:

—Pero, decidme paisana ¿en que libro habeis aprendido todas estas cosas?

—En el libro en que me ha hecho leer el Señor Dios inspirándome (1), le contestó sencillamente Juana.

Mientras que la Doncella examinando de este modo los atrincheramientos enemigos, meditaba y maduraba su plan de batalla, el señor de Gaucourt, nombrado jefe de las tropas reales enviadas á Orleans, meditaba y maduraba su obra de tinieblas y traicion, hacia mucho tiempo imaginada con sus dos cómplices del consejo del rey, La-Tremouille y el canciller de Chartres. Al amanecer Gaucourt fué á visitar los capitanes mas influyentes y lo que no pudo la finura que le faltaba, suplieron la envidia y la maldad. Cuidadosa-

(1) Proceso de revind. III, 110.

mente adoctrinado ademas por La-Tremouille, se dirigió á las malas pasiones de aquellos militares y les recordó el delirante entusiasmo de que habia sido objeto Juana en la víspera por parte de la poblacion, la milicia urbana y sus propios soldados. ¿No es sensible, les dijo, que unos guerreros tan célebres como ellos, debiesen verse humillados por el triunfo de aquella aldeana, de aquella miserable guardadora de rebaños? ¿La loca esperanza que todos ponian en aquella visionaria, no era un sangriento ultrage que se hacia á su bien adquirida fama? ¿No debian sentirse humillados y rebajados, al ver que sus compañías hasta entonces abatidas y desanimadas, parecian inflamarse de ardor al solo aspecto de una jóven de diez y siete años, aun antes de haber dado muestras de su pericia en el mando militar? ¿Si antes de combatir gozaba ya de aquella aura popular, que seria de los jefes si por una de esas casualidades tan comunes en la guerra, obtuviese aquella pastora un primer triunfo?

Aquellas insidiosas palabras hallaron un eco favorable en el alma perversa de no pocos de aquellos capitanes; y sin ser nuevo en la historia de la humanidad, la cual nos ofrece repetidos ejemplos de renombrados generales que devorados por la envidia sacrificaron la salvacion de la patria á su execrable orgullo y prefirieron la pérdida de una batalla al triunfo de un rival, los jefes á quienes se dirijia Gaucourt prestaron oidos á sus pérfidas insinuaciones. Recordaron con amargura la ovacion de que habia sido objeto la Doncella, al paso que no habia habido para ellos ni siquiera una aclamacion, ni una muestra de simpatia por parte de la multitud y convinieron, sino en rehusar abiertamente su auxilio á la Doncella, negativa peligrosa quizás á su propia existencia, atendido el estado de exaltacion en que se hallaba el pueblo y la milicia de Orleans, al menos de estorbar disimuladamente los proyectos de Juana, impidiéndole que pudiese llevar á cabo sus proyectos y haciéndole constantemente la oposicion en los consejos de guerra que se celebrasen. Unicamente Dunois y Labire sin que por esto rompiesen abierta y lealmente con aquellos infames denunciándoles á la vindicta pública, sostuvieron que era político que inmediatamente se sacase provecho de la exaltacion inspirada al pueblo y ejército por la presencia de la Doncella, la que se debia secundar si daba muestras de un verdadero genio militar. Apesar de estas observaciones, la mayoría de los gefes militares persistió en su malevolencia contra la jóven de Domremy, cuya popularidad envidiaban villanamente. Gaucourt auguró que sus ne-

gros proyectos darian un buen resultado ; pero sin atreverse aun á revelar á sus cómplices esta infame maquinacion : «Hacer caer á la Doncella en poder de los ingleses , abandonandola en una salida y alzando el puente levadizo tras de ella...»

Juana, despues de su larga escursion por los afueras de Orleans en compañía de maese Juan , que volvió pronto y apresuradamente al lado de sus dos queridas culebrinas Rifart y Montargís á fin de celebrar á su modo la llegada de su paisana , enviando á los ingleses algunos mortíferos proyectiles, Juana dijo á Gaucourt y á los demas jefes que pasaron á visitarla , que habiéndose recojido , sus voces le aconsejaban que se atacase al dia siguiente domingo por la mañana con todas las fuerzas del ejército reunidas , el fuerte de los Torrejones , á fin de despejar ante todo la cabeza del puente de Orleans. De este modo se aseguraba por la parte del Beauce el abastecimiento de la ciudad , donde los víveres empezaban á escasear , facilitando al propio tiempo la entrada de los refuerzos que podrian venir de Tours ó de Blois. Los capitanes que estaban conjurados contra ella , fingiendo una religiosidad que estaban muy léjos de tener , se santiguaron al oir que la Doncella , hija de Dios , proponia aquella atrocidad. ¡ Combatir un domingo ! ¿ No seria , objetaron á Juana , inaugurar sus armas con un sacrilegio ? En cuanto á ellos preferirian que se secase su mano , antes que desenvainar la espada en aquel dia consagrado al reposo por los mandamientos de su santa madre la iglesia católica , apostólica y romana. En vano Juana les dijo que hacia un acto meritorio á los ojos de Dios el que combatia por la salvacion de la patria ; los capitanes permanecieron inflexibles en su fé ortodoxa respeto á la piadosa observancia del descanso dominical. Bien á pesar suyo , Juana se vió obligada á diferir el combate para el lunes ; pero deseando probar una vez mas , gracias á este retardo , de evitar el derramamiento de sangre que aborrecia , rogó á su escudero Daulon que le escribiera una nueva carta de algunas líneas que le dictaria. Como la primera , que desde Blois habia sido mandada por un heraldo , aquella carta estaba destinada á los ingleses. Escrita la misiva y firmada con su nombre , al pié del cual puso Juana á manera de contraseña su *cruz en Dios* , metió el pergaminno en su bolsillo é invitó á los capitanes que la acompañasen hasta el muro ó atrincheramiento levantado sobre el medio del Loire en-

frente del fuerte de los Torrejones ocupado por los ingleses. La guerrera queria examinar de nuevo aquella importante posicion previendo el asalto que deberia darse el lunes.

Su deseo fué obedecido ; pasó con varios jefes militares á la puerta del castillejo del rio en medio de un gran concurso del pueblo y de soldados de las bandas mercenarias no menos entusiastas que la vispera , pidiendo á voz en grito que los condujera al combate , seguros, decian, de vencer á las órdenes de la Doncella. Gaucourt y los capitanes afirmaron que el ataque tendria lugar el lunes y esta contestacion apaciguó el clamor de las gentes. Llegaron con Juana al baluarte del puente tan cercano de los Torrejones que la voz de los sitiados podia ser oida de los sitiadores. Un gran número de milicianos de Orleans estaban de guardia en la plataforma almenada de su atrincheramiento , provista de grandes ballestas y otras máquinas ó ingenios de guerra destinados para arrojar dardos y gruesas piedras á largas distancias. Aquellas buenas gentes trasportadas de alegria al ver á la Doncella entre ellos , la rodearon , exclamando con valerosa impaciencia : « ¿ Cuando el asalto ? » Dijóles que seria al siguiente dia y mandó que izasen una bandera blanca , á fin de proponer de este modo una tregua de una hora á los ingleses de los Torrejones , á quienes , dijo , queria hablar. La bandera de paz flotó en el aire , los sitiadores contestaron con una señal semejante que aceptaban momentaneamente una suspension de armas y muchos de entre ellos se dejaron ver en las troneras de su fuerte, ignorando aun que Juana estuviese tan cercana. Entonces esta tomó una gran flecha de una de las aljabas que habia suspendidas al lado de cada ballesta, hizo penetrar el hierro del dardo á través del pergamino en el que estaba escrita la misiva que traia en el bolsillo , dió la flecha á uno de los ballesteros diciéndole que la arrojase á los Torrejones por medio de una de las máquinas de guerra , luego subió en lo mas alto del parapeto y Juana dijo en alta voz á los ingleses :

— Apartaos , no sea que os hiera la flecha en que va la carta que yo Juana os escribo. Leed lo que nuevamente os digo (1).

Disparóse la ballesta , la flecha partió silvando y trajo al reducto enemigo la misiva de Juana concebida en estos términos :

« A todos vosotros , ingleses , que no teneis ningun derecho al

(1) Todas las palabras que se ponen en boca de Juana Darc, asi como el contenido de la carta son textuales, *Proceso de revind.* III, p. 108 y siguientes.



frontera del fuerte de los Torrejones ocupada por la
 rera guerra. Examinar de nuevo aquella
 viendo el asalto que debería darse el lunes.

Su deseo fue obedecido; pasó con varios
 ta del castiello del río en medio de un gran
 de soldados de las bandas mexicanas no murieron
 víspera, pidiendo a voz en grito que los conde-
 guros, decían, de vencer a las banderas de la Doncella.
 capitanes afirmaron que el asalto tendría lugar el
 testacion apaciguó el clamor de las gentes. Llegado
 ba parte del puente tan cercano de los Torrejones
 sitiados podía ser oída de los sitiadores. Un gran
 nos de Orleans estaban de guardia en la plaza
 atrincheraoiento, provista de grandes ballestas y
 ingenios de guerra destinados para arrojar dardos
 á largas distancias. Aquellas buenas gentes trasponiendo
 al ver á la Doncella entre ellos, la rodearon, esclama-
 ron a impaciencia: «¿Cuándo el asalto?» Dijoles que
 te día y mandó que izasen una bandera blanca, a fin
 este modo una tregua de una hora á los ingleses de
 á quienes, dijo, quería hablar. La bandera de paz
 los sitiadores contestaron con una señal que
 momentaneamente una suspensión de armas y
 ellos se dejaron ver en las troneras de su fuerte, igual
 Juana estuviese tan cercana. Entonces esta tomó una
 una de las aljabas que habia suspendidas al lado de
 zo penetrar el hierro del dardo á través del pergamino
 estaba escrita la misiva que traía en el bolsillo, de la
 de los ballesteros diciéndole que la arrojase á los
 medio de una de las máquinas de guerra, luego subió
 to del parapeto y Juana dijo en alta voz á los ingleses:

«Apartaos, no sea que os hiera la flecha en que
 yo os escribo. Leed lo que nuevamente os digo»

Disparóse la ballesta, la flecha partió silvando y tra-
 encendió la misiva de Juana concebida en estos términos:

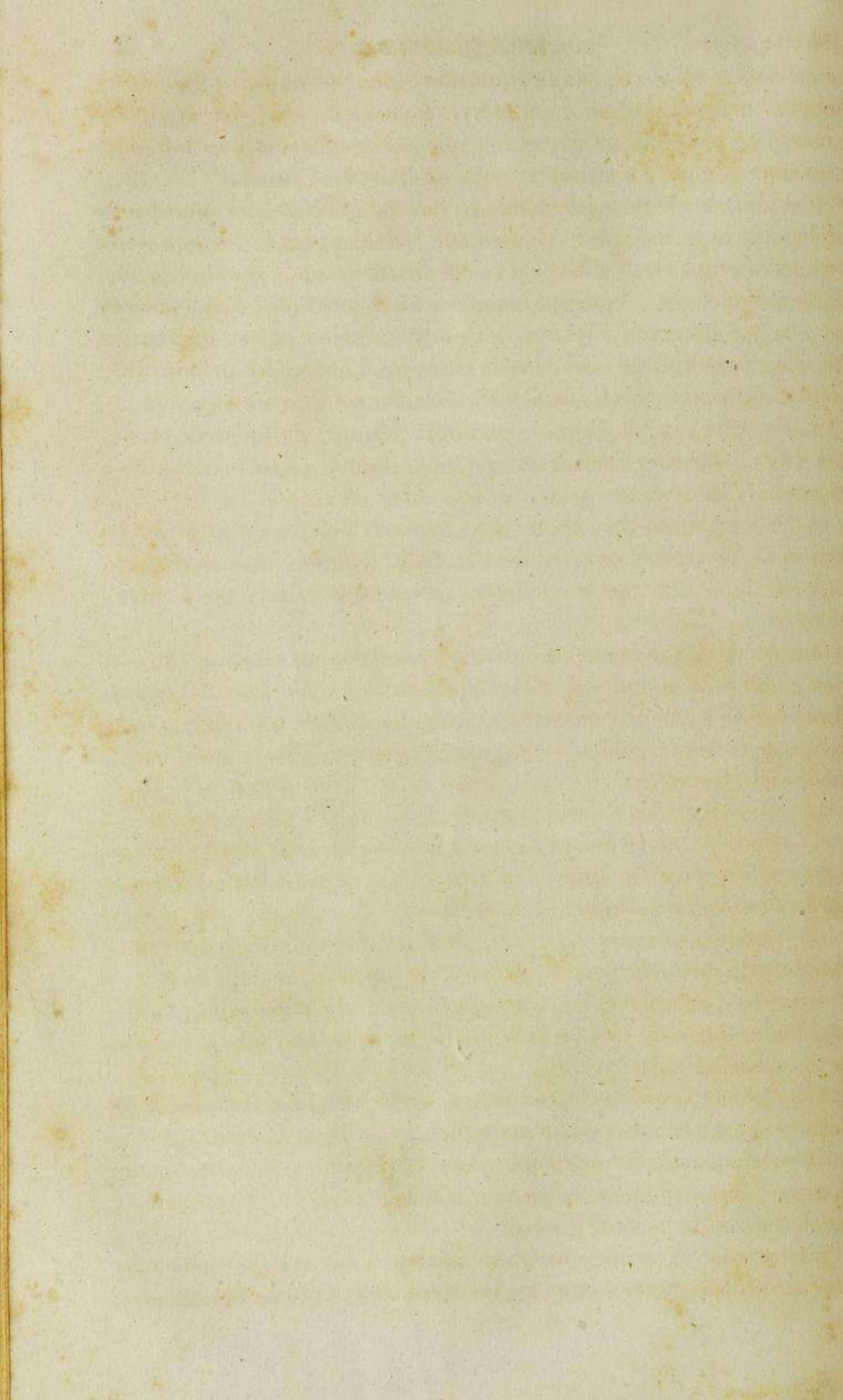
«A todos vosotros, ingleses, que no mereis ningún
 -it»

(1) Estas las palabras que se ponen en boca de Juana Darc, así como
 de la carta son textuales, *Proceso de revina*, III, p. 100 y siguientes.



Editor Juan Oliveras, Barcelona.

Juana Darc reta a los ingleses.



reino de Francia, yo, Juana en nombre de Dios os digo: que abandonéis vuestros fuertes y os volvais á vuestro país; del contrario causaré en vosotros tal destrozo, que os acordareis eternamente. Esta es la segunda y última vez que os escribo.—JUANA.»

Los soldados ingleses sabedores por sus espías del increíble y amenazador entusiasmo escitado en Orleans por la llegada de la Doncella, empezaron á creerla no inspirada de Dios, sino del diablo, de modo que costaba grande esfuerzo á sus jefes poder desvanecer aquella peligrosa superstición. Así es que al saber por su misiva que la Doncella se hallaba tan cerca de ellos, los mas tímidos palidieron y los demas lanzaron horribles imprecaciones. Uno de aquellos furiosos, capitán inglés de gran renombre, llamado *Gladesca*, hombre de una estatura colosal, tenia todavía en la mano la carta de la Doncella y le mostraba los puños babeando de cólera.

—Tú y tus hombres, abandonad vuestro fuerte, le gritó Juana con su dulce y grave voz, entregaos todos á discreción; se os hará merced de la vida con la condición de que debeis volveros á vuestro país.

A estas palabras de paz, Gladesca y sus soldados contestaron con una nueva explosion de silvidos, maldiciones y amenazas. La estentórea voz de Gladesca dominando todas las demas, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:— ¡Aguarda que si te pillo te haré asar, bruja endiablada!

— ¡Será si puedes cojerme! contestó Juana con su tranquilo valor. —Pues yo, si te puedo vencer y confio que Dios me lo concederá, te arrojaré sin compasion á tí y á los tuyos fuera de Francia porque te niegas á rendirte á discreción.

— ¡Vuelve á guardar tus vacas, vil sierva, ahulló Gladesca; vete enhoramala mózuela liviana, ramera de los Armañacs.

— ¡Si, si, repitieron los ingleses redoblando la gritería, ¡vete á guardar tus cerdos! ¡Fuera la bribona, la bruja infernal, la ramera de los Armañacs!

Estas inmundas y obscenas injurias, dirigidas á Juana en presencia de todo el mundo, no podian mancillar á la vírgen guerrera fuerte en la conciencia de su intachable pureza; pero hirieron cruelmente su exquisito pudor, uno de los rasgos mas notables de su natural, y la pobre jóven se puso á llorar.

Varios de los capitanes que acompañaban á Juana, sonreian maliciosamente, esperando que las innobles invectivas de los ingleses,

la rabajarian á los ojos de los milicianos de Orleans y de los soldados testigos de aquellos ultrajes. Pero sucedió todo lo contrario. Preadados de su belleza virginal, seducidos por su celeste mirada, movidos por sus tiernas lágrimas, experimentando en fin ese religioso respeto que su persona inspiraba á cuantos la rodeaban, no pudieron contener su indignacion; inflamados de ira, se precipitaron á las troneras y amenazando con el puño á los ingleses, devolviéndoles injuria por injuria, gritaron con exaltacion.

— ¡ Viva ! ¡ Viva Juana la Doncella ! ...

— ¡ Pronto os acuchillaremos, tunos, puercos ingleses !

— Juana os arrojará á puntapiés de aqui, despreciables *goddons*.

Algunos ballesteros en su exasperacion, olvidando la tregua, hicieron jugar sus máquinas de guerra cargadas de dardos, y el enemigo contestó á esta agresion con una lluvia de flechas. La virgen guerrera sin cuidarse del peligro que corria, no se movió del parapeto pareciendo desafiar la muerte con rostro sereno; dos hombres fueron heridos á su lado; la casualidad la salvó. Los milicianos cubriéndola con sus cuerpos, la obligaron á bajar del parapeto suplicándole que guardase su valor para el grande asalto del lunes, mientras que la mayor parte de los ingleses, atribuyendo á una causa sobrenatural la casualidad que acababa de salvar á la Doncella en medio de una descarga mortífera, se persuadieron mas y mas que era hechicera y sus supersticiosos temores fueron acrecentándose.

DOMINGO DIA 10 DE MAYO DE 1429.

No habiendo podido vencer Juana la mala voluntad de los capitanes, que no sospechaba todavía, y determinarles á atacar el domingo por la mañana los reductos de los ingleses, fué al amanecer á examinar de nuevo las posiciones del enemigo en compañía de maese Juan el artillero con quien no tardó en simpatizar muy particularmente y que mas tarde le acompañó en cuasi todas las batallas en que tomó parte, encargado por ella del mando de la artilleria. El artillero debia á su larga esperiencia del sitio de Orleans, conocimientos profundos relativos al ataque de las plazas fuertes; Juana dotada de un talento y penetracion extraordinarios por todo á lo concerniente al arte de la guerra, sacó en poco tiempo un gran provecho del saber práctico de maese Juan. De regreso de su escursion matutinal, la Doncella pasó á la catedral de Santa Cruz

donde oyó misa y comulgó en medio de un inmenso concurso de pueblo maravillado de su modestia y religiosidad. De vuelta á casa de Jacobo Boucher, voluntariamente se prestó á ayudar á coser á Magdalena y á su madre, que estaban encantadas y sorprendidas á no poder mas, al ver á aquella guerrera de quien se esperaba la salvacion no solo de la ciudad sino del reino, tan sencilla, tan amable y tan hábil en los trabajos de su sexo. Mas de una vez se vió obligada á interrumpir el trabajo de la costura en que se ocupaba para asomarse á una de las ventanas que daban á la calle desde donde era llamada á grandes gritos por la multitud idólatra reunida en las inmediaciones de la morada del tesorero.

Por la noche los capitanes envidiosos ó enemigos de la Doncella, reunidos en consejo, decidieron que el ataque proyectado para el lunes no tendria lugar, porque era indispensable segun ellos, aguardar un refuerzo que traia de Blois el mariscal de San-Severo, el cual debia intentar la entrada á Orleans durante la noche del martes. Este nuevo retardo de que la hizo sabedora uno de los oficiales, afligió profundamente á Juana; guiada por su excelente buen sentido, consideraba aquellas demoras sumamente perjudiciales, porque con ellas se dejaba enfriar el ardor de las tropas, reanimadas con su presencia y daba tiempo á los ingleses para reponerse de su estupor. Estos cada vez mas consternados de los prodigios que se referian de la Doncella, no se habian atrevido, desde la llegada de Juana á Orleans, á salir de sus fuertes para ir á escaramuzar como tenian de costumbre con los de la ciudad. Pero obligada la Doncella á someterse á la voluntad de los jefes, contra quienes no creia debiese sospechar, hubo de resignarse á aquel nuevo retardo que le costó muchas lágrimas. Luego á fuerza de reflexionar empezó á abrir los ojos sobre los retardos calculados que le sucitaban, y *sus voces*, ecos de su conciencia y de sus pensamientos, le dijeron:

— «Te engañan... esos capitanes quieren oponerse traidoramente á las miras que el cielo tiene puestas en tí para la restauracion de Orleans y la libertad de la Galia... Animo, Dios te protege, no cuentes sino con tus propias fuerzas para llenar la santa mision que te ha dado!»

LUNES DIA 2 DE MAYO DE 1429

Al dia siguiente, reanimada Juana por sus *voces*, envió á su es-

cuadero Daulon á la morada de todos los gefes militares, convocándoles para el medio dia en casa de su huesped. La mayor parte de ellos acudieron á la cita. Cuando los tuvo reunidos, la virgen guerrera sin ninguna clase de timidez les declaró con dulzura pero al propio tiempo con firmeza, que si al dia siguiente martes, no arreglaban definitivamente de concierto con ella, el plan de ataque para el miércoles por la mañana sin falta, montaria á caballo aquel dia, tomaria su estandarte y precedida de su escudero tocando el clarin y seguida de su page, recorreria toda la ciudad, llamando á las armas no solo á los habitantes de Orleans sino hasta los soldados de sus compañías, y que sola los conduciria al combate, segura de vencer al frente de ellos con la ayuda de Dios.

Este lenguaje resuelto y el temor de ver á la Doncella cumplir su amenaza, afectaron vivamente á los capitanes. Algunas muestras de descontento popular se habia hecho ademas ostensibles con motivo del inesplicable retardo que se oponia para hacer uso del socorro inesperado traído por Juana enviada de Dios. Los regidores recordando con dignidad sus numerosas pruebas de valor y su adhesion á la causa pública, se quejaban amargamente de ser apenas escuchados en los consejos en que se decidia de la suerte de la poblacion, y vituperaban con no menos entereza que Juana, los retardos mas tarde tal vez irreparables. Cediendo á pesar suyo á esta presion de la opinion general, los gefes prometieron á la Doncella que se reunirian al dia siguiente á fin de acordar con ella un plan de batalla. Sin la conciencia de su genio militar, que se revelaba cada dia á sus propios ojos, sin su invencible patriotismo, sin su fé profunda en el apoyo divino, Juana hubiese renunciado ya á la penosa si bien que gloriosa tarea que se imponia. El indolente y vituperable egoismo de Carlos VII, su injuriosa desconfianza, el infame exámen á que la habia sujetado, el evidente malquerer de los capitanes con respecto á ella desde su llegada á Orleans, habian lastimado profundamente su alma sencilla y leal; pero inexorablemente resuelta á libertar la Galia de sus enemigos seculares y salvar el rey á pesar suyo, porque veia la salvacion del pais en la salvacion del trono, la heroína olvidaba sus sufrimientos y no pensaba sino en proseguir hasta el fin su obra libertadora.

MARTES DIA 3 DE MAYO DE 1429.

El martes, el consejo de guerra se reunió en casa de Jacobo Boucher, en presencia de Juana. Esta espuso clara y brevemente su plan de ataque, madurado y modificado á consecuencia de numerosos reconocimientos hechos por ella durante tres dias visitando los reductos enemigos. En vez de atacar primeramente los Torrejones, proponia que se reuniesen todas las fuerzas disponibles para apoderarse del formidable reducto de *San Lupo* situado en la orilla izquierda del Loire, que era una de las obras mas importantes de los sitiadores, porque dominando el camino de Berry y Sologne, hacia muy difícil el abastecimiento de la ciudad y la entrada de los refuerzos. Ganado este fuerte, se atacarían sucesivamente los demás. Juana distraia únicamente de las tropas de la expedicion, un cuerpo de reserva dispuesto á salir de la ciudad si fuese necesario proteger al que asaltase el fuerte de San Lupo, en el caso que los ingleses de los demás fuertes acudiesen al auxilio de aquellos, procurando de este modo una diversion. Algunos hombres colocados de antemano de atalayas en lo alto de la torre de las campanas de las Casas Consistoriales de Orleans, estarían encargados de observar los movimientos de los ingleses, y si viesen que estos salian de sus fuertes á fin de operar la reunion prevista por Juana, echando en seguida al vuelo todas las campanas, darian la señal oportuna al cuerpo de reserva de salir de la ciudad para ir al encuentro del enemigo, cerrarle á toda costa el paso y rechazarle en cuanto fuese posible, á fin de impedir que los franceses pudiesen ser atacados por el flanco.

Este plan desarrollado con un gran conocimiento de la estrategia militar, de que los mismos capitanes envidiosos y rivales de la Doncella quedaron confundidos, fué adoptado, conviniendo que las tropas estarían dispuestas á marchar en cuanto amaneciera.

MIÉRCOLES DIA 4 DE MAYO DE 1429.

Abrigando Juana la confianza de que el combate tendria lugar el dia siguiente, durmió durante la noche del martes al miércoles con el sueño tranquilo de un niño, al paso que Magdalena permaneció

cuasi constantemente despierta, dominada por una dolorosa inquietud, pensando, no sin estemecerse, que su compañera al siguiente día debía tomar parte en una batalla sangrienta. Con la primera luz del alba, despertó Juana, rezó su oración de la mañana, invocó á sus santas patronas y rogó á Magdalena que la ayudase á armarse. ¡Tierno al par que seductor era el cuadro que ofrecían aquellas dos jóvenes, rúbia y delicada la una, levantando penosamente las piezas de la armadura de hierro con que ayudaba á revestirse á su viril amiga, prestándole aquel servicio con una inesperienza de que se sonreía ella misma al través de sus lágrimas, que en vano se esforzaba en reprimir, pensando en los peligros tan cercanos como inminentes que amenazaban á la guerrera!

— Es preciso que disimuleis Juana, mi torpeza, porque soy mas práctica en atar mi paletina de lienzo que una gola de hierro, decía Magdalena; pero con el tiempo espero que sabré armaros tan prontamente como lo haría vuestro escudero. ¡Armaros! ¡Dios mio! ¡No puedo pronunciar esta terrible palabra sin llorar!... ¿Con qué es cierto que vais esta mañana al combate?

— Si, y si Dios quiere, Magdalena, arrojaremos de aquí á esos ingleses que tantos daños han causado á vuestra buena ciudad de Orleans y al pobre pueblo de Francia!

Al pronunciar estas palabras la guerrera acababa de atar las correas de sus martingalas por sobre sus calzas de piel de gamo cuya cintura dibujaba su talle flexible pero robusto. Tenia entonces las espaldas y el seno semidesnudos y se apresuró á cruzar su camisa entreabierta sonrojándose con un casto embarazo, aunque estuviese en presencia de una joven de su edad; pero tal era el pudor de Juana, que en igual caso se hubiese sonrojado en presencia de su propia madre!... Poniéndose enseguida una gabardina de búfalo ligeramente rellena de crin y ennegrecida por el frote de la armadura, ciñose su corcelete de hierro. Magdalena se lo sujetó como mejor supo y pudo, suspirando y no pudiendo contener sus lágrimas.

— ¡Ojalá que esta coraza pueda protejeros, Juana, de las espadas de los enemigos! ¡Ay! No sé porque no puedo pensar sin estremecerme de qué una joven tenga que combatir y arrostrar tantos peligros!

— ¡Ah! querida Magdalena, antes de salir de Vaucouleurs, decía al señor de Baudricourt á quien debo haber podido llegar hasta el

delfín de Francia: «Preferiría quedarme á coser é hilar al lado de mi pobre madre; pero es preciso que cumpla lo que está en la voluntad de Dios...»

—Y para cumplir esta mision ; cuántos peligros habeis corrido y cuantos debeis arrostrar aun !

—No me inquietan los peligros; confio en la providencia que me preservará de ellos... Lo que si me aflige, es que no se apresuren á utilizar mis servicios ; estos retardos son funestos para la Galia... porque me parece que no debo vivir mucho tiempo...

La vírgen guerrera pronunció estas últimas palabras con tan dulce melancolía , que hizo redoblar el llanto de Magdalena. Dejando sobre una mesa el casco que se disponia á presentar á su compañera, se arrojó en sus brazos sin pronunciar una palabra y la abrazó sollozando, como hubiese podido abrazar á su hermana en la hora suprema de una eterna separacion. La madre de Magdalena entró en aquel momento y dijo precipitadamente :

—Juana, Juana, el señor de Villars y Jamet del Tilloy ambos regidores, están abajo en el salon; desean hablaros al instante. Vuestro page acaba de traer el caballo y os aguarda; parece que ocurre algo de nuevo.

— ¡ Adios, hasta luego querida Magdalena ! dijo la guerrera á la jóven que estaba anegada en llanto. Tranquilizaos, el Señor y mis santas me ayudarán, sino de las heridas, al menos de la muerte hasta que haya terminado la mision que me han confiado !... Enseguida tomando apresuradamente su casco y su espada asi como el ligero palito que tenia costumbre de llevar en la mano, la Doncella bajó con paso rápido al salon.

— Juana, le dijo el regidor *Jamet de Tilloy*, honrado y animoso ciudadano, todo estaba dispuesto conforme al consejo de ayer, para atacar esta mañana el fuerte de San Lupo; pero antes de amanecer ha llegado un mensajero para anunciarnos la llegada de un gran convoy de víveres y municiones que nos envian por el camino de Sologne los habitantes de Blois, Tours y Angers, al mando del mariscal de San Severo. La escolta del convoy no es bastante numerosa para pasar sin peligro al alcance del fuerte de San Lupo que domina la única via practicable para los carruajes ; los ingleses pueden salir de su reducto y asaltar este abastecimiento, con tanta impaciencia esperado por la ciudad que está á punto de carecer de víveres y de municiones de artilleria. Los capitanes todavía reuni-

dos en consejo en este momento, están discutiendo si vale mas atacar el fuerte de San Lupo, que salir al encuentro del mariscal de San Severo que aguarda un refuerzo para poder penetrar en Orleans.

—¿A qué distancia se halla este convoy de la ciudad?

—A unas dos leguas escasas y debe pasar precisamente por delante del fuerte de San Lupo.

Despues de un momento de reflexion, Juana respondió con resolucion.

—Pensemos ante todo en el abastecimiento de la ciudad y en las municiones; nadie se bate sin pólvora y sin víveres. Hagamos entrar esta mañana el convoy en Orleans y despues atacaremos y tomaremos el fuerte con la ayuda de Dios.

El parecer de la Doncella pareció muy acertado. La jóven montó á caballo y acompañada del señor de Villars, se dirigió, á las Casas Consistoriales, donde la habia precedido marchando apresuradamente, el regidor Jamet del Tilloy, haciendo á su paso poner sobre las armas á la milicia con órden de dirigirse á la puerta de Borgoña al mando de los decenarios y alcaldes de cuartel. Los jefes militares se sometieron aquella vez, sin replicar, á la voluntad de Juana fuertemente apoyada por los regidores. No tardó esta en salir por la puerta de Borgoña á la cabeza de mas de dos mil hombres pidiendo á gritos que los condujera al combate, impacientes por vengar sus derrotas, trasportados de ardor á la vista de la guerrera cabalgando con aire marcial en su blanco corcel teniendo en su diestra el oriflama. A corta distancia del fuerte de San Lupo, verdadera fortaleza encerrando una guarnicion de mas de tres mil hombres, Juana habia tomado el mando de la vanguardia, encargada de dirigir la marcha de la coluna; pero sea por un terror supersticioso causado por la presencia de la Doncella que reconocian de léjos por su blanca armadura y por su estandarte, sea porque aguardasen el convoy para salir de sus reductos y atacarle, los ingleses permanecieron al abrigo de su fuerte, limitándose á enviar á los milicianos de Orleans algunas descargas de dardos y balas de artillería que causaron muy poco daño.

Aquel retraimiento del enemigo, por lo comun tan audaz, aumenta la confianza de los franceses; dejan el fuerte á su espalda, encuentran cerca de San Lorenzo una avanzada encargada de cubrir el convoy parado y los soldados de su escolta á la vista de

un refuerzo llegado de Orleans sin obstáculo por parte de los ingleses parapetados en sus fuertes, atribuyen aquella ventaja á la divina influencia de la Doncella y redobla su esperanza. El mariscal de San Severo maravillado del éxito de la empresa, debida á la pronta decision de Juana, teme sin embargo y no sin fundamento, que el enemigo con propósito deliberado haya dejado pasar á los franceses sin inquietarles, para poder acometerles con ventaja á su regreso embarazados como deben estarlo en su marcha y en sus maniobras por el gran número de carros y ganado del convoy cuya escolta forman y duda si debe adelantar.

— ¡Fuera todo temor, adelante! replicó Juana; nuestra seguridad impondrá respeto á los ingleses: si salen de su reducto lucharemos, si no salen conduciremos el convoy á Orleans y en seguida volveremos para atacar el fuerte donde los venceremos con la ayuda de Dios...

Estas palabras pronunciadas con acento resuelto, oidas por algunos soldados y repetidas de fila en fila, exaltaron el entusiasmo de la tropa. Momentos despues se pusieron en marcha para Orleans, los carros y el ganado colocados en el centro de la coluna y Juana al frente de una numerosa vanguardia, resuelta á sostener el primer choque del enemigo; pero este no pareció. Mas tarde se supo por confesion de algunos prisioneros ingleses, que sus jefes, comprendiendo la influencia decisiva que el buen ó mal éxito del primer combate dado por la Doncella, debia ejercer en la moral de sus tropas, ya muy alterado por las maravillosas relaciones de que era objeto, habian resuelto vencer á toda costa presentándole la batalla de modo que tuviesen una cuasi seguridad del triunfo; de ahí su inercia cuando el paso del convoy que entró á Orleans sin disparar un tiro, con gran contento de los habitantes y de los milicianos fanatizados por aquel primer triunfo de la Doncella.

Queriendo sacar provecho de aquellas favorables condiciones, se proponia volver á partir al instante, á fin de ir á atacar el fuerte de San Lupo; pero los capitanes le hicieron observar que sus hombres tenian necesidad de comer, pero que la harian avisar cuando estuviesen en disposicion de ir al asalto. Conformóse con aquellas razones, volvió á casa de Jacobo Boucher, comió segun su costumbre un poco de pan mojado con vino aguado, se hizo quitar la coraza, se echó en la cama medio armada á fin de descansar aguardando el momento del asalto y se durmió. Afectada la imaginacion con los suce-

sos del día, no tardó en soñar que las tropas marchaban sin ella al enemigo. La penosa impresión de aquel sueño la despertó y el sordo rumor de algunas lejanas descargas de artillería, la hizo saltar de la cama; su sueño no la engañaba; los franceses empezaban el ataque del fuerte (1). El señor de Gaucourt encargado de avisar á la Doncella la hora del combate, con pérfido designio no le habia hecho saber la partida de las tropas. Juana corre á la ventana, la abre y vé al pajecillo Imerguet sujetando el caballo por la brida que está hablando en la puerta de la casa con la esposa de Boucher y su hija. Ni el page ni el escudero de Juana habian sido advertidos de la salida; pero ignorando esta circunstancia, la guerrera abalanzándose á la ventana y dirigiéndose á Imerguet le dice con tono de reprehension:

— ¡ Ah! ¡ mal muchacho! ¡ Asaltan los reductos sin contar conmigo! ¿ Porqué no me deciais que corria la sangre francesa?

Y en seguida añadió:

— Magdalena, venid pronto, os lo ruego, venid á atarme la coraza.

A aquel llamamiento Magdalena y su madre subieron apresuradamente al cuarto de Juana. Se arma completamente, baja á la calle corriendo y cuasi sin aliento, salta á caballo, pero acordándose que ha olvidado su estandarte al lado de la cama donde lo acostumbraba dejar, dice á Imerguet:

— Imerguet pronto, no perdais un momento, id á buscar mi estandarte que lo hallareis en mi cuarto; dadmelo por la ventana á fin de perder menos tiempo.

El page se apresura á obedecer, mientras que la esposa de Boucher y su hija se despiden tristemente de la Doncella. Levantáse esta sobre los estribos, recibe el estandarte de manos de Imerguet que se lo dá al través de la reja del primer piso, hunde las espuelas en los hijares de su corcel, hace un gracioso saludo con la mano á Magdalena y parte con tal rapidez, que las herraduras de su caballo despiden fuego al rozar con las baldosas de la calle.

El señor de Gaucourt al ocultar á Juana la hora del asalto á fin de impedir que se hallase en él, esperaba de este modo perderla en el ánimo de los soldados; su ausencia en el momento del peligro podia atribuirse á falta de valor. Juzguese pues cual seria la sorpresa y

(1) Todos estos hechos son históricos, así como son textuales las palabras puestas en boca de Juana Darc. Véase proceso de revis. III, p. 69 y 70.

la cólera de aquel pérfido capitán, cuando hallándose él en la puerta de Borgoña al frente de las compañías de reserva, vió pasar á Juana á todo galope, revestida con su brillante armadura y con su estandarte blanco en la mano. Cruzó por delante de aquel malvado como una aparición y pronto desapareció de su vista en medio de una nube de polvo levantada por el galope de su caballo que llevaba á toda brida por el camino de Sologne, oyendo con desesperación las descargas de artillería que eran cada vez mas feccuentes. A medida que se acercaba al lugar del combate, los gritos de los soldados, el choque de las armas, los formidables estruendos de la lucha, llegaban distintamente á oídos de la guerrera. En fin divisó el fuerte de San Lupo cortando el camino de Sologne, dominando la ribera del Loire y construido al pié de una antigua iglesia muy fortificada que formaba un segundo reducto en medio del primero y cuyos parapetos estaban en aquel momento medio velados por el humo de las bombardas. Su fuego redoblaba, las últimas filas de los franceses bajaban por una pendiente, cortada euasi á pico, á un profundo foso primera defensa del fuerte, cuando Juana abandonando su caballo bañado en sudor, corrió empuñando su bandera á juntarse con los combatientes; pero de repente estos en vez de continuar á bajar el declive, vuelven la espalda y apresuranse á subirlo en desorden gritando:

— ¡Este fuerte no se puede tomar!

— ¡Los ingleses son endiablados!

— ¡La Doncella no está con nosotros!

— ¡Dios nos abandona!

Los capitanes habian confiado aprovecharse del entusiasmo inspirado por la heróina, para conducir sin ella las tropas al asalto, prometiéndoles que vendria muy pronto á ponerse al frente de ellos. Confiando en esta promesa, el primer choque de los acometedores, compuestos en su mayoría de los milicianos de Orleans nobles y artesanos, habia sido impetuoso; pero no viendo los ingleses á la Doncella entre ellos, creyéndoles privados de un apoyo que muchos de aquellos isleños reputaban como sobrenatural, sintieron renacer su audacia, rechazaron brillantemente el ataque y cargaron al enemigo que se desanimó. El pánico se difundió en las filas y los menos valientes se apresuraban á salir del foso, cuando apareció Juana corriendo hácia ellos con la mirada inspirada y el rostro radiante de un ardor guerrero... A su aspecto todos se paran; les parece que un

poder sobrenatural los anima ; la vergüenza de la derrota les sube á la frente y sonrójanse de huir en presencia de aquella hermosa jóven que , haciendo flotar el estandarte , se lanza al foso , exclamando con voz vibrante :

— ¡ Valientes, seguidme ! El fuerte es nuestro, Dios lo quiere (1) !

Los fugitivos arrastrados por la mágia del arrojo y de la belleza de la heróina , se precipitan en pos de ella á los repetidos gritos de :

— ¡ Viva ! ¡ Viva Juana !

— ¡ Victoria , Juana está con nosotros !

Estos clamores anunciando la presencia de la Doncella , redoblan la enerjia de los mas intrépidos que permanecian todavía en el fondo del foso , diezmados por las piedras , las balas y los dardos arrojados sobre ellos desde lo alto de los baluartes del fuerte. Lijera, flexible y fuerte, apoyándose á veces en la espalda de los que la rodean, Juana baja con ellos al foso gritando :

— ¡ Al asalto ! ¡ Al asalto ! ¡ Marchemos sin temor , Dios está con nosotros !

Abrense las filas delante de la heróina y vuelven á cerrarse á su paso. Su valor arrastra á lo menos animosos. Llegando al pié de la escarpa que es preciso salvar, bajo una lluvia de proyectiles, para alcanzar un reducto empalizado protejiendo un baluarte, vé á maese Juan: ni él ni sus artilleros, denodados vecinos de Orleans, habian retrocedido un pié desde el principio del asalto y se disponian á atravesar el foso del baluarte donde se hallaba el enemigo.

— ¡ Hola , paisano , mi buen amigo ! dijo festivamente Juana al artillero, léjos de retroceder subamos pronto allá arriba , el fuerte es de nosotros !...

Y la Doncella apoyándose en el palo de su estandarte para escalar la pendiente escarpada, no tardó en adelantar de algunos pasos la línea de los acometedores, quienes arrastrados por su ejemplo, alcanzaron el remate del baluarte. Muchos cayeron muertos ó heridos al lado de la heróina bajo un diluvio de dardos y de proyectiles mortíferos, pero impávida la Doncella fué la primera que puso el pié en un angosto camino de ronda en cuyo extremo se hallaba el reducto empalizado. Volviéndose entonces á los que la seguian , les dijo con acento resuelto :

(1) Diario del sitio de Orleans III. p. 171. y siguientes.

— ¡ A las palizadas ! ¡ A las palizadas ! ¡ Tened valor !... ¡ Los ingleses estan derrotados !... ¡ Dios os habla por mi boca !

Maese Juan y sus hombres derriban á hachazos las guesas estacas punteagudas que detienen su marcha, á los pocos instantes la brecha queda practicable; los acometedores se precipitan por aquel boquete como un torrente por la puerta de una esclusa y se traba un choque furioso cuerpo á cuerpo con los ingleses defensores de aquel recinto.

— ¡ Adelante ! ¡ grita Juana conservando su espada envainada porque no quiere derramar sangre y ajitando únicamente su estandarte, vá repitiendo sin cesar. Ya lo veis, el cielo nos protege, valientes !... ¡ adelante !

— ¡ Veamos si el cielo te protege, condenada bruja ! esclama un jefe inglés asestando un furioso mandoble en la cabeza de la Doncella ; pero su casco la preserva; otro inglés le descarga al mismo tiempo un tremendo golpe con su maza de armas que le abolla la armadura en la espalda derecha. Un momento anda cayéndose cuasi perdido el sentido por aquellos rudos golpes ; pero maese Juan la sostiene, dos de sus artilleros la cubren con sus cuerpos y un instante despues vuelve á tomar aliento, abandona sus protectores y se precipita en lo mas fuerte de la accion. El empuje de los milicianos es irresistible; el baluarte queda cubierto de cadáveres de los dos partidos ; rechazados los ingleses, cediendo de nuevo al terror supersticioso que les inspira la Doncella, se atrincheran en los numerosos edificios de madera que sirven de cuartel á la guarnicion del fuerte y de alojamiento á sus capitanes. La lucha continua encarnizada sin merced ni compasion al través de las callejuelas que separan aquellas vastas cuadras ; cada alojamiento, cada cuartel, es otro fuerte que es preciso asaltar. Los franceses inflamados por la presencia de la Doncella, los atacan con resolucion y se apoderan de ellos ; los ingleses que sobreviven á la furia de aquel primer asalto, defienden el terreno pié á pié y logran retirarse en buen orden á la iglesia que corona el fuerte, iglesia de fuertes muros en cuyo centro se alza un alto campanario. Parapetados en aquel fuerte, cuya puerta barrean interiormente, sus escelentes arqueros protegidos por los muros de la iglesia, apuntando por las angostas saeteras, acribillan con sus flechas y dardos á los acometedores ; otros ingleses apostados en la plataforma del campanario, arrojan al enemigo enormes piedras de que estaban provistos de antemano. Los franceses reunidos en ma-

sa bajo los contrafuertes de la iglesia y completamente descubiertos, son aplastados y diezmados por enemigos invisibles de los que no se pierde una sola flecha. La Doncella al ver que los suyos empiezan á vacilar, se adelanta levantando el oriflama y gritando.

— ¡Derribad la puerta! Entremos resueltamente en la iglesia! ¡Poco nos costará porque Dios nos protege!...

Maese Juan y algunos hombres determinados embisten, aunque en vano, á hachazos la puerta cubierta de una plancha de hierro, mientras que una lluvia de dardos lanzados por las angostas aberturas practicadas al rededor del edificio, cae sobre el artillero y sus compañeros algunos de los cuales son mortalmente heridos y él mismo recibe una fuerte herida en el brazo. Los ingleses reunidos en el remate de la torre de la iglesia cortan las vigas del techo del campanario y con el auxilio de algunas palancas, las hacen caer sobre los acometedores; un gran número de ellos queda enterrado bajo aquel alud de piedras, vigas, pizarras y canalones de plomo, y los que sobreviven se apodera de ellos un irresistible pánico.

— ¡Adelante, esclama Juana, nos faltaban vigas y los *goddons* no las embian! ¡tomad el mayor de estos maderos y nos servirá de ariete; la puerta cederá y nos apoderaremos de esos ingleses, aunque se oculten en las nubes (1)!

Reanimados los soldados por aquellas palabras, obedecieron á la Doncella y maese Juan á pesar de su herida dirigió la maniobra. Sacan de los escombros una enorme viga que apenas pueden levantarla veinte hombres y la emplean á guisa de ariete para hundir la puerta de la iglesia; pero de repente los soldados que de lo alto del parapeto del reducto dominaban á lo léjos la llanura esclaman con acento terrorífico:

— ¡Estamos perdidos! El enemigo en gran número sale del fuerte de San Pouaire.

— ¡Nos van á cortar la retirada!

— ¡Vamos á encontrarnos entre estas tropas de refresco y los ingleses parapetados en la iglesia!

Este movimiento del enemigo hábilmente previsto por Juana, que habia dado las órdenes necesarias para neutralizarlo, se operaba en efecto.

— ¡Nada temais dijo la guerrera á los que la rodeaban, aterrados por aquella nueva; un cuerpo de reserva va á salir de la ciudad

(1) Proceso de conden. I.—49.

para cortar el camino á los ingleses. ¡No mireis detrás, mirad delante!... ¡Valientes! ¡Un esfuerzo mas y la iglesia es nuestra!...

Apenas Juana habia acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando se dejó oír el precipitado repique de las campanas de la ciudad y momentos despues un cuerpo de caballeria seguido de cerca por una de las compañías de infanteria, salió de Orleans á paso de carga pero en buen orden y se puso en línea de batalla en el camino de Sologne abierto entre el fuerte de San Lupo y el de San Pouaire cuya guarnicion acababa de efectuar una salida; pero aquellos ingleses intimidados por la resuelta actitud del cuerpo de reserva mandado por el mariscal de San Severo, se detuvieron y en seguida volvieron á entrar en sus atrincheramientos.

Los soldados de Juana al ver realizadas de aquel modo sus palabras, creen en su presciencia divina; ciertos ya de que no podian ser atacados por el flanco, inflamados por su primer triunfo, redoblan sus esfuerzos para apoderarse de la iglesia. Dos maderos enormes empujados por veinte hombres á la vez, conmueven la masisa puerta forrada de hierro, apesar de los dardos de los ingleses que causan grande estrago entre los acometedores; pero los moribundos ó heridos son al instante reemplazados por sus compañeros. La intrépida Juana de pié entre ellos con su estandarte en la mano, les anima con la voz y la mirada librándose de la muerte gracias al buen temple de su armadura. En fin cede la puerta á los reiterados golpes de las enormes vigas y cae con estruendo en el interior de la iglesia; pero una bombardita colocada interiormente delante del portal, vomita con terrible detonacion una descarga de balas y metralla. Un gran número de franceses quedan mortalmente heridos y el resto se precipita en la vasta y sombría básilica donde se traba de nuevo un combate sangriento y porfiado. Los ingleses son perseguidos de nave en nave, de tramo en tramo de la escalera de la torre hasta la plataforma, cuyo techo ha sido derribado y desde cuya altura son precipitados al espacio; en fin en el momento en que el astro del dia, iluminaba con sus últimos fulgores las tranquilas aguas del Loire, el estandarte de Juana flotaba en el remate de la iglesia á los gritos mil veces repetidos de los vencedores:

— ¡Viva! ¡viva la Doncella!

Ganada la victoria, disipada la embriaguez de la batalla, la he-

(1) Véase respecto de este hecho, anteriores y siguientes, la *Cronica de la Doncella* p. 220—223 ap. J. Quicherat t. IV y el Diario del sitio ya citado.

róina volvió á ser la jóven llena de tierna conmisericordia para con los vencidos. Al bajar del campanario, donde su valor, por decirlo así, la habia llevado á pesar suyo, lloró (1) al ver los escalones bañados en sangre y medio cubiertos de cadáveres; suplicó á los soldados que cesasen de matar y respetasen los prisioneros entre los cuales se hallaban tres capitanes. Esperando librarse de la muerte, durante el asalto del campanario, se habian disfrazado con unos trajes clericales que estaban olvidados en un rincon de la sacristia desde que los ingleses se habian apoderado de la iglesia de San Lupo. Se hallaron aquellos tres falsos clérigos ocultos en un rincon de una capilla oscura; los vencedores querian matarlos, pero Juana se opuso diciendo que debia respetarse la vida de los clérigos. No fueron estos los únicos que se libertaron merced á sus ruegos; muchos otros que el furor de los orleaneses habiese sacrificado, fueron hechos prisioneros. Los cuarteles y habitaciones del fuerte cuasi todos de madera y cubiertos de planchas de plomo, fueron entregados á las llamas. Aquel inmenso incendio luchando con las primeras sombras de la noche, difundió la consternacion en los demás reductos ingleses é iluminó la marcha de los franceses.

Cuando Juana á la luz de las antorchas, entró por la noche en Orleans á la cabeza de los ciudadanos armados, la gran campana de las Casas Consistoriales y las de todas las demás iglesias fueron echadas al vuelo; hubo salvas de artilleria y toda la ciudad estaba ébria de gozo, esperanza y entusiasmo. La Doncella con su primer triunfo, acababa de dar la *señal* (como decia ella) de que era verdaderamente enviada de Dios. La multitud idólatra la acogió como su libertadora.

Juana de regreso á casa de Jacobo Boucher cuya esposa é hija la cubrieron de caricias, reunió los gefes y les dijo:

— «Dios nos ha sostenido hasta aquí señores; pero no estamos mas que al principio de nuestra tarea: acabémosla prontamente... ¡Ayúdate que Dios te ayudará!... Es preciso que mañana apenas amanezca, nos aprovechemos del desaliento que nuestra victoria habrá infundido en los ingleses, para volver sin temor al ataque y apoderarnos de los demás fuertes.»

¡Mas ay! el fin de aquella jornada tan gloriosa para la guerrera debia llenar su alma de amargura. Dunois, Lahire, Xantrailles, aunque mucho menos malévolos que los demás capitanes, retrocedieron delante de tan animosa resolucion, tachándola de temeridad. Apro-

vechándose de aquella indecision, Gaucourt y el partido abiertamente hostil á la Doncella, hicieron declarar por el consejo de guerra «que en razon de la solemnidad religiosa del siguiente dia jueves, fiesta de la Asencion, seria altamente impio marchar al combate y que el consejo se reuniria únicamente sobre el mediodia para deliberar y acordar lo que fuese conveniente.» (1)

Esta deplorable decision daba tiempo á los ingleses para reponerse de su derrota y hacia correr gran riesgo de hacer perder el fruto de la primera victoria de Juana. La ceguedad, la perfidia ó la cobardia de aquellos guerreros la indignaron. Afligida á mas no poder, se retiró á su aposento donde llorando, se arrodilló suplicando á sus buenas santas que la iluminasen. Luego con los ojos bañados aun en lágrimas, que Magdalena su compañera enjugaba triste y admirada, no pudiendo comprender la causa de la afliccion de su amiga despues de tan gloriosa jornada, Juana se durmió, evocando en su mente, á fin de dar nuevo vigor á su espíritu, aquel notable y significativo pasage de la profecía de Merlin ya tan miraculosamente realizado:

— «¡ Oh! ¡ cuánta sangre veo, cuánta sangre!... ¡ Como humea! ¡ Sube en vapor... sube al cielo como una niebla de otoño en la que se fragua el rayo y muje la tempestad!

— «Y al través de esa niebla sangrienta, veo una vírgen guerrera: blanco es su corcel, blanca es su armadura...

— «Combate impertérrita, combate siempre, en medio de un bosque de lanzas. ¡ Dijérase que va cabalgando en la espalda de los arqueros!»

JUEVES 5 DE MAYO DE 1429.

Juana á pesar de la sinceridad de su leal carácter, no podia ya dudar del malquerer ó de la envidia de los jefes con respecto de ella; invocaban hipocritamente la santidad del dia de la Asencion, á fin de paralizar, merced á su calculada inercia, los designios de la guerrera. En aquel apurado trance, pidió consejo á sus voces misteriosas y mas que nunca fueron las de su escelente juicio, de su patriotismo y de su genio militar. Aquellas voces misteriosas le contestaron.

— Esos capitanes, como cuasi la mayor parte de los nobles que

(1) Crónica de la Doncella p. 225.

hacen de la guerra un oficio, estan devorados por la envidia. Su rencor se irrita contra tí, pobre aldeana, porque tu genio los anonada; preferirian que los ingleses se apoderasen de Orleans, antes que tu valor les hiciera levantar el sitio. Quizás no se atreverán abiertamente á negarse á secundarte, temerosos de exitar la indignacion de sus propios soldados y sobre todo de las milicias ciudadanas y del populacho de Orleans; pero esos caballeros se opondrán traidoramente á todos tus proyectos, hasta el dia en que, forzándoles la exasperacion general á seguirte con sus bandas mercenarias, pelearán en fin, no para ayudarte á vencer, sino para defender sus propias vidas. Para llenar tu mision libertadora, no puedes contar sino contigo, con los regidores y las milicias urbanas de Orleans que ya tan dignamente te han secundado. Estos no se baten por vanagloria, ni por oficio; luchan para defender sus hogares, su familia y su ciudad; estos lejos de envidiarte, lejos de oponer estorbos á tus proyectos, los secundarán en cuerpo y alma; estos te aman y te respetan; tú eres su ángel salvador; su confianza en tí ha aumentado aun con la victoria de ayer y es hoy dia sin límites; apóyate pues, resueltamente en esas buenas gentes y triunfarás de los envidiosos y del enemigo con la ayuda de Dios.

Este consejo dictado por aquel elevado criterio, por aquella profunda sagacidad, con que Juana honraba á su santas á pesar de la turbacion de su ánimo exitado por la alucinacion, la tranquilzó. Supo además en las primeras horas de la mañana que la toma del fuerte de San Lupo habia dado ya muy beneficiosos resultados. Aquel fuerte que dominaba á la vez el camino de Sologne, de Berry y el pais del Loire en direccion de Orleans, impedia tambien la llegada de provisiones y refuerzos, pero los habitantes de los alrededores sabedores ó testigos de la destruccion de aquel formidable reducto, en la seguridad de que el paso estaba libre, habian llevado víveres á la ciudad como en un dia de mercado. Gracias á aquellas provisiones y á la entrada del convoy de la vispera, la abundancia sucedia á la carestia, reportando Juana toda la gloria de tan venturoso cambio. Por otra parte, numerosas partidas de gente rústica pero resuelta, armados como mejor podian, fanatizados por las relaciones que se hacian de la Doncella, entraban en la ciudad por el lado de Sologne ofreciendo su concurso para marchar contra los ingleses en union de la milicia urbana.

La heróina conoció desde entonces el poderoso contrapeso que

podía oponer á la malevolencia de los jefes militares y resolvió obrar en consecuencia. Encargó á Daulon su escudero, que convocase para la hora del mediodia en casa de Jacobo Boucher y despues de la misa mayor, á todos los capitanes y regidores, recomendando muy especialmente á su huesped que no faltase al consejo ninguno de los magistrados; luego queriendo aprovechar la mañana, rogó á Magdalena que le procurase los vestidos de una de las criadas de la casa y un manto con capucha; se quitó su traje de hombre, volvió á vestir el de su sexo, se embozó cuidadosamente á fin de no ser conocida por la ciudad, llegó á orillas del Loire y tomó un barquichuelo, diciendo al batelero que atravesara el rio para conducirla á una gran distancia del fuerte de *San Juan el Blanco* situado en la orilla opuesta en la que todavía humeaban los escombros del fuerte de San Lupo. Juana desembarcó en aquel sitio á fin de examinar segun acostumbraba, los reductos que se proponia acometer. No lejos del fuerte de San Juan el Blanco, habia el *convento de los Agustinos* que era una robusta mole de piedra compuesta de varios edificios poderosamente fortificados. Mas allá estaban los Torrejones, verdadera ciudadela flanqueada de altas torres de madera estendiendo su frente del lado de Beauce y de la Turena delante del puente de Orleans, cortado desde el principio del sitio por el enemigo. Otro formidable reducto, el de *San Privado*, situado á la izquierda, no lejos de los Torrejones, completaba las obras de sitio de los ingleses por el lado del mediodia de la ciudad. La guerrera se proponia apoderarse sucesivamente de aquellas cuatro formidables posiciones, logrado lo cual, los ingleses deberian abandonar la plaza, porque los demás fuertes de poca importancia que ocupaban al oeste de la ciudad, no se hallarian ya en el caso de poder resistir despues de la destruccion de sus principales trabajos de sitio.

Juana observó detenidamente y sin ningun estorbo, las inmediaciones y estension de aquellos fuertes meditando su plan de ataque; afortunadamente su traje de mujer no inspiró ninguna desconfianza á los centinelas ingleses que la dejaron acercarse á aquellos sitios. Despues de haberse enterado con una rápida y segura mirada, de cuanto le importaba conocer, volvió á atravesar el rio con la barca que la aguardaba y regresó á casa de Boucher tan bien encubierta con su manto, que pudo pasar desapercibida á todas las miradas. En seguida volvió á vestir su traje de hombre y fué á oír la misa

mayor en la que comulgó. Las entusiastas aclamaciones con que fué recibida á su paso al salir de la iglesia, probaronle que podia contar con toda seguridad con el apoyo del buen pueblo de Orleans y volvió á entrar satisfecha en casa de Jacobo Boucher donde estaban convocados los jefes militares y regidores de la ciudad. El consejo se reunió, pero Juana no fué admitida en un principio.

A este consejo asistian los magistrados de la ciudad, asi como Xaintrilles, Dunois, los mariscales de Retz y de San Severo, el Señor de Graville, Ambrosio de Loré, Lahire y otros caballeros. El señor de Gaucourt en su calidad de capitán real, presidia la asamblea. La precedente victoria de la Doncella, victoria en la que varios de los capitanes que le habian sido menos hostiles habian desempeñado un papel secundario, les inspiraba una secreta y amarga envidia. En un principio habian creido servirse de aquella aldeana como de un instrumento pasivo de sus voluntades, utilizar en provecho suyo su influencia y mandar por su voz; pero estaba muy léjos de suceder, así. Obligados á reconocer, sobre todo desde el combate del día anterior, que Juana les aventajaba en el arte que profesaban, envidiosos al verla vencer un enemigo hasta entonces invencible, irritados por aquel borron que manchaba su fama militar, persuadidos de que por mas sincero que fuera el auxilio que prestáran en adelante á la heróina, los triunfos que se alcanzaran, los obtendria ó se atribuirian á ella sola, se aliaron tácita é inicua-mente en este consejo con sus enemigos y adoptaron unánimemente para el día inmediato el siguiente plan de batalla.

Se fingiria querer atacar la fortaleza de los Torrejones á fin de engañar al enemigo y hacerle salir de los reductos situados al otro lado del Loire para ir á socorrer las posiciones amenazadas. Engañado sin duda por este ardid de guerra y mientras que algunos destacamentos continuarian amagando los Torrejones, las tropas reales y las compañías reforzadas con la mayor parte de las milicias urbanas, irian á atacar y se apoderarian fácilmente de los fuertes en los que los ingleses únicamente dejarian algunas escasas guarniciones en su anhelo de correr á la defensa de un puesto tan importante (1)....

Este plan de batalla mas ó menos bueno bajo el punto de vista

(1) Juan Chartier vol. IV. p. 58. ap. Quicherat.—La deliberacion del consejo es textual, así es que no puede quedar la menor duda acerca de esta abominable tentativa de traicion.

estratégico, ocultaba una vil perfidia, un lazo infame y horrible tendido á Juana... El tesorero Jacobo Boucher, bablando en nombre del cuerpo municipal y contestando al Señor de Gaucourt que acababa de esponer el plan adoptado por los caballeros, hizo observar que, puesto que tal era su parecer, debiase llamar á la Doncella, á fin de someterle los proyectos del consejo.

A esto al señor de Gaucourt se apresuró á contestar en nombre de todos los capitanes,

— *Qué no se podia tener una completa seguridad de que aquella jóven supiese guardar el secreto en un asunto tan delicado. Existiendo esta duda, debia revelarsele únicamente el proyecto de ataque de los Torrejones, pero sin decirle que esta maniobra era un falso ataque, un ardid de guerra; de suerte, que durante esta escaramuza mandada por la Doncella en persona, el grueso de las tropas iria á poner en ejecucion el verdadero plan de batalla, lo que debia ignorar Juana enteramente (1).*

Este lazo infernal estaba hábilmente preparado. Contando los capitanes con la intrepidez de la guerrera, seguros de que marcharia sin titubear al frente de pocos soldados, contra la formidable posicion de los Torrejones, abrigaban la inícuca confianza de que en aquel asalto tan temible como desigual, hallaria la muerte ó la esclavitud, mientras que los jefes militares saliendo de Orleans por el lado opuesto al frente del grueso de las tropas, irian á atacar los demas fuertes cuasi enteramente abandonados por los ingleses que acudirian al socorro de los defensores de los Torrejones. En fin, habiendo declarado Juana la víspera en alta voz, contra la opinion de los caballeros, que dependia cuasi enteramente de la toma de los Torrejones, que fuese levantado el sitio de Orleans y que era preciso atacar sin demora aquel importante reducto, se creeria que por fin su parecer habia sido adoptado por el consejo despues de maduras reflexiones y arrastrada por su valor, cuidándose poco del corto número de soldados que se la darian, marcharia temerariamente á un combate donde de seguro habia de hallar su perdicion. Asi se cumplia el complot tramado de antemano por La-Tremouille, Gaucourt y el canciller de Chartres.

Los regidores á pesar de su desconfianza en los capitanes, no sospecharon la abominable celada que se ponía á la guerrera. Introducida esta en el consejo, Gaucourt le hizo conocer el acuerdo que se

(1) Véase respecto de este hecho y sucesivos á Juan Chartier IV. 59. y siguientes

habia tomado, omitiendo sobre todo de decirla que el ataque de los Torrejones seria un simulacro. Dotada la Doncella de muy buen sentido y de una estremada sagacidad, habia tenido hartas pruebas de la constante oposicion que hasta entonces habian hecho los capitanes á sus designios, para no sorprenderla en extremo el ver que de repente se adherian á un proyecto tan vivamente vituperado el dia anterior, asi es, que presintiendo alguna asechanza, escuchó silenciosamente á Gaucourt paseándose de un extremo al otro del salon en ademan pensativo y luego parándose y fijando su leal y hermosa mirada en el traidor, le dijo arrogantemente:

— Señor Gaucourt, no me oculteis nada de lo que aqui habeis resuelto; he sabido y sabré guardar secretos mucho mas importantes que los vuestros (1).

Estas palabras que la mostraban cuasi adivina y en la que se revelaba la desconfianza de la Doncella para con aquellos caballeros, los confundieron y se miraron entre si mudos y turbados. Dunois, el menos malo de entre ellos, sintió una especie de remordimiento y no pudo resolverse á permanecer cómplice de aquella execrable traicion. Aunque sin revelar el secreto, dijo:

— Juana, no os enojeis; no todo se puede decir á la vez... se os ha dado á conocer la primera parte de nuestro plan de batalla; ahora debo añadir que el ataque de los Torrejones será aparente y mientras que los ingleses se apresurarán á acudir al socorro de los suyos atravesando el Loire, nosotros iremos á atacar por el lado de Sologne sus reductos que habrán dejado cuasi desprovistos de defensores.

Apesar de estas tardias esplicaciones, la heróina ya no dudó de la perfidia de aquellos jefes; pero ocultóles su dolorosa indignacion; y segura de su superioridad militar, les desclaró sin embajes, con su rústica franqueza, que el plan de batalla del consejo era detestable y que á mas de detestable era vergonzoso. ¿ Todo él no se reducía á un ardid de guerra cobarde en extremo y de los mas funestos en aquellas circunstancias? ¿ No era cien veces mas preferible continuar exaltando el arrojo del ejército con osadas y hasta si se quiere temerarias empresas y reanimar la moral de los defensores de la ciudad que por tanto tiempo habia estado abatida, convenciéndoles de que nada podia resistir á sus propósitos? Además, suponiendo que tuviese un buen éxito aquella vergonzosa salida, que victoria tan mi-

(1) Id.

serable! ¡Atacar un enemigo que se sabe que está ausente y con fuerzas cinco ó seis veces superiores en número, vencer á un puñado de hombres! ¡Cómo habiendo llegado el instante de las heróicas resoluciones, se esponia de aquel modo á los vencedores á un triunfo indigno y despreciable! Era cien veces mas preferible una gloriosa derrota!... En fin, admitiendo tambien que tuviese buen resultado aquel ardid de guerra ¿qué se ganaba, que se destruia? Algunos reductos apenas defendidos, pero sin importancia desde la toma del gran fuerte de San Lupo que era el único que cortaba las comunicaciones de Sologne y Berry con Orleans. Aquel plan de batalla era pues, bajo todos conceptos, malo é inoportuno; por el contrario, era preciso que al amanecer del siguiente dia, se atacasen no en simulacro, sino real y resueltamente los Torrejones pasando el Loire un poco mas abajo de San Juan el Blanco, primer reducto que se debia tomar, para marchar luego contra el convento fortificado de los Agustinos y enseguida contra los Torrejones. Ganadas estas posiciones, no pudiendo los ingleses permanecer siquiera un dia mas en los otros fuertes, indudablemente se verian obligados á alzar el sitio de Orleans.

Tal era el plan de batalla que ella Juana, habia trazado y nada del mundo seria capaz de hacerla desistir de su propósito, porque sus voces se lo habian revelado en nombre de Dios. Estaba pues decidida en el caso que los jefes militares se opusieran á su proyecto, de llevarlo á buen término apesar de ellos, reclamando únicamente el concurso de los regidores y de las milicias de la buena ciudad de Orleans, que el Señor tomaria bajo su proteccion, porque estos defenderian su ciudad, la Francia y el rey contra los ingleses. En consecuencia aquel mismo dia haria convocar la milicia para el dia siguiente al despuntar la aurora y seguida ó no de los capitanes y de sus bandas, iria directamente á encontrar el enemigo.

El proyecto de Juana espuesto con acento resuelto, completamente aprobado por los consejales, levantó las mas violentas objeciones por parte de los caballeros, quienes lo declararon tan aventurado como impracticable. El señor de Gaucourt reunió el parecer de sus cómplices exclamando con mofadora altanería: que á pesar de todo, tomado ya su acuerdo el consejo de guerra, este acuerdo seria mantenido y que *los capitanes se opondrían con la fuerza, si preciso fuera, á que las gentes de Orleans intentasen un ataque el dia siguiente* (1).

(1) Juan Chartier t. IV. 60.

— ¿Decís que es inmutable vuestra resolución? repuso Juana con sereno continente; pues bien, también lo es la mía... porque así lo quiere Dios á quien obedeceré á pesar vuestro (1).

Y la Doncella salió del salón penetrada de un profundo sentimiento causado por la perfidia y maldad de aquellos militares; pero firmemente resuelta de poner término á tantos funestos retardos y de acuerdo con los regidores, de no deber, si pudiera ser, la libertad de la ciudad, sino al denuedo y lealtad de los ciudadanos. En este propósito Juana se ocupó de los preparativos del ataque del día siguiente, entre otros de reunir un buen número de grandes embarcaciones destinadas á trasportar los combatientes, á la cabeza de los cuales al rayar el alba, debía atacar á los ingleses del lado de los Torrejones.

VIERNES DIA 6 DE MAYO DE 1429.

Mucho antes de amanecer, el Señor de Gaucourt con un buen número de soldados mercenarios de sus compañías á quienes habia hecho repartir vino en abundancia, fué á tomar el mando de la puerta de Borgoña por donde debía pasar Juana para dirigirse á orillas del Loire en cuyo sitio debía tener lugar el embarque de sus tropas. Gaucourt ordenó á los soldados que apostó bajo la bóveda de la puerta, que no dejasen salir á nadie de la ciudad y que hicieran uso de las armas contra cualquiera que quisiera violentar la consigna. Luego retirándose algunos pasos embozado en su capa y prestando de vez en cuando atento oído del lado interior de la ciudad, el traidor esperó.

No tardó en asomar el alba; su primera luz blanqueó el horizonte sobre el cual se dibujaban las torres almenadas de la puerta de Borgoña. Pronto un rumor lejano llamó la atención de Gaucour que estaba emboscado como un ladrón; aquel rumor iba aumentando á medida que se acercaba y pudo reconocer el murmullo de numerosas voces y el sonido de las armas tocándose unas con otras. Reiteró las órdenes á sus soldados y se retiró en la sombra de la bóveda que juntaba las dos torres que se alzaban en aquella entrada de la ciudad. Al cabo de pocos instantes desembozó en la calle que conducía á la puerta da Borgoña una columna compacta, marchando en buen orden compuesta de la milicia urbana y de los habitantes de los

(1) Palabras textuales.

alrededores que habian entrado á Orleans desde la toma del fuerte de San Lupo. Maese Juan y una veintena de sus artilleros ciudadanos marchaban en las primeras filas, arrastrando en un carro dos pequeñas culebrinas portátiles, bautizadas con los nombres de Juanita y Juanito por maese Juan en honor de su paisana; en otro carruaje tambien arrastrado á brazos, iban las municiones de aquellas máquinas de artilleria. A la cabeza de la coluna marchaba la guerrera á caballo escoltada por varios consejales armados que hasta entonces habian tomado una parte muy importante en la defensa de la ciudad. Uno de ellos á fin no de retardar la salida de las tropas, apresuró el paso de su caballo y se dirigió á la puerta á fin de hacerla abrir. Un sargento tan estúpido como ébrio, cojió las riendas del caballo del edil y le dijo groseramente.

— Ya puedes volverte por donde has venido, aqui no pasa nadie, está prohibido salir de la ciudad.

— Mira bien lo que dices y lo que haces. Las puertas de la ciudad deben abrirse ó cerrarse por orden de los regidores... y yo soy regidor.

— Y yo tengo mi consigna, repuso el sargento, desenvainando la espada, obedece ó sino te paso.

— ¡ Miserable borracho! ¡ Atraverse á amenazarme á mi... magistrado de la ciudad!

— ¡ Qué tengo que ver yo con los magistrados! yo no conozco sino á mi capitan; y puesto que quieres pasar á pesar de mi consigna, toma... añadió descargando un sablazo al regidor, que resbaló en la armadura. Al mismo tiempo el sargento gritó:— ¡ A mí, los soldados de la guardia!

Habian acudido una veintena de soldados semiébríos y rodeaban gritando y amenazando al edil de la ciudad, cuando Juana, su escudero Daulon, su page y otros consejales formando la cabeza de la coluna, llegaron al lugar de la lucha. Entonces apareció bruscamente el señor de Gaucourt con el rostro inflamado de cólera; hizo seña á sus soldados que se apartasen, se adelantó hácia la heroína y le dijo insolentemente:

— Juana, ayer el consejo de guerra se opuso á tu empresa de hoy... te digo que no saldrás de la ciudad (1)..

(1) Deposition de Simon Charles magistrado de Paris, y del consejo del rey. Proceso de revision t. III. p. 147.— Crónica de la Doncella p. 227.— Ap. Quicherat t. IV.— Juan Chartiert t. IV. p. 50. Todos los cronistas estan acordes respecto de este hecho capital.

— ¡ Sois un mal hombre ! exclamó la guerrera indignada , pero pasaré tanto si lo quereis como no ! Los buenos ciudadanos de Orleans me seguirán y venceremos , como ya hemos vencido (1).

Aquella resuelta contestacion de la Doncella á las imprudentes palabras del capitan real, oidas por maese Juan y sus artilleros, repetidas de fila en fila entre los milicianos , causaron tal exasperacion contra Gaucourt , que de todas partes salieron furiosos gritos de :

— ¡ Muera el traidor !

— ¡ Quién se atreve á cerrar el paso á la Doncella !

— ¡ Los que nos detienen son peores que los ingleses , porque son enemigos embozados. ¡ Mueran !

Y maese Juan, sus artilleros y los milicianos que formaban en primera fila, acometieron á Gaucourt y sus soldados sobre quienes, sin herirlos gravemente , descargaron una lluvia de palos con los mangos de sus picas y alabardas. Los mas irritados, no contentos con haber zurrado al capitan y á su banda, querian de todos modos que fuesen presos , de modo que costó mucho trabajo á Juana y á los consejales, poder libertar á Gaucourt y á los suyos. Este confesó mas tarde que nunca habia visto la muerte tan de cerca como aquel dia.

Abierta la puerta de Borgoña , la tropa continuó su marcha en direccion de las orillas del Loire cuyas tranquilas aguas empezaban á platearse con la primera luz del dia. Varias veces durante el dia anterior, Juana habia encargado muy encarecidamente á los consejales, que tuviesen preparadas una veintena de grandes barcas en el Loire de las llamadas chalanes , capaces de contener de cincuenta á sesenta hombres cada una. Estas barcas debian estar amarradas á la orilla desde la noche anterior , dispuestas para el embarque de las tropas apenas estas llegasen. Ademá , como nada olvidaba , habia dispuesto que un destacamento de cincuenta hombres permaneciera oculto durante la noche á bordo de las embarcaciones á fin de defenderlas , si fuese preciso, contra un golpe de mano de los ingleses. Los mismos regidores se habian ocupado de la ejecucion de las órdenes de la Doncella ; sin embargo como sentia aumentarse su desconfianza con los gefes militares , sobre todo desde la reciente tentativa de Gaucourt, y deseando cerciorarse por sus propios ojos que estaban prontos los medios de transporte , espoleó su caballo , adelantándose á la coluna y dirigióse al galope á un remanso que formaba el rio y que desde aquel sitio le ocultaban á su vista unas altas

(1) *Ibid.*

peñas que habia en el ribazo. Júzguese cual seria el estupor de la guerrera, al ver que en la orilla no habia mas que cinco ó seis grandes lanchones y algunos bateleros. Penetra en el Loire hasta que el agua llega á medio cuerpo del caballo para interrogar á un viejo marinero que vé sentado en la popa de una de las embarcaciones y este le dice que sobre media noche un capitan habia ido á embargar los lanchones para el servicio del ejército real. Siendo el viento favorable, aquel capitan, tenia órden, dijo el marinero, de hacer remontar la flotilla hácia Blois para tomar alli algunos refuerzos. Varios patrones marineros, entre otros el que hablaba á Juana, habian contestado que no levarian anclas sin una contra órden de los regidores; pero habiendo amenazado el capitan á los patrones con severas penas si desobedecian, la mayoria de ellos, cediendo á la intimacion y creyendo por otra parte que se trataba realmente de ir á buscar refuerzos á Blois, se habian hecho á la vela en aquella direccion. Seis barcos chatos sin contar algunas pequeñas embarcaciones, eran los únicos que quedaban atracados en la orilla. Aquella nueva maquinacion de los caballeros, causó gran pesadumbre á la guerrera, pero sin abatir su valor ni turbar su presencia de ánimo. Sus tropas, gracias al número de barcos con que podian antes contar, podian atravesar el rio en dos ó tres viajes; pero era preciso afectuarlo ahora en ocho ó diez á fin de operar el desembarque, puesto que los medios de transporte habian quedado reducidos de mas de dos terceras partes. Ademas perdian un tiempo precioso; los ingleses espiando sin duda sus movimientos de lo alto de su reducto, observando el corto número de buques de que les era dado disponer, podian probar una salida y rechazar victoriosamente el desembarco corriendo á la orilla antes de que las tropas hubiesen tenido tiempo de tomar tierra ó formarse en batalla. Apreciando Juana el extremo peligro de su posicion, léjos de desanimarse, conoció que por el contrario, era preciso redoblar la audacia, la sangre fria y la prevision; de modo que llena de fé en su mision divina, se dijo, segun su proverbio favorito: *Ayudate... que Dios te ayudará.*

El sol se levantaba detrás de las colinas pobladas de bosques del Loire y las cortinas de frondosos alamos que sombreaban sus orillas, cuando la vanguardia de los milicianos llegó al rio. Profunda fué su sorpresa al ver el corto número de barcos que los aguardaba; pero Juana sin darles tiempo para reflexionar, les dijo:

— ¡Qué los mas valientes me sigan, los demas vendrán despues!

Cuantos pudieron caber en los barcos chatos se precipitaron á ellos á fin de ser contados por la heróina en el número de los mas bravos. Por su parte la Doncella se apea, deja su caballo al cuidado de un criado encargado de llevarlo á la ciudad, salta á un barquichuelo acompañada únicamente de su escudero, de un page y de un marinero encargado de remar, y da varias vueltas al rededor de los barcos procurando que no vayan demasiado cargados porque no hay un miliciano que no se apresure á embarcarse deseando todos ser tenidos por los mas intrépidos. En fin llenos los barcos, desplieganse las velas, el viento favorable soplando entonces en direccion de la orilla izquierda del rio, pronto los aleja del punto del embarque precedidos de varios barquichuelos en los que van los regidores, maese Juan y algunos de sus artilleros, habiéndose embarcado los demas en los barcos grandes con *Juanita* y *Juanito*, las dos hermosas culebrinas colocadas en sus respectivos carritos. En la primera de las lanchas de vanguardia vá la Doncella revestida de su blanca armadura dorada por los primeros rayos del sol; de pié, inmóvil en la proa del ligero esquife, apoyada en la lanza de su estandarte, cuyos pliegues levanta la brisa matinal, dibujase la guerrera en el azul del cielo como el ángel de la patria.

Apenas toca la lancha al otro lado del Loire, salta Juana en la arena y ordena sus hombres en batalla á medida que van desembarcando las dos culebrinas trasportadas por uno de los grandes barcos que vuelven repetidas veces á buscar los soldados que han quedado en la orilla opuesta. Estos viages duraron mas de una hora, hora de impaciencia é inesplicable angustia para la heróina. A cada momento temia que los ingleses iban á salir de sus atrincheramientos para destrozar el corto número de bravos que acaudillaba; pero sus temores fueron vanos; la toma heróica del fuerte de San Lupo que dos dias antes habia caido en poder de los franceses, habia consternado á los ingleses; atribuyendo á ciertos hechizos el triunfo de la Doncella, no se atrevieron á salir á combatirla en descubierto y la aguardaron al abrigo de sus atrincheramientos. Aquella timidez hizo prometer á Juana un feliz éxito en su arriesgada empresa. Cuando su última falanje hubo desembarcado, pusóse á la cabeza de dos mil hombres entre milicianos y aldeanos y marchó directamente al fuerte de San Juan el Blanco que estaba fortificado del mismo modo que el de San Lupo. Maese Juan á fin de proteger la bajada al foso del recinto por los acometedores, estableció su artilleria en la

parte mas elevada del mismo apuntando á los parapetos del reducto cuyas bombardas y máquinas arrojadas empezaban á lanzar sus proyectiles sobre los franceses , pero gracias á la precision del tiro del artillero , muchos de aquellos ingenios de guerra quedaron inutilizados ó destruidos. El asalto fué entonces menos mortífero : la Doncella y su gente atravesaron el foso , dejando en el un gran número de muertos y heridos , subieron denodadamente el escarpe y llegaron á las empalizadas que forzaron ; instantes despues el estandarte blanco flotaba sobre el muro del reducto y despues de una resistencia desesperada , cediendo de repente los ingleses al pánico que se apodera de ellos , mas que nunca persuadidos que la Doncella está endiablada , vuelven la espalda , atraviesan el Loire por un paso vadeable y se retiran en desorden en el cercano islote de San Aignan.

Aquel rudo y sangriento ataque duró mas de dos horas. Juana sin conceder un momento de reposo á sus gentes , ordena que los cuarteles del fuerte de San Juan el Blanco contruidos de madera , sean entregados á las llamas á fin de destruir aquellas obras y señalar su nueva victoria á los buenos vecinos de Orleans. Despues de un corto alto, exaltados los combatientes por el triunfo, siguen la guerrera al ataque del convento de los Agustinos que estaba muy fortificado , pero que era preciso quitarselo á los ingleses antes de empezar el sitio de los Torrejones verdadera fortaleza construida á la entrada del puente de la ciudad. Juana , gracias á una casualidad atribuida por sus creyentes á una proteccion divina, no habia sido herida hasta entonces , á pesar de que siempre habia marchado al frente de los suyos , muchos de los cuales habian caido muertos ó heridos á su lado. Apesar de esta reduccion notable de sus fuerzas , deja tras si el reducto incendiado, para ir á asaltar el convento de los Agustinos , defendido por mas de dos mil hombres de que constaba su guarnicion , á los que se acababan de agregar una mitad mas procedentes de los Torrejones. Gracias á aquel refuerzo, los gefes ingleses en lugar de aguardar el enemigo al abrigo de las fortificaciones del convento, se decidieron á probar un golpe decisivo presentando la batalla en la llanura, contando en la ventaja que les daba el número y el apoyo de una parte de las tropas del reducto de San Privado (levantado á la derecha y á corta distancia de los Torrejones), que habian salido de sus atrincheramientos para atacar por la espalda y cortar la retirada á los franceses. Juana que mandaba unos mil cuatro cien-

tos hombres se hallaba pues, en presencia de mas de tres mil hombres y amenazada en el flanco derecho por otro cuerpo considerable.

En vista de la superioridad numérica del enemigo que marchaba en masas compactas cubiertas de hierro, dando al viento el rojo estandarte de San Jorge, la guerrera se recojió un instante, cruzó sus manos sobre el seno que cubria la coraza, fijó al cielo su inspirada mirada é instantáneamente creyó oír la voz misteriosa de sus santas que le decían al oído :

— « ¡ Adelante hija de Dios! Ataca audazmente al enemigo; cualquiera que sea su fuerza, tú vencerás!... »

La Doncella saca por la primera vez la espada, se sirve de ella para designar al enemigo, toma su estandarte con la mano derecha y grita con voz vibrante :

— ¡ Valientes ! ¡ Adelante ! ¡ Dios está con nosotros !

Estas palabras acompañadas de un gesto heróico y la sublime espresion de las hermosas facciones de la guerrera, arrastran tras ella los soldados; todos los corazones estan inflamados por el patriotismo que arde en su seno; aquellos hombres ya no son ellos, sino ella misma; todas las voluntades parecen reconcentradas en una sola voluntad, la suya; todas las almas están fundidas en una sola, ¡ la suya ! Y como la suya, en aquella hora suprema sienten aquel soberbio desprecio de la muerte que transportaba á los galos nuestros padres cuando, semidesnudos se arrojaban sobre las legiones romanas herizadas de hierro á las que ponian espanto y desordenaban con solo su extraordinario valor. Asi sucede en un principio en el intrépido ataque de la vírgen de las Galias: lejos de ceder al número, segun lo esperaban los ingleses, arremete contra ellos á la cabeza de un puñado de hombres. Sus enemigos estupefactos y asombrados de tanta audacia, lo atribuyen á un poder sobrenatural. Peciso es, se decían, que la Doncella y los suyos se crean invulnerables ó protegidos por el irresistible influjo de algun hechizo diabólico, para dar muestras de un valor cuya temeridad raya en locura. Y tal fué el imperio de aquella supersticiosa impresion en los soldados de Inglaterra, que en vez de rechazar con su habitual arrojo el impetuoso choque de la guerrera, desfallecen, retroceden y abren sus filas á pesar de las órdenes, amenazas, imprecaciones y desesperados esfuerzos de sus capitanes. Aquella primera ventaja exalta hasta el delirio del heróismo

á las gentes de Orleans causando inmenso estrago con sus espadas, picas y mazas de armas en la columna inglesa en la que abren sangrienta y profunda brecha, siempre adelantando el blanco estandarte de la Doncella, cada vez mas retrocediendo el rojo estandarte de San Jorge... Los brazos de los ingleses, durante un momento paralizados como su valor, hieren con inciertos golpes; únicamente algunos franceses son muertos ó heridos, pero en fin corre su sangre. El conde de Suffolk que descollaba por su intrepidez, esclama mostrando á aquellos hombres cegados por el pánico, su espada ensangrentada:

— ¡Veis esta sangre, miserables cobardes!... ¿Creereis ahora invulnerables á estos bribones? ¿Os dejareis vencer por una vaquera? ¡Si es una bruja, apoderémonos de ella, vive Dios, quemémosla y cesará el hechizo!... ¡Pero para apoderarnos de esa ramera de los Armañacs, combatamos y muramos como soldados de la vieja Albion!...

Este enérgico y grosero lenguaje, el ejemplo de la firme resolución de sus jefes, la certidumbre de la inferioridad numérica de las tropas de la Doncella y el bélico sonido de los clarines de la guarnición de San Privado que acudia al auxilio de los ingleses que estaban batallando, reanimaron su valor; la vergüenza de ser derrotados por una mujer, el enojo de verse diezmados por milicias improvisadas, trocaron su pánico en una furiosa exaltacion. Cerraron las filas y tomaron la ofensiva, y á pesar de los prodigios de sus adversarios, les obligaron á su vez á retroceder en desorden. En medio de aquella encarnizada lucha, Juana hubiese hallado la muerte sin la adhesion de maese Juan y de una veintena de hombres resueltos, que á pesar de ella, le formaban un muro á su alrededor con sus cuerpos, queriendo preservar su vida, tan querida y tan preciosa para todos. Defendian el terreno pié á pié, pero á cada instante aquel puñado de bravos iba aclarándose; un centenar de los suyos que combatian en el ala izquierda, refluyeron hasta ellos agobiados por el número de enemigos. En aquel momento de retirada y confusion, Juana fué arrastrada á pesar suyo, hácia la orilla del Loire, donde algunas voces perdidas gritaban ya:

— ¡A los barcos!... ¡Sálvese quien pueda!... ¡A los barcos!...

Los ingleses triunfantes perseguian á la Doncella con sus alaridos y acostumbradas injurias.

— ¡Bribona! ¡Vaquera! ¡Mugerzuela vil!

— ¡Vamos á cojerte y asarte, bruja malvada!

Esta vez el pánico se habia apoderado de las filas de los franceses, quienes desbandados corrian á quien mas podía en direccion del rio. Viendo la Doncella que eran vanos todos sus esfuerzos para poder reunirlos, cediendo de repente á una inspiracion de su genio, en lugar de resistir á la corriente que la arrastra, la adelanta y gana en la carrera á los mas ágiles de los fugitivos ajitando su estandarte; todos la siguen, se juntan con ella, y cuasi sin quererlo se ven obligados á reunirse cuasi con orden. Los gritos y las imprecações de los ingleses redoblan contra la guerrera, sobre todo cuando ven á los marineros testigos de su derrota, participar del pánico general, izar apresuradamente las velas de los barcos, único medio de retirada de los franceses y alejarse de la orilla, temerosos de verse asaltados por los vencedores; estos seguros desde entonces del éxito de la jornada, saboreando con orgullo su triunfo, cesan de precipitar la derrota de los fugitivos. Acorralados los franceses en el Loire, van á ser ahogados ó presos y Juana de los primeros; el grueso de las fuerzas de los ingleses se detiene para prorumpir en tres prolongados gritos de triunfo y solo algunas compañías se adelantan con una lentitud irrisoria, á fin de operar una captura que les parece ser tan facil.

— ¡Vamos, Juana, vamos, gritan de lejos los jefes, vamos bribona, entrégate!.. Te daremos el premio que mereces. Te haremos quemar viva en calidad de bruja!.. Ya ves que por esta vez nos vas á dar gusto, porque ni tú ni ninguno de los tuyos habeis de escaparos!...

Esta presuntuosa confianza del enemigo, dá tiempo á la heroína para reunir y formar en batalla á sus gentes reunidas en las márgenes del Loire.

— ¡Prisioneros ó ahogados! les dice mostrándoles los barcos alejados de la orilla. Un esfuerzo mas y en nombre de Dios os digo que venceremos, como vencimos ya! Ataquemos ante todo la vanguardia de los ingleses que creen ternos ya en su poder... ¡Valientes! ¡Adelante!...

Y dando frente al enemigo se precipitó sobre él.

— ¡Valientes! ¡Adelante, adelante!... repiten maese Juan y los mas determinados habitantes de Orleans siguiendo á la guerrera.

— ¡Valientes adelante! repiten sus compañeros.

Ya no es valor, ya no es heroísmo: es un frenesí sobrehumano que trasporta aquel puñado de franceses y duplica sus fuerzas. Las compañías enemigas destacadas de vanguardia para asegurarse de una captura que creían segura, asombradas de aquel movimiento ofensivo, no pueden sostenerse contra el irresistible choque de aquel supremo esfuerzo de la desesperación y del patriotismo; puestas en desorden y arrojando las armas, llegan corriendo al cuerpo principal, cuyas primeras filas desordenan y difunden el espanto y la confusión gritando:

— ¡ El diablo es esa bruja!... ¡ Si, si, los demonios combaten por ella!

Los supersticiosos temores de los ingleses llevados á su colmo por la primera ventaja de Juana y aunque algo tranquilizados por su triunfo momentáneo, vuelven á ejercer sobre ellos un nuevo imperio justificado por la ináudita audacia de aquellos hombres que fugitivos y desordenados un momento antes, vuelven al ataque con tan loca intrepidez. Rotas las primeras filas del enemigo, la alarma se propaga con tanta mas rapidez, cuanto participando de ella los que se hallan alejados del centro de la acción, ignoran la causa de aquella repentina derrota. Al retrocer chocan entre sí, se arremolinan y atropellan mutuamente; las órdenes de los jefes se pierden en medio de aquel espantoso tumulto, sus esfuerzos son impotentes para conjurar aquella aparente derrota que precipitan mas y mas los gritos de los fugitivos: «la hechicera ha desencadenado contra nosotros todos los demonios,» que se repiten de boca en boca. Para colmo de espanto, los ingleses del fuerte de San Privado, llegando al socorro de los suyos, ven que los barcos que se habian alejado en un principio de la orilla, vuelven cargados de soldados despues de haber tocado en la otra ribera donde por fin habian llegado las compañías de los jefes militares. Estos cediendo tanto á un tardío pundonor, como á la exasperación de los habitantes de Orleans, furiosos al ver que únicamente sus milicias entraban en combate, se decidieron á reunirse con la Doncella. (1) En presencia de aquel refuerzo, los ingleses echaron á correr hácia el convento de los Agustinos y otro tanto hicieron los que habian salido de los fuertes de San Privado y de los Torrejones; de modo que cuando las tropas que conducia el mariscal de San Severo y demás jefes desembarcaban en la orilla, la guerrera se preparaba para atacar el convento

(1) Perceval de Cagny. *ap.* Quicherat. t. IV p. 171.

de los Agustinos, sabiendo que los valientes que acaudillaba eran capaces de atreverse á todo despues de su prodijioso triunfo, y no queriendo dar tiempo al enenigo de reponerse de su pánico, Juana sostenida por los refuerzos de los capitanes, se arrojó al asalto del convento.

En el momento en que, la primera, ponía el pié en un angosto sendero que conducía á las empalizadas que quería forzar, lanza un agudo grito sintiendo que la cojian unos dientes de hierro, mordien-dola un poco mas arriba del tobillo, rompiendo las mallas que lo cubrian y no deteniéndose hasta encontrar el hueso de la pierna. Juana acababa de poner la planta en una de las trampas dispuestas de antemano por los ingleses en aquel sitio (1). El dolor fué tan vivo, que la Doncella postrada ya por las fatigas del dia, perdió el sentido y cayó en brazos de Daulon su escudero; cuando volvió en si, el sol corria á su ocaso, los reductos habian sido ganados y sus defensores muertos ó hechos prisioneros. Habian trasladado la heróina al alojamiento de uno de los capitanes ingleses muerto durante el combate y vióse rodeada de los gefes militares. Su escudero se disponia á desatarle su calzon de malla á fin de vendar su herida; pero sonrojándose de pudor á la idea de esponer su pierna desnuda á las miradas de aquellos hombres, Juana se obstinó en no querer admitir aquel servicio y no pensando mas que en aprovecharse de la toma del convento de los Agustinos, prohibió que lo incendiasen y ordenó que se alojase en él durante la noche una fuerte guarnicion que debia conducir al dia siguiente al ataque de los Torrejones. Despues de haber dado aquellas órdenes en alta voz y otras reservadas á maese Juan con aquella sagacidad militar tan notable en ella, dispuso que la condujera un barco á Orleans, no sintiéndose con fuerzas para poder andar á causa de los dolores que le hacia sufrir su herida. Como el convento de los Agustinos se hallaba situado cuasi en las orillas del Loire, Daulon, maese Juan y algunos de sus artilleros, llevaron á Juana hasta el barco en una camilla improvisada con algunos mangos de lanzas. Acompañarónla su page y escudero y un corto número de soldados y á fuerza de remos pudieron llegar á Orleans á la entrada de la noche. Rogó Juana á Daulon que cubriese con su capa la camilla en que la volvieron á colocar al salir del barco, deseando por modestia, no ser conocida en la travesia desde el muelle hasta la casa de su huesped, porque todas las ventanas es-

(1) Diario del sitio de Orleans.

taban iluminadas. Pero, aunque invisible á todos, fué testigo del delirante júbilo que inspiraba su último triunfo á la poblacion que estaba derramada por las calles: en aquella fiesta nocturna el contento y la esperanza veíanse pintados en todos los semblantes. En dos dias la Doncella habia destruido ó quitado tres de las mas formidables fortificaciones de los ingleses, libertado un gran número de prisioneros (en el solo convento de Agustinos habia mas de ochocientos), y en virtud de la confianza que inspiraba, nadie dudaba ya del buen éxito del asalto del dia siguiente. Los Torrejones decian los orleaneses, caerán en nuestro poder y, como lo prometió la inspirada Doncella, el enemigo alzará el sitio de la ciudad.

Ocultada Juana por la capa que la cubria, fué trasladada á casa Jacobo Boucher. Sabedores su mujer y su hija de la victoria del dia por el clamor público, pero llenos de ansiedad por la suerte de la victoriosa jóven, al verla llegar tendida en una camilla, el espanto se apoderó de ellas; pero pronto Juana las tranquilizó manifestándolas que con su ayuda podria subir á su aposento. Allí recibió de sus huespedas las mas finas atenciones de las que no podia ofenderse su castidad. Magdalena y su madre, como todas las mujeres de aquellos tiempos, poseian algunas nociones sobre la cura de las heridas, la aplicacion de los remedios y el cuidado y asistencia que ecsigia esta operacion. Al aplicar el aceite, el bálsamo y las hilas en la herida de la heróina, despues de haberla desarmado, observaron con inquietud que su armadura estaba abollada, rota ó rajada en veinte lados por otros tantos lanzazos ó sablazos. Numerosas contusiones azuladas y dolorosas, resultantes de otros tantos golpes, amortiguados gracias á su coraza y brazales, surcaban por todas partes el cuerpo de Juana, sintiendo entonces únicamente los sufrimientos y fatigas á los que su valiente enerjia la habia hecho insensible durante el ardor del combate. Tomó un poco de alimento, rezó su oracion de la noche, dió gracias á Dios y á sus santas por haberla sostenido en aquellas sangrientas luchas, é imploró su auxilio para la batalla del siguiente dia. La guerrera se preparaba para pedir al sueño un descanso reparador, cuando el tesorero Boucher, habiendo llamado á la puerta, manifestó que tenia que hablar con Juana por un asunto tan urgente como importante. Cubrióse apresuradamente con uno de los vestidos de Magdalena á fin de recibir la visita de su huesped de cuyo enojo é indignacion participó, lo propio que su mujer y su hija que se hallaban presentes, al oir de su boca estas palabras:

— ¡Qué descaro! ¡Apenas se puede llegar á concebir tanta impudencia! ¿Sabeis, Juana, lo que acabo de saber?... El señor de Gaucourt...

Y á un movimiento interrogativo que hizo la guerrera, su huésped añadió:

— ¿Creereis que ese hombre ha olvidado ya la dura leccion de esta mañana? ¿Creereis que merced á sus manejos, *los capitanes reunidos esta noche despues de cenar, han acordado (os repito textualmente las palabras de ese Gaucourt), han acordado que: visto el corto número de gente que contenian las compañías de hombres de armas reunidas en Orleans, el consejo de guerra se opone á la batalla de mañana, declarando que debemos darnos por satisfechos de las ventajas obtenidas hasta aqui, aguardar refuerzos... y no intentar nada contra los ingleses, hasta su llegada (1).* Estoy encargado, Juana, de daros á conocer esta determinacion á fin de que os conformeis con ella...

— ¡Esto es una odiosa traicion! exclamó la esposa de Boucher, que aunque muy ajena de la profesion de las armas, no pudo menos de indignarse al oir la resolucion de los caballeros. ¡Cómo se entiende quedarse dentro de los muros de la ciudad la víspera del último triunfo que debe libertarnos para siempre!

— Precisamente he hablado en este sentido al señor de Gaucourt, prosiguió Jacobo Boucher. He consentido en comunicar á Juana el resultado del consejo de los capitanes, declarando de antemano que estaba en la persuacion que se negaria á obedecerles, y que en este caso el apoyo de los consejales y de las buenas gentes de Orleans no habria de faltarle...

— Habeis contestado, señor, lo que yo misma habria dicho, repuso la guerrera con una sonrisa de amargo dolor provocada por aquella nueva prueba de la perfidia de los capitanes.

— Entonces me felicito por haber acertado...

— Tranquilizaos..., Vuestros valientes milicianos ocuparán esta noche el convento de los Agustinos, mañana al amanecer iré á juntarme con ellos para guiarlos al asalto y con la ayuda del cielo y su valor, nos apoderaremos de los Torrejones. Por lo que hace á la mala voluntad de los gefes militares, tengo un medio seguro de triunfar de ella, y por esto os he pedido que me hicierais acompañar ma-

(1) Textual. Declaracion de Fray Juan Pasquerel confesor de Juana que la confesó aquel mismo dia. Proces. de revis. t. III. p. 108-109.

ñana al amanecer por los clarines de la ciudad. Buenas noches, amigo mio, confianza y valor; la buena ciudad de Orleans quedará libre porque así es la voluntad de Dios...

Jacobo Boucher se retiró seguido de su esposa, y Magdalena se quedó sola con la guerrera que se metió en la cama. Cediendo no obstante á un vago presentimiento, Juana rogó á su compañera á quien habia confesado ingenuamente su completa ignorancia respecto de la lectura y escritura, que escribiera á Isabel Darc su madre, una carta que ella dictó, carta sencilla, tierna y respetuosa, en que brillaba á cada palabra el amor por su familia y el recuerdo de sus dias felices pasados en Domremy. En aquella misiva no olvidaba ni á sus amigas del pueblo ni al buen viejo del sacristan que para contentarla en los dias de su infancia, cuando tanto le gustaba el tañido de las campanas, prolongaba á propósito el toque de maitines ó de oraciones. Aquella carta impregnada de sentimientos graves, dulces y religiosos, participaba de un confuso recelo respecto de los peligros mortales de la batalla del dia siguiente. Magdalena que mas de una vez habia enjugado sus lágrimas escribiendo bajo el dictado de la guerrera, llamóle la atencion aquel temor, y le dijo con voz temblorosa:

— ¡Ay! Juana, me haceis sospechar que temeis que os acontezca alguna desgracia.

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios! querida Magdalena; pero no sé porque, me parece que mañana deben herirme otra vez (1). ¡Ah! ¡Bien decia yo que hacian mal tardando tanto en emplearme... no debo vivir mucho tiempo!.. ¡Y despues de algunos momentos de silencio reflexivo, Juana añadió:— Dios os guarde, querida amiga, voy á dormirme... me hallo muy fatigada y no obstante mañana antes de amanecer debo estar de pié!

SÁBADO. DIA 7 DE MAYO DE 1429.

A la primera luz de la aurora Juana, se armó ayudada por Magdalena. Como la herida que habia recibido en la pierna le causaba un vivo dolor, aunque era corta la distancia que mediaba entre Orleans y el convento de los Agustinos, pidió el caballo. Magdalena despues de haber abrazado tiernamente á su compañera, la sostuvo para ayudarla á bajar la escalera hasta el umbral de la casa. Allí se ha-

(1) Proceso de condenacion t. I. p. 79.

llaban Jacobo Boucher, su mujer y una de sus amigas llamada Coletta, esposa del escribano Millet; los tres aguardaban la guerrera para despedirse de ella. La tristeza estaba pintada en sus facciones pensando en los nuevos peligros que iba á arrostrar la heróina, pero procuró disipar como mejor supo sus temores, recomendando muy especialmente á Jacobo Boucher que hiciera proclamar por la ciudad, que para el buen éxito del ataque de los Torrejones, este fuerte (segun las órdenes dadas por Juana) debia ser asaltado por el lado del puente, por los gefes militares, en el momento que ella empezaria el ataque por el lado del convento de los Agustinos. Los capitanes, obligados de esta suerte á ceder forzosamente al clamor público no se atreverian á persistir en su culpable resolucion de la vispera y prestarian de grado ó por fuerza su concurso á la causa de la patria.

Apenas la guerrera acababa de dar estas instrucciones á su huésped, cuando un pescador se acercó á proponer á la esposa de Boucher una enorme trucha que acababa de pescar en el Loire; Juana á fin de no dejar á sus huéspedes bajo una impresion de tristeza, dijo festivamente á Jacobo Bocher:

— Aceptad esta trucha y guardadla para esta noche; yo volveré por el puente de Orleans cuando hayamos tomado los Torrejones y os llevaré un *goddon* (un inglés) prisionero que tomará parte en la cena (1).

Juana montó á caballo precedida de su escudero, de su page y de las trompetas de la ciudad, que tocaban diana y á las armas; atravesó de este modo toda la ciudad para dirigirse á la puerta de Borgoña donde le aguardaban maese Juan el artillero, el síndico de los carpinteros, llamado *Champeaux* y el síndico de los pescadores llamado *Poitevin*, ambos tan resueltos como inteligentes. La Doncella al recorrer de aquel modo las principales calles de la poblacion al toque marcial de los clarines llamando á las armas, llevaba intencion de despertar á todo el mundo para hacer saber á todos los habitantes de Orleans que partia para el asalto, procurando de esta suerte obligar á los capitanes á secundarla en un combate de que dependia la libertad de la ciudad; del contrario, cayendo sobre ellos un feo borron y espuestos á la indignacion popular negando su concurso, ponian en grave riesgo su propia existencia. Cuando llegó Juana á la puerta de Borgoña, ya encontró reunidos en aquel sitio á maese

(1) Declaracion de Coletta esposa de Millet. *Proceso de revis.*

Juan el artillero, acompañado de sus dos amigos Champeaux el carpintero y Poitevin el marinero. Encargó á Champeaux que arreglase con la prontitud posible, poniendo el mayor número de obreros que fuese dable, un puente volante destinado para ser echado sobre el rio. Este puente debia reemplazar los dos arcos del antiguo puente de piedra, que desde el principio del sitio habian cortado los ingleses á fin de aislar los Torrejones del baluarte de la ciudad, quedando el Loire por foso; pero restablecida esta comunicacion, segun los deseos de la guerrera, permitiria á los capitanes que se quedasen en Orleans, adelantar hasta el pié de la fortaleza y asaltarla. La ocasion de echar el puente y el principio de aquel ataque, serian anunciados por el repique de las campanas mayores de la Catedral, á cuya señal, Juana marcharia al asalto por el lado opuesto. El carpintero prometió que todo estaria dispuesto en un par de horas. El escudero Daulon quedó encargado de participar aquellas disposiciones á los capitanes; luego preveyendo que podian dejar de ejecutar sus órdenes ó combatir sin esfuerzo, ordenó al marinero Poitevin que llenase con un buen número de haces de sarmientos bañados de alquitran, dos grandes barcos del Loire, y en el caso que el ataque por el puente volante no tuviese lugar ó fuese rechazado, el marinero auxiliado de algunos hombres intrépidos, debia amarrar los dos brulotes á los maderos y postes ó mejor á las estacas que por aquel lado servian de apoyo á los Torrejones á fin de pegarles fuego. De este modo los ingleses tendrian por detras un incendio y de frente los acometedores.

Maese Juan, segun las instrucciones que le habia dado la guerrera despues del combate del dia anterior, se habia ocupado durante la noche en hacer trasportar en carros gran número de escalas de todas clases hacia el convento de los Agustinos y ademas con la ayuda de sus buenos amigos el marinero Poitevin, el carpintero Champeaux y sus artesanos, habian establecido dos puentes de barcas, el primero partiendo de la orilla derecha del Loire y terminando en el islote de San Aignan; y el segundo desde esta isla á una calzada practicada en la orilla izquierda del rio cuasi en frente de San Juan el Blanco destruido anteriormente. Abriendo esta via á los peones, caballos y piezas de artilleria, queria la Doncella facilitar el paso de las tropas y de los cañones de maese Juan, asi trasportados facilmente de Orleans á las inmediaciones de los Torrejones y asegurar la retirada de los combatientes en el caso que fuesen rechazados.

Juana iba á entrar en el puente de barcas, cuando se reunieron con ella Dunois y Lahire. Estos capitanes cediendo no tanto á su propio pundonor, como al clamor público de la ciudad sabedora de la partida de Juana para el asalto, salieron con sus compañías para tomar parte en la lucha. El comendador de Gireme, el mariscal de San Severo y los demás jefes militares, en conformidad á las órdenes de la Doncella, debían asaltar los Torrejones por el lado de la ciudad al primer repique de campanas, que era la señal convenida para anunciar que se echaba el puente volante y empezaba el ataque por ambos lados á la vez.

Seguida de Lahire y de Dunois llegó la heróina delante del puente de los Agustinos, donde los héroes milicianos de la víspera formados en batalla desde el amanecer, aguardaban con una valerosa impaciencia, el momento de marchar contra el enemigo. Aquellos esforzados campeones acojieron con entusiastas aclamaciones la llegada de la Doncella. Juana en tanto que llegaba el momento del asalto general, quiso visitar las inmediaciones de los Torrejones, se acercó á aquella fortaleza, defendida por un profundo foso, en cuyo extremo opuesto se alzaba una empalizada y luego un muro muy bien provisto de artillería flanqueado por altas torres de madera. Aquellas obras presentaban un frente formidable. Ya las piezas de artillería de grande alcance disparaban incesantemente contra maese Juan y sus artilleros que estaban poniendo en batería sus cañones á fin de enfilear los muros y practicar en ellos una brecha para el asalto. Sin cuidarse la guerrera de las balas que algunas veces llegaban á surcar el suelo bajo los piés de su caballo, examinó atentamente la puntería que daba maese Juan á sus bombardas; con una mirada tan certera que confundió al viejo artillero, le aconsejó que rectificase la posición de algunas piezas y este lo hizo conforme ella deseaba reconociendo la exactitud de sus observaciones.

De repente se oye á lo lejos el agudo clamoreo de las campanas, que debía señalar el ataque general; pero no era así: en vez de empezar la acción por su parte, los jefes militares perdiendo el tiempo en falsas maniobras, dejaron que Juana llegase antes á las manos con los ingleses y esperaron que estos no viéndose obligados á dividir sus fuerzas, como ella confiaba, la aniquilarían concentrándolas. Ignorando aquella nueva traición de los caballeros, la Doncella dió orden á maese Juan de romper el fuego contra los muros para proteger la bajada de las tropas al foso donde empezaron á

arrojarse. Entonces, no pudiendo soportar la idea de permanecer inmóvil en su caballo, en vez de tomar una parte activa en aquel combate decisivo, á pesar de su reciente herida, la guerrera se apeó, sufriendo los mas agudos dolores, pero pronto fueron olvidados en la efervescencia del combate y con el estandarte en la mano, marchó la primera al asalto.

Los ingleses estaban mandados por sus mas ilustres jefes reunidos en los Torrejones: *el señor de Talbot, el conde de Suffolk, Gladescal* y otros varios. Estos capitanes desesperados por sus recientes derrotas, querian vengarlas á toda costa. Aquella jornada suprema iba á decidir de la suerte de Orleans, quizás de la dominacion de la Galia, y era preciso hacer revivir la moral de los desanimados soldados con una sonada victoria. Aquellos jefes reuniendo lo mas escogido de sus tropas, vencedoras en veinte batallas, recordandoles sus pasados triunfos, avivaron su orgullo nacional, reanimaron su ardor marcial y lograron una vez mas, hacer desaparecer del ánimo de sus soldados el supersticioso terror que les habia infundido la Doncella. Los franceses experimentaron una resistencia furiosa y encarnizada; tres veces subieron al asalto, una vez por la brecha y dos escalando los Torrejones, y otras tantas fueron rechazados, derribadas las escalas y rotas bajo los piés de los que trepaban por ellas. El fondo de los fosos estaba lleno de muertos y moribundos, una lluvia de balas, dardos y saetas acribillaba á los combatientes. Cuando maese Juan hubo logrado hacer practicable la brecha, corrió á reunirse con la Doncella á la que alcanzó en el momento que se lanzaba á una escalera que algunos hombres intrépidos colocaban por cuarta vez al pié de una elevada torre; maese Juan siguió á la guerrera y esta habia subido ya algunos peldaños, cuando un largo dardo acerado arrojado con furia por una ballesta, penetrando por la juntura de su gola y de su coraza y atravesando de parte á parte la armadura de la Doncella, entró en el nacimiento de su seno saliendo á medias hácia la parte inferior de su espalda y quedó clavado en aquella profunda herida. (1) La heroína impedida hácia atras por la violencia del golpe, cayó en brazos del artillero que subia detrás de ella y con el auxilio de algunos milicianos, logró trasladarla desfallecida fuera del foso colocándola sobre el cesped al pié de un grande árbol un poco al abrigo de los proyectiles enemigos. Cada vez mas pálida, creíase que iba á morir, pero con-

(1) Diario del sitio de Orleans t. IV. p. 160. *ap.* J. Quicherat.

servaba toda su presencia de ánimo y deploraba amargamente la inercia de los capitanes que no habiendo atacado los Torrejones del lado de la ciudad, comprometían una segura victoria con su traición. En efecto, el escudero Daulon sabedor de que la guerrera estaba herida por los rumores que iban circulando de boca en boca, acudió al sitio en que se hallaba y viéndola en tan grave estado, exclamó que para impedir que fuese ahogada por la sangre, era preciso que al instante le fuese quitada la coraza y sacado el hierro de la herida.

Al oír aquellas palabras el pálido rostro de la Doncella se llena de confusión, su pudor se resiste á la idea de tener que esponer sus espaldas y su seno desnudos á las miradas de los hombres que la rodean, y en tan penosa situación prorrumpe en amargo llanto. (1) Aquellas tiernas lágrimas no son arrancadas por el dolor del cuerpo sino por la castidad y pureza de su alma!... Maese Juan que varias veces habia sido herido, él mismo afirma tambien que si se deja por algunos momentos mas el dardo en la herida que ha abierto, se espone la vida de la heróina. En efecto cada vez mas sofocada y aunque le parece que ha llegado su último momento, no quiere morir todavía, porque su mision no está aun cumplida. Invo-ca á sus santas, cobra nuevo ánimo con aquella oracion mental y se siente con valor para resignarse á una necesidad cruel para su pudor; pero antes de permitir que se ocupen de la curacion de su herida, ordena Juana que se suspenda el asalto y se procure algun descanso á las tropas harto fatigadas. Encarga á Dunois que habia acudido á su lado con Lahire y Xantrailles, que envíe al instante uno de sus capitanes á Orleans para averiguar las causas de la fatal inaccion de los demás gefes militares, rogándoles que al cabo de una hora vuelvan á empezar el ataque por el lado del puente ó sino quieren obedecerla, al menos hagan acercar á los Torrejones los brulotes de Poitevin el marinero, anunciando aquellas operaciones por medio de la gran campana de la catedral.

Comunicadas estas órdenes, las trompetas dieron la señal de retirada acompañada de triunfales aclamaciones de los ingleses entusiasmados de aquel primer triunfo; pero merced á la patriótica exaltacion inspirada por la heróina á sus soldados, no tardaron á pedir á

(1). Asi este hecho como los anteriores y siguientes que se refieren á Juana Dare, están tomados cuasi textualmente del Diario del sitio de Orleans t. IV p. 160 y siguientes *ap.* J. Quicherat.

voz en grito que se les permitiese volver al asalto para vengarla. Un círculo de centinelas, colocados á alguna distancia del árbol al pié del cual se hallaba tendida la Doncella, contenia la multitud que estaba tan ansiosa por saber de su estado, como por llegar á las manos con los ingleses. La guerrera llena de confusion, permitió en fin á su escudero que le desatase la coraza y con mano firme arrancó ella misma el dardo de su seno sin poder abogar un grito de agudo dolor. Dunois y los demás caballeros querian obstinadamente hacerla trasladar á Orleans, donde decian, podia ser debidamente curada, proponiéndole aplazar el combate para el dia siguiente; pero ella se opuso con todas las fuerzas que le quedaban, afirmando que si los gefes militares la apoyasen aunque tardiamente por el lado de Orleans, cuando volviese á comenzar el ataque, el éxito era seguro y terminó diciendo á Dunois:

— Haced de modo que nuestras gentes tomen algun alimento y descansen; luego volveremos al asalto y los Torrejones serán nuestros si Dios lo quiere.

Extirpado el dardo de la herida, la guerrera consintió en dejarse curar; lo que su castidad sufrió en aquel momento sobrepujo los mas grandes dolores físicos... Cuando, despues de haberle quitado su coraza y su colete, vió que su camisa de lienzo teñida de sangre, única que velaba todavía sus espaldas y su seno, iba á ser separada por las manos de su escudero movido de respeto, Juana se estremeció de todos sus miembros y cerró involuntariamente los ojos; dijérase que esperaba cerrar así bajo sus párpados las miradas que temia... Pero la vírgen de la patria era tan sagrada para todos, que ni siquiera la sombra de un mal pensamiento turbó la pureza de la religiosa ternura de cuantos vieron entonces semidesnuda á la hermosa guerrera.

Daulon como todos los escuderos de profesion, era muy experto en cirujía; iba provisto de una bolsa de cuero suspendida á su lado, que contenia una botellita de bálsamo, hilas y vendas, y curó de primera intencion la herida, tan peligrosa, en su entender, que dijo á Juana que cometeria una imprudencia que podria costarle la vida, si volvía aquel dia al combate; pero ella estuvo inflexible sobre el particular. Esperimentaba ya tanto alivio, decia, que apenas sentia ya su herida; se hizo apretar un poco el gorjal para que sostuviera el vendaje, y pidió únicamente para aplacar su ardiente sed, algunos sorbos de bebida. Maese Juan fué á un

arroyuelo vecino á llenar de agua una calabacita que contenia una mitad de vino y la ofreció á la guerrera. Ya apagada su sed, volvió á cubrirse con su armadura, púsose de pié y dió algunos pasos á fin de probar sus fuerzas. Sus celestes facciones, algo pálidas por la pérdida de la sangre, no tardaron en tomar su serena y resuelta espresion; rogó á los que la rodeaban que se apartasen durante un momento; arrodillóse cerca de la vieja encina, cruzó las manos, recogióse, oró, dió gracias á sus buenas santas por haberla librado de un peligro mortal, y suplicólas que no la desamparasen y la protegiesen en la comenzada tarea. Cuasi en el mismo instante, parecióle oír las voces misteriosas que murmuraban en sus oídos:

— ¡Animo y no retrocedas, hija de Dios!.. ¡Combate con tu acostumbrada audacia... el cielo te concederá la victoria!..

Inspirada, se levanta la heróina, cubre la cabeza con su casco, empuña su estandarte que estaba apoyado en el tronco de un árbol y grita con voz vibrante:

— ¡Ahora, al asalto!.. ¡Los Torrejones serán nuestros porque así Dios lo quiere!.. ¡A las armas, valientes!.. ¡Adelante!..

Este grito de guerra es repetido seguidamente con un entusiasmo de impaciente bravura. A poco los sonidos precipitados de la campana mayor de la catedral y los disparos de las bombardas que se oyen del lado de la ciudad, anuncian en fin á Juana la tardia ejecucion de sus órdenes: los gefes militares asaltaban los Torrejones por el puente en el momento en que ella iba de nuevo á atacarlo de frente. Aquella importante diversion ó ataque simultáneo, redobla el ardor de los soldados de la Doncella; guiados por ella, vuelven al asalto con una confianza irresistible... Si, irresistible, hijos de Joel, porque despues de una lucha tenaz y sangrienta que se prolongó hasta la entrada de la noche, los Torrejones fueron ganados. Si, como la víspera, cuando la toma del convento de los Agustinos, los últimos rayos del sol cubrian con su resplandeciente aureola los flotantes pliegues del estandarte de Juana Darc, clavado en las desmanteladas almenas de la fortaleza inglesa...

Gladescal, que tan villanamente habia ultrajado á Juana, fué muerto durante el combate, lo mismo que el Señor de *Moulin*, el de *Pommiers*, el *bailio de Trento* y gran número de nobles y barones ingleses. Cuasi todos sus hombres se ahogaron, fueron hechos prisioneros ó perecieron quemados, queriendo huir despues de su derrota por el puente volante bajo el cual Poitevin el marinero, habia

lanzado sus brulotes inflamados. El puente se abrasó y hundióse bajo los piés de los fugitivos los cuales hallaron la muerte ó en las llamas ó en el agua.

Segun lo habia previsto Juana , las guarniciones de los demas fuertes en número de ocho ó diez mil hombres, los desalojaron apresuradamente durante la noche que siguió á la toma de los Torrejones , retirándose poseidos de espanto y consternacion. La guerrera al amanecer montó á caballo , reunió las milicias urbanas y algunas compañías de soldados , salió en buen órden de la ciudad y fué á presentar batalla á los ingleses ; pero estos se batieron precipitadamente en retirada hácia Meung y Beaugency plazas fuertes que conservaban todavía. Aquel mismo dia, domingo dia 8 de Mayo de 1429, Juana volvió á entrar á Orleans [al frente de las tropas y fué á oír la misa del medio dia en la iglesia de Santa Cruz en medio de un inmenso concurso del pueblo ébrio de contento y agradecimiento por la guerrera , *el ángel salvador de Orleans*.

Tal fué la semana de Juana Darc , hijos de Joel!... En ocho dias y con tres combates , hizo levantar un sitio que duraba hacia cerca de un año... dando con ello un golpe mortal á la dominacion inglesa en las Galias.

No olvideis, descendientes de Joel, esta leyenda de la mujer católica y realista. Cárlos VII debia su corona á Juana Darc y Cárlos fué sumamente ingrato con ella. Un síno fatal la arrastró á la hoguerra: aquella heróica jóven fué quemada viva. Los malos caballeros de otros tiempos habian dado la Galia á los ingleses... El genio militar de la Doncella y su patriotismo triunfaron tras sangrientas luchas, del extranjero... y fué perseguida, vendida y condenada por sus émulos... ¡Pobre hija del pueblo! La implacable envidia de unos, la negra ingratitud de otros y la ferocidad de no pocos, consumaron su martirio. ¡Bendita seas por las generaciones venideras, oh vírgen guerrera, santa hija de la madre patria! ¡No olvideis, hijos de Joel, esta leyenda y juzgad por los hechos del corazon humano!

CAPÍTULO VI.

REIMS.

Actos de Juana Darc desde que fué levantado el sitio de Orleans hasta la consagracion de Carlos VII en Reims. — Toma de Jargeau y de Beaugency. — Batalla de Patay. — Innoble proceder de Carlos VII. — Desesperacion de Juana. — Abandona la corte y vá á refugiarse en una alqueria. — Las voces misteriosas. — Nuevos presentimientos de traicion. — Carlos VII es consagrado en Reims.

Tal fué, hijos de Joel, *la semana de Juana Darc*. Estos primeros combates preludiaban otras victorias mas heróicas aun que debia ganar á los ingleses la pastora de Domremy. Mas ¡ay! su secreto martirio iba de dia en dia acercándose, como de dia en dia crecia su gloria. Carlos VII príncipe tan ingrato como incapaz, sumido en una innoble molicie, debia hacer sufrir á Juana todos los tormentos, todos los crueles desengaños que pueden herir á una alma inflamada del mas santo patriotismo cuando se ha consagrado leal y resueltamente á otra alma cuya bajeza iguala á su egoismo é ingratitud.

Alzado el sitio de Orleans, Juana corrió al castillo de Loches, precedida de la fama de sus triunfos. Las puertas del palacio se abrieron ante ella, pero el rey, la dijeron, está encerrado en su cámara con *su consejo*. Como la guerrera sabia lo que valia el consejo y los consejeros La-Tremouille y el canciller de Chartes, llamó á la puerta de la cámara real, entró y dijo resueltamente á Carlos VII:

— Señor no celebren tan largos consejos con monseñores; el sitio de Orleans está levantado; libre esta buena ciudad, os vuelve á pertenecer; es preciso que vengais inmediatamente para haceros coronar en Reims. Entónces sereis verdaderamente rey de Francia á los ojos de los franceses y los ingleses ya no podrán nada contra vos... (1)

El buen sentido, el instinto político de Juana, trazaban á Carlos VII la única senda que debia seguir: su consagracion en Reims, consagracion divina de su poder disputado, daba á los ojos de los pueblos ignorantes ó crédulos, un poderoso prestigio á su trono, así reconstituido, renovado y nuevamente ilustrado; era ademas y sobre todo, un audaz reto hecho á los ingleses, cuyo rey pretendia

(1) Proces. de revis. t. II p. 190

tambien ser rey de Francia, reto amenazador despues de la victoria de Orleans ; pero Juana no habia contado con la extrema pusilanimidad de aquel apocado y sensual príncipe , tan enamorado de su pereza , tan celoso de sus placeres , tan enemigo de las menores fatigas , tan cuidadoso de su conservacion personal. ¡ Cómo ! ¡ Pretender qué fuera resueltamente á hacerse coronar en Reims ! Para esto era preciso que montase á caballo y se pusiera al frente del ejército , que abandonase los goces de la corte , cuando todo el pais pertenecia todavia los ingleses y para llegar hasta la antigua ciudad donde fué consagrado Clovis , fundador de ia dinastia franca , entronizada por los magnates de las Galias , preciso le era ademas , librar no pocas batallas !

— ¡ Ir á Reims ? ¡ Este proyecto es insensato y criminal ! exclamaron La-Tremouille y el canciller de Chartes. ¡ La realizacion de semejante proyecto pondria en grave peligro los preciosos dias de nuestro señor !

Y aquel misero señor exclamó como sus consejeros y como ellos enojado :

— ¡ Yo , abandonar mis sitios reales de Loches y Chinon , cuando los ingleses son todavia dueños de Meung , Beaugency , Jargeau y tantas otras plazas fuertes en las fronteras de Turena !.. No , no , al primer paso que diese fuera de mis posiciones , cayeran sobre mi como unas fieras. ¡ Qué horror !

E interiormente maldecia y enviaba el diablo á aquella mujer que turbaba su reposo , que queria hacerle coronar á pesar suyo y que se cuidaba del honor del trono con mas interés que el propio monarca.

Aflijada é indignada Juana y pudiéndose apenas reprimir , contestó que si la partida de Carlos VII dependia únicamente de la toma de todas las plazas fuertes que estaban todavia en posesion de los ingleses en la Turena , ella se encargaba de apoderarse de aquellas fortalezas y arrojaria tan léjos al enemigo , que de seguro no habria ya de inspirar ningun cuidado al monarca. Admitida por el debil rey aquella oferta , le da cita para dentro de ocho dias suplicándole que no falte á ella , prometiéndole que podrá sin peligro ponerse entonces en camino para Reims. Esta promesa hecha con la esperanza , Dios mediante , de cumplirla , la guerrera se despidió de la corte.

El dia 12 de Junio de 1429 , Juana tomó la plaza fuerte de Meung ,

la de Jargeau el 17 del mismo mes y la de Beaugency el 18. Desplegó en aquellos asaltos el mismo valor, el mismo genio militar que en el sitio de Orleans, corriendo gran peligro de perecer delante de Jargeau. Luego fué á ganar en campo raso, la gran batalla de Patay donde todas las fuerzas de los ingleses estaban reunidas bajo las órdenes de sus mas ilustres gefes, el *Señor de Talbot*, los *condes de Warvick*, *de Suffolk* y otros que fueron hechos prisioneros. Juana en este prolongado y sangriento combate, se elevó á la altura de los mas famosos capitanes por la osadia de sus maniobras, por la prontitud de su golpe de vista, por el uso que hizo de la artilleria, por el extraordinario entusiasmo que supo comunicar á las tropas, merced á su seguridad de vencer y á sus festivas palabras. Un momento antes de la accion, dijo con la sonrisa en los labios el duque de Alenzon estas palabras dignas de los antiguos tiempos de la Galia.

— ¿Caballero... teneis buenas espuelas?

— ¡Cómo! exclamó el duque sorprendido, ¿espuelas? ¿para huir?

— No señor.... para perseguir (1)... contestó Juana.

Y en efecto, despues de su derrota, el enemigo fué perseguido lanza en ristre por espacio de mas de tres leguas.

Pero estas victorias las alcanzó la guerrera tanto sobre los ingleses, como sobre la vil perfidia de la mayor parte de los gefes militares, cuya envidia y rencor contra la heróina, aumentaban á medida de sus triunfos; y si bien ella no dudaba ya de su secreta animosidad; aunque un vago presentimiento le decia que le harian traicion y la venderian, poco le importaba, porque hacia mucho tiempo que habia hecho el sacrificio de su vida.

Juana confiando que sus últimos triunfos pondrian por fin término á las indecisiones de Cárlos VII, volvió otra vez á su lado y le dijo:

— Señor, Meung, Beaugency y Jargeau han sido tomadas por asalto ¿no es bastante aun? Los ingleses han sido derrotados en batalla campal en Patay ¿todavía no es bastante? Talbot, Warvick, Suffolk, han sido hechos prisioneros ¿no colma aun esto la medida de vuestros deseos? ¿Dudareis todavía en seguirme á Reims, donde sereis consagrado... en nombre de Dios?

El miedoso príncipe no duda ya... no, sino que se niega resueltamente... Es verdad que los ingleses han sido arrojados de Turena, pero conservan todavía las provincias que es preciso atravesar pa-

(1) Proceso de revision t. II. p. 79. Declaracion del duque de Alenzon.

ra ir á Reims y ahora mas que nunca , el cobarde príncipe , teme por su existencia.

Esta vez Juana no pudo dominar su disgusto y dolorosa indignacion ; no esperando sacar nada de aquel afeminado príncipe , quiso abandonarlo á su destino. Desesperada, arroja su armadura , abandona la corte sin saberlo nadie y vá errante todo el dia por los campos dominada por las mas amargas reflexiones y pensando en volverse á Domremy. Al llegar la noche , viendo que se ha extraviado , acude á pedir hospitalidad en una pobre alqueria de Turena (1). Juana sin armas y vestida con su trage de hombre parecia un pajecillo ; fué acogida como tal por aquellas buenas gentes que le dieron asilo , le hospedaron como mejor supieron y le hicieron lugar junto á su hogar. Sentóse silenciosa y pronto el tranquilo aspecto de aquella rústica morada, le recordó los felices tiempos de su primera infancia pasada en Domremy. Aquellos dulces recuerdos de la casa paternal, arrancaron á Juana algunas lágrimas involuntarias ; sus huéspedes , admirados de su tristeza, la interrogaron con tímido y respetuoso interés.

—¿ Cómo es que llorais en estos afortunados dias , dijeronle sencillamente ; en estos venturosos dias de restauracion de la Galia , sobre todo para los pobres campesinos, que como nosotros, nos vemos para siempre libres de los ingleses por la misericordia de Dios y el valor de Juana la Doncella , nuestro ángel salvador ?

En el entusiasmo de su agradecimiento , enseñaron á la enternecida guerrera un pedacito de pergamino pegado sobre la campana de la chimenea en el que estaba escrito el nombre de JUANA con una cruz al pié... Aquellas buenas gentes, en defecto de la imágen de su querida libertadora , habian escrito su nombre , dando asi un testimonio del sincero culto que tributaban á la heróina... Luego dirigieron al pajecillo , su huesped , un sin fin de preguntas relativas á Juana su ángel celeste y esta sin descubrirse, satisfizo á aquellos campesinos que por ser los que mas sufrían por las crueldades de los ingleses , antes que ella los hubiese arrojado del hermoso pais de Turena , la escuchaban con el mas vivo interés y la bendecian desde el fondo de su corazon con todo el ardor de la mas profunda gratitud y reconocimiento... Cada vez mas enternecida , echóse en cara severamente su desconfianza. Abandonar á Cárlos VII á su suerte , era abandonar los destinos de la Francia , sobre todo era esponer

(1) Crónica de la Doncella t. III. p. 129 ap. J. Quicherat.

aquellos pobres campesinos, humilde y laboriosa raza en la que ella misma habia nacido, á volver á caer bajo el espantoso yugo del extranjero; era entregar de nuevo aquellos desgraciados á todos los horrores de una guerra atroz que la heróina tenia la divina mision de terminar. Aquellas reflexiones volvieron á darle ánimo; le inspiraron la resolucion de luchar para el cumplimiento de sus proyectos; de luchar porfiadamente contra el rey, contra sus consejeros, contra aquellos capitanes que la perseguian con su rencorosa envidia y que temia quizas aun mas que los ingleses. Estos luchaban con las armas en la mano y desembozadamente; los otros asechaban sus pasos y maquinaban su perdicion en tenebrosos conciliábulos. Abismada en estas meditaciones, Juana se acostó en un lecho de yerba recientemente segada, único lecho que podian ofrecerle sus huéspedes, invocó el apoyo y el consejo de sus santas y pronto creyó oír sus voces queridas que murmuraban en sus oídos.

— No desfallezcas, hija de Dios, sigue adelante, cumple tu mision que el cielo no te abandonará.

Al rayar la luz del alba la guerrera se despidió de sus huéspedes, ignorando que su pobre albergue habia sido visitado por el ángel salvador del pais, y decidida enteramente á ocultar al rey el desprecio que le inspiraba y á no ver en él sino el instrumento de salvacion para la Galia, regresó á la corte.

La desaparicion de la Doncella habia difundido la inquietud y la alarma entre las personas por cierto numerosas, que deseaban de todo corazon que acabara para siempre la dominacion inglesa. El proyecto de Juana de *hacer coronar al rey en Reims*, divulgado por los consejeros, á fin de hacer resaltar mejor lo que ellos decian ser un absurdo, halló por el contrario, un gran número de partidarios á quienes cautivó la grandeza política, la feliz audacia de semejante resolucion. El regreso de la Doncella fué considerado como providencial; el clamor público fué tan poderoso, que el débil monarca despues de haber dudado aun, buscado efugios, refunfuñado y retrocedido, tanto temia la fatiga y el peligro, se resignó por fin á partir al frente de sus tropas incesantemente engrosadas por la victoriosa fama de la Doncella y se puso en camino para Reims.

Aquel viaje abrió un nuevo horizonte al genio de la heróina. Asi como habia dado relevantes muestras de una enerjia é intrepidez singular en sus encarnizados combates con el enemigo secular de las Galias, se mostró dotada de un irresistible poder de persuacion

cuando trató de apoderarse, sin apelar á las armas, de las ciudades del partido inglés ó borgoñon, haciendo de modo que abrieran sus puertas á Cárlos VII aquellas poblaciones desidentes para las cuales habia alcanzado no sin trabajo, la promesa escrita de obtener una amnistía absoluta. Juana en su santo horror de derramar sangre francesa, supo, sin sacar la espada, reconquistar al rey todas las plazas fuertes situadas en el camino que recorrió para dirigirse á Reims; halló en su alma, en su invencible aversion á la guerra civil, en su sublime patriotismo, inmensos tesoros de sencilla y persuasiva elocuencia, que unida ya á su prodigiosa fama y á su universal popularidad, penetraba en todos los ánimos, desarmaba todos los brazos y ganaba todos los corazones para la causa de aquel miserable príncipe, que tan ardientemente protegía, que cubria con la aureola de su gloria plebeya y que hacia querer hablando en su nombre!

Cuando el ejército real llegaba delante de una plaza fuerte, Juana se adelantaba sola hasta el pié de los muros con su estandarte en la mano, poniendo á Dios por testigo de que no queria derramar sangre francesa, rogando, suplicando á los que la escuchaban que sacudieran la dominacion inglesa, tan vergonzosa, tan fatal para el pais; que reconocieran el poder de Cárlos, sino por realismo, al menos por odio al extranjero, por amor á la patria por tantos años ensangrentada, deshonrada bajo un espantoso yugo; la celeste belleza de la heróina, su emocion, su voz dulce y vibrante, la inmensa fama de sus victorias, el irresistible hechizo de aquella naturaleza virginal y guerrera, operaban prodigios. La antigua sangre gala, por tanto tiempo amortiguada, volvía á hervir en las venas de los menos valientes á aquellos gritos de patria é independencia lanzados por la seductora jóven de diez y siete años cuya espada habia ganado tantas batallas, y á su voz caian las barreras, los soldados abandonaban los muros y los ciudadanos corrian á abrirle las puertas. El príncipe inhábil, absorto y sobre todo satisfecho de no tener que correr ningun riesgo, entraba triunfante en las ciudades en medio de las aclamaciones de los habitantes que de hecho aclamaban á la Doncella.

Un dia sin embargo, el rey tuvo mucho miedo. Una fuerte guarnicion inglesa ocupaba la ciudad de Troyes; su ayuntamiento pertenecia al partido borgoñon exaltado; las puertas fueron barreadas, las murallas ocupadas y los cañones hicieron fuego á la vanguardia del ejército real. Cárlos VII sudando de espanto bajo su arnes de guer-

ra , hablaba ya de meter espuela el caballo ; Juana con grande esfuerzo pudo detenerle , adelantó sola hasta los fosos y pidió conferenciar con los consejales. Los gefes ingleses le contestaron con injurias acompañadas de una lluvia de dardos ; el soldado que llevaba el estandarte de la heróina fué muerto á sus piés. Sin embargo algunos ciudadanos de Troyes que pertenecian al partido francés apostados en las estacadas , oyeron que Juana ofrecia parlamentar é hicieron correr esta voz entre los habitantes que hacia mucho tiempo estaban fatigados é irritados de la dominacion estrangera, aunque contenidos por sus soldados ó por los regidores que eran decididos borgoñones. Una agitacion creciente se manifestó en la poblacion y algunas compañías inglesas intentaron una salida contra la vanguardia mandada por Juana, pero fueron rechazadas y perseguidas hasta las puertas. Animado por aquella derrota, el partido francés , numeroso en Troyes , corrió á las armas y sostenido por la aproximacion de las tropas reales, quitó el ayuntamiento borgoñon, elijió otros magistrados municipales y tomó sus medidas para atacar á los ingleses parapetados en una fortaleza que dominaba la ciudad ; estos amedrentados por la actitud amenazadora de la poblacion , abandonaron la ciudadela durante la noche y se retiraron léjos de la ciudad.

Entonces el nuevo ayuntamiento pidió una entrevista á Juana y todos sus miembros experimentaron á su vez el irresistible hechizo de su belleza , de su dulzura y de su patriótica elocuencia. Tranquilizados por ella , de que ningun ciudadano seria molestado por sus pasados actos , aquellos magistrados entregaron las llaves de la ciudad á la Doncella , que se las dió al rey, volviendo á entrar de aquel modo en posesion de una de las ciudades mas considerables de su imperio.

Su marcha continuó triunfal hasta Reims, gracias á la maravillosa influencia de Juana. En Chalons experimentó su corazon una deliciosa sorpresa , encontrando en aquella poblacion á cuatro paisanos de Domremy. Sabedores por la voz pública , que debia atravesar la Champaña , habian resuelto ponerse en camino para poder saludarla á su paso. Entre ellos se encontraba Urbano , el muchacho en otro tiempo general del ejército infantil, que debió al impetuoso arrojó de Juanita su famosa victoria obtenida sobre los muchachos de Maxey. Aquellos recuerdos y muchas otras memorias de la aldea , ocuparon agradablemente á la heróina y á los compañeros de su infancia. Durante aquel tierno coloquio, se escapa-

ron á Juana algunas palabras de siniestro augurio. Urbano le preguntó ingenuamente como tenia la resolucion y el valor de arrosstrar los peligros de las batallas; Juana sonrió amargamente, permaneci6 algunos instantes pensativa y aflijida y luego revelando en cierto modo los funestos presentimientos que se despertaban en ella por las tenebrosas maquinaciones de los gefes militares de las que corri6 grave riesgo de ser v6ctima, contest6 á Urbano:

— ¡ *Nada temo... SINO... LA TRAICION (1)...*!

— ¡ Ah! pobre hija de Domremy, tus recelos no te enga6aban; pero antes de apurar hasta las heces la copa de la amargura, antes de ce6ir tus cienes la corona del martirio, preciso te era cumplir la santa inspiracion de tu patriotismo; dar un golpe de muerte á la dominacion inglesa en la Galia, despertando en las almas el esp6ritu de nacionalidad que estaba aletargado hacia medio siglo, y disponer en Reims la consagracion de C6rlos VII. Ya no era este aquel hombre tan peque6o á tus ojos el que tu querias, Juana, consagrar á la faz del mundo; sino que era la viva encarnacion de la Francia en la persona de su soberano, encarnacion visible á los ojos de aquel pueblo que participaba de tu patriotismo y de tu buena f6. Pero en estos tiempos aci6gos en que vivimos y en los que preciso es elegir entre un rey y un *gobierno extranjero*, tu eleccion no podia ser dudosa, ni tu acto dejar de ser grande y sublime. Por mas d6bil que fuese el monarca, habia llegado á ser su corona el emblema de la patria... y t6 no podias menos de desear su salvacion y su gloria.

La guerrera cumpli6 su promesa. C6rlos VII fu6 conducido á Reims donde lleg6 el 16 de julio de 1429, á los treinta y cinco dias de haber levantado el sitio de Orleans, prueba evidente de las numerosas derrotas de los ingleses y de la decadencia de su dominacion en la Galia. Juana, apesar de su genio militar, aborrecia los males que engendra la guerra, á cuyos sangrientos horrores no podia acostumbrarse su sensible corazon, por no pretender como los gefes, hacer de ella un oficio tan lucrativo y repugnante; combatia Juana unicamente por libertar á su pais, por la defensa de aquel pobre pueblo digno de mejor suerte, y por esto nada la afligia tanto como aquellas eternas discordias civiles. Halagada por la noble idea de acabar en Reims con ellas, creia, merced á la consagracion del rey, poner fin á aquellas luchas terribles de los arma6acs y borgo6ones que durante tantos a6os fueron la desolacion del pais,

(1) Declaracion de Girardin de Epinal. Proc t. II. p. 421 *ap.* Quicherat.

y la causa de que llegase el extranjero á sentar en él su planta. El mismo dia de la consagracion de Cárlos VII, escribió Juana al duque de Borgoña, gefe del partido que llevaba su nombre, esta tierna y hermosa carta:

«Alto y temido príncipe, duque de Borgoña: Yo Juana, os encargo de parte del Rey del cielo, mi soberano y Señor, que hagais con el rey de Francia las paces, de un modo digno, sincero y duradero; perdonaos uno á otro de todo corazon, como debe hacerse entre leales cristianos. Si deseais hacer la guerra, llevadla contra los sarracenos.

«Duque de Borgoña, os pido y suplico con toda la humildad de que soy capaz, que no hagais por mas tiempo la guerra contra el santo reino de Francia. Haced por el contrario, retirar inmediatamente vuestras tropas que continuan ocupando diferentes plazas fuertes del reyno, y no tardará el rey de Francia en concederos esa hermosa paz que, hará brillar mas y mas el honor de entrambos. Os hago saber de parte de Dios, que no ganareis batalla alguna contra los franceses leales; así pues, dejad de guerrear contra nosotros. Creedme, no querais hacer derramar mas sangre en nuevas batallas, puesto que por mas numeroso que sea vuestro ejército, nada podrá contra nosotros.

¡Que Dios os guarde y nos restituya la paz!

Escrita en Reims antes de la consagracion del rey Cárlos en 17 de julio de 1429.

«JUANA» (1).

Esta carta, en la que segun su costumbre, puso la guerrera una cruz por no saber escribir, fué enviada por un heraldo á Felipe de Borgoña. Luego se puso Juana su blanca armadura y montando en su mas hermoso caballo de batalla, con el casco en la cabeza, la espada al lado, su estandarte en la mano, y cabalgando á la derecha de Cárlos VII precediendo á los capitanes y á los cortesanos ricamente vestidos, se dirigió á la antigua catedral de Reims, en medio de un inmenso pueblo que veia en la consagracion del rey el feliz término de la dominacion estrangera y de las desgracias de la Francia. Nada mas imponente que aquella ceremonia revestida con toda la grave pompa de la Iglesia católica, en la que al resplandor de millares de cirios y por entre el vapor que despedian

(1) Consta en los archivos de Lila. Ap. Quicherat, t. V. p. 126.

los incensarios de oro, se veía á Carlos VII arrodillado frente al altar mayor que despedía á torrentes la luz, aguardando el momento solemne de su consagración, la cual verificó el obispo de Reims en medio de un repique general de campanas, de los armónicos sonidos de lejanas músicas y del estruendo de numerosa artillería.

Por primera vez presenciaba la jóven de Domremy aquel imponente espectáculo. Puesta de pié en el centro de la basilica y apoyada en el asta de su estandarte, se entregó por entero á los recuerdos de otros tiempos, que aunque no muy remotos, eran enteramente distintos: no escedía de cuatro años el período que recorria Juana en alas de su imaginación. Consagró entonces la jóven una lágrima á la memoria de Sibila, su madrina, y recordó el modo con que tan exactamente habia sido cumplida la famosa profecía de Merlin:

— «A la virgen guerrera pertenecen el caballo y la armadura ¿pero á quien toca la corona real? El ángel de azules alas la tiene entre sus manos.

— «Ya ha cesado de correr á torrentes la sangre... el trueno de bramar, y de brillar los rayos con resplandor siniestro...

— «A la tormenta ha sucedido un cielo puro y despejado... ondean las banderas á merced del viento... ¡resuenan en todas partes gritos de alegría y cantos de triunfo!

— «La virgen guerrera recibe de manos del ángel de luz la corona de oro. Un hombre arrodillado de cuyos hombros cuelga un ancho manto de armiño es coronado por la virgen guerrera.

— «¡Poco importa lo que sucede; lo que debe ser, esto será!

— «¡La Galia perdida por una mujer, es salvada por una virgen de Lorena nacida en las márgenes de un frondoso bosque...!

No olvidéis, hijos de Joel, no olvidéis esta leyenda de la jóven católica y monárquica. Carlos VII debió su corona á Juana Darc y sin embargo no encontró en él la gratitud que exigía tan importante servicio. Un sino fatal la arrastró á la hoguera: aquella heroica mujer fué quemada viva. Pasaba cada dia muchas horas entregada á la oración como si previese el duro trance que le estaba reservado. Los malos caballeros de otros tiempos habian entregado la Galia á los ingleses... el patriotismo de Juana y su genio mi-

litar triunfaron al fin del extranjero... y fué perseguida, vendida y condenada por sus émulos. ¡Pobre hija del pueblo! La implacable envidia de unos, la negra ingratitud de otros y la ferocidad de no pocos, consumaron tu martirio!.. ¡Bendita seas al través de los siglos, oh jóven guerrera, hija querida de la madre patria! ¡No olvideis, hijos de Joel, esta leyenda y juzgad por sus hechos del corazon humano!

RUAN.

EL MARTIRIO DE JUANA DARCI.

Actos de Juana desde la consagracion de Carlos VII hasta el combate de Compiègne en el que por traicion fué hecha prisionera el 24 de mayo de 1430. — El inquisidor Pedro Cauchon y su amigo Loyseleur. — El proceso. — La abjuracion. — La sentencia. — El suplicio.

Muchos son, hijos de Joel, los misterios que se escriben en los tiempos presentes, ya en forma dialogada figurando á los protagonistas grandes personajes históricos, ya parodiando las obras dramáticas de la antigüedad, ya tambien los juegos del siglo XIII; de todo lo cual nos ha dejado un ejemplo nuestro antecesor Milio el Trobador. Pero yo, Mahiet Abogado de armas, he seguido al escribir esta leyenda, la costumbre establecida hoy dia, esto es, la del misterio, afin de poderos describir mejor el suplicio de nuestra heroina, la cual sufrió un verdadero martirio.

Tuvo lugar la primera escena en el salon de un antiguo edificio de Ruan, en el mismo salon que ocho siglos antes habiais visto, hijos de Joel, unir Carlos el Simple la suerte de su tierna hija Gisela á la del viejo Rolf, jefe de los piratas normandos, á quien cediera en dote una de las mas hermosas y fertiles provincias. Aquellos mismos normandos que á las órdenes de Guillermo el Conquistador invadieron mas tarde el pais de Inglaterra, y dieron origen á los gefes ingleses que tantos años ha devastan y estan sojuzgando á la Galia. Como tantas otras comarcas, ha venido á ser la Normandia una de las provincias de Inglaterra, y Ruan la corte de su regente, el duque de Bedford. Una de las mas antiguas casas sirve de morada al traidor Pedro Cauchon que, se ha vendido en cuerpo y alma al partido inglés, triste ejemplo harto frecuente por desgracia en nuestros dias.

Tocaba á su fin el mes de febrero de 1431, y se hacia sentir el frio en toda su intensidad. Vestido negligentemente Pedro Cauchon con un trage talar, y sentado en un magnifico sillón de ancho respaldo situado junto al hogar, parecia contemplar con grata satisfaccion los dulces reflejos de la llama sobre la alfombra oriental y los dorados del techo de aquella vasta sala tan ricamente adornada. Habia una mesa cubierta de pergaminos cerca de la esculpida chi-

menea, que recibia la luz de numerosas velas sostenidas por una araña de plata; y junto á la mesa otro sillón, entonces desocupado, que indicaba la ausencia de algun personage, empleado tambien allí, á juzgar por el trage que dejara en el respaldo de su asiento. Era el semblante de Pedro Cauchon á la vez altivo y repugnante, y revelaba una audacia, astucia y temeridad notables; sus pequeños ojos azules, chispeantes tan pronto de malicia como de ferocidad, casi desaparecian enteramente bajo sus pobladas cejas, blancas como su cabeza. Surcaban algunas venas azuladas su frente avinada; su nariz roma y de anchas ventanas, hacia resaltar mucho mas su enorme quijada y descubria de vez en cuando una sonrisa cruel sus amarillentos y desiguales dientes. Tan pronto inclinado sobre la mesa, leyendo un pergamino de una letra sumamente metida, se frotaba con placer sus velludas manos, deformes por su gordura, como volvía impaciente la vista hácia la puerta del cuarto, por aguardar sin duda con vivas ansias el regreso del personage ausente. Al fin la puerta se abrió para dar paso á Nicolás Loyseleur, concólega é íntimo amigo de Pedro Cauchon. El flaco y pálido semblante del recién llegado, su mirada fija como la de un reptil, sus rojos párpados y sus pestañas igualmente despobladas, y la hipócrita sonrisa que entreabria por intervalos los delgados labios de aquel personage, eran los rasgos mas característicos de su cara patibularia.

Apenas le vió entrar Pedro Cauchon, exclamó vivamente:

—¿Que noticias hay? decidmélas sin demora.

—Que el mensajero enviado por el capitán Morris, dijo Loyseleur á su interlocutor, ha dejado á la Doncella en la cárcel del fuerte de Breville.

—¿Cuál era la mision de ese mensajero?

—Ha venido de órden del capitán Morris á pedir al conde de Warwick que hiciese disponer el calabozo de la antigua torre para recibir á Juana Darc que, á mas tardar, llegará mañana con buena escolta.

—¿Si habrá seguido el capitán Morris mis instrucciones?

—Señor, ni en un ápice se ha separado de ellas. Viaja la cautiva en una litera cerrada, y se ha tenido además la precaucion de abarrojarla de piés y manos; cuantas veces ha tenido que atravesarse una poblacion, por mas insignificante que fuese, se le ha puesto una mordaza. Nadie ha podido acercarse á ella, por haber dicho

los de la escolta que conducian á Ruan á una vieja y abominable bruja que devoraba á los niños por dar cumplimiento á sus sangrientos maleficios.

— ¿Y como debian santiguarse aquellas sencillas gentes al apartarse horrorizadas de la fatal litera? observó Cauchon sonriéndose.

— Generalmente ha sucedido así; solo en Dieppe llegó á tal punto la exasperacion pública contra la bruja, que queria el populocho despedazarla.

— ¿Los pícaros! ¿Qué nos habria quedado entonces á nosotros?

— Salvo este incidente, se ha hecho el viaje con toda felicidad; nadie ha sospechado siquiera en todo el camino que fuese Juana, la que se conducia prisionera.

— Esto era lo mas esencial. Ha llegado esa jóven á hacerse tan popular en la Galia, que á haberse sabido que se la llevaba presa, habrian acudido en tropel para salvarla los habitantes del campo y de los ciudades, aun que hubiese sido en el seno mismo de las provincias sometidas á nuestros amigos de Inglaterra... Por fin, la tenemos... y ya es sabido que el que cae en poder de la inquisicion no se escapa.

— ¿Continuaremos, señor, la lectura de los hechos y actos de la Doncella? advirtió Loyseleur mostrando los pergaminos.

CAUCHON, tomando el pergamino en que habia escrito hasta entonces un gran número de notas. — Ciertamente, debemos continuarla, cuando estos hechos y actos han de ser la base del procedimiento; á medida que vayais leyendo, yo anotaré los puntos acerca de los cuales ha de ser Juana especialmente interrogada. Esta relacion que me ha enviado secretamente mi buen amigo, el cancellor de Chartres, de órden de La-Tremouille, me han dicho, y todo me lo induce á creer, que es enteramente exacta: se atribuye á un tal Perceval de Cagny (1) escudero del duque de Alenzon, partidario de la Doncella, aunque muy justo con ella. No me da ningun cuidado la justicia que se le hace; son tan públicos sus actos, que seria una gran necesidad quererlos negar, mayormente cuando llevan en si mismos la condena de aquella posesa. ¿Dónde estábamos de nuestra lectura?

— A la salida de Reims despues de la consagracion.

— Continúa, dijo Cauchon, mojando su pluma en el tintero, dispuesto á escribir nuevas notas.

(1) Citamos casi textualmente esta crónica tomándola de la de J. Quicherat t. IV.

Leyendo. — «El rey (después de haber sido consagrado), permaneció en Reims hasta el jueves siguiente; luego partió y fué á pernoctar en la abadía de Saint-Marcoul, donde le fueron presentadas las llaves de la ciudad de Laon. El sábado 23 de julio de 1429, fué el rey á comer y á pernoctar en Soissons, donde fué muy bien recibido, por haberse presentado antes la Doncella á arengar al pueblo en los arrabales de la ciudad, conjurándole abandonase al partido inglés para entrar de nuevo en el de la Francia. Sus palabras fueron acogidas por la multitud con el mas vivo entusiasmo; muchas fueron las mujeres que próximas á su alumbramiento, pidieron á la Doncella que eligiera los nombres que debian poner á los hijos que llevaban en sus entrañas, por creer ser aquella elección una prenda ó una seguridad de la protección divina...»

— Esto si que debe notarse, por ser importantísimo.

— «El viernes 29 de julio, se presentó el rey frente Chateau-Thierry, hizo la Doncella desplegar las banderas, habló al pueblo, y la ciudad se rindió. El rey permaneció en ella hasta lunes 1.º de agosto, día en que fué á Montmirail, en Brie; el martes 2 de agosto entró el rey en Provins, donde no fué menos bien recibido que en las demás ciudades, permaneciendo allí hasta el viernes 5 del propio mes. Fué el domingo á pernoctar en Coulommiers; el miércoles 10 en la Ferté-Milon; el jueves 12 en Crespy, en el Valois y por último el viernes 13 en Lagny-le-Sec. En esta última ciudad, se abrió paso una mujer por entre la multitud que rodeaba á la Doncella, y llorosa se arrojó á sus plantas suplicándola fuese á visitar á un niño moribundo, al cual decia la pobre mujer, podia ella con una sola palabra volverle nuevamente á la vida, sin contar que en su ciega admiración por la Doncella, le atribuia nada menos que un poder divino...»

CAUCHON, *escribiendo con siniestra alegría.* — Hé aquí un hecho que no daria yo por cien escudos de oro, (dilatándosele sus anchas narices); ya de antemano me siento exaltado á la vista del grande espectáculo que ha de tener lugar. Proseguid pues, vuestra relacion.

— «Informada la Doncella por los exploradores, de que el enemigo se encontraba á corta distancia, dispuso con su acostumbrada actividad que se formase el ejército en batalla, en la llanura de Damartin, no sin señalar antes á cada cual el punto que deberia ocupar, y dando á todos las oportunas órdenes como si fuese el capitán mas afamado. Aterrados empero los ingleses por la imponente

actitud del ejército real, huyeron cobardemente sin atreverse á aceptar el combate, apesar de contar con fuerzas triplicadas...»

CAUCHON, *con voz sorda*. — ¡ Ah! será preciso para salvar el honor de nuestros amigos de allende el estrecho, que atribuyamos su cobardía á los sortilegios de Juana.

— «El domingo 14 de agosto de 1429, la Doncella, el conde de Alenzon, el de Vendoma y todos los demás jefes del ejército, acamparon con unos seis ó siete mil hombres junto á Montepi-lloy, á dos leguas de Senlis, mientras que el duque de Bedford, al frente de ocho ó nueve mil ingleses y á cuya defensa estaba confiada aquella ciudad, habia dispuesto posesionar sus tropas en las orillas del Nonette, junto á un villorrio llamado Nuestra Señora de la Victoria. Hubo tan solo algunas escaramuzas entre ambos ejércitos, volviendo cada cual al anochecer á ocupar su campo, lo que causó un vivo disgusto á la Doncella, por querer, no obstante la opinion contraria de los principales jefes del ejército real, empeñar una accion decisiva. Los ingleses se prevalieron de aquella lentitud, para atrincherarse durante la noche en su campo, lo que pudieron lograr tanto mas fácilmente, en cuanto tenian á su espalda el rio. No obstante la oposicion de los jefes, se puso la Doncella á la cabeza de algunas compañías al despuntar el dia, y marchó decidida á desafiar los ingleses hasta el pié de sus mismas trincheras. Solo entonces logró saber que habian abandonado los ingleses á Senlis durante la noche, emprendiendo la retirada hácia París...»

— ¡ Sortilegio!... ¡ Brujeria!

— «El miercoles 17 de agosto, fueron presentadas al rey las llaves de Compiègne, donde verificó el dia siguiente su entrada en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasta que gritaba con frenesí. ¡ Llor á Juana, la hija del cielo!»

CAUCHON *escribiendo*. — ¡ Hija del cielo! ¡ Cuan imprudentes son tus fanáticos admiradores!

— «Al salir el rey de Crespy, mandó á los mariscales de Boussac y de Retz que fuesen á intimar de su parte á los habitantes de Senlis la orden de rendirse; pero estos contestaron que no querian entregar sus armas mas que á la Doncella, por considerarla hermana de los ángeles.»

CAUCHON, *escribiendo* — ¡ Hermana de los ángeles!... Tambien esos pícaros merecen la hoguera!

— «Con gran disgusto de la Doncella, quiso el rey permanecer en Senlis, en lugar de seguir adelante; estaba tan satisfecho de los triunfos alcanzados hasta entonces, que no pensaba ya mas que en dormirse sobre sus laureles. Tal era tambien la opinion del consejo; únicamente la Doncella pugnaba porque el rey se presentase delante de Paris, convencida de que se le abririan de par en par sus puertas. Nada temais, decia Juana al rey, hablaré á los parisienses con tanta ternura, que no es posible dejen de abandonar el partido inglés para abrazar vuestra sagrada causa.»

— ¡No he visto orgullo igual al de esa vaquera!.. Cómo se propone vencerlo todo... ¡Cuán caro va á pagar su infernal orgullo!

— «No obstante la oposicion del rey y de su consejo, partió la Doncella de Compiègne el martes 23 de agosto con el mariscal de Alenzon, dejando alli al príncipe con el grueso del ejército. El viernes siguiente, 26 de agosto, entró la Doncella sin resistencia en San Dionisio, cuya poblacion abrazó desde luego la causa del rey. A semejante noticia, se presentó el monarca, aunque no sin vacilar, en San Dionisio; pero su consejo se opuso con mas tenacidad que nunca á los designios de Juana, la cual aseguraba haria entrar de nuevo á los parisienses en la senda del honor y de la fidelidad en nombre de Dios sin derramar ni una sola gota de sangre...»

CAUCHON, *con furor*.— ¡Excecrable hipócrita! ¡son tan dulces sus palabras, como terrible es su voz homicida; por ella se han convertido los galos en verdugos de los ingleses! No olvidemos presentarla como un monstruo sediento de sangre.

— «Cuando supo el duque de Bedford la toma de Senlis y la marcha de la Doncella sobre Paris, reforzó la guarnicion y adoptó las mas rigorosas medidas contra los del partido armañac ó realista que tratasen de sacudirse el yugo inglés. Además confió el duque la defensa de las puertas y murallas á los ingleses ó á furiosos borgoñones capaces de resistir el encanto de las melosas y tiernas palabras de la Doncella. Por diferentes veces se adelantó sola á caballo hasta las mismas puertas, suplicando á los que eran franceses como ella, que no tolerasen por mas tiempo la dominacion inglesa que tantos males acarreaba al pobre pueblo de Francia; pero solo contestaban á sus amonestaciones los ingleses y el partido borgoñon con injurias, y hasta la amenazaban con hacerle fuego por mas que hubiese venido como parlamentaria. No le quedaba entonces mas recurso que retirarse, llorando la dureza y la ceguedad de los que siendo france-

ses se obstinaban en defender la dominacion inglesa. Y sin embargo oia aquella voz interior asegurarle que no podia la Galia verse libre mientras no fuesen los ingleses arrojados de su suelo.»

CAUCHON escribiendo.— Todavía sus voces. Notemos nuevamente este hecho tan capital para la instruccion del proceso...

— «Como continuase negándose el rey á acercarse á Paris y á presentarse á sus puertas, conforme lo deseaba la Doncella, declaró esta al duque de Alenzon, que tenia en ella una gran confianza, que se le habian aparecido otra vez santa Margarita y santa Catalina mandándole indujera al rey á hacer todos los esfuerzos posibles por apoderarse nuevamente de su adicta ciudad de Paris con su presencia y su magnanimidad.»

CAUCHON escribiendo.— ¡Todavía Santa Margarita y Santa Catalina! Notemos este hecho, no menos capital que el de las voces. ¡Ah! doble bruja, ya verás el fin que te preparan tus falsas visiones!

— «Accediendo el duque de Alenzon á las vivas instancias de la Doncella, fué á presentarse al rey quien le prometió trasladarse el 27 de agosto á la capilla de San Dionisio para marchar sobre Paris; pero luego faltó á su promesa. Regresó el duque de Alenzon al cuartel real el lunes 5 de setiembre, siendo esta vez tan eficaces sus súplicas, que obligaron al rey, no obstante sus vacilaciones y la opinion contraria de su consejo, á ir á pernoctar el miércoles 7 de setiembre en la Capilla de San Dionisio; la alegria de Juana fué tal, que se decia en el ejército: *La Doncella entregará Paris al rey con tal que consienta este en presentarse á las puertas de la ciudad.* Atraidos el duque de Alenzon y algunos otros gefes por la Doncella, partieron el jueves 8 de setiembre á las ocho de la mañana de la Capilla de San Dionisio con el mayor orden, dejando el rey por no haber querido seguirles. Habiéndose presentado la Doncella á la puerta de San Honorato, defendida por las compañías inglesas, por haberse horrorizado, á su decir, de ver combatir franceses contra franceses, y con el estandarte en la mano fué la primera en lanzarse audazmente al foso del lado de la plaza ó mercado de los cerdos. El asalto fué largo y sangriento por defenderse los ingleses con bravura, saliendo la Doncella herida de un dardo que le pasó el muslo; lo único que hizo al sentirse herida, fué exclamar que se redoblase el ataque. A pesar de sus débiles esfuerzos, pues empezaba ya á desangrarse, la sacaron el Señor de Gaucourt y algunos otros del lugar del combate, y la colocaron en un carro que la condujo á San Dionisio...»

CAUCHON *escribiendo*.—Anotemos nuevamente el furor de esa infame que, contra la opinion general, se obstinó en combatir... Insistamos tambien nosotros en su insaciable sed de sangre y de carniceria...

—«Apenas podia la Doncella tenerse á caballo, y ya el lunes 12 de setiembre quiso salir para informarse de si se habia construido un puente que, á fin de facilitar el paso á las tropas, debia echarse sobre el Sena; pero si bien habia sido levantado el puente en conformidad á las órdenes de la jóven, como resolviera el rey no intentar contra Paris cosa alguna, fué volado por órden del mismo monarca. El martes 13 de setiembre de 1429 partió el rey de San Dionisio despues de comer, consultada la opinion del consejo, dirigiéndose otra vez hácia el Loire. Desesperada la Doncella por la marcha del rey, se deshacia en llanto, y queriendo en la vehemencia de su dolor, retirarse del servicio, se quitó la armadura ofreciéndola en exvoto á la estatua de Nuestra Señora en la basilica de San Dionisio...»

CAUCHON, *frotándose las manos antes de escribir*.—¡Excelente, excelentísimo... idolatría... sacrilegio!... ¡En su infernal orgullo ha llegado á ofrecer su armadura á la adoracion de los necios!

—«Poseida de la mayor desesperacion, queria la Doncella volverse á su pais de Lorena, al lado de su familia y renunciar para siempre á la guerra; pero el rey le mandó seguirle hasta Gien, donde le dijo que necesitaba tenerla á su lado. Llegaron á aquella poblacion el 29 de setiembre y Juana propuso al duque de Alenzon que le ayudase á reconquistar de los ingleses su ducado de Normandia; pero como manifestase el duque este proyecto al rey, no tuvo efecto por oponerse á ello el soberano en razon de querer conservar á la Doncella á su lado, á fin de que pudiese esta defender la Turena en el caso de que hiciesen los ingleses algun movimiento ofensivo. Tomó Juana diferentes plazas fuertes en las inmediaciones de Charité-sur-Loire, cuya plaza cercó desde luego; pero como no se le enviasen del cuartel real ni víveres ni dinero para pagar á sus soldados, tuvo con gran sentimiento que levantar el sitio, y dirigirse el 7 de marzo de 1430 al castillo de Sully, magnífica posecion de La-Tremouille, donde se encontraba el rey. La Doncella se quejó amargamente en presencia del soberano, de la conducta observada por los consejeros y por los principales gefes del ejército, echandoles en cara su traicion por oponerse abiertamente á la reconquista del reino. Conociendo desde entonces que no podia ser ya de ninguna utilidad á la causa del rey,

aunque no por ello desesperaba de poder continuar sirviendo á la Francia, se separó para siempre del lado de Cárlos VII sin despedirse, y se alejó so pretesto de ir á hacer algunas correrías, con una compañía de hombres resueltos y enteramente adictos á su persona. Se dirigió con ellos á Crespi, en el Valois, desde donde voló al socorro de Compiègne cercada entonces por el duque de Borgoña y el conde de Arundel, insiguiendo en ello las órdenes del señor de Flavy. No se ocultaban á Juana la perfidia y la perversidad proverbiales de este capitán, por lo que manifestó alguna perplejidad antes de acceder á sus deseos; pero como los habitantes de la plaza que él mandaba, habian acogido con tanta afección á Juana en su primer viage á aquella poblacion, al fin se decidió á acudir á su socorro. Salió de Crespy el 23 de mayo de 1430 á la cabeza de su compañía compuesta de dos ó trescientos hombres, y merced á las sombras de la noche y á las precauciones de toda clase que adoptó en su marcha nocturna, logró atravesar los campos inglés y borgoñon sin ser notada, y llegó felizmente á Compiègne antes de despuntar el dia. Su primer cuidado fué irse á misa en la parroquia de Santiago, y á penas acababa de nacer el alba, estaba ya llena la iglesia de habitantes de la poblacion, que acudian en tropel á presentarse á su libertadora. Terminada la misa, se acercó á una de las columnas de la nave, y dirigiéndose á los habitantes que ansiosos de verla acudieron en compañía de sus hijos, con acento triste les habló de esta manera: «Amigos míos, soy víctima de una traicion, y no tardaré en verme condenada á muerte, todo me induce al menos á creerlo así...»

— ¡Qué suerte para nosotros, el que Juana no prestára oído á sus tristes presentimientos! ¡Cuántas veces habia logrado escapar esta hechicera á los lazos que le tendiera la ambicion de La-Tremouille, de Gaucourt y de mi concólega el canciller de Chartres!

LOYSELEUR, *interrumpiendo su lectura*.— En efecto, el emisario que despachó secretamente el canciller de Chartres, al cual he visitado segun vuestras órdenes, me ha dicho que de acuerdo con el señor de La-Tremouille, habia dispuesto Flavy que pasase la Doncella á Compiègne, con la esperanza de que caeria en poder de los ingleses.

— Desde ahora perdono á Flavy todos sus crímenes por la captura de Juana... Continuad, amigo mio; no tardaré en abriros mi pecho, pues no quiero que ignoreis ninguno de mis vastos proyectos.

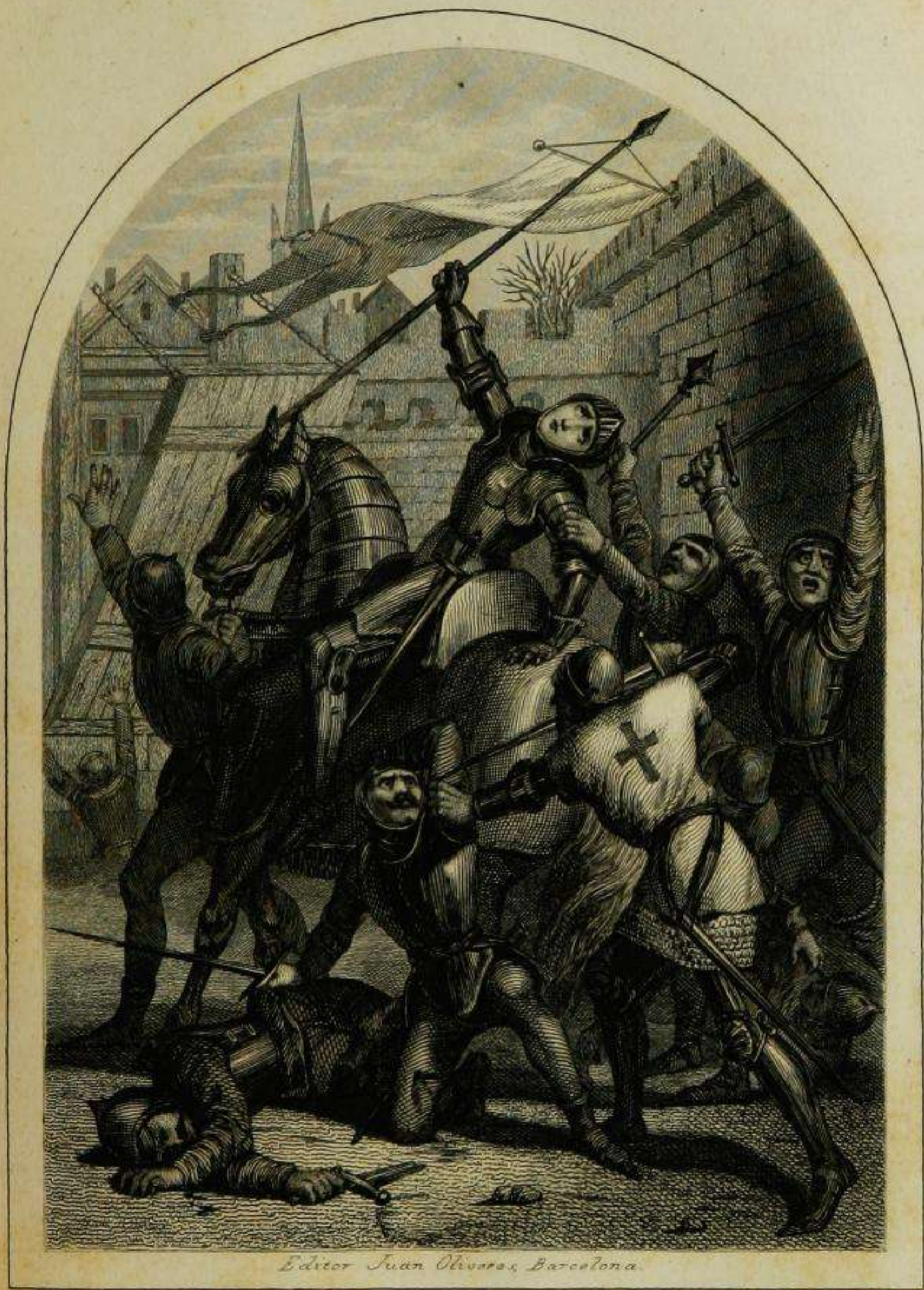
LOYSELEUR, leyendo.— «Al día siguiente se dispuso la Doncella á intentar una vigorosa salida. Está situada la poblacion de Compiègne en la orilla izquierda del Oise, y se estiende por la márgen opuesta del mismo rio, una pradera de un cuarto de hora de estension terminada por una escarpadura hácia la parte de la Picardia. Como está situada la pradera en la parte baja, se vé con frecuencia inundada, por lo que la cruza una ancha calzada desde el puente de Compiègne hasta la colina que se levanta en el horizonte enfrente de la misma ciudad. Tres son los villorrios que separan los límites de la pradera, á saber: Margny, en el extremo de la calzada; Clairoy, que se encuentra á tres cuartos de hora hácia arriba en la confluencia del Aronde y del Oise, y Venette, situado á una media hora en el camino de Pont-Sant-Maxence. Los borgoñones tenian un campamento en Margny, y otro en Clairoy, y los ingleses ocupaban Venette. Consistian las obras de defensa de Compiègne en un reducto hecho junto al puente y en los baluartes con ángulos salientes y entrantes con fuertes empalizadas. He aqui el plan de ataque de la Doncella: apoderarse en primer lugar del pueblecito de Margny, luego del de Clairoy y dueña ya de estas dos posiciones, aguardar en la salida del valle de Aronde á las tropas del duque de Borgoña que no faltaria en acudir al socorro de los ingleses tan pronto como tuviese noticia del primer combate. Previendo Juana este movimiento, y queriendo al propio tiempo asegurar su retirada, habia encargado al señor de Flavy que tuviese en jaque al duque de Borgoña si desembocaba en el valle antes de la toma de Margny ó de Clairoy, y que dispusiese la colocacion de algunos arqueros de reserva en los flancos del reducto, para que pudiesen proteger su retirada; asi mismo debia colocar algunas embarcaciones en el Oise, destinadas á recibir á los peones en caso de serles adversa la suerte. Dadas estas órdenes, montó la Doncella á caballo, no obstante sus tristes presentimientos, y marchó á la cabeza de su compañía en direccion al pueblecito de Margny logrando apoderarse de él á pesar del vigor con que fué defendido. Los ingleses acampados en Clairoy, avanzaron para vengar la derrota de los suyos, y fueron tambien rechazados, volviendo empero por tres veces á la carga con mayor bravura. Dábase esta accion en la parte inferior de la pradera, pero no tardó en generalizarse el combate. Por su parte el duque de Borgoña desembocó en el valle de Aronde y se apoderó del espolon, por no haber ejecutado Flavy las órdenes de Juana. Al ver semejante refuerzo, hubo algunos co-



...del señor de Plaza

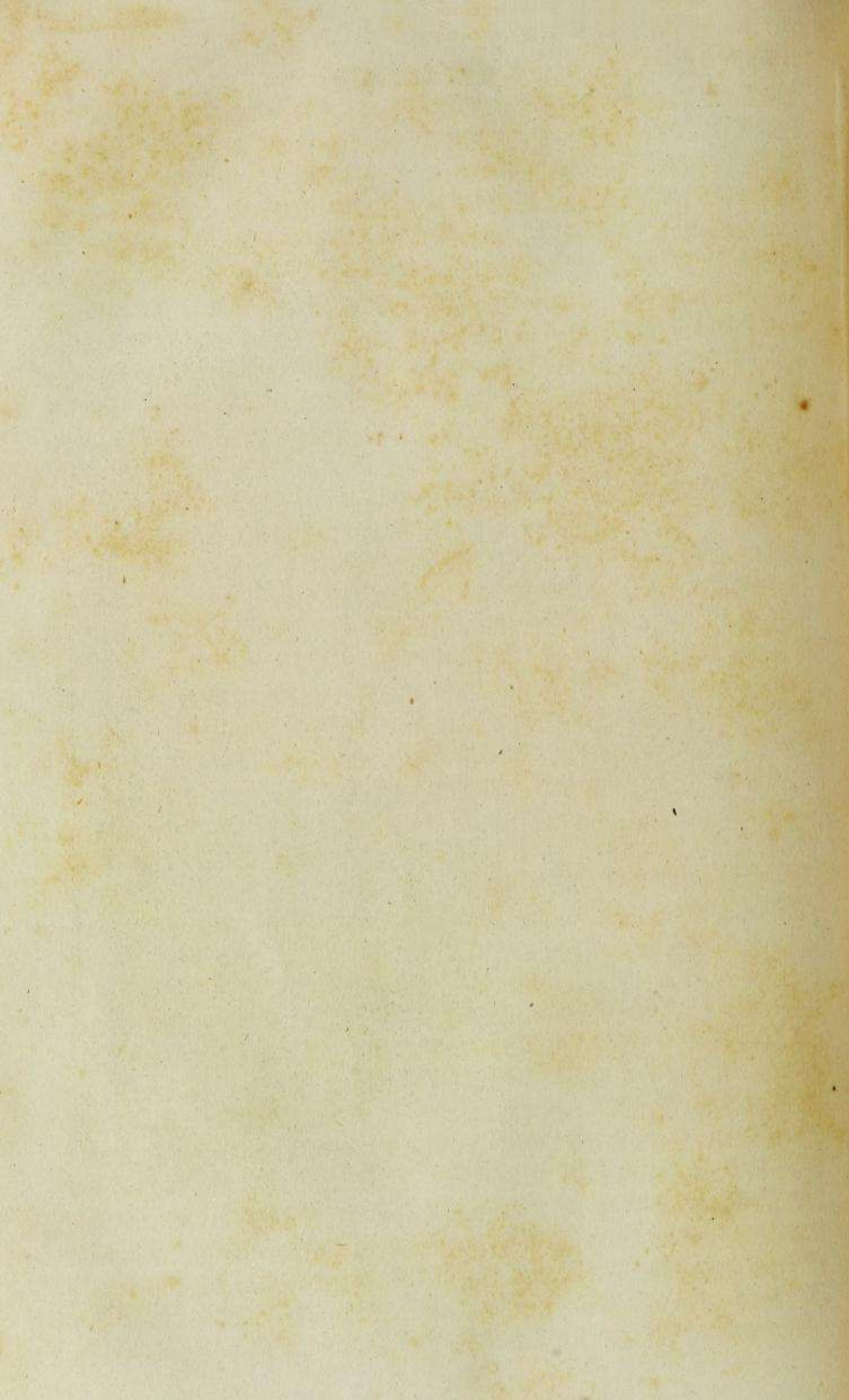
int
 en
 del
 mi
 tá
 por
 has
 ciu
 á s
 cu
 de
 de
 Ma
 tia
 al
 fu
 de
 ro
 va
 ac
 pr
 al
 Fl
 el
 co
 to
 al
 en
 Dou
 ch
 lo
 Lo
 ro
 po
 la
 co
 de
 la:

la dirección de
 por la margen
 de hora de extensión
 la parte de la Picardie Com
 se ve con frecuencia
 desde el punto de
 el horizonte
 que separa los ríos
 de la calzada; Clairoi, que
 hacia arriba en la confluencia
 a una media hora
 Los borgoñones tenían un campamento
 y los ingleses ocupaban
 Compiègne en un reduto
 y en los bastiones con ángulos salientes y
 empalizadas. He aquí el plan de ataque de la De
 en primer lugar del pueblecito de Margny, luego
 de estas dos posiciones, aguardar en
 las tropas del duque de Borgoña que
 los ingleses tan pronto como
 hacia este movimiento,
 había encargado
 al duque de Borgoña si de
 Margny ó de Clairoi, y que
 de reserva en los flancos
 para que pudiesen proteger su retirada, así como
 destinadas
 Dadas estas cosas
 sus tristes presen
 en dirección
 a pesar del
 Clairoi, se
 también
 mayor
 de la
 de la
 no
 Al ver



Editor Juan Olivos, Barcelona.

Traicion del señor de Flavy.



bardes ó traidores que dieron el grito de sálvese quien pueda, corramos á los buques... Y las tropas auxiliares de la Doncella mandadas por los oficiales de Flavy, se dirigieron á la desbandada hácia los barcos que habia en la márgen del rio, dejando á Juana con su sola compañía haciendo frente á los ingleses y á los borgoñones. Al ver la derrota de sus auxiliares, acontecida por no haber cumplido los gefes ninguna de sus órdenes, resolvió morir antes que caer en poder de los ingleses y se lanzó espada en mano con loca temeridad contra un enemigo cien veces superior en número al puñado de héroes que continuaban combatiendo á su lado. Reducidos ya estos al último apuro, y viendo la batalla irremisiblemente perdida, quisieron al menos salvar á toda costa la vida de la Doncella, aunque por lograrlo debiesen perder la propia. Tomaron entonces dos de entre ellos las riendas del caballo de Juana para obligarla, no obstante sus suplicas y su resistencia, á hacerle entrar nuevamente en la poblacion, mientras que los restantes de sus compañeros se hacian matar por proteger su retirada. Ya estaban junto al puente levadizo echado sobre el foso que separaba el reducto de la calzada, cuando fué levantado aquel puente por orden del perfido Flavy. Al verse la Doncella y sus soldados vendidos tan miserablemente al enemigo, se arrojaron sobre él con la furia de la desesperacion. Herida Juana á la vez por diferentes golpes, cayó de su caballo en medio de una multitud de ingleses y borgoñones que se disputaban la gloria de su captura; quedó Juana en poder de un arquero, mesnadero del *bastardo* de Wandomme, caballerizo, natural del pais de Artois y teniente del señor Juan de Luxemburgo, gefe del partido borgoñon. Atada de pies y manos la Doncella en el mismo campo de batalla, fué puesta sobre un caballo y conducida al castillo de Beaurevoir, perteneciente al señor de Luxemburgo gefe del *bastardo* de Wandomme, que era capitan del arquero que habia hecho prisionera á la Doncella; despues de haber permanecido esta por algun tiempo detenida en el castillo, supo que el señor de Luxemburgo acababa de venderla *como cautiva, por diez mil escudos de oro al regente de Inglaterra*. Apoderóse de ella la desesperacion al saber que iban á entregarla á los ingleses; y ora pensase escapar ó bien tratase de poner fin á sus dias, es lo cierto que se arrojó de lo mas alto de una de las torres del castillo de Beaurevoir, en que estaba encerrada. No fué empero mortal su caida, pues quedó Juana tan solo desmayada y cubierta de heridas; á pesar de su triste estado se

la encerró en un oscuro calabozo, siendo luego puesta á disposicion de un capitan inglés encargado de traer á Juan de Luxemburgo los diez mil escudos de oro, que era el precio ofrecido por la vida de la Doncella, á la cual se condujo con buena escolta al castillo de Dugy, junto á Saint-Riquier... ¡ Hé aqui el modo con que fué vencida, entregada y por último vendida Juana la Doncella con gran dolor de todos los franceses amantes de su pais!.. »

Terminada la lectura, dejó Loyseleur la crónica sobre la mesa.

CAUCHON, *con una alegria salvage*.— Pues yo añadiré á este escrito, lo que el cronista realista no podia saber, esto es: que trasladada la Doncella desde el castillo de Dugy al de Crotoy, fué embarcada en el Somme hasta Saint-Valery, desde donde fué conducida al castillo de Eu, luego á Dieppe y despues á esta de Ruan, donde debe llegar esta noche ó mañana... Por fin tenemos á esa hechicera en nuestro poder... Tócame confiaros ahora, amigo mio, un secreto de la mas alta importancia, sabido el cual, podreis prestar á nuestros amigos de allende el estrecho, al regente duque de Bedford ó mejor á todo el gobierno inglés, uno de los mas señalados servicios... Su remuneracion, sobrepujará de mucho todas vuestras esperanzas, os lo juro... ¡ Es esto tan cierto, como lo es el haberme prometido el regente de Inglaterra que me nombrará inquisidor general, tan pronto como Juana haya sido condenada á la hoguera!

— ¡ De que se trata, señor?

— Por mas que conozca á fondo vuestra penetracion y la sutileza de vuestro talento, debo antes de participaros mi secreto, esplicaros breve y claramente la causa y el objeto del proceso que desde mañana vamos á formar contra Juana.

— Os escucho atentamente, señor.

— Empecemos por recordar todos los incidentes que hacen para el caso... La Francia entera habria caido el año pasado en poder de los ingleses, á no ser por el socorro que dió la Doncella á Carlos VII; y contra la voluntad de este príncipe, y apesar de La-Tremouille y de los demás gefes, logró Juana hacer levantar el sitio de Orleans, alcanzó otras brillantes victorias, y finalmente hizo consagrar al rey en Reims, lo que fué para su causa de un resultado inmenso, por ser la consagracion divina á los ojos del pueblo, lo que constituye el derecho y el poder del soberano. Asi es que, muchas grandes ciudades hasta entonces sometidas á los ingleses, han abierto de par en par sus puertas á Carlos VII desde que par-

tió de Reims, y se ha despertado y se agita en todas partes el sentimiento de la Doncella, por sacudir el yugo extranjero que se soportaba hacia mas de medio siglo... Por otra parte, los prodigiosos triunfos de Juana han sembrado la confusion y el espanto en el ejército ingles, llegando á tal punto las cosas, que en Londres se ha visto el gobierno obligado á promulgar dos edictos, cuyos títulos son los siguientes: (*Toma el inquisidor dos pergaminos de encima la mesa y lee.*)

«Edicto contra los capitanes y soldados que se nieguen á pasar á Francia por temor á las maleficios de la Doncella (1)» — «Edicto contra los desertores del ejército, cuya desercion sea motivada por el terror que les inspira la Doncella. (2)» Y para mejor convenceros, os voy á leer confidencialmente una carta dirigida por nuestro regente el duque de Bedford, al consejo del rey Enrique VI de Inglaterra... Atended pues, y medidad: (*El inquisidor leyendo...*) «No podian las cosas irnos mejor hasta el sitio de Orleans; solo desde este sitio, empezó Dios á descargar contra nosotros su potente brazo. La principal causa de nuestras desgracias, es, á mi entender, el pánico que se ha apoderado de nuestros soldados al solo nombre de la Doncella, mujer diabólica que con sus encantamientos y su brujeria, no solo ha logrado disminuir considerablemente el número de nuestros soldados, si que tambien infundir en el ánimo de los que aun nos restan, el desaliento y la alarma (3).» (*Coloca nuevamente Cauchon los pergaminos sobre la mesa, y dirigiéndose luego á su interlocutor, continua impassible.*) En una palabra, la gloria de medio siglo de continuas victorias, se ha disipado como el humo, ante el impulso dado al patriotismo francés; y si no hubiese sido Carlos VII la indolencia y la cobardía personificadas; si el duque de Bedford no hubiese prometido la soberanía del Poitou á La-Tremouille, inmensas ventajas al inquisidor de Chartres y á Gaucourt, para que sirviesen secretamente (como lo hacen), á la causa inglesa en el seno del consejo real; y finalmente, sin la captura de la Doncella en la batalla de Compiègne, habria caido de nuevo la Francia en poder de sus antiguos dueños, y despues de cincuenta años de continuas luchas, habria dejado de ceñir Enrique VI las dos primeras coronas del mundo... Pero no nos hagamos ilusio-

(1) Rymer. t. X. p. 459. ap. Quicherat.

(2) Id. id. p. 472. id.

(3) Rymer. t. X. p. 408, ap. id.

nes, no es Enrique VI rey de Francia mas que de nombre, puesto que las provincias que posee aun en el corazon de la Galia, están próximas á sacudir el yugo de su dominacion. Las victorias de esa hechicera, por mas que quiera suponerse lo contrario, han despertado en toda la Francia el sentimiento patrio por tanto tiempo dormido; han hecho renacer la esperanza en todos los corazones, y mirar con horror á ese llamado yugo extranjero, haciendo al poder de Inglaterra objeto de la animadversion general. Para nosotros que nos entregamos con entusiasmo al nuevo órden de cosas, que hemos hecho todos los esfuerzos posibles para lograr en la Galia el triunfo de Enrique VI, ¿sabeis lo que seria el término de la dominacion inglesa? Seria simplemente nuestra ruina, la proscripcion, la horca, si llegase el partido francés á quedar vencedor. Ya veis, amigo mio, á lo que estamos espuestos, y si es preciso evitar á todo trance semejante resultado. Tal es en verdad el presente estado de cosas.

— A no dudarlo, es como vos decis, señor; ojalá no me hubiese convencido tanto de esta verdad mi última secreta entrevista con el emisario del señor de La-Tremouille. Este, aunque consejero supremo de Carlos VII, es tan inglés de corazon como nosotros, y mira por lo tanto con la misma inquietud el mal comun que nos amenaza y sus rápidos progresos.

— Por la misma razon que existe el mal, debemos destruir la causa que lo produce... veamos, ¿cuál es esa causa?

— ¡Juana!...

— Ya veo que estamos perfectamente acordes. Puesto que ese buen señor de Flavy, á instigacion de La-Tremouille, atrajo la Doncella á Compiègne, so pretesto de que acudiera al socorro de los habitantes de la poblacion y no paró hasta hacerla caer en nuestras manos, preciso nos es sacar todo el partido posible de tan importante captura, y pagar á Juan de Luxemburgo los diez mil escudos de oro. Examinemos y reasumamos los hechos. Los soldados de Inglaterra creen firmemente que mientras exista Juana, serán siempre derrotados por los franceses... A ser esto así, la dominacion inglesa se derrumba, y nos sepulta bajo sus ruinas. ¿Qué es lo que debemos hacer para preservarnos de esta desgracia?... Hacer desaparecer á Juana... Pues bien, Juana debe morir.

— Asi lo exige la imperiosa lógica de las circunstancias.

— ¡Ciertamente! ha de morir en la hoguera... pero hay en ello

una gran dificultad... Los gefes ingleses, orgullosos é imbuidos en los principios caballerescos, considerarian como una cobardia el dar muerte á su prisionera que, tantas veces los venciera con el poder de su genio militar, y como no son de esos estúpidos que atribuyen sus victorias á la mágia, se teme que dando muerte á Juana en su propia cárcel, se incurriria en el desprecio de todos los hombres honrados que calzan espuela y empuñan una espada. ¿Entonces que hemos hecho el inquisidor de Winchester y yo? Les hemos dicho: — «No, guerreros; no podeis sacrificar bárbaramente la que ha caido en vuestro poder por la suerte de las armas; pero puede muy bien la santa Inquisicion proceder contra una hechicera, contra una mujer que invoca los demonios; y una vez convicta de brujeria, entregarla al tribunal ordinario para que le imponga la pena de que se ha hecho merecedora.»

— Tal es el derecho y el deber de nuestro santo tribunal.

— Y esto es lo que estamos en el caso de hacer... porque tan pronto como haya sido la Doncella condenada á la hoguera, se dissipará el terror de los soldados de Inglaterra, y recobrando aliento y valor, no pararán hasta asegurar nuevamente en la Galia el poder de allende el estrecho. La-Tremouille continuará prestando á nuestra causa relevantes servicios, atraido por la esperanza de obtener el Poitou en señorío; el ejército inglés reconquistará todo cuanto ha perdido en estos últimos tiempos, apoderándose de las demás provincias que aun no ha invadido; Cárlos VII, destronado, á pesar de haber sido consagrado en Reims, pasará á Londres el resto de sus dias en el fausto y la suntuosidad como su abuelo el buen rey Juan, donde olvidará en breve su perdido trono; y nosotros podremos disfrutar con la mayor seguridad el nuevo ascenso que nos procurará el triunfo de nuestro partido. Para lograr este resultado, solo nos falta hacer asar á Juana lo mas pronto posible, ó lo que es lo mismo, presentarla como convicta de heregia.

— En esto consiste todo...

— Absolutamente todo... Examinemos otra vez los cargos que resultan contra ella en el proceso, á fin de vencer todas las dificultades ú obstáculos que se opongan al logro de nuestros deseos. Veamos el primer obstáculo que puede ofrecerséanos; Cárlos VII puede instar directamente al papa, suplicándole interponga toda su poderosa influencia pontificia acerca de la Inquisicion para impedir que se entable la acusacion de heregia contra la Doncella. Como

es á esa jóven á la que debe Cárlos VII su corona, puesto que antes de su coronacion en Reims podia contarse casi destronado, se verá en la precision de dar aquel paso en favor de su defensora ardiente, por mas convencido que esté de antemano de no poder salvarla...

—Tengo para mi desde la entrevista con el emisario de los señores de La-Tremouille y del canciller de Chartres, que Cárlos VII no dará aquel paso acerca del Sumo Pontífice; antes por el contrario, creo que el proceso de heregia, seguirá libremente su curso... Y es sobre este punto tanto mas fundada mi opinion, cuanto que el canciller de Chartres está ya encargado de informar á los notables de Reims de la captura de la Doncella, asi como tambien de hacerles presentir la suerte que la espera. Hé aqui los términos en que se espresó el emisario, y que voy á trasmitiros fielmente por haberlos escrito: (*Leyendo*) «El canciller de Chartres participa á los habitantes de Reims que la Doncella ha sido hecha prisionera en Compiègne, por no haber querido seguir los prudentes consejos que se le daban y obrar por capricho.» Luego añade que «corre muy válida la voz de que los ingleses darán muerte á la Doncella, lo cual, á ser asi, habrá permitido Dios para castigar el orgullo de la que vestia de hombre y no queria obedecer sus mandatos (1).» Ya lo veis pues, señor, segun esta carta escrita por un miembro del consejo real, no intervendrá Cárlos VII ni directa ni indirectamente cerca del sumo pontífice respecto de este proceso...

—Además, tenemos la certeza de que Cárlos VII y su consejo están poseidos del mismo deseo que nosotros con respecto á Juana; y que por lo mismo no intervendrán acerca del poder láico mas de lo que han intervenido acerca del poder eclesiástico. Seis meses ha que se arrastra á la Doncella de cárcel en cárcel, sin que ni Cárlos VII ni sus consejeros hayan dado el menor paso acerca del rey de Inglaterra en favor de la cautiva; y sin embargo habrian podido reclamarla ora fuese {por medio de caucion, ora proponiendo un canje con los prisioneros ingleses. Cuando no hubiesen dado todas esas tentativas resultado alguno, habrian demostrado al menos tomarse algun interes por la Doncella, y no habria sido tan patente la negra ingratitud del monarca y de sus consejeros.

—Con todo, señor, me asalta una idea... ¿Porqué habiendo caido prisionera Juana el 24 de mayo del pasado año 1430, se ha

(1) Rogier, ap. Quicherat t. V. p. 168-169.

procedido con tanta lentitud en la formación del proceso?

— Voy ahora mismo á deciroslo, á fin de que os convenzais de que no ha sido por culpa mia. En la mañana del 25 de mayo recibimos la noticia de la captura de Juana, y ya el dia siguiente di orden al escribano cartulario de la Universidad de Paris que dirigiese en nombre y bajo sello del inquisidor de Francia, un requerimiento al duque de Borgoña (señor feudal de Juan de Luxemburgo, uno de cuyos escuderos logró capturar á la Doncella,) previniéndole que la referida Juana fuese entregada á la jurisdiccion del inquisidor antes citado, por haber de responder segun la fórmula, « al buen consejo, favor y auxilio de los buenos doctores y profesores de la Universidad de Paris. »

— Pero, señor, ¿porqué han transcurrido cuatro ó cinco meses antes de que haya sido atendido el requerimiento del inquisidor?

— ¿Por ventura ignorais que las decisiones de la Universidad de Paris, alto cuerpo entregado á la política, ejercen una poderosa accion, no solo en todos aquellos que sostienen la dominacion inglesa, si que tambien entre los defensores mas entusiastas del partido realista? Pues bien, como se declaró por los hombres mas eminentes é ilustrados de este partido: « que no era Juana herege ni hechicera, y que podia Cárlos VII aceptar sin ningun escrúpulo el apoyo que le diera aquella; » encontró esta doctrina ardientes partidarios hasta en el seno mismo de la Universidad, por no creer en brujerías los mas de sus ilustrados miembros. Y de aqui la oposicion tenáz que ha hecho la Universidad á mi proyecto de querer hacer formar á ella misma el proceso de heregia contra la Doncella... Ya comprendereis ahora el mucho tiempo, las negociaciones y el dinero que he necesitado para convencer á los pertinaces, de que era de la mas alta importancia política el aparentar creer en los sortilegios de Juana para condenarla á las llamas, pues que á no ser asi, subsistiria su influencia á pesar de su cautiverio; que mientras esto durara, continuaria siendo, como hasta allí, tan funesta á los ingleses, como útil habria sido á los franceses; y que últimamente acabaria por hacer á Cárlos VII dueño de la ciudad de Paris. ¿Qué sucederia entonces? Que la Universidad se veria diezmada, proscrita, y despojada de sus privilegios por aquel príncipe. Asi pues, no quedaba mas recurso á la Universidad para librarse de semejantes peligros, que acabar de una vez con la única persona que podia producirlos, ó en otros términos, condenar á Juana á la hoguera

por sus supuestos sortilegios; (*Cauchon riendo*) porque siempre á la verdad, hemos de venir á parar en la chamusquina.

— ¿Y se ha decidido al fin la Universidad á entablar el proceso?

— Si; pero no es esto todo; sino que las vacilaciones que tuve que vencer en diferentes universitarios, me hacian temer por el resultado del proceso á haberlo dejado á su discrecion. Por esto quise que despues de evacuado por la Universidad, pasase para el fallo á otro tribunal de mi confianza; por fin he hallado un medio que me procurará el resultado apetecido, segun vais á juzgar por vos mismo. Decidme ¿donde se cogió á la Doncella?

— En Compiègne.

— ¿A que partido judicial corresponde?

— Al partido judicial de Beauvais.

— ¿Quién es el inquisidor de aquel punto?

— Vos, señor.

— CAUCHON, *restregándose las manos*.— Ya veis pues mi plan y debeis convenir en qué está muy bien combinado... Habiendo sido capturada la Doncella en mi jurisdiccion, es innegable que soy yo su juez competente; la Universidad empezará el proceso, pero yo nombraré un tribunal para fallarlo.

— En efecto, señor, habeis procedido con sumo tacto.

— Para mejor lograr nuestro objeto, he elegido ó nombrado para formar el tribunal á los individuos de la Universidad de Paris que ya desde el primer momento no vacilaron en procesar á Juana, y á algunas personas influyentes de Ruan, cuyos intereses estan en su mayor parte cifrados en el triunfo de las armas inglesas. Con la mira de procurarme un partido entre los jóvenes de mas talento y de mas porvenir, he halagado el orgullo de Guillermo Erard, Nicolas Midi y Tomas de Courcelles, astros nacieses cuya luz empieza á brillar en el cielo del saber. Ya lo veis; será el tribunal enteramente mio, y desde mañana podrá ya dedicarse al ejercicio de sus funciones, segun el derecho inquisitorial. Solo me toca hablaros ahora de lo que os es concerniente... esto es, del relevante servicio que podeis prestar á la Inglaterra, al regente y al duque, pudiendoos asegurar que será este servicio mejor recompensado de lo que lo han sido los hasta aqui prestados en favor de Cárlos VII.

— ¿De qué se trata señor?

— Ya conoceis los tramites que se siguen en el tribunal de la Inquisicion, por consistir todos ellos en lograr el objeto apetecido á la

brevidad posible. La sexta decretal previene lo siguiente: «Que tienen facultad los jueces de los hereges para proceder de un modo simplificado y directo, sin zambra de abogados, ni forma de juicio.

— *«Simpliciter et de plano, absque advocatorum ac judiciorum strepitu et figura.»* No puede ser el testo mas terminante.

— Y de lo que se sigue que yo y el otro inquisidor Juan Lemaitre tenemos autoridad bastante para aplicar á Juana el castigo impuesto por la ley contra los hereges; pero para que pueda imponersele aquel castigo, preciso es que confiese ó dé pruebas de su heregía... He ahí una gran dificultad que solo vos podeis allanar.

— A vos toca, señor, indicarme el medio.

— Por mas adictos que me sean los jueces que compondrán el tribunal, necesitarán pruebas ciertas é incontestables para condenar á Juana, pues de otro modo no quedaria incolume la dignidad de la justicia; por otra parte, ya sabeis que es la jóven tan astuta... he visto las respuestas que ha dado al interrogatorio que se le ha hecho en Poitiers, y os lo digo con franqueza, ha logrado en muchos casos confundir á sus jueces con su presencia de ánimo y la elevacion de sus ideas. Debe por lo mismo evitarse que suceda en Ruan lo que sucedió en Poitiers. He aqui el curso que quisiera yo dar al proceso á fin de que no pudiese Juana evadir el castigo que le preparamos: lograr que hiciese algunas confesiones aventuradas que pudiesen considerarse punibles por la Iglesia, y en virtud de ellas pronunciar la sentencia; luego buscaríamos un medio para hacerla retractar publicamente de sus errores, y admitirla en la penitencia.

— **LOYSELEUR**, *asombrado*.— Pero si abjura de sus errores no puede ser castigada.

— Paciencia... oidme... Supongamos que llega Juana á abjurar de sus errores, y que se la perdona, ya hemos logrado dar entonces una prueba de mansedumbre y de indulgencia.

— En este caso, adios suspirada hoguera...

— Por un dia convengo en ello. Pero en breve se la induce á caer de nuevo en sus primeras declaraciones heréticas y hasta quizás á sostener que ha sido su abjuracion el resultado de un lazo que se la tendiera ó de una sorpresa; en una palabra, se la induce á persistir en sus punibles errores. Aquella criminal reincidencia nos dará entonces el derecho de condenar á Juana como relapsa, y pasaremos la causa al tribunal civil para que la condene á la última pena. De este modo lograremos evadir toda responsabilidad y hacer que cai-

ga sobre Juana todo el peso de la execracion pública.

— Bueno, muy bueno me parece vuestro proyecto; ¿pero como llegar á su realizacion?

— Luego os lo diré; tratemos ahora de las irrecusables pruebas de heregia que han de buscarse en las contestaciones de Juana. Voy á presentaros un ejemplo para demostraros mejor mi pensamiento. Pretende esa jóven haber tenido apariciones de santas y de ángeles y oido voces sobrenaturales; pero como no es su virtud tan sublime, que pueda considerarsela digna de estar en tan íntima relacion con los bienaventurados del paraiso, debe necesariamente creerse que todas las apariciones de Juana, en lugar de proceder de Dios...

— Han de proceder del diablo y de aqui la prueba irrecusable de que tiene Juana pacto con el diablo, que es hechicera y que debe condenarsela á las llamas.

— Pero aqui se presenta un nuevo escollo...

— ¿Qué escollo quereis decir, señor?

— Vos ya sabeis que la Iglesia, siempre pia, solo admite un correctivo por la concerniente á la declaracion de cosas sobrenaturales; á mas de que, tampoco podria el tribunal condenar á la Doncella por semejantes hechos, si en lugar de decir afirmativamente: «oí voces sobrenaturales» dijese tan solo: «Creí oirlas;» porque esa forma dubitativa dejaria sin efecto la acusacion. Y mucho me temo que, ora sea por instinto de conservacion, ora por habersela avisado de antemano, deje de contestar Juana afirmativamente y que haga fracasar de este modo todos nuestros planes, ¿comprendeis mis temores?

— Los comprendo perfectamente, señor; ¿pero como hacer de modo que en lugar de decir Juana: «Creo haber oido aquellas voces,» diga afirmativamente: «He oido aquellas voces»

— Nada hay mas sencillo. Solo falta un consejero en el que tenga ella la mayor confianza, que dicte á Juana ciertas respuestas que envuelvan contra ella una condena.

— Pero segun vuestra opinion, es esa jóven de un talento poco comun y de un sentido en extremo recto... en este caso ¿como podeis creer que se entregue ciegamente á un consejero desconocido?

— CAUCHON, *sonriendo*. — Hijo mio ¿cuál es vuestro nombre?

— LOYSELEUR *con asombro*. — Llámome como lo sabeis ya, Nicolás Loyseleur.

— Si; y creo estar ese nombre predestinado...

— ¿Predestinado?

— CAUCHON, *sonriendo*.— Sin duda... sabeis amigo mio como atrae el astuto cazador por medio del reclamo á la perdiz desconfiada. Empieza por imitar sutilmente el canto de su pareja, y acude aquella, confiada en la aproximacion de su amiga al oír el engañoso canto que la hace caer en el lazo... Amigo mio, asi como ha habido en todos tiempos pescadores de hombres, vais á ser vos desde hoy cazador de mujeres...

— LOYSELEUR, *despues de un momento de reflexion*.— Aunque vagamente, empiezo ya á entrever vuestra idea; sin que por ello acabe de comprenderla del todo...

— Mañana sin falta llegará la Doncella al castillo de Ruan; su calabozo y sus grillos estan ya en él preparados. Pues bien, digno consocio, conviene en gran manera que al entrar mañana la jóven en su cárcel, os encuentre á vos suspirando por vuestra pérdida libertad.

— ¡A mí!

— Si, á vos... A vos, que cargado de grillos os lamentareis de la crueldad de los ingleses, y de mi propia crueldad, por tolerar que se trate tan barbaramente á un hombre, cuyo solo crimen consiste en haber sido fiel á su rey, á la Francia, y enemigo acérrimo de la dominacion estrangera; os manifestareis asimismo fanático admirador de los altos hechos de la Doncella.

— LOYSELEUR, *con una sonrisa horrible*.— ¡Bien! Dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

— ¿A qué viene ahora esa cita?

— Porque debemos dar á la Inquisicion lo que es de la Inquisicion... Confieso que es excelente el medio que me proponeis; aunque no es nuevo por haberse practicado ya contra los heresiarcas albigenses; véase sino la septima decretal del derecho inquisitorial: «Que nadie se acerque al herege, á no ser de vez en cuando, una ó dos personas fieles que, con precaucion, y como si se compadeciesen de su infortunio, le aconsejen, etc., etc. (1)»

— ¡Pardiez! por esto mismo que ha sido diferentes veces empleado este medio por la Inquisicion, dando en todas ellas buenos resultados, haríamos muy mal en no ponerlo en práctica; sin embargo, no creais por ello que aspire yo á la gloria de la invencion. ¿Con qué

(1) Tractatus de hæresi, pauperum de Lugduno, ap. Martene, Thes. anecd. t. V. col. 1787.

puedo contar con vos ?.. Por supuesto que , apesar de ser el cazador de Juana (*riendo*), sereis tambien uno de sus jueces. Para que podais gozar mejor del resultado de vuestro astuto reclamo , os he destinado un puesto en el tribunal ; como habreis cambiado enteramente de trage y tendreis la precaucion de echar hácia adelante vuestra cogulla , le será á Juana imposible el conoceros.

— Haré todos los esfuerzos posibles para corresponder dignamente á vuestra confianza ; y casi me atrevo á afirmar , despues de las instrucciones que me habeis dado , que por mas astuta que sea la Doncella caerá en el lazo. ¡ Como no ser así , cuando me vea cargado de grillos llorando los males de mi desventurada patria !

— Querido mio , realizad pues nuestro plan , y veréis como el regente de Inglaterra y el inquisidor de Winchester sabrán recompensar digna y generosamente vuestro celo... Nuestra carrera está hecha y llegaremos hasta la cumbre del poder y de la gloria.

— En mi mismo encontraré la recompensa , señor ; porque como vos habeis dicho , todo lo hago con gusto , por estar íntimamente convencido de que de ello depende el triunfo de mis ideas. ¿ Sabeis de qué procede mi firme y ardiente deseo de entregar á esa miserable á las llamas ? De la indignacion que me causa el ver á esa multitud estúpida atribuir á la Doncella un poder sobrenatural , cuando no reúne ninguna cualidad que le haga merecedora de él , ni siquiera digna de creérsela capaz de conservar tan íntimas relaciones con el cielo. ¡ Honrarse á Juana como si fuese una santa , sin haber mediado la canonizacion de la Iglesia !.. ¿ Donde iríamos á parar si no se pusiese un dique á ese fanatismo popular que por capricho canonizaria , sin intervencion de la Iglesia , á las mas de las gentes ? Hé ahí , señor , la única causa del odio profundo que me inspira Juana , y lo que le valió tambien el que le han tenido siempre los gefes del ejército , sus rivales. — « ¿ De qué serviria , decian ellos con mucha razon , de que serviria haber nacido en ilustre cuna y envejecer en la noble profesion de las armas , si debia una miserable vaquera eclipsar el brillo de nuestro antiguo nombre ? » — Acusais , señor , á Cárlos VII de ingratitud , y le acusais sin motivo... Al mostrarse ingrato , procede con cierta política... Si ; obra en cierto modo políticamente , al despreciar ahora los servicios prestados por esa jóven , para la cual no tardará en prepararse la hoguera. ¡ Cárlos VII intervenir á favor de Juana ! ¿ y ya habeis pensado en ello , señor ? No equivaldria esto á decir : — « Una oscura vasalla de las Galias me

ha restituido la corona, á mí, descendiente de la familia real de los francos, famosos conquistadores apoyados por el amor de los pueblos!» — No; no, confiad en el resultado del proceso... y confiad tanto mas, cuanto que la Inglaterra, la nobleza de Francia, Carlos VII y su consejo, están igualmente interesados en negar los servicios de la Doncella y en hacerla morir en las llamas... ¡Será condenada á las llamas, aun cuando para ello debiese yo mismo encender la hoguera!..

— CAUCHON, *riendo*. — No os dejéis arrastrar tanto por vuestro celo; puede que en el caso de que sea Juana condenada á la hoguera, no faltarán otros que le peguen fuego, sin necesidad de que os tomeis vos semejante trabajo. Solo quiero que por vuestra cooperacion, podamos ver realizado el plan que nos proponemos, consistente en ver espirar á Juana, como herege relapsa, entre las llamas, aparentando al mismo tiempo una clemencia y ternura sin límites para con la impenitente endurecida... Ese será nuestro principal triunfo, triunfo cuyas consecuencias serán para nosotros de tanta importancia, que creo no hayais podido prever su estension. ¡Sí; por este medio, será Juana, aun á los ojos de sus mismos fanáticos, la mas despreciable de todas las criaturas... logrando de este modo quemar á la vez su cuerpo y empañar para siempre su nombre y su memoria!

— ¿Cómo os prometeis pues alcanzar este doble resultado?

— Mañana os probaré hasta la evidencia todo cuanto os parece hoy parto de una imaginacion calenturienta; así mismo hemos de procurar para el mejor logro de nuestros designios, sacar todo el partido posible de la recelosa castidad de esa hechicera, á la que creo vírgen todavía. Pero la noche avanza, y es hora de que os vayais á descansar un rato, hijo mio; pues ya sabéis que mañana al amanecer, debereis sufrir mucho gimiendo entre grillos y acostado sobre la paja del oscuro calabozo de Juana.

Entonces salió Loysoleur, dejando á su interlocutor solo y ocupado en preparar las piezas del proceso y en redactar una série de preguntas basadas en los actos y palabras de Juana la Doncella.

Era aun de noche, y apenas podia la débil luz de una lámpara disipar las tinieblas del calabozo subterráneo de la antigua torre del castillo de Ruan. Figuraos, hijos de Joel, una especie de bodega

medio circular, por cuyas verduzcas paredes chorreaba la glacial humedad del invierno, sin mas abertura que la de una estrecha lumbrera practicada en un muro de seis pies de espesor, cerrada por un enorme barrote, y tendreis una idea triste y cabal de lo que era aquel hediondo calabozo. Frente á la misma lumbrera habia una puerta macisa, reforzada con planchas y clavos de hierro, teniendo en su centro una regilla siempre abierta para vigilar desde fuera á los pobres presos. Una especie de cajon lleno de paja, situado á la izquierda de la puerta; una larga cadena asegurada fuertemente en la pared, y terminando con un enorme círculo de hierro, abierto entonces por medio de bisagras, y echada sobre la paja; formaba el extremo del cajon que servia de cama, un cepo dispuesto á cerrarse tan pronto como hubiese aprisionado los pies de la infeliz prisionera; un tablado, un banquillo y una mesa eran los únicos muebles que se notaban por entre la escasa luz que reinaba en aquel calabozo triste y sombrío. Frente á la cama antes citada y en el opuesto lado, se encontraba otra, en la que estaba tendido el inquisidor Loysoleur cargado de cadenas; acababa este personage de dirigir algunas palabras á su carcelero, llamado John, soldado inglés que se hallaba en todo el vigor de la edad, y vestido de un modo conforme á su estado. Su semblante estúpido y feroz, engranujado por el exeso del vino, su barba poblada, y en desorden como su cabellera, le llegaba hasta el pecho, y un enorme cuchillo, que como un machete le pendia en el lado izquierdo, demostraban ser aquel hombre mas bien que carcelero un asesino. De repente otro hombre de cara tambien patibularia empujó la puerta entreabierta y dijo en inglés á John:

— ¡ Venid pronto... héla aqui !

A semejante aviso salió precipitadamente el carcelero, no sin hacer antes empero una señal de inteligencia al inquisidor Loysoleur, llevándose la lámpara: tendióse entonces este en su lecho y fingió dormir, mientras daba al carcelero dos vueltas con llave á la cerradura de la macisa puerta. La luz del alba, tan pálida en los dias de invierno, empezaba á filtrar por entre el tragaluz del calabozo, sin que bastase á disipar las densas sombras que reinaban en él, y merced á las cuales quedaba el inquisidor en su lecho enteramente oculto.

En breve se oyó gemir bajo sus goznes la pesada puerta, y se presentó John, seguido de Juana Darc, en la que fijó Loyseleur una

feroz mirada. Seguían á su gefe dos carceleros mas tambien armados; llevaba uno de ellos un martillo y un escoplo, y era portador el otro de un cofrecillo que contenia los vestidos de la infeliz prisionera. Apenas habria podido nadie reconocerla, tal era el completo cambio operado en su fisonomia: el color sonrosado de la hija del campo ó de la intrépida guerrera en el campamento, habia desaparecido enteramente desde que se veia sepultada en los calabozos; su hermoso rostro marchitado por el sufrimiento y abuecado por la flaqueza ó falta de carnes, era de una palidez enfermiza; y contraia sus labios una sonrisa amarga. Su mirada era á la vez altiva y triste; sus grandes ojos negros parecian mas grandes aun por la cavidad de sus pálidas mejillas. Formaban su trage un sombrero de fieltro, una túnica de color oscuro y unos estrechos calzones sujetos al extremo del jubon; sus botinas de cuero desaparecian bajo los enormes grillos que no le permitian dar un paso y sujetaban sus manos dobles esposas con una presion terrible. Rasgados sus vestidos de resultas del viage, particularmente en los codos, permitian descubrir una camisa no muy limpia por cierto, por no haberse separado de dia ni de noche tres ó cuatro centinelas de vista del lado de nuestra heroína, y no haber querido esta por pudor desnudarse en su presencia durante el mes que habia trascurrido desde su captura.

Mandó John á sus dos hombres que quitasen los grillos y esposas á Juana, para ponerle la cadena que estaba sujeta en la pared, los cuales se acercaron á la jóven con cierta desconfianza y terror, producidos por la ciega supersticion con que creian en los maleficios de su pobre víctima. Con todo, empezaron por ceñir el talle de la jóven con el ancho y pesado círculo de hierro abierto por medio de un pequeño candado, á la que no tardó en dar vuelta una llave que fué despues entregada á John. La dimension de esta cadena no permitia á Juana hacer otro movimiento que el de sentarse ó tenderse en su cama. El carcelero encargado de quitar las esposas á la Doncella, dió algunos martillazos al escoplo colocado sobre la clavija que remachaba á aquellas, con cuya operacion quedaron libres las manos de Juana Darc, y sus puños doblemente magullados; la infeliz sintiendo cesar la presion, alargó exhalando un suspiro, sus doloridos é hinchados brazos. Luego pasaron los carceleros á quitarle los grillos para atarla con una cadena que pasaba por el potro ó cepo clavado en el extremo de la cama, sobre la

cual cayó sentada la guerrera aterrada por la afliccion y la fatiga, ocultando su rostro abatido entre sus dos manos á la sazón enteramente libres.

Despues de haber hecho John salir á sus dos hombres, dirigió una mirada de inteligencia á Loyseleur, al cual no habia notado aun la prisionera por encontrarse en un rincon del calabozo que era del todo oscuro. Luego que hubo cerrado el carcelero nuevamente la puerta, no se oyó mas rumor que el producido por los pasos de los centinelas colocados en la parte de afuera. Invisible en medio de las sombras que no podia disipar la luz del dia que filtraba por entre la estrecha reja del calabozo, suspendia el inquisidor hasta su respiracion, para poder mejor observar á Juana. Esta, oculta el semblante entre sus manos, permanecia profundamente absorta en sus ideas, que no dejaban de ser por cierto muy melancólicas... No le quedaba ya á la infeliz duda alguna de que la abandonaba Cárlos VII á sus verdugos. ¡ Como no creerlo asi, cuando conocia de tanto tiempo el egoismo, la cobardia y la ingratitud de aquel príncipe que, por distintas veces habia querido la jóven abandonar á su destino; si bien por patriotismo habia continuado siempre cubriéndole con su gloria, por saber que á los ojos del pueblo, se personificaba la Francia en su rey! Sin embargo creyó la heróina al principio que intentaria aquel príncipe salvarla, puesto que á ella se lo debia todo; y que por lo mismo, no seria extraño manifestase hácia ella algun sentimiento de piedad. Estaba la jóven tanto mas poseida de esta esperanza, cuanto que sabia por esperiencia el ódio mortal que le tenian todos los jefes, en vista de las muchas tentativas de alta traicion con que habian procurado perderla hasta lograr su infame proyecto frente á Compiègne. Tambien en el candor de su fé, llegó á creer en el apoyo y proteccion de aquel pueblo entusiasta que tantas veces demostró á Cárlos VII con sus manifestaciones, lo mucho que debia confiar en el apoyo de Juana la Doncella, cuando se apiñaba por celebrar la fiesta del 8 de mayo, aniversario del levantamiento del sitio de Orleans, destinado á perpetuar la inmsarcesible gloria que adquirieron los hechos de la heróina.

Por mas legítimas que fuesen empero aquellas esperanzas de Juana, fueron desvaneciéndose de su corazon insensiblemente, dejando en pos de si todo el horror de su adversa suerte. Los bárbaros ingleses encargados de su conduccion, no dejaban de repetirle á cada

paso durante el viage: «¡Hechicera pronto espiarás tus sortilegios en medio de las llamas! ¡El pueblo y los inquisidores de Ruan están ya preparando tu hoguera!..»

Convencida Juana por estas palabras, de que no podia contar con la justicia del bárbaro tribunal que iba á juzgarla, y anonadada por el peso de tan atroces decepciones, cuyo recuerdo martirizaba sin cesar su alma angelical, se preguntaba con una ansiedad dolorosa, porque se veia abandonada de aquel modo, cuando era el instrumento de la voluntad divina, cuando habia sido siempre obediente á aquellas voces que creia oir, y que no eran mas que el eco de su conciencia, de su fé, y de su patriotismo?.. Si, de aquellas voces que, aun despues de su cautiverio, le repetian cada dia: «¡Hija de Dios! nada temas... acepta con resignacion tu martirio... has cumplido con tu deber... el cielo que te protege, apoyará tu obra!..»

Y sin embargo el cielo la entregaba á los ingleses, sus mas implacables enemigos.

Y no obstante los inquisidores se mostraban impacientes por condenarla á la hoguera!

Todas esas contradicciones sembraban la confusion en el ánimo de la prisionera, á la cual acababa de aumentar su dolor, el ver que no estaba terminada aun su mision... y que gemia aun bajo el yugo de la dominacion estrangera el suelo de la Galia...

Tales eran los tristes pensamientos de Juana en aquella hora en que ocultó el rostro entre sus manos, y sentada, con la amargura en el corazon sobre la paja de su calabozo, no habia notado aun la presencia del inquisidor Loyseleur, siempre oculto en la sombra y asechando á su presa. De repente se estremeció la guerrera al oir en medio de la oscuridad una compasiva voz que exclamaba:

— ¡Levanta al cielo tu frente, vírgen santa!.. ¡El Señor no te abandonará!

— ¿Quién me está hablando? contestó Juana.

— ¿Quién os habla? un pobre anciano, católico y realista... víctima de su adhesion á su fé y á su rey, crímenes que no perdonan los ingleses hoy dia... Mas de un año ha que me veo encerrado en este calabozo con esposas en las manos y grillos en los pies, sin pedir mas que una sola cosa á mi Criador... ¡que me llame á sí!.. ¡Ah! ¡he sufrido tanto!.. ¡Pero olvido al fin todos mis sufrimientos ¡oh dia venturoso! en que puedo contemplar á la jóven santa, á la inspirada vírgen del cielo que supo vencer á los ingleses y libertar á su patria.

— Hablad mas bajo, hermano mio, contestó Juana enternecida; porque podriais ser oida... En cuanto á mi, no tengo ningun temor; pero lo temo todo por vos.

— ¿Qué podrán hacer contra mi esos ingleses que tanto aborrezco? ¡Arrastrarme al martirio! ¡Ah! ¡solo entonces veré cumplidos mis ardientes deseos, pues tiempo ha ruego á Dios me lo envíe si me juzga digno de aquella santa aureola, á pesar de haber sido siempre un miserable pecador!...

— ¡Si continuas gritando tan desaforadamente, te haré azotar con el tahalí hasta hacerte chorrear la sangre, dijo John con aparente cólera, asomando su cabeza á la regilla de la puerta. Furioso realista, mira que te conozco tiempo ha!

— Descuartiza mis miembros si quieres, animal feroz, arranca la piel de mi cráneo; y sin embargo no me verás pestañear... no... hasta la muerte sabré exclamar libremente: ¡Gloria á Dios! ¡gloria á Dios!.. ¡Malditos sean los ingleses que se atreven á cargar de hierros á Juana la santa, á Juana la inspirada!..

— Pronto va á llegar el comandante de la torre, á quien informaré del grave peligro que hay en dejarte en el mismo calabozo de la hechicera, con la que podrias maquinar algun maleficio, viejo de Barrabás. Pero si hasta la llegada del capitan vuelves á ahullar de nuevo, te zurraremos de lo lindo la badana... (Dicho esto, retiróse John de la regilla.)

— ¡Pagano!.. ¡Malvado!.. ¡Idólatra!.. Contestó Loyseleur haciendo con sus grillos un rumor siniestro.

— Calmaos, hermano mio, dijo Juana con voz suplicante; no irriteis mas á ese hombre... os alejaria de mí... ¡Ah! de cuanto consuelo me será el poder estar junto á vos en mi último trance.

— ¡Qué Dios me perdone por haber cedido á un movimiento de cólera! Cuanto sentiria que me separasen por ello de una santa jóven como vos... (En voz baja y mirando hácia la regilla como si temiese ser oido). Yo que esperaba poder seros útil y hasta quizás salvaros...

— ¿Qué decís, hermano mio?

— Pensaba poder aconsejaros acerca del proceso que se os está formando, y evitar por este medio que cayeseis en los lazos que sin duda os tenderán esos infames traidores vendidos en cuerpo y alma á los ingleses. Finalmente, pensaba en el caso de no poder salvaros, que me seria permitido al menos consolaros en vues-

tro último trance , y no separarme hasta que hubiese volado vuestra alma á la inmortalidad.

— Desde mi captura no habia podido oir palabras tan consoladoras , dijo Juana Darc suspirando.

— Dichoso yo , si logro calmar un tanto los males que os hacen sufrir vuestros verdugos ; en cuyo caso no cesaré de bendecir el momento en que se me redujo á prision.

— ¡ Cuán bueno sois , hermano mio !

— No perdamos estos momentos preciosos , porque quizás en breve se me arrancará de aquí , y no sé si tendré el gusto de volver á veros. Asi pues prestadme atento oido y procurad grabar mis consejos en vuestra memoria porque pueden salvaros. Sabed que mañana , quizás hoy , y tal vez en este mismo instante, podeis ser presentada ante el tribunal de la Inquisicion , acusada de heregia y de hechiceria.

— Ya me han hablado de ese mismo tribunal los ingleses que me han custodiado hasta aquí.

— Y ojalá no fuese tan fundada su amenaza... Hé aqui lo que me dijo ayer el carcelero : « Pronto tendrás en tu compañía á Juana la hechicera que no tardará en ser condenada á las llamas como mágica y herege por los hombres del santo oficio. »

— ¡ Dios mio ! exclamó Juana estremeciéndose.

— ¿ Qué teneis , hermana mia ?

— Dios sabe que nunca conocí el temor en los combates (ocultándose el rostro entre sus manos con un movimiento de terror) y sin embargo me aterra la idea de morir quemada... ¡ Dios mio , quemada !...

— No me admira , hija mia , que os asuste la hoguera , pues es el mas horroroso de todos los suplicios ; y sin embargo esos infames quieren condenaros á él.

— ¿ Pero que mal he hecho yo á los inquisidores para que se muestren tan terribles ?

— Nada estrañeis , hija mia , del bárbaro furor de esos tigres sedientos de sangre que han abrazado el partido inglés. ¡ Justo Dios ! cuando descargareis vuestro brazo omnipotente sobre esos hombres tan degradados !

— Vuestra virtud sublime me alienta y fortifica.

— Es tanto lo que me interesa vuestra suerte , que gustoso daria mi vida por salvar la vuestra : ¿ y como no ser así cuando he consi-

derado siempre que procedia vuestra inspiracion del cielo?... No puedo contener mi indignacion contra esos nuevos fariseos que desean vuestra muerte, como deseaban la de Jesus, nuestro Redentor sus predecesores en los pasados siglos. Pero el tiempo pasa y volvamos al proceso... Como tengo alguna instruccion y bastante experiencia, sé de que modo proceden los tribunales como el que debe juzgaros; conozco asimismo vuestra vida, pues que la voz gloriosa de la fama ha pregonado vuestras nobles acciones.

— ¡ Ah ! ¡ si ocupada en coser é hilar no me hubiese separado nunca del lado de mi pobre madre, dijo Juana con abatimiento, no me veria á estas horas en peligro de morir !

— ¡ Hija del cielo ! desterrad el desfallecimiento y la tristeza de vuestro corazon. ¿ Acaso el Señor no os ha dicho por medio de la voz de sus santas y de su arcángel: « — Marcha hija de Dios, marcha al socorro de tu rey... tú libertarás la Galia?... »

— Si, hermano mio.

— Esas voces... ¿ vos misma las habeis oido ?

— Si, yo misma.

— ¿ No os cabe de ello duda alguna ? añadió Loyseleur con insistencia.

— Del mismo modo que no puedo tenerla de estar oyendo ahora vuestra voz, hermano mio.

— Y esas santas, ¿ las habeis visto ?

— Del mismo modo que ahora os estoy viendo á vos.

— ¡ Hija querida ! observad ese mismo lenguaje sincero ante el tribunal que ha de juzgaros, y estais salvada !... solo así podreis evitar el lazo infernal que se os tiende !...

— ¿ Qué quereis decir, padre mio ?

— Oidme atentamente. Por mas perverso é inicuo que sea ese tribunal sanguinario, se compone al fin de hombres de posicion que deben guardar cierto respeto asimismo y á los demas. ¿ De que se os acusa ? ¿ De brujeria y de heregia ? Enhorabuena, pero no pueden invocar contra vos mas que dos hechos capitales ; á saber : el de las voces misteriosas oidas por vos, y el de las apariciones vistas por vuestros propios ojos ; solo por medio de estos dos hechos creen poder condenaros. ¿ Cómo puede ser esto ? me pedireis vos, hija mia, con toda la tierna sencillez de vuestra alma, ¿ cómo es esto posible ? ¡ Ah ! helo ahí... y solo por esto medio pueden llegar á la realizacion de sus perversos fines... (Juana Darc escuchaba con profunda aten-

cion , mientras que Loyseleur iba bajando cada vez mas su voz , teniendo fija siempre la vista en la regilla). Estoy seguro de que vuestros jueces os dirán con tono escudriñador y aparentemente benigno: Juana , vos pretendéis haber visto á Santa Margarita, Santa Catalina y San Miguel Arcángel , y haber oido ademas sus voces; decidnos ¿ no podria ser esto una ilusion de vuestros sentidos? En este caso los sentidos por su tosquedad carnal , pueden ser susceptibles de extravío , y vacilaria la Inquisicion en imputaros á crimen un error puramente carnal...» Pues bien , pobre hija querida , (revelaba la fisonomía de Loyseleur una ansiedad mortal) si engañada por ese insidioso lenguaje y creyendo ver en el un medio de salvacion contestabais : «Qué en efecto no podias afirmar haber visto las santas y el arcángel... ni tampoco haber oido sus voces... pero si haber creído verlas y oirlas...» si deciais esto , hija mia , estariais irremisiblemente perdida... (Emocion de Juana Darc.) Si, perdida... Hé ahí porque : no atravesarse á afirmar lo que realmente habeis visto y oido y presentar los hechos envueltos en las sombras de la duda , seria hacer recaer sobre vos la acusacion de una impostura odiosa , blasfema y altamente herética , y se os acusaria... (con voz cada vez mas amenazadora) se os acusaria de haber profanado las cosas mas sagradas , de haber engañado á los pueblos presentándoos á ellos como una mujer inspirada , de haber ultrajado de un modo horrible y sacrílego todo cuanto hay de mas venerando. (Con voz sorda , pero espantosa). Entonces se fulminaria contra vos un anatema y seriais arrancada de la comunión de los fieles como un miembro cangrenado , podrido , infecto y entregada al tribunal civil, ó lo que es lo mismo , al verdugo , condenándoos á la hoguera como herege apóstata é idólatra , y serian esparcidas á merced del viento vuestras cenizas !...

— ¡ Ah !

— La espanta la hoguera , dijo Loyseleur para si ; ya es nuestra. (Luego juntó las manos en ademan suplicante , y señaló con la mirada á Juana la regilla , en la que acababa de aparecer la cabeza de John , que notaria sin duda la señal de inteligencia hecha por Loyseleur. Luego añadió , dirigiéndose á la Doncella) : ¡ Silencio ! ¡ silencio ! ¡ ó estamos perdidos los dos para siempre !

— Es decir , que continuais dando los mismos gritos , dijo John con voz ruda desde la parte de afuera. ¿ Será preciso que entre para haceros callar ?

— Los grillos habrán lastimado tal vez á mi pobre amiga, y le habrá arrancado el dolor un grito involuntario.

— Si ya empieza á gemir por tan poca cosa, ¡cuantos gemidos tendrá aun que exhalar! ¡Cuan diferentes serán los gritos que lance la hechicera desde lo alto de la pira á que va á ser conducida!

— Ten al menos si puedes, la generosidad de no insultar nuestra desgracia, contestó Loyseleur, pareciendo no poder reprimir su indignacion.

John se alejó murmurando. Anonadada Juana Darc por el terror, cayó casi exanime sobre su duro lecho; pero recobrando alguna fuerza luego de haber desaparecido el carcelero, se incorporó sobre la cama y dijo á su compañero:— Perdonad mi flaqueza, hermano mio. ¡Ah!... la sola idea de esa horrible muerte. (No pudo terminar por impedirselo el llanto).

— No me admira que al considerar la triste suerte que os espera, si llegais á caer en las asechanzas que os preparan vuestros enemigos os falten las fuerzas; solo os he hablado del triste fin que os amenaza, para que os convenzais de la necesidad de seguir mis consejos.

— Dios os recompensará la tierna piedad que sentís por mí, y sin embargo os soy desconocida...

— ¿Desconocida?... ¡Vos, que sois la gloria de la Francia!... vos la elegida del Señor!.. (Interrumpióse y continuó luego en voz mas baja) ¡Dios mio! á cada instante tiemblo por el temor de que se me arranque de aqui antes de terminar esta conversacion tan importante. Pero escuchadme, y voy á concluir. Os he puesto de manifiesto el inminente peligro que correis, pobre jóven, si engañada por las pérfidas sugerencias de vuestros enemigos y esperando salvaros, contestais á los bárbaros jueces, segun su secreto deseo, esto es, que creéis haber visto la aparicion de vuestras santas y que creéis haber oido sus voces, en lugar de afirmar resuelta y continuamente, por mas que se os diga, que habeis visto por vuestros propios ojos, y oido de un modo claro y terminante, á santa Catalina, Santa Margarita y San Miguel Arcángel...

— ¡Cómo no he de decirlo, hermano mio, cuando es la pura verdad, y no he mentado nunca...!

— ¡Ah! ya lo sé, pobre jóven; pero esta verdad debeis confesarla en alta voz y denodadamente á presencia de vuestros jueces... obligándoles á creerlos con vuestra completa seguridad. Hé aqui el

modo con que debeis hablarles; «Si, he visto por mis propios ojos á aquellos seres sobrenaturales; si, han herido clara y distintamente mis oídos aquellas palabras sobrenaturales.» ¿Sabeis lo que sucederá entonces, hija mia? Qué no pudiendo el tribunal, á pesar de su odio, notar en vuestras respuestas la menor vacilacion, se verá obligado á reconoceros por la vírgen santa, elegida é inspirada; y por mas adictos que sean á los ingleses esos malvados, manifestándose por vuestros labios la verdad celeste, se verán obligados á creer en vuestras palabras, y á poneros en libertad, no obstante la infernal acusacion que os fulminan. ¡Qué dia tan feliz para mi aquel en que os vea enteramente libre, porque al fin habré contribuido en algo á vuestra libertad!...

—Mientras no se trate mas que de decir la verdad para salvarme, es mi libertad segura, repuso Juana cediendo á la esperanza. ¡Gracias por ello sean dadas á Dios y á vos padre mio!

—Solo una palabra me falta añadir. Si se os piden detalles circunstanciados acerca de la forma y figura de vuestras apariciones, negaos siempre á darlas, á fin de que no puedan deducir de ellas proposiciones malsonantes. Limitaos á la afirmacion pura y simple de la divina realidad de vuestras visiones y revelaciones...

(Oyóse en los corredores el rumor de numerosos pasos, sonido de armas y las siguientes palabras):— ¡A vuestros puestos! ¡á vuestros puestos! que llega el comandante de la torre.

—Es el comandante, dijo Loyseleur á Juana prestando atento oído. Quizás venga el carcelero á realizar sus amenazas de arrancarme de vuestro lado, ¿Qué medio nos restará en ese caso para volver á vernos alguna otra vez? Dios que vé mis intenciones, me lo procurará sin duda...

(De repente se abrió la puerta de la prision con estrépito, entrando el comandante seguido de Jhon y de los carceleros).

—Qué se conduzca á ese viejo ruin á otro calabozo, dijo el comandante, designando á Loyseleur.

—Señor, os suplico que me permitais quedarme con Juana, á la que amo ya como á mi propia hija...

—Si amas á esa hechicera como hija, no me queda duda alguna de que eres su padre Satanás.

—¡No nos separeis por piedad!

—¡Fuera de aqui, viejo Belcebú! exclamaron á un tiempo el capitán y Jhon.

— ¡Vamos, vamos, en pié... despachemos!...

Levantóse entonces Loyseleur de su cama haciendo con los grillos un siniestro rumor y lanzando ahogados suspiros, mientras que se adelantaba Juana, cuanto se le permitia la longitud de su enorme cadena, hácia el capitan, pidiéndole que le permitiese volver á ver alguna que otra vez á su compañero de infortunio.

— ¡No tendrás mas visita que la del verdugo, bribona!

— Sois incapaz de abrigar un sentimiento de piedad en vuestro corazon, capitan, dijo Loyseleur llevando á los ojos sus manos encadenadas.

— ¡Anda, anda! tiempo tendrás de sobra para llorar en tu calabozo, dijo Jhon empujándole con violencia.

— Señor capitan, atended por piedad mi suplica... permitidme volver á ver á ese buen anciano, repitió Juana con sentido acento.

— Segun sean las órdenes del conde de Warwick, podré acceder tal vez á vuestros deseos, contestó el capitan fingiendo enternecerse y mirando de soslayo á Loyseleur; pero lo que es al presente... (dirigiéndose á John) llevaos á ese anciano.

— ¡Valor, noble Juana, valor, hija querida!... y sobre todo, acordaos de mis consejos... (dijo el traidor mientras salia).

— ¡No permita Dios que llegue nunca á olvidarlos! ¡Sea el Señor en vuestra ayuda, padre mio...! (Y volvió la jóven á caer rendida en su duro lecho).

— Quitad los grillos á la prisionera, dijo el capitan dirigiéndose á John, pues va á conducirsela arriba... el tribunal está ya reunido.

— ¡Tan pronto Dios mio!... ¡tan pronto!...

— Al fin tiemblas hechicera... Luego tu bravura solo podia proceder del apoyo que te prestaba el diablo!..

Juana Darc sonrióse con amargo desden; acercáronse á ella John y otro carcelero á fin de quitarle de la cintura y de los piés las cadenas que la sujetaban. De repente se notó en la jóven un estremecimiento y apareció su semblante encendido por el fuego del pudor, al tocar sus miembros aquellos hombres salvajes que le quitaban las cadenas. Luego herida tambien Juana, no por un vano orgullo, sino en su dignidad, al ver que habia de presentarse ante sus jueces con un vestido hecho girones, se dirigió al capitan diciéndole.— Señor, tengo en aquel cofrecito alguna ropa; asi pues dignaos salir con vuestros hombres, para que pueda vestirme.

— Dejarte sola para que encontrasemos á nuestro regreso vacío

el calabozo? ¿para que pudieses elevarte á los aires con el auxilio de tu magia? ¡no, no! si quieres cambiar de vestido, tendrás que hacerlo en nuestra presencia, y en lugar de algunos breves momentos, te concederé todo el tiempo que quieras para arreglar tu tocado... y hasta si lo exiges, hermosa hechicera mia, me convertiré por tí en camarera.

Solo contestó Juana á semejante sarcasmo con estas palabras:

—Presentadme al tribunal... ¡Acude Dios de bondad en mi auxilio!...

EL PROCESO DE JUANA DARCI.

El tribunal de la Inquisicion ante el cual debia comparecer Juana Darc, estaba reunido en una vasta sala del antiguo castillo de Ruan, cuyas bóvedas, paredes y columnas habia ennegrecido el tiempo. Eran las ocho de la mañana, en cuya hora reinaba aun en ella una pálida claridad, merced al tiempo glacial y brumoso del mes de febrero, y á no penetrar en aquella vasta nave mas que por una sola ventana ojival, practicada en el espeso muro tras el estrado que ocupaban los jueces presididos por el gran inquisidor PEDRO CAUCHON. A la izquierda del tribunal habia la mesa de los escribanos, encargados de reproducir la minuta del interrogatorio y de las respuestas de la acusada; y enfrente de esta última mesa el asiento de *Pedro de Estivet*, quien desempeñaba el cargo de fiscal. Nada mas siniestro que el aspecto de aquellos hombres los cuales para preservarse del frio, llevaban unas largas túnicas forradas cuyas cogullas echadas hácia adelante les cubrian casi enteramente el rostro. Estaban vueltos de espaldas á la única ventana que daba luz á aquella triste sala, quedando de este modo todos los jueces ocultos en la sombra; solo en la punta de sus negras cogullas se veia reflejar un destello de escasa luz que se deslizaba hasta los hombros. Vestia el inquisidor general de Beauvais su gran trage de ceremonia.

Hé aqui el nombre de los jueces que asistieron á esta primera sesion, con sus numerosos asesores encargados de sustituirles en caso de necesidad. Los catedráticos de la Universidad de Paris, debian asistir en su mayor parte á las sesiones sucesivas. Hé aqui esos execrables nombres que nunca debeis olvidar, hijos de Joel, por ha-

ber de estar escritos con caracteres de sangre en la memoria de todos los hombres.

PEDRO DE LONQUEVILLE.—JUAN HULOT DE CHATILLON.—JACOBO GUESDON.—JUAN LEFEVRE.—MAURICIO DE QUESNAY *catedrático de Teología*.—GUILLERMO LÉBOUCHIER, *doctor en derecho*.—GUILLERMO DE CONTI.—BONUEL.—JUAN GARIN.—RICARDO DE GRONCHET.—PEDRO MINIER, *doctor en teología*.—RAUL SAUVAGE.—ROBERTO BARBIER.—DIONISIO GASTINEL.—JUAN LEDOUX.—JUAN BASSET.—JUAN BRUILLOT,—ALBERTO MOREL.—JUAN COLOMBELLE.—LORENZO DUBUST, *doctor en derecho*.—RAUL AUGUY.—ANDRES MARGUERIE.—JUAN ALESPEE.—GOFREDO DE CROTAY,—GILDES CHAMPS.—JUAN LEMAITRE, *inquisidor de la fé*, y finalmente, NICOLAS LOYSELEUR que ocultaba completamente el rostro bajo su cogulla. Los escribanos eran, TOMÁS DE COURCELLES, MANCHON, TAQUEL Y BOISGUILLAUME, los cuales estaban en su respectiva mesa, dispuestos á hacer la minuta del proceso; asimismo ocupaba su puesto el fiscal PEDRO DE ESTIVET. Despues de saludarse tomaron asiento los jueces.

El inquisidor general PEDRO CAUCHON, levantándose.—Carísimos hermanos: El Fiscal Pedro de Estivet va á leeros la resolución por nos tomada. (Volviéndo á sentarse).

Tomó Pedro de Estivet de encima la mesa un pergamino y leyó lo siguiente: «Os hemos convocado, carísimos hermanos, para que examineis y juzgueis, en nombre del santo tribunal de la Inquisición los hechos citados á continuación:

«Hay una cierta mujer llamada vulgarmente *Juana la Doncella*, la cual fué hecha prisionera en Compiégne por las tropas de nuestro señor Enrique VI, rey de Inglaterra y de los franceses.

«Como consideramos á la referida muger culpable del delito de heregia, hemos creído cumplir con nuestro deber procesandola y haciendo que nos fuese remitida. Nos ha obligado á dar este paso el clamoreo general que han levantado en todas partes los hechos y acciones de la referida Juana, hechos y acciones atentatorios, no solo á nuestra fé, si que tambien á la de la Francia y á la de la cristiandad entera; así pues, queriendo proceder en este asunto con todo el cuidado y madurez que reclama la justicia, hemos decretado que fuese la referida Juana presentada ante nosotros para interrogarla acerca de aquellos hechos y acciones así como tambien sobre las proposiciones concernientes á la fé, haciéndola al efecto comparecer ante nosotros en esta sala del castillo de Ruan, hoy dia 20 de febre-

ro de 1431, á las ocho de su mañana, para que pueda contestar á los cargos que se dirigen contra ella.» (Pedro de Estivet volvió á sentarse).

— Introducid á la acusada, dijo entonces Pedro Cauchon.

A semejante orden salieron dos alguaciles ó porteros vestidos de negro, los cuales volvieron á entrar al poco rato conduciendo á la infeliz Juana Darc. Esta guerrera que tan resuelta y serena se la veía poco antes montada en su corcel de batalla, aguardando impaciente el momento de cargar sobre el enemigo con su bandera desplegada, temblaba entonces de miedo á la sola vista de aquel tribunal, ó mejor de aquellos jueces medio ocultos en la sombra, que mudos é inmóviles, parecían otros tantos fantasmas. Acordóse entonces Juana de las palabras y consejos del pérfido Loyseleur, estando empero muy lejos de creer que se encontrase también entre sus jueces. El recuerdo de sus palabras y de sus consejos la consolaba y la hacia estremecer á la vez, puesto que al indicarle aquel los medios que debía emplear por no caer en los lazos que se le tendían, la había hecho entrever que estaba el tribunal resuelto á condenarla á la hoguera. Esta cruel idea infundió de tal modo el terror y el espanto en el ánimo de la prisionera, debilitada ya por tantas miserias y aflicciones, que sintió temblarle las rodillas apenas entró en la sala, viéndose obligada á apoyarse en el brazo de uno de los alguaciles, y á detenerse un momento. Al aspecto de aquella jóven que apenas contaba diez y nueve años, tan hermosa aun, á pesar de su palidez, de su flaqueza y de su vestido hecho girones, contemplaronla sus jueces con sombría curiosidad, sin experimentar ningún sentimiento de interés ni de piedad para con la heróina de tantas victorias. Considerada como enemiga bajo el punto de vista político, solo animadversión podía prometerse de sus bárbaros jueces, por haber ya de antemano cerrado su corazón á todo sentimiento de piedad. Los altos hechos, el genio y la gloria de la prisionera, les irritaban tanto más, cuanto mayor era la convicción que tenían de que iban por egoísmo y por espíritu de partido á cometer un crimen horrendo. Juana Darc, dominando al fin su emoción, tomó aliento y se adelantó en medio de los dos alguaciles que no la dejaron hasta llegar junto al tribunal. No se atrevía la pobre jóven á fijar la vista en sus jueces; quitóse respetuosamente la especie de gorro que cubría su cabeza, y después de haberse inclinado se quedó de pié.

— Juana, acercaos... (acercóse la jóven). Nuestro deber como

inquisidor general, continuó Cauchon, nos obliga á advertiros caritativamente, que para acelerar el fallo de vuestro proceso, y para alivio de vuestra alma, debeis decir la verdad en todo, y contestar sin rodeos ni subterfugios á las preguntas que se os hagan. Vais á jurar sobre los santos Evangelios decir la verdad en todo. (Dirigiéndose á uno de los alguaciles). Traed un misal.

Trajo el alguacil un misal, y lo presentó á Juana Darc.

—Juana, de rodillas... ¿jurais sobre ese misal decir la verdad?

—Aun no sé sobre que quereis interrogarme, señores; podeis hacerme preguntas, á las cuales no me sea posible contestar.

—Jurais contestar sinceramente á cuanto se os pregunte acerca de vuestra fé... y de todo lo demás...

—Juro decir la verdad, contestó Juana arrodillada y con voz solemne poniendo las manos sobre el misal.

—¿Cuales son vuestros nombres de pila?

—En Lorena se me llamaba Juanita.. pero despues de mi llegada á Francia, se me llamó Juana.

—¿Dónde nacisteis?

—En el pueblecito de Domremy, situado en el valle de Vaucouleurs.

—¿Como se llamaban vuestros padres?

—Mi padre se llamaba Jacobo Darc... y mi madre Isabel Romee, contestó Juana vivamente afectada.

—¿En que iglesia fuisteis bautizada?

—En la de Domremy.

—¿Quienes fueron vuestros padrinos?

—Llamábase mi padrino Juan Lingué y Sibila, mi madrina. (No pudo Juana contener una lágrima á semejante recuerdo).

—¿Era esa mujer la que pretendia haber visto á las hadas... siendo considerada como adivina y hechicera?

—Mi madrina era una mujer buena y prudente.

—¿Sabeis el nombre del sacerdote que os bautizó?

—Si; Maestre Juan Minet, nuestro cura-párraco.

—¿Que edad teneis?

—Pronto voy á cumplir diez y nueve años.

—¿Sabeis el Padre Nuestro?

—Desde que me lo enseñó mi madre, (lanzando un suspiro).

—¿Prometeis formalmente no intentar escaparos del castillo de Ruan, so pena de pasar por herege, puesto que demostraria vues-

tra tentativa de evasión queriendo evitar el ser juzgada por nuestro Tribunal?

—No acepto este compromiso, pues no quiero prometer que renuncie desde ahora á todo proyecto de fuga.

—Entonces se doblará el peso de vuestras cadenas, á fin de que no podáis intentarlo, dijo Cauchon con tono amenazador.

—No hay preso que no tenga el derecho de escaparse de su cárcel.

—Oidas las palabras de rebelion que acaba Juana de pronunciar, confiamos particularmente su custodia al noble *Juan le Gris*, guardia de nuestro señor el rey de Inglaterra y de Francia, para cuyo cargo le damos por adjuntos á los caballerizos *Berwick* y *Talbot*, gendarmes ingleses, quedando los tres encargados de la custodia de la prisionera sin permitir que nadie la hable ni se acerque á ella, como no sea mediante nuestro permiso. (Dirigiéndose al tribunal.) Nuestros carísimos hermanos pueden hacer á la procesada cuantas preguntas juzguen necesarias.

—Juana ¿jurais decir verdad sobre todo cuanto seais preguntada? dijo uno de los jueces.

—Lo he jurado ya, y esto basta; ¡sabed que yo no miento jamás.

—¿Se os enseñaron en la infancia las labores propias á vuestro sexo?

—Si; mi madre me enseñó de coser y de hilar

—¿Teniais confesor?

—Si, al cura de nuestra parroquia.

—¿Le hablasteis nunca de vuestras revelaciones?

—No.

(Cambiaron los jueces entre sí algunas miradas significativas, y hasta algunas palabras en voz baja.)

—¿Porqué ese silencio con respecto al cura de vuestra parroquia, cuando era vuestro confesor, y debiais decírselo todo?

—No creí deber publicar mis revelaciones, porque entonces mis padres se habrían opuesto indudablemente á la realizacion de mi empresa.

—¿Creeis haber cometido algun pecado al abandonar de aquel modo á vuestros padres, faltando tan abiertamente al siguiente precepto de Dios: «¿Honrarás á tu padre y á tu madre?..»

—Nunca les desobedecí en todo el tiempo que estuve con ellos... Pero ya les he escrito, y me han perdonado...

— Así, pues, ¿creeis poder faltar á los mandamientos sin cometer ningun pecado?

— ¡Dios me mandaba que volase al socorro de Orleans, y aunque hubiese sido hija de un rey... habria partido!

— Luego pretendéis haber tenido revelaciones y visiones... ¿qué edad tendríais entónces? preguntó Cauchon dirigiendo al tribunal una mirada de inteligencia.

— Tenia trece años y medio; era en verano, á las doce del dia, y habia ayunado la víspera; oí la voz hácia la parte de la Iglesia, y descubrí al propio tiempo un gran resplandor que me deslumbró.

— ¿Y estais bien segura de haber oido en realidad esas voces?..

— He aquí el lazo, pensó Juana para sí, de que me advirtió aquel buen anciano, el cual debo evitar diciendo la verdad... por otra parte, como tambien he jurado decirla... (En voz alta.) Oí aquellas voces tan clara y distintamente, como estoy ahora oyendo la vuestra, señor inquisidor.

— ¿Os afirmáis en ello?

— Si, señor; me afirmo en ello por ser la pura verdad.

— ¿Habeis copiado textualmente la respuesta que acaba de dar la acusada? dijo Cauchon á los escribanos, despues de un momento de silencio y de haber dirigido al Tribunal una mirada de satisfaccion.

— Si, señor, contestó uno de los escribanos.

— Y desde que estais en Francia, Juana ¿habeis vuelto á oír aquellas voces?

— Si.

— ¿De donde procedian aquellas voces á vuestro entender? preguntó entonces otro de los jueces.

— ¡De Dios! contestó Juana con tono de conviccion profunda.

— ¿Cómo podeis saberlo?

— ¿Recordais las circunstancias de cuando caisteis prisionera en Copiegne?

— ¿Quién os dictó la carta que dirigisteis á los ingleses?

Despues de haber dirigido á la vez á Juana Darc todas estas preguntas incoherentes, al objeto de que no pudiese contestar á ellas sin confusion, guardó la jóven por un momento silencio, y repuso:

— Si me preguntais todos á la vez, imposible me será el contestar á vuestras preguntas.

— Finalmente, ¿qué es lo que os induce á creer que las voces de que hablais fuesen divinas?

— Aconsejábanme que me portara siempre como una jóven honrada, diciéndome luego, que con la ayuda de Dios, salvaria á la Francia.

— ¿ Os fué nunca revelado que si llegabais á perder vuestra virginidad, dejariais de ser afortunada en la guerra ?

— Nunca me fué esto revelado, contestó la jóven con rubor.

— ¿ Y fué al ángel San Miguel, al que prometisteis quedaros doncella ?

— Hice este voto á mis santas.

— ¿ Fueron las *voces* de vuestras santas las que os mandaron partir para Francia ?

— Si, por la salvacion de la Francia y de su rey.

— ¿ Era en aquella época cuando tuvisteis la aparicion de santa Catalina y de santa Margarita, y á las cuales atribuiais aquellas *voces* ?

— Si.

— ¿ Estais segura de haber visto aquella aparicion ? repuso Cauchon lentamente.

— Del mismo modo que lo estoy ahora, de veros á vos, señor.

— ¿ Os afirmais en ello ?

— Y lo afirmaré siempre.

Nuevo y profundo silencio entre los jueces; hubo algunos de ellos que hicieron apuntes, y otros que trocaron en voz baja algunas palabras.

— ¿ Cómo pudisteis saber que aquellas á quienes dabais los nombres de santa Catalina y santa Margarita, fuesen realmente santas ?

— Lo conocí en su misma santidad.

— ¿ Se os apareció tambien el Arcángel san Miguel ?

— Si.

— ¿ Cómo iba vestido ?

— Lo ignoro... (recordando los consejos de Loyseleur.)

— ¿ Nada contestais ? ¿ Por ventura iba el ángel desnudo ?

— ¿ Creeis que faltasen á Dios medios para vestirle ? contestó la jóven con rubor.

— Hablais con bastante audacia ; ¿ os creeis estar al presente en gracia de Dios ?

— Si no estoy en este estado, ojalá que Dios me ponga en él... y si estoy... que me permita perseverar siempre en el mismo... (Con voz alta y resuelta). Recordad bien lo que voy á deciros : sois mis

jueces , y poneis gran cuidado en acusarme... y sin embargo , mi conciencia está tranquila...

Estas nobles palabras pronunciadas por la guerrera con toda la convicción de su inocencia , demostraban la desconfianza que tenia en sus jueces , asi como tambien el cambio operado en ella desde el principio del interrogatorio. ¿ De que podia proceder aquel cambio? De que habia invocado la Doncella secretamente á *sus voces*... las voces de su conciencia y de su fé , y que le habian estas contestado : — « Nada temas, contesta con firme dignidad á esos pérfidos jueces... tu conducta ha sido siempre sin mancha... Dios te protege y no te abandonará »

Alentada por esta idea y por esta esperanza , levantó la heroína su frente , su pálido y hermoso rostro recobró en un momento su color perdido y fijando resueltamente sus negros y rasgados ojos en el inquisidor... presintió que era su enemigo mas encarnizado. Al notar los jueces la creciente seguridad de la acusada , momentos antes tan abatida y tímida , no pudieron disimular su placer , por ser aquella animacion favorable á sus bárbaros proyectos. Con efecto , Juana Darc en su ardorosa animacion , podia hacer algunas confesiones que no habria hecho á conservarse reservada , tímida y desconfiada. A pesar de toda su perversidad , no pudo el inquisidor sostener la mirada altiva y pura de la acusada ; asi que bajó los ojos y continuó el interrogatorio consultando un pergamino :

— Tenemos pues , que por mandato de vuestras *voces* , fuisteis Juana á encontrar en Vaucouleurs á un capitan , llamado Roberto de Vaudricourt , el cual os dió una escolta para que os condujese á la presencia del rey , á quien prometisteis que el sitio de Orleans seria levantado ?

— Si.

— ¿ Reconoceis haber dictado una carta dirigida al duque de Bedford , regente de Inglaterra , y á otros ilustres capitanes ?

— En efecto redacté esa carta en Poitiers.

— ¿ Es verdad que amenazabais en ella á los ingleses con la muerte ?

— Si... en caso de no volverse á su pais , y de continuar acumulando miserias sobre el pobre pueblo de Francia.

— ¿ Fué escrita esa carta por vos bajo la invocacion de Nuestro Señor Jesucristo y de su madre inmaculada la Virgen Maria ?

— Siempre encabezaba mis cartas con los nombres de *Jesus* y de

Maria en forma de oracion... ¿Era esto por ventura un mal?

Nada contestó Cauchon, limitándose á lanzar una mirada oblicua sobre el tribunal, mientras escribian en tablillas los mas de los jueces la última respuesta de la acusada, la cual debia ser de la mayor gravedad, á juzgar por la prisa con que la anotaban... Luego añadió:— ¿De que modo firmabais las cartas dictadas por vos?

— Yo no sé escribir; asi es que ponía por toda firma una cruz.

Esta segunda respuesta, no menos peligrosa que la primera, fué notada por los jueces con el mismo empeño, quedando la sala en el mas profundo silencio. Pareció entonces interrogar el inquisidor con la mirada á los escribanos preguntándoles si habian copiado las palabras de la acusada, á las cuales debia dar mucha importancia; en seguida volvió á dirigirse á la heróina:

— Despues de algunos combates ¿fuisteis vos la que obligasteis á los ingleses á levantar el sitio de Orleans?

— Mis voces me lo aconsejaron... combatí... Dios nos dió la victoria...

— A ser aquellas voces las de Santa Margarita y de Santa Catalina, ¿parece que deben estas santas aborrecer mucho á los ingleses?

— Lo que Dios aborrece, lo aborrecen tambien ellas... asi como lo que él ama, ellas tambien lo aman!

— Pues entonces, ¿Dios debe de amar á los ingleses, puesto que por tanto tiempo les ha dado la victoria?

— Pero al fin les habrá abandonado para castigar su crueldad.

— ¿Porqué habria escogido Dios para vencerles á una jóven de vuestra condicion con preferencia á cualquiera otra persona?

— Por haber dispuesto Dios que fuesen derrotados los ingleses por una pobre jóven como yo...

— ¿Qué sueldo os daba el rey para servirle?

— Nunca pedí al rey cosa alguna; solo queria buenas armas, buenos caballos y que se pagase á mis soldados!...

— Cuando dispuso el rey que entraseis en campaña, ¿de que clase era el estandarte que os mandasteis hacer?

— De raso blanco... (Inclinó la Doncella tristemente la cabeza al recuerdo de sus pasadas glorias, tan terribles para los ingleses, y ahogó un suspiro al pensar que se veia en su poder.)

— ¿Llevabais algunas figuras en vuestro estandarte?

— Habia dos ángeles teniendo algunas flores de lis... en honor del rey.

Tambien estas últimas palabras fueron anotadas con visible empeño por los miembros del tribunal; dirigióse entonces uno de estos á la guerrera en los siguientes términos:

— ¿Renovabais muy á menudo vuestro estandarte?

— Cuantas veces rompía mi lanza en las batallas, lo que sucedía con mucha frecuencia.

— Y los demas que os seguian á los combates ¿se habian hecho entregar tambien estandartes iguales al vuestro?

— Habia algunos que sí, otros que no.

— Los que llevaban un estandarte igual al vuestro ¿eran mas afortunados en la guerra?

— Si... cuando eran valientes...

— Los que os seguian al combate ¿era porque os creyesen inspirada por Dios?

— Unicamente les decia: « ¡Acometamos con valor á los ingleses! » y como era yo siempre la primera en dar el ejemplo, los demas me seguian.

— Finalmente ¿creian ó no vuestras tropas que fueseis inspirada?

— Qué lo creyesen ó no, es lo cierto que confiaban mucho en mi valor.

— Cuando vuestro rey fué consagrado en Reims, ¿no hicisteis vos ondear con orgullo vuestro estandarte sobre la cabeza de aquel príncipe?

— No; solamente acompañé al rey hasta la catedral con mi estandarte en la mano, seguida de los gefes del ejército.

— De modo ¿qué erais vos la única que llevabais el estandarte en aquella solemnidad?

— Ya que habia participado del peligro, debia participar tambien de la gloria.

Esta contestacion sublime, que tan bien demostraba su legítimo orgullo con una sencillez encantadora, afectó vivamente á los verdugos de la víctima, á pesar de su encarnizamiento contra ella. Palabras heróicas que indicaban claramente á cuan alto precio habia adquirido Juana su inocente triunfo! ¡Cuántos peligros, cuantos amargos dolores, cuantas decepciones, se habia visto obligada á sufrir para alcanzarlo! ¡Asi tu glorioso estandarte, como tu misma, pobre víctima, habiais participado de inmensos peligros! ¡Sufrió tu cuerpo virginal todas las fatigas de la guerra, derramaste tu

sangre preciosa en los campos de batalla, luchaste con constancia admirable con las mortales angustias del mas santo patriotismo contra tenebrosas maquinaciones, contra las infames traiciones de los gefes de tu mismo ejército, que causaron al fin tu pérdida; luchaste asimismo contra la cobarde inercia de Carlos VII, monarca ingrato, al que llevaste de victoria en victoria hasta Reims, donde le hiciste consagrar; sin tener por todo esto mas recompensa que el hacer á tu estandarte participe del *honor* de aquella consagracion que debia en tu concepto salvar á la Galia! ¡Si, si, vírgen de la patria! TU ESTANDARTE HABIA PARTICIPADO DEL PELIGRO... JUSTO ERA QUE PARTICIPASE TAMBIEN DEL HONOR...

La sorpresa que causaron á los jueces aquellas palabras sublimes, produjo un silencio sepulcral, que al fin Cauchon fué el primero en romper, dirigiéndose á la acusada con voz lenta, y pesando cada una de sus palabras, prueba evidente de la peligrosa perfidia que contenian sus preguntas:

— Juana, cuando entrabais en una poblacion ¿es cierto que besasen sus habitantes vuestras manos, vuestros piés y vuestros vestidos?

— Tal era al menos su deseo; y si esto sucedia algunas veces, era porque no me atrevia á desairar á aquellas pobres gentes, por temor de causarles pena.

Muy contraria debia de ser á la acusada la respuesta que acababa de dar, cuando tanto se apresuraron los jueces á tomar copia de ella, y cuando entreabrió los labios de Cauchon una siniestra sonrisa. Luego continuó este su interrogatorio, consultando con rápida mirada el pergamino que tenia delante.

— Juana. ¿Habeis sacado jamás á algun niño de pila?

— Si, uno en Soissons, y dos mas en San Dionisio.

— ¿Que nombres les pusisteis?

— Dí á los niños el nombre de Carlos, en honor del rey de Francia... y á las niñas el de Juana por habermelo pedido sus madres...

Estas palabras, que tan declaradamente demostraban el entusiasmo que procuraba la guerrera inspirar al pueblo y su generosidad por Carlos VII, al que queria se le honrase, no como hombre sino como rey, á pesar de su cruel ingratitud, fueron un cargo mas contra la acusada; por esto no faltaron jueces que tomasen nota de ellas.

— ¿Es verdad que hubo en Lagny una madre que os suplicó fueseis á visitarle un niño moribundo?

— Si ; pero le habia conducido ya á la iglesia de Nuestra Señora , donde encontré á algunas jóvenes de la poblacion que oraban por la salud de aquel niño ; á mi vez me arrodillé entre ellas , y oré tambien por él.

— ¿Cuál de los dos papas es el verdadero ? preguntó Loyseleur á Juana , despues de haberse calado bien la cogulla , fingiendo una voz ronca y sombría.

— ¿ Es que hay dos papas ?

— Ya que es Dios el que os inspira ¿deberá haberos enseñado á cual de los dos habeis de obedecer ?

— Solo puedo contestaros sobre el particular , que el papa toca saber si obedece á Dios , asi como me toca á mi obedecer á aquel que es el representante de Dios en la tierra...

— Mi carisimo hermano , dijo Cauchon dirigiéndose á Loyseleur , reservaremos para otro interrogatorio la grave pregunta que acabais de hacer sobre la unidad de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante ; prosigamos ahora el interrogatorio acerca de otras materias. (Dirigiéndose á Juana Darc con una inflexion de voz que indicaba la gravedad de la pregunta). Cuando al partir de Vaucouleurs tomasteis el traje de hombre... ¿fué á instancias de Roberto de Baudricourt ó por determinacion vuestra ?

— Fuí yo la que me determiné á ello.

— ¿ Pero no serian vuestras voces las que os aconsejaron que dejaseis el traje correspondiente á vuestro sexo ?

— Todo lo que he hecho de alguna utilidad ha sido por el consejo de mis voces... Siempre que he logrado comprenderlas bien , he sido por ellas bien guiada.

— ¿ Así pues , no creeriais pecar cuando adoptasteis el traje de hombre que aun conservais ahora ?

— ¡ Así pudiese verme ahora libre con mi traje de hombre , mi caballo y mi armadura , para defender á la Francia y atacar á los ingleses ! contestó Juana con sentimiento.

— ¿ Os gustaria oir misa ?

— Es lo que deseo mas ardientemente , contestó Juana estremeciéndose de gozo.

— No podeis oir misa con ese traje por no ser el de vuestro sexo.

— ¿ Me prometeis permitirme oir misa , si vuelvo á tomar mi antiguo traje ?

— Si.

(Hizo el inquisidor general un movimiento de impaciencia y reprobó con una mirada la indiscrecion del juez).

— Pues entonces que se me dé un vestido largo y me lo pondré para ir á la capilla; pero al volver á mi cárcel tomaré nuevamente el traje de hombre.

El juez que habia sido antes reprehendido por la espresiva mirada del inquisidor general, consultó á este con la vista para saber si debia ó no acceder á la peticion de la acusada; y habiendo recibido una señal negativa, prosiguió interrogando á Juana:

— ¿Es decir, que persistis en conservar vuestro traje de hombre?

— Cómo mi custodia está confiada á hombres, creo que es el traje para mi mas á propósito.

— Mas claro, ¿llevasteis y continuais llevando esos vestidos por que asi os place, por creer sin duda que son los que os sientan mejor?

— Si; y los llevaré siempre.

Sucedió un nuevo silencio en la sala producido sin duda por la importancia que tendria en concepto de los jueces la contestacion categorica dada por la acusada; demostró asimismo el interes que á ella daban los inquisidores, el haber dirigido Cauchon á los escribanos la siguiente pregunta:

— ¿Habeis copiado exactamente las respuestas dadas por la referida Juana?

— Si, señor.

— Ya que tantas veces habeis hablado del arcángel San Miguel... ¿En que habeis podido conocer que fuese verdaderamente ese bienaventurado Santo el que veiais en vuestras apariciones?... ¿Cómo podeis saber que no fuese el demonio el que tomó la forma del ángel?

— He conocido ser San Miguel por sus consejos, los cuales siendo santos como eran, debian proceder de un ángel y no de un demonio.

— ¿Cuáles eran esos consejos?

— Ya lo he dicho... consistian en que me portase siempre como piadosa y honrada jóven; pues que asi mereceria la proteccion de Dios y el honor de salvar á la Francia.

— ¿De modo, que no solo afirmais haber tenido la aparicion del

arcángel San Miguel, si no tambien que habeis visto realmente á aquel santo?

— Si, lo afirmo por haberlo oido por mis propios oidos, y haberlo visto por mis propios ojos...

— Copiad textualmente esta respuesta.

— Asi lo haremos, señor, contestó uno de los escribanos.

Loyseleur, cuyo semblante cubria la cogulla enteramente, y que por mayor precaucion, llevaba atado un pañuelo en la parte inferior del rostro, se levantó y fué á hablar al oido del inquisidor general; dióse este una palmada en la frente, como si las palabras de su cómplice le hubiesen recordado alguna cosa ó despertado en él alguna idea. Terminada la breve conversacion que tuvieron en voz baja los dos personajes, volvió Loyseleur á ocupar su puesto.

— Juana, ¿ porque despues de haber caido prisionera en frente de Compiègne y de haberseos conducido al castillo de Beaurevoir, os precipitasteis de lo alto de una de aquellas torres?

— En efecto lo hice.

— ¿Cuál fué la causa que os indujo á tomar aquella desesperada resolucion?

— Habia oido decir en mi cárcel que iba á ser entregada á los ingleses... á semejante noticia me arrojé de lo alto de la torre prefiriendo morir antes que caer en sus manos.

— ¿ Y fueron tambien vuestras voces las que os aconsejaron obrar de aquel modo?

— No... al contrario, me lo desaconsejaron, diciéndome «que tomase aliento, que Dios acudiria en mi auxilio, y que es siempre cobardia el huir del peligro...» Pero el temor que tenia á los ingleses, pudo mas en mi que el consejo de mis voces.

— ¿ Teniais intencion de daros la muerte al arrojaros de lo alto de la torre?

— No; queria salvarme... y al saltar me encomendé á Dios, esperando que con su auxilio, lograria escapar á los ingleses.

— Despues de vuestra caida, ¿ renegasteis acaso del Señor y de sus santos?

— Jamás he renegado del Señor ni de sus santos.

— ¿ Invocasteis á vuestras santas en el momento de saltar de la torre?

— Si, las invoqué, á pesar de oponerse ellas á que saltara... les pedí la proteccion de Dios por la Galia, mi libertad y la salvacion de mi alma.

— ¿Desde que estais presa en Ruan os han prometido nunca vuestras voces que llegarías á alcanzar vuestra libertad?

— En este mismo instante acaban de decirme: «Tómalo todo con paciencia, sufre con valor tu martirio... y ganarás el paraíso!»

— ¿Y vos creis ganarlo?

— Lo creo como si estuviese ya en él, contestó Juana con una convicción radiante

— ¡Hé aqui una contestacion de gran peso! dijo Cauchon lanzando á los jueces una mirada espresiva.

— ¡Así es, que mi creencia en el paraíso es el mayor de todos mis tesoros!.. (Repuso Juana con celestial sonrisa).

El rayo de viva fé que iluminaba las facciones de la vírgen guerrera, daba á estas en aquel momento una espresion divina. Sus negros ojos, en los que brillaba el fuego sagrado de la inspiracion, levantados al cielo un momento en que se serenó este enteramente, contemplaban su color cerúleo al través de la ventana de aquel triste edificio. Acababa Juana en el arrobamiento de su celeste esperanza de pertenecer á la tierra... pero ¡ah! un incidente pueril vino á recordar á la pobre prisionera las realidades de la vida: un alegre pajarillo fué revoloteando á rozar con sus ligeras alas los vidrios del ventanal, y al ver la heróina á aquel pajarillo libre en la inmensidad del espacio, recordó la desgracia que pesaba sobre ella, y desplomándose del hermoso cielo de su esperanza, cayó en la tierra sin fuerzas, casi exanime y derramando abundantes lágrimas. No le permitieron aquellas diversas emociones notar la alegría feroz que demostraban sus bárbaros jueces al anotar en sus tablillas aquellas dos respuestas que, unidas á las demás que habia dado, debian conducirla á la hoguera:

«La sobredicha Juana ha apelado voluntariamente al suicidio arrojándose desde lo alto de la torre de Beaurevoir.»

«Tiene la referida Juana la sacrílega audacia de decir, que se cree ya tan segura en el paraíso, como si estuviese ya en él.»

He aquí lo que escribieron los jueces en sus tablillas. Pero como la mision de los verdugos no se habia cumplido aun, fué arrancada nuevamente la heróina de sus dolorosas reflexiones por la voz del inquisidor Cauchon, quien continuó de este modo su interrogatorio.

— ¿Creeis estar en pecado mortal?

— Yo me dirijo siempre á Dios en todos mis actos.

— Pues entonces ¿creeis que es inútil la confesion aun que esteis en pecado mortal?

— No he cometido en mi vida un pecado mortal.

— ¿Como podeis saberlo?

— Porque á haberlo cometido mis *voces* me lo habrian echado en cara, y no habrian continuado dispensándome su proteccion. Con todo, me confesaria si me lo permitieseis, porque nunca está la conciencia pura.

— Decidme ¿no es un pecado mortal el prender á un hombre en rehenes y hacerle morir en su prision?

— ¿Quién ha hecho esto?

— Vos.

— Yo, nunca he cometido semejante crimen, repuso Juana justamente indignada.

— ¿Y Franquet de Arras?

— Era Franquet de Arras un capitan de aventureros borgoñones, á quien hice prisionero de guerra: confesó ser traidor, ladrón y asesino, siendo juzgado como tal por los jueces de Senlis. Habiendo sido condenado á muerte, pedí que no se ejecutase la sentencia á fin de poder cangearlo con un honrado habitante de Paris que estaba en poder de los ingleses; pero habiendo sabido despues que habia muerto este en la cárcel, dije al bayle de Senlis:

— «El prisionero por quien me interesaba ha muerto; podeis desde ahora poner en cumplimiento la sentencia que recayó contra Franquet de Arras por traidor, ladrón y asesino.»

— ¿Es cierto, que hicisteis dar una cantidad al que cooperó con vos á la captura de Franquet de Arras?

— Nunca fuí tesorera de Francia; no podia por lo tanto hacer dar dinero á nadie.

— ¿Qué es lo que os proponiais al esponer un *ex-voto* de armas en la basílica de San Dionisio?

Absorta Juana Darc por los recuerdos que despertó en ella esta pregunta, no contestó á ella. Gravemente herida frente á los muros de Paris, habia ofrecido como piadoso homenaje su armadura á la Virgen Maria, cediendo á un arranque de indignacion provocado por la cobardía de Carlos VII, el cual, despues de los prodigiosos resultados que dió la victoriosa campaña de la heróina, regresó á Turena al lado de sus favoritos. En vano le habia dicho Juana: «Desafiad á los ingleses, únicos que defienden actualmente los muros

de Paris; presentaos audazmente á las puertas de esta ciudad, prometiendo á los parisienses olvidar lo pasado, y la paz y concordia para el porvenir; no dudando que si obráis de este modo, reconquistareis la capital de vuestro hermoso reino.» Pero el rey, como siempre, retrocedió ante el peligro. Desesperada Juana al ver desechados sus prudentes consejos, quiso renunciar para siempre á la guerra, y ofreció en ex-voto su armadura á la Vírgen María. En la imposibilidad de hacer esta confesion á sus jueces, sin acusar y cubrir de ignominia á su rey Cárlos VII ante sus enemigos, guiada por la generosidad de su alma, se negó á contestar la pregunta que se le habia dirigido. El trono representaba á la Francia, así es que la ignominia del rey, habria recaído sobre todo el reino. Limitóse pues Juana á contestar á Cauchon de un modo evasivo que dejase á cubierto el honor de Cárlos VII.

— Habia sido herida frente á los muros de Paris, y como no fué mi herida mortal, ofrecí en reconocimiento mi armadura á la Vírgen de San Dionisio.

— ¿Durante el tiempo que hicisteis la guerra, llevando armadura y traje de hombre, recibisteis alguna vez el sacramento de la Eucaristia?

El movimiento instantáneo que hicieron todos los jueces, su atencion y profundo silencio, demostraban la extrema gravedad de la pregunta que acababa de dirigirse á la acusada.

— He comulgado todas cuantas veces me ha sido posible, sin que fuese aun tan á menudo como mi corazon deseaba...

— Escribanos, ¿lo habeis copiado? (Repuso Cauchon con viveza.)

— Sí, señor.

— ¿De qué punto salisteis la última vez que os dirigisteis á Compiègne?

— Salí de Crespy, en Valois, contestó Juana Darc vivamente afectada por aquel doloroso recuerdo.

— ¿Os aconsejaron vuestras voces aquella marcha, en la que fuisteis hecha prisionera?

— Durante la última semana de Pascua, mis voces me habian advertido aun, que pronto me veria cobardemente vendida y entregada... que era aquello inevitable... que debia sufrirlo con resignacion... y que vendria Dios en mi auxilio...

— ¿Vuestras voces os anunciaban pues, que debiais caer prisionera?

— Si, hacia mucho tiempo que me lo repetian... por esto pedia yo

siempre á mis santas que me hiciesen morir tan pronto como hubiese caído en poder de mis enemigos, á fin de que no tuviese que sufrir por mucho tiempo.

— ¿Os anunciaron vuestras *voces* precisamente el día en que seriais capturada?

— No me anunciaron precisamente el día de mi captura; pero sí que no tardaría en verme vendida y entregada... Así lo dije á los honrados habitantes de Compiègne el día de mi salida...

— Si vuestras voces os hubiesen ordenado que presentaseis la batalla en frente de Compiègne, advirtiendooos al propio tiempo que seriais aquel mismo día hecha prisionera ¿habriais obedecido su mandato?

— Habría obedecido con sentimiento; no por ello habría dejado de cumplir lo que me prevenían, cualquiera que fuese el resultado que pudiese tener aquel cumplimiento.

— ¿Pasasteis el puente al salir de Compiègne?

— También esto debe constar en el proceso; contesto Juana cruelmente afectada por aquel recuerdo.

— Contestad si, ó no.

— Pasé el puente; salí por el paso del reducto; atacué con mi compañía á los borgoñones del señor de Luxemburgo, arrojándoles por dos veces hasta sus atrincheramientos, y la tercera hasta la mitad del camino. Vinieron entonces los ingleses y me cortaron la retirada; hubo entonces varios de mis soldados que querían hacerme entrar nuevamente en Compiègne, pero había sido levantado el puente... Entonces fuí hecha prisionera... (Estremeciéndose.)

— Juana, terminado queda por hoy vuestro interrogatorio. Pedid al Señor que ilumine vuestra alma á fin de que podais alcanzar la salvacion eterna. ¡Que acuda Dios en vuestra santa ayuda! En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amen. (Hizo Cauchon la señal de la cruz)

Levantáronse entonces todos los jueces repitiendo en coro:— ¡Amen!

— Conduzcáse á la acusada nuevamente á su calabozo...

A esta órden, tomaron los dos alguaciles del brazo á Juana Darc, y la condujeron fuera de la sala, donde se encontraban los soldados ingleses encargados de custodiarla otra vez hasta su cárcel.

Lívica, macilenta, desconocida de resultas de la enfermedad, es-

taba Juana Darc recostada sobre la paja de su calabozo; su vestido estaba hecho girones, y sujetábala, como antes, una cadena por la mitad del cuerpo. Rodeó como mejor pudo con algunos trapos los pesados grilletes que llevaba en los tobillos, y cuya enorme presión lastimaba sus delicadas carnes, haciéndole en ellas diferentes llagas; abriósele además una de las gloriosas heridas alcanzadas en los campos de batalla. No eran empero todos estos males los que causaban principalmente la extraordinaria debilidad y la profunda alteración que se notaba en las facciones de la vírgen guerrera; otra era la causa extraña y tenebrosa que de algunos dias habia producido en ella aquel notable cambio. Habiendo notado uno de sus carceleros que apenas probaba Juana el triste alimento que se le destinaba, le dijo, «que á fin de recobrar el apetito» le enviaria el inquisidor Cauchon algunos platos de los que se servian en su mesa. Al dia siguiente comió la prisionera parte de un pescado que le envió el inquisidor; pero apenas acababa de probarlo, experimentó un vómito convulsivo, sus facciones se volvieron cadavéricas y cayó desmayada. Creyendo los carceleros que habia llegado Juana á su última hora, fueron en busca de un médico, el cual despues de haber descubierto los síntomas de un envenenamiento, logró restituirla á la vida, pero no pudo hacerla recobrar la salud. Desde entonces quedó la prisionera abatida, lánguida y sin fuerzas.

En el momento á que nos referimos, no se encontraba Juana en su calabozo enteramente sola, por estar á su lado el traidor Loyseleur *consolándola*. Creyéndose la infeliz Juana en su último trance, habia pedido con instancias tan vivas el consuelo de ver á su amigo por última vez, que no juzgaron sus verdugos deber oponerse á ello. Descubrir su alma leal y pura al anciano que tantas pruebas de afecto le diera el dia de su llegada, contarle su vida entera, hacerle algunos encargos para despues de su muerte, hé abí lo que se proponia Juana al pedir con tanto empeño que se le permitiese volver á ver á Loyseleur. Incapáz de abrigar su alma generosa un pensamiento innoble, nunca hubiera llegado á sospechar siquiera, que fuese aquel anciano otro de sus infames jueces, ni que se presentase en su lecho de dolor para acabar de perderla.

Despues de haber felicitado Loyseleur á su inocente víctima por el raro valor con que sostuvo la realidad de sus apariciones, casi le aseguró que quedaria libre, atendida la sinceridad que habia demostrado en su primer interrogatorio. Sin embargo, dijo á la Don-

cella que le convenia evitar otro lazo, quizás mas peligroso aun que el primero: tal era, en concepto de Loyseleur, la pregunta que le habia hecho uno de sus jueces (era el mismo) «sobre á cual de los dos papas entonces existentes debia obedecerse.» Ya que habia diferido el presidente aquella grave pregunta hasta el siguiente interrogatorio, debia procurar la acusada contestar á ella de modo que pudiese evadir toda responsabilidad, burlando así el empeño que tenian sus jueces en perderla. Nada mas fácil, segun Loyseleur, que obtener de Juana este resultado: se la obligaria á declarar, si en virtud de la obediencia debida al papa y á su Iglesia «se conformaba entera y absolutamente con la decision que sobre sus actos y palabras tomasen los jueces encargados de juzgarla, ya que pertenecian estos al santo tribunal de la inquisicion.» He aqui el nuevo lazo. Decididos los enemigos de Juana á intentarlo todo para condenarla, serian mucho mas poderosos contra ella desde el momento que les reconociese por sus jueces legítimos; si por el contrario les reusaba, lograria evitarles el medio de continuar en sus infames desig- nios.

Enteramente estraña Juana á aquellas sutilezas, ¿como podria dejar de creer en las falsas palabras de Loysoleur, ni dejar de ser víctima de la infame trama con tanta destreza urdida por este y por el inquisidor general? Empezó Loyseleur por presentar á Juana como medio de salvacion, la práctica constante de una de las virtudes mas relevantes que resplandecian en ella, la sinceridad, diciéndole:—«Sostened, como hasta aqui, que habeis visto y oido vuestras visiones y revelaciones.» Juana que en efecto habia visto y oido aquellas cosas, al parecer sobrenaturales, fué inquebrantable en su resolucion; aconsejada de distinto modo, quizás cediendo al terror que le causaba la hoguera, terror casi siempre insuperable en ella, habria consentido en dar á sus respuestas aquel correctivo aceptado por la inquisicion; esto es: he creido ver, he creido oir. De este modo habria podido evitar la condena fatal sobre este punto; pero aconsejada en sentido contrario por el perverso inquisidor, daba á sus enemigos armas terribles contra ella é iba á ser inevitable su condena. No satisfechos aun sus verdugos, querian aumentar mas y mas las causas que debian motivar la condena de Juana, para mejor justificar la sentencia sangrienta que iba á pesar sobre ella; á este fin procuraron presentar á la Doncella convicta y confesa del delito de heregia. El primer paso que debia dar para pro-

barlo, era insiguiendo el consejo de Loyseleur, rehusar no solo al tribunal de la Inquisicion, si que tambien á todos los demás tribunales, sin querer reconocer mas juez que á Dios para juzgar sus actos. ¿ Como no adoptar este consejo, cuando tan conforme estaba con los sentimientos de su alma? Desde su mas tierna infancia tenia ya una fé tan ardiente y viva en Dios y sus santos, que en nada consideraba Juana á las demás criaturas, cualquiera que fuese el caracter de que estuviesen estas revestidas; esto demuestra claramente la causa que le impidió, hasta en su edad mas tierna, confiar el secreto de sus visiones á su confesor, el párraco Minet. Asi pues, tanto por la naturaleza de su espíritu, de sus sentimientos y de sus creencias, como por la desconfianza que tenia en sus jueces, debia necesariamente rehusar á estos, y convencida como estaba de su inocencia, apelar de ellos para ante el tribunal de Dios, su divino maestro, creyendo evitar de este modo el nuevo lazo que le tendia la perversidad de sus enemigos.

Para asegurarla mas y mas en sus resoluciones, habia pasado el inquisidor Loyseleur á visitar á Juana Darc, lo que no le habia sido difícil lograr, atendida la disposicion en que se encontraba la infeliz prisionera. Despues de haber tenido con ella una larga entrevista y de haberle prodigado paternales y consoladoras palabras, se dispuso á separarse, llamando el carcelero al través de la rejilla que estuvo siempre abierta durante su permanencia en el calabozo. Presentóse John al primer grito, y acompañó al inquisidor con una fingida brutalidad, cerrando la puerta tras él y volviendo á quedarse la infeliz Juana enteramente sola.

Al descubrir la Doncella al inquisidor su vida entera y todas las afecciones de su alma cándida y pura, fué mas por el deseo que tenia de evocar los recuerdos de lo pasado en presencia de la triste suerte que la amenazaba, que por respeto y confianza que le inspirase el inquisidor. Como no habia cometido ningun crimen, no podia comprender que hubiese hombres que se empeñasen en condenarla á la hoguera, último y terrible suplicio que la hacia estremecer no obstante la bravura que se le habia visto desplegar siempre en los combates. Diferentes eran las causas que contribuian á que fuese en Juana el horror á la hoguera inmenso y terrible. Era una de ellas la verguenza de verse arrastrada al suplicio como una infame criminal á la faz del pueblo; la idea de los tormentos atroces que iba á experimentar cuando empezasen las llamas á devorar sus car-

nes, y sobre todo el temor de ser conducida medio desnuda á la terrible hoguera. Esta última idea era la que mas desgarraba el corazón de la pura é inocente víctima. Diferentes veces habia preguntado al infame Loyseleur de que modo eran conducidos los reos al lugar del suplicio; y he aqui la contestacion que en todas ellas le habia dado el inquisidor: «Se conduce á los hereges, sean hombres ó mujeres, á la muerte sin ningun otro vestido que *una camisa*, con una especie de mitra de carton en la cabeza, en la que se inscriben los crímenes que cometió el paciente.» A esta cruel idea de tener que presentarse á la multitud con las piernas, los brazos, los hombros, el seno desnudos y todo el resto del cuerpo cubierto con un simple lienzo, todo lo que habia de dignidad, de noble orgullo y de pudor en el alma virginal de Juana Darc, se estremecia, se sublevaba y se alarmaba de un modo increíble; en aquellos momentos de ciega desesperacion, habria consentido Juana en cuanto hubiesen querido exigir de ella sus bárbaros jueces, con tal de evitar la mortal ignominia que la amenazaba. En vano sus voces, las voces de su conciencia y de su valor entonces le decian:

«Sufre con valor tu martirio hasta el fin... ni aun la sombra de una mala accion puede empañar el puro brillo de tu victoriosa y santa vida. No cedas á un falso rubor; porque el rubor, la vergüenza y la ignominia, recaerán únicamente sobre tus verdugos. Arrostra con valor las impúdicas miradas de los hombres... tú gloria cubrirá tu desnudez con una celeste aureola...»

Pero, en aquellos momentos de desesperacion, se convertia la heróina inspirada en una tímida jóven que, en su austero pudor, habia renunciado para siempre á los goces sagrados de la esposa, y ofrecido su virginidad á sus santas; asi que, no obstante el valor y aliento que trataban de infundirle las voces, se sentia desfallecer; sobre todo ante la idea *de ser conducida en camisa á la hoguera...*

Su abatimiento era mucho mas frecuente desde su enfermedad, que enervando á aquella naturaleza enérgica y tierna, la minaba lentamente; sin embargo, acontecia algunas veces en que se reanimaban en ella el valor y la resolucion, sobre todo cuando sus voces le decian:

«¡No transijas con tus pérfidos jueces, porque solo son tus verdugos! Únicamente Dios puede ser tu juez. Sosten con valor la verdad, glorificate de haber salvado á la Francia con el auxilio del cielo... desafía con heróismo el suplicio que ha de conducirte á la

inmortalidad... ¡Se quemará tu cuerpo, pero tu fama vivirá imperecedera como tu alma inmortal, que radiante volará al seno de tu Criador! Vé, noble víctima de la hipocresía y de la perversidad de los hombres, abandona su infierno para remontarte al paraíso!..»

Tales eran, despues de su último interrogatorio y de los prolongados sufrimientos de su enfermedad, las alternativas de resolución y abatimiento que sucesivamente exaltaban ó abatían á la pobre prisionera. El día á que nos referimos sobre todo, tenía la sus males en un estado tal de postración, que esperaba con impaciencia la muerte para acabar de una vez con tantas miserias y librarse del furor de sus verdugos. De repente oyó rumor de pasos en el exterior, reconociendo en breve la voz del inquisidor Cauchon que decía á los carceleros:

—Abridnos la puerta del calabozo de Juana.

La puerta se abrió en aquel mismo instante, y apareció el inquisidor general acompañado de siete jueces mas, cuyos nombres eran: GUILLERMO BOUCHER.—JACOBO DE TOURS.—MAURICIO DE QUESNE.—NICOLÁS MIDI.—GUILLERMO ADELIN.—GERARDO FEUILLET.—HAITON Y JUAN LEMAITRE.

Estos miembros del santo tribunal iban acompañados de dos escribanos; llevaba el uno una grande hacha encendida, á pesar de estar en pleno día, y el otro un pergamino y un tintero. Vestía el inquisidor general su traje de ceremonia, todos los demas jueces el que llevaban regularmente en tales circunstancias, y se colocaron silenciosamente en semicírculo en derredor de la cama en que se hallaba la pobre víctima encadenada. Adelantóse Cauchon hácia ella; uno de los escribanos se sentó junto á una mesa situada cerca del lecho en la que puso su escritorio y sus pergaminos. El otro escribano permaneció de pié junto á su compañero, al cual hacía luz por medio del hacha, cuya llama rogiza reflejándose sobre los jueces inmóviles como espéctros, daba á aquella escena un aspecto extrañamente lúgubre. Sorprendida Juana Darc al recibir aquella visita inesperada cuyo objeto no podía atinar, se recostó penosamente sobre su cama, dirigiendo á la comitiva una mirada á la vez triste y tímida.

—Juana, yo y esos buenos jueces, doctores los mas de ellos en teología y en derecho, os venimos á visitar caritativamente en vuestra cárcel, única morada que puede señalarseos en vuestra triste situación. Habeis sido interrogada, prosiguió Cauchon con un acento

de compasion hipócrita , por los hombres mas eminentes , y vuestras respuestas, os lo advierto paternalmente , han sido plagadas de damnables errores , en lo que Dios no permita , persistais , por ser contrarios á la salvacion de vuestra alma y de vuestro cuerpo y por que nos obligarian á entregaros al tribunal ordinario..

— Me siento tan mala , contestó Juana Darc con voz débil , que á cada momento creo morir... caso de que Dios lo haya dispuesto así, solo os pido que me deis sepultura eclesiástica.

— Si os encontrais en vuestro último trance, procurad arrepentiros y enmendar vuestras faltas pasadas , pues solo asi podreis esperar el perdon de ellas , le dijo entonces uno de los jueces.

— En el caso de que muera en esta cárcel , solo os pido que deis á mi cuerpo tierra sagrada... si me la negais vosotros, me dirigire entonces á Dios , ya que siempre me ha inspirado...

— Hé ahí una palabra que es de mucha gravedad... Decís que os dirigireis á Dios... Pero sabed antes que entre el Criador y vos existe la iglesia...

— ¿ Por ventura Dios y su Iglesia no son una misma cosa ?...

— Sabed , querida hija mia , contestó Cauchon , que hay la IGLESIA TRIUNFANTE , en la que se encuentran Dios , los santos , los ángeles , las almas salvadas ; y que hay ademas la IGLESIA MILITANTE , compuesta de nuestro santísimo padre el vicario de Dios en la tierra de los cardenales , de los prelados , de los sacerdotes , de todos los católicos , y cuya Iglesia es infalible, esto es, no puede errar , guiada como está por la luz del Espíritu Santo. Hé aqui , Juana , lo que es la Iglesia militante. ¿ Quereis vos aceptar ahora su fallo ? ¿ quereis ó no , reconocernos ahora por vuestros legítimos jueces, siendo como somos , miembros del santo tribunal de la Inquisicion ?

— Os lo repito , fuí á presentarme al rey para salvar á la Francia de parte de Dios y de sus santas... A esa Iglesia únicamente... (haciendo un ademan sublime) á la de lo alto... someto todas mis acciones y todas mis palabras... (Repuso Juana acordándose de los pérfidos consejos de Loyseleur).

— De modo ¿ qué reusais el santo Tribunal de la Inquisicion ?

— Unicamente podria aceptar un tribunal eclesiástico, cuando no exigiese de mi un imposible.

— ¿ Qué pretendéis decir con esto ?

— Cuando quisiesen hacerme negar las visiones que he tenido de parte de Dios... Por nada en el mundo diria sobre este punto lo con-

trario de lo que he dicho hasta aquí, esto sería mentir.

— Pero hija mía, repuso Cauchon con voz meliflua, si la Iglesia militante declarase esas visiones ilusorias, diabólicas, ¿cómo podríais dejar de someteros á su juicio?

— Sobre esto no reconozco mas decision que la de Dios, que me ha inspirado siempre; ni acepto, ni aceptaré nunca el juicio de ningun hombre.

— ¿Habeis escrito esta respuesta? preguntó Cauchon al escribano.

— Si señor.

— Pues entonces ¿no os creéis súbdita de la Iglesia militante, ni de nuestro santísimo padre el pontífice, ni de los cardenales, arzobispos, obispos y...

— Reconozco ser su súbdita... Pero Dios ante todo...

Esta admirable respuesta desconcertó por un momento á los jueces; el alma inocente y pura que creían envolver en sus mortales redes, acababa de remontarse en alas de su genio hasta Dios, su Criador.

— Juana, contestais como una sarracena, como una idólatra... esponéis á la vez vuestra alma y vuestro cuerpo á los mas inminentes peligros.

— Por terrible que sea el peligro á que me espongo, no puedo contestar de otro modo.

— En este caso, ¿morireis en la apostasia?

— Recibí el bautismo, soy buena cristiana, y moriré cristiana, contestó Juana con dignidad imponente.

— ¿Deseais ó no, recibir el cuerpo del Salvador?

— Lo deseo ardientemente, porque me siento morir.

— Entónces, someteos á la Iglesia militante.

— Procuro servir á Dios con todas las fuerzas de mi alma; así que, todo lo espero de su misericordia infinita; ¡solo en Dios tengo puesta toda mi esperanza!

— Por última vez os advierto que si os negais á someteros á la santa Iglesia católica, apostólica, romana, sereis entregada como herege al tribunal ordinario que os condenará á la hoguera.

— ¡Aun cuando viese encendida aquí la hoguera, contestaría siempre del mismo modo! repuso Juana Darc exaltada por su convicción y por el horror que le inspiraban sus jueces.

— Juana, hija querida, la dureza de vuestro corazon es imper-

donable. Qué hariais si os vieseis ante un concilio compuesto del sumo pontífice, de cardenales y de obispos, que os obligasen á someteros á su decision...

— ¡Ni el papa, ni los cardenales, ni los obispos, podrian obligarme á decir lo contrario de lo que os he dicho ya!... ¡Apiadaos de una pobre jóven, que se está muriendo!... (Cayendo desfallecida sobre el gergon).

— ¿Os sometiriais á la decision de nuestro santísimo padre?

— Hacedme conducir á su presencia, y le contestaré...

— Lo que acabais de decir es una necedad... ¿Persistís en conservar vuestro traje de hombre?

— De muy buena gana me vestiria de mujer si podia ir á la Iglesia y recibir en ella el santísimo cuerpo de nuestro Salvador; pero al regresar aqui, volveria á tomar mi traje de hombre, por el temor que tengo de verme ultrajada por vuestros satélites.

— Os repito, que andeis con mucho cuidado; porque si persistís en vuestros culpables errores, nos veremos obligados á entregaros al tribunal civil, y vuestra pérdida será entonces segura.

— Tambien se perderán vuestras almas por haberme condenado injustamente.

— Juana, Juana, debo advertiroslo caritativamente, si os obstináis en vuestra terquedad y dureza, no faltan aqui potros para ponerlos al tormento. (Enseñóle la puerta, y Juana se estremeció). Si... no faltan tormentos que triunfarán de vuestra terquedad, á fin de que deis respuestas menos damnables y menos funestas á vuestra salvacion.

— ¡Hacedme arrancar los miembros!.. desprendedme, si quereis el alma del cuerpo, que no por ello lograreis diga nunca lo contrario de lo que os he dicho hasta aqui... Y si tanto fuese el tormento, que me obligase á ello, juro, en presencia de Dios, que únicamente el exceso del dolor me habrá hecho faltar á la verdad...

— Juana, esa exaltacion...

— Oidme, señores; ya que quereis mi muerte, voy á pedir un último favor que espero me concedereis: si para morir han de quitarme el vestido que actualmente llevo, procuradme al menos una camisa de mujer para ir al suplicio...

— Ya que pretendéis llevar camisa y traje de hombre por orden de Dios ¿porqué pedís para ir al suplicio una camisa de mujer?

— Porqué es mucho mas larga...

Era tal la dureza de corazón de aquellos monstruos, que antes de oirla, habían condenado á la vírgen guerrera á una muerte horrible, sin que arrostráran por ello responsabilidad alguna, so pretesto de condenarla por herege. Resueltos como estaban á hacer sufrir todos los tormentos y hasta el martirio á aquella pobre jóven de diez y nueve años, se estremecieron sin embargo al grito sublime del pudor de la inocente vírgen, que para el momento de ir al suplicio pedia á sus verdugos, como gracia suprema, *una camisa de mujer, por ser esta mas larga...* y poder ocultar mejor de este modo el cuerpo casto de la víctima á las miradas licenciosas de la muchedumbre..

¡Oh hijos de Joel! en el momento en que escribo esta leyenda, corren de mis ojos tiernas lágrimas, que tambien derramareis vosotros al leer esta última súplica dirigida por nuestra hermana á sus verdugos;... vuestro corazón, como el mio, latirá de odio y de horror, al leer las siguientes palabras que dirigió Cauchon á sus cómplices, alguno de los cuales, con grande ira suya, se mostraron algo enternecidos:

—Carísimos hermanos, vamos á reunirnos en una sala de la torre para deliberar acerca del tormento que debe imponerse á la referida Juana...

El presidente y los demas jueces salieron del calabozo, seguidos de los escribanos, quedándose Juana Darc otra vez sola.

Despues de reunido el tribunal en un sala baja, abovedada y sombría, empezó el escribano á leer á los jueces el último interrogatorio, por no haber asistido á él los mas de los inquisidores; todos ellos, sin embargo, se disponian á deliberar si debia ponerse, ó no, á la acusada en el tormento. Vais á leer ahora los nombres de los deliberantes, no los olvideis jamas, hijos de Joel, porque deben estar escritos en la memoria de los hombres con caracteres de sangre.

El escribano acababa de comunicar al tribunal la minuta de las últimas respuestas dadas por Juana Darc.

—Carísimos hermanos, en nombre del padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dijo el presidente Cauchon.

—¡Amen! contestaron únanimemente todos los demas jueces.

—Mis carísimos hermanos, nos, Pedro Cauchon, inquisidor general de Beauvais, vista la terquedad tenaz de la citada Juana, vis-

ta la pestilencia herética que contienen sus respuestas, os consultamos, carísimos hermanos, por ver si es necesario y urgente, conforme lo creemos nosotros, de poner á la referida Juana en el tormento, á fin de obtener de ella respuestas ó confesiones que puedan salvar á su pobre alma de las llamas eternas y á su cuerpo de las llamas temporales. Dignaos pues manifestar vuestra opinion.

—No creo oportuno por ahora, el que sea Juana sometida al tormento, contestó Nicolás de Vanderesse.

—Asimismo creo yo ser el tormento inútil, porque las respuestas de la acusada bastan ya para condenarla, añadió Andrés Marguerie.

—Realmente, no hay necesidad del tormento para obtener de Juana nuevas respuestas, cuando las que ha dado ya la hacen digna del castigo temporal, dijo tambien Guillermo Erard.

—Igualmente me adhiero yo á la opinion de mi carísimo hermano, manifestó Roberto Barbier.

—Yo creo que debe renunciarse al tormento, repuso á su vez Dionisio Gastinel.

—Muy distinta es mi opinion, dijo Auberto Morel: yo creo que deberia ser Juana condenada inmediatamente á la tortura, para ver si el error en que persiste es supuesto ó verdadero.

—Esa es tambien mi opinion, contestó Tomas de Courcelles.

—No creo que debe ser Juana sometida al tormento, dijo Nicolás Coupequesne; pero si habria de amonestarsela por última vez, para obligarla á someterse á la iglesia militante.

—Tal es tambien mi opinion, advirtió Juan Ledoux.

—Y la mia, contestó Isambardo de la Pierre.

—Paréceme indispensable el tormento para salvar el alma de Juana... En cuanto á lo demas, estoy conforme en la opinion manifestada por mis hermanos, exclamó Nicolás Loyseleur.

—Tambien en mi concepto es el tormento inútil, dijo por último Guillermo Haiton.

Resulta de esta deliberacion que la mayor parte de los jueces se opusieron al tormento de Juana Darc, mas bien por un sentimiento de humanidad, que por las confesiones que pudiesen arrancarse á Juana para condenarla; sin embargo el presidente Cauchon, á quien halagaba el tormento, como halaga al lobo la sangre, estaba furioso por no haber querido sus hermanos acceder al tormento. La clemencia manifestada por la mayor parte de los jueces, no tenia mas

objeto que evitar el que debilitada y doliente espirase la infeliz Juana en el potro, cuando debia ser el suplicio de la heróina deslumbrante y solemne, y verificarse en presencia de Dios y de los hombres.

— Ya que la mayoría de nuestros hermanos se ha pronunciado contra la aplicacion del tormento, y que por lo mismo no nos queda ya ese medio de obtener respuestas sinceras, dijo Cauchon con visible mal humor, pido que sea Juana trasladada á nuestra presencia para que se le lea la acusacion fiscal fulminada contra ella por nuestro hermano Mauricio, inquisidor de Ruan.

Todos los jueces se inclinaron en señal de asentimiento. Nicolás Loyseleur salió entonces para dar la órden de trasladar á Juana Darc á la sala donde estaba aun el tribunal en sesion; pero no se atrevió á entrar otra vez en ella, temiendo ser reconocido por la prisionera.

Juana Darc, demasiado débil para poder andar, aunque siempre cargada de enormes cadenas, fué conducida á la sala en brazos por dos carceleros, los cuales depositaron junto á los jueces la camilla en que estaba tendida la jóven prisionera. Resuelta esta á decir la verdad hasta la muerte, se pregunta no obstante cuales son los crímenes que ha podido cometer. Habia afirmado la realidad de las visiones que tuviera; habia sometido su alma, su conciencia y los actos todos de su vida al juicio de Dios, su árbitro soberano y su supremo juez. Asi es que, por mas persuadida que estuviese de la parcialidad y pérfidia de aquel tribunal, no podia casi creer en la posibilidad de su condena, ni aun mucho menos adivinar los motivos ó causas en que habian podido apoyarse sus jueces para condenarla. Su pálido rostro colorado ligeramente por una animacion fébril, anunciaba la huella profunda que en el marcaba el sufrimiento; incorporóse la jóven sobre su camilla, apoyada en una de sus manos; sus grandes ojos negros, cóncavos y brillantes se fijaron con mortal ansiedad sobre sus verdugos, aguardando se rompiera el silencio que reynaba en la sala desde su entrada.

Tenia el inquisidor Mauricio, un pergamino en la mano, cuyo pergamino contenia la acusacion que iba á pronunciar contra Juana.

¡Hijos de Joel; imposible os será oír el acta de acusacion formulada por aquellos barbaros jueces sin estremeceros!... ¡Ah! tambien fué una espantosa iniquidad el suplicio de nuestro antecesor *Karvel*

el Perfecto y de su amable esposa *Morisa*, condenados el siglo doce en Lavour por Simon de Monforte, fanático feroz, á ser arrojados en un horno junto con otros quinientos hereges albigenses, por no creer en la fé de Roma, y por haber peleado contra los católicos en el Languedoc, y como se hacia en Tierra Santa cuando las primeras cruzadas en tiempos de nuestro antecesor *Fergan el Cantero*... ¡Si, todo esto fué horroroso, aunque no tanto como el odio encarnizado de la Inquisicion contra Juana Darc! Ya conoceis su vida, hijos de Joel, toda su vida desde su primera infancia; y ya veis que no hubo en el mundo una vida mas pura, mas gloriosa, ni mas santa...

Al defender la *guerrera* el suelo sagrado de la patria, igualó siempre en valor á los mas ilustres capitanes!

En lo mas encarnizado de las batallas, si bien retrocedia siempre ante la efusion de sangre, sabia derramar generosa y denodadamente la suya, conservando la espada en la vaina, y sin llevar mas arma que el estandarte en la mano para guiar á sus valientes soldados. ¡Cada dia se arrodillaba Juana piadosamente en el templo para recibir en él con la mayor compusion y ardiente fé el divino pan de ángeles!.. Habeis leído tambien las cartas que escribió á los gefes extranjeros ó á los de las facciones civiles, cuyas cartas empezaban siempre en nombre de un Dios de caridad, de concordia y de justicia, y todo por pedir á los ingleses que abandonáran un país que poseian contra derecho, que dominaban por la violencia, prometiéndoles favor y paz si renunciaban á una conquista hecha odiosa por la rapiña y el asesinato. Se dirigia asimismo á los franceses armados contra sus hermanos, recordándoles que eran todos hijos de Francia, y pidiéndoles que se uniesen contra el enemigo comun.

Finalmente, ¿no dió Juana Darc, como mujer, el ejemplo de las mas generosas y angelicales virtudes? ¿no le inspiró su pudor palabras sublimes, que serán la admiracion de todos los siglos?

¿Como pudieron pues aquellos jueces formular contra la *guerrera*, contra la *cristiana*, contra la *vírgen intachable*, una sola ACUSACION, sin reconocer antes, cubriéndose el rostro con horror, que la virtud es el crimen... y sin que fuese aquella acusacion un tiro directo al recto sentido y á la mas pura honestidad; que no fuese un sangriento ultrage, un insulto irrisorio, un reto sacrílego, lanzado sobre cuanto habia de mas digno de veneracion entre los hombres?

Si, ¿ como se atrevieron pues á tanto aquellos bárbaros jueces ?

¿ Como pudieron hacerlo ? ¡ Ah ! hijos de Joel, triste es decirlo... hojearon unicamente las decretales de la Inquisicion, y no faltaron DOCE JUECES que fulminaron una acusacion de muerte contra la guerrera, la cristiana y la vírgen intachable !

¡ Si, doce jueces que presentaron una acusacion capital ! Vais á oírles, y os estremecereis de horror ; en vano sus acusaciones os parecerán inicuas, estúpidas, insensatas, horribles, monstruosas !.. en vano exclamareis que sublevan el corazon, el espíritu, la razon de todo hombre de bien !.. ¡ Que horror, hijos de Joel ! esas acusaciones son fundadas, son legítimas, son justas á los ojos de sus jueces. Son, segun ellos, la espresion completa, absoluta, irrevocable del santo tribunal de la Inquisicion !

Escuchad pues, escuchad la vida de Juana Darc, resumida por sus jueces en la acusacion presentada contra ella... La heróina se hallaba presente, su cuerpo estaba débil y febricitante ; pero su alma llena de fé y de energía.

Estaban los jueces silenciosos é impasibles.

— Juana, dijo Cauchon dirigiéndose á la acusada con voz grave, nuestro carísimo hermano Mauricio, va á leeros la acusacion dirigida contra vos... En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡ Amen !

— ¡ Amen ! Contestaron todos los demás jueces.

Mauricio profirió con voz sepulcral y en tono de amenaza :

— « Primeramente, Juana, has dicho que á la edad de trece años, tuvistes revelaciones y apariciones de ángeles y santos, á los cuales das los nombres de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita ; has dicho que los habias visto frecuentemente y hasta hablado muchas veces con ellos.

« Juana, considerando el objeto y el fin de esas revelaciones y apariciones, la naturaleza de las cosas reveladas y la cualidad de tu persona, declara la Inquisicion que son tus palabras falsas, seductoras, perniciosas, y como tales, procedentes del espíritu maligno y del diablo »...

Interrumpióse Mauricio por un momento despues de la lectura de este primer artículo de la acusacion, á fin de que pudiese Juana Darc convencerse y apreciar debidamente todo el peso de aquel primer cargo ; pero las palabras que acababa de oír la jóven le recordaron los dichosos tiempos de su primera edad, dias tranquilos pasados en

medio de los dulces goces de la familia, que le habian hecho olvidar lo presente para absorverla enteramente en los recuerdos de su infancia causándole una melancolía á la vez triste y dulce.

«En segundo lugar, Juana, prosiguió Mauricio, has dicho que tu rey, reconociéndote como enviada de Dios, te habia dado tropas para batallar; asimismo has dicho que santa Margarita y santa Catalina te habian acompañado á Chinon y á otros puntos guiándote siempre con sus consejos.

«El santo tribunal declara esta manifestacion falsa y contraria á la dignidad de las santas y de los ángeles.

«Tercero. Tambien has dicho, Juana, que habias reconocido á los ángeles y santas en los consejos que te daban; que eran en tu concepto santas aquellas apariciones, y que creias firmemente en la fé de Nuestro Señor Jesucristo.

«Juana, el tribunal declara que no son estos motivos bastantes para reconocer como santas aquellas apariciones; que has creido temerariamente, afirmando con jactancia, y por consiguiente errado en la fé...»

Apenas arrancada Juana á su meditacion profunda, escuchaba aquella nueva acusacion sin comprenderla. ¿Donde estaba la jactancia, la temeridad, la mentira? Habia reconocido á sus santas en la santidad de estos consejos: «Juana, sé piadosa, portate siempre como honrada jóven, —le decian aquellas voces misteriosas; —el cielo te prestará su apoyo para arrojar al extranjero de la Galia.» —Y la promesa de sus santas se habia cumplido, puesto que ella, la hija inocente del campo, alcanzó señaladas victorias sobre los enemigos de la Francia... ¿Donde estaban la mentira, la temeridad y la jactancia?

—«Cuarto. Juana, tu has dicho que estabas cierta de saber algunas cosas del porvenir; y que habias conocido tu rey sin haberle visto jamás.

«Juana, la Inquisicion te declara en esto convicta de presuncion y de hechiceria.»

Sin pararse Juana Darc siquiera en la imputacion de hechiceria, por parecerle insensata, se limitó á suspirar tristemente, acordándose de su primera entrevista en Chinon con el gentil delfin de Francia, cuando presentándose á él, compadecida de sus desgracias y resuelta á defender el trono, la acogió con sus ridículas bufonadas, imponiéndola luego, á ella tan casta, un imprudente

examen, y haciendola presentar ante un consilio de sacerdotes convocado en Portiers, el cual admirado de la sinceridad de sus respuestas, la declaró inspirada... ¡Y hé aquí que los inquisidores la declararon despues en virtud de las mismas respuestas, visionaria y hechicera!

—«Juana, has dicho en quinto lugar, que por consejo de Dios, has llevado y continuas llevando el traje de hombre, el cual consiste en corta túnica, gorro y pelo cortado al rededor de la oreja, sin que conserves ninguna prenda que denote tu sexo, escepto las que la naturaleza no te permite ocultar; antes de caer prisionera recibiste un sin fin de veces la santa Eucaristía en el mismo traje; y á pesar de todos nuestros esfuerzos por hacerte renunciar á él, te obstinas en conservarlo, pretendiendo obrar por consejo de Dios.

«Juana, la Inquisicion te declara en esto blasfema de Dios, profanadora de sus sacramentos, transgresora de la ley divina, de la sagrada Escritura y de las sanciones canónicas; en fin te declara tambien hechicera, errada en tu fé é idolatra como los gentiles»...

Pensando Juana Darc en los castos motivos que la decidieron á adoptar el traje de hombre, mientras que la obligase su mision divina á vivir en los campamentos y en medio de los soldados, y acordándose tambien del celo con que los padres del concilio, hombres mas eminentes y religiosos que sus bárbaros jueces, le permitieron confesar y comulgar, y cuando cubierta con su armadura de guerra, iba solemnemente á dar gracias á Dios por haberle hecho alcanzar la victoria; entregada Juana á estas ideas, no podia comprender que hubiese otros hombres tan obcecados que la condenasen como blasfema é idolatra!

—«Sexto. Juana, has dicho que casi siempre encabezabas las cartas que dirigias á los gefes, con los divinos nombres de *Jesus* y *Maria*, y que luego suscribias ó firmabas aquellas cartas con una cruz; siendo innegable que en tus cartas homicidas te vanagloriabas de hacer morir á los jueces que no obedecian tus altivos mandatos y afirmaste tambien que hablabas y obrabas asi por inspiracion y sugestion divina.

«Juana, la Inquisicion te declara traidora, mentirosa, cruel, ébria de la sangre humana, sediciosa, seide de la tiranía y blasfema de Dios en sus mandamientos y revelaciones.»

A esta acusacion, aun mas estúpida que inicua, no pudo Juana Darc reprimir un estremecimiento de indignacion. ¡Acusábasela de

crueldad! ¡acusabasela de haberse complacido en derramar la sangre humana, á ella que, en el mismo dia de su entrada triunfante en Orleans, viendo que un pobre cautivo inglés iba á caer bajo los golpes de un soldado brutal, se lanzó de su caballo por un sentimiento de piedad, y arrodillándose luego junto al herido, cuya cabeza sostenia, imploró en su favor la conmisericordia de los asistentes! ¡Ella, sedienta de sangre humana, cuando tantas veces habia salvado la vida á ingleses prisioneros que obtenian por su mediacion la libertad! ¡Ella, que tantas cartas escribiera, bajo la piadosa invocacion de Jesucristo, haciendo siempre en todas ellas los votos mas ardientes por la paz! ¡Ella, que redactó aquella tierna misiva para el duque de Borgoña, suplicándole que pusiese término á los desastres de la guerra civil! ¡Ella, que se presentaba siempre al combate arrostrando mil muertes, sin mas armas que su estandarte de raso blanco!.. ¡Ella en fin, que tantas veces regó con su sangre preciosa los campos de batalla, sin que hiciese nunca correr ni una sola gota de sangre enemiga!.. Juana Darc poseida de una indignacion generosa, iba á responder á su acusador; pero la voz de su dignidad y de su conciencia no le permitieron contestar mas que con un silencioso desden á aquella acusacion injusta y falsa.

—«Septimo. Juana, has dicho que luego de tus revelaciones dejaste la casa paterna á la edad de los diez y siete años, contra la voluntad de los autores de tus dias, á quienes dejaste sumidos en una desesperacion que rayaba en locura; que luego fuiste á encontrar á un tal Roberto de Baudricourt que te hizo acompañar á Chinon donde se hallaba tu rey, á quien dijiste que te le presentabas en nombre de Dios, para arrojar á los ingleses y reconquistarle su corona.

«Juana, la Inquisicion te declara impia para con tus padres, transgresora de este mandamiento de Dios: *Honrarás á tu padre y á tu madre*, blasfema para con el Señor, errada en tu fé y autora de promesas orgullosas y temerarias.»

Esta nueva acusacion exaltaba no menos que la anterior el ánimo de Juana Darc. ¡Ella, impia para con sus padres! ¡Ah! cuantas desgarradoras angustias no sufrió cuando debió dejarles, obligada á ello por la imperiosa voz de su patriotismo que sin cesar le decia: — ¡Parte, parte á libertar á la Galia! — Cuantas veces resistiendo á la inmarcesible gloria de sus triunfos, habia repetido estas tiernas palabras: — «¡Cuanto mas preferiria hilar al lado de mi po-

bre madre!..» Y en el momento en que árbitra de los destinos de la Francia, recibía una carta de su padre, colmándola de bendiciones y perdonándole su fuga, menos gloriosa por sus victorias que por la clemencia paterna, exclamaba:— ¡Mi padre me ha perdonado!— Y despues de aquella absolucion sagrada, acusabánla sus jueces de no cumplir con los mandamientos de Dios!..

— «Octavo. Juana, has dicho que te habias arrojado desde lo alto de la torre del castillo de Beaurevoir, prefiriendo esponerte á morir antes que caer en poder de los ingleses; y que no obstante el consejo de tus santas, que te mandaban no intentaras escapar y esponerte á morir, perseveraste en tu proyecto.

«Juana, la Inquisicion te declara culpable por haber cedido cobardemente á la desesperacion, por haber querido ser homicida contigo misma, é interpretado criminalmente la ley del libre albedrío humano...»

Juana Darc sonrió con desden al oir que sus jueces le reprobaban á ella, víctima de una traicion horrible, el haber intentado escapar á sus enemigos que acababan de venderla á los ingleses por diez mil escudos de oro.

— «Noveno. Juana, has dicho que las santas te habian prometido el paraíso si conservabas tu virginidad, ofrecida ya á Dios, y que estabas tan cierta de alcanzar el paraíso, como si estuvieses gozando ya la felicidad de los bienaventurados; tambien has dicho que no creias estar en pecado mortal, porque continuabas oyendo las voces de tus santas.

«Juana, la Inquisicion te declara vana, temeraria en tus asertos, mentirosa y perjudicial á la fé católica...»

Juana Darc levantó hácia la bóveda sombría del salon una mirada llena de fé y de esperanza, en cuyo momento oyó que sus voces le decian:— Valor, santa y virtuosa jóven... ¿qué pueden importarte las vanas palabras de los hombres, cuando Dios te ha juzgado digna de su santo paraíso!»

— «Décimo. Juana, has dicho que tus santas, hablándote en lengua gala (gallice) te habian afirmado que eran enemigas de los ingleses y amigas de tu rey.

«Juana, la Inquisicion te declara supersticiosa, hechicera, blasfema para con santa Catalina y santa Margarita, y contraria al sentimiento del amor al próximo.

— «Undécimo. Juana, has dicho que si el maligno espíritu se te

hubiese aparecido bajo la forma y figura de San Miguel, habrias sabido discernirle y conocerle...

«Juana, la Inquisicion te declara idólatra, invocadora de demonios y culpable de ilícito juicio...»

¡Juana Darc, que en su candor, no habia sospechado siquiera la causa material de aquellas alucinaciones, producidas por la supresion de la enfermedad natural ó propia de su sexo, creía estar soñando al oír aquella acusacion de sortilegio y de invocaciones diabólicas! ¡Hechicera! ¡porqué afirmaba haber visto lo que en realidad viera! ¡hechicera! porqué afirmaba haber oído lo que tambien realmente oyera! ¡hechicera invocadora de demonios, por habersele aparecido algunas visiones que léjos de ser deseadas ó invocadas por ella, habia pedido á Dios, helada de espanto al principio, que las alejára de ella!...

— «Duodécimo. Juana, has dicho que si la Inquisicion queria hacerte confesar algo que fuese contrario á las inspiraciones que tu pretendes haber recibido de Dios, te negarias absolutamente á ello, por no acatar sobre ello ni el juicio de la Iglesia ni el de ningun hombre de la tierra; has dicho tambien que esta respuesta no procedia de tí, sino de Dios, por mas que se te haya citado en diferentes casos el artículo de fé: *unam Ecclesiam catholicam*, y que se te haya demostrado que todo católico debe someter sus actos y palabras á la Iglesia militante.

«Juana, la Inquisicion te declara cismática, enemiga de su autoridad; asimismo te declara temerariamente aferrada á los falsos errores de tu fé y criminalmente apóstata... ¡Amen!

Hé aqui los doce artículos de que se componia la acusacion pronunciada por Mauricio contra la infeliz Juana Darc.

— ¡Amen! contestaron unánimemente los demas jueces.

Si Juana Darc, tanta era la actitud y natural humildad de su alma, hubiese reconocido la realidad de alguna de las acusaciones dirigidas contra sus actos y palabras, habria inclinado la frente ante el fallo de sus jueces; pero como despues de haber escuchado silenciosamente todos los cargos que se le dirigian, se quedó mas convencida que nunca de su iniquidad, resolvió rehusar á sus jueces y apelar de su injusto fallo ante el tribunal de Dios... ese Dios de amor, de justicia y de perdon.

Luego de terminada la lectura de la acusacion, fingiendo el presidente una caridad que estaba muy léjos de sentir, se adelantó

hacia la camilla de Juana Darc y le dijo con voz melosa :

—«Y ahora Juana, que sabes la acusacion cruel que pesa sobre tí, debes reflexionar, hija querida, sobre lo que acabas de oír, pues ya ves que pronto va á terminarse el proceso; si despues de haberte visto amonestada tantas veces por mí con ternura sin igual, asi como tambien por todos nuestros carísimos hermanos, persistias aun en tus errores, con menosprecio de la reverencia debida á Dios, de la fé y de la ley de Nuestro Señor Jesucristo y de la seguridad de la conciencia católica; si persistias, digo, en mostrarte objeto de horroroso escándalo y de pestilencia infecta y nauseabunda para con los católicos, seria esto en grave perjuicio, hija querida, de tu alma y de tu cuerpo... En nombre pues de tu alma inmortal, pero entonces eternamente damnable; en nombre de tu cuerpo perecedero en su esencia, te exhorto por última vez, hija querida, á enmendarte y á entrar nuevamente en el seno dulce y materno de la Iglesia; de otro modo, hija amantísima, te lo advierto caritativa y paternalmente por la última vez, tu alma seria condenada, y tu cuerpo devorado por las llamas... Solo me falta ya pedir con las manos juntas (juntándolas) que el Señor te preserve y te ilumine!..»

Hizo Juana Darc un esfuerzo sobrehumano para lavantarse y ponerse de pié, lo que al fin logró, apoyándose en sus débiles y encadenadas piernas. Al verse en aquella posicion que habia logrado tomar á tan duras penas, levantó su diestra hacia la bóveda y exclamó con voz firme y con acento de conviccion heróica :

—¡Desde ahora juro por todo lo que hay de mas santo, que seré condenada... porqué aun cuando vea la hoguera... y el verdugo que va á pegarle fuego... aun cuando me vea entre las llamas... repetiré hasta la muerte... si, repetiré que he dicho la verdad... si; Dios me ha inspirado, si, todo lo espero de él y nada de sus criaturas... Dios solo es mi juez y mi único dueño!...

Debilitada Juana Darc por aquel último esfuerzo, cayó sin sentido sobre la paja de la camilla en medio del profundo silencio que guardaban los jueces. Se reunieron estos en un grupo, cuyo centro formaba el presidente Cauchon, con el que consultaron durante algunos momentos; luego acercándose el presidente á Juana Darc, le dijo con voz estrepitosa y con tono de maldiccion :

«En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, nos Pedro Cauchon inquisidor general de Beauvais, te declaramos blasfema, sacrílega, invocadora de espíritus malignos, apóstata y herege, y co-

mo tal te entregamos al tribunal civil, para que mañana te haga morir en la hoguera y lance al viento tus cenizas!.. Amen!

— ¡Amen! murmuraron en coro los demas jueces.

— ¡Este es vuestro fallo!... ahora aguardo con confianza el de Dios... exclamó Juana Darc con un tono verdaderamente sublime.

Era el 24 de mayo de 1431. Inundaba un hermoso sol de primavera el campo y la ciudad de Ruan con sus rayos, y se agolpaba en las inmediaciones del cementerio de la abadía de Saint-Audoin un inmenso gentío. Veiase un cadalso bastante elevado, compuesto de una vasta plataforma en la que estaban dispuestos diferentes asientos cubiertos con fundas de color de violeta, levantado en el interior junto á la entrada del cementerio. Algunos soldados ingleses con casco y coraza estaban formados para contener al populacho, cuya impaciencia no tenia límites, como sucede siempre que se agrupa para presenciar algun grande acontecimiento.

¿Qué estaba aguardando aquel populacho?

Impaciente aguardaba la llegada de Juana Darc, la cual debia subir á aquel cadalso y en presencia de Dios y los hombres, arrodillarse á las plantas del inquisidor Cauchon, y con las manos cruzadas sobre el pecho, abjurar de sus errores pasados, negar sus visiones, sus revelaciones, su fé, su gloria, su patriotismo, y finalmente, someterse humilde, contrita y arrepentida al juicio ó fallo de la santa Inquisicion.

¡Como! ¿Juana? que el dia anterior, á pesar de la estenuacion y languidez de su cuerpo, tan altiva y resuelta en sus respuestas á sus acusadores con tanta sublimidad exclamaba:

— «Aun cuando vea la hoguera... y el verdugo junto á ella... repetiré hasta la muerte... si, he dicho la verdad... si, Dios me ha inspirado... si, Dios es mi único juez, mi solo dueño!..»

¿Qué cambio pues tan inconcebible acababa de operarse en aquella alma, poco antes tan firme y resuelta?

¿Qué cambio? Hedle aquí, hijos de Joel, escuchadme, escuchadme!..

Despues de la sentencia proferida el dia anterior por el presidente Cauchon, fué trasladada la heróina á su calabozo. A la exaltacion febril que la alentaba en presencia de sus jueces, sucedió un profundo abatimiento, sin que estuviese por ello menos resignada,

El pérfido Loyseleur, autorizado, según dijo, por el comandante de la torre para ir á dar el último adios á la infeliz procesada, fué á visitarla, y como siempre fué acogido con reconocimiento por parte de su inocente víctima. Informado de la triste suerte de Juana, se deshacia en lágrimas y no cesaba de lamentarse en vista de los tormentos que habia de sufrir su hija querida; habiale dado todos aquellos detalles el capitán inglés conociendo el vivo interés que le inspiraba la desgracia de la prisionera, refinada crueldad que nunca podria Loyseleur perdonarle. ¡ Oh espantosos detalles! Juana Darc seria conducida al suplicio en camisa, y aun esta, no podia ser de muger, como lo deseaba ardientemente la víctima, por ser mas larga, sino que debia ser una camisa de hombre, sin que fuese esto aun lo mas terrible... Como conocia Loyseleur el santo pudor de su hija querida, se lamentaba cada vez mas y mas prolongando á propósito el momento de hacer su revelacion. Finalmente, he aqui lo que articuló sollozando: Los gefes ingleses á fin de probar al pueblo y á su ejército que era verdaderamente Juana la Doncella la que iba á ser quemada en carne y huesos, y que no habria ya desde entonces de temerse sus maleficios, los gefes ingleses, dijo, habian decidido que antes de ser arrojada á las llamas, se le quitaria de la cabeza su gran mitra de carton, y qué... ¡ horror!... el inquisidor no osaba... no podia acabar... levantaba las manos al cielo... se golpeaba el pecho, y luego continuaba otra vez... ¡ Y horror! ¡ abominacion!... quitarian los verdugos á Juana Darc la camisa... la atarian desnuda en el potro... y esto en pleno dia... en presencia del pueblo y de los soldados ingleses... si, se la ataria desnuda... Y cuando el pueblo y los soldados habrian contemplado á su entera satisfaccion y convencidose de que era realmente Juana la Doncella la que iba á ser condenada á las llamas, entonces se pegaria fuego á las haces de leña, en las que habria gran cantidad de azufre y de betun!.. Y asi continuaba el inquisidor haciendo una descripcion minuciosa de todos los tormentos de aquel suplicio, descripcion capaz de hacer erizar los cabellos al mas osado...

Pero Juana ni siquiera le oia... Desde que supo que se la conduciria al suplicio con una camisa de hombre, y que se la ataria desnuda en el potro por la mano del verdugo, viéndose de aquel modo espuesta á todas las miradas... ella, que estaba dotada de un pudor tan esquisito y delicado, llegó por un momento á perder la razon; reunió empero luego todas las fuerzas que le quedaban, y aunque

encadenada de piés y manos y por la cintura, logró incorporarse sobre su lecho de paja, y lanzándose fuera de la cama empezó á chocar furiosamente con la cabeza contra las paredes del calabozo, esperando por este medio romperse el cráneo y morir; pero el empuje de la pobre jóven, débil, estenuada y desfallecida, no tuvo fuerza bastante para producir un choque mortal, ni siquiera peligroso. Volvió á caer sobre la paja, donde la contuvo entonces caritativamente el malvado, sollozando y suplicando á su querida hija que no cediese de aquel modo á una ciega desesperacion!... Muy terrible en efecto debia de ser para la procesada, tan pura en su alma, y tan casta en su cuerpo, verse conducir medio desnuda, y luego desnuda enteramente... (procuraba Loyseleur insistir en esto con gran tenacidad)... espuesta á todas las miradas y á las groseras y obscenas chanzas de la soldadesca y del pueblo... Aquel cuadro horrible duraria muchísimo tiempo, una hora al menos, por complacerse los ingleses en prolongar con impúdica ferocidad la esposicion de la desnudez de Juana... ¡Pero, ah! ¿qué hacer? ¿qué hacer? ¿como evitar aquella abominacion? ¡Imposible, ¡ah! ¡imposible... No!

Y pareció iluminado el inquisidor por una repentina idea. — No habria mas que un medio, un medio cierto y seguro, no solo para evitar aquel rubor, mucho mas cruel y terrible para la acusada que los mismos tormentos del suplicio, si que tambien para salvarse de la hoguera y hasta lograr escaparse de los ingleses. En una palabra podia Juana por aquel medio recobrar su libertad, su adorada libertad, regresar á Domremy al lado de su familia amada y disfrutar de una calma dulce y reparadora despues de haber experimentado tantos contratiempos. Despues de haber recobrado la salud, podria la vírgen guerrera terminar su mision divina, vestir otra vez su armadura de batalla, dar nuevamente el grito de guerra á los valientes, y marchar á su frente hasta haber rechazado á los ingleses fuera de Francia.

Juana Darc creia soñar mientras estaba oyendo á Loyseleur; su edad, sus lágrimas, sus gemidos, el interés constante que manifestaba á la cautiva desde su encarcelamiento, alejaban de su ánimo hasta la sombra de toda sospecha. Asi que, preguntó admirada al inquisidor cual era aquel medio en su concepto, tan seguro, para recobrar la libertad y librarse de las ignominias que le estaban reservadas.

Prosiguió el tentador con infernal habilidad su obra de tinieblas

Empezó por pedir á la heróina, si en su alma y en su conciencia, no consideraba á sus jueces como monstruos de iniquidad y de barbarie, en lo que consintió esta desde luego. Desde entonces no podía creerse obligada por ninguna de las promesas hechas á sus verdugos, por haberle sido arrancadas estas á viva fuerza. ¡Ella, vendida á precio de oro, siendo tan inocente y pura, y siendo finalmente, la elegida del Señor! No, no, continuaba Loyseleur, ninguna promesa hecha á los verdugos al objeto de librarse de las abominables ignominias y de los horrores del suplicio, no podía ser de modo alguno obligatoria á la inocente víctima.

Preguntando Juana cual era aquella promesa.— Solo se trata de abjurar simplemente, de negar en apariencia, los errores de que os acusa el tribunal; y finalmente, de someterse... siempre en apariencia... al juicio de la Inquisicion...

Esta mentira sublevaba la conciencia de Juana: negar la verdad... era para ella negar á Dios...

— ¡ Si; pero de boca, únicamente de boca, y no de corazon! — proseguia el tentador. — Esto seria ceder á la violencia, tener ú observar por un momento el lenguaje de los verdugos, lenguaje falaz, pérfido y merced á cuyo legítimo engaño, podria librarse, conservar á Dios su elegida, á la Francia su esperanza y su libertadora. Seria negar únicamente de boca, mientras se continuaria glorificando desde el fondo del alma los nobles actos inspirados por el cielo.

— Pero hacer promesa de abjurar para obtener la libertad, seria empeñarse en abjurar, — contestaba Juana inmutada por los sofismas del tentador.

— ¿ Y qué importaria esto? continuaba Loyseleur; — qué importaria abjurar, aunque fuese publicamente, y arrodillándose á las plantas del inquisidor decirle de boca: «— Lo confieso, mis apariciones, mis revelaciones, eran tan solo una ilusion de mi exaltada mente; pequé el tomar al trage de hombre; pequé al guerrear; pequé al no querer someterme al juicio ó fallo de la Inquisicion; pero me someto á el desde ahora, y lo confieso, me arrepiento de todos mis pecados...» ¿ Que importarian esas vanas palabras? ¿ Partirian por ventura del foro interior, refugio sagrado de la verdad en los oprimidos? ¿ Acaso Dios el único que puede leer el mas recóndito secreto de nuestros pensamientos, no veria grabadas en el corazon de Juana en el momento de abjurar estas palabras? No podria decir: ¡ Dios mio! tú, á quien nada se oculta, ya sabes y ves que ben-

digo y glorifico interiormente aquellas visiones y aspiraciones, pruebas reverentes de tu omnipotencia, ¡yo te proclamo mi único juez, oh mi divino maestro! y en tu misericordia infinita, me perdonarás algunas vanas palabras arrancadas por el deseo de continuar siendo el instrumento de tu voluntad suprema y la esperanza de rechazar al fin, con tu ayuda, al extranjero del sagrado suelo de la patria!..»

¡Ah! hijos de Joel, Juana accedió á los deseos de su infernal tentador, á pesar de que sus voces continuaban diciéndole:

«¡Negar la verdad es negar á Dios! Vas á mentir á la faz del cielo y de los hombres mas bien por verguenza que por el temor que te causa la hoguera; vas á mentir en la esperanza de verte libre y de poder terminar tu mision divina... Cualquiera que sea en fin esa mentira, será siempre cobarde y culpable!»

Pero Juana, debilitada por los sufrimientos, abatida por la cruel lucha que acababa de sostener, y sobre todo aterrada á la idea de ver su cuerpo virginal desnudado por el verdugo, y espuesto sin un velo siquiera á las miradas de los hombres, Juana esperando en fin disfrutar de su libertad, volver á ver á su familia, y tal vez terminar su mision libertadora, sin atender esta vez á la inflexible voz de su honor, de su fé y de su conciencia, prometió al inquisidor Loyseleur abjurar publicamente al dia siguiente, y someterse á cuanto quisiesen exigirle sus jueces, con la sola condicion de obtener del presidente la seguridad de que seria puesta en libertad luego de su abjuracion. El inquisidor ofreció caritativamente toda su proteccion á la prisionera, esperando salir bien de aquel negocio, decia á fuerza de instancias dirigidas al feroz capitan de la torre, para que le permitiese ir desde luego á presentarse al inquisidor general. No le fué por cierto muy difícil obtener aquel permiso; cerca de media noche seria cuando regresó con el fiscal y un médico. Juró solemnemente el fiscal á Juana Darc en nombre del presidente Cauchon que seria puesta en libertad luego de su pública abjuracion; y por su parte el médico instó á la cautiva á que tomase un brevage á la vez cordial y soporífico, el cual debia procurarle un sueño reparador y tranquilo hasta el dia siguiente, asi como tambien algunas fuerzas para la ceremonia espiatoria. A todo accedió Juana Darc diciendo para si:—Mañana estaré libre, y habré evitado una ignominia mucho mas cruel aun que el mismo suplicio.

Hé ahí porqué, hijos de Joel, se habia levantado en el cementerio de la abadía de Saint-Audoín aquel vasto tablado, al que iba

Juana á ser conducida para pronunciar su abjuracion...

¿Qué objeto podian proponerse, preguntareis vosotros, con aquella abjuracion? ¿Qué objeto! El presidente Cauchon y sus cómplices habian condenado á Juana al suplicio, ¿y quereis que abandonasen libremente su presa?

¿Abandonar su presa!.. No, no... Escuchad, ved, juzgad y estremeceos, hijos de Joel; jamás llegó á urdirse trama mas diabólica...

Impaciente aguardaba la multitud la llegada del cortejo. El pueblo de Ruan, que se hallaba hácia cerca de medio siglo bajo el yugo de la dominacion inglesa, pertenecia casi enteramente al partido borgoñon, por lo que consideraba á Juana Darc como enemiga; sin embargo, el justo renombre de la guerrera, su juventud, su belleza, sus desgracias, su gloria, despertaban en su favor un sentimiento profundo de piedad en el corazon de los verdaderos franceses, asi como tambien en el de aquellos que pertenecian al partido armañac. Pero aun no sabian el objeto por que era Juana Darc conducida procesionalmente á aquel tablado; decian unos que precederia la pública esposicion al suplicio á que sin duda estaba condenada; mientras creian otros, que ignoraban el curso y la sentencia dada en aquel tenebroso proceso, que debia ser Juana publicamente interrogada. William Poole, el conde Warwick y otros ingleses, todos gefes y personages eminentes, estaban agrupados en un punto reservado en el interior del cementerio, muy proximos al tablado.

De repente se oyó un rumor lejano que fué luego acercándose, anunciando la llegada del cortejo; la multitud se apiñó mucho mas en las inmediaciones del cementerio á medida que se acercaba la procesion, escoltada por un gran número de arqueros ingleses. Marchaban á su frente el señor de Winchester, el presidente Cauchon en traje de ceremonia y el inquisidor Juan Lemaitre, acompañado del fiscal Pedro de Estivet y de Guillermo Erard; finalmente, cerraban la comitiva dos escribanos provistos de tinteros y de grandes pergaminos. A algunos pasos de estos, sostenida por dos penitentes con vesta, seguia Juana lentamente; su debilidad era estremada, y á pesar de tener abiertos sus grandes ojos, parecia no estar aun enteramente despierta, y que se hallaba todavía bajo la soñolienta influencia del brevage soporifico y cordial. Parecia mirar sin ver y oir con indiferencia los abullidos de la multitud que, exitada á veces por el ejemplo de los soldados ingleses que formaban la carrera, vo-

cíferaba contra la víctima. Cubria la cabeza de Juana una gran mitra de carton negro, en la cual se leia en enormes letras blancas: **HEREGE, — IDÓLATRA, — APÓSTATA.** Hallábase vestida la jóven con un largo y flotante vestido de lana negra que la cubria desde el cuello hasta los pies. Al llegar en frente del tablado se paró la víctima, mientras que el presidente del tribunal y los demás jueces iban colocándose en él, ocupando cada cual el puesto que le estaba señalado; luego á una señal dada por uno de los escribanos, subió Juana Darc, apoyada en los dos penitentes, las gradas que conducian á la plataforma. Estaba el cielo puro y despejado, continuando el sol su carrera por enmedio de la azulada bóveda; á medida que sus vivificadores rayos fueron reanimando á Juana Darc tiritante y calada hasta los huesos por la humedad que reinaba en la cárcel subterránea en que se veia sepultada desde tanto tiempo, parecieron animarse todas sus facciones. ¡ Era la admósfera de su calabozo tan fétida y pesada, que no podia menos de respirar entonces con delicia el aire puro y vivificador de los campos! Habriase dicho que renacia ó que la reanimaba un nuevo ser, puesto que circulaba la sangre mas activamente en sus venas; el cielo de azur inundado de luz que en toda su inmensidad se estendia sobre su cabeza, la verde yerba del cementerio sembrada de hermosas flores primaverales, y los copudos árboles revestidos de fresco follage que se veian algo mas lejos en las inmediaciones de la abadía, procuraban á Juana una dicha inefable. Las aves gorgeaban, los insectos zumbaban, todo cantaba, anunciando la animacion y la vida que reinan por do quier en el hermoso mes de mayo. El aspecto de la naturaleza, del que Juana por tanto tiempo se habia visto privada, y al que tan acostumbrada estaba por haber vivido desde su infancia en medio de las praderas y los bosques, la sumió en una especie de extasis que le hizo olvidar sus sufrimientos, su martirio, su condena, la abjuracion que iba á pronunciar, y si su pensamiento se fijaba alguna vez en el espectáculo que la rodeaba, era tan solo para entregarse con arrobo á la idea de que iba á recobrar su libertad... ¡ Oh! ¡ libre! ¡ ser libre! volver á ver su pueblo natal, el antiguo bosque de robles, la clara fuente de las Hadas, las risueñas y umbrias riberas del Meuse,.. presentarse de nuevo á su familia, á sus amigos, renunciar para siempre á las amargas decepciones de la gloria, huir la ingratitud de los poderosos, la hipocresia, el odio, la envidia de los hombres, pasar tranquilamente los dias en Domremy ocupada

en los rústicos trabajos que fueron las delicias de los bellos tiempos pasados! ¡Que dicha, que felicidad! Y todo esto podia lograrlo pronunciando algunas vanas palabras delante de sus verdugos, de aquellos monstruos de iniquidad!.. Juana en aquel momento de exaltacion habria firmado la abjuracion que se le exigia, aun que hubiese sido á costa de su sangre; los latidos de su corazon palpitante de dicha y de esperanza, sofocaban en ella las voces austeras de su honor y de su fé. En vano estas le decian: — «¡No desfallezcas, sosten heróicamente la verdad en presencia de esos falsos jueces, y quedarás libre de todas tus miserias, no por un dia, sino por una eternidad!..»

Este grito supremo de la conciencia de la heróina, se perdió en su corazon...

¡Mas ah! pronto llamó á Juana á la realidad la voz del inquisidor general Pedro Cauchon que con tono severo y amenazador le decia:

— ¡Juana, de rodillas!

Arrodillóse Juana Darc instintivamente sin dejar de contemplar aquel hermoso cielo de azur, ni el sol radiante en que buscaba la fuerza de perseverar en su resolucion de abjurar. Profundo fué desde entonces el silencio que reinó entre la multitud por oir las palabras que iban á pronunciarse en el tablado.

— Carísimos hermanos, continuó Cauchon, ha dicho el Señor á su apostol San Juan: «No puede la palmera dar fruto alguno si carece de vida...» Asi pues, carísimos hermanos, debeis permanecer siempre en la verdadera vida de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, que edificó Nuestro Señor Jesucristo con su potente diestra; ¡Pero ay! de las almas perversas, abominables, idólatras (señalando á Juana Darc) cargadas de crímenes heréticos, que se dirigen con infernal audacia contra la unidad de nuestra santa Iglesia, con gran escándalo y doloroso espanto de los buenos católicos!.. (A Juana Darc con voz amenazadora.) Hete ahí sobre un tablado á la faz del cielo y de los hombres, para que penetre al fin la luz en tu alma orgullosa y diabólica; someterás por último tus actos y palabras al fallo y juicio competente de la Iglesia? Reflecciona y contesta... sino la Inquisicion va á entregarte al tribunal civil.»

Mucha fué la agitacion que produjeron estas palabras en la multitud; como los mas de los asistentes eran enemigos de Juana Darc, solo fué compadecida por el menor número. Aquella diversidad de

sentimientos fué manifestada por medio de gritos, de imprecaciones y por algunas palabras de consuelo y de caridad.

— ¡Todavía no se ha condenado á la hechicera?

— ¡Se le deja una puerta de salvacion para escapar!

— ¡Por san Jorge! y á fé de arquero inglés, pegaré fuego á la casa del inquisidor general, sino es ahora mismo esta bruja conducida á la hoguera.

— ¡Salvarla despues que ha logrado con sus maleficios esterminar á nuestro invencible ejército!

— ¡Quieren salvarla!

— ¡Ojalá puedan lograrlo!.. ¡pobre jóven, ha sufrido tanto!

— ¡Está tan pálida y flaca que parece un fantasma ¡Decíase que era tan hermosa!

— Y cuando ha combatido por la Francia... ¡por ventura no debemos ante todo ser franceses?

— No habéis tan alto, compadre, que los soldados ingleses podrían oiros.

— ¡Jesus! ¡Dios mio! quemarla á ella que es tan valiente, tan piadosa!

— ¡Tiene por ventura la culpa de que Dios la inspirára?

— ¡Si las santas se le han aparecido y le han hablado!

— ¡Como puede acusarla por ello el presidente Cauchon!

— ¡Que sea la bruja condenada á muerte!

— ¡Muera la hechicera! y viva la antigua Inglaterra!

— ¡A la hoguera la... de los armañacs... Asi podremos verla en camisa!

Juana siente aumentar su terror al oír aquellos gritos feroces, aquellos insultos infames; solo piensa en la ignominia que le está reservada antes de su suplicio si se resiste á abjurar: unicamente abjurando puede evitar aquella mortal vergüenza y recobrar su libertad, y en esta esperanza se resigna Juana Darc á ello; pero su lealtad y su conciencia se sublevan aun en aquel momento supremo, y en lugar de negar completamente sus errores, murmura arrodillada estas palabras con voz débil.

— He dicho sinceramente á los jueces todas mis acciones; en ello he creído obrar de parte de Dios. ¡No quiero acusar ni al rey ni á nadie... Si he pecado, yo sola soy culpable, y apelo de mi culpa por ante el tribunal de Dios!

— ¡Subterfugios! ¡subterfugios! contestó Cauchon con voz atro-

nadora: Si ó nó; ¿tienes por falso ó por verdadero lo que han declarado tus jueces acerca de tus actos y de tus palabras? palabras y actos que han sido declarados fatales, homicidas, sacrilegos, hereéticos y diabólicos, contesta! (Silencio de Juana.) Por segunda vez te requiero para que respondas!... (Silencio de Juana.) Por tercera vez te requiero para que respondas... ¿Te callas?

Si, la heróina se callaba aterrada por el encarnizamiento de la lucha interior y suprema que su corazón sostenía. — ¡Abjura! — le decía su instinto de conservación y de libertad. — No abjures, no mientas... ¡valor! ¡valor! — le gritaba su conciencia, — defiende la verdad hasta la muerte. — Y la infortunada torciéndose las manos, permanecía callada siendo presa de las más crueles angustias!

— Ya veis, queridos hermanos, la ciega terquedad de esta infortunada, que rechaza á la Iglesia que le tiende sus brazos con amor y perdón, dijo el presidente dirigiéndose al pueblo. ¡Ah! para siempre posee el espíritu maligno á esta infeliz Juana que en breve dejará de existir, pues aguardan ya su cuerpo las llamas voraces de la hoguera, y sus cenizas van á ser arrojadas al viento. Vá á perecer esta infeliz privada de todos los consuelos de la religión en su último trance, vá á ser sumida en el fondo del infierno por toda una eternidad!.. ¡Ah! Juana, tú lo has querido!.. Habiámos creído en tu arrepentimiento, habíamos resuelto no entregarte al tribunal ordinario; pero ya que persistes en tu heregía, oye tu sentencia. (Recogióse un momento antes de pronunciarla.)

— ¡Vamos, pues! ¡Cuanto tardas! contestaron varios soldados ingleses agitando sus lanzas.

— ¡Sea la bruja arrojada á la hoguera, cuanto más antes mejor!

— ¡Sea la mágica condenada á muerte!

— ¡Pobre esforzada jóven! ¡está perdida para siempre! dijeron algunas voces de entre la multitud.

— ¡Dios mío! ¡Como puede negar sus visiones, cuando realmente las ha tenido!

— ¡Eso sería una mentira, una cobardía imperdonable!

— Juana, escucha tu sentencia... En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, nos, Pedro Cauchon, inquisidor de Beauvais, te declaramos...

— ¡Gracia! ¡gracia! prorumpió Juana con voz desolada.

— ¿Te sometes á nuestro fallo?

— ¡Si, si!

— ¿Confiesas que fueron tus apariciones y revelaciones, mentiras diabólicas?

— Si, si, todo lo niego; gustosa me someto desde ahora á todo cuanto me querais exigir... gracia, gracia, unicamente os pido!

(Continuaba arrodillada y cubriéndose el rostro con ambas manos.)

— ¡Oh! carísimos hermanos, el hermoso, el esplendente, el glorioso dia en que podemos alargar nuestros brazos amorosos á una hija arrepentida, ha amanecido ya; participad todos del gozo que inunda nuestros pechos. Juana, tu sumision salva á la vez tu alma y tu cuerpo; repite ahora conmigo la fórmula de abjuracion...

(Hizo seña á uno de los escribanos para que le trajese el pergamino en que se hallaba escrita ya de antemano la fórmula de abjuracion.)

Violentos rumores estallaron entonces entre la multitud. Irritados todos los soldados ingleses y los adictos al partido borgoñon al ver que se libraba del suplicio á la Doncella, prorumpieron en imprecaciones contra sus jueces, acusándoles de traidores y amenazándoles con incendiar sus casas; hasta los mismos gefes participaban de la indignacion de sus soldados. Uno de sus capitanes, el conde de Warwick, separandose del círculo en que estaban reunidos, subió precipitadamente las gradas del tablado, y acercándose al presidente Cauchon le dijo en voz baja y con tono amenazador.—¿Es eso lo que tú nos has prometido? — ¡Calma! calma! contestó el inquisidor general tambien en voz baja; — sabré cumplir mi promesa. Pero haced que se calmen los ánimos, porque son capaces vuestros soldados de derribar el tablado y aplastarnos á todos!

Conociendo el conde de Warwick lo bastante á Pedro Cauchon para confiar en su palabra de muerte, dejó el tablado y fué á reunirse con sus compañeros de armas para comunicarles la promesa ó respuesta del inquisidor general; y todos se separaron desde luego para ir á tranquilizar á sus soldados, diciéndoles que seria quemada la hechicera á pesar de su abjuracion. En un principio consternó esto á los que se apiadaban de la triste suerte de Juana Darc, pero al fin acabaron por indignarse contra ella. Si niega sus visiones, decian, luego eran fingidas, y mentia al titularse enviada de Dios. Si eran verdaderas, se deshonraba con su culpable cobardía, y se las hacia negar el temor de la muerte. **COBARDE Ó MENTIROSA, he aquí**

el concepto que les debía merecer Juana Darc. Ya lo veis, hijos de Joel, estaba la trama infernal de los jueces tan habilmente urdida, que hasta lograba arrancar la piedad del corazón de los partidarios de la heroína. Continuaba esta arrodillada en el tablado, con el rostro oculto entre sus manos, y enteramente extraña á cuanto pasaba en su alrededor; aterrada por tantas emociones, tenía turbado el espíritu, sin tener otra idea que la de haberse salvado, por una ciega abjuración, de los prolongados tormentos que sufría. Logróse por último restablecer entre los espectadores el silencio y la calma.

— Juana, vas á repetir con el corazón y los labios, á medida que yo la pronunciaré, la fórmula siguiente de abjuración, dijo el presidente Cauchon levantándose y teniendo un pergamino en la mano; escucha... (Leyó en voz alta). « Todo el que haya errado en la fé católica, y que, despues, por la gracia de Dios, regresa al seno de nuestra santa madre la iglesia y á la luz de la verdad, debe guardarse de toda caída provocada por el espíritu maligno, y de volver á caer en la tentación; por este motivo, yo, JUANA, llamada vulgarmente la Doncella, miserable pecadora, reconociendo haber sido atada con las cadenas del error, y queriendo regresar al seno de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana; yo, JUANA, á fin de probar que vuelvo á mi tierna madre, no con ficción, sino con toda mi alma, confieso: en primer lugar, haber pecado gravemente dando á creer falsamente que he tenido apariciones y revelaciones de parte de Dios, bajo la forma y figura de santa Margarita, santa Catalina y san Miguel arcángel. » (Dirigiéndose á Juana Darc). ¿Confiesas haber mentido en esto siendo por ello impía y sacrilega?

— ¡ Lo confieso! dijo Juana con voz desgarradora.

Una explosión de gritos lanzados por la indignada multitud, sucedió á la confesión de la arrepentida; siendo los mas furiosos de todos los espectadores, los que al principio sentían por ella la mas tierna piedad.

— Es decir; que mentías!

— ¡ Abusabas de la credulidad de las pobres gentes, miserable hipócrita!

— ¡ Y yo que tanto la compadecía!

— ¡ Ah! es la Inquisición demasiado indulgente con ella!

— Perdonarse á una falsaria tan solemne!

— ¡A fé mia, compadres, que ya no dudo que esté poseida del demonio, como lo afirman los ingleses!

— Como quiera no eran pocas las victoiras que habia alcanzado para la Francia!

— ¡Por pura brujeria! ¿A ver si compadecereis aun á esa horrible pícara?

— ¡Ah!.. el temor de la hoguera hace confesar tantas cosas!

— Entonces, es muy cobarde, pues carece del valor necesario para defender la verdad en presencia de la muerte, ¿y esta es la persona, cuyo arrojo y valentia eran tan ponderados?

Insensiblemente fueron calmándose los ánimos y se restableció el silencio. Juana Darc oyó las terribles acusaciones lanzadas contra ella; pero el valor le saltó. Por otra parte, repetir lo que antes dijera, seria demostrar ahora que habia cedido al miedo; así que fué turbándose mas y mas su débil espíritu, y acabó por ceder á la fatalidad que la arrastraba.

— En segundo lugar, yo, JUANA, continuó el presidente leyendo á la procesada la fórmula de abjuracion, confieso haber pecado gravemente al seducir á las criaturas por medio de superticiosas adivinaciones, blasfemando de Dios, de sus ángeles y santas, en menosprecio de la ley divina, de la sagrada Escritura y del derecho canónico.» (Dirigiéndose á Juana.) ¿Lo confiesas?

— ¡Lo confieso!

— ¡Si Juana ha despreciado los cánones, ha sabido emplear con mucho acierto y bravura los cañones franceses!.. ¡Jueces, sois unos monstruos! Esclamó una voz de entre la multitud.

Un grito general de indignacion lanzado de las filas de los soldados ingleses, ahogó la voz del partidario de la heróina y reinó nuevamente el mayor silencio.

— «En tercer lugar, yo, JUANA confieso haber pecado gravemente llevando un trage disoluto, impropio, deshonesto y contrario á la decencia de mi sexo; asi como tambien llevando el cabello cortado al rededor de la oreja, como los hombres, lo que es tambien contrario al pudor que debe guardar la mujer.» (Dirigiéndose á Juana.) ¿Confiesas este abominable pecado.

— ¡Lo confieso!

— «En cuarto lugar, yo, JUANA confieso haber pecado gravemente al llevar con jactancia armaduras de batalla, y al desear con crueldad la efusion de sangre humana.» (Dirigiéndose á Juana.) ¿Lo confiesas?

— ¡ Dios mio ! ¡ confesar esto ! ¡ confesar esto ! dijo Juana torciéndose con desesperacion las manos.

— ¡ Qué ! ¿ titubeas ? (En voz baja). Piensa en que te aguarda la hoguera.

— ¡ Ah ! lo confieso respondió Juana con voz desfallecida.

— Juana , ¿ confiesas haber deseado con crueldad la efusion de sangre humana ?

— ¡ Lo confieso !

Innumerables gritos de horror se levantaron de entre la multitud, llegando los soldados ingleses hasta el extremo de amenazar á Juana con sus armas. Muchos fueron los hombres que cogieron piedras para arrojarlas á la heróina ; pero desistieron de ello por temor de herir á los jueces. En todas partes aumentaron las imprecaciones contra la penitente.

— ¿ Luego no hacia esta harpía la guerra mas que por crueldad ?

— ¡ No queria mas que saciarse de sangre !

— Bien debe ser así ; cuando ella misma lo confiesa.

— ¡ Y sin embargo el tribunal la absuelve !

— ¡ Ah ! ¡ yo sentia una viva piedad por esa miserable ; pero ahora, digo como los ingleses : — Condénese á muerte á esa fiera sedienta de sangre !

— ¡ Qué estúpidos sois ! ¿ creéis lo que dicen esos bárbaros jueces , esto es , que se bebia Juana la sangre de los cadáveres despues de la batalla ?

— ¿ Y vos la defendeis ?

— ¡ Si ! ¡ la lástima es que sea yo solo !

— ¡ Sois un traidor !

— ¡ Es un armañac !

— ¡ Muera el armañac !

Muele la multitud á palos al defensor de la heróina. Esta que ni tiene ya, por decirlo así , conocimiento de lo que oye y dice , solo puede contestar maquinalmente. — Lo confieso — cada vez que Cauchon lo dice. — ¿ Lo confiesas tú ? — Sin embargo, tiene aun bastante raciocinio para pensar que no puede aquella agonía prolongarse por mucho tiempo , y que algunos instantes despues de haber abjurado , ó será muerta ó libre.

— « En quinto lugar , yo JUANA , confieso haber pecado gravemente al sostener que todos mis actos y palabras eran inspirados por Dios , sus santas y sus ángeles , mientras que yo despreciaba á

Dios y sus sacramentos é invocaba constantemente á los espíritus malignos.» (Dirigiéndose á Juana.) ¿Lo confiesas tú?

— ¡ Lo confieso !

— ¡ Confiesa sus sortilegios y no se la condena á las llamas !

— ¡ Por san Jorge ! ¡ ha esterminado con sus maleficios á millares de nuestros compañeros de armas y se escapará aun de la hoguera !

— Calmaos , se la arrojará mas tarde á las llamas ; nuestros gefes nos lo han prometido , y no dudeis que sabrán cumplir su promesa...

— ¡ Si ; ya puede creerseles !

— ¡ Caso de que nos engañen , sabremos quemarla nosotros !

— En sexto lugar , yo , JUANA , confieso haber pecado gravemente siendo cismática.» (Dirigiéndose á Juana.) ¿ Lo confiesas tú?

— ¡ Lo confieso !

— Cuyos crímenes y errores en materias de fé , yo , JUANA , restituida á la verdad , por la gracia del Señor , y tambien por la gracia de vuestra santa é infalible doctrina , reniego y abjuro. (A Juana.) ¿ Niegas y abjuras de todos los crímenes y errores cometidos contra la fé católica ?

— ¡ Los niego !... ¡ abjuro de ellos ! contestó Juana Darc con voz desfallecida.

— En fé y creencia de lo cual yo JUANA , continuó Cauchon leyendo , declaro someterme al castigo que me impondrá la Inquisicion ; prometiendo y jurando por todo lo que hay de mas santo en la tierra , asi como tambien por el respeto y veneracion profunda que me inspiran mis jueces en los que tengo y he tenido siempre la mayor confianza , que no volveré á caer en los criminales errores de que se ha servido librarme el Señor por su misericordia infinita , y que permaneceré siempre unida á la iglesia católica. (A Juana.) ¿ Lo juras ?

— ¡ Lo juro... y muero ! contestó Juana con voz apagada.

Cauchon hizo entonces seña á uno de los escribanos para que abriese el tintero que llevaba suspendido al lado ; obedeció este y tomando una pluma que mojó antes de entregarla al presidente , fué en busca de su birrete cuadrado para ofrecerselo por pupitre. Colocó el presidente su pergamino sobre el birrete , y continuó leyendo en alta voz con la pluma en la mano :

— « Yo , JUANA , aseguro y afirmo todo lo que se ha dicho

hasta aquí, jurando así mismo en nombre del Dios vivo y omnipotente y de sus Santos Evangelios, que no sabiendo escribir, he firmado esta cédula con mi acostumbrado signo.» (A Juana Darc que continuaba arrodillada, presentándole la pluma y el pergamino colocado sobre el birrete del escribano). Ya que no sabes escribir, puedes hacer aquí tu acostumbrada cruz.

Juana Darc, casi moribunda, intentó trazar una cruz en el pergamino; pero no pudo lograrlo por abandonarla enteramente las fuerzas. El escribano se arrodilló junto á la paciente, guió su mano inerte y helada, ayudándole de este modo á firmar el acta; luego llamando á los acompañantes de vestas rojizas que habian permanecido junto al tablado, les entregó á Juana Darc casi desvanecida; colocarónse estos al lado de la pobre víctima, cuya lánguida cabeza cayó sobre su hombro, dejando entrever sus párpados entreabiertos una mirada fija y vítrea, de modo que á no haber sido el estremecimiento convulsivo que agitaba de vez en cuando aquel inanimado cuerpo, habriáse dicho que la vida le habia abandonado enteramente.

— «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Todos los inquisidores, encargados de velar con amor y cuidado el rebaño que se les confió, deben esforzarse en alejar de ese mismo rebaño confiado á su paternal vigilancia, todas las causas de pestilencia é infección, y procurar hacer entrar de nuevo á las ovejas descarriadas en la senda verdadera que abandonaron obcecadas por el error; he aquí, porque nos, Pedro Cauchon, inquisidor general de la fé, y todos los demas jueces competentes que han oido los asertos y confesiones hechos por Juana, llamada la Doncella, declaramos á la misma: culpable por haber sostenido falsamente que habia tenido visiones y revelaciones divinas; culpable por haber seducido á los débiles y haber creído temerariamente; culpable por haber despreciado los sacramentos y los santos cánones; culpable por haber fraguado sediciones contra nuestro soberano y serenísimo señor el rey de Inglaterra y de Francia; culpable por haber derramado con inaudita crueldad la sangre humana; culpable por haber apostatado, abrazado el cisma y blasfemado, invocando además al maligno espíritu!.. Pero ya que por la gracia del Todopoderoso vuelves al seno de nuestra madre la Iglesia católica, y que poseida de una contrición sincera y de una fé ardiente y pura, publicamente y en alta voz has abjurado solemnemente de todos tus errores, te absolvemos del castigo de la

excomunion y de sus consecuencias, bajo la condicion expresa de que regreses sinceramente á la comunion de los fieles; y deseando cooperar á que alcances tu salvacion por medio de la penitencia, te condenamos á tí, Juana llamada la Doncella á encierro perpétuo donde no tendrás mas alimento que el pan del dolor, ni apagará tu sed mas que el agua del sufrimiento y de la angustia, á fin de que llorando durante el resto de tu vida los monstruosos pecados cometidos, puedas lograr el perdon de ellos. Tal es la sentencia final y definitiva que acabamos de proferir contra tí... Ya ves la tierna piedad que nos has merecido. Abjura, abandona y deplora para siempre jamas tus culpables errores y renuncia para siempre á tu trage de hombre, baldon de tu sexo; puesto que si caias nuevamente en el pecado mortal de idolatría ó en cualquier otro, nos veriamos precisados con el mas profundo dolor á arrojarte otra vez del seno de la iglesia y á entregarte al tribunal civil, para que como un miembro infecto, cangrenado y de incurable podredumbre, condenase tu cuerpo á la hoguera!...»

La multitud, y particularmente los soldados ingleses, acogieron aquel *misericordioso* fallo con un clamoréo amenazador, lanzándose enseguida el populacho desenfrenado hácia la puerta del cementerio, defendida por una escolta de arqueros. No menos exasperados estos por su parte, estuvieron á punto de reunirse con los descontentos y dirigirse contra el tribunal, pudiendo á duras penas ser contenidos por sus gefes. El conde de Warwick subió entonces con precipitacion las gradas del tablado, y dirigiéndose al presidente del tribunal, le dijo con tono amenazador: — Presidente esta comedia vá haciéndose ya insoportable; no te respondemos del furor de nuestros soldados y de la justa indignacion popular, si desde ahora no es esa hechicera, á pesar de su abjuracion, condenada inmediatamente á las llamas.

No pudo reprimir Cauchon un gesto de impaciencia; con todo se decidió á hablar en voz baja al oido del capitan inglés el cual aunque sorprendido al principio, contestó por último al presidente con una señal de adhesion. Luego añadió este último á media voz: — Estad seguro de que sabré cumplir mi promesa; cumplid vos por vuestra parte con vuestro deber, impidiendo que la puerta del cementerio sea forzada por el populacho. Vamos á salir por el jardin de la abadia; la Doncella saldrá tambien por el mismo punto, á fin de evitar que sea asesinada por esas buenas gentes, pues no ha lle-

gado aun el momento en que debe morir... al contrario, es preciso que viva por algun tiempo mas. Como no está mas que desvanecida fácilmente se logrará en la cárcel hacerla volver en sí.

El conde de Warwick salió del tablado, y dió orden el presidente á los dos asistentes que sostenian á Juana Darc, completamente privada de conocimiento, que la trasladasen de nuevo á la cárcel. A semejante orden levantáronla estos, sosteniéndola uno por debajo de los brazos y otro por los piés, la bajaron por las gradas del tablado, y atravesaron precipitadamente el cementerio dirigiéndose hácia el jardin de la abadia, mientras que los soldados ingleses obedecian á duras penas las órdenes de sus gefes, quienes prometiéndoles el próximo suplicio de Juana Darc, lograron hacerles cumplir con su deber defendiendo la puerta del cementerio contra los ataques de la multitud que continuaba pidiendo á voz en grito la muerte de la hechicera.

¡ Os estremeceis de espanto, hijos de Joel, y corren de vuestros ojos lágrimas arrancadas por la indignacion mas justa! ¿ Creeis ha llegado ya la Doncella á su último trance, que se ha apurado ya hasta las heces la copa del dolor que estaba reservada á la vírgen de las Galias? ¿ Creeis que agonizante fué trasladada nuevamente á su cárcel, y que pronto va á morir en ella?— Pero no, no, es menester que viva, ha dicho el presidente Cauchon, es menester que viva! Y la infeliz vivirá aun para sufrir mucho mas de lo que hasta entonces sufriera, para alcanzar mas inmarcesible la palma que debia procurarle su largo martirio. Luego debia arrojarsela á las llamas... ¡ Escuchad, escuchad nobles hijos de Joel!..

Juana Darc, despues de su abjuracion solemne, fué trasladada moribunda, no á su cárcel (debía llamarsela á la vida á fin de que recobrase las fuerzas que le faltaban para sufrir los nuevos tormentos que le estaban reservados), sino á un cuarto del castillo de Ruan, donde se le prodigaron con asiduidad todos los cuidados. Para alejar momentaneamente de ella todo objeto que pudiese alarmar su pudor, dió orden el presidente de que fuese asistida por dos ancianas, quienes solícitas la acostaron en un mullido lecho, le hicieron abrir las mandíbulas contraídas por las convulsiones, le dieron un calmante y luego algunos cordiales que lograron restituirla á la vida. De dia y de noche fué el médico á visitar á Juana Darc, la cual merced á

tantos desvelos , estaba ya á las cuarenta y ocho horas de su abjuracion enteramente fuera de peligro. Cuando hubo vuelto en sí, vióse con sorpresa en un cuarto lujosamente amueblado ; los tibios rayos del sol penetraban al través de los cristales de la ventana , y dos mujeres ancianas sentadas en la cabecera, parecian contemplarla con el mas tierno interés. Despues de haberse creido bajo la impresion de un grato sueño, acabó por creer tambien que sin duda en virtud de la promesa que bajo juramento le habia hecho el promotor en nombre del presidente , se la habria puesto secretamente en libertad , á pesar de haber sido condenada á un encierro perpétuo ; finalmente , creyó que sin duda algunas personas caritativas , entre ellas las dos mujeres que la asistian , habrian obtenido del presidente el permiso de trasladarla á su casa. ¡ Ah ! ya lo comprendereis fácilmente hijos de Joel , y por lo mismo sabreis perdonarselo. Cuando se vió Juana restituida á la vida solo sintió el placer de verse libre , sin experimentar ningun remordimiento por haber negado publicamente la verdad , sobre todo por temor de la espantosa ignominia con que se la amenazaba antes de su suplicio... la de ser expuesta desnuda á las miradas de la multitud... La dicha de haberse librado de tanta vergüenza , la esperanza de recobrar prontamente la salud y de poder regresar á Domremy al lado de sus padres , ahogaron en ella la voz severa de la conciencia y del deber. Preguntó Juana á las dos ancianas cual era el sitio en que se hallaba , pero estas se limitaron á sonreirle y á ponerse el dedo en sus labios con aire misterioso. Juana creyó comprender aquella señal , y como por otra parte veia impresa en el semblante de sus enfermeras una expresion benévola , se convenció de que estaba en un asilo seguro y hospitalario ; asi que guardando el silencio que se le encargaba , se entregó sin reserva á la dicha de vivir , al puro gozo que le causaba el poder al través de la ventana pasear sus miradas por el azul del cielo, y al ver que sus miembros doloridos por el enorme peso de las cadenas , se veian finalmente libres ; sobre todo , lo que mas la alegraba , era el no tener que sufrir la presencia de sus carceleros , cuyos dichos perversos ú obcenos y licenciosas miradas, le causaban un suplicio no interrumpido. No se negó Juana á tomar algun alimento , bebiendo ademas un poco de vino generoso con agua y sus fuerzas fueron reparándose de modo , que ya al tercer dia de su abjuracion pudo levantarse de la cama. Sus enfermeras le presentaron un vestido largo de mujer y una caperuza; y como ya no experimenta-

ba Juana los púdicos temores que le causaba en el calabozo la vista de sus carceleros, tomó sin titubear al saltar de la cama, el vestido de mujer que le era presentado. La puerta del cuarto que ocupaba Juana daba á una especie de plataforma que podia recorrer la Doncella segun le advirtieron las dos ancianas ; cerraban aquella plataforma unas planchas cuya elevacion no permitia á la vista extenderse fuera de ella ; asimismo habia en la ventana otras planchas que colocadas hasta la mitad de su altura , interceptaban igualmente la vista. Juana preguntó á las dos ancianas cual era la causa de aquellas precauciones , sin obtener por toda contestacion , mas que la sonrisa misteriosa , que ya otra vez habia entreabierto los labios de las dos mujeres. Sin repetir su pregunta , dijoles , que habiendo recobrado ya sus fuerzas y su salud , esperaba poder salir pronto de aquel sitio para regresar á su pais ; sonrieron las ancianas de nuevo al oir las esperanzas de Juana , si bien esta vez le contestaron que veian con el mayor placer que estaba ya dispuesta á emprender tan largo viaje.

Por largo rato permaneci6 Juana en la plataforma inmediata á su cuarto , aspirando en él con delicia el aire primaveral que tanto contribuyera á la reparacion de sus fuerzas ; llegada la noche se sintió algo cansada á causa de su paseo , por lo que se acostó no muy léjos del lecho destinado á sus enfermeras , quedando en breve profundamente dormida.

Ya lo habeis comprendido , hijos de Joel : sujeta la pobre mártir , á pesar de su her6ismo , á las debilidades humanas y á la alegria de verse libre (asi lo creia al menos) despues de tantos sufrimientos, no habia experimentado siquiera el menor remordimiento por su abjuracion ; sin embargo , al caer de la tarde sintió algun vago resentimiento, que fué como un preludio de que iba su conciencia á salir del letargo , y sintió turbarsele el espíritu por lo que buscó en el sueño un descanso reparador y el olvido de si misma... Vana fué empero su esperanza respecto del último punto.

Santa Margarita y Santa Catalina aparecieron á la her6ina durante su sueño , no ya con semblante tierno y risueño , sino con aire triste y amenazador por haber negado cobardemente la verdad por temor á la vergüenza y á la hoguera. Profundamente impresionada por aquel sueño, se incorporó Juana sobresaltada y con el rostro inundado de lágrimas ; en medio de la ilusion vehemente que la causó su sueño , creyó ver... y vió á las dos santas con sus coronas de oro y vestidas de blanco y azul , destacarse luminosas y hasta casi tras-

parentes de en medio de las tinieblas que reinaban en el cuarto.

Juana, palpitante, juntas las manos y arrodillada en su lecho, sollozaba implorando perdon. Las dos santas, sin contestarle nunca, le mostraban el cielo con un gesto imponente y temible, mas por último y poco á poco cesó la ilusion, fué la aparicion desvaneciéndose hasta desaparecer del todo, y se hizo la obscuridad cada vez mas profunda...

Bruscamente despertada Juana por la impresion de aquel sueño, despertósele tambien su conciencia, dormida desde el dia de su abjuracion, cuya funesta solemnidad recordó Juana, pareciéndole oir todavía las maldiciones de que era objeto por parte de aquellos que mas la compadecian antes de abjurar. Clara y distintamente resonaban aun para ella estas acusaciones terribles.

— ¡ Si las visiones de Juana no son ciertas, ha engañado á las sencillas gentes... ha faltado á la verdad!...

— Si aquellas visiones son verdaderas, si es verdad que Dios la inspirára, se ha cubierto de oprobio al abjurar sacrilega y cobardemente para evitar la muerte.

— *Cobarde ó mentirosa.*— repetia inexorable á Juana la voz del honor y de la verdad;— ¡ cobarde ó mentirosa! Tal es la fama que legarás á la posteridad.— Lo que sufrió la infeliz Doncella durante aquella noche de remordimientos acerbos, es incomprendible; solo conservaba la claridad ó lucidez de su espíritu y la energia de su caracter para maldecirse á sí misma. Su alta razon le mostraba las fatales consecuencias que iba á tener aquella abjuracion fatal: aquellos soldados, aquellas poblaciones sublevadas á su voz contra el extranjero que lograron vencer, y contra el que continuaban combatiendo aun con resultado, en nombre de la heróina cautiva y prometiéndose su proteccion celestial, no tardarian en saber el vergonzoso perjurio cometido por aquella que habian creido inspirada por Dios, y que solo seria considerada desde entonces por ellos como una miserable hipócrita! ¡ Irreparable desgracia! ¡ la duda, el desaliento, la derrota, podian suceder al heróico entusiasmo de que habian estado antes poseidos el pueblo y el ejército! ¡ Desgracia! ¡ Desgracia irreparable! Si la memoria de la vírgen guerrera despues del martirio, se hubiese conservado pura como lo habia sido su vida hasta la abjuracion, habria exaltado mas y mas los ánimos despertando en todos los corazones un sentimiento de venganza contra los ingleses, y la grande obra de libertar á la Gاليا se habria termina-

do en nombre de la víctima y con la execración de sus verdugos!..

Por último, ¿aun en el caso de ser puesta Juana en libertad, podría intentar nuevamente hacer la guerra? ¿qué confianza podía inspirar despues de haber manifestado publicamente ser cobarde ó hipócrita y falsa?

¡Ah! ya lo veis, hijos de Joel, infernal era la trama que urdieron sus verdugos, despues de haber previsto y calculado una por una todas las consecuencias que se podian seguir de la apostasia de la heróina! Comprendieron que si la condenaban á la hoguera y era conducida á ella confesando alta y resueltamente su santa mision, seria considerada Juana como una santa; pero que si lograban hacerle negar á la faz del pueblo sus celestes inspiraciones, quedaba para siempre deshonrada, y moralmente muerta... Solo faltaba ya entonces entregar su cuerpo á las llamas!...

¡Ah! vanos remordimientos, vana desesperacion, pensaba Juana; ¿como retractar una abjuracion pública? Y aun que fuese esto posible, ¿quien creeria en la sinceridad de una jóven que, ya una vez ante Dios y los hombres, habia negado su fé, su honor y su gloria?

Al despuntar el dia, oyó Juana Darc llamar á la puerta de su cuarto; levantáronse las dos ancianas para ir á informarse de quien era el que llamaba, y viendo que era el inquisidor Loyseleur, que deseaba hablar á la heróina, dieron á esta inmediatamente aviso. Púsose Juana el vestido de mujer, y se dispuso á recibir á su falso amigo, experimentando sin embargo á su solo nombre un sentimiento de amargura indescriptible, por recordar que sus sutiles razones la habian inducido á abjurar, único medio que segun aquel, podia preservarla de las espantosas ignominias que querian hacerle sufrir antes del martirio; con todo, acabó por creer que si aquel buen anciano le habia dado semejante consejo, era sin duda porque creia ser el único que podia salvarla, y que ella únicamente era la responsable de su cobarde apostasia. Acogiendo pues Juana con su acostumbrada dulzura al infame Loyseleur, supo por él con la mayor sorpresa, que se hallaba aun detenida en el castillo de Ruan; pero que aunque condenada á encierro perpétuo, seria, segun formal promesa del presidente, puesta inmediatamente en libertad, y que si no se habia dado ya antes aquella disposicion, era por diferentes causas independientes de la voluntad de sus jueces: en primer lugar, por el estado delicado de la paciente despues de la escena espiatoria y luego por no exitar mas la exasperacion de los soldados

ingleses y de los agentes del partido borgoñon, cuyos bárbaros pedían sin cesar la muerte de la Doncella y á los que se debió prometer que se haría morir á Juana en su calabozo para evitar una sublevacion terrible. Pero el presidente, añadía Loyseleur, fiel siempre á su promesa, y no teniendo por otra parte ningun interés en conservar por mas tiempo á Juana en su poder, puesto que tan felizmente se habia librado del suplicio por medio de su abjuracion, la haría escapar de noche al dia siguiente, ó á mas tardar dentro dos dias.

Finalmente, se habia interesado Loyseleur tan vivamente con el capitan de la torre, que habia logrado de este, que fuese Juana conducida á aquel cuarto; pero ¡ah! los sentimientos de la humanidad no tenian por mucho tiempo cabida en el corazon de los bárbaros ingleses; exigia el capitan, que tan pronto como se hubiese restablecido la cautiva, fuese conducida nuevamente á su calabozo; sin embargo, no debia afligirse por ello, pues ya sabia que en breve iba á salir de él para siempre, merced á la evasion dispuesta por el presidente Cauchon.

Todavía esta vez, tuvo que creer Juana Darc en las falsas palabras del inquisidor; pensando que una vez que su apostasía la habia perdido para siempre, poco debia importar á sus enemigos el que fuese ó no condenada á las llamas. Resignóse pues á todo, puesto que aunque alcanzase su libertad debia ser en cambio de su deshonra, no inmutándola en lo mas mínimo la órden de volver á su calabozo; únicamente antes de volver á él, pidió al anciano, como última gracia, que se le entregara el vestido de hombre que habia dejado en su calabozo, por temer en aquel trage mucho menos la presencia de sus carceleros. Loyseleur prometió á Juana Darc interesarse para ello con el capitan de la torre. De repente entró una de las viejas, anunciando que el carcelero, acompañado de algunos soldados, venian á reclamar la prisionera; consoló á esta el malvado, repitiéndola que no tardaria en verse libre, y salió del cuarto en el momento en que se presentó John con los grillos. Despues de haber puesto las esposas á Juana fué conducida nuevamente á su calabozo. Su primera mirada al entrar fué dirigida hácia el lugar adonde dejara pocos dias antes su vestido de hombre, pero habia este desaparecido. Pensaba Juana que iba á cargársela de cadenas como antes; pero lejos de ser así, se le quitaron hasta las esposas, diciéndole John que no volveria á ponersele ya cadena alguna; salió

por fin este de su calabozo dirigiendo á Juana Darc una mirada indescriptible. Sin hacer Juana atencion siquiera en aquel momentáneo alivio, se sentó en el jergon, quedando abismada desde luego en sus tristes ideas.

Era de noche; no habia mas luz en el calabozo que la despedida por una pequeña lámpara que apenas bastaba á disipar las sombras que reinaban en derredor de Juana. Presa está de los remordimientos mas atroces con motivo de su abjuracion, en vano aguzaba su ingenio buscando un medio para borrar su cobarde debilidad... Sentia amargamente la cautiva que se le hubiese quitado su vestido de hombre, por haber notado durante el dia ciertas miradas siniestras ó sardonicas de su carcelero. Agitado su corazon por vagos presentimientos que le hacian temer un peligro, en el que ni siquiera se atrevia á pensar, se envolvió como mejor pudo en su vestido, y temiendo ceder al sueño que iba cerrando sus párpados, se separó del lecho y se sentó en el suelo arrimándose á la pared. En esta posicion empezó su frente á inclinarse, hasta que cayó sobre las rodillas, que tenia enlazadas la heróina con sus dos brazos y... quedóse profundamente dormida.

De repente apareció en la regilla el pálido semblante de Loyseleur y viendo á Juana dormida se retiró al momento.

Algunos instantes despues, giró lentamente sobre sus goznes la pesada puerta del calabozo, volviéndose á cerrar á poco, no sin haber entrado antes dos hombres en aquella oscura cárcel. Todo esto se hizo con tal precaucion, que no fué interrumpido el sueño de Juana en lo mas mínimo. Eran aquellos dos oficiales ingleses llamados Talbot y Warwick, los cuales formaban parte de la custodia que condujo á Juana cuando se verificó su primer interrogatorio; estaban en el vigor de su edad, y no llevaban ni armas ni armadura; sus jubones podian competir por su riqueza con los mejores de aquella época. Aquellos dos miserables se habian procurado por medio del vino el ánimo de que nesositaban para cometer la atrocidad inaudita... el crimen sin nombre... que querian cometer, y que facilmente cualquiera habria podido adivinar, al ver su rostro inflamado, sus ojos centelleantes y la sonrisa lasciva y feroz que contraia sus avinados labios... Al aspecto de Juana dormida, se pararon un momento... se consultaron con la mirada... y luego...

¡No! hijos de Joel! no! imposible me es continuar esta relacion abominable! ¡La pluma se cae de mi mano, trémula de indignacion y de horror y las lágrimas inundan mis ojos!.. No, no podria proseguir la relacion de semejante monstruosidad!

Y sin embargo es preciso, si, preciso es que esta leyenda en su completa y terrible realidad, os inspire una inexorable y justa execracion contra los verdugos de la heróica francesa.

Todo su patriótico entusiasmo, su valor, su abnegacion, sus esfuerzos extraordinarios quedaron estériles verdad es por un momento, pero, merced á una justa reparacion brilló mas tarde su verdad.

Inmóviles quedaron por un momento los dos ingleses consultándose con la mirada al aspecto de Juana Darc dormida; luego de un brinco se arrojaron á la vez sobre ella. Despertada la jóven guerrera al rumor que hacen aquellos dos infames, se levanta en el instante mismo en que iban á arrojarse sobre ella... Nota la infeliz con horror que están desarmados, y que no es por lo mismo la muerte lo que debe temer!.. Algunas palabras obscenas acaban de desvanecer todas las dudas que aun pudiera tener la vírgen guerrera; presentásele con todo su horror la triste suerte que la espera: Werwick la coje por la mitad del cuerpo, mientras que Talbot poniéndose detras de ella la coje por los brazos, acerca su boca impura á los castos labios de Juana Darc, á cuya accion infame vuelve la vírgen con violencia la cabeza y lanza un grito terrible. Los dos ingleses la arrastran entonces hácia el lecho; dá la desesperacion á la heróina una fuerza sobrehumana... se empeña entre los tres una lucha encarnizada, horrible!.. Werwick y Talbot exasperados por la resistencia de la heróina y por el vino, se entregan al furor bestial que les inspira su lujuria impotente y burlada... En su ciega desesperacion dan á Juana Darc fuertes golpes; queda su rostro amoratado y cubierto de sangre... pero la vírgen continua aun resistiéndose!

Abrióse la puerta con estruendo, y apareció Loyseleur, alterada su fisonomía por una indignacion supuesta; llevaba el cofrecito que contenia el vestido de Juana, y dirigiéndose al comandante de la torre que le acompañaba, exclamó: — Ya veis por vuestros propios ojos el atentado infame que se quiere cometer en esa infortunada!— Admirados Werwick y Talbot al oír las palabras del inquisidor, á quien debian creer su cómplice, y teniendo quizás un arrepentimiento tardío de la infamia que iban á cometer, dejaron á Juana in-

mediatamente libre; hizoles entonces seña de que le siguiesen el comandante de la torre, y obedecieron ellos con el embrutecimiento de la embriaguez. Juana Darc, desesperada, jadeante y con el rostro cubierto de sangre, cayó casi exanime en su lecho, sobre el cual colocó desde luego el inquisidor el traje de hombre; iba con toda la aflicción de su alma á dirigir la palabra á la víctima, cuando fué brutalmente interrumpido por el carcelero, diciéndole:

— ¡Fuera de aquí, viejo hipócrita!.. llévese el diablo al espantajo!

— ¡Pobre y santa jóven!—esclamó Loyseleur alejándose, — ya os he traído vuestros vestidos!.. Tomadlos de nuevo, no obstante el juramento prestado sobre los santos Evangelios... Se os condenará quizás por relapsa; pero mas vale sufrir la muerte que el último ultrage!

Volvióse á cerrar la puerta del calabozo, y se quedó Juana enteramente sola.

Ya lo veis hijos de Joel, cuan lenta y tenebrosamente fueron urdiendo Cauchon y Loyseleur su infernal trama, desde antes de la formación del proceso contra Juana Darc.

«Hacer condenar primeramente á la acusada en virtud de sus propias confesiones, inspiradas á la víctima por un astuto consejero.

«Obtener luego la abjuración de sus errores, y salvarle la vida en nombre de la clemencia de la Inquisición.

«Y por último, hacer cometer á la penitente un acto de relapso, por el cual puede ser sin piedad condenada á las llamas.»

¡De espanto se nos erizan los cabellos al pensar en tantos horrores hasta ahora desconocidos! en aquellos horrores cometidos en nombre de todo lo mas santo y sagrado!..

¡Justo Dios! pensar que no hubo medio infame que no fuese empleado por los bárbaros jueces contra aquella inocente jóven, gloria de la Francia y honor de la humanidad! Si, la mentira, los falsos juramentos, la mas refinada hipocresía, el veneno, y en fin... la violación... todo, todo fué empleado por los verdugos de Juana. La violación fué el último nudo de aquella infernal trama, puesto que debia obligar infaliblemente á la heroína á tomar otra vez el traje de hombre, en la esperanza de poder defenderse mejor contra nue-

vos ultrajes. El solo hecho de volver á adoptar un trage, solemnemente abjurado por ella sobre los santos Evangelios, debía necesariamente condenarla al suplicio por relapsa. Finalmente, el monstruoso atentado debia limitarse á una tentativa... de lo contrario aterrada Juana Darc por la vergüenza, hubiera podido espirar subitamente en su calabozo... y se queria que viviese... para morir en la hoguera!...

¡Valor! ¡hijos de Joel! ¡valor! que toca ya á su termino esta lamentable historia!... sigamos á la vírgen de la Galia hasta el lugar del suplicio, y veremos completar en él su martirio. No se omitirá tormento que pueda acibarar los últimos instantes de su vida exhalada exclamando: ¡Gloria á vos Dios mio! y perdon para mis verdugos!..

Acababan de dar las ocho de la mañana. Juana Darc durante la noche, habia vestido otra vez su trage de hombre y se la habia encadenado nuevamente. Su hermoso rostro estaba acardenalado por los golpes que recibiera en la lucha nocturna; solo una idea ocupaba su mente: tal era, la de si sabrian sus jueces el acto de relapso que acababa de cometer, y si en caso de estar informados de él, la condenarian á la hoguera, como se lo habia indicado Loyseleur. ¿Podria al menos espiar su cobardia proclamando y confesando en alta voz la verdad que antes negara? ¿Hallaria al fin en el suplicio el termino de su triste vida?... La esperanza de la heróina no se vió al menos esta vez defraudada: informado Cauchon por su cómplice de los acontecimientos de la víspera, dispuso que fuese Juana visitada en su calabozo por diferentes jueces, siendo estos en número de siete.

Hé aquí sus nombres: NICOLÁS DE VENDRESSE. — GUILLERMO HAITON. — TOMAS DE COURCELLES. — ISAMBARDO DE LA PIERRE. — JACOBO CAMUS. — NICOLÁS BERTIN. — JULIAN FLOQUET.

Pensando Juana Darc que es su crimen flagrante, experimenta un placer amargo á la vista de sus jueces, y con la cabeza erguida y brillando en su frente la calma y la resolucion, parece desear que empiecen su interrogatorio. Por pudor y por dignidad de si misma, se resolvió á guardar silencio acerca del atentado infame de la última noche, no queriendo ruborizarse en presencia de semejantes hombres. Colocaronsen los jueces en silencio al rededor de la cautiva, atada en su cama con fuertes cadenas.

— Con que, Juana, ¿vuelveis ya á vestir el traje de hombre? preguntó Tomás de Courcelles aparentando sorpresa, ¿habeis olvidado ya vuestro juramento prestado sobre los santos Evangelios, de renunciar para siempre á ese traje?

— He vuelto á adoptar este traje, por haberme visto obligada á ello... contestó Juana.

— ¿Pero no recordais vuestro juramento? dijo Nicolás de Venderesse.

— ¿Mi juramento?... ¿Por ventura cumplisteis vosotros las promesas que me hicisteis? ¿se me ha prometido oír misa? ¿se me ha puesto en libertad despues de mi abjuracion? repuso Juana Darc indignada.

— Vuestra última sentencia os condena á un encierro perpetuo.

— Prefiero morir mil veces á permanecer en esta cárcel. (Estremecióse la vírgen de horror al recuerdo del nocturno atentado). Si se me hubiese permitido oír misa, si se me hubiese destinado á un lugar decente, seguro y honesto, libre de mis hierros y guardada por mujeres entonces habria...

— ¿Habeis vuelto á oír vuestras voces despues del dia de la condena? preguntó interrumpiéndola Isambardo de la Pierre.

— ¡Ah! si... ¡ojalá, que no las hubiese oído tanto!...

(Miraronse los jueces, cambiando entre si una señal de inteligencia).

— ¿Qué os han dicho aquellas voces?

— Me han dicho que era una cobardía infame el negar la verdad parâ salvar una vida de miseria y de pena...

— Pero esas palabras... repuso vivamente Guillermo Haiton.

— ¿Antes de vuestra abjuracion, qué es lo que os dijeron las voces? añadió Camus enterrumpiendo á su concolega.

— Mis voces me decian que seria altamente criminal al negar la inspiracion divina que hasta entonces me guiara. Contestó Juana Darc retando á sus jueces con intrépida mirada. Mis voces me decian: «Contesta audaz y sinceramente á esos miserables que de todos modos te harán morir en la hoguera; no creas en las falaces promesas de tus infames jueces; muestrales ser digna de ceñir la corona de la inmortalidad!...» ¡Y yo desgraciada, no escuché á mis voces!

Los jueces quedaron por un momento en el mas profundo silencio, limitándose á cambiar entre si algunas significativas miradas; por

último, Tomás de Courcelles repuso con voz lenta y pausada.

— Hé ahí unas palabras tan temerarias como culpables. Es decir ¿ qué despues de haber abjurado, volveis á caer en los mismos errores?

— El error, es el mentir... Contestó Juana con voz solemne, y al abjurar yo mentia... Lo que es damnable, es el condenar mi alma y yo la condenaba para siempre, al sostener que no habia obedecido á la voluntad del cielo... ¡ Oh! ¡ cuanto me han reprochado mis voces el haber abjurado por temor de la hoguera!...

— De modo que despues de haber vuelto á adoptar vuestro trage de hombre, dijo Jacobo Camus, primer crimen, crimen imperdonable... que os constituye relapsa... volveis á cometerle aun, atreviéndoos á sostener ademas que aquellas pretendidas voces...

— Son las de mis santas... y que proceden de Dios, contestó Juana Darc con resolucion.

— Pero, si en el tablado confesasteis que...

— ¡ En el tablado temia la hoguera... era cobarde! ¡ y mentia!

— ¿ Y ahora creéis no haber de temer ya el suplicio?

— ¡ Ahora sostengo, que solo el miedo me hizo abjurar, confesar lo contrario de lo que creia, negar la santa verdad! ¡ Prefiero morir, á permanecer por mas tiempo en esta horrible cárcel! Ya lo he dicho, no lograreis arrancarme ni una sola palabra en contra de lo que os digo ahora.

— ¡ Así sea! contestó Jacobo Camus con voz lúgubre.

Los jueces salieron lentamente; Juana Darc quedó sola, y se arrodilló en su lecho de paja, donde se hallaba encadenada por la mitad del cuerpo. Levantó hácia la bóveda sombría del calabozo su semblante en el que irradiaba la dicha y la inspiracion, y en aquella actitud juntó las manos y oró con fervor, dando gracias á sus santas por haberle dado el valor necesario para espiar su falta y reparar su apostasia, marchando resueltamente al suplicio.

Despues de haber interrogado los jueces á Juana Darc en su calabozo, se dirigieron al palacio del presidente Cauchon, para informarle del resultado de su visita y del de su interrogatorio, resultado de tal modo previsto por el inquisidor general, que ya de antemano habia convocado en el palacio de Ruan un número suficiente de jueces para proceder sin demora á la condena definitiva de la re-

lapsa. Luego de reunidos todos aquellos infames jueces en una de las mas vastas salas del sombrío edificio , colocóse en el centro de ella el presidente , y despues de haber exigido el silencio por medio de un gesto , les dijo :

— «En nombre del Padre , del Hijo y del Espíritu Santo ! Carísimos hermanos , Juana acaba de caer nuevamente en sus tristes errores , y con desprecio de su abjuracion solemne , pronunciada delante de Dios y sobre los Santos Evangelios , no solo ha adoptado otra vez su trage de hombre , abominable terquedad en el pecado que bastaria para condenarla , sino que hasta se empeña en sostener con diabólica tenacidad que , todo lo que dijo é hizo , lo dijo é hizo por inspiracion divina ! Nada mas debo añadir ; solamente os requiero para que emitais vuestra opinion acerca del castigo que debe imponerse á Juana , acusada de ser tan temerariamente relapsa , reservándome requiriros para deliberar de nuevo , si lo juzgara oportuno.»

— La referida Juana debe ser entregada al tribunal civil á fin de que , como relapsa , sea condenada por este á las llamas , dijo Nicolás de Venderesse.

— Pues yo soy de opinion , repuso Aigidie , que ya que es Juana herege y relapsa , deberia proponérsele abjurar por segunda vez sus errores , y caso de negarse á ello , que fuese entregada al tribunal ordinario.

— Siendo Juana relapsa , repuso un tercero , pido que sea castigada en conformidad á lo espuesto por la mayoria de mis carísimos hermanos.

— Yo declaro que la referida Juana debe ser condenada á la hoguera por relapsa , contestó Guillermo Erard.

— Como relapsa y herege , ha de ser Juana condenada á las llamas , añadió Roberto Gilibert.

— Esa mujer es relapsa , que abjure por segunda vez , ó que se la haga morir desde luego , dijo Saint-Audoín.

— Que sea la relapsa entregada al tribunal ordinario , espuso Juan de Castellone.

— Condénese á Juana á un suplicio ejemplar , añadió Ermangard.

— Juana ha de ser condenada como relapsa , despues de una segunda lectura de abjuracion , manifestó Guillermo Boucher.

— Tal es tambien mi opinion , añadió otro de los jueces.

— Pues yo creo , que debe condenarse á la relapsa sin mas dilacion , espuso Giffard.

— Declaro relapsa á la referida mujer , y pido contra ella , caso de que no quiera abjurar por segunda vez , un pronto y ejemplar castigo , dijo Haiton.

— Juana es relapsa ; entréguesela pues al tribunal ordinario , añadió Marquerie.

— Tal es tambien mi opinion , contestó Juan de la Epeé.

— Y yo me adhiero tambien á lo manifestado por mis dos hermanos , manifestó Garin.

— Pido que sea la relapsa condenada á las llamas , dijo Gastinel.

— Lo mismo deseo yo , repuso Pascal.

— Las confesiones hechas por esa mujer , me prueban sobradamente que ha sido siempre idólatra y heresiarca , y que además es ahora relapsa ; pido por lo tanto , que se la entregue prontamente al tribunal civil , manifestó Houdenc.

— Ya que es la referida Juana impenitente y relapsa , impóngasele el castigo que merece , dijo Juan de Nibat.

— Acostumbrada en la heregía , terca en sus errores y sorda á la voz del deber , debe la referida Juana ser entregada á las llamas y sus cenizas arrojadas al viento , espuso Fabre con voz solemne.

— Lo propio me parece á mí ; solamente deseo que se le proponga antes abjurar por segunda vez , añadió Mortemart.

— Tambien yo me adhiero á lo manifestado por mi hermano , dijo Guedon.

— Lo mismo pienso yo , contestó Coupeguesne.

— Que se proponga á la referida Juana si quiere retractarse otra vez , y de no , que se la arroje á la hoguera , repuso Guillaume.

— Tambien yo opino por esa nueva y suprema amonestacion dijo Maurice por mas que no me prometo de ella ningun resultado.

— Estoy conforme con lo manifestado por mi carísimo hermano , añadió Guillermo de Bandibosc.

— Trátese sin piedad á la relapsa , como sus crímenes merecen , dijo Nicolás Caval.

— La referida Juana ha de ser condenada á las llamas , espuso el infame Loyseleur.

— Ya que es esa mujer herege y relapsa , manifestó Tomás de Courcelles , puede amonestarsela por segunda vez y declararsele que si persiste en sus funestos errores , se la condenará irremisiblemente al último suplicio.

— Por mas que nada espero de esta segunda tentativa , dijo Juan

Ledoux, puede no obstante emplearse para que se diga al menos que hemos obrado con moderacion y justicia.

— Aunque ilusoria, hágase aquella prueba, dijo Juan Tiphaine.

— Tambien yo soy de la misma opinion, añadió Colombelle.

— La justicia ordinaria continuará el proceso, si se niega la referida Juana á abjurar nuevamente, observó por fin Isambart.

Ya lo veis, hijos de Joel, de la deliberacion de los jueces resulta que unos quieren que sea la Doncella condenada desde luego, al paso que otros, los mas de ellos, quieren que se exija á Juana Darc una segunda abjuracion, por mas que de antemano estuviesen convencidos de la inutilidad de esta tentativa, sabiendo por sus cómplices que estaba la heróina firmemente resuelta á ir al suplicio en espiacion de las confesiones que habian logrado arrancarle antes por el temor; de modo que cuando se trató algunos dias antes, de poner la acusada al tormento, los mas humanos de entre aquellos jueces se pronunciaron contra el potro, so pretesto de que bastaban ya las anteriores confesiones de Juana para condenarla á la hoguera. Con mucha mas razon podian hacer esta vez gala de la inagotable misericordia del tribunal de que eran dignos jueces. El presidente Cauchon, mucho mas franco que los demas, y seguro como estaba del resultado de su argumento, (por conocer el ánimo del tribunal que presidia), resumiendo la deliberacion, se opuso enérgica y absolutamente á que se hiciese abjurar á la relapsa por segunda vez; puesto que, á ser esta prueba inútil, como lo reconocian ya hasta los mismos que la pedian, ¿á qué intentarla de nuevo? Y aun cuando se tuviese la seguridad de alcanzar de la relapsa una segunda abjuracion, era innegable que produciria tambien un triste resultado. ¿Acaso no habian visto ya los jueces cuando la primera amonestacion, exasperarse el pueblo y los soldados por la clemencia del tribunal, gritar traicion y estar prontos á sublevarse? ¿No seria una imprudencia, una temeridad, el provocar las iras de un pueblo justamente indignado? ¿Por ventura no hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte por salvar á esa Juana, que convencida de nuestra clemencia, no ha parado hasta abrazar nuevamente la heregia? ¿Cómo ha sido acogida nuestra mansedumbre? ¡Con un aumento de jactancia, de audacia y de impiedad! — Terminó en seguida el presidente Cauchon pidiendo á sus carísimos hermanos, en nombre del deber, de la seguridad, de los mas altos intereses políticos, de su conciencia y de la justicia eterna, que declarasen bre-

ve y terminantemente relapsa á la referida Juana , y entregarla como tal á la justicia ordinaria para que fuese al dia siguiente condenada á muerte , despues de haber sido objeto de la animadversion general. — Todos los jueces siguieron puntualmente las observaciones hechas por su presidente , estendió el escribano la sentencia de muerte , y se levantó la sesion. Pedro Cauchon fué el primero que salió de la sala restregándose las manos y halló al salir del tribunal á diferentes capitanes ingleses que aguardaban por saber el resultado de la deliberacion con una impaciencia bárbara y sanguinaria. Uno de ellos , el conde de Warwick , dijo entonces al presidente :— ¡ Y bien! ¿ qué es lo que se ha decidido respecto de esa hechicera ?

— ¡ Lo prometido! ¡ todo está concluido !.. repuso Pedro Cauchon con una alegria salvage.

— ¿ De modo que la Doncella?... dijo el conde Warwick.

— ¡ Será mañana arrojada á la hoguera!... Ya podeis comer de gusto y dormir sin cuidado.

Yo, *Mahiet*, Abogado de armas, hoy centenario, como lo fué nuestro abuelo AMAEL, que combatió á las órdenes de Cárlos Martel y conoció á Carlomagno, yo Mahiet, autor de esta leyenda, hé aqui lo que ví en treinta de Mayo del año 1431 en la ciudad de Ruan, á donde habia llegado el dia anterior procedente de Vaucouleurs. En estos calamitosos tiempos de guerra son las comunicaciones tan raras, tan dificiles entre el interior de la Galia y las provincias lejanas, que la familia de Juana Darc no habia tenido noticia de que estuviese detenida en Ruan ni de su proceso, hasta algun tiempo despues que lo supo por la voz pública; sus desgraciados parientes, á pesar de la desolacion que les causó tan triste nueva, no se atrevieron á emprender un viage tan largo y rodeado de peligros, para saber la suerte que estaba reservada á la infeliz Juana. Fuí á ver á Dionisio Laxart hombre dignísimo con el que estaba unido hacia muchos años por la amistad mas tierna, al objeto de proponerle partir para Ruan con mi nieto. Unicamente la admiracion de que estaba poseido por la heróina plebeya, fué la que me inspiró aquella resolucion. A pesar de mi avanzada edad, y de los peligros que ofrecia el viage, estaba decidido á emprenderle, y lo habria emprendido desde luego, á no haber sido pobre. Sin embargo, haciéndose un guante entre Dionisio Laxart y algunas buenas gentes de Vaucouleurs, pudimos reunir

la suma que necesitaba para mi viage y hasta para comprar un caballo que monté, poniendo á mi nieto en la grupa. Despues de muchos rodeos y de inminentes peligros, por estar los caminos infestados de partidas de soldados desertores y de bandoleros, llegamos finalmente á Ruan, donde me hospedé en una modesta posada de la plaza del antiguo Mercado. Pronto supe la abjuracion solemne de Juana Darc, por la cual la trataban sus implacables enemigos de infame impostora, al paso que, los que creian en la divinidad de sus inspiraciones y se habian apiadado al principio de ella, le echaban despues en cara su indigna cobardia por no haber sabido morir dignamente. Ignoraba yo aun entonces las causas tenebrosas y horribles que habian motivado aquella apostasia; y sin embargo mi conciencia, mi razon, el recuerdo de mis frecuentes conversaciones con Dionisio Laxart, que tantas veces me habia referido en sus mas minuciosos detalles la infancia y la mocedad de la heróina, la confianza que me hizo fray Arsenio, médico de la familia Darc, hombre de mucho saber, á quien debia la noticia que tengo de las causas naturales que produjeron las aspiraciones de Juana y finalmente, la relacion de los hechos gloriosos, á que dió la Doncella honrosa cima, pregonados por la fama hasta en el interior de la Lorena, todo me inducia á pensar que una abjuracion tan contraria al heróico valor y á la acrisolada lealtad de la vírgen guerrera, debia ocultar precisamente algun siniestro misterio. Inútil me parece advertir que no participé en lo mas minimo del sentimiento de repulsion que inspiraba Juana aun á aquellos que mas habian lamentado antes sus desgracias. Con respecto á los ingleses comprendia muy bien el odio implacable de que estaban poseidos contra ella. El pueblo inglés merced á la cobardia de nuestra nobleza y á la culpable indecision del monarca, nos está causando males sin cuento hace mas de medio siglo; ese pueblo, lo confieso, valeroso y altivo, y sus capitanes, por tanto tiempo invencibles, se vieron al fin derrotados en cien batallas por la heróina plebeya. Ella sola ha logrado destruir para siempre el prestigio de sus pasadas victorias, y por lo mismo no pueden perdonarle el golpe mortal que ha dado á su dominacion en la Galia; asi me esplico yo el ódio implacable que tienen los ingleses á la heróina. Yo no podré verlo en razon de mi avanzada edad, pero mi nieto verá de seguro su completa espulsion de este reino.

Llegado á Ruan el 24 de mayo de 1431, al caer la tarde, supe en la posada donde me hospedé, la apostasia de Juana y sus funestas con-

secuencias. Al anochecer del mismo día, empezó á correr la voz de que á la mañana siguiente seria la relapsa condenada á las llamas. En efecto, mi nieto y yo, así como también otros muchos viajeros, fuimos despertados á altas horas de la noche por un gran rumor; y á la luz de varias antorchas llevadas por soldados, vimos desde las ventanas de la posada á varios carpinteros ocupados en levantar algunos tablados. Al romper el día salí de la posada. Ya entonces habia algunas compañías de arqueros ingleses formando un cordón al rededor del lugar del suplicio y una prolongada fila hasta el ángulo de una calle que desembocaba en la plaza del Mercado; aquellas dos filas de soldados dejaban entre sí un ancho paso, desde la calle antes citada hasta el espacio que se notaba aun vacío al rededor de los tablados. Eran estos en número de tres; el mas alto de ellos estaba á cierta distancia de los dos restantes. En uno de estos, el de mano derecha, ví un dosel carmesí adornado con plumas blancas en cada uno de sus ángulos y con anchos galones de oro, habiendo debajo del dosel un asiento de honor; seguia luego otra fila de asientos también cubiertos de damasco situados al rededor del suntuoso dosel, subiéndose á aquella especie de solio por medio de una graderia cubierta de ricos tapices. El tablado de la izquierda que era de la misma altura y dimension, estaba al igual que sus bancos, cubierto de negro. El último tablado, que era una especie de base de sillería, de unos diez piés de elevacion, formaba en su cima una estrecha plataforma que contenia en su centro un enorme potro erizado de hierros y cadenas. Llegábase á aquella plataforma por una estrecha escalera de madera, que ocultaban enteramente los enormes haces de leña, paja y sarmientos cubiertos de betun y azufre, arrimados junto á ella. Arreglaron los verdugos todos aquellos combustibles en cuatro haces que llegaban hasta el remate de aquel monumento fúnebre. Algunas estacas clavadas en el suelo, inmediatas á la hoguera, sostenian unos postes de forma oblonga á guisa de muestras, leyéndose en ellos en grandes letras blancas escritas ó pintadas sobre un fondo negro, las siguientes inscripciones:

—JUANA, QUE SE HACIA LLAMAR LA DONCELLA.

—IMPOSTORA. — PERNICIOSA. — EMBAUCADORA DEL PUEBLO.

—ADIVINA. — SUPERSTICIOSA. — BLASFEMA DE DIOS.

—PRESUNTUOSA. — INCRÉDULA EN LA FÉ DE JESUCRISTO.

—IDÓLATRA. — CRUEL. — DISOLUTA.

—INVOCADORA DE DEMONIOS.

— APÓSTATA. — CISMÁTICA. — RELAPSA (1).

Tal fué, hijos de Joel, el fallo que dió la Inquisicion contra Juana Darc... Tal la hoguera que le estaba preparada...

El cadalso de la vírgen libertadora de la Gallias se alzaba entre dos tablados uno de los cuales estaba destinado para Pedro Cauchon y sus cómplices, debiendo ocupar el otro los instigadores del asesinato ó sean el inquisidor de Winchester y los oficiales ingleses.

Ya la veis, hijos de Joel, no hubo tormento que no se hiciese sufrir á la heróina popular, á la inocente víctima que derramó su sangre en defensa de la madre patria.

Todas las campanas de Ruan anunciaban á las ocho de aquella misma mañana que iban á abrirse para una alma las puertas del cielo... ¡Pobre Juana, cuan diferente era el lejano tañido de las campanas que tanto alhagaba su odio en los hermosos dias de su infancia! El sol de mayo... presenció la primera derrota de los ingleses frente á Orleans... el sol de mayo tambien radiante y puro, inundaba de luz los tres tablados. La multitud se apiñaba en derredor del círculo vacío que habia junto al lugar del suplicio, y cuyo círculo estaba guardado por una doble fila de arqueros ingleses; mientras que otros espectadores se asomaban en las ventanas y balcones de las antiguas y puntiagudas casas de madera que circuian la plaza del Mercado. Pronto se vió entre las filas de los soldados de ondeantes penachos, relucir el acero de los cascos y brillar el oro y la pedrería que ostentaban los empleados de todos los ramos en aquel dia nefasto; los gefes ingleses sobre todo, y en particular el conde de Warwick, se distinguian entre los demas por el lujo deslumbrador que desplegaban á los ojos de un pueblo atónito. Subieron lenta y magestuosamente las gradas del tablado, sentándose bajo docel el inquisidor general de Winchester, teniendo á su lado á Pedro Cauchon y al inquisidor de Bolonia, y en su derredor á Warwick y á los demas gefes del ejército inglés. El tablado cubierto de negro fué ocupado por los jueces, el fiscal, los asesores, y los escribanos.

El aspecto y la llegada de aquellos ilustres personajes, solo satisfizo á medias la cruel impaciencia del feroz populacho, por no haber sido conducida aun la procesada, que todavía tardó algun tiempo en llegar. Pronto se oyeron algunas voces, salidas de entre

(1) Clemente de Franquenbergh, ap. *Quicherat*. vol. IV. p. 460.

las filas de los soldados ingleses ó de entre los hombres del partido borgoñon , que decían :

— ¿ Sabrá el presidente esta vez cumplir su promesa ?

— ¿ Por último , será la hechicera condenada á las llamas ?

— La leña está dispuesta, los verdugos con la antorcha en la mano... ¿ qué es pues lo que se está aguardando ?

— ¡ Lástima que no pueda condenársela dos veces , ya que es infame relapsa !

— ¡ Se ha atrevido á sostener que habia abjurado á la fuerza ! ¡ y ahora persiste en decir que era Dios quien la inspiraba !

— ¡ No hay impostora igual á esa bribona ! ¡ Por San Jorge ! que ni una sola vez nos hubiera vencido á no protegerla el demonio ! ¡ Cómo vencernos á nosotros que somos los primeros arqueros del mundo , á no haber sido así ! ¡ Estuve en la batalla de Patay , en la que fueron esterminados los mejores soldados del ejército inglés ; en ella ví por mis propios ojos lanzarse legiones de demonios contra nosotros á la voz de esa hechicera !

— Aquellos demonios , señor arquero... podían ser muy bien soldados franceses.

— ¡ Sangre y muerte ! ¿ Creeis que pueda haber en el mundo soldados capaces de vencernos ? ¡ Por san Jorge , que eran demonios, verdaderos demonios con cuernos y garras y armados de flamígeras espadas ; revoloteaban sobre nuestras cabezas , acribillándonos con una nube de piedras y de balas de artillería !

— ¿ Y quién os dice , señor arquero , que no fuese el fuego cierto de vuestros enemigos ?

— ¡ Fuego y balas eran de Satanás , pero no de los soldados de Francia !...

— Si esta vez no se condena á la infame hechicera que tantas veces acaudilló á los armañacs , juro que yo y los demas arqueros de mi compañía hemos de asar al presidente Cauchon... como si fuese un cerdo.

— ¡ Ab ! ¡ ab ! ¡ mi bravo Hércules , asar como un cerdo al inquisidor Cauchon !... no me disgustaria esta treta.

— ¿ Porqué tantas dilaciones ?.. ¡ Muerte á la hechicera !

— ¡ Si querrán que aguardemos aquí hasta la noche !

— ¡ Sea la hechicera condenada á la hoguera !

— ¡ Muera la relapsa !

— ¡ Arda ahora mismo en las llamas la invocadora de demonios ! ¡ la disoluta !

— ¡ La embaucadora del pueblo ! ¡ la farsante !

— ¡ La incrédula en la fé de Jesucristo !

— ¡ A la hoguera la idólatra , la apóstata , cuanto mas antes mejor !

Tal era el clamoreo de los ingleses ó de los partidarios borgoñones. Los defensores del partido realista ó armañac eran aunque mas decididos , mucho menos numerosos , y no podian por lo tanto acallar aquella infernal gritería. Muchos hubo entre estos últimos , particularmente las mujeres , que sintieron renacer en su corazon la piedad por Juana , cuya abjuracion les habia indignado tanto por haberla creído siempre inspirada ; otros sin embargo , continuaban indignados contra ella. Pero aquellos sentimientos de piedad no podian manifestarse enteramente , por no poder los realistas hacer frente á los ingleses , atendido su escaso número.

— Finalmente , — decian unos , — si la Doncella ha sido una vez débil al imponente aspecto del suplicio , ya vereis cuan serena y resuelta va á presentarse hoy !

— ¡ De este modo... ya no mentia !.. ¡ veremos si sostendrá hasta la muerte que era Dios quien la inspiraba !

— Y sin embargo lo negó... ¿ Como creerla ahora ?

— ¡ Oh ! quien ha mentido una vez puede mentir mil !

— Si abjuró , fué porque temia la hoguera... ¿ Quién no hubiera temblado en su lugar ?

— ¡ Entonces se acobardó , y no era tan esforzada como se decia !

— ¡ Es que ante la hoguera todo el mundo teme !.. ¡ Véase sino esa leña cubierta de pez y betun !

— ¡ Cuando uno piensa que todos esos combustibles pronto arderán en derredor de Juana , haciendo chisporrear y arrugar sus carnes !..

— ¡ Ah ! se me erizan de horror los cabellos.

— ¡ Pobre jóven ! ¡ que horroroso tormento !

— ¡ Es en verdad horrible ! ¿ Pero que quereis ? ¿ cuando los doctores de la Inquisicion la condenan , bien debe de ser culpable ?

— ¡ Como podrian engañarse semejantes hombres !

— ¡ No , ciertamente , cuando la Inquisicion ha pronunciado su fallo , no podemos hacer mas que humillar nuestra frente y acatarle !

— No puede tenerseme por sospechoso , puesto que soy armañac y realista y detesto como tal la dominacion inglesa ; pues bien , yo consideraba á Juana como una santa antes de su condena ; pero aho-

ra, no puedo compadecerla siquiera. No me atrevería al presente á acusar á sus jueces, sin creer faltar á mi deber como francés y como realista.

— ¿Por ventura no ha hecho el tribunal todo lo que estaba de su parte para salvarla? ¿no ha admitido ya á Juana una vez su abjuración, prometiendo salvarla?

— ¿Porque ha sido relapsa, porque ha vuelto á adoptar su traje de hombre?

— ¡Si se la condena á las llamas, es porque ella lo ha querido así!

— ¡Luego debeis convenir en que si vá voluntariamente á la hoguera, es prueba de que sabe, de que quiere morir por su fé y por su patria!

— Esto es mas bien dar una prueba de rebelion y de jactancia, que de verdadero patriotismo y valor.

— Veamos, ¿ha vencido ó no Juana Darc á los ingleses en cien batallas? ¿ha sido ó no ella, la que dispuso en Reims la coronacion del rey?

— Convengo en ello; pero esos señores juzgan aquellas cosas mucho mejor de lo que podriamos juzgarlas nosotros. En una palabra, amigos míos, yo me hago la siguiente reflexion, tan sencilla como justa: Juana ha confesado sus errores, y luego ha vuelto á caer en ellos; luego Juana es impostora ó relapsa, y de todos modos culpable.

Este raciocinio prevalece sobre los tímidos, quedando así limitadas las pruebas de interes dadas á la heróina, á las que le tributó un reducido número de almas piadosas; hasta aquellos mismos que conservaban bajo la dominacion inglesa el sagrado amor de la patria, se habian dejado fascinar por los nuevos fariseos hasta el punto de asistir impasibles al suplicio de la jóven heróina que iba á morir en defensa de la religion, del rey y de su patria ultrajada.

¡Oh pueblo! ¿es á tu corazon que debe acusarse? ¿ó mejor es tu ceguedad y tu ignorancia la que debe compadecerse, cuando te dejaste así arrastrar por la perfidia de los ingleses, tus bárbaros opresores?

Notóse de repente un estremecimiento entre la apiñada multitud, el cual anunció la aproximacion de la procesada. El abogado Mahiet, cuyo nieto se hallaba entre el populacho á algunos pasos de allí, se arrimó á la pared de la posada, teniendo á su lado á un anciano

vestido de negro, que indiferente á cuantas conversaciones se habian tenido hasta entonces á su alrededor, esclamó con voz sombría:

— ¡Hela ahí!.. ¡hela ahí!..

Juana Darc, de pié sobre un carro tirado por un solo caballo, vestia una larga túnica negra con manchas rojas, llevando en la cabeza una especie de mitra de carton negro en la que estaban escritas estas palabras: — IDÓLATRA. — HEREGE. — RELAPSA. Habia junto á ella un religioso, tambien de pié, que le prodigaba los dulces consuelos que dá la religion al hombre en su último trance, en aquella hora suprema que vá á volar el alma al seno de Dios. Como no esperaba ya Juana ningun socorro humano, levantaba su mirada al cielo entreabierto ya para recibirla, y ceñirle la inmortal corona que le conquistaron en la tierra sus virtudes y sus sufrimientos. Desprendida ya de cuantos lazos la habian unido á la vida, solo exclamó sollozando en el momento de subir al carro fatal: « ¡Ah! ¡es decir que mi cuerpo, tan puro de toda mancha, ha de ser devorado por el fuego!.. ¡Cien veces habria preferido morir decapitada!.. » Tal fué el último grito de dolor arrancado del alma de Juana por el recuerdo de la hoguera; pues se vió desde entonces á la esforzada Virgen de las Galias marchar resueltamente al suplicio. Al llegar el carro junto al tablado que ocupaban el inquisidor general de Winchester, Pedro Cauchon y los gefes ingleses, recibió orden de pararse.

Se hizo bajar entonces del carro á Juana Darc, que apenas podia dar un paso á causa de su rozagante túnica, diciéndosele:

— Juana, arrodillaos, á fin de oír el anatema y la sentencia que vá á pronunciar contra vos el inquisidor general de Beauvais.

Juana Darc se arrodilló junto al tablado cubierto de púrpura; levantóse entonces Pedro Cauchon, y adelantóse hasta la baranda ó remate de la plataforma, bajo la cual estaba la procesada de rodillas.

— ¡Todavía nuevas oraciones! exclamó furiosa la soldadesca inglesa.

— ¡Esto será un nuevo ardid para salvar á la hechicera de las llamas!..

— Cuidado señor inquisidor... no respondemos de tu pellejo si esta vez nos engañas.

— ¡A la hoguera sin mas tardar! ¡sea la hechicera arrojada ahora mismo á las llamas!

El presidente Cauchon apaciguó entonces con un gesto expresivo el clamoreo de los ingleses, y luego dijo con voz solemne y grave:

— « Mis queridos hermanos, cuando un miembro sufre, todo el cuerpo sufre también; así es que, cuando la heregia infesta un miembro, es urgente separarle de los demás, á fin de que su podredumbre no corrompa y gangrene el cuerpo social. Nuestros institutos deciden terminantemente, carísimos hermanos, que para sustraer á los fieles del mortal veneno de los hereges, debemos separarles para siempre de estos. He aquí, Juana, llamada vulgarmente la Doncella, porque nos vemos obligados ahora á hablarte en estos términos:— Tú, Juana, sana de espíritu y de razón, habías abjurado tus crímenes, firmando voluntariamente aquella abjuración de tu propia mano; pero pronto has vuelto á caer en los mismos errores. Por eso, te declaramos, Juana, escomulgada, herejarca y relapsa... por eso te condenamos á ser arrancada de enmedio de los fieles como un miembro corrompido por la lepra de la heregia, y te entregamos, te abandonamos, te arrojamos á la justicia ordinaria, encargándola que, no obstante la muerte y la mutilación de los miembros que vas á sufrir, te trate con moderación... »

El gozo feroz con que fué oída esta sentencia, estalló con una infernal gritería; la sanguinaria impaciencia de los soldados ingleses quedó satisfecha, el pueblo contempló á Juana Darc con horror... despues de la escomunión que pesaba sobre ella, ¿ como compadecerla? Uno de los jueces bajó entonces del tablado y fué á hablar á Isambard, el cual dijo despues á Juana.

— Ya habeis oído vuestra sentencia; podeis levantaros, hija mia.

Pedro Cauchon continuaba en el mismo sitio, desde el cual pronunció la sentencia; y habiéndole visto Juana Darc al levantarse, le mostró el cielo, como para tomarle por testigo de sus palabras, y luego con un acento de amargo reproche le dijo:

— ¡ Inquisidor! ¡ Inquisidor! ¡ Vos sois la causa de mi muerte!..

A pesar de su infernal audacia, Pedro Cauchon se estremeció é inclinó su frente bronceada, al oír el anatema que en presencia de Dios y los hombres le fulminaba su inocente víctima. Lento é incierto era el paso de Pedro Cauchon al dirigirse á ocupar su asiento junto al inquisidor general de Winchester.

A las terribles palabras de: « Juana, te abandono á la justicia or-

dinaria , » se acercaron dos verdugos ; tales eran los representantes de la justicia ordinaria... Tomaron uno por cada brazo á la pobre víctima , y la condujeron al cadalso levantado á corta distancia , siguiéndola el monge Isambard.

— Padre , quisiera una cruz , para poder dirigir á ella mi postrer mirada antes de espirar.

— ¡ No tienes necesidad de ninguna cruz , relapsa , bruja ! exclamaron algunos soldados ingleses.

— ¡ Lo que quieres tú es ganar tiempo !

— ¡ Basta ya de retardos !

— ¡ A la hoguera ! ¡ á la hoguera !

El padre Isambard dijo algunas palabras en voz baja al asesor que habia bajado del estrado, y se dirigió este corriendo á una Iglesia que habia junto á la plaza. Un carnicero inglés, con su delantal ensangrentado, hombre á primera vista de áspero semblante, situado junto al nieto de Mahiet el Abogado de armas, oyó aquella suprema y última súplica de Juana Darc y se conmovió de tal modo, que no pudo contener sus lágrimas. Sacó su cuchillo del cinto, cortó en dos pedazos una vara que llevaba en la mano, y en su precipitacion para formar aquella cruz informe, arrojó su cuchillo al suelo, sacó un cordel de su faltriquera, y ató en forma de cruz los dos pedazos de madera, entregándola al P. Isambard, despues de haber separado de la fila á dos soldados ingleses con un pequeño empuje de sus robustos hombros: luego se quedó al lado de ellos con las manos juntas y contemplando á la pobre víctima con una especie de adoracion. El nieto de Mahiet recogió el cuchillo del carnicero, que cayó á sus pies, y cuyo cuchillo fué siempre para él una preciosa joya.

Fray Isambard recibió del carnicero inglés la tosca cruz que entregó desde luego á la paciente.

— ¡ Gracias , padre mio !.. (Dijo Juana con transporte, y llevándola á sus labios.)

— Ya he enviado á la iglesia de Saint-Ouen para que manden una cruz en la que haya una imágen de nuestro Salvador ; la cual será colocada á cierta distancia en frente de vos , á fin de podais verla todo el mayor tiempo posible.

— Sobre todo , que la tengan bien alta , para que pueda ver hasta el fin la imágen de nuestro Salvador.

— ¡ Cuando acabaremos ! (exclamaron algunos soldados)

— ¡ Que es lo que está murmurando ese fraile al oído de la hechicera !

— ¡ Sea sin mas tardar arrojada á la hoguera , esa invocadora de demonios !

— ¡ A la hoguera ! ¡ á la hoguera !..

Al verse Juana Darc conducida junto á la pira fatal , midió con la vista su elevacion , sin poder reprimir un estremecimiento de horror ; sacudieron los verdugos sus antorchas encendidas á fin de avivar mas la llama. Dos de entre ellos precedieron á la víctima en la plataforma formada de ladrillos , para colocar en ella alguna paja y sarmientos , última capa de las materias de combustion amontañadas hasta aquella altura ; luego prepararon los hieros colocados en el potro, formado de madera verde, á fin de que pudiese resistir por mas tiempo á la accion de las llamas.

— ¡ Vas á subir por aquí ; hechicera !.. y ya no volverás á bajar ! (dijo uno de los verdugos , señalando á Juana Darc la escalera.)

— Yo os acompañaré hasta el fin , hija mia ! (dijo el P. Isambard.)

Juana Darc , empezó á subir lentamente las gradas , envuelta en los pliegues de su larga túnica , llegando al fin á la cima de la fues-ta pira. Un inmenso clamoreo se levantó entonces de entre la multitud al ver á la Virgen de las Galias espuesta á todas las miradas, al que sucedió en breve un silencio sepulcral.

— ¡ Dios solo inspiró mis acciones ! ¡ gloria eterna á Dios ! (esclamó Juana con voz fuerte y solemne.)

Numerosos abullidos é imprecaciones furiosas apagaron la voz de la procesada ; todos los inquisidores y los gefes del ejército inglés , se levantaron espontáneamente para gozar mejor de la vista del suplicio de la pobre víctima. Despues de haberla hecho colocar de pié y de espaldas al potro , ató uno de los verdugos á Juana Darc por la cintura , mientras que otro le ponía una gruesa argolla ; una enorme cadena sujetó tambien sus piernas , sin quedarle libres más que las manos , en las que tenia la tosca cruz de madera fabricada por el carnicero inglés , y la cual aplicaba de vez en cuando á sus labios. En aquel momento se presentó un sacerdote con sobrepelliz, llevando un gran crucifijo de plata y lo colocó á cierta distancia de la hoguera , procurando levantar lo cruz cuanto le era posible , á fin de que pudiese Juana dirigir sus últimas miradas de esperanza y de amor á aquel sagrado signo de la redencion humana. En efecto,

apenas Juana distinguió la cruz volvió hácia ella la cabeza cuanto se lo permitia su argolla , y no apartó ya mas sus ojos de la imágen de Jesucristo.

— Vamos, reverendo padre , dijo el verdugo al monge Isambard , no permanezcais mas aqui, porque va á pegarse fuego á la hoguera.

— Aguardad un instante mas... y os sigo... (contestó el religioso.)

— ¡ Pues entonces , voy á hacerte bajar mas pronto de lo que tu deseas , reverendo padre !

Salieron los dos verdugos de la plataforma , en la que se quedó todavía el religioso para procurar á Juana los supremos consuelos que la religion procura al hombre en su último trance ; atento el oido y fija la vista en el cielo , parecia ya Juana gozar de antemano la eterna bienaventuranza.

De repente se oyó el chisporroteo de la llama en la parte inferior de la hoguera , y salieron algunas bocanadas de humo.

— ¡ Padre mio , bajad ! ¡ bajad pronto ! ¡ la hoguera está encendida !.. (dijo Juana con ansiedad al sacerdote.)

Tal fué el sublime adios que dirigió la víctima al que le habia procurado en la tierra los últimos consuelos.

Bajó el monge con serenidad la escalera , lanzando á los verdugos una mirada de reconvencion , mientras continuaban estos encendiendo con sus antochas la paja y los haces de leña impregnados de azufre y betun. En breve el negro torbellino de humo que se levanta de la hoguera oculta á Juana Darc á las miradas de la multitud ; la llama que se vé brillar serpenteando por entre la parte inferior de la encendida pira, acaba, impulsada por el viento , por convertirse en un mar de fuego que sube con increíble rapidez disipando el humo y presentando otra vez á Juana , en medio ahora de un círculo de fuego , á las miradas de aquel feroz populacho. Ya el elemento voraz habia prendido en la paja y los sarmientos colocados en la angosta plataforma , y sobre los que descansaban los pies de la víctima ; y ya empezaban á humear sus vestidos... Oprimida por los tres círculos de hierro que le sujetaban el cuello , la cintura y las piernas, solo pudo torcerse de dolor y lanzar este grito terrible :

— ¡ AGUA !.. ¡ AGUA !..

Luego , como si se hubiese arrepentido de aquel grito que le arrancó el dolor , obligándola en vano á implorar la piedad de sus verdugos , exclamó :

— ¡ Dios me habia inspirado!..

— Prendióse entonces el fuego al vestido de Juana Darc , que se convirtió en otra de las mil llamas que brotaban de aquel horno ardiente , desde el cual se elevó al cielo un grito lanzado por una voz cuyo acento nada tenia ya de humano.

— ¡ Jesus!... Hé aquí el último grito que exhaló Juana Darc al subir su alma al cielo.

¡ La vírgen de las Galias acababa de espiar su inmortal gloria!....

Poco á poco fué disminuyéndose la intensidad de las llamas hasta que acabaron por extinguirse enteramente. Un espeso círculo de brasas rodeaba la base de la columna de mamposteria, viéndose en su cima , sujetos por los círculos de hierro en el potro carbonizado , de pié todavía, algunos negruzcos despojos... informes... sin nombre...

Los verdugos arrimaron una escala á la pared de silleria , y despues de haber subido á su cima , apenas enfriada , derribaron á hachazos el potro en que estaban encadenados los restos de aquella que fué Juana Darc , y por medio de ganchos de hierro , arrojaron el potro y los restos en medio de las brasas , amontonando luego otros verdugos nuevas haces de leña sobre ellos. No tardaron en brillar nuevas llamas que se extinguieron tambien , dejando en pos de si una ceniza roja entre la que se notaban un cráneo y algunos huesos calcinados... Aquellos huesos y ceniza fueron colocados por los verdugos en una caja de madera que pusieron sobre una camilla , y se fueron seguidos de un numeroso populacho , lanzando gritos salvajes de alegria , á las orillas del Sena, para arrojar al viento los restos de la heróina que lograra salvar á la Francia.

Solo entonces abandonaron los inquisidores y la oficialidad inglesa el triste lugar del suplicio ; solo entonces se les vió salir de la plaza del antiguo Mercado de Ruan... satisfechos por haber presenciado el horroroso suplicio de Juana Darc , inocente víctima que inmoló su barbarie.

Cuando iba á terminar el suplicio de Juana Darc , yo , Mahiet Abogado de armas , fuí testigo ocular de un hecho extraordinario. Despues de haberseme reunido mi nieto , que traia el cuchillo del carnicero , nos sentamos en un banco de piedra , que habia junto á la puerta de nuestra posada. A muy corta distancia vimos á un anciano

vestido de negro, que habia asistido impasible al suplicio de la heroína, hasta que esta exclamó al verse circuida de llamas:— ¡ Agua ! ¡ agua !—El anciano se estremeció entonces de horror y levantando las manos al cielo, murmuró:— ¡ Perdon ! ¡ oh ! ¡ perdon !— Finalmente, cuando Juana antes de espirar en medio de aquel mar de fuego, invocó á JESUS... exclamó á su vez el anciano:

— ¡ Estoy condenado !...

Luego cayó á nuestros piés, experimentando violentas convulsiones que le duraban aun, cuando abandonó el populacho el lugar del suplicio para seguir á los verdugos encargados de arrojar al Sena los restos de Juana Darc. Compadecidos mi nieto y yo de la triste suerte de aquel desgraciado, del que hasta los mas compasivos se alejaban por creerle poseido del demonio, le trasladamos á la posada prodigándole todos los cuidados. Despues de haberle cedido nuestro cuarto y cuando volvió en sí, nos miraba con ojos estraviados, sin dejar de repetir con espanto:

— ¡ Estoy condenado por haber sido cómplice é instrumento del Inquisidor de Beauvais en la injusta muerte de Juana !..

¿ Sabeis quien era aquel anciano, hijos de Joel ?... Era el inquisidor Loyseleur (1).

Si, aquel monstruo era el que tan pronto sufrió las amarguras del arrepentimiento... si, cosa estraña, increíble; y sin embargo, yo mismo he sido testigo de ello; aquel miserable habia visto cambiar de repente su fiereza en remordimientos desesperados al presenciar el martirio de su víctima.

No es esto todo: cuando el anciano vió que le manifestaba yo el horror que me inspiraban su confesion, exclamando:— ¡ Vil asesino, malditos sean los socorros que te he dado !..— me preguntó con voz entrecortada si yo compadecia á Juana; á cuya pregunta contestaron mis lágrimas. Informándose entonces de quien yo era, y sabiendo que mi apasionada admiracion por la vírgen de la Galia y el deseo de informarme de su suerte en nombre de su familia desolada, me habian traído á Ruan, pareció concebir Loyseleur una repentina idea, pues me suplicó tuviese aquella misma noche una entrevista con él en la propia posada.—Nunca podré reparar ni espiar mi enorme crimen, me dijo; pero al menos os procuraré un medio por el cual podreis desacreditar y confudir para siempre á los verdugos de la víctima, empezando por mí.

(1) Véase el arrepentimiento de Loyseleur en el proceso de Revision, t. III. p. 178.

Regresó Loyseleur aquella misma noche, trayéndome un lio de pergaminos que contenian.

«La confesion de Juana Darc, y luego todos los secretos que le confiára en su dolor aquella alma verdaderamente grande.

«Las notas que habia tomado en la entrevista que tuvo con el emisario de Jorge de La-Tremouille, y en las que se descubria la infernal trama urdida contra Juana por los ingleses antes de tener la heróina su primera entrevista con Cárlos VII.

«La copia de una crónica contemporánea intitulada, *Diario del sitio de Orleans*, y otra crónica escrita por *Parceval de Cagny*, escudero del duque de Alenzon, el cual no se habia separado de Juana desde el sitio de Orleans hasta despues del de Paris. Estas copias manuscritas formaban parte de los documentos reunidos por el inquisidor Pedro Cauchon para la formacion del proceso.

«Una de las minutas del proceso, en la que estaban detalladas las vistas, el interrogatorio y las respuestas de la acusada.»

«Finalmente, una confesion completa por escrito de las horrosas maquinaciones empleadas por el mismo Loyseleur, de acuerdo con Pedro Cauchon, para merecer la confianza de Juana en su cárcel, asi como tambien el proyecto formado entre ellos despues de la resolucion tomada antes de empezarse la causa.»

Todos estos datos me fueron entregados por Loyseleur, á fin de que pudiese rehabilitar un dia la memoria de Juana Darc, ya que el no podia hacerlo por ser presa de espantosos remordimientos que no le permitirian vivir mucho tiempo, al menos segun decia, sin perder la razon. Ya aquella mañana no se habia atrevido á ir á ocupar su puesto entre los demas jueces de Juana Darc, por temor de que esta le conociese; pero el triste espectáculo de su agonía y de su martirio, le habia impresionado tanto, que habia sentido desde aquel momento en su alma el remordimiento y la desesperacion.

Despues de haberme entregado sus manuscritos, se separó de mi con ojos estraviados, sin que desde entonces haya oido hablar mas de él.

Al dia siguiente partí de Ruan con mi nieto, y despues de haber regresado á Vaucouleurs, empecé á escribir para nuestra descendencia esta leyenda de Juana Darc. Entre lo que ya sabia de su infancia, merced á Dionisio Laxart, y los pergaminos de Loyseleur, he podido escribir una historia completa y verdadera. Tambien he añadido á esta crónica el CUCHILLO DEL CARNICERO, el cual será una

de las joyas de mas valor para nuestra familia.

Hasta ahora en este pais de Lorena , cuna de la heróina de las Galias , vanos han sido mis esfuerzos para rehabilitarla á los ojos de sus amigos y de sus parientes ; puesto que siempre me han contestado lo que tantas veces habia oido decir en Ruan y otras ciudades ; esto es :

— *A pesar de su gloria , á pesar de sus inmensos servicios prestados á la Francia , Juana es culpable , Juana es criminal , Juana está condenada para siempre á las llamas del infierno...*

¡ No importa , hijos de Joel ! valor , y proseguid con resolucion la senda del bien. El fallo de los hombres pasa y desaparece... mientras que la verdadera gloria es inmortal!..

Ví en el curso de mi larga vida á Esteban Marcel , ciudadano el mas ilustre de su tiempo , llevarle arrastrando al suplicio , y luego arrojar al viento sus restos mutilados por un pueblo bárbaro ó ingrato...

Ví asi mismo arrojar al Sena las cenizas de Juana Darc , perseguida por las maldiciones de una turba feroz...

Creedme , hijos de Joel , la gloriosa memoria de Marcel y Juana Darc será eterno objeto de la admiracion universal y vivirá para siempre en el corazon de los hombres.

Marcel dió el golpe de gracia á los tiranos.

Juana Darc acabó en la Galia con la dominacion inglesa...

Ya habeis leído , hijos de Joel , esta triste leyenda , en la que tanto brillaban la virtud y las desgracias de Juana Darc , pobre víctima sacrificada por el furor del partido inglés. Lo ignorancia y la cobardía entregaron la Galia á los ingleses ; el patriotismo y el genio militar de Juana Darc se la reconquistaron , y la muerte fué la recompensa que se dió á los altos hechos de la heróina.

El odio implacable de los gefes y de los cortesanos , la ingratitude del trono y el furor implacable de tus enemigos , te acarrearón esa muerte gloriosa que te hará bendecir por todas las edades , oh vírgen guerrera , hija digna de la madre patria.— ¡ Ya lo habeis visto , hijos de Joel , ya lo habeis visto , y recordadlo siempre : su fé , su patriotismo y su valor conquistaron á la guerrera inmortal de las Galias una corona de gloria inmarcesible !..

Mi abuelo MAHIET LEBRENN, el *Abogado de armas*, murió el 17 de junio de 1432, de regreso á Vaucouleurs, ocho años despues de la muerte de mi padre.

Yo, Allan Lebrenn, añadí á las reliquias de nuestra familia la LEYENDA DE JUANA DARC y el CUCHILLO DE CARNICERO que sirvió para construir la cruz que la heróina de las Galias estrechó en sus labios durante la agonía de su martirio; y como mi vida no ha presentado ningun incidente digno de ser contado, añado á la leyenda de Juana Darc el relato sucinto de los hechos acontecidos en la Galia hasta el año de 1461 (el sexagésimo segundo de mi edad) segun los he oido contar.

Antes de dar principio á mi relato, me detendré en hablar de un descubrimiento que asciende, segun dicen, al año 1435 ó 1436, y que debe tener algun dia, respecto á la instruccion y emancipacion de la humanidad, resultados incalculables. JUAN GUTEMBERG, que nació en Estrasburgo por los años de 1400 y se estableció mas adelante en Maguncia, donde se asoció con el *librero Fausto y Schoeffer el platero*, ha encontrado el medio de reemplazar los libros escritos á mano con *libros impresos*, valiéndose de los caracteres del alfabeto fabricados y fundidos en metal con el mismo procedimiento que las monedas. Se aplica una hoja de papel húmedo sobre estos caracteres movibles, pero puestos alineados en cuadros y empujados en una capa de tinta, y despues con auxilio de un instrumento llamado *prensa* cuya primera idea se ha tomado de las prensas de los viñeros, se obtiene sobre el papel la *impresion* de los caracteres.

Con tan ingenioso medio se puede reproducir en un mes casi hasta lo infinito la misma obra siendo asi que en la época de nuestro abuelo *Lebrenn el librero*, y aun recientemente, un copista pasaba con frecuencia algunos años escribiendo un libro, que era único y de precio tan elevado, que solo un reducido número de señores ó de personas ricas poseian libros. Por esta razon era y es tan general la ignorancia; pero la imprenta, estendiéndose mas y mas de dia en dia, contribuirá á que la ciencia sea tan universal como lo es ahora la ignorancia, causa principal de la desgracia y esclavitud de los pueblos.

Sin embargo, la invencion de la imprenta ha sido un golpe mortal para los artesanos que, como mi hijo *Esteban*, se ocupaban en escribir é iluminar los libros. Mi hijo, que cuenta actualmente veinte años de edad, despues de haber principiado á pintar como yo cris-

tales, se habia dedicado á los adornos y viñetas de los manuscritos, pero su número disminuye de dia en dia desde el descubrimiento debido al genio de Gutemberg. Un pariente de mi esposa, que se llama *Juan Saurin* y es maestro impresor, se halla en este momento de paso en Vaucouleurs, pues se dirige al palacio del duque de Lorena con objeto de entregarle algunos libros recientemente impresos.

Juan Saurin me ha propuesto que tomará de aprendiz á mi hijo Esteban y le enseñará el arte de la imprenta, ya que se halla casi arruinado el oficio de escribiente de manuscritos. Mucho dolor me costará separarme de mi querido hijo, y he aplazado la respuesta que he de dar á maese Juan Saurin hasta cuando regrese de Lorena.

Hecho este aparte, principiaré la narracion de los hechos acontecidos desde 1431, época del suplicio de Juana Darc, hasta la muerte de Cárlos VII en este año de 1461.

Los verdugos de la Doncella de Orleans abrigaban la esperanza de que despues de su martirio, los ingleses, libres del temor supersticioso que les inspiraba, vengarian sus pasadas derrotas, y consolidarian su dominacion tan profundamente combatida en la Galia.

Pero se frustraron tan culpables esperanzas: se habia dado el impulso y estaba ya despierto el sentimiento guerrero que dormia antes de las victorias de la casta heróina. Es verdad que su muerte en la hoguera por sentencia de crimen de heregia y sortilegio le convirtió durante mucho tiempo en objeto de horror para la multitud, segun habian previsto los que la condenaron; pero el odio á los ingleses fué cada vez mas ardiente en el corazon de los franceses, y las tenebrosas maquinaciones de Jorge de La-Tremouille y de sus cómplices, descubiertas mas adelante, desencadenaron contra él la indignacion pública. El condestable de Richemont, excelente capitan y enemigo personal de La-Tremouille, le acometió con algunos soldados y le dejó por muerto, pero el antiguo favorito de Cárlos VII se curó de sus heridas, y fué desterrado por aquel monarca á quien tan poco cuidado causaba la desgracia de sus cortesanos como su omnipotente influencia en los negocios del Estado.

La caida de La-Tremouille, secreto aliado del extranjero, las divisiones del cardenal Vinchester y del duque de Gloucester, tio del rey Enrique VI que era aun niño, paralizaron todos los esfuerzos de las tropas de Inglaterra que, no recibiendo ya refuerzos ni dinero y sosteniéndose á duras penas en la defensiva, tenian que luchar con-

tra la valerosa actividad del condestable de Richemont.

El espíritu nacional, resucitado á la voz de Juana Darc, tomaba de dia en dia mayor vuelo y expansion. En 1433 se tramaron en Paris dos conspiraciones con objeto de arrojar á los ingleses de la ciudad é introducir las tropas francesas mandadas por los capitanes de Cárlos VII. El duque de Borgoña, que hacia tanto tiempo era aliado de Inglaterra, cedió á las hábiles sugerencias del condestable de Richemont, nuevo consejero de Cárlos VII, y consintió en hacer en Nemours, en el mes de enero de 1435 una tregua con la Francia; tregua que reducía casi á la inaccion á los ingleses, quitándoles el apoyo de los borgoñones.

La caída de La-Tremouille permitió á las personas honradas, que estaban animadas de dolorosa indignacion de ver los desastres de la Francia, agruparse en torno de Cárlos VII que, indiferente para el bien como para el mal, y no pensando mas que en entregarse sin freno á su indolencia y sus placeres, abandonó tan facilmente la direccion del Estado á aquellas personas honradas como lo habia abandonado antes al traidor de La-Tremouille. Los nuevos consejeros que pertenecian á la clase media arrancada de la oscuridad por el impulso que diera la vírgen plebeya, se llamaban *Jouvenel*, canciller de Francia; *Guillermo Eusinot*; los hermanos *Bureau*, uno de los cuales fué maestro de artilleria, y *Santiago Coeur*, hijo de un droguero de Bourges y que debia ser como Juana Darc víctima de la ingratitud de Cárlos VII.

La casualidad le dió por querida entonces á *Inés Sorel* que, formando un contraste con las mujeres de su clase, sostuvo con todo su poder é influencia á los hombres de bien que componian el consejo real. Santiago Coeur debia á su comercio con Oriente é Italia una riqueza inmensa, é introdujo el órden en la hacienda pública y puso coto á la escandalosa falsificacion de la moneda que imposibilitaba casi las transacciones mercantiles, y Bureau, encargado de la direccion de la artilleria, organizó esta arma bajo un pié formidable. El condestable de Richemont, gran capitan pero alejado hasta entonces del mando de los ejércitos por los celos de La-Tremouille, derrotó á los ingleses en varios encuentros, y con auxilio de sus hábiles negociaciones con el duque de Borgoña, este rompió completamente con los ingleses en cambio de inmensas concesiones de territorio y contrajo alianza con Cárlos VII. Este pacto terminaba la guerra civil entre los Armañacs y los Borgoñones que desde el

principio del siglo asolaba la Galia, y realizaba tardamente la generosa idea de Juana Darc que el día de la consagración de Carlos VII en Reims escribía al duque de Borgoña aquella carta patética en que le suplicaba que pusiesen término á las luchas homicidas. Este tratado de paz, firmado en Arras el 21 de setiembre de 1435, fué acogido en Francia con general alborozo, pues se esperaba que pronto iban á cesar los males de una guerra secular.

En efecto, privados los ingleses del poderoso apoyo de los Borgoñones, quedaban solos ante un pueblo resuelto á romper su yugo. El año siguiente (1436) Paris abrió sus puertas al condestable de Richemont que prometía en nombre de Carlos VII clemencia y olvido de lo pasado, como habia aconsejado Juana Darc al débil monarca, cuando intentaba en vano arrastrarle á las puertas de Paris, segura de que al verle los parisienses, cansados de la dominación extranjera y fiando en la clemencia de Carlos VII, le recibirían en sus muros.

La rendición de Paris fué la señal de la completa espulsión de los ingleses, y habiendo dividido y agotado sus fuerzas las terribles guerras de la *Rosa blanca* y de la *Rosa encarnada*, el condestable pudo recobrar facilmente todas las provincias conquistadas, hasta que en este año (1450), como dice un cronista contemporáneo, «fueron reducidos á la obediencia del rey de Francia los ducados de Normandía y de Guiena, y generalmente todo el reino, á escepción de las ciudades de Calais y de Guines que quedaron en poder de los ingleses.»

Así se llevó á cima la grandiosa obra de libertad acometida por Juana Darc. Desvaneciése paulatinamente el horror que la Doncella habia inspirado desde su condenación por crimen de heregia y sortilegio, y el instinto de los pueblos les dijo por fin que la valerosa iniciativa de la heroína plebeya habia salvado á la Galia... que solamente á su voz patriótica habia podido arrancar á la patria de su funesto letargo y desmoralizar á los ingleses con sus victorias, tras tantas vergonzosas derrotas. La opinion pública empezó muy pronto á exaltarse al reflexionar que la libertadora del pais habia muerto en un cadalso, y un grito de indignación resonó de un confín á otro de la Francia pidiendo la rehabilitación de la memoria de la Doncella y el vituperio de sus verdugos. Este grito universal conmovió á Carlos VII, á pesar de su indiferencia é ingratitud, y como al envejecer iba haciéndose mas devoto, sin abandonar por eso su

vida de deleites, porque á la muerte de Inés Sorel habia tomado por querida á Antonieta de Villequier, creyó que, debiendo su corona á Juana Darc, cuya memoria continuaba manchada de crimen de herejía y sortilegio, no faltaria quien diria que se sentaba en un trono restaurado con los maleficios de una hechicera. Obedeciendo, pues, mas que al clamor público al vago terror de su alma supersticiosa, mandó que se hiciese una informacion sobre el proceso de la Doncella. Los tribunales eclesiásticos se opusieron durante cinco años á la revision del proceso y se negaron á acceder á las instancias de Santiago Coeur que queria rehabilitar á toda costa la memoria de la Doncella.

¡Pobre Santiago Coeur! al defender la causa de Juana se olvidaba de abogar por la suya, porque tambien debia ser víctima de los cortesanos. Se consiguió por fin tras largos esfuerzos, la revision del proceso, y se publicó en Ruan en junio de 1456 un decreto que decia que «Juana habia muerto sin nota alguna de infamia y era reconocida inocente de crímenes y de pecado.»

Cárlos VII, despues de haber pagado de un modo tan tardío una deuda de gratitud á la libertadora de la Galia, se mostraba no menos ingrato que con Juana con uno de los hombres que mas habian contribuido á la prosperidad del pais. Las riquezas inmensas de Santiago Coeur escitaron la codicia de los cortesanos que le acusaron de un crimen horrible, y convencieron al rey para que sentenciase la ruina del virtuoso consejero. Entre sus enemigos se distinguian el hijo de La-Tremouille, digno heredero de su padre, y algunos cortesanos que habian sucedido en el consejo real á los ciudadanos probos é inteligentes que desempeñaron tan elevados cargos en un principio sin pensar mas que en el bien público. El consejo apoyó la sentencia de Santiago Coeur con la seguridad de tener parte en el botin. Antonieta Villequier y su esposo se aprovecharon tambien de los tesoros del consejero, el cual, imitando á los Médicis de Italia, fomentaba las artes, habia mandado edificar en Bourges, su ciudad natal, un palacio que era una obra maestra de arquitectura, adornado de estatuas y cuadros de gran precio. Semejante lujo, desplegado por el hijo de un droguero, indignaba á los cortesanos que debian al platero Santiago Coeur considerables cantidades prestadas generosamente, y que hallando un medio de no pagar sus deudas, entraron en la liga formada contra el opulento consejero; los principales deudores de Santiago Coeur, como el conde Dammartin, el

hijo de La-Tremouille y los señores de La Fayette y de Codillac, eran al mismo tiempo sus mas encarnizados enemigos. Principiaron á esparcir el rumor de que habia envenenado Inés Sorel, y cuando hubo tomado consistencia tan absurda calumnia, una dama de la córte llamada Juana de Vendome, cuyo esposo formaba parte de los principales deudores del platero, le acusó formalmente ante Carlos VII del envenamiento de Inés Sorel. Todo el mundo sabia que esta habia muerto á consecuencia de un parto y que profesaba un afecto especial á Santiago Coeur, á quien habia elegido para ejecutar su postrera voluntad, pero los cortesanos esperaban desencadenar con esta monstruosa acusacion la opinion pública contra el platero que se habia grangeado el afecto del pueblo. El interés que inspiraba á las personas honradas, hubiera resistido tal vez contra cualquiera otra acusacion, ¿pero quien no maldice á un envenenador? Y el público, que ignoraba de cuanto eran capaces los cortesanos, decía en su sencillez:

—¿Se atreverian á formular tan enorme acusacion sin pruebas ó al menos sin graves sospechas?

Santiago Coeur fué preso en Tailleburgo el 31 de julio de 1451 como envenenador, y durante su proceso vió embargados sus bienes por el consejo real. Todo el dinero que se encontró en sus arcas fué entregado al rey, el cual se adjudicó en primer lugar cien mil escudos de oro é hizo regalos con lo restante á Antonieta de Villequier, á su esposo, á Dammartin, á La-Tremouille, á La Fayette, á Gouffier y á otros nobles varones, deudores ya de la víctima, y despues se trató de llevar adelante el proceso. ¡Gouffier y Dammartin, enriquecidos con los despojos del platero, presidieron la comision encargada de condenarle!

Sin embargo, se hizo caso omiso de la acusacion de envenenamiento, pues los jueces, á pesar de su parcialidad, no se atrevieron á recusar el testimonio explícito del médico de Inés Sorel que probó la verdadera causa de su muerte, y acusaron entonces á Santiago Coeur de haber querido sublevar al Delfin Luis contra su padre Carlos VII, pero esta acusacion fué tan nula como la primera. Era forzoso no obstante condenar al hombre cuyos bienes se habian repartido de antemano, y se imaginaron nuevas acusaciones. Se le acusó de haber empobrecido la Francia esportando cobre y plata á país de sarracenos, de haber alterado en beneficio propio la moneda y de haber cometido exacciones en el Languedoc. Ahora bien, si

Santiago Coeur esportaba cobre y plata para las necesidades de su comercio, importaba oro en cambio de aquellos metales; lejos de haberse prestado á la alteracion de la moneda, fué por el contrario el que puso coto á tan indigno robo con severos edictos, y finalmente, en vez de cometer exacciones en el Languedoc, el platero habia enriquecido esta industriosa provincia ofreciendo nuevos é inmensos mercados á su negocio con el levante.

Santiago Coeur, seguro de su derecho y de su conciencia, quiso defenderse contra tan absurdas calumnias, pero le negaron el derecho de apelar á una multitud de personas honradas cuyas declaraciones invocaba. Pidió que se examinasen sus libros de comercio, pero le respondieron que estaban quemados; en una palabra, le impidieron todos los medios de justificarse, y despues de dos años de cárcel, convencido, segun sus enemigos, de dilapidacion, de crimen de lesa majestad y de otros varios, fué condenado á muerte y confiscacion de bienes, sobre los cuales se adjudicó Cárlos VII, cuatro cientos mil escudos mas á título de restitution, despues de lo cual, el monarca conmutó la pena de muerte en destierro perpétuo. Santiago Coeur, herido de muerte con la ingratitude de Cárlos VII, terminó sus dias en la isla de Chio poco tiempo despues de su destierro.

Su pérdida fué doblemente funesta porque la hacienda pública, sabiamente organizada por el platero, volvió á ser objeto de las dilapidaciones de la córte, hasta el punto de que Cárlos VII, para llenar el sumidero de sus prodigalidades, recurrió á enormes impuestos, que parecieron tanto mas odiosos cuanto que, merced á la prudente administracion de Santiago Coeur, habian llegado á ser mas moderadas las contribuciones.

La Guiena habia conseguido de Cárlos VII, despues de la espulsion de los ingleses, la promesa de que no exigiria nuevos impuestos ni levas de soldados sin la sancion de la asamblea provincial, pero viéndose el monarca sin recursos, faltó á su promesa y pidió á la provincia dos cientos mil escudos. Burdeos, capital de la Guiena, y otras ciudades se sublevaron contra los nuevos edictos que arruinaban al pais y le quitaban la parte mas robusta de su poblacion, y pidieron el auxilio de Inglaterra. Las naves inglesas entraron en Burdeos para desembarcar las tropas bajo las órdenes del viejo Talbot que habia derrotado Juana Darc, y la Guiena se entregó á los ingleses antes que ceder á las exacciones del gobierno.

Sin embargo, tras un año de guerras desastrosas, los ingleses se vieron precisados á abandonar la provincia (1453,) y Cárlos VII continuó agotando los recursos de sus pueblos con sus locas prodigalidades, pero concibiendo en su vejez siniestros recelos respecto de su hijo el Delfin Luis. Este príncipe astuto, pérfido y de grandes proyectos en beneficio del trono y contra los señores feudales que imperaban con su influencia en la córte, vivia retirado en su Delfinado, mandando como soberano independiente, como un segundo rey de Francia, y bajo este concepto abrumaba á impuestos á los delfineses. Estos se quejaron á Cárlos VII, el cual indujo á su hijo á que rebajase los tributos; pero Luis se hizo el sordo, y su padre le mandó entonces que se presentase en la córte, advirtiéndole que si no le obedecía iria á buscarle al frente de un ejército.

Luis no se movió del Delfinado á pesar de tan amenazadora invitacion, porque sabia que no merecia el afecto de su padre y temia que iba á perecer en la córte con el acero ó con el veneno. Como al mismo tiempo era muy supersticioso, hacia ofrendas sobre ofrendas á sus patronas la Virgen de Clery y la Virgen de Embrun para calmar el enojo de su padre, pero como hombre prudente y precavido, reunió los soldados de su provincia para rechazar el ejército de Cárlos VII.

El conde Dammartin, guerrero cruel y esforzado, entró en el Delfinado á la cabeza de una numerosa vanguardia. Luis retrocedió sin esponerse á los azares de una batalla, refugiándose en Borgoña en la córte de su tio el duque Felipe, y Cárlos VII dispuso á su antojo de las posesiones de su hijo. Este reclamó su parte de impuestos, fué tratado como rebelde, y deseoso de vengarse, intentó arrastrar al duque de Borgoña á una guerra contra la Francia; pero no pudiendo conseguir su intento, se consoló introduciendo la discordia en la corte de su tio. Asi se realizaron los vaticinios de Cárlos VII, que conociendo á su hijo, decia:

—Mi primo de Borgoña no sabe lo que hace; al acoger al Delfin, alimenta á la zorra que devorará sus gallinas.

La espulsion de los ingleses y las firmes y sabias medidas tomadas en un principio por los consejeros de Cárlos VII, cuando Santiago Coeur formaba parte de aquella reunion de ciudadanos animados por el amor al bien público, habian restablecido poco á poco el orden en el reino; pero varios príncipes de la familia de Cárlos VII, no pudiendo ya, como en otros tiempos, saquear al frente de

sus tropas mercenarias los pueblos abandonados á merced de los aventureros , consideraron como inoportuna y contraria á sus intereses la paz momentánea que ponía término á tantos males. Carlos VII , soberano de estos príncipes , les trataba como grandes vasallos , y se adjudicaba la parte mas considerable de las contribuciones impuestas en sus provincias. Este estado de cosas fué para ellos tan intolerable , que trataron de entregar nuevamente la Galia á todos los desastres de la guerra civil y extranjera , con la esperanza de hacerse independientes de la corona , y se prepararon á la rebelion.

El duque de Alenzon , compañero de armas de Juana Darc , tramó un complot con los ingleses , prometiéndoles entregarles las fortalezas de su ducado de Normandia con condicion de que le reconocieran duque soberano de aquella comarca. Carlos VII , habiendo sabido á tiempo los designios del duque de Alenzon , le mandó prender , juzgar y condenar á muerte , y se apoderó de los dominios del reo. Otro príncipe de la familia real , Juan de Armañac , trataba al mismo tiempo con España contra la Francia. Este malvado duque se empeñaba en casarse con su hermana Isabel , de la que tenia ya tres hijos , pidiendo al papa Calisto III una dispensa para tan abominable enlace , pero mientras un emisario partia á Roma , Juan de Armañac obligó á su capellan á que bendigese tan incestuosa union , y el escándalo fué tal en toda la cristiandad que el papa le excomulgó y Carlos VII le persiguió hasta conducirle á un destierro perpétuo y la pérdida de sus dominios.

Carlos VII , aterrado al ver tantos traidores en su familia y desconfiando cada vez mas de su hijo Luis de quien sospechaba alguna conspiracion tramada con la cooperacion de Felipe de Borgoña , le mandó que se presentara en la córte para tener al menos al Delfin en su poder , pero temiendo este á su padre á quien no amaba , no salió de Borgoña. Carlos VII quiso en su enojo desheredar á Luis y legar la corona á Carlos duque de Orleans , pero el rey desistió de su proyecto temiendo los trastornos que iba á causar la derogacion de la ley sálica. Entonces , ora porque hubiese heredado la locura de su padre Carlos VI , ora porque los excesos hubiesen debilitado su razon , se persuadió de que su hijo queria envenenarle y que se encontraba el asesino entre sus cortesanos y servidores mas íntimos. Estravióse el espíritu del rey completamente , y temiendo aceptar algun breverage ó algun manjar envenenado , se negó obstinadamen-

te á beber y comer. Su agonía, causada por los tormentos del hambre y de la sed, fué lenta y horrible, y murió por fin el 22 de julio de 1461 á los cincuenta y ocho años de edad, despues de treinta y nueve de reinado.

Yo, *Allan*, hijo de *Esteban* y nieto de *Mahiet* LEBRENN, el *Abogado de armas*, he acabado de escribir lo que precede, hoy nueve de agosto de 1461, á la edad de setenta y dos años.

Te lego las reliquias y leyendas de nuestra familia, *Esteban* LEBRENN, para que trasmitas este legado á nuestra descendencia, y escribas en nuestros anales los acontecimientos de tu vida que puedan servir de alguna utilidad y ejemplo á nuestros hijos.

Si llegas á morir sin hijos ó parientes dignos de heredar nuestra leyenda, la legarás á un amigo de confianza con condicion de que la mande *imprimir*. Mi abuelo *Mahiet* me decia con frecuencia que la historia de nuestra oscura familia plebeya es la de nuestra raza, la de los galos esclavizados desde la conquista franca. Este libro esparcido por medio de la imprenta, nuevo y prodigioso descubrimiento destinado á producir una revolucion en el mundo intelectual, seria tal vez de alguna utilidad para los hijos del pueblo, pero si revives en tus hijos, trasmíteles nuestra crónica como lo hago contigo.

Allan Lebrenn murió en Vaucouleurs el 11 de diciembre del año 1461, algunos meses despues de haber trazado sucintamente en las anteriores líneas los principales acontecimientos del fin del reinado de *Cárlos VII* (desde la muerte de nuestro abuelo *Mahiet* el *Abogado de armas*.)

Yo, *Cristian Lebrenn*, nieto de *Esteban*, he leído últimamente en una crónica contemporánea cuyo autor se llama *SANTIAGO DUCLERC*, el retrato siguiente de *Cárlos VII* (lib. XXIX, p. 231), y lo agrego á nuestra leyenda en apoyo del juicio que hizo *ALLAN LEBRENN* sobre aquel rey que abandonó á *Juana Darc* al furor de sus enemigos y causó la muerte de *Santiago Coeur* despues de despojarle los bienes:

... «El rey *Cárlos VII* llevaba una santa vida y rezaba sus horas canónicas, pero aunque continuaba en el servicio de Dios, cuan-

«do murió la hermosa Inés, se enamoró de la sobrina de dicha Inés, «casada con el señor de Villequier. Era tan bella como su tia; su «marido estaba con ella en la córte, y tenia siempre en su servidum- «bre cinco ó seis señoritas de las mas hermosas de Francia pero de «ínfima clase, las cuales seguian á dicho rey á todas partes, etc.»

El mismo Santiago Duclerc (lib. XXIX, p. 222) decia al hablar de las costumbres de su época:

... «No seria impostura asegurar que la mayor parte de los se- «ñores, y hasta algunos sacerdotes, en este siglo y antes, estaban «tan sujetos al pecado de lujuria y avaricia, ambiciones y delicias «mundanas, que seria una deshonra ponerlos por escrito. Estos de- «sórdenes irritaron á los hombres de bien, pero todos los que se «atrebian á vituperar estos escándalos eran acusados de calumnia- «dores, presos despues y sometidos á espantosas torturas hasta que «se desmentian. La mayor parte se retractaban por terror, y un «gran número de ellos, fueron ejecutados en Arras en 1460. Uno «de ellos regidor de aquella ciudad y una de las personas mas dis- «distinguidas del país, despues de haber padecido varias veces el «tormento, declaró en el momento de perecer en el cadalso (véase «el mismo *Santiago Duclerc*, lib. XIV, p. 67), que todos los que «habia acusado de calumniadores y hereges, de los cuales estaban «presentes algunos, regidores y otros, no lo eran, y añadió que lo «que habia dicho, escrito ó confesado por la fuerza del tormento «era falso, y que hubiera nombrado á cuantas personas conocia, «y aun mas que hubiese conocido habria nombrado para hacer ce- «sar el tormento que destrozaba sus miembros cuando le aplicaban «á la planta de los piés antochas de cera encendidas y ardientes.»

Esto sucedia, hijos de Joel, al finar el reinado de Cárlos VII.

Yo, *Cristian Lebrenn*, hijo de *Melar* y nieto de *Esteban Lebrenn* que tuvo por padre á *Allan* y por abuelo á *Mahiet el Abogado de armas*, testigo del suplicio de Juana Darc en Ruan, antes de añadir una nueva leyenda y una nueva reliquia á las de nuestra familia, quiero relatar los principales acontecimientos del reinado de Luis XI, y añadiré lo que ha sucedido de mas importancia bajo el reinado de Francisco 1.º hasta el año 1534 en que empieza mi relato.

Mi abuelo dejó á mi padre, y mi padre á mí, un vacío que llenar, y con auxilio de algunas notas he completado estos datos por medio

de informes tomados en Paris de boca de personas muy bien enteradas de la historia del último siglo y del actual, entre otros *M. Enrique* y *M. Roberto Estienne*, grandes eruditos y célebres impresores á quienes mi padre, yo y mi hijo mayor hemos servido como artífices de imprenta.

Luis XI, hijo de Carlos VII y de Maria de Anjou, nacido en Bourges el 3 de julio de 1423, subió al trono el 22 de julio de 1461 y fué el reverso de la medalla, comparado con su padre, pues si este se mostró indolente, descuidado, indiferente para los negocios del Estado y se abandonó á sus consejeros y favoritos, Luis XI se mostraba activo y celoso de su poder, no amaba á nadie, y desconfiaba de todo el mundo; friamente calculador, y sin sentir compasion, cólera, afecto ni arrebatos, se limitaba á hacer el mal que era indispensable para el logro de sus proyectos, en cuyo caso recurria á los mas terribles extremos; animado de desconfianza y de desprecio para con los demas hombres, y contando únicamente con los tenebrosos recursos de su espíritu ambicioso, sutil y tenaz, quiso llevarlo á cabo todo por si propio y sin necesidad de consejeros, en quienes veia traidores ó nulidades. Su modelo era Pedro Sforza, el tirano de Lombardia, y aunque no tenia que usurpar un trono, debia defender el suyo de las usurpaciones de los príncipes de sangre real y de los grandes señores. Con este objeto marchó por un camino recto, resuelto á conseguirlo por todos los medios, desde la adulacion que seduce y la astucia que divide, hasta la muerte que desembaraza de un enemigo temible.

Cuando Luis XI supo la muerte de su padre partió al momento de la corte del duque Felipe de Borgoña y fué á Reims á consagrarse. Una sola idea le dominó desde un principio: destruir el poder de los príncipes de sangre real, de los grandes vasallos, eternos rivales del trono, y completar de este modo la obra inaugurada por Carlos VII.

Las familias soberanas de Francia parecian desde la espulsion de los ingleses tan independientes de la corona como en la época del feudalismo; los condes de *Albret*, de *Foix*, de *Armañac*, y los duques de *Bretaña*, de *Borgoña*, y de *Anjou* reconocian apenas la soberanía del rey de Francia y abrumaban á impuestos las ciudades y las aldeas. Luis XI intentó quedarse el único soberano, y como era

hábil y disimulado, hizo ver en un principio que se apoyaba en el pueblo y la clase media, conociendo su odio contra la nobleza, y se rodeó de personas de oscuro nacimiento; fué sóbrio, avaro, enemigo del lujo de las cortes porque el monarca era quien lo pagaba; no tenía mas pasión que la caza; miserable en su trage, vestido con un justillo de paño de infimo precio, llevando un sombrero viejo adornado de reliquias de plomo, calzado con gruesos zapatos de viaje, gustó en un principio al pueblo por su sencillez y familiaridad. Decía con frecuencia que deseaba devolver á las ciudades sus franquicias y abolir los impuestos mas gravosos, y en efecto, cumplió al parecer en un principio sus promesas, á juzgar al menos por sus economías, pues en su corte no había ya fiestas, torneos, mascaradas y festines suntuosos, y prefería dedicar al sostenimiento de una compañía de cien lanzas lo que hubiera gastado en un solo día de fiesta.

Los cortesanos, acostumbrados á las prodigalidades de Carlos VII y á comer y gozar en el real alcázar, demostraron su descontento y su extrañeza al ver la avaricia del rey que no elegía por chambelanes mas que á su barbero *Olivero el Diablo* y por compadre á *Tristan el Ermitaño*, preboste de los verdugos. Los príncipes de sangre real y los grandes vasallos, al saber los proyectos que abrigaba Luis XI, no esperaron que los pusiese por obra, y se ligaron con la nobleza poniendo á su cabeza á *Carlos el Temerario*, hijo del duque de Borgoña.

Juan de Calabria, el duque de *Borbon*, el duque de *Nemours*, el conde de *Armañac*, el duque de *Bretaña*, el señor de *Albret*, y finalmente, el duque de *Berry*, hermano del rey, eran los principales motores de aquella liga que llamaban *Liga del bien público*, para hacer creer al pueblo que se ligaban en interes suyo.

Los insurgentes organizaron un ejército de mas de cien mil hombres, con intento de reducir á Luis XI á la soberanía de la *Isla de Francia*, y obligarle á reconocerles príncipes independientes de la corona. El astuto monarca opuso á la liga de los señores la de las ciudades, abolió todos los tributos mas odiosos, restableció las municipalidades, y se declaró el amigo y compadre de la clase media y de la plebe. Las gentes sencillas creyeron en la sinceridad de estos actos, y Paris se entusiasmó con el rey reformador. ¿No concedía voluntariamente las reformas anheladas antes de Marcel por las ciudades? Paris dió veinte mil hombres á Luis XI para ayudarle á combatir la Liga del Bien público.

Advertid, hijos de Joel, el progreso que se habia verificado al través de los siglos: los señores, los príncipes de sangre real, no se atrevian á confesar abiertamente que el orgullo y la codicia eran los únicos móviles de su rebelion, y que para crearse partidarios se veian obligados á encubrirse con el pretexto del *bien público*.

Estalló la guerra civil, y despues de la sangrienta batalla de Montlhery (1465) Luis XI, precisado á tratar con los príncipes coligados, les concedió todo lo que pedian, pero con la secreta resolucion de no cumplir ninguna de sus promesas. Su objeto era disolver la liga satisfaciendo á sus gefes para poder enseguida triunfar de ellos aisladamente: se dió por consiguiente al duque de Berry su hermano la Normandia, á Cárlos el Temerario una parte de la Picardia, y en una palabra, concedió liberalmente á cada cual todo lo que exigia. En cuanto al *bien público*, pretesto de su liga, no volvió á mentarse mas porque, satisfechas sus exigencias, los gefes se desunieron segun habia previsto Luis XI, el cual al concederlo todo solo trataba de dividirlos.

Apenas habia trascurrido un año cuando, aprovechándose de la rebelion de Lieja y Dinant suscitada por él contra el duque de Borgoña, para impedir que acudiera en auxilio del duque de Berry y de Normandia, volvió á apoderarse de esta provincia y á deshacer sucesivamente sus concesiones, atacando uno tras otro á los ligeros del bien público, que no estaban ya preparados á resistirse aisladamente. Sin embargo, intentaron formar en 1472 una nueva coalicion contra Luis XI, y su hermano, el duque de Berry, recientemente despojado de la Normandia, llegó á ser el alma de la conspiracion en que entraron tambien Juan II, rey de Aragon que reclamaba el Rosellon, y Eduardo IV, rey de Inglaterra que reclamaba nada menos que su reino de Francia. Las municipalidades, engañadas en un principio con el cebo de las ordenanzas reformativas de Luis XI, veian que los impuestos iban siendo de dia en dia mayores y tan exorbitantes como en el reinado de Cárlos VII, y el cariño de los pueblos, grangeado por sorpresa con las falsas promesas de Luis XI, se trocó en descontento creciente contra el monarca. La miseria, que era ya profunda, iba á llegar á su colmo con los males de una nueva guerra civil, pero el duque de Berry, gefe de los príncipes rebeldes, impulsado por su querida la dama de Montsoreau, murió envenenado, despues de haber sucumbido aquella repentinamente y del mismo modo.

Viéndose Luis XI libre de su hermano, que era el mas peligroso de sus enemigos, rechazó á don Juan de Aragon del Rosellon y corrió á Calais donde desembarcaba el ejército de Eduardo IV, contando con el apoyo de las tropas del duque de Borgoña; pero Cárlos el Temerario combatia entonces en Alemania con enemigos que le habia suscitado la política subterránea de Luis XI, y sobornando este con su sutil destreza á los consejeros de Eduardo IV, los corrompió á fuerza de oro, y la Francia se salvó de una nueva invasion de los ingleses.

Quedaba á Luis XI un implacable enemigo, el fogoso Cárlos el Temerario, pero sucumbió despues de una batalla contra los suizos. Esta muerte no se atribuyó á los azares del combate, sino al puñal de un asesino pagado por el italiano Campo-Basso, secretamente vendido á Luis XI y confidente de Cárlos el Temerario.

Como este príncipe no dejaba hijos, asi como los duques de Provenza y de Anjou, estos tres grandes feudos volvieron á la corona de Francia. Los señores, cómplices de la nueva liga, fueron perseguidos hasta el punto de ser decapitados el conde de Saint Pol, y el duque de Nemours, de quien Luis XI esperaba revelaciones, fué conducido á la Bastilla, puesto en una jaula de hierro, y atormentado varias veces para arrancarle confesiones. Se ha citado una carta de Luis XI al gobernador de la Bastilla en que le decia relativamente al duque de Nemours:

«Es preciso atormentarle mucho y hasta obligarle á que hable claro. No tengais compasion; hacedle hablar.»

El duque de Nemours habló, y á consecuencia de sus tormentos, fué colocado con los miembros fracturados en un caballo enjaezado de negro, y conducido al Mercado donde el verdugo le cortó la cabeza.

Luis XI, despues de mil ingratitudes, temiendo siempre, asi como su padre Cárlos VII, que estaba rodeado de envenenadores, y sombrío, inquieto, huraño é imponiéndose una reclusion voluntaria, murió por fin el 24 de agosto de 1483.

Luis XI dejó dos hijas, *Ana*, casada con *Pedro II*, señor de Beaujeu, y *Juana*, esposa de Luis, duque de Orleans, y un hijo que reinó con el nombre de Cárlos VIII. Este niño, débil, enfermizo, casi contrahecho, de trece años y medio de edad, tenia una salud tan

delicada, que su padre le habia prohibido que continuase sus estudios, asegurándole que sabia todo el latin necesario si conocia y practicaba esta máxima: — *Qui nescit disimulare nescit regnare* (quien no sabe disimular no sabe reinar). La Francia vió con inquietud su destino entregado en manos de un niño y á los azares de una regencia; se despertó el espíritu público, adormecido ó aterrado bajo Luis XI, tan pródigo de promesas engañosas como de rigores, y ciudadanos animosos volvieron á emprender la obra de emancipacion inaugurada por Esteban Marcel y continuada por los *Maillotins* y los *Cabochiens*. Se pidió de un confin á otro de la Galia la convocacion de los Estados generales, y Ana de Beaujeu, hermana de Carlos VIII y regente, tuvo que ceder al deseo general del pais. La asamblea de los Estados se reunió en Tours en 1483 poco tiempo despues de la muerte de Luis XI.

Yo, Cristian Lebrenn, he tenido en mis manos una copia del *Diario* de estos Estados generales, donde he leido las patrióticas y severas palabras dirigidas al canciller de Francia por el ciudadano *Felipe Pot*, hablando en nombre de las municipalidades y protestando contra el nombramiento del consejo de regencia, compuesto de príncipes de sangre real, pues pretendia con atrevimiento nunca visto hasta entonces y que espresaba una revolucion en ideas sobre el derecho respetado y admitido generalmente, que *únicamente la Asamblea* nacional estaba investida con el derecho de delegar el poder soberano.

«Deseo ante todo, decia Felipe Pot al canciller, que esteis bien
«convencido de que la *cosa pública* no es mas que la *cosa del pue-*
«*blo*. El pueblo delegó á los reyes en su origen la soberanía, y todos
«los que han ejercido el poder de otro modo y sin consentimiento
«primitivo ó posterior de sus pueblos, solo han sido reputados ti-
«ranos y usurpadores. Es evidente que cuando el rey no está en
«edad de gobernar por sí propio los negocios del Estado, estas fun-
«ciones pertenecen naturalmente al que eligió el rey anterior, y en
«defecto de la disposicion del que tenia derecho á legarlas, á los que
«designa la nacion. A falta de sucesores hábiles é idoneos, el po-
«der soberano debiera volver al pueblo que lo trasmitió á su primer
«rey; y tengase en cuenta que no llamo pueblo á la plebe ó á cier-
«tas clases del reino, sino á todos los ciudadanos representados por
«los Estados generales...» (Pág. 146).

Los diputados del brazo del pueblo ó de las municipalidades en-

tregaron en seguida los cuadernos que contenian sus reclamaciones y que indicaban :

« La escesiva miseria á que el pueblo estaba reducido , y atribuian « esta miseria á las exacciones del clero , á la venta de los beneficios « eclesiásticos , á los horribles vejámenes de los hombres de guerra « que iban sin cesar de provincia en provincia y se alojaban en casa « del labrador ; y aunque hubiera pagado ya la contribucion para ser « defendido y no saqueado por ellos , estos hombres de guerra no se « contentaban con lo que encontraban en la morada del campesino , « sino que le obligaban á palos á ir á buscar á la ciudad manjares de- « licados.» (Pág. 149).

Los diputados de las municipalidades pedian igualmente que se suprimieran las pensiones concedidas á los señores , « porque (decian « los cuadernos del brazo popular) estas costosas pensiones son paga- « das con el dinero del pobre labrador , y con mucha frecuencia sus « hijos , obligados á mendigar el pan á la puerta de algunos de estos « ricos beneficiados , envidian el alimento de sus perros de caza. (Pág. 148.)

Finalmente los cuadernos del brazo popular sentaban los siguientes principios revolucionarios que un siglo antes se habia atrevido á emitir Esteban Marcel :

- « El reinar es un oficio mas que una herencia.
- « El pueblo creó en su origen los reyes.
- « El Estado es la cosa del pueblo.
- « La soberanía no pertenece á los príncipes que no existen por « delegacion primitiva del pueblo.
- « Un hecho no adquiere fuerza de ley sin la sancion de las asam- « bleas nacionales.» (*Diario de los Estados generales celebrados en Tours en 1484*, p. 146 , 148 , 150.)

Estas osadas palabras , que atacaban directamente la prerogativa de la corona , aterraron á la corte que disolvió los Estados generales , pero estos se separaron protestando que el subsidio no se habia votado mas que por dos años , y se reservaron el pedir cuenta de su empleo , declarando , en fin , que el impuesto se habia decretado no por disposicion del gobierno , sino por donativo y concesion voluntaria de la Asamblea nacional.

Nuevas discordias , nuevos desastres causados por la ambicion y la codicia de los grande señores que codiciaban la regencia, asolaron y agotaron sin embargo al país. El duque de Orleans disputó la re-

gencia á Ana de Beaujeu; los duques de Bretaña, de Borbon y otros príncipes se ligaron con él contra el regente, y á escepcion de una tregua de algunos meses, aquella guerra civil duró cinco años. La Bretaña, despues de la derrota de su duque, fué incorporada á la corona de Francia en 1491, tanto por la fuerza de las armas como por el casamiento de *Ana*, heredera de este feudo, con Cárlos VIII.

No tarda este en imaginar una conquista insensata, la de los reinos de Nápoles y Constantinopla, y para que no le inquieten sus vecinos durante las atrevidas guerras que medita, abandona el Rosellon al rey de España Fernando el Católico, cede el Artois y el Franco Condado á Maximiliano, emperador de Alemania; y abriendo de este modo el territorio al extranjero con la cesion de estas tres provincias, renuncia á las comarcas mas florecientes de la Galia para intentar conquistas tan azarosas como lejanas.

Cárlos VIII se prepara en 1494 á entrar en Italia y se detiene en Lion durante algun tiempo, donde, segun cuenta un cronista de la época (*Arnaldo Herron*, cap. IV, p. 75) «solo se ocupó de galantear á las mujeres mas hermosas de la ciudad y en banquetes, «torneos y bailes. Asi abreviaba sus dias con los festines y prolongaba las noches con voluptuosidades.» Despues de algunas semanas de permanencia en Lion, Cárlos VIII invadió la Italia al frente de un ejército compuesto de soldados de todas las naciones, franceses, alemanes, suizos é italianos, que creyendo ser asesinados ó envenenados por los habitantes de los paises por donde pasaban, asesinaban á sus prisioneros, y cometian deplorables excesos.

Alejandro VI, que ocupaba entonces la silla pontificia, se ocultó en el castillo de Santángelo al llegar Cárlos VIII á Roma. Algunas personas aconsejaron al rey que trabajase para deponer al pontífice, pero Cárlos desoyó tales consejos, pidió la bendicion de Alejandro VI, concluyó con él un tratado y marchó hácia Nápoles, cuyo monarca, Alfonso II, emprendió la fuga y sus estados cayeron en poder de los franceses.

Los capitanes que dejó Cárlos VIII en el pais de gobernadores sublevaron á los pueblos con sus exacciones y crueldades; la Europa se alzó contra Cárlos por la loca temeridad de su invasion y amenazó la Francia con un coalicion formidable. El monarca francés reúne en Italia todas las tropas de que puede disponer, se dirige hácia los Apeninos y gana la batalla de *Kormoso* en 1498, pero no tardan los franceses en verse espulsados de Nápoles, y despues de tan-

tos tesoros gastados y tanta sangre derramada por aquella estéril y lejana conquista, la pierde Cárlos VIII y muere sin hijos en Amboise el 7 de abril de 1498 á los veinte y siete años de edad.

Sucedió á Cárlos VIII Luis XII, hijo único de *Cárlos duque de Orleans*. Aunque estaba casado con *Juana*, hija de Luis XI, pidió á la Iglesia la anulacion de este primer enlace para casarse con la viuda de Cárlos VIII. El papa Alejandro VI accedió al deseo de Luis XII, y pronunció el divorcio, y envió con la mision de entregar al rey la bula á su hijo *Cesar Borgia*, que fué recibido en la córte de Francia con gratitud y veneracion.

Luis XII, cediendo al espíritu de vértigo que habia cegado á sus antecesores, quiso intentar tambien la conquista, pretendiendo que tenia derecho al ducado de Milan en nombre de su abuela Valentina Visconti, heredera de los soberanos de este Estado. Un ejército francés invade en 1499 el Milanésado, y el año siguiente Luis XII pierde su conquista, y la recobra tras nuevos combates para volverla á perder despues.

Las repúblicas de Italia, entre otras la de Génova y la de Venecia, que poseian inmensas riquezas debidas á su comercio é industria, se negaron á defender al papa Julio II contra los soberanos que atacaban su independendencia, y para castigarlas se ligaron en 1508 Luis XII, el emperador de Alemania y el rey de España con el papa. Venecia y Génova sucumbieron, y tuvieron que pagar un rescate despues de resistirse heróicamente contra las fuerzas superiores de sus adversarios.

No duró mucho tiempo entre estos el acuerdo: Julio II, pontífice guerrero que conducia á sus soldados al combate, y que habia intentado arrojar á los extranjeros de Italia, desencadenó á la Europa contra la Francia. Luis XII vaciló en combatir contra el pontífice é incurrir en un sacrilegio, pero tranquilizado con el parecer de doctos sacerdotes con quienes consultó, envió un ejército á Italia. Julio II escomulgó á las tropas de Luis XII y las combatió con todas sus fuerzas, pero el caballero Bayardo, escelente capitan, esterminó en Ferrara las fuerzas del belicoso pontífice. Luis XII retrocedió por fin ante las escomuniones de la Iglesia, y llamó de Italia su ejército victorioso. Declararon entonces la guerra á la Francia los suizos y los príncipes de Alemania, y Luis XII perdió en 1512 todas sus conquistas de Italia.

Al año siguiente se vió á Julio II al frente de una nueva liga com-

puesta de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y de Maximiliano, emperador de Alemania, y las tropas aguerridas de los cantones suizos se unieron á las de aquellos dos soberanos para invadir la Gاليا. Treinta mil ingleses desembarcaron en Calais, y veinte y mil alemanes pasaron la frontera y se apoderaron de Therouanne y de Tarnay, en tanto que veinte mil suizos entraban en Borgoña, tomaban á Dijon y marchaban sobre Paris. En tan terrible estremo, teniendo Luis XII el enemigo en el centro de su reino, se vió reducido á comprar una paz humillante á precio de enormes concesiones de territorio. Firmóse el 10 de mayo de 1514, y para consolidarla, Luis XII, viudo de segunda mujer, casó con la hermana de Enrique VII, rey de Inglaterra, pero sobrevivió poco tiempo á esta union, pues murió en Paris el primero de enero de 1515 á los cincuenta años y sin dejar hijos.

A pesar de sus locas aspiraciones de conquista de Italia, que causaron á la Gاليا tantos desastres y le costaron tantos hombres y dinero, Luis XII no fué cruel ni manchó el trono con el escándalo de sus desórdenes; de buen humor despues de comer (dicen que solia embriagarse algunas veces), divirtiéndose con cuentos picarescos y libertinos, presentó el caracter que le atribuye RABELAIS, el maligno cura de Meulon, que ha delineado últimamente en sus alegorias un retrato muy parecido de Luis XII, bajo el apodo de *Ancha garganta*.

«Ancha garganta, dice, era un buen compadre en su tiempo, y «aficionado á beber mientras estuvo en este mundo. Le gustaba co- «mer salado, y con este objeto, tenia por lo regular abundante «provision de jamones de Maguncia y de Bayona, muchas lenguas «de vaca, salsas, pescados en conserva y toda clase de manjares «sabrosos. En su edad viril se casó con *Gargantilla*, hija del rey «de los Parpallotes, que era una buena pendanga y comilona....»

La reputacion de bebedor de Luis XII habia llegado á ser proverbial. Un dia se quejaba de que le habia engañado dos veces el rey de España Fernando el católico.

—¿El rey de Fracia se queja de que le engañado dos veces? dijo Fernando V. Miente el *borracho* porque le he engañado mas de diez.

FRANCISCO I, bajo cuyo reinado principia la leyenda escrita por mi, Cristian Lebrenn, sucedió á Luis XII de quien era el mas próximo pariente, porque su padre CARLOS, *duque de Angulema*, habia sido primo hermano de Luis XII. Este último acostumbraba decir: «Es-

te mozo lo echará todo á rodar,» hablando de Francisco I, y por cierto que no salió fallido su vaticinio. Apenas subió al trono, en 1.º de enero de 1515 á los veinte y un años de edad, poseido del afán de conquistar la Italia á ejemplo de los dos últimos monarcas, se entregó á un pensamiento que tan desastrosas guerras habia causado, dejando á pesar del creciente aumento de los impuestos, exhausto el tesoro real al morir Luis XII. Francisco I no solo amó la batalla por el placer de pelear como valiente y robusto soldado, pues tenia casi seis piés de estatura, sino que agregó á sus tendencias guerreras un fausto desordenado, la afición á la mesa y una inclinacion escesiva por las mujeres. Mas necesitado él solo que todos sus antecesores, imaginó remediar la insuficiencia de los impuestos vendiendo al mejor postor todos los cargos judiciales, de modo que el juez, habiendo comprado caro el derecho de juzgar, vendia por consiguiente el fallo en vez de darlo con equidad. Consolidada de este modo la justicia, cuando Francisco I tuvo las arcas llenas, pensó en la guerra de Italia.

Cruzó los Alpes el 23 de setiembre de 1515, y despues de un combate encarnizado, prolongado durante dos dias, alcanzó la sangrienta batalla de Marignan y recobró el Milanésado, tantas veces perdido y reconquistado ya para la Francia.

Despues de esta victoria tuvo una entrevista en Balaine con el papa LEON X, sucesor del guerrero Julio II. Francisco I concedió al papa el derecho de imponer á los fieles de la Galia el diezmo que se habia destinado para atender á los gastos de una cruzada contra los turcos, en cambio de lo cual, Leon X concedió á Francisco I el nombramiento de los beneficios eclesiásticos, ó el derecho de otorgar á quien bien le pareciera abadías, curatos y obispados. Este tratado fué ratificado en el concilio de Letran el 16 de agosto de 1516, de modo que esta concesion, en manos de Francisco I, dió lugar á abusos lamentables, y se vió poseer abadías, curatos y obispados á cortesanos láicos, á guerreros y hasta á mujeres. Tan estraños beneficiados encargaban la administracion de sus bienes eclesiásticos á vicarios y cobraban el producto.

El lujo de Francisco I traspasaba todos los límites, y dió un ejemplo de su despilfarro en una entrevista que tuvo el 7 de junio de 1520 con el rey de Inglaterra, Enrique VIII. Se alzó en un valle inmediato al mar un campamento para servir de hospedage á Francisco I y á su corte; todas las tiendas eran de seda carmesí con franjas de paño de oro, y se desplegó una opulencia inaudita en fiestas, cabalga-

tas y torneos, de modo que desde entonces pasó á ser proverbial el decir que muchos señores llevaban al *Campamento del Paño de oro* sus granjas y sus bosques sobre el hombro, para espresar la ruinosa que fué para ellos tanta suntuosidad.

Pero el Buen Juan tiene robustos brazos y su sudor es fecundo, y á fuerza de trabajo atendia al lujo de sus señores. La guerra es un juego para ciertos príncipes, y Francisco I era muy aficionado á este juego. Cuando estaba cansado de beber, cazar, romper lanzas en los torneos, galantear á las damas, edificar palacios encantadores y llenarlos de cuadros y objetos de arte de elevado precio, se cubria con su espléndida armadura de batalla, montaba á caballo, y al frente de su brillante gendarmeria, desenvainaba la espada contra sus vecinos.

Asi pues, en 1521 declaró la guerra á *Cárlos V*, rey de España, y se apoderó de San Juan de Pie de Puerto y de Pamplona, pero estas plazas fueron recobradas al momento, y Navarra quedó en poder de los españoles, en tanto que Leon X se declaraba contra la Francia, asi como Julio II habia hecho alianza en otro tiempo con Fernando para arrojar á los franceses del Milanesado. El condestable de Borbon, primo del rey, se unió al enemigo; los ingleses y los alemanes entraron en Picardia, pasando el pais á sangre y fuego y llegando con sus avanzadas hasta once leguas de Paris, los españoles sitiaron á Bayona, y los alemanes invadieron la Provenza y sitiaron á Marsella.

Francisco I, en vez de rechazar tan formidable agresion, que pone al extranjero en el centro de su reino, se empeña en ir de nuevo á conquistar el Milanesado, sitia á Pavía el 24 de Febrero de 1525, y despues de una encarnizada batalla, en que muere el caballero Bayardo, Francisco I cae prisionero, es conducido á España y *Cárlos V* le da por cárcel el castillo de Madrid.

¡Ah! demasiado saben los pueblos desde el cautiverio del rey Juan lo que vale el rescate de sus señores. El de Francisco I fué exorbitante: se comprometió con un tratado firmado en 1525 á pagar *once millones de escudos*, á ceder á *Cárlos V* la Borgoña y el Charolés y á renunciar á todas sus pretensiones sobre el reino de Nápoles, el ducado de Milan, el señorío de Génova y otras soberanías imaginarias. Con estas condiciones logró la libertad el *rey caballero* (asi se complacia en titularse), dando sus dos hijos en rehenes como garantia de su palabra.

Faltó sin embargo á ella , y así como habia grabado , segun dicen, en uno de los cristales del castillo de Chambord estos versos :

Siempre la mujer varía ;
Es loco quien de ella fia ,

podia haber hecho esta variacion á su máxima :

Siempre Francisco varía ,
Y es un loco quien de él fia.

En efecto , despreciando los tratados , á pesar de la fé jurada y esponiéndose á prolongar el cautiverio de sus hijos , fiadores de su palabra , y de alzar nuevamente á la Europa contra la Francia , apenas recobró Francisco I la libertad , cuando envió (1527) un nuevo ejército á Italia ; pero lo mismo que todas las fatales espediciones contra aquel pais , la campaña, afortunada en un principio y desgraciada despues , terminó con una derrota y una paz humillante firmada en 1529. Francisco I se obligaba en este tratado á pagar dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos , prisioneros hasta entonces en su puesto y fiadores de su palabra.

Dicen en elogio de Francisco I que en sus espediciones á Italia se aficionó á las artes , pasion noble en sí cuando eleva el alma ; pero tambien Neron era aficionado á los palacios espléndidos adornados con las obras maestras de Roma y Grecia , tambien protegia la arquitectura , y era tal su aficion á la elegancia y majestad de los monumentos que llegó hasta el extremo de mandar prender fuego á la vieja Roma para reedificarla despues espléndidamente. Ensalzo tambien la aficion de Francisco I á las bellas artes , pero la maldigo al recordar que es debida á guerras desastrosas y á su pasion por el despilfarro y el lujo. Impelido por esta pasion , llamó á su corte á los hombres mas grandes de Italia ; á *Benvenuto Cellini* , el célebre platero florentino ; á *Leonardo de Vinci* , el pintor inimitable ; á *Sebastian Serlio* , al *Rosso* , al *Primaticio* y á tantos otros ilustres artistas para embellecer sus espléndidas residencias de Chambord , Anet , y Fontainebleau , verdaderos palacios de hadas donde el rey galante vivia en indolentes placeres en brazos de la hermosa Diana de Poitiers.

Grandes acontecimientos se prepararon entonces en Europa , y la *reforma religiosa* ha sido origen de grandes desastres y de sangrientas guerras civiles. El mundo cristiano habia gozado hasta ahora de unidad de creencias , y aunque diferentes heregias han dividido los ánimos en diferentes épocas , ninguna habia producido tan profun-

dos disturbios como la de los protestantes que ha ido arrebatando á la Iglesia una gran parte de Alemania, toda la Inglaterra y un gran número de fieles de Francia é Italia. Es verdad que en estos últimos tiempos algunos sacerdotes han dado motivo á escándolo con sus desarregladas costumbres, es verdad igualmente que los pontífices han querido poner remedio á los excesos reuniendo los concilios de Basilea y de Constanza, pero Leon X, en cuyo pontificado se ha levantado la gran borrasca que amenaza al mundo entero, no creyó en la inminencia del peligro hasta que vió á los adversarios del catolicismo protegidos por príncipes poderosos y oyó su voz atronadora que repetían los ecos del mismo Vaticano.

Contribuyeron á este gran desastre de la unidad católica, además de los excesos de algunos malos sacerdotes, la predicación de las indulgencias en que monges ignorantes, para recomendarlas con más eficacia á los fieles, dijeron en la cátedra sagrada espresiones que casi rayaron en impías, como aseguran cronistas católicos que deploraron los medios con que se vendieron las indulgencias, trocando en mercancía un don tan sagrado.

El primero, el más formidable enemigo de la Iglesia fué *Martin Lutero*. Nació en Sajonia, en Eisleben, el 1.º de noviembre de 1483, de unos pobres campesinos que trabajaban en las minas, y fué admitido por caridad en la universidad de Erfurt. Llegó á ser monge y predicador famoso, y renegó de la fé católica después de un viage que hizo á Roma, relativo á los intereses de la órden religiosa á que pertenecía.

Continuador de los antiguos hereges, especialmente de los *albigenses*, de *Juan Huss* y de *Gerónimo de Praga*, trató de erigirse en innovador, y se rebeló contra su propio ministerio, propagando doctrinas que han trocado la faz de las creencias religiosas en muchas comarcas del imperio. Para que os formeis una idea, hijos de Joel, de las tendencias revolucionarias del *reformador*, que en medio de sus alardes de despreocupación, es fanático y supersticioso hasta el extremo de creerse en relación con el demonio, á quien dice que habla y consulta, voy á transcribiros las principales proposiciones de su heregía.

Dice Lutero:

«No se necesita á la Iglesia católica como intermedio entre el hombre y Dios.

«El Cristo nos rescató vertiendo su sangre en la cruz.

«Amarle es orar; creer es salvar el alma.

«Las promesas de los sacerdotes acerca de nuestra salvacion en cambio de dones pecuniarios, es un engaño.

«El purgatorio es una fábula.

«La misa, la adoracion de las imágenes y de los santos, y la confesion son idolatrías.

«El clero no tiene el monopolio de la administracion de los sacramentos.

«Todo cristiano de buena vida y costumbres, es sacerdote.

«Los sacramentos se reducen á tres: Bautismo, Penitencia y Comunión.

«Los votos monásticos y el celibato de los sacerdotes son contrarios á la razon, á la naturaleza y á la voluntad divina.

«El papa es el Antecristo, y Roma una Babilonia.

«Los bienes eclesiásticos deben emplearse en el sostenimiento de las escuelas gratuitas establecidas en los conventos, en socorro de los ancianos, los imposibilitados y los enfermos, en la educacion de los huérfanos, en auxilio de los extranjeros necesitados y en remuneracion de los ministros del culto reformado.»

Estas ideas lanzaron la mas espantosa discordia en el mundo cristiano, y los monarcas de Francia, España é Inglaterra ofrecieron su espada al pontífice para ayudarle á hacer respetar su autoridad. Pero los *protestantes*, animados por el número, se atrevieron á rechazar la fuerza con la fuerza, y príncipes codiciosos, que veian con la heregía un medio escelente de hacer dinero, apoderándose de los bienes de los conventos y de las riquezas de los altares, escudaron á los propagadores de las nuevas doctrinas, y el grito de guerra resonó de un confin á otro del mundo cristiano.

Este siglo ha dado origen á la propagacion de ideas sociales mas ó menos estravagantes, pero dirigidas todas á cambiar el aspecto del mundo, destruyendo todo lo que hasta ahora se habia respetado. Se oponen nuevos derechos á los antiguos, se atacan los poderes establecidos, se pone en litigio la soberania de los reyes, se halaga á la multitud con una era de regeneracion construida sobre las ruinas del mundo antiguo que quieren derrocar con afan insensato, y hasta un canciller de Inglaterra llamado *Tomás More*, ha ideado en su Utopia una república modelo, tan imposible como una ilusion, pero que halaga á las inteligencias limitadas y crédulas que creen en una era feliz, cuando solamente se inaugura una época desastrosa.

«En el pais de Utopia, dice Tomás More, cada cual egercerá su «culto segun su conciencia; los nobles y los sacerdotes, despojados «de sus privilegios, y sin tener mas derechos que los demás ciu- «dadanos, no poseerán la mayor parte de los bienes de la tierra. «Cada cual gozará de los frutos de su trabajo, y se realizará el axio- «ma de que aquel que no trabaja no debe comer.»

Como si no bastasen algunos monges rebeldes para propagar la heregía, tambien los reyes se han separado de la Iglesia para satisfacer á sus anchuras sus pasiones. Enrique VIII, rey de Inglaterra, libertino desenfrenado, no logrando del pontífice la sancion de sus excesos, se ha erigido en defensor de los reformadores, y ha creado por su omnímoda voluntad una nueva iglesia que llama anglicana, y de la cual se ha declarado gefe con aprobacion de la Cámara de los lores y de los comunes. Para distinguirse de los demás, el nuevo pontífice que ha entregado al verdugo á todas sus esposas, de las cuales ha tenido un número escandaloso, ha modificado la doctrina de Lutero inventando otra que está casi completamente de acuerdo con los principios sentados por el reformador aleman.

Tambien en Francia ha hecho progresos el luteranismo, contándose entre sus prosélitos la princesa *Margarita*, hermana de Francisco I, algunos señores, muchos literatos, abogados, artistas, propietarios y comerciantes.

El rey, viendo que era preciso oponer un dique á la heregía que, no solamente amenaza la religion católica, sino tambien su trono, por cuanto los innovadores desconocen el derecho divino para sustituirlo con el de la razon y del libre sufragio de los pueblos, ha principiado á perseguir á los luteranos de Francia, y el primero que ha subido á la hoguera es un cardador de lana, hijo de Meaux, llamado Juan Leclerc, el cual, despues de criticar la predicacion de las indulgencias, puso un cartel en la pared de la catedral en que decia que la venta de las indulgencias era un infame tráfico.

Las obras de Lutero han sido arrojadas á las llamas por mano del verdugo en el atrio de Nuestra Señora, y la tenacidad de sus sectarios ha motivado los rigurosos castigos que presencia todos los dias con dolor la Francia. Han sido quemados vivos un noble de Artois llamado Luis de Bergini, que escribió un libro en defensa del luteranismo, un franciscano en Viena del Delfinado y un cura de Seez, partidarios de la reforma, y finalmente la Inquisicion de Tolosa celebró hace dos años (31 de marzo de 1532), un auto de

fé en que perecieron en las llamas treinta y dos hereges.

A pesar de estos castigos, el número de los reformados se aumenta de dia en dia en secreto. Se habla mucho actualmente de un jóven, antiguo discípulo de la universidad de Bourges, que todos llaman el Lutero de Francia. Es hijo de un procurador fiscal y notario apostólico de Noyon, que á la edad de doce años gozaba ya de un curato y una prebenda, dependiente de la catedral y debida á la influencia de su padre.

Se llama Juan Calvino.

En 1532 publicó un libro, comentario del tratado de Senéca sobre la clemencia, y lo dedicó á Francisco I. La Sorbona y el parlamento decretaron contra él, y se vió obligado á huir temiendo una condenacion. Unos dicen que ha salido de Francia, y otros que viaja secretamente de ciudad en ciudad esponiendo su vida para hacer prosélitos á la reforma.

Tal es, hijos de Joel, el estado de las cosas en la Galia bajo el reinado de Francisco I en este año de 1534 en que principia la leyenda siguiente: LA BIBLIA DE BOLSILLO.

Allan Lebrenn, nieto de *Mahiet el Abogado de armas*, testigo de la muerte de Juana Darc, partió de Vaucouleurs en 1461. Después de la muerte de su padre, se vió en los mayores apuros para ganarse la subsistencia en el ejercicio de su oficio de copista y pintor de manuscritos, pues los progresos de la imprenta inutilizaban los libros escritos que eran tan costosos.

Habiéndose interesado vivamente Juan Saurin, maestro impresor de Paris, por Allan Lebrenn cuando pasó por Vaucouleurs, y llamándole la atencion su inteligencia, le propuso que le siguiera á Paris prometiéndole que le facilitaria todos los medios de llegar á ser impresor. Nuestro abuelo aceptó é hizo progresos rápidos en su nueva carrera.

Se casó en 1465 y murió en 1474, dejando un hijo, Melar Lebrenn (nacido en 1466), que fué mi padre. Trabajó tambien mucho tiempo en la imprenta de Juan Saurin, pero después de la muerte de este, mi padre, que se habia casado en 1495 y habia tenido un hijo (yo, Cristian, nacido en 1496) y dos hijas nacidas en los años siguientes, fué despedido por el sucesor de Juan Saurin, llamado Manuel Compaign.

La causa de haberle despedido, es el acusarle de incredulidad por que manifestaba compadecerse de los hereges que perecian en la hoguera, y mi padre se vió reducido á tal extremo, que llegó á no poseer mas que las leyendas y reliquias de nuestra familia.

Al verse abandonado por todos sus compañeros de oficio, intentó el último recurso que le quedaba en su desesperacion. Conocia por su fama á ENRIQUE ESTIENNE, el mas célebre impresor del siglo pasado, cuya bondad é instruccion ensalzaban á porfia, y se dirigió á el contándole cual era su triste posicion y ofreciéndole servir de prueba algunos dias para que juzgase de su idoneidad. Enrique Estienne aceptó, y mi padre dió muestras de tanta inteligencia, ya como cajista, ya como corrector de pruebas, que el célebre maestro le confió diversas obras, y no tardó en apreciarle y distinguirle tanto por su mérito de trabajador como por la rectitud y bondad de su corazon.

Mis hermanas murieron en la peste que diezmó á Paris en 1512; mi madre les sobrevivió poco tiempo, y perdí á mi padre *Melar Lebrenn* en 1519, tres años despues de mi casamiento con mi querida *Brigida Ardouin*, bordadora en hilo de oro y plata.

Entré en la imprenta de Enrique Estienne á los doce años de edad como aprendiz, y despues de la muerte de aquel hombre venerado, continué trabajando con su hijo *Roberto*, el cual, heredero de las virtudes de su padre, le supera en la ciencia. Sus ediciones de los autores de la antigüedad, griegos, hebreos ó latinos, son la admiracion de los eruditos por la correccion del texto, la rara belleza de los caracteres y la perfeccion de la impresion, y ha publicado igualmente en un volúmen de *bolsillo* el Antigo y el Nuevo Testamento, traducido en francés, que es una verdadera obra maestra tipográfica. Roberto Estienne me ha manifestado siempre tanto afecto como interés, y le estoy sumamente agradecido porque su padre salvó al mio de un abismo de miseria y desesperacion.

He tenido dos hijos; *Odelin* que va á cumplir quince años y está de aprendiz en casa de maese *Raimbaud*, uno de los mas célebres armeros de Paris, y *Hena*, á quien he dado este nombre en memoria de la vírgen de la isla de Sen. Tambien tengo á mi lado al hijo de una hermana de mi mujer, á quien amamos como si fuera nuestro, que se llama *Hervé* y es impresor.

Hijos de Joel, necesito hacer un esfuerzo de valor para escri-

bir esta leyenda, porque reanima heridas recientes aun en el fondo de mi corazon; pero los hechos que os voy á contar retratan con terrible verdad la época en que vivimos.

Este es mi deber, segun la postrera voluntad de Joel, nuestro antepasado.

He tenido dos hijos: Odélie que va á cumplir quince años y es
 la de aprendiz en casa de tase Hammand, uno de los mas cele-
 bres armeros de Paris y Liza, á quien he dado este nombre en
 memoria de la virgen de la isla de Sen. Tambien tengo á mi lado
 al hijo de una barana de mi mujer, á quien algunos como si
 fuera nuestro, que se llama Wavy y es impresor.
 Hijos de Joel, necesario hacer un estereotipo de valor para escri-

como aprendiz, y despues de la muerte de aquel hombre veas-
 rudo, continúe trabajado con su hijo Wavy, el cual, heredero
 de las virtudes de su padre, le supera en la ciencia. Sus ediciones
 de los autores de la antigüedad, griegos, hebreos ó latinos, son
 la admiracion de los estudios por la correccion del texto, la ta-
 ra belleza de los caracteres y la perfeccion de la impresion, y ha
 publicado igualmente en un volumen de bolsillo el Antiguo y el
 Nuevo Testamento, traducido en francés, que es una verdadera
 obra maestra tipográfica. Roberto Estienne me ha manifestado
 siempre tanto afecto como interés, y he estado sumamente agrat-
 ificado porque su padre salvó al mio de mi mismo de miseria y
 desesperacion.
 He cumplido quince años y es-

LA BIBLIA DE BOLSILLO

ó

LA FAMILIA DE CRISTIAN EL IMPRESOR.

1534—1610.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Paris en el siglo XVI. — La casa de Cristian. — El robo. — Odelin, Hena y Hervé. — Limosna para los pobres.

¡ Cuántos cambios se han visto en Paris, hijos de Joel, desde la época en que nuestro antepasado ELDIOL, *el marinero parisiense*, habitaba en esta ciudad en el siglo IX cuando la invasion de los normandos! ; Y cuantos cambios tambien desde el año 1350 cuando MAHIET, *el Abogado de armas*, caia herido al lado de Esteban Marcel, asesinado por Juan Maillart!

La poblacion de la gran ciudad es en el dia (en 1534) de cerca de cuatrocientas mil almas; diariamente se edifican nuevas casas en los arrabales, fuera de las murallas, cuyo recinto ha llegado á ser insuficiente aunque encierra doce ó trece mil edificios. Pero lo mismo que antiguamente, Paris está aun dividido, por decirlo así, en cuatro ciudades por dos calles que la cortan en cruz: la calle de *San Martin*, prolongada por la de *Santiago*, la atraviesa de oriente á poniente, y la de *San Honorato* la cruza de norte á mediodia.

Las personas de corte habitan el barrio del Louvre; las de guerra, el de la Bastilla, del Arsenal, lleno de armas, y del Temple, lleno de polvóra; las de estudio y de letras, el barrio de la Universidad; las de iglesia, el de Nuestra Señora y San German, donde estan contruidos los conventos de los franciscanos, de los cartujos, de los jacobinos, de los agustinos y los dominicos, sin contar otros monasterios de monges y monjas diseminados en la ciudad; los fa-

bricantes, en el barrio de Oriente, el mas miserable de todos y donde se encuentran casas de hospedage á donde por un maravedí cada noche van á acostarse los artesanos.

La mayor parte de las casas de la clase media y todos los conventos estan actualmente contruidos de piedra y no ya de madera como en otro tiempo; estos edificios modernos, cubiertos de tejados de pizarra ó de plomo y adornados de esculturas, van siendo de dia en dia mas numerosos. Lo mismo sucede con los crímenes; su aumento es escandaloso; los asesinos y los ladrones toman posesion de las calles luego que anochece, y son veinte ó treinta mil organizados en compañías llamadas de los *Guilleris*, *Plumetes*, *Rogillos* y *Tiralanas*, los cuales acometen y roban á los plebeyos que no tienen permiso de llevar armas; de los *Tiraseda*, que son mas audaces y se dedican á acometer á los nobles que van siempre armados; de los *Perros de aguas*, que se disfrazan de artesanos de diferentes oficios, de frailes de diversas órdenes y se introducen de este modo en las casas para robar; y existen ademas los cortadores de bolsillo, y finalmente, los bravos, que son los mas temibles de todos, y ofrecen á precio regateado y convenido públicamente su puñal á quien desea libertarse de un enemigo.

Paris abunda igualmente en mujeres perdidas y cortesanas de todas clases, y jamas ha hecho mayores estragos la corrupcion y el libertinage. Una enfermedad vergonzosa, importada de América por los extranjeros despues de los descubrimientos y conquistas de Cristóval Colon, envenena la vida hasta en su origen, y los padres legan á sus hijos el vicio de su organizacion. Paris presenta una mezcla sin nombre de supersticion, libertinage y ferocidad: se ven sobre las puertas de los lupanares enseñas indecorosas, delante de las cuales se agrupan ladrones y aventureros que prorumpen en palabras obscenas. Hasta se citan médicos infames que olvidando lo sagrado de su profesion, se prestan á los culpables deseos de impacientes herederos, y envenenan con brevages farmacéuticos los ricos enfermos cuya sucesion se hace esperar demasiado, y los pérfidos parientes no retroceden ante crímenes tan horrendos. Las virtudes domésticas y las buenas costumbres parecen refugiadas en el seno de algunas familias que son religiosas sin supersticion, se alejan del mundo, y no se mezclan en las intrigas de los demas.

La familia de Cristian el impresor habia gozado de la paz y la dicha domésticas hasta el dia fatal en que principia nuestra leyenda.

La Providencia se propone en sus altos designios derramar á veces sus tesoros de perfeccion á una familia para experimentar mejor su virtud cuando empieza á sumirle en la desesperacion; pero no todos salen triunfantes de prueba tan dolorosa, y muchos sucumben sin esperar el dia del premio. ¡ Dichosos de los que, despues de haber visto pasar rugiendo sobre sus cabezas la tempestad, contemplan con serenidad los negros nubarrones que desaparecen bramando rencorosos, en tanto que asoma en el horizonte el iris que anuncia la cesasion de la borrasca!

Los que atraviesan en esta vida una época de desgracias, unos sucumben á la fuerza de los padecimientos y acaban por maldecir su infausto hado, otros quedan abismados en el letargo y la inaccion y pierden la dignidad del alma y hasta la sensibilidad como si se hubiera roto el resorte de su existencia, y otros en fin, valerosos atletas, oponen al pesar las armas heróicas de la resignacion y se sonrien en medio del peligro sin apartar jamas los ojos del cielo que es el norte de sus esperanzas.

Espiraba el mes de agosto de 1534.

Paris es un horno en esta época del año; el sol lanza sus rayos abrasadores como si se complaciese en atormentar á los habitantes de la gran ciudad que se rebullen en busca de sombra, y esperan las tranquilas horas de la noche para aspirar un ambiente fresco y reanimador; el Sena corre perezosamente y con escasas aguas por dos ó tres ojos de sus puentes de piedra, y parece que el ardor del sol ha absorbido las fuentes donde toma origen; las calles estan casi desiertas en esas horas en que en otras estaciones se agrupan todos en busca de un rayo de sol, y cuando la campana toca en las altas torres el melancólico tañido de la oracion, se abren todas las puertas y ventanas para que entre la brisa de la noche, pero es forzoso cerrarlas al menor ruido, porque los ladrones circulan en busca de aventuras y son tan diestros en escalar paredes como los mas espertos soldados en un asalto.

Cristian Lebrënn ocupaba entonces en Paris una modesta casa situada en medio del puente del Cambio.

Todos los puentes estan cubiertos de pequeñas casas y forman de este modo calles por debajo de las cuales pasa el rio.

En el entresuelo se encontraba la cocina que hacia las veces de comedor, y detras de este aposento, cuya puerta y ventana daban á la via pública, habia un cuarto donde dormian Hervé y Odelin. En

la época de este relato, Odelin, que era aprendiz de armero, estaba ausente de Paris y viajaba por Italia con su maestro, que habia partido á Milan con objeto de estudiar los medios y procederes de fabricacion de los armeros milaneses, tan célebres como los de Toledo.

El primer piso de la casa de Cristian se componia de dos aposentos, uno de los cuales ocupaba él con su esposa Brígida y el otro su hija Hena. Finalmente, se estendia sobre toda la casa una boardilla que tenia aberturas que daban á la parte del rio.

El sol se habia ocultado entre rojizas nubes que se reflejaban en la corriente del Sena, que parecia una corriente de fuego: el viento era abrasador, y brillaban á lo léjos algunos pálidos relámpagos.

La noche fué avanzando con su cortejo de estrellas y su solemne silencio, interrumpido á intervalos por gritos, murmullos y ladridos que se confundian con el sordo rumor del viento, y la voz del rio que chocaba en los puentes, cuyos estribos rompian el agua convirtiéndola en espuma. El Sena, despues de acometer los puentes con furia, se estendia vencido en anchos remansos, y se preparaba á nuevos ataques, que eran igualmente inútiles, hasta que saliendo de la ciudad, por cuyo centro habia pasado oprimido, seguia su curso por las riberas que se estienden fuera de la ciudad, formando mil rodeos caprichosos como para hacer alarde de su libertad.

Cristian estaba en conversacion con su esposa, los niños dormian, y una lámpara de cobre brillante como el oro alumbraba el aposento de los esposos.

Se veian los telares donde Brígida y Hena bordaban cerca de la ventana de pequeños cristales cuadrados sugetos con tiras de plomo, y en el fondo del aposento, que era bastante espacioso, el lecho de nogal cubierto con cortinages de sarga verde. A un lado tenia Cristian una pequeña biblioteca, donde estaban colocados con órden los libros en cuya impresion habian trabajado su padre y él en el taller de imprenta de Enrique y Roberto Estienne, entre otros una *Biblia de bolsillo*, encuadernada en piel negra y con cerraduras y adornos de cobre.

En frente de la biblioteca habia un arcon de encina curiosamente esculpido, en donde Cristian guardaba las reliquias y leyendas de su familia, y todo lo que poseia de mas valor. Se veian encima del arcon, arrimadas á la pared dos armas, una vieja ballesta y una hacha de guerra, porque era muy útil tener armas en casa para re-

chazar los ataques de los bandidos que, como hemos dicho anteriormente, son de dia en dia mas numerosos y audaces.

Añadid dos arcas forradas de cuero y destinadas á guardar la ropa de la familia y algunas modestas sillas, y os habreis formado una idea del pobre y sencillo mueblage del aposento de Cristian y de su esposa.

El rostro del impresor revela una inquietud profunda, y no menos inquieta está Brígida que abandona su bordado para levantarse y acercarse á su esposo. Este, con la mirada fija, el codo sobre las rodillas y la frente apoyada en la mano, arroja un profundo suspiro y dice á su mujer:

— No hay duda, me han robado.

— ¡Te han robado!

— Sí.

— ¿Cómo es posible?

— Desgraciadamente lo es.

— Pero si nadie ha entrado en casa hace tanto tiempo...

— La persona que ha sacado el dinero de esta arca, aquí, en este aposento y sin romper la cerradura, debe ser amigo íntimo de casa.

— ¿Y de quién sospechas?

— No me atrevo á sospechar de nadie.

— Te confieso, Cristian, que este robo me causa terribles angustias.

— No son menos terribles las mias.

— Acaso...

— Nadie entra aquí... nadie mas que nosotros y nuestros hijos.

— No, pero tambien entran algunos mercaderes ó sus criados que vienen á encargarnos trabajo.

— ¿Les dejais solos?

— Nunca.

— ¿Serian ademas capaces de una accion tan infame?

— Nunca salimos Hena y yo del aposento cuando recibimos algun extraño; pero los bandidos son capaces de todo.

— ¿Crees que algun bandido se ha introducido aquí? ¿No le hubierais conocido?

— ¿Y quién te asegura que algun malhechor, de esos que llaman perros de agua, no se haya disfrazado de comerciante, y viniendo con escusa de encargarme bordados, no haya logrado robarnos valiéndose de algun ardid?

— Es imposible; le hubierais visto.

— En efecto.

— Busco en mi memoria cuales son las personas amigas que han podido entrar aqui, dijo el impresor con penosa ansiedad.

— Lefarge...

— Si, Lefarge pasa de vez en cuando la noche con nosotros, y á veces hemos subido aqui cuando me ha suplicado que le leyera algunas leyendas de la familia.

Brígida hizo un ademan de duda.

— Advierte en primer lugar, Cristian, le dijo, que hace mucho tiempo que no hemos visto á nuestro amigo.

— Y es cosa que me asombra.

— Además es imposible sospechar de un hombre de costumbres austeras, ocupado continuamente en el estudio.

— Dios nos libre de acusarle.

— ¿Quién entra en casa con frecuencia? Un reducido número de personas.

— Tu hermano...

— Mi hermano es un soldado de aventura y tiene grandes defectos, pero...

— No prosigas, Brígida. Josefino nos ama con ternura y es leal y honrado.

— Le creo capaz de cometer en pais enemigo los mayores excesos como lo hacen todos los de su oficio, pero, cometer él un hurto en nuestra casa, él que todos los dias se sienta en nuestro hogar...

— ¡Es imposible!

— ¡Gracias por tus palabras... gracias!

— ¡Cómo! ¿Has podido suponer ni un instantante siquiera que sospechaba de tu hermano?

— Derecho te daba sin embargo para sospechar la vida errante que ha llevado desde su juventud... y esos hábitos de violencia y de rapiña que con tanta justicia atribuyen á los soldados aventureros, amigos de mi hermano.

Brígida se interrumpió y miró con angustia á su esposo.

Cristian se ocultó el rostro entre sus manos con abatimiento, se levantó despues bruscamente y espresó en su rostro un dolor terrible.

— ¿Qué tienes? ¿qué tienes? le preguntó su esposa.

El impresor no respondió.

Reinó un momento de doloroso silencio.

— ¿Qué idea súbita ha cruzado por tu mente y que tanto te aflige?

El rostro de Cristian se inundó de lágrimas.

Brígida no pudo entonces contenerse, y acercándose á su esposo, le cogió de una mano y le dijo con ansiedad:

— ¿Porqué no respondes?

Cristian hizo un esfuerzo para hablar, pero la voz se ahogó en su garganta.

— Habla, le dijo Brígida.

— El cielo me es testigo, exclamó el impresor alzando los ojos al cielo con espresion desgarradora, de que me ha causado mucha pena la pérdida de esos veinte y dos escudos de oro, que con tanto trabajo hemos ganado; era nuestro recurso para los dias adversos, era el dote de nuestra hija, pero esta pérdida no es nada en comparacion de...

Cristian se interrumpió vencido por el dolor.

— ¡Acaba!... le dijo su esposa.

— No... no, es muy horrible.

— ¿Qué quieres decir, Cristian?

— No puedo continuar.

— Me despedazas el alma.

— ¡Déjame... déjame!

Y arrepintiéndose de aquel movimiento de impaciencia y enojo involuntario, el impresor tomó las manos de Brígida entre las suyas y le dijo con voz dolorosamente conmovida:

— Perdóname, pobre Brígida. Ya ves que cuando pienso en esto, me vuelvo loco. Una sospecha...

— ¿Qué sospecha?

— La concebí hoy estando en la imprenta, y ha sido tan espantosa la emocion que ha causado en mi alma que he creído volverme loco. He luchado entonces con todo mi poder; pero ahora mismo, al recordar las personas con quienes estamos unidos por la amistad ó el parantesco para ver á quien podria acusar del robo, la horrible sospecha de que te hablo ha vuelto á cruzar involuntariamente por mi imaginacion.

Cristian volvió á sentarse, se estremeció y se ocultó otra vez el rostro entre sus trémulas manos.

Brígida no se atrevia á preguntar temiendo oir una revelacion aterradora.

Calmóse algun tanto la agitacion de Cristian, y su esposa le dijo:

— Deposíta en mi esa idea que tratas de ahuyentar, que te aterra.
¿Cuál es?

— ¡No... no!

— Te lo suplico.

— Sí no tiene remedio ¿para qué?

— ¡Por el amor que me juraste al pié de los altares... por mi hija!

— Pues lo deseas... te lo revelaré.

El impresor, despues de un momento de dolorosa lucha, murmuró con voz débil y como si sus palabras la quemaran los labios:

— Habrás advertido como yo hace algun tiempo... me refiero especialmente á la época despues de la partida de Odelin para Milan, habrás advertido como yo un gran cambio en el carácter y en los hábitos... de...

— ¿De quién?

— De Hervé.

— De nuestro sobrino... ó por mejor decir, de nuestro hijo.

— Sí.

— ¡Cómo! ¿te atreverías á sospechar de él.

Cristian permaneci6 en sombrío silencio.

— ¡Qué horror! exclam6 Brígida.

— Sí, sospecho de él.

— Es imposible: Hervé, educado en los mismos principios que mis hijos... que nunca se ha separado de nosotros....

— Ya te he dicho, Brígida, que esta sospecha es horrible.

— ¡Oh! demasiado.

— Tan horrible que he luchado con ella haciendo esfuerzos de valor, y aun lucho...

— Pero no crees...

— No, no creo que sea verdad.

— Sin embargo...

Cristian no pudo continuar; volvieron á ahogar su voz los sollozos.

— Sin embargo, continu6; si fuera cierto. Dios justo ¿hemos merecido acaso este castigo?

— Me asustas con esas palabras. Amas con exceso á Hervé, tu criterio es sobrado seguro y tu espíritu perspicaz para que hayas concebido semejante duda sin motivo. Hervé está en la imprenta continuamente á tu lado, asi como Hena está aqui junto á mi y debes conocer mejor que nadie su corazon.

Y despues de un momento de silencio Brígida añadió vertiendo un mar de lágrimas :

— ¡ Ah ! conozco que esta sospecha , esta sospecha únicamente , aunque nunca llegue á justificarse , llenará mi vida de amargura.

— Y por esa razon solo podia confiartela á tí , á tí únicamente en el mundo.

— Pero no pasa de sospecha.

— Es verdad.

— No nos dejemos abatir , no exageremos.

— Es cierto , examinemos detenidamente los hechos y nuestros recuerdos , y tal vez lleguemos á conocer que no son fundadas nuestras sospechas.

— ¡ Dios se digne escucharnos !

— Te decia , pues , que he advertido grandes cambios en las hábitos y en el carácter de Hervé. ¿ No lo has advertido como yo ?

— Si.

— ¿ No has reparado que hace algun tiempo de alegre , franco y afectuoso se ha trocado en glacial , sombrío , taciturno y sombrío ?

— Si , y palidece y se irrita con una sola palabra.

— Poco tiempo antes de partir Odelin ¿ no le reprendió varias veces con dureza sin motivo ?

— Y eso que hasta entonces le habia manifestado el mayor cariño.

— Con mucha frecuencia desde aquella época he manifestado á Hervé que hacia mal en enojarse sin motivo.

— Tambien yo le he reprendido porque trataba con aspereza á mi pobre Hena que le ama como un hermano. La conducta que observa con ella es á veces reprehensible.

— Espílicate , Brígida.

— Ayer mismo cuando volvisteis de la imprenta , Hena , despues de abrazarte como acostumbra todos los dias , fué á saludarle... y la rechazó duramente.

— No lo advertí.

— La pobre niña no pudo contener las lágrimas.

— ¡ Pobre hija mia !

— Yo le reprendí cuando saliste del aposento.

— ¿ Y qué dijo ?

— Nada , se alejó murmurando.

— Tambien yo he reparado en la tibieza con que trata á Hena ,

pero no he presenciado escena ninguna como la que acabas de referir.

—Sin embargo, Cristian, amamos á uno y á otra con amor igual.

—Hervé podría quejarse en efecto si viera que demostramos alguna preferencia por Hena y Odelin, pero le amamos como si fuera hijo nuestro.

—No hay duda.

—Así pues, creo que es preciso buscar en otra parte la causa de los cambios porque nos afligimos.

—Tal vez sin saberlo nosotros tiene amistades peligrosas.

—Tal vez...

—Voy á contarte un hecho que tal vez nos iluminará en medio de las tinieblas de nuestra incertidumbre.

—Habla... ¿Sabes acaso...

—El cariño no me ciega, y reconozco en Hervé un talento superior, sin hablar del don de elocuencia natural que todo el mundo extraña en su tierna edad...

—Si, es el vivo retrato de mi pobre hermano.

—Ha llegado á ser un excelente latino, de modo que algunas veces se ha encargado de ir á recoger manuscritos preciosos á casa de algunos eruditos, amigos de Roberto Estienne. Hervé se ocupaba en esta tarea con tanta exactitud como celeridad, pero ahora sus ausencias del taller se prolongan tanto y son tan frecuentes, que no cumple ó ejecuta mal los trabajos que le sirven de pretexto para alejarse. Roberto Estienne se me ha quejado amistosamente, diciendo que como segundo padre y su pariente mas inmediato debia vigilarle, porque ya tenia diez y ocho años, que podia contraer amistades peligrosas y causarnos mas adelante grandes disgustos.

—Por ese mismo motivo le reprendí hace algunos dias.

—¿Porqué?

—Porque se alejaba de sus amigos de infancia.

—¿Huye de ellos?

—Si, rechaza sus demostraciones de afecto.

—¿Quién es pues la persona con quien se trata?

—Rodolfo.

—¿El hijo de nuestro vecino el droguero?

—Sí.

— Mala fama tiene en la vecindad.

— Se ausenta alguna veces dos ó tres dias de su casa , y se le vé en compañía de jóvenes de aspecto nada favorable.

— ¿ Qué quieres decir ?

— Hasta han llegado á afirmar que pertenece á una sociedad secreta , donde con la máscara de religion y de defensa de los reformados , se imaginan robos y crímenes aun mas graves.

— Es preciso que renuncie á esa amistad.

— Me ha prometido que lo haria.

— ¿ Y le has creído ?

— ¡ Oh ! no , no... por desgracia.

— Ese Rodolfo será la causa de la perdicion de Hervé.

— ¿ Y cómo evitarlo ?

— Yo le hablaré , le recordaré las máximas que le hemos inculcado desde la niñez , y si ejerzo aun alguna influencia sobre su alma , si el genio del mal no ha apagado en su corazon todos los sentimientos nobles , confio en volverle á la buena senda de que le han apartado los perversos amigos. Rodolfo ha abrazado la nueva religion , y mas fanático que un sarraceno , abriga ideas de intolerancia y de orgullo con las cuales pervierte á Hervé. Se cuenta que , previendo las persecuciones de que van á ser muy pronto objeto los reformados , han abierto una suscripcion que llaman de caridad para los pobres , y no dudo que Hervé en su ciego fanatismo por la reforma , haya querido contribuir por su parte á una obra que , aunque buena en sí , no es mas que un medio de estafa de que son víctimas los incautos.

— ¿ Es decir que crees en que Hervé nos ha robado ?

— Sí.

— ¡ Gran Dios !

En el momento que Cristian pronunciaba estas palabras , oyó , primeramente á lo lejos y muy pronto en el puente del Cambio , ruido de campanas y cantos fúnebres.

El impresor , asombrado como su esposa , se levantó , abrió la ventana , y vió desfilar una larga procesion.

Abria la marcha un destacamento de arqueros con sus ballestas sobre el hombro izquierdo y en la mano derecha una antorcha ; venian despues varios frailes dominicos con hábito blanco y capuchas negras , agitando las campanillas y seguia un carro tirado por dos caballos cubiertos con caparzones negros bordados de plata el cual formaba una especie de catafalco cuadrado sobre cuyos lados se leia

esta inscripcion: *Orad por las almas del purgatorio. Mañana se predicará la indulgencia en el convento de Santo Domingo.*

Se veian detrás de la procesion turbas de hombres de siniestro aspecto, aventureros nocturnos, ladrones y gentes de mal vivir mezclados entre los honrados ciudadanos que acompañaban la procesion, y á quienes insultaban pronunciando blasfemias contra los frailes y las indulgencias, cuya venta era hacia algun tiempo motivo de crítica por las exageraciones indirectas que algunos sacerdotes introducian en sus sermones para ponderar el mérito y el valor de la concesion del soberano pontífice.

La predicacion de las indulgencias fué un pretesto en aquella época para que los protestantes acusasen á la iglesia católica de codicia, pero plumas elocuentes salieron en defensa de las doctrinas rudamente atacadas por Lutero y sus sectarios.

Oyóse entonces en el entresuelo la voz de Hervé que gritaba:

— ¡Fanáticos! ¡paganos!

Brígida se volvió hácia su esposo y le dijo:

— ¿Oyes?

— Sí; es Hervé que, seducido por Roberto, acusa de fanatismo á los que predicán las indulgencias. Varias veces en la imprenta ha disputado acaloradamente con sus compañeros defendiendo las nuevas doctrinas.

— ¡Desventurado!

— Sí, desventurado porque se acarrerá con su indiscesion los castigos mas horribles.

— Ven, tal vez sea el momento favorable para arrancar á Hervé una confesion.

— Y si confiesa... le perdonaremos su delito.

— ¿Le perdonarás? ¿no es cierto? dijo la indulgente Brígida. Habrá cedido á la influencia de Roberto, pero no á una vergonzosa codicia.

El impresor tomó la luz y bajó á la cocina con su esposa sin tratar de disimular y andando lentamente.

El ruido de sus pasos que hicieron crujir los escalones de madera llamó la atencion de Hervé que continuaba asomado á la ventana.

El sobrino de Cristian tenia diez y ocho años, y su rostro, que en otro tiempo respiraba franqueza y alegria, y revelaba con el carmin en sus megillas la paz y ventura de su alma, era pálido y sombrio, y ojos huraños é inquietos evitaban las miradas. Parecia que

una lucha reñida entre las máximas que habia recibido desde la cuna y las que le infundiera su amigo Roberto, habia agotado las fuerzas de su espíritu, convirtiendo en él los sentimientos afectuosos en odio, cólera é indiferencia.

La presencia inesperada de sus tios le causó primeramente una impresion penosa, pero acusándose despues de su temor, irguió la cabeza y dijo resueltamente:

— Me habia levantado para ver la procesion.

— Te he oido, Hervé, y he bajado para hablar contigo un rato á solas.

— Podeis hacerlo cuando gusteis.

— Aquí estaremos mejor; arriba podriamos despertar á Hena.

— Teneis razon.

— Sientate.

El jóven tomó una silla con asombro y se sentó.

Cristian se sentó tambien, y Brígida permaneció en pié á su lado apoyada sobre sus hombros y sin apartar los ojos de Hervé.

— Hijo mio, dijo el impresor, debo advertirte que jamas hemos pensado en contrariar las ideas religiosas que defiendes de algun tiempo á esta parte con el ardor de un neófito, pero debo hacer algunas reflexiones paternales.

— ¿Habeis oido acaso las palabras que pronuncié cuando acabó de pasar la procesion?

— Si.

— ¿Y me acusais por ellas?

— Si, porqué son imprudentes.

— Pero verdaderas.

— No discutiré sobre ese punto.

— Advertid que no lograreis convencerme.

— Podré convencerte al menos de que son peligrosas.

Hervé no respondió.

— Te hemos educado, lo mismo que á Hena y Odelin, en la doctrina evangélica, cuyos principios fundamentales constituyen la base de la verdadera virtud en la tierra. Nuestro Redentor dijo: Amaos los unos á los otros; no hagais á los demas lo que no quisierais que os hicieran á vosotros; olvidad las ofensas; compadeceos de los malos; socorred á los afligidos; perdonad á los que se arrepienten; sed laboriosos y probos. Estas palabras reunen la moral que te hemos enseñado. No discutiré si la Iglesia católica ha encerrado á ve-

ces en su seno discípulos que han falseado tan nobles principios con sus excesos. El hombre está sujeto á la materia, y el mas virtuoso cede á las veces al imperio de las pasiones. La religion cristiana es la que regeneró al mundo, desterrando los errores del paganismo, y los hombres con sus vicios no podrán jamás destruir lo que nos enseña el Evangelio. No ignoro que algunas personas impacientes, otras crédulas ó imbuidas por quiméricas teorías quieren borrar en nuestro siglo el edificio erigido á costa de tantos esfuerzos, persecuciones y martirios desde que Jesucristo bajó al mundo á anunciar la nueva era de justicia; pero los remedios que oponen á los antiguos abusos y el fanatismo con que hacen prosélitos, no son mas que la rebeldía de la razon que trata de derrocar á la fé, y la ambicion de fama poco envidiable por cierto. Compadezco á los que por su orgullo se acarrean la persecucion de las leyes humanas, y seria para nosotros un desconsuelo verte subir á un patíbulo por defender cuestiones que no á tí, sino á personas mas doctas y de mas experiencia, toca decidir.

— El hombre dotado de razon tiene derecho á resolver lo que mas le interesa, que es el porvenir de su alma...

— Ya te he dicho, añadió Cristian interrumpiéndole, que no trato de discutir lo que no entiendo. He lanzado una mirada á lo pasado antes de hablarte de lo presente. Declaro en elogio tuyo que ese pasado ha sido segun el deseo de nuestro corazon, y que solo hemos tenido motivos de satisfaccion sobre tu conducta; siempre has sido leal, amable, laborioso y dócil, y te has esforzado en complacer á todo el mundo, lo cual has conseguido con la simpatía que inspiraba tu carácter. No hablaré de tu inteligencia notable, de tu rara aptitud para aprender lo que te enseñan y tu facilidad en espresar tus ideas en términos escogidos y á veces elocuentes; esos dotes naturales, desarrollados por la instruccion, no han cesado de existir en tí, á pesar del cambio notable que hemos advertido y que nos llena de inquietud.

— ¿Qué cambio?

— Hace algun tiempo has perdido la alegria, parece que desconfias de nosotros, y de dia en dia eres mas taciturno y sombrío; tus ausencias de la imprenta se prolongan á las veces mas de lo regular; y tu carácter, antes tan simpático y agradable, se ha trocado en áspero é insufrible, hasta el punto de que antes de partir Odelin á Milan le reprendias con severidad, y eres brusco, duro y hasta

cruel con Hena, y eso que no ignoras que te ama tanto.

— Hervé se estremeció al oír estas palabras; su fisonomía se oscureció y tomó una espresion indefinible cuando oyó pronunciar el nombre de Hena; permaneció silencioso, y balbuceó despues:

— Tal vez habré tenido accesos de mal humor, de lo que ruego á Dios que me preserve... y si he reprendido á Hena... ha sido... sin mala intencion.

— Así lo creemos, hijo mio, dijo Brígida. Tu tio te cita este hecho como uno de los síntomas del cambio que observamos en tí y que tanto nos alarma.

— Finalmente, añadió Cristian, vemos con pesar que renuncias al trato de tus amigos de infancia y que no tomas parte en las inocentes diversiones propias de tu edad.

El acento de Hervé, que habia demostrado profunda turbacion al hablarle de Hena, se trocó en áspero y firme, y respondió:

— Los amigos con quienes me trataba antes son demasiado mundanos.

— ¡Mundanos!

— Sí.

— Son virtuosos y honrados.

— Pero no piensan como yo.

— Eres libre en la eleccion de tus amigos, pero hace algun tiempo que estás unido con íntima amistad con un hombre...

— ¿Con Rodolfo?

— Sí.

— ¿Y qué podeis decir en contra suya?

— No goza muy buena reputacion.

— Le calumnian: es un santo.

— No lo creen todos así.

— Porqué no le conocen.

— Además, ese hombre tiene algunos años mas que tú, parece que te inspira una confianza ciega, y temo que sus ideas religiosas te lancen en los deplorables conflictos que preparan los defensores de la reforma.

— A pesar de cuanto me digais os advierto que todo lo pospongo á mi salvacion.

— ¿Y crees que nos oponemos á tu salvacion? dijo Brígida con acento de afectuoso reproche. ¿No sabes cuanto te amamos? ¿no son todos nuestros pensamientos ecos del cariño que te profesamos, dictados por el deseo de verte feliz?

— La felicidad estriba tan solo en las verdaderas creencias.

— Hubieras podido contestar de otro modo á las afectuosas palabras de tu pobre tia, dijo Cristian al ver á su esposa entristecida por la respuesta de Hervé.

— ¿Qué he dicho para ofenderla?

— El amor á los que te sirven de padres debiera ser para tí tan sagrado como esas creencias.

— No lo niego, pero el alma...

— ¡Dios quiera que la influencia de Rodolfo no pervierta en tu espíritu las mas sencillas nociones del bien y del mal!

— No os entiendo, tio...

El impresor lanzó una mirada espresiva á Brígida.

La pobre mujer adivinó el secreto pensamiento de Cristian y sintió una mortal angustia.

— Creo que al fin me entenderás, prosiguió Cristian. ¿Te acuerdas de que hace algunos dias se hablaba en la imprenta de la predicacion de las indulgencias?

— Y me acuerdo tambien que dije que era un tráfico.

— Sí... y estuviste elocuente.

— Porque Dios me inspiraba.

— ¡Quién sabe!

— Uno de nuestros compañeros añadió que los fieles recibian un beneficio con las indulgencias, y yo le contesté que mas útil y mas cristiano seria que el dinero empleado en comprarlas, se dedicase á hacer limosna á los pobres.

— ¿No hablaste que una sociedad secreta reunia capitales con ese objeto para que su caridad formara un contraste con la predicacion de las indulgencias?

— Y esa sociedad existe para dicha de los necesitados.

El impresor añadió despues de un momento de silencio.

— Sí fueras rico, ¿contribuirias á esa obra que crees meritoria?

— Daria cuanto poseyera, aunque el dia siguiente tuviera que ir á mendigar.

— El sacrificio seria exagerado.

— Pero mas grato á Dios que el que hacen los incautos que compran las indulgencias.

— Así piensas tú y los mas piensan de otro modo.

— Dios me ilumina.

— ¡Presuntuoso!

— Tal vez, pero estoy contento con serlo.

Reinó un momento de silencio.

— Hervé, añadió Cristian: supongamos que encontrases en la calle un bolsillo lleno de oro ¿te creerías con derecho, sin tratar de averiguar quién era el dueño del bolsillo, á dedicar ese oro á la limosna de esa sociedad de que hablas?

— No vacilaría.

— ¿Qué dices, hijo mio? exclamó Brígida.

— Lo que siento y creo.

— ¡Qué horror!

— ¿Porque os admirais y estremeceis?

— ¿No adviertes, hijo mio, que seria una mala acción, que seria disponer de lo que no te pertenece?

— ¿Qué es el dinero en comparacion de la gracia que alcanzaria mi alma con ese acto de caridad?

Cristian y Brígida se miraron mutuamente al oír esta respuesta.

Sus sospechas estaban casi justificadas. Contaban al menos con la franqueza de Hervé que, persuadido de que todos los medios eran lícitos para practicar la caridad, confesaria sin duda su hurto.

El impresor añadió:

— Nunca te hemos dado ejemplo de doblez, y en este momento en que especialmente debemos apelar á tu franqueza, te hablaremos sin rodeos.

— Hablad, tío.

— Nos han robado recientemente el fruto de nuestros penosos ahorros; la cantidad asciende á veinte y dos escudos de oro...

Hervé permaneció impasible y mudo.

Cristian y Brígida quedaron dolorosamente sorprendidos al ver la impasibilidad de su sobrino.

El impresor continuó diciendo:

— Esa cantidad depositada en el arca de nuestra habitacion, ha podido ser robada por alguna persona muy familiar en la casa...

Hervé prosiguió silencioso é impenetrable con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos constantemente bajos.

— Brígida y yo hemos reflexionado quien podia ser el que ha cometido un acto tan culpable, dijo Cristian.

Y añadió acentuando lentamente sus palabras:

— Nos ha ocurrido la idea de que siendo el hurto, segun tus convicciones, justificable... ó justificado en vista de una obra piadosa...

habrias podido... en un momento de estravío... apoderarte de esa cantidad para dedicarla á la limosna de los pobres.

Los dos esposos esperaban la respuesta de Hervé con angustia.

Cristian le examinaba con atencion, y advirtió que, á pesar de su impasibilidad, acudia á su rostro el rubor, y que, aunque permanecia cabizbajo, le lanzaba una mirada oblicua.

Aquella mirada falsa y sombría llenó de dolor á Cristian, el cual no dudó ya de la culpabilidad de Hervé, y hasta desconfió de arrancarle una confesion franca que fuera capaz de atenuar la gravedad de un acto tan vergonzoso.

El impresor continuó entonces con acento conmovido:

— Te he dado á conocer las dolorosas sospechas que abruman mi corazon: ¿qué tienes que responderme?

Tío...

— ¡Prosigue!

— No he tocado vuestro dinero, dijo Hervé con brevedad y firmeza.

— Miente... pensó el impresor desconsolado, miente; mi instinto no me engaña.

— Hervé, dijo Brígida con el rostro inundado en lágrimas, arrojándose á los piés de su sobrino y enlazándole con sus brazos, sé franco, hijo mio... no te reprenderemos.

Hervé permaneció impasible.

— Creemos en la sinceridad de tus nuevas convicciones, prosiguió la pobre mujer, y ellas son tu única excusa. Habrás creido que por medio de ese dinero, que guardábamos para una época menos venturosa, podias ejercer un acto meritorio... El aspecto caritativo de semejante supersticion es capaz de exaltar una cabeza sin esperiencia y ardiente. Te repito que esa excusa nos bastaria; y la aceptaríamos con la esperanza de atraerte á ideas mas sanas sobre el bien y el mal. Pero bajo el punto de vista con que juzgas tus acciones, lejos de ser culpable, te parece puro y justo lo que has hecho: ¿porqué no has de confesarlo? ¿Te detiene acaso la vergüenza? No temas, este secreto se quedará entre tu tío y yo.

Brígida abrazó entonces con efusion al jóven.

Hervé no rechazó sus caricias, pero tampoco correspondió á tanta ternura.

La pobre mujer exclamó con dolor:

— ¿Acaso los principios en que te hemos educado no nos tranqui-

lizan para el porvenir á pesar de tu ceguedad pasagera? ¿Es posible que llegues á ser un hombre criminal despues de habernos demostrado siempre virtud á prueba y honradez? Haz un esfuerzo, Hervé, y confiésanos la verdad...

— Os la he dicho ya.

— ¡Oh! no es cierto... Tu frente está sombría, tus miradas revelan el desprecio y el enojo.

— Os repito que no he tocado vuestro dinero.

Brígida, desesperada con tanta insensibilidad, se levantó, y se arrojó sollozando en los brazos de su esposo.

— No te desesperes, le dijo Cristian.

— ¡Somos dignos de lástima!

— Hervé, dijo el impresor con voz severa, si eres culpable, y con harto dolor veo que tengo motivos para creerlo, has de saber que si hubieras empleado nuestro dinero en lo que llamas obra meritoria, no por eso habrias dejado de cometer un robo.

— ¡Un robo!

— Sí.

— Tio... esa acusacion...

— La sostengo. No me equivocaba. Rodolfo ha pervertido en ti con indignos sofismas las mas sencillas nociones de lo justo y de lo injusto.

— ¡Tio!

— Por mas que digan él y sus secuaces, que tratan de criticar la predicacion de las indulgencias, oponiendo la idea de la limosna á los pobres, la moral divina y humana reprobará siempre el hurto, cualesquiera que sean sus disfraces ó pretextos hipócritas. Acusais de supersticiosos á los católicos, y vosotros, los falsos innovadores, sois mas supersticiosos que ellos. Creeis impune el robo y el hurto meritorio porque sus productos son destinados á obras de caridad, y es la aberracion mas monstruosa que haya cegado jamás la conciencia humana.

Dijo, y sosteniendo á Brígida á quien el dolor habia postrado, tomó la luz y se dirigió á la escalera.

Antes de subir volvió el rostro y dijo:

— ¡El cielo arranque la venda que cubre tus ojos y te inspire el remordimiento!

Hervé demostró que no oia á su tio.

La lucha que habia en su alma era tan reñida que exhalando por

sus labios el pesar que inundaba su corazón, lanzó un grito desgarrador y murmuró:

— ¿Seré culpable?

Pareció que se respondía interiormente, y reprimió su dolor.

Brilló entonces una sonrisa en su rostro, y dijo con gozo inefable...

— La Iglesia me prohibiría amar á Hena porque es mi prima... ¡Error! ¡superstición! La nueva doctrina es menos severa, puesto que permite los goces del matrimonio á los sacerdotes.

Quedó sumido en profunda meditacion.

— Sí, añadió despues de una prolongada pausa, Dios no puede impedir que dos almas se unan porque están ya enlazadas con el parentesco.

Se acostó despues de solazarse con esta idea, y luchó largo rato con la mas tenáz vigilia.

Durmióse por fin, y su rostro espresó el gozo que inundaba su alma.

— ¡Hena! ¡Hena! murmuraba entre sueños.

Cuando despertó, la luz del sol penetraba en su estancia.

— He de ver hoy sin falta á Rodolfo, dijo; y se levantó apresuradamente.

CAPITULO II.

Rodolfo.—La predicacion de las indulgencias.—La imprenta de Roberto Estienne —El proscrito.—

El dia que siguió á la noche tan dolorosa para Cristian y su esposa, los cuales estaban casi convencidos de la culpabilidad de su sobrino, á pesar de su negativa y de su impasibilidad casi graciosa, una inmensa multitud inundaba la parroquia del convento de los dominicos.

Aquella multitud se componia de personas de todas clases: mendigos, artesanos, mercaderes, señores, damas, hijas del pueblo, vagos, soldados, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, atraidos todos por la solemnidad de aquel dia. Agrupábanse especialmente en los alrededores del coro, cuyo recinto, cerrado por una verja de hierro, debia ser el teatro de los actos mas importantes de la ceremonia religiosa.

Entre los espectadores colocados cerca del coro estaba Rodolfo rodeado de algunos personajes de aspecto siniestro, que se sonreian con expresion de mofa al ver los preparativos de la funcion.

Rodolfo era un hombre de unos treinta años de edad, de elevada estatura y de aspecto repugnante. Se titulaba gefe de la reforma, y se daba apariencias de virtud rígida, aspirando al papel de apostol y regenerador del mundo. No obstante, los protestantes verdaderos le rechazaban como un impostor, y únicamente las personas crédulas como Hervé le respetaban como á un defensor de la razon y un terrible adversario de las supersticiones. Sus amigos íntimos, todos de aspecto tan siniestro como él, habian formado una sociedad secreta, y en sus conciliabulos predicaban las doctrinas de Lutero, y exigian á sus neófitos cantidades que dedicaban, segun decian, á practicar la caridad pura, la caridad evangélica. El dinero que arrancaban á los ilusos servia sin embargo para las continuas orgias á que se entregaban los gefes de la secta, que en su mayor parte eran holgazanes y bandidos, que habian ideado el aprovecharse de la revolucion causada por los protestantes para ejercer su oficio sin peligro y encubriéndose con la máscara de religiosos.

Hervé entró en la iglesia y llegó, cruzando por entre la apiñada multitud, hasta el coro.

Estaba pálido, respiraba con ansiedad, y su rostro no se serenó hasta que vió á Rodolfo.

Aproximóse á él y le dijo con voz impaciente:

— Os buscaba.

— Y yo os esperaba tambien con impaciencia.

— Tengo que hablaros de un asunto muy grave.

— Podreis hacerlo cuando termine la ceremonia.

— ¿Y vais á presenciarse esta escena de idolatria como la llamabais ayer?

— Sí, para demostraros los errores de las doctrinas que combatimos.

— Veo que os han acompañado vuestros dignos amigos.

— Hemos venido todos para fortalecer nuestras creencias con el espectáculo que vamos á presenciarse...

— Creí que no debíamos...

— Veo que aun no se ha roto enteramente la venda que cubre vuestros ojos. Mirad con atencion y juzgad.

Apenas habia pronunciado Rodolfo estas palabras, los graves sonidos del órgano llenaron de armonia melancólica la iglesia sombría, donde penetraba la luz al través de sus estrechas ventanas ojivales con cristales de colores.

Una procesion que salia del claustro del convento penetró majestuosamente en el templo, y recorrió las naves. Abrian la marcha cuatro maceros con túnicas encarnadas y dos sacerdotes con banderas en que veian los escudos de armas de los soberanos pontífices; seguian dos líneas de religiosos que cantaban salmos, y uno de ellos llevaba una cruz; finalmente, cerraban la procesion cuatro sacerdotes que sostenian en sus hombros una peana sobre la cual se veia una caja de plata que contenia la bula de LEON X, en virtud de la cual repartia la órden de Santo Domingo las indulgencias.

— Cuando la procesion dió vuelta á la nave del templo, los que llevaban las banderas las depusieron como un trofeo al pié del altar mayor, delante del cual colocaron la caja de plata, y principió la misa cantada con acompañamiento de órgano.

Subió un religioso al pulpito, y predicó un sermon en que esplicaba á los fieles las gracias que se alcanzaban con las indulgencias.

Rodolfo hacia de vez en cuando observaciones á Hervé pintándole como una supersticion ridícula cuanto veia y oia.

— ¿Ois á ese buén padre? decia con acento sarcástico. Promete felicidades sin cuento á los que tomen las indulgencias que ensalza, y en tanto que los oyentes vierten en los cepillos su dinero, con la esperanza de salvar sus almas y las que padecen actualmente, se olvida que Paris está lleno de mendigos.

— ¿No hacen limosna á los pobres con el dinero que recogen?

— ¡Limosnas! Crédulo Hervé, ¡cuan poco conoces á nuestros enemigos! Solo los protestantes practicamos la caridad.

— Yo creí que daban de comer á los pobres en sus conventos.

— Si lo hacen es por ostentacion.

Y por este estilo proseguia el falso Rodolfo haciendo ver á su crédulo discípulo el lujo del templo, la riqueza de los altares y la magestad de las creencias para que se convenciese que toda religion era una idolatría á escepcion del luteranismo.

Terminada la funcion religiosa, Roberto y Hervé se retiraron al claustro del convento que estaba desierto y sombrío.

— Estamos solos, dijo Roberto á su discípulo. ¿Qué secreto es ese que deseais depositar en mi pecho?

— Abrigo una duda de la cual depende la felicidad de toda mi vida.

— Hablad, Hervé, los protestantes hemos suprimido la confesion, pero hay ocasiones en que el hombre, atormentado por el remordimiento, debe desahogarse en el seno de la amistad.

— Deseo haceros una pregunta.

— Hablad.

— La Iglesia católica tiene prohibidos los casamientos entre personas de parentesco inmediato, ¿no es cierto?

— Sí, pero...

— ¿Creeis que nuestra iglesia opone los mismos obstáculos?

— ¿Con qué objeto me dirigís esa pregunta?

— El secreto que debia comunicaros es...

— Acabad.

— Que amo á Hena, hija de una hermana de mi madre.

— Amadla, Hervé. La nueva doctrina ha alzado todos los diques, y ese amor, que solo podriais satisfacer con dispensa del papa y con un motivo poderoso, siendo católico, será un afecto natural y legítimo á los ojos de nuestros correigionarios.

— ¡Un parentesco tan íntimo!

— Veo que aun no habeis arrojado de vuestro corazon todas las

supersticiones que germinaban en él oscureciendo una inteligencia tan privilegiada como la vuestra. Se ha inaugurado la era de la sana razón, y los hombres, libres desde este siglo del despotismo de los superiores, podrán satisfacer todas las pasiones que no redundan en perjuicio de tercero. Amad á Hena, Hervé, amadla con toda la energía que os dió el cielo, y no hareis mas que cumplir con vuestra voluntad, que es la ley suprema de vuestra existencia. El hombre es libre, y las trabas que oponen á su libertad las preocupaciones de los que combatimos se han roto ya desde que Lutero protestó contra la antigua doctrina.

— Desde que os he oido mi conciencia está serena, mi alma tranquila y mi corazón lleno de esperanza, porque ya solo me falta querer... y quiero.

Hervé pronunció estas palabras con profundo convencimiento.

No mentia; su conciencia estaba tan serena que hasta sus facciones parecieron súbitamente trasfiguradas, y su espresion sombría é inquieta se trocó en una alegría exaltada que llenó de carmin sus mejillas que habian palidecido la angustia y la duda.

Roberto se sonrió al ver aquella trasformacion, y tomando á Hervé por el brazo, salió con él del claustro y le dijo en el momento de separarse:

— Habeis entrado en la senda de la salvacion, y teneis una fé á toda prueba. ¿Vacilaréis aun en formar parte de los militantes que predicán y hacen triunfar las doctrinas protestantes, las doctrinas de la sana razón, y que combaten las supersticiones?

— No hablemos de esto ahora... mi pensamiento se ocupa de otra cosa.

— Bien; pero recordareis, Hervé, lo que os he dicho con frecuencia y que vuestra modestia olvida.

— ¿Qué quereis decir?

— Vuestra inteligencia es privilegiada, vuestra erudicion notable y el cielo os ha dotado de una elocuencia persuasiva. Los protestantes confian en vos, y espero que sereis algun dia pastor de nuestra iglesia.

— ¡Tanto honor!

— Advertid que todo el que defiende nuestras doctrinas con fervor es de hecho ministro. Pero ¿á donde os dirigís tan apresuradamente?

— A reunirme con mi padre en la imprenta de Roberto Estienne.

- ¡ Prudencia !
- No temais ; tengo fé en mis convicciones , y sabré defenderme con valor de las sugeriones de mis tios !
- ¿ Cuando volveré á veros ?
- Despues de mañana que es dia festivo.
- Pasaremos el dia juntos.
- Así lo espero.
- Y discutiremos con nuestros amigos sobre la reforma que vamos á predicar en Francia.
- Hasta pasado mañana. ¡ Adios !
- ¡ Adios ! respondió Rodolfo siguiendo con la mirada á Hervé que se alejaba rapidamente.

El seductor de Hervé se sonrió entonces con espresion estraña y murmuró :

— ¡ Pobre jóven ! Si llevo á reunir algunos ilusos como él podré aspirar á erigirme en gefe de una secta y á esplotar á todos los crédulos del reino.

Dijo y se dirigió á un grupo de hombres de aspecto siniestro que le esperaban en la plaza que se estiende delante del convento de dominicos.

En la época de este relato se distinguia en medio de la calle de *San Juan de Beauvois* una casa espaciosa del estilo sencillo y gracioso importado de Italia desde principios del siglo , y se veia una muestra dorada, adornada con las armas simbólicas de la Universidad de Paris y colgada sobre la puerta con un letrero que decia : **ROBERTO ESTIENNE , IMPRESOR.**

Recias barras de hierro ponian las ventanas del entresuelo al abrigo de las audaces tentativas de los bandidos de que está impuneamente infestada la ciudad, precauciones defensivas completadas por los enormes clavos de cabeza prominente que reforzaban la solidez de la maciza puerta, sobre la cual se veia un escudo de piedra en que estaban esculpidos los atributos de las ciencias y las artes, elegante ornato debido al cincel de uno de los mejores discípulos del *Primitivo*, célebre artista italiano llamado en otro tiempo á Francia por el rey Francisco I.

Aquella casa pertenecia á maese Roberto Estienne, célebre impresor, digno sucesor de su padre en tan sabia industria, y uno de

los hombres mas eruditos de este siglo. Maese Roberto Estienne, profundamente versado en la ciencia del latin, del griego y del hebreo, ha elevado la imprenta á una rara perfeccion, y apasionadamente dedicado á su arte, pone tanto cuidado en las obras que salen de sus prensas, que no solamente corrige las pruebas de los libros griegos, latinos y hebreos que imprime, sino que tambien coloca estas pruebas en la puerta de su casa durante algun tiempo para que todo el mundo las lea, prometiendo una gratificacion á los que le indiquen alguna errata.

Distinguense entre las mas preciosas obras publicadas por maese Roberto Estienne una Biblia y un Nuevo Testamento traducidos en francés, objetos de admiracion para los sabios y de recelos para la Sórbona y el clero, que estan inquietos por el daño que pueda causar entre los ignorantes en estos tiempos de heregía el que se popularise por medio de la imprenta el conocimiento textual de los libros santos, en los cuales se apoyan los secuaces de Lutero para defender sus doctrinas y atacar á la iglesia católica.

Roberto Estienne está casado hace algunos años con *Perrina Bade*, la hermosa hija de un sabio impresor y versada en el latin. Su casa ofrece el noble ejemplo de esas familias de la clase media, cuyas costumbres puras y virtudes domésticas forman tan notable contraste con la corrupcion casi general de estos tiempos. Roberto Estienne, acusado de partidario de la reforma y habiendo desencadenado contra él la Sórbona y el parlamento, hubiera sido arrastrado ya á la hoguera como herege, á no ser por la poderosa proteccion de la princesa *Margarita de Valois*, hermana de Francisco I, mujer literata, de un espíritu osado que, aunque secretamente, favorecia la reforma. El mismo monarca, que ama las letras y las artes, tal vez mas por imitar á los príncipes italianos que por elevacion de alma, protegia á Roberto Estienne, viendo en él un hombre ilustre cuya gloria se reflejaria sobre el príncipe que era su Mecenaz.

La rara instruccion, el talento y especialmente los considerables bienes que debia á su patrimonio y á su trabajo, habian suscitado al célebre impresor numerosos y encarnizados enemigos. Sus cólegas envidiosos de la inimitable perfeccion de sus obras, los miembros de la Sorbona, del parlamento ó los cortesanos, á quien el rey y su consejero el cardenal canciller Duprat distribuian los bienes confiscados á los hereges, habian confiado varias veces en enriquecerse con los despojos de Roberto Estienne.

Pero sus adversarios, merced á la influencia de la princesa Margarita, no habian podido hasta entonces derrocarlo; sin embargo; el impresor, que conocia cual caprichosa y precaria es la privanza de los príncipes, esperaba la lucha con toda la serenidad del sabio y la conciencia del hombre honrado, sostenido contra sus adversarios por el cariño y los animosos sentimientos de su esposa.

Los talleres de imprenta de Roberto Estienne ocupaban el entre-suelo de su casa. Sus cajistas cuidadosamente elegidos por él, y casi todos hijos de obreros empleados por su padre, merecian su confianza, y varias veces habian tenido que rechazar con las armas á los bandidos fanáticos sublevados por agentes de la Sorbona que propalaban la idea de que la imprenta de Estienne era un conciliábulo de impios donde se entregaban á las artes diabólicas.

Es verdad, sin embargo, que cada artista se ve obligado actualmente á crearse una guardia personal compuesta de sus obreros; el famoso platero *Benvenuto Cellini*, llamado de Florencia por Francisco I, teme de tal modo la envidia de los artistas franceses é italianos, que nunca sale mas que acompañado de algunos de sus discípulos armados hasta los dientes. No hace muchos dias que sufrió un verdadero sitio en el pequeño castillo *de Nesle* que le ha regalado el rey, durando el tiroteo dos dias y quedando la victoria por Benvenuto y la guarnicion de su casa.

Esta aventura ha causado mucha risa á Francisco I.

¡ Tal es el órden que reina en la ciudad, tal la seguridad que gozan los ciudadanos en nuestros tiempos!

La casa de Roberto Estienne se parecia á un arsenal lo mismo que á una imprenta, pues se veian lanzas, ballestas y espadas al lado de las prensas, de las cajas y de las mesas de mármol.

Cristian, aunque era de noche, no habia salido aun del taller y esperaba á maese Roberto Estienne, el cual le habia dicho que tenia que hablarle de un asunto de importancia. Se habia desvanecido la espresion de dolor que anublaba el dia anterior las facciones del impresor, pues Hervé, despues de haber asistido á la funcion religiosa del convento de Dominicos, habia entrado en la imprenta con rostro triunfante y alegre.

El impresor se quedó asombrado al verle, y no pudo menos de exclamar.

— ¡ Qué cambiado está!

Hervé se acercó entonces á su tio y le dijo hipocritamente:

— He tardado mas de lo regular, pero de hoy en adelante seré puntual.

— Roberto Estienne empieza á enojarse.

— ¿Y vos me acusais tambien ?

— ¿No tengo acaso razon ?

— Si, la teneis, y desde hoy seré otro hombre. Os suplico además que no juzgueis por las apariencias. Estad seguro de que me haré digno de vos... y que me perdonareis un momento de funesto desvario.

— ¿Qué dices, Hervé ?

— Empiezo á conocer el peligro de la influencia á que obedecia ciegamente.

Cristian no supo qué contestar y quedó sumido en la incertidumbre, pero halagado por la esperanza del arrepentimiento de su sobrino.

Hervé se apresuró á recuperar el tiempo que habia perdido y trabajó con ardor.

La conversacion de los obreros de la imprenta tenia en aquel momento por tema la predicacion de las indulgencias, que defendian unos y otros vituperaban, pero Hervé, en vez de manifestar con exaltacion su parecer, como hacia otras veces, permaneció silencioso y pensativo.

Cristian auguró favorablemente del silencio de su sobrino.

— Nuestra conversacion de ayer no ha sido infructuosa, se decia el impresor; este desgraciado jóven ha abierto los ojos á la razon, y habrá reconocido el abismo á que le conducia su ceguedad. ¡Paciencia! los principios con que le hemos educado triunfarán de su alma y puedo abrigar la esperanza.

Cuando se hizo de noche, sabiendo que maese Roberto Estienne tenia que hablarle, pero pensando que si no volvía á casa á la hora acostumbrada se alarmaria su esposa, Cristian encargó á su sobrino que esplicase á Brígida la causa de su retardo.

Se quedó entonces solo en el taller y continuó componiendo una página de un libro latino, al resplandor de una lámpara. Le interrumpió en aquella ocupacion uno de sus amigos llamado Justino, prensista de la imprenta, á quien algunos trabajos urgentes habian detenido en el aposento inmediato.

Sorprendido al ver á Cristian trabajando, le dijo:

— No creia encontrarte aun aquí.

- Maese Roberto me ha suplicado que le espere.
- Aprovecho esta ocasion que me depara la casualidad, porque queria ir esta noche á tu casa para proponerte un proyecto.
- ¿Cuál?
- He pensado que mañana podriamos ir á Montmartre á visitar el sitio de que hemos hablado.
- Podremos hacerlo.
- Cuanto mas reflexiono, estoy mas convencido de que no podriamos elegir un parage mejor para nuestros designios.
- Te creo, si son ciertos los pormenores que me has dado sobre ese punto.
- Son exactísimos.
- ¿Pero estás seguro de que ese parage nos ofrece todas las garantias de secreto apetecibles?
- Para cerciorarme completamente, lo examinaremos ambos. Hace mucho tiempo que no he estado alli, pero si he de fiar en mi memoria, ofrece todas las ventajas que deseamos.
- ¿A qué hora quieres que vayamos?
- Por la noche.
- Te esperaré en mi casa.
- Es hora ya, Cristian, de que pongamos manos á la obra... Nuestros enemigos son de dia en dia mas poderosos, y si no oponemos nuestras armas, quedaremos vencidos y con un porvenir de miseria y abandono.
- Es cierto. Todos los que se han elevado sobre el pedestal de las tradiciones de muchos siglos reunen sus esfuerzos para destruir la imprenta.
- ¿Y qué tenemos para defendernos, Justino?
- Esto, respondió Justino indicando con el ademan á su amigo una prensa de imprimir que se veia en medio del taller, este instrumento, esta palanca de fuerza irresistible... ¡Es la idea! Valor, amigo mio esperemos, humildes soldados del pensamiento. La imprenta cambiará la faz del mundo.
- Confio en ese porvenir próximo ó lejano, Justino. El pensamiento, poderoso como la luz, y luz tambien, penetrará por todas partes, las tinieblas de la ignorancia se desvanecerán, y la libertad brillará para todos.
- Manos á la obra pues, Cristian. Cuando hayamos elegido nuestro local, ejecutaremos nuestros proyectos. Mañana iré á tu casa...

— Esperaremos que anochezca ; la luna asoma tarde , su luz nos guiará , y...

Cristian se interrumpió al ver entrar un hombre en el taller.

— Aquí está Roberto , añadió.

— Te dejo , pues , dijo Justino.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana.

Y Justino salió por una puerta del taller que daba á un callejon desierto.

Maese Roberto Estienne tenia unos treinta años, y su estatura era regular y su fisonomia firme , dulce y grave á la vez ; su mirada brillaba de inteligencia ; algunas arrugas precoces surcaban su ancha frente ; llevaba un justillo y calzones de tafetan negro , y un cuello alechugado rodeaba su rostro que terminaba en una barba cortada en punta.

— Cristian , dijo Roberto Estienne , tengo que pedir os un favor.

— Hablad...

— Es un favor importante.

— Explicaos. Os aprecio tanto como mi padre amaba al vuestro.

— Se que eres leal y honrado.

— Y si Dios lo permite , añadió Cristian ahogando un suspiro , Hervé amará como yo á vuestro hijo.

— Esas largas relaciones de familia á familia nos honran á ambos, Cristian.

— De lo cual me envanezco , señor.

— Lo sé.

— Pedidme cualquier sacrificio y haré un esfuerzo para cumplirlo.

— Gracias , Cristian. Por eso no he vacilado en dirigirme á vos seguro de vuestra fidelidad. Oidme. Ya sabeis que mi casa es el blanco de mis enemigos, y sin mencionar el asalto que tuvo que sostener contra la turba fanática, escitada por los perseguidores del arte de la imprenta, se espian continuamente mis acciones. El rigor de los teologos y de los tribunales se ha convertido en una verdadera persecucion contra los que, como yo, somos acusados de partidarios de la reforma desde que se han colocado durante la noche en las calles de Paris pasquines impresos en que se insulta violentamente á la Iglesia de Roma.

— Pero vos sois incapaz...

— Respeto las ideas de los demas para que respeten las mias, pero nunca he pensado recurrir á medios tan bajos y cobardes.

— Los que os acusan saben muy bien que sois inocente.

— Juan Morin, el rígido magistrado é instrumento del eminentísimo Duprat, que hace temblar á Paris con su policia, ha publicado últimamente un bando en virtud del cual los sargentos de la ronda tienen derecho para visitar á todas horas, de dia ó de noche, el domicilio de los que el vulgo señala como sospechosos de heregía. Yo soy uno de ellos... y á pesar de la proteccion de la princesa Margarita, es probable que de un momento á otro sea invadida mi casa.

— Desgracia damente es justo vuestro temor.

— Pues bien, Cristian, una persona desgraciada á quien he prometido servir, un proscrito me ha pedido asilo y está oculto aqui desde ayer noche.

— ¡ Oculto en vuestra casa !

— Por eso estoy temblando de temor... Si vinieran á registrar mi casa y descubrieran el refugio de ese hombre...

— ¡ Cielos ! Comprendo vuestra angustia.

— Va en ello mi vida.

— No os perdonarian vuestros enemigos.

— En tal extremo me he resuelto á dirigirme á vos. He creido que vuestra feliz oscuridad os evitará el espionage con que me persiguen, y que durante dos ó tres dias podriais dar hospitalidad á mi protegido.

— Consiento gustoso.

— Le conducireis á vuestra casa.

— Cuando querais.

— Esta noche.

— Al momento.

— No olvidaré jamas el servicio que me prestais, dijo maese Roberto Estienne estrechando cordialmente la mano á Cristian.

— Estoy dispuesto á serviros hasta la muerte.

— Gracias; no debia dudar de vuestra generosidad.

— Debo advertiros, sin embargo, que el asilo será muy humilde.

— Pero seguro.

— Sí es persona delicada...

— Ese proscrito está acostumbrado hace algunos meses á viajar secretamente de ciudad en ciudad, y mas de una vez ha pasado noches enteras en los bosques y los dias en las tinieblas de las caver-

nas, de modo que cualquier refugio le parecerá bueno como sea seguro.

— En ese caso, he aquí el plan que voy á proponeros.

— Hablad.

— Vivo en el puente del Cambio.

— Lo sé.

— Hay debajo del techo de la casa un desvan donde apenas es posible permanecer de pié, pero está suficientemente ventilado por una abertura que cae al rio. Mañana, despues de la hora en que Hervé y yo venimos á la imprenta, mi esposa...

Cristian se interrumpió y Estienne le indicó con un ademan que continuase.

— Mi esposa... porque será preciso confiarle nuestro secreto, pero respondo de ella como de mí mismo.

— Ya sé, Cristian, que debeis tener completa confianza en Brígida.

— Pues bien, mañana despues que hayamos salido de casa, mi esposa alejará á mi hija encargándola de cualquier recado, y trasladará al desvan un colchon, mantas y todo lo que sea necesario para hacer algo habitable aquel refugio.

— Muy bien pensado.

— Pero por esta noche, nuestro huesped se habrá de resignar á dormir en el pavimento.

— No importa... ¿Pero cómo hareis para introducirle en vuestra casa esta noche sin que le vea vuestra familia? Conozco vuestros hábitos domésticos; vuestra esposa, Hervé y Hena os esperan ahora para cenar en el aposento bajo, cuya puerta cae al puente. Además, estoy pensando que el hermano de vuestra esposa, ese antiguo soldado aventurero, va todos los dias á comer con vosotros.

— Es cierto, y jamas le confiaré mis secretos, aunque sus defectos, que son bastantes los de ese pobre soldado, desaparezcan á mis ojos con el cariño que nos profesa.

— ¿Cómo haremos pues?

Cristian permaneció un momento pensativo.

— He ideado ya mi plan, dijo el honrado impresor.

— Decid...

— Llevaré á ese proscrito como un antiguo amigo que he convidado á cenar. Hervé y mi hija se retirarán á sus aposentos despues de la cena como acostumbran todas las noches, y quedaremos solos

en la mesa mi esposa, yo y su hermano, si es que el soldado ha venido esta noche, en cuyo caso, le explicaré que, para terminar alegremente la velada, vaya á buscar una botella de vino compuesto. Este vino se vende en una taberna del muelle de los Plateros, á bastante distancia del puente, y aprovecharé la ausencia de mi cuñado para explicar en breves palabras á mi esposa el objeto del convite del desconocido. El huesped subirá al desvan, y cuando vuelva el soldado, le diré que nuestro huesped ha salido por temor de detenerse demasiado. Ya lo veis; todo puede arreglarse así con sigilo y seguridad.

— Es cierto.

— ¿Aprobais mi plan?

— Lo apruebo y ensalzo.

Reinó un momento de silencio.

— Cristian, dijo por fin Roberto Estienne, si por uno de esos azares posibles, si á pesar de vuestras inteligentes precauciones, la policía sorprendiera en vuestra casa á ese proscrito, no ignorais, y debo insistir en ello, que os espondeis á la cárcel...

— Lo sé.

— Y tal vez á otra desgracia mayor.

— Lo sé.

— Porqué vivimos en una época peligrosa.

— ¿Me creéis cobarde, señor Estienne?

— No, y se cual me apreciáis.

— Y mi lealtad es á toda prueba.

— Sin embargo, creedme, Cristian; si la vigilancia egercida en mi casa no me pusiera en el extremo de ser casi absolutamente imposible ofrecer un asilo seguro á la persona que os confio, no os espondria á los peligros que arrostraria yo con gusto. Habia pensado en un principio darle asilo en mi quinta de Saint-Ouen, qué está en medio del campo en un parage solitario y á bastante distancia de la aldea, pero por varias razones que no me es permitido comunicaros aun, es preciso que mi protegido permanezca oculto en el centro de Paris. Finalmente, os repito, Cristian, que si contra toda probabilidad llegais á ser perseguido, si os sucediera alguna desgracia por causa del servicio que me habreis prestado, vuestra esposa y vuestros hijos hallarán en mi familia el padre que perdieran.

— Señor Estienne, no olvidaré mientras exista que mi padre, indignamente calumniado por el sucesor de Juan Saurin, se hubiera muerto de hambre y desesperacion á no ser por el generoso apoyo

de vuestro padre. Por mas que haga , nunca podré pagar semejante deuda de gratitud.

— Mi padre hizo lo que cualquier hombre honrado hubiera hecho á haberse hallado en su puesto.

— Acciones tan nobles solo son propias de almas grandes.

— Si os obstinais absolutamente en creeros obligado, vuestro noble desprendimiento será para nosotros una prueba mas de vuestra gratitud. Pero aun no os lo he dicho todo...

— Os escucho , señor.

— Por un sentimiento de delicada reserva , no me habeis preguntado en favor de quien os pedia un asilo.

— ¿ Acaso es necesario ?

— ¿ No lo creéis necesario , Cristian ?

— No : me basta que ese proscrito sea amigo vuestro. ¿ Qué mas necesito saber ?

— Sin entregaros un secreto que no es mio , me es permitido sin embargo deciros que el proscrito es un personage que huye del rigor de la ley.

— ¿ Es un criminal ?

— No : es un protestante.

— ¡ Un protestante !

— ¿ Vacilais acaso en cumplir vuestra promesa ?

— No.

— Advertid ademas que es uno de los gefes mas osados de la reforma.

— No importa.

— Gracias , Cristian.

— El hombre honrado debe hacer bien al desgraciado sin preguntar la religion que profesa.

— Interrumpió lo conversacion la esposa de Roberto Estienne, hermosa jóven de un aspecto dulce y grave , que entró precipitadamente en el taller y dijo á su marido con acento conmovido al entregarle una carta abierta :

— Lee , Roberto , y verás que no debemos perder un solo instante.

Y volviéndose hácia Cristian , añadió :

— ¿ Podemos contar con vos ?

— En todo y para todo , señora.

— No hay duda , exclamó maese Roberto Estienne , despues de

leer la carta. Esta noche registrarán tal vez mi casa... Van siguiendo las huellas de mi protegido.

—Voy al instante en su busca, dijo la esposa de Estienne. Cristian y él saldrán por el callejon.

—En efecto, porque los espías estarán delante de la puerta de la calle de San Juan de Beauvais.

—Señor Estienne, dijo el impresor, iré para mayor precaucion hasta el extremo de la calle para ver si está libre el paso.

—Salid, ya nos encontrareis en la puerta.

Cristian salió del taller, abrió la puerta que daba á un callejon angosto, y lo recorrió de un extremo á otro sin encontrar á nadie, pues la noche era muy clara y fácilmente se podia distinguir cualquier bulto á larga distancia.

Luego que se hubo enterado de que el callejon estaba completamente desierto, volvió á la puerta donde le esperaba maese Roberto Estienne, acompañado de un hombre de mediana estatura vestido de negro, y cuyas facciones apenas pudo distinguir.

Cristian dijo á Roberto:

—El callejon está desierto, y podemos salir sin que nadie nos vea.

—Adios, amigo mio, dijo Roberto Estienne al proscrito. Confíad en vuestro guia como en mí propio. ¡El cielo proteja vuestra vida!

—¡Adios! respondió el desconocido con emocion, y siguió á Cristian.

Despues de haber salido del callejon y andado sin obstáculo en direccion al puente del Cambio, Cristian y el desconocido debian pasar por la calle de la *Corte de Dios*, pero fueron detenidos por una multitud compacta, agrupada cerca de una cadena de hierro destinada á impedir á los caballos y carruajes que entrasen en la manzana de casas llamada la *Corte de Dios*.

—¿Qué significa ese grupo? preguntó Cristian á un hombre de atléticas formas que llevaba una camisa con las mangas levantadas, un delantal de cuero y una larga cuchilla al costado.

—¡Por San Dionisio! respondió el carnicero riendo con estupidez; esos tiralanas han tenido una feliz ocurrencia.

—¿Qué ocurrencia? añadió Cristian.

—Han colocado en la plaza, en frente de la taberna del *Cuerno de Oro*, una mesa á modo de retablo con vino y vasos.

—¿Y para qué esa mesa y ese vino?

—Para conocer si son aguados los que pasan.

— ¿Y no les ha interrumpido la diversion la policia?

— ¿Porqué?

— ¿Creeis justo que se detenga á los transeuntes?

— Dejad que se divierta todo el mundo. Mientras se entretengan con esa broma estarán tranquilos los bolsillos

Y frotándose las manos añadió:

— ¡Cuánto van á divertirse!

Cristian y el desconocido siguieron al movimiento de la multitud, y se encontraron cerca de la cadena desde donde pudieron ver lo que pasaba en la plaza.

Se veia una mesa delante de la taberna, y un grupo de hombres y mujeres harapientos, de rostro cínico, repugnante y feroz, armados de palos esperaban el momento de lanzarse sobre el desgraciado que se negase á beber y arrojar algunas monedas sobre la mesa. Todos los transeuntes tenian que pasar forzosamente cerca de aquella turba; el que bebia y depositaba una moneda en un plato mugriento, al lado del cual se veian varios vasos y antorchas, pasaba sin ningun peligro, pero el que se negaba, caia bajo mil manos robustas y tenia que beber á la fuerza pagando doble que los demas.

Todas las personas que precedieron á Cristian y al desconocido se acercaron á la mesa, aplicaron los labios al vaso y depositaron una moneda; pero un jóven, delgado y de pequeña estatura, detras del cual estaba Cristian, dijo en voz baja preparándose á pasar:

— No soy aguado, pero por vida mia que he de burlar á estos infames.

— Hareis mal, le dijo Cristian: esta burla me indigna mas que á vos; ¿pero que hareis contra la fuerza?

— Negarme, aunque esponga la vida.

— Van á maltrataros.

— ¿Es posible que se permitan tales escándalos?

Dijo, y pasó por debajo de la cadena, cruzó la plaza con paso firme y ni siquiera volvió el rostro hácia la mesa.

Apenas se habia alejado á cierta distancia cuando los harapientos se lanzaron en su persecucion, y le alcanzaron gritando:

— ¡Aguado! ¡aguado!

— ¡Qué beba!

— ¡Ultraja al dios Baco!

— ¡De rodillas!

— ¡Qué beba y pague el doble!

Mientras aquellos beodos rodeaban á su víctima, Cristian dijo á su compañero :

— Aprovechémonos del tumulto para libertarnos de estos bárbaros. Seria inútil tratar de defender á este desventurado.

Cristian y el desconocido pasaron al otro lado de la cadena, y cruzaron la plaza sin detenerse delante de la taberna.

Algunos de los que rodeaban la mesa les vieron y gritaron furiosamente :

— ¡Otros dos aguados! Huyen para no beber. ¡Detenedlos! ¡detenedlos!

La voz de los que gritaban no llegó á los oídos de los bárbaros que luchaban contra el jóven, y Cristian y el desconocido se dirigieron apresuradamente hácia el puente del Cambio.

Hervé habia entrado en su casa mas de dos horas hacia, y continuando en su hipocresia infernal, llegó á despertar en el alma de Brígida las mismas esperanzas que en la de Cristian, de modo que al oír que la suplicaba con voz conmovida que suspendiese su juicio sobre el hurto de que le sospechaban el autor, y que confesaba tardíamente los funestos efectos de una peligrosa influencia, y al ver en fin que Hervé respondia con una efusion fraternal al cariñoso saludo de Hena, Brígida dijo para sí como Cristian :

— Esperemos, Hervé vuelve á abrigar buenos sentimientos; la penosa conversacion de ayer noche no ha sido infructuosa; nuestras advertencias y consejos han producido en él una accion saludable, y vuelven á ejercer imperio en su alma los principios en que le hemos educado. ¡ Esperemos!

Y la pobre Brígida, con el corazon tan alegre como entristecido la noche anterior, se ocupaba en los preparativos de la cena.

Hena, no menos gozosa que su madre al ver á Hervé mas amable, estaba radiante de felicidad, y la alegria de su alma se reflejaba en su rostro aumentando sus encantos. La hermosa hija de Cristian tenia apenas diez y siete años, era de esbelto y gracioso talle, llevaba sus abundantes cabellos rubios peinados en dos trenzas que rodeaban su rostro fresco y sonrosado y se unian detrás del cuello. La suavidad de sus facciones, de una belleza angelical, hubiera inspirado al divino Rafael Sanzio: blanca como un lirio, tenia su púdico

brillo; el candor y la bondad se leían en el azul de sus ojos que con frecuencia se fijaban con placer en aquel severo y áspero primo que tanto la habia maltratado.

Sentada al lado de Hervé y ocupada en coser, se sentia como en otro tiempo animada de una dulce confianza hácia el jóven, á quien desde niña se habia acostumbrado á darle el nombre de hermano. Hervé parecia afectuoso y risueño como en los años de su niñez, y ambos, por un tácito acuerdo, alejando toda alusion á un pasado penoso, hablaban tan familiarmente como si jamás se hubiese interrumpido su intimidad fraternal.

Hervé, á pesar del imperio que ejercia sobre si y de su profundo disimulo, sentia el deseo de hablar por hablar, tratando de distraerse con las palabras para libertarse de la persecucion de su secreto pensamiento, y eligiendo al azar el objeto de la conversacion.

Hena y Hervé continuaban hablando en tanto que Brígida habia subido momentáneamente al piso superior.

—Hervé, decia la jóven reflexionando ¿qué edad te parece que tiene ese caballero?

—¿Quién sabe?

—¿Veinte y cinco años?

—Así lo demuestra su rostro.

—¿No es verdad que tiene un aspecto de dulzura y de melancolía?

—Está muy pálido.

—Su barba es un poco mas clara que sus cabellos castaños.

—Y tiene los ojos negros.

Hena continuaba cosiendo mientras hablaba con su primo, y no pudo advertir la espresion de sorpresa y de sombría inquietud que se retractó repentinamente en sus fracciones.

Sin embargo, Hervé dijo á su prima sonriendo:

—Has hecho un retrato completo.

—¿Sabes ya de quien hablo?

—Sí.

—¿Le conoces?

—Sí: y por cierto que es preciso mirar con mucha atencion á las personas para conservar de ellas un recuerdo tan exacto. Además, ¿qué lo que te induce á creer que el caballero de que hablamos sea ese hermoso jóven de barba de color castaño que tan bien te parece?

— ¿No me has dicho, hermano mio, que hoy mismo has sido testigo de una accion interesante?

— Sí,

— ¿Y que se debia á un caballero?

— No hay duda.

— Pues bien, al momento me ha ocurrido la idea de que no podia ser otro mas que él.

— ¿Quién es? ¿donde le has visto? ¿de qué le conoces? preguntó con voz breve Hervé á Hena con una especie de celosa angustia que apenas podia contener.

— ¡Qué curioso eres, Hervé!

— ¡Yo!

— Acaba primero tu historia, y despues te responderé.

Hervé afectó un tono de broma, y dijo lanzando á Hena una mirada profunda y penetrante:

— No me acuses de curiosidad, Hena.

— ¿Porqué?

— Porqué creo que la tuya es igual á la mia.

— Razon de mas para que seas complaciente.

— No importa; voy á referirte el hecho. Pasaba esta mañana por delante del atrio de la iglesia de San Mery, cuando ví un tropel de gente, y preguntando la causa, me respondieron que durante la noche habian depositado un niño de seis meses escasos en el portal de la parroquia.

— ¡Pobre criatura!

— En aquel momento un jóven penetra por entre la multitud, toma el niño en sus brazos, y vertiendo lágrimas y espresando en sus facciones la compasion mas tierna, procura calentar con su aliento las manos del pobre niño abandonado, y huye tan gozosamente como si se llevara un tesoro.

— ¡Qué corazon tan escelente!

— La multitud le aplaude.

— Tambien lo hubiera hecho yo.

— Y oigo decir en torno mio que aquel caballero se llamaba...

— ¡Acaba!

— Muy impaciente estás por saber su nombre.

— ¡Muchisimo!

— Tal vez lo sabes mejor que yo.

— Pronuncia ese nombre y te lo confesaré.

—Se llama pues...

Hervé se interrumpió mirando á Hena con enojo.

—Parece que te gozas con mi impaciencia, dijo Hena.

—Se llama el caballero Desmontal.

—¡El mismo... el mismo!

—¿Qué quiere decir el mismo?

—Ya te lo diré despues. Acaba tu historia.

—Finalmente, continuó Hervé sin apartar de Hena su mirada profunda é investigadora, el caballero huyó precipitadamente, y uno dijo: Apostaria cualquier cosa á que ese jóven generoso va á llevar al pobrecillo á casa de *María la Catella*...

—Ya estaba bien segura... es él! exclamó ingenuamente Hena, ¡mi caballero!

—¿Quién es tú caballero? preguntó sonriendo Brígida que bajaba del piso superior y cuyo corazon latia de júbilo al ver á Hervé y á Hena hablando con tanta cordialidad como en otro tiempo.

—¿Quien es mi caballero?

—Si, lo dices con un tono tan extraño...

—¡Estrañó!

—Quiero decir, con tanto entusiasmo.

—¿Os acordais, madre, del dia que fuímos á visitar la escuela de la Catella?

—Sí. Esa buena Maria Catella es una digna viuda, jóven aun y hermosa, y ha fundado una escuela para la instruccion de los niños pobres. Es una obra de caridad que merece el elogio de todas las almas virtuosas, y por eso le han ausiliado con sus consejos y su dinero *Juan Dubourg*, comerciante de paños de la calle de San Dionisio y un rico hacendado llamado *M. Laforge*. Su hermana Marta, esposa del arquitecto *Poille*, le ayuda con los cuidados maternales que da tambien á algunos huérfanos albergados en su casa, que con justa razon llaman «la casa de Dios.»

—Cuando fuimos á visitar la escuela de la Catella, prosiguió Hena, ¿os acordais, madre, de quien vimos allí?

—Si, un jóven pálido y vestido con sencillez que daba leccion á los niños agrupados en torno suyo, sentados unos á sus pies, otros sobre sus rodillas.

—¡Con qué gusto le escuchaban los pobrecillos!

—Lo recuerdo.

—Y yo tambien, madre, le escuchaba como ellos con gusto.

¿Recordais lo que les decía cuando entramos?

—No...

—Les explicaba aquellas palabras de nuestro señor Jesucristo :

«Dejad que se acerquen los niños á mí...»

—En efecto; ahora lo recuerdo.

—Decía cosas tan tiernas y afectuosas para explicar á los niños las palabras divinas, que acudieron las lágrimas á mis ojos.

Hervé permanecía pensativo y cabizbajo.

Brígida le dirigió la palabra para distraerle de su sombría meditación.

—Tambien yo sentia la misma emocion que tú Hena, le dijo la esposa de Cristian. No puedes imaginarte con que gracia instruía aquel jóven á los niños, acomodando sus palabras al alcance de su inteligencia, para que se penetrasen de la pura y sencilla moral evangélica. No hubiera hablado mejor un sacerdote.

—¿Y de qué os habló, madre, en voz baja Maria la Catella mientras yo acariciaba á los niños?

—Me decía que aquel jóven, á pesar de su poca edad, habia padecido mucho y que se dedicaba á las obras piadosas para espiar no se qué faltas que habria cometido.

—¿Cometer él faltas! dijo Hena.

—Si las borra con el arrepentimiento, Dios se las perdonará porque es infinitamente justo y mirericordioso.

—¿Parece tan bueno, tan humilde!

—En efecto; y lo es. Maria Catella añadió que era tan digno de elogio por su ciencia como por su virtud.

Dos golpes dados en la puerta de la casa interrumpieron la conversacion.

—¿Por fin! dijo Brígida; ya está aquí Cristian.

—Las calles son poco seguras durante la noche, añadió Hena.

—Por eso prefiero que esté aquí: ya empezaba á inquietarme.

—¿Vendrá mi tio Josefino esta noche?

—Me parece que no. Ha pasado ya la hora de cenar y no le espero.

Hervé habia salido á abrir á Cristian.

Brígida se levantó para recibirlo, y le vió entrar en compañía de un hombre jóven aun, de facciones muy acentuadas y notables por su espresion de firmeza; sus ojos, llenos de inteligencia y de fuego, muy aproximados á la nariz, daban á su pálido y austero rostro un carácter singular.

La esposa de Cristian no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al ver á aquel huesped inesperado.

— Brígida, le dijo Cristian, te traigo á cenar á M. Juan... uno de mis antiguos amigos, á quien he encontrado esta noche despues de una larga ausencia.

— ¡ Bien venido sea á esta casa! respondió Brígida.

Hervé y Hena observaban al forastero con curiosidad.

Hena, segun tenia de costumbre, abrazó con ternura á su padre, pero Hervé, lanzándole una mirada de timidez y arrepentimiento, parecia vacilar en seguir el ejemplo de su prima. El impresor le tendió los brazos, le dirigió una mirada espresiva, y le dijo al oido estrechándole contra su corazon:

— No he olvidado lo que me has dicho en el taller.

Cristian se dirigió despues á su huesped, y añadió:

— He aquí mi familia... Mi hija es bordadora como su madre, mi sobrino, á quien amamos como un hijo, está empleado como yo en la imprenta de Maese Roberto Estienne, y tengo además un hijo que es aprendiz de armero y viaja por Italia. A Dios gracias, mis hijos merecen ser amados como les amamos mi esposa y yo.

— ¡ La bendicion del cielo continúe estendiéndose sobre vuestra familia! dijo M. Juan con voz afectuosa y grave.

Hena y Hervé colocaban en tanto sobre la mesa los manjares preparados para la cena.

— ¿ No ha venido tu hermano, Brígida?

— No.

— Es extraño.

— No hace mucho rato que me admiraba su ausencia.

— Nos habia ofrecido que vendria.

— Grande seria mi inquietud si no confiase en el valor de mi hermano, en su espada, y finalmente, en su aspecto poco agradable para los ladrones nocturnos, añadió Brígida sonriendo.

— En efecto un *tiralanas* ó un *guilleri* no se resolverá á habérselas con un soldado aventurero, dijo Cristian, porque iria por lana...

— Sentémonos, pues, á la mesa, y si viene á cenar con nosotros, tiene las mandíbulas bastante ágiles para recuperar el tiempo perdido.

Sentáronse á la mesa.

M. Juan dijo á Brígida cerca de la cual estaba sentado:

— Reina en esta casa, señora, tanto orden y tan esquisito aseo que no puedo menos de felicitaros.

— El cumplimiento de los deberes domésticos es un placer, caballero, y el orden y el aseo es el lujo de los pobres.

— ¡*Sancta simplicitas!* dijo el extranjero.

Y añadió despues sonriendo:

— Es una antigua divisa, en otros términos: *santa sencillez*. Perdonadme, señora, por haberos hablado en latin.

— A propósito de latin, dijo el impresor dirigiéndose á su esposa. ¿No ha venido Lefarge?

— No.

— ¡Tampoco hoy!

— Extraño como tu la escasez de sus visitas: antes no se pasaba un dia sin que viniera á vernos.

— Lefarge es un sabio latino, dijo Cristian dirigiéndose á su huesped; es uno de mis mas antiguos amigos; profesor de la Universidad, de exelente corazon aunque su trato es áspero.

Cristian fué interrumpido por la siguiente cancion entonada fuera de la casa por una voz bastante robusta para que pudiera oirse al través de la puerta.

Un desdichado arquero

Se halló un dia sin armas ni dinero.

Compró un arco podrido

Y puso en vez de cuerda hilo torcido;

Eran las flechas de carton pintado,

Que el viento se llevaba al otro lado...

¿A donde vas, arquero,

Si ya no tienes armas ni dinero?

— Es mi tio; nos lo anuncia su cancion favorita, dijo alegremente Hena levantándose para ir á abrir la puerta al soldado.

CAPÍTULO III.

Josefino , el soldado aventurero.— El sitio de Milan.— Aventuras de una dama y un caballero.

Josefino, hermano de Brígida , conocido con el apodo de *Torbellino el aventurero*, entró en el aposento donde cenaba la familia de *Cristian*.

Soldado aventurero desde la edad de quince años , se habia alistado posteriormente entre los *francos topos*, especie de milicia irregular , encargada en los sitios de las ciudades de abrir las trincheras destinadas á cubrir las avanzadas de los sitiadores. Llamaban á estos soldados mercenarios francos topos porque lo mismo que los *francos* arqueros , estaban exentos de impuestos y porque su trabajo subterráneo se parecia mucho al del *topo* ; pero cuando salian de sus trincheras se mostraban segun opinion general , poco valientes , y su cobardia y su despilfarro llegaron á ser proverbiales segun decia la cancion favorita del hermano de Brígida.

Josefino no era sin embargo cobarde , porque despues de haber cavado la tierra en dos ó tres sitios , indignado de pertenecer á un cuerpo de tan mala fama, se alistó en otra milicia irregular, los *Aventureros*, de quienes un escritor contemporáneo ha trazado el siguiente retrato que por desgracia es verídico.

« ¡ Qué vagos , qué asesinos , qué ladrones son estos aventureros!
 « Renegadores de lo mas respetable, lobos carniceros, violadores de
 « mujeres y devoradores del pueblo , arrojan al hombre honrado de
 « su casa para beber en su vaso y dormir en su lecho. Vestidos con
 « camisas de anchas mangas y abiertas por el pecho, con zapatos des-
 « pedazados que dejan casi descubiertos los piés, con las piernas des-
 « nudas y llevando sus medias en el cinturon por temor de gastarlas,
 « hacen temblar las aves del gallinero y la carne de la despensa. Bro-
 « mistas, osados, insultantes, comilones, con gargantas á prueba
 « de calor y frio , su gozo predilecto consiste en regalarse con el vi-
 « no que han robado.»

Torbellino el Franco-Topo , á pesar de su intrepidez en la guerra (conservaba este apodo tomado del primer cuerpo que habia pertenecido), sin parecer bajo todos conceptos al anterior retrato del *Aventurero* , conservaba muchos de sus rasgos ; pero amaba y vene-

raba á su hermana, y desde el momento en que se sentaba á su hogar se efectuaba en sus acciones y palabras una metamórfosis completa.

Nada revelaba entonces en él un audaz aventurero ; era tímido , afectuoso y atento , y convencido de que sus espresiones de taberna ó de sitios peores , hubieran sido inoportunos y mal sonantes en presencia de los hijos de Brígida , se dominaba siempre y solo usaba el language de un hombre de bien. Manifestaba á Cristian tanto cariño como respeto , y se hubiera arrojado, como suele decirse, en el fuego por la familia. Tenia entonces unos treinta años ; era flaco , huesoso y de elevada estatura , lleno de cicatrices , tuerto á consecuencia de un saetazo ; llevaba un parche negro sobre el ojo izquierdo ; sus cabellos cortados , su barba puntiaguda , sus bigotes retorcidos y su nariz encendida por el abuso del vino, le daban un aspecto nada agradable , y cuando se entregaba á su buen humor y se reía á carcajadas , su boca se abria de oreja á oreja y enseñaba una dentadura que hubiese hecho honor á un animal carnicero.

Luego que entró en el aposento dejó en un rincon su espada, abrazó á su hermana y á sus dos sobrinos , tendió cordialmente la mano á Cristian , se inclinó respetuosamente ante el desconocido y se sentó con timidez en su sitio de costumbre.

Cristian , al ver á su cuñado tan circunspecto , le dijo amistosamente :

—Tu ausencia nos tenia con cuidado , Josefino.

— ¡ Cuidado por mí !

—No obstante , sabemos que con la espada al lado , no temes á nadie.

—Es cierto , Cristian , pero la mejor espada del mundo no nos defiende de una sorpresa , y la que acabo de tener me ha dejado como quien vé visiones.

— ¡ Una sorpresa ! ¿ Te ha sucedido alguna desgracia ?

—No , no ; pero como la sorpresa era salada , me ha dado sed.

—Bebe , pues , para apagarla.

Cuando el aventurero hubo bebido , añadió con tono azorado :

— ¡ Por vida de Lucifer ! ¡ Si supierais á quien he visto ! Pero no me he equivocado , no , porque aunque solo tengo un ojo , veo como un lince.

— ¿ A quién has visto ?

—He encontrado al anochecer en Paris... al capitan Rolando... un noble italiano.

— ¿Y porqué te ha causado tanto asombro?

— Porqué he sido su page.

— ¿Y sabeis cual ha sido su vida? ¿le conoceis á fondo? preguntó M. Juan.

— ¡Vaya si le conozco!

— Desearia saber su historia... añadió el desconocido.

— Figuraos que apenas hace tres meses que nos separamos.

— Pero su historia...

— Su historia, caballero, no es para contarla delante de mi hermana y mis sobrinos.

— ¿Porqué?

— Porqué es una historia, como suele decirse, algo... soldadesca.

— Amigo Cristian, dijo M. Juan, tal vez os sorprenda mi curiosidad respecto á ese capitan italiano, pero mas adelante conoceréis que me interesa saber su historia.

— Hena, Hervé, dijo el impresor, hemos cenado, es tarde y podéis ir á acostaros.

— Tengo que acabar un bordado, dijo Brígida.

— ¿Y necesitas que Hena te ayude?

— Si.

— Puedes subir con ella á nuestra habitacion.

— Así lo habia pensado. Volveré á bajar para levantar la mesa. Si me necesitas, llamáme, Cristian.

Hervé abrazó á su tio y se retiró al cuartito donde dormia y Brígida y su hija subieron al piso superior.

El desconocido y Cristian se quedaron solos con el aventurero.

Josefino dijo entonces riendo:

— Ahora que mi hermana y los niños han salido, mi lengua tendrá mas libertad.

El aventurero vació un vaso de vino, tosió, escupió y se preparó á hablar como si fuera á pronunciar un largo discurso.

— El capitan Rolando era enamorado como el héroe de su nombre... Pero me olvidaba... ¿Sabes, Cristian, con quien he encontrado al capitan?

— No.

— Con tu amigo Lefarge...

— Cristian se quedó mudo de asombro, y dirigiéndose á M. Juan, dijo:

— Os confieso que me asombra esta circunstancia.

— ¿Quién es Lefarge? preguntó el desconocido.

— Un amigo antiguo, austero, pacífico, dedicado constantemente al estudio y de ideas muy sanas. ¿Qué relaciones puede tener con ese capitán libertino?

— Sí te ha sorprendido á tí, considera cual habrá sido mi sorpresa, dijo el soldado aventurero.

— ¿Porqué?

— Por el cambio que he notado en su traje y sus ademanes.

— ¿No iba vestido de galán?

— Pues eso es casualmente lo que me deja atonito. El capitán Rolando á quien ví hace catorce ó quince años el mas opuesto, bizarro y galán de los caballeros italianos, cubierto de terciopelo, bordados de oro y encajes, en el día parece un droguero ó un cura.

— ¿Y donde le conociste?

— En el año 1521 en el sitio de Milan. Yo tenia quince años, y recientemente alistado en los francos-topos, abria con ellos una trinchera en las cercanias de la plaza, abriendo la tierra como verdaderos topos. Los italianos hicieron una salida para destruir nuestras obras, y á los primeros arcabuzazos, mis compañeros se echaron boca abajo en el suelo. Su cobardia me indignó, y armándome de un azadon me arrojé en la pelea, cabando en torno mio cuerpos de italianos. Un mazazo me deja aturdido y caigo en el suelo sin sentido, y cuando vuelvo en mí, me encuentro en el campo de batalla entre varios de los nuestros que habian caido prisioneros. Nos custodiaba una compañía de arcabuceros italianos, y su capitán, que llevaba alzada la visera del casco y montaba un caballo árabe negro como el ébano y con gualdrapas de terciopelo encarnado bordado de plata, enjugaba su larga espada sangrienta en las crines de su caballo. Aquel capitán era Rolando. Vigote poblado, tez aceitunada, ademan intrépido, postura altiva y guerrera, he aqui su retrato. Me habia visto descargando sendos golpes con mi azadon, y se prendó de mi poca edad y mi osadia. Se acercó hácia mí riendo y me dijo en francés:

— ¿Quieres ser mi page? tu rostro me anuncia un pícaro desvergonzado. Te daré una librea encarnada y dinero, un ducado cada mes, y tendrás buena mesa en mi palacio...

Ya puedes figurarte, Cristian, que la promesa de comer bien cuando tenia el estómago vacío como la bolsa de un pobre, y mas

en aquella edad , en que el apetito no nos abandona nunca , unida á la esperanza de vestir una hermosa librea encarnada , cuando mi trage y mi calzado dejaban libre entrada al viento del norte y á la helada lluvia , me tentarian y sucumbiria á la tentacion. Por otra parte , el ducado mensual me parecia un tesoro.

Arrojé el azadon en señal de alegria y respondí :

— Os seguiré , capitan , aunque sea hasta el palacio de Lucifer.

Y entré en Milan con mi amo.

— Eso me parece extraño , dijo Cristian. ¿ Qué servicios podia prestar al capitan Rolando un page que ignoraba la lengua del país ?

— ¡ *Diávolo!* Casualmente por esta circunstancia me tomaba á su servicio.

— ¿ Porque no entendias el italiano ?

— Sí.

— Esplicáte.

— ¡ Oh ! el capitan Rolando era todo un hombre. Luego que llegamos á su casa , un mayordomo con mas años que Matusalen , el único de sus criados que sabia el francés , me mandó vestir de piés á cabeza : zapatos de terciopelo encarnado , justillo de raso blanco , capa de paño galoneada de oro , y un trage , en fin , completo de verdadero page de corte. Tenia entonces mis dos ojos , que brillaban de malicia , y la barba tan fina como un zorro.

Luego que me vestí de nuevo , el mayordomo me presentó á Rolando.

— ¿ Sabes , me dijo , porqué te tomo por page siendo francés ?

— Decid , señor...

— Porque no sabiendo una palabra de italiano , serás forzosamente discreto con mis criados y con todo el mundo...

Cristian interrumpió á su cuñado para decirle :

— Pues no era mal pensado. Supongo que el capitan Rolando tendria secretos amorosos que guardar...

— ¡ Por vida de Satanás ! dijo Josefino. ¡ Secretos amorosos ! Sabed que le conocí hasta tres amantes á un tiempo , una linda comercianta , una orgullosa marquesa y una endiablada cantarina , la mas hermosa de las aventureras que pisaban el suelo italiano. Pero el capitan Rolando , como verdadero franco-topo de amor , galanteaba á trinchera cubierta , era amigo del misterio. « Lo que se ignora no existe » me decia con frecuencia el mayordomo , eco de su señor.

— Lo que se ignora no existe... repitió M. Juan con ademan pen-

sativo. Si, á juzgar por esas palabras, ese debe ser el hombre de quien me han hablado.

— Vais á oír, amigos míos, añadió Josefino lo que sucedió la primera noche que serví de page el capitán Rolando. Habiéndose concertado una tregua de quince días entre franceses é italianos á consecuencia de la salida en que caí prisionero, el capitán, como persona de prudencia, quiso aprovecharse de la paz para progresar en sus amores. A media noche me envía á llamar á su aposento. ¡Diábollo! Si estaba marcial con su armadura de batalla ¡qué galán estaba con su traje italiano! Justillo de terciopelo verde bordado de oro, zapatos de raso blanco, calzones anchos de seda, gorra de plumas y cadena de oro y pedrerías pendientes del cuello. ¿Qué os diré? Brillaba, deslumbraba y además olía como un bálsamo. Me entregó una escalera de seda, tomó su puñal y su espada y se embozó hasta los ojos en una capa de tafetan amarillento. El anciano mayordomo nos abre una puerta secreta, salimos de casa, y después de cruzar algunas calles angostas, llegamos á una plazuela desierta. Mi amo se desliza por debajo de un balcón, tose, da tres palmadas, una de las celosías se abre y cae un ramo de flores de azahar; Rolando lo recoge, saca un billete que había oculto entre las flores y me da el ramo para que lo guarde. Creí que se había acabado nuestra expedición. Pero no, aquella aventura le había dado sed de otras como al buen bebedor un trozo de jamón salado. Pero ya que hablamos de sed, Cristian, demos otro ataque á esta botella. El apetito viene comiendo, pero la sed se va bebiendo... Quién bebe sin sed, bebe por la sed futura. ¡Viva Baco y sus deleites! Cuentan sabios que los antiguos hicieron un dios del inventor del vino, y por vida mía que fué la ocurrencia felicísima. Baco, dios de los borrachos, ¿qué sería de nosotros sin tu precioso licor, muerte de penas, consuelo de afligidos, aguijón de cobardes..?

— Josefino, dijo Cristian riendo y dando de beber al aventurero á quien interrumpió en medio de su báquica perorata; sé que eres erudito en materia de beber, pero mi amigo y yo tenemos curiosidad de oír la historia del capitán Rolando, que cuentas con mucha gracia.

— No te impacientes, continuaré.

— Estábamos en...

— No ahogaré el fin de la aventura de Rolando en el fondo de este vaso porque ya está vacío.

Y el soldado aventurero continuó enjugándose con el dorso de la mano sus bigotes húmedos de vino.

—Estábamos en que el capitán Rolando continuó su correría nocturna por las calles de Milan. Llegamos en frente de un edificio de magnífica apariencia; mi amo se paró debajo de un balcón situado bastante lejos de la puerta principal, y entregándome la espada y no quedándose mas que con el puñal, se quitó la capa y me dijo:

—Sostendrás el extremo de la escala en tanto que subo al balcón; despues te colocarás de acecho, á cierta distancia de la puerta de la casa. Si entra alguno, corre en seguida á ponerte debajo del balcón, y da dos palmadas.

Despues de estas instrucciones, Rolando dá tres palmadas, y al momento veo al través de las sombras de la noche una forma blanca que se inclinaba sobre el apoyo de las balaustrada y nos arroja un cordon. Mi amo ata á él la escala, la forma blanca la sube y la sujeta al balcón, yo la sostengo con fuerza por el último tramo, y el capitán Rolando se encarama con tanta destreza como un gato, mientras me oculto cerca de la puerta causando mas lástima que el perro de asador que hace dar vueltas á la carne á la cual mira de reojo sin poderla probar. Pero ¿qué es lo que veo apenas habian trascurrido algunos instantes? Veo varios caballeros alumbrados por lacayos que llevaban antorchas y entraban en la plazuela por una de las calles mas inmediatas. Uno de ellos se dirige hácia la puerta donde estaba yo de acecho y entra en el edificio donde se hallaba mi amo; obedeciendo entonces á mi consigna, pero olvidando que el resplandor de las antorchas podia descubrirme, corro hácia el balcón y doy las dos palmadas. ¡Por vida de Lucifer! me habian visto los lacayos, y dos mocetones robustos se apoderan de mi en el momento que el capitán Rolando, avisado por mi señal, salia al balcón para bajar á la calle, y es reconocido á luz de las antorchas.

—¡Es él!.. ¡miradle! gritan con tono amenazador los caballeros agrupados en la plaza!

Cuando Rolando se vió descubierto, se dejó deslizar sin temor á lo largo de la escala; toca en el suelo y grita:

—¡Hola, page! ¡mi espada.

—Rolando; dijo uno de los caballeros, soy Orsini, el hermano de Beatriz.

—Estoy pronto á daros satisfaccion, responde con brio el capitán.

Pero los desafíos de Rolando eran como sus amores: detrás del uno venia el otro.

De pronto aparece en el balcon el hombre que habia visto entrar en la casa.

¿Quién pensais que era?

Hércules de Leonanti; un anciano respetable, que no contento con ser tutor de Orsini y de Beatriz, habia tratado de convertir la tutela en un lazo mas íntimo; en una palabra, era el novio de su pupila.

Llevaba una espada en la mano, y dijo asomándose al balcon:

—¿Ha huido ese traidor?

—No, le contestaron.

—¡Traidor! exclamó Rolando con indignacion.

Tomó entonces la espada de las manos de Orsini que me la habia quitado, y se preparó á defenderse.

—¡Muera! gritaron varios caballeros.

—¡Deteneos! dijo Hércules de Leonanti saliendo de la casa y acercándose á mi amo.

—Rolando, le dijo, os recibí en mi casa como un amigo, pero veo que habeis seducido á la que pronto debia ser mi esposa. Sois por lo tanto un cobarde... un mal caballero.

—¡Cobarde yo..!

—Tan cobarde como traidor.

—Hércules, respondió entonces con altivez Rolando; no negaré que Beatriz ha accedido á mis galanteos, pero...

—¿Qué podeis decir en vuestro abono?

—Que no he seducido á la mujer que destinabas para esposa tuya, sino á una mujer como cualquiera otra.

Ya veis que el capitan se defendia con sutilezas dignas de su ingenio. Sin embargo, no era cobarde, y añadió con orgullo:

—Pero sea como fuese, me has llamado traidor y mal caballero, y vas á pagarme caro el insulto. ¡Defiéndete!

—Tengo sed de tu sangre, gritó Leonanti poniéndose en guardia con brio á pesar de sus años.

El desenlace del imprevisto desafio no fué dudoso; el capitan Rolando era el mas diestro espadachin de Italia.

Hércules Leonanti cayó herido mortalmente y Orsini quiso vengar á su tutor y á su hermana, pero el imberbe jóven fué desarmado al instante por Rolando que le dijo con la espada levantada:

— Tu vida me pertenece; me has ultrajado, pero te perdono.

Y el capitán Rolando fué á terminar su noche de aventuras en casa de la cantarina.

El lacayo de aquella ninfa esperaba conmigo en la antesala, y oíamos las carcajadas, los cantos y el choque de los vasos.

Después nos retiramos á nuestra casa cuando principiaba á despuntar el día.

He aquí mi historia, Cristian; ¿que te parece del galán? Juzga por aquella noche la vida que llevaba el capitán Rolando.

— La infernal hipocresía de ese hombre, dijo el impresor, acrecienta el horror de su libertinaje.

M. Juan, que se hallaba abismado en secreta meditación, dijo al soldado después de un momento de silencio:

— ¿Habeis seguido á Rolando á la guerra?

— Varias veces.

— ¿Estaba disciplinada la compañía de ese capitán?

— Mucho.

— ¿Le obedecian?

— Ciegamente.

— ¿Les halagaba acaso?

— Todo lo contrario.

— ¿Le temian pues?

— Les tenía tan obedientes, que no eran hombres sino estatuas de hierro que Rolando movía ó petrificaba á su antojo con un ademán ó una mirada. Atentos á su mando como máquinas, les decía ¡*andad!* y andaban, no solo para ir á combatir, sino para donde quería. El capitán Rolando domaba á los hombres como á los caballos, con los mismos medios y siempre con buen éxito.

— ¿Qué medios?

— Figuraos que un día le trajeron un potro bravío, tan indómito como una fiera y que difícilmente podían sujetar dos escuderos con auxilio de dos largas cuerdas que le servían de riendas. Rolando manda que le conduzcan el fogoso animal á un pequeño patio cerrado, y se queda solo con él. Yo estaba en la parte exterior esperando cerca de la puerta el desenlace de la lucha; primeramente oí relinchar al potro lleno de furor, después dolorosamente, y por fin no oí nada. Habían transcurrido dos horas cuando el capitán salió del patio montado en el caballo que estaba bañado de espuma y trémulo aun de terror, pero tan dócil como mula de cura.

— Es extraño , dijo Cristian.

— En efecto , añadió el desconocido pensativo.

— ¿Tenia acaso ese hombre algun hechizo para domar los caballos?

— Sí , Cristian.

— ¿ Y lo ignoras ?

— No. Su talisman se componia de un freno tan terrible y tan diestramente combinado al mismo tiempo , que si los caballos obedecian pasivamente á su mano , no sentian ningun dolor , pero á la menor resistencia , el capitan Rolando hacia mover cierta báscula de acero adaptada al bocado y armada de puntas , y el animal relinchaba al momento de dolor , y se quedaba inmóvil. Entonces Rolando lo acariciaba dándole palmadas en el cuello y alguna golosina. Con freno de hierro y golosinas domaba el capitan Rolando á los hombres y á los caballos.

— ¿ Y los soldados le amaban á pesar de su inflexibilidad ? preguntó M. Juan.

— ¿ Si le amaban..? Locamente.

— Es inconcebible.

— ¿ Olvidais las golosinas ?

— ¿ Qué clase de golosinas daba á sus soldados ?

— Gallinas , carne de vaca , ánades , capones , pellejos llenos de vino generoso , licencia para tener relaciones amorosas ; y en pais enemigo , franco saqueo , libertad para apoderarse del bien ageno , orgia continua , fiesta sin término... y ¡ viva el vino y el amor... ¡ Viva Baco y Venus ! como decia un coplero de la compañía.

— ¿ Esas eran las golosinas de Rolando ?

— Sí , y en caso necesario sacaba dinero de su escarcela con la liberalidad de un príncipe , de modo que sus soldados le hubieran seguido por todas partes con la fidelidad y sumision de esclavos. Pero en cambio , castigaba sin compasion y era muy ingenioso en la eleccion de los medios con que castigaba. Su máxima era pan y palo. El anciano mayordomo me decia algunas veces :

— Mi amo es muy bueno , pero es preciso que se haga ciegamente su voluntad ,.. el capricho de Rolando es la omnipotencia. Domar un caballo rebelde , manejar sus hombres de hierro como se dobla una caña ; he aquí su placer , su mayor alegria.

Cristian vacilaba en creer el relato del soldado aventurero , porque no podia admitir la realidad de tan prodigioso caracter. M. Juan parecia menos sorprendido pero mas alarmado , y dijo á Josefino

que. habiendo querido volver á llenar el vaso, suspiraba el ver la botella vacia :

—El capitan Rolando es ya otro hombre: humilde, oscuro, pobremente vestido, devoto y complaciente. Dicen que ha venido á Paris para satisfacer una venganza, y que ha proyectado aprovecharse de las luchas religiosas para lograr su intento.

— Si quiere vengarse, se vengará, dijo Josefino.

— Pero en vez de servirse de la espada, ha elegido otra arma.

— ¿ El puñal ?

— No.

— El veneno tal vez.

— No; la hoguera.

— ¡ La hoguera ! exclamó Cristian.

— Me ahogo de asombro, dijo Josefino llevándose inutilmente á la boca un vaso vacio.

— No es justo sin embargo que te ahogues de sed, Josefino, dijo Cristian sonriendo y cambiando una mirada con M. Juan.

— Desgraciadamente estas botellas estan...

— Por la misma razon, cuando hayas terminado tu historia, para obsequiar á nuestro huesped, irás á buscar á cierta taberna que visitas con frecuencia de aquel vino rancio de Argenteuil que alegra tan eficazmente á los tristes.

— ¡ Viva el vino de Argenteuil ! Iré en busca de ese precioso tesoro, y hemos de obligar á nuestro huesped á que confiese que es un nectar, y como las ideas buenas es preciso ponerlas pronto en practica, voy...

— No; primeramente nos harás el favor de acabar tu relato.

— Me interesa mas de lo que podeis imaginar, dijo M. Juan.

— Ya está terminado.

— Sin embargo, me direis porqué cojea...

— Teneis razon; es cojo.

— ¿ De resultas de algun desafio ?

— No; de heridas recibidas en el campo de batalla. Todos los padres y hermanos de las mujeres que haya podido seducir el capitan Rolando se hubieran declarado suficientemente vengados si le hubieran visto como yo retorcerse como un endemoniado, ahullando como un lobo rabioso á consecuencia de sus heridas.

— ¡ Cómo, Josefino ! ¿ un hombre tan intrépido se mostraba hasta tal punto débil ante el dolor ?

— Ante el dolor , no , porque á causa de sus heridas sufrió voluntariamente tormentos en comparacion de los cuales eran cosquillas los dolores de sus heridas.

— ¿ Y porqué padeció esos tormentos ?

— Os lo explicaré. La tregua entre franceses é italianos duró algunos dias , y al terminarse , el capitan Rolando montó á caballo y salió de la ciudad con su compañía ; pero fué tan desgraciado en la pelea que recibió un arcabuzazo en un muslo y otro en una pierna. Retiraron á nuestro héroe del campo de batalla , le condujeron á su casa y le pusimos en el lecho. ¡ Qué furioso estaba ! ¡ Qué imprecaciones salian de aquella boca ! « ¡ Vive Dios ! decia ¿ quedaré imposibilitado toda la vida ? » ¿ Lo creeriais ? el capitan Rolando lloró como una mujer.

— ¿ Aquel hombre inflexible ?

— Si , lloró ; no de dolor , sino de rabia. ¡ Estaba tan vanidoso con la gallardia de su cuerpo ! Tenia que despedirse de sus aventuras galantes , y esta idea le desesperaba.

— ¿ Un hombre de ese caracter estaba tan prendado de sus perfecciones físicas ? dijo Cristian. Parece increíble.

— ¿ Es decir , preguntó M. Juan , que Rolando estaba dominado por el temor de quedar deforme toda su vida ?

— Era su único pesar. Pero asi como mi pesar actual es ver el vaso vacío , y tengo la certeza de que mi sed no puede saciarse , del mismo modo cuando el capitan Rolando se levantó del lecho curado , tuvo la certeza , como temia , de que se quedaba con una pierna mas corta que otra.

— « ¡ Perros ! ¡ judios ! ¡ infames cirujanos ! gritó Rolando al hacer « tan doloroso descubrimiento ; ¡ qué me traigan á esos asnos... « quiero despedazarlos ! »

Los pobres cirujanos acudieron temblando , y miraron , volvieron á mirar la pierna del capitan , despues de lo cual , aquellos trincha-dores de carne humana afirmaron que la pierna de Rolando podria volver á su primitivo estado.

— « Os doy cien ducados de oro si cumplis vuestra promesa , gritó creyéndose ya tan ágil , tan apuesto y tan galan como antes.

— « Sí , caballero , esta cojera desaparecerá , responden los cirujanos , pero es preciso primeramente romper la pierna por el mismo sitio en que se fracturó ; en segundo lugar , necesitamos disecar la carne que cubre la porcion de hueso que sobresale debajo de la ro-

dilla; en tercer lugar, serrar diestramente el hueso, mediante cuya operacion no habrá gamo en el bosque que os iguale en ligereza...

— ¡ « Romped, disecad, serrad ! exclamó el capitán Rolando, pero « que no cojee. »

— Se practicó la operacion...

— ¿ Consintió ?

— Con alegría... al momento.

— Pero esas operaciones debian causarle dolores atroces.

— Cuando le serraron el hueso, los dientes del capitán hacian mas ruido al rechinar que los dientes de la sierra.

— ¿ Y la curacion ?

— Completa. Sin embargo, quedaba la pierna izquierda que estaba envuelta aun en el vendaje, pero los cirujanos juraban por sus lancetas que aquel miembro quedaria tan sano como antes de la fractura. Al cabo de seis semanas, el capitán Rolando se levantó para andar, y andaba como si tal cosa. No cojeaba de la pierna derecha, es verdad, pero la izquierda se habia quedado dos pulgadas mas corta en virtud de la contraccion de cierto tendón herido, y he nos aquí á nuestro galán andando á la cozcojilla.

— ¡ Qué furioso estaria Rolando !

— Tigres y leones hubieran sido corderillos en comparacion del capitán Rolando.

— « Señor, le dijo el anciano mayordomo; los santos os asistan... ¿ Porqué os desesperais así ? Los cirujanos han curado maravillosamente vuestra pierna derecha : ¿ porqué no han de curar del mismo modo la izquierda ? »

— El que se ahoga, dijo Cristian, se cojeria de un hierro candente.

— Eso mismo hizo el capitán, añadió Josefino. Apenas hubo llamado el mayordomo cuando Rolando gritó :

— « ¡ Hola, page ! Corre en busca de los cirujanos. Qué vengan al « momento. »

Corrí en su busca, y se presentaron á mi amo :

— « He sufrido como los condenados para lograr la curacion de la pierna derecha, les dijo, y tengo valor para padecer tanto y mas para que me cureis la izquierda. ¿ Podeis curarla ? »

Los cirujanos miraron y volvieron á mirar la pierna, la tocaron, apretaron, agitaron y manosearon, pero moviendo la cabeza y murmurando palabras entre dientes.

— «Señor, le dijeron por fin, podemos curaros tambien de esta cojera, pero necesitamos en primer lugar teneros sujeto é inmóvil durante dos meses por medio de un cinturon de acero atado á vuestro lecho; en segundo lugar, pasaremos una tira fuerte de lienzo por debajo del brazo, la cual estará solidamente atada en la pierna; en tercer lugar, se suspenderá por medio de un anillo un peso de cuarenta libras á vuestra pierna izquierda, con el único objeto de que dicho peso tenga en constante tension vuestra pierna, porque estareis en tanto inmóvil en el lecho por medio de la tira de lienzo y el cinturon de acero. Ahora bien, con el auxilio de estas máquinas, vuestra pierna habrá recobrado su longitud antes de dos meses, el ciervo de los bosques será menos veloz que vuestra escelencia.

— «Haced lo que gustéis, dijo Rolando, tirad, alargad, dislocad mis miembros si es preciso, pero que no cojee.»

— Eso es horrible, dijo Cristian; era el suplicio del potro... llevado mas allá de los límites del padecimiento posible.

—¿ Hay algun imposible para un galan resuelto á no cojear? Rolando sufrió ese tormento durante dos meses, y el anciano mayordomo y yo le cuidábamos á todas horas. Lanzaba á veces gritos tan penetrantes, que se oian desde la calle. Finalmente, cuando rendido por el cansancio cerraba los ojos para dormir, el padecimiento le despertaba al momento, y entonces no lanzaba ayes ni gritos si no ahullidos espantosos. Al cabo de dos meses de insomnio y de suplicio, sin tener mas que la piel sobre los huesos, pero sostenido al menos hasta entonces por la esperanza de su curacion, el capitan Rolando, por consejo de los cirujanos, dejó su lecho de tortura, se levantó y empezó á andar... ¡ Ira de Dios! No solo no se habia alargado la pierna, sino que la rodilla se habia osificado á consecuencia de tan prolongada inmovilidad. El capitan Rolando no pronunció una palabra, se puso pálido como un cadáver, cayó sin sentido y le creimos muerto. El dia siguiente me dijo el mayordomo que el amo no tenia necesidad de page y me entregó algun dinero; entonces partí de Italia y regresé á Francia con algunos prisioneros. He aquí mi historia, y como es tan salada, me ha dado una sed tan terrible que me abrasa la garganta. ¡ Auxilio! ¡ auxilio! ¡ qué me quemo! ¡ Vino! ¡ vino! El vino se cambia en agua para pagar el incendio.

Y el soldado aventurero se levantó añadiendo:

—Corro á buscar ese famoso nectar de Argenteuil. Vuelvo pronto y entonces... á vaso lleno hasta convertirnos en toneles.

Y Josefino salió cantando su tonada favorita.

Apenas hubo salido el soldado aventurero el desconocido dijo á Cristian :

— La narracion de vuestro cuñado ha sido para mí muy preciosa.

— ¿ Porqué ?

— Porque ese capitán... ese espadachin ; convertido actualmente en un hipócrita , es uno de mis mas encarnizados enemigos.

El desconocido acababa de pronunciar estas palabras cuando bajó Brígida.

Cristian recordó al verla que era urgente conducir al desconocido al desvan antes que volviese Josefino.

— Brígida , dijo el impresor ¿ se ha acostado Hena ?

— Sí.

— Maese Roberto Estienne me ha confiado un secreto pidiéndome al mismo tiempo un favor.

— Y se lo habrás prometido.

— Sí.

— Es muy justo , aunque para cumplirlo se necesitase un sacrificio.

— Se trata de ocultar en casa durante un dia ó dos á M. Juan , al amigo que ha cenado con nosotros.

— Ocultalo en el desvan.

— Eso mismo he pensado yo : alli estará seguro.

— ¿ Y mi hermano ?

— Le he enviado fuera de casa pero luego volverá. Acompaña á nuestro huesped al desvan mientras me quedo aquí esperando á Josefino.

Brígida tomó otra vez la luz que acababa de dejar en la mesa y dijo al desconocido preparándose á subir la escalera.

— Venid , caballero ; nuestro secreto se quedará entre Cristian y yo ; podeis contar con nuestra discrecion.

— No lo dudo , señora , respondió M. Juan , y en toda mi vida olvidaré vuestra generosa hospitalidad.

Dirigióse entonces al impresor y le dijo :

— Cuando vuestro cuñado se haya retirado ¿ vendreis á verme ?

— Si.

— Deseo hablar con vos durante algunos momentos.

— Subiré al desvan luego que salga Josefino , dijo Cristian al desconocido que siguió á Brígida al piso superior.

Ambos acababan de desaparecer cuando se oyeron en el puente gritos y carcajadas en que se mezclaban á intervalos los ayes lastimeros y las súplicas de una mujer. Aunque acostumbrado á aquellas turbulencias nocturnas, porque los bandidos de todas clases infestaban las calles desde que anochece, y turbaban además con frecuencia el sueño de los pacíficos vecinos los nobles que salían de sus orgías cantando é insultando á cuantos encontraban, el primer movimiento del impresor fué correr en auxilio de aquella mujer cuyos gritos eran por momentos mas lastimeros; pero reflexionando que las mujeres honradas no se aventuraban á salir de sus casas á una hora tan intempestiva, y temiendo especialmente que al intervenir en aquella contienda, ocasionaria el que invadieran su casa comprometiendo la seguridad de su huésped, abrió con cautela la ventana del piso bajo, y se presentó á sus ojos el siguiente espectáculo al resplandor de varias antorchas que llevaban algunos pages vestidos con ricas libreas.

Tres señores embriagados, que salían sin duda de alguna orgía, rodeaban á una mujer cuyo rostro no pudo distinguir Cristian. Aquellos bulliciosos jóvenes querían llevarse la, y ella se resistía de sus esfuerzos enlazando con sus brazos el pilar de una gran cruz de piedra que se alzaba en medio del puente, y gritaba con voz suplicante:

— ¡Dejadme... en nombre del cielo... dejadme!

— Qué el fuego de San Antonio me abraze si no vienes con nosotros, hipócrita, respondió uno de los nobles asiendo á la mujer por el cuerpo.

— Miren, dijo otro, cuantos melindres hace la aventurera nocturna.

— Os equivocais, señores, dijo la pobre mujer sin poder respirar ni hablar de cansancio. Volvia á mi casa... soy una viuda honrada.

— ¡Honrada y viuda! exclamó uno de los libertinos y prorumpió en una carcajada.

— Ven, dijo otro, volveremos á casarte hoy mismo.

— No la creais.

— Espera á su amante.

Y los señores volvieron á hacer esfuerzos para arrancar á su víctima del pié de la cruz á la cual se asia con terror pidiendo auxilio.

A aquellos gritos acude un joven que pasaba cerca del puente y les dice con voz conmovida:

— Caballeros, lo que haceis es indigno.

—¿Y que te importa, truan? dijo uno de los nobles acercándose al jóven con ademan amenazador.

—¿Sabes con quien hablas, tiralana? dijo otro con voz vinosa. ¿Sabes que ademas de enviarte al infierno á cenar con Satanas te puedo encerrar en la cárcel?

—Y hariais una injusticia.

—Soy el marqués de Fleurange, coronel del regimiento de Normandia y por añadidura consejero real. Así pues, te aconsejo que sigas tu camino, ó de lo contrario, te arrojo en el Sena.

—¡Señor Desmontal, auxilio! Soy yo... *Maria la Catella*, exclamó la viuda reconociendo al jóven al resplandor de las antorchas; por piedad... no me abandoneis.

—Caballeros, dijo el jóven indignado corriendo hácia Maria, la que ultrajais es una santa. Recoge los niños abandonados, los instruye y todo el mundo la bendice.

—Sí es santa, lo será mas si vence la tentacion, respondió el marqués de Fleurange.

—¡Me matareis antes de llegar hasta ella! dijo el señor Desmontal rechazando vigorosamente al marqués.

—Este, entorpecido por la embriaguez, vaciló blasfemando en tanto que el señor Dumontal, precipitándose delante de la viuda, que continuaba asida á la cruz, le formó una muralla con su cuerpo se cruzó de brazos, y desafiando con la mirada á los nobles, les dijo:

—¡Acercaos!

—¡Insolente!

—¡Es su amante!

—¡Muera!

—¿Te atreves á amenazarnos despues de haber puesto la mano sobre mí? dijo furioso el coronel consejero con las piernas vacilantes, y acercándose á la cruz.

Desenvainó entonces la espada, la cogió con ambas manos, y descargó tan violento golpe en la frente del jóven, que aunque la hoja cayó de plano, se bamboleó aturdido, trató en vano de apoyarse en la cruz y se tendió á los piés de Maria la Catella exhalando un gemido plañidero.

Cristian, á pesar de la prudencia que le exigia la seguridad de su huesped, no pudo permanecer mas tiempo testigo impasible de tan crueles ultrages. Apreciaba respetuosamente á la viuda, cuyas virtudes conocia, y temiendo ver espuesto á serios insultos al jóven que

tan generosamente habia intentado defender á la víctima de aquellos ébrios libertinos , cerró la ventana , se armó de un recio palo y salió de su casa con precaucion. Cerró despues la puerta sin hacer ruido para que no se sospechase que habia salido , y viendo asomados á varios vecinos atraidos á sus ventanas por el ruido , les gritó :

— ¡ Bajad armados, amigos ! ¿ Tolerareis que se ultrage á vuestros ojos , que se mate á un hombre indefenso ?

Y se dirigió hacia los tres señores y sus pajes.

En aquel instante volvia Josefino con el vino de Argenteuil que habia ido á buscar , pero reconociendo al impresor á la luz de las antorchas y oyendo que llamaba á sus vecinos , dejó la botella en el umbral de la casa y desenvainó la espada gritando :

— ¡ Aquí estoy , Cristian ! Mi hoja no ha tomado el aire hace mucho tiempo y se estremece de gozo en mi mano.

Algunos vecinos de Cristian salieron de sus casas armados de palos y lanzas.

Los tres señores se prepararon á defenderse y se unieron presentando las espadas, pero los pages , tanto por temor como por malicia , apagaron las antorchas de pronto gritando :

— ¡ Señores... la ronda de arqueros ! Ya entran en el puente. ¡ Huyamos !

Y los pajes , despues de su mentira , emprendieron la fuga dejando á sus amos y á sus adversarios en la mas profunda oscuridad.

Los tres nobles , cuidándose muy poco de la ronda de arqueros que nunca se atrevian á reprimir los desordenes de los señores , pero pensando que era preciso hacer frente á ocho ó diez hombres determinados, se aprovecharon de las tinieblas para seguir á sus pages en tanto que los vecinos de Cristian pedian una luz para levantar al herido.

Cristian entró en su casa , encendió una tea , salió y á su resplandor rogizo vió al jóven tendido al pié de la cruz bañado en sangre que brotaba copiosamente de la herida.

Maria la Catella , arrodillada á su lado , con el rostro innundado en lágrimas , procuraba restañar la sangre.

El señor Desmontal fué conducido á casa de Cristian , que ofreció tambien un asilo á la viuda que desfallecia de terror. Brígida , encargada por su marido de acompañar al huesped hasta el desvan , cuya única abertura exterior daba al rio , no estaba enterada de los acontecimientos que acabamos de relatar , de modo que cuando vol-

vió al aposento bajo, se llenó de sorpresa y alarma al ver á la Catella, pálida, con el vestido en desorden y apoyada sobre una mesa, contemplando compasivamente al jóven, que principiaba á recobrar el sentido, merced á los cuidados de Cristian y de Josefino.

— ¡Cielos! ¿Qué os ha sucedido, Maria? dijo Brígida acercándose apresuradamente á la viuda. ¡Qué pálida estais! ¡Cómo temblais!

— Me habia quedado en casa de una amiga mas tiempo del que hubiera deseado, y atravesaba el puente acompañada de una criada, cuando unos señores nos han dirigido palabras deshonestas. La pobre criada se asustó y huyó dejándome sola. Aquellos libertinos querian llevarse me consigo; pasaba por casualidad este jóven, que es amigo mio, trató de socorrerme y le hirieron con una espada en la frente, cayendo ensangrentado á mis piés. Por fortuna mia, vuestro esposo y algunos vecinos ahuyentaron á mis perseguidores.

— Brígida, dame agua fresca y lienzo, dijo á su hermana el soldado: me han herido muchas veces en la guerra y poseo algunas nociones de la curacion de las heridas.

Brígida corrió en busca del lienzo y el agua.

— Trae tambien aceite, añadió Josefino.

— Voy á buscar el lienzo al aposento de Hena; la despertaré y nos ayudará, dijo Brígida subiendo.

Maria la Catella, algun tanto recobrada de su emocion, se acercó al jóven con tierno interés.

El soldado miraba en torno suyo, dijo al fin á Cristian:

— ¿Donde está el convidado? ¿Ha huido en el momento del peligro?

— No, Josefino; temia marcharse demasiado tarde, y ha salido de casa antes del tumulto de la calle.

— ¿Porqué no me esperaba? Le hubiera acompañado hasta su casa despues de haber apurado nuestra botella de Argenteuil.

— Ahora beberemos.

— ¡Oh! ¡qué idea tan feliz! exclamó Josefino.

— ¿Qué idea es esa?

— Voy á hacer beber un poco de vino al herido.

— ¿Vino?

— Si, Cristian; este licor es milagroso porque tanta eficacia tiene con los sanos como con los enfermos.

Tomó entonces un vaso, y añadió aplicándoselo á los labios:

— ¿Sabeis cual es el deber de un boticario prudente ?

— ¿Cuál ?

— Probar la pocion antes de administrarla.

Mientras Josefino probaba la *pocion* dejando el vaso casi vacio , Brígida volvió á bajar con su hija , la cual se habia vestido apresuradamente.

Hervé , despertado por el ruido , se vistió tambien y salió de su cuarto. Iba á preguntar á Cristian la causa de la agitacion que reinaba en la casa , pero enmudeció al ver que Hena se paraba llena de sorpresa al aproximarse al herido.

— ¡ Será él ! murmuró Hervé y brilló su mirada con fulgor siniestro y contrajo su rostro la espresion de los celos. Dominó sin embargo su ira , y observó desde entonces con perseverante atencion á Hena y al herido , á quien Josefino habia hecho tragar algunas cucharadas de vino.

El jóven volvió en sí , abrió los ojos , y vió á su lado , como una aparicion celestial , á la hermosa Hena que , con los ojos humedecidos por las lágrimas de la compasion , presentaba con mano trémula á su tio el lienzo de que se servia para terminar la curacion del herido , sostenido por Cristian y Hervé. Cuando el jóven recobró completamente los sentidos , y coordinó sus recuerdos , pudo apreciar los cuidados que le prodigaba solícita la familia que le habia albergado , y lágrimas de ternura y de gratitud inundaron su rostro , cuyas facciones , pálidas por la pérdida de su sangre , recordaban la interesante belleza que atribuyen los pintores á Jesucristo. Su espresion de inefable gratitud les daba en aquel momento una gracia tan pura que Hervé se estremeció de secreta rabia , y estuvo á punto de estallar cuando sorprendió las miradas de Hena y del herido encontrándose de pronto , y cuando vió que ambos se ruborizaban y bajaban los ojos con turbacion.

El herido se volvió hácia Cristian y le preguntó con voz débil:

— ¿ Es á vos á quien debo la vida ?

— Al menos corrí á ausiliaros.

— ¡ Sin conocerme ! Dios quiera que pueda algun dia demostraros la gratitud que siento.

— Al defenderos y ausiliaros , dijo Cristian , aunque no os hubiera conocido , habria cumplido con mi deber de cristiano , pero Maria la Catella nos ha hablado del aprecio que os merece... Mi esposa ha asistido á las lecciones que dais á los niños , y hasta conserva el re-

cuerdo de la moral evangélica que les predicais.

— El señor Desmontal es digno de todo elogio, añadió Maria la Catella, y eso que se ignoran las acciones generosas que practica en secreto.

— ¡ Maria... Maria! dijo el jóven ruborizándose de modestia é interrumpiendo á la viuda; no exagereis mi mérito. Amo con pasion á los niños, y el instruirles es para mí una verdadera ventura, porque su cariño es mi mayor recompensa.

— Callaré, respondió, Maria la Catella; no diré todo lo bueno que pienso de vos, siendo en esto eco de cuantos os conocen; no diré que hoy habeis corrido en mi defensa esponiendo la existencia; no diré que antes de ayer iba á perecer un hombre que habia caido en el rio cerca de la isla de Nuestra Señora, cuando...

— Maria, repuso el señor Desmontal con melancólica sonrisa interrumpiendo de nuevo á la viuda, cuyos elogios despedazaban el corazon de Hervé; exagerais las cosas; cualquier otro hubiera hecho lo mismo que yo.

Y huyendo de la mirada de Hena que involuntariamente acababa de encontrar, se levantó penosamente, y dijo á Cristian:

— ¡ Adios! Estarán con inquietud en mi casa.

— ¿ Quereis partir?

— Sí.

— No lo permitiremos, dijo Brígida.

— Descansad un momento. Apenas acabamos de curaros la herida.

— He salido al anocheecer de mi casa, y como he dicho que volveria pronto, me esperarán con inquietud. Me parece además que me probará bien respirar el aire libre.

Y saludando con respeto y lleno de rubor á Hena y á su madre, dijo á Maria la Catella:

— Mañana es dia de leccion, y procuraré ir á vuestra casa.

— ¡ Dios quiera que podais cumplir vuestra promesa!

— No es nada... la herida es leve.

— Pues yo soy menos valiente que vos, dijo la viuda; no me atrevo á volver de noche á mi casa y suplicaré á Brígida que me dé un asilo en la suya hasta mañana.

— ¿ Creeis que os hubiera dejado partir? dijo la esposa de Cristian. Dormireis con Hena.

El soldado aventurero, despues de haber curado al jóven, per-

manecía silencioso y participando del interés que todos los miembros de la familia, menos Hervé, se tomaban por el señor Desmontal. Su modestia, su valor, la expresión suave de su rostro y los elogios de la viuda conmovieron á Josefino, susceptible de sentimientos generosos á pesar de su vida de aventuras, de modo que al ver que Desmontal, después de dar gracias por segunda vez á Cristian, se dirigía hácia la puerta, el soldado tomó la espada y el sombrero y dijo.

—No ireis solo, caballero; yo os acompañaré hasta vuestra casa. Los golpes recibidos sobre la cabeza, y mi gorra sabe si he recibido algunos, tienen la particularidad de causar después de pasar algún rato cierto vahidos... que podrían sorprenderos durante el camino. Por lo tanto, os ofrezco el brazo, y creo que lo aceptareis.

—Gracias, Josefino, dijo afectuosamente Brígida, gracias por tan buena idea.

—Agradezco vuestra oferta, respondió el jóven, pero no permitiré que os molesteis por mí.

—No me molesto porque también yo tengo que retirarme.

—Haced, pues, lo que gustéis.

El soldado abrazó con ternura á Brígida, á Hena y á Hervé.

—¡Adios, querida hermana! ¡adios, muchachos! les dijo. Cuando os abrazo pienso en Odelin, pero ¡por Baco! que no haré como el pagador de mi compañía que se queda con el sueldo de los ausentes, porque cuando vuelva el travieso armero, le pagaré de una vez todos los atrasos de mis abrazos.

—¡Pobre hijo mio! dijo Brígida enternecida pensando en su hijo. ¡Ojalá vuelva pronto!

—Su ausencia me pesa tanto como á tí, añadió Cristian; parece que me falta alguna cosa esencial á la vida.

—Vereis qué crecido vuelve, dijo Hena; me parece que no le vamos á conocer. ¡Qué día tan alegre será el de su regreso! ¡Cómo le harémos olvidar el cansancio de su viaje! ¡Qué gusto será oírle contar lo que habrá visto en Milan!

Únicamente Hervé no pronunció una palabra en obsequio á Odelin.

El señor Desmontal se despidió del impresor diciendo:

—¡El cielo continúe bendiciendo vuestra familia!

—Amigo mio, pareceis un reverendo padre hablando con tanta solemnidad. Ya podeis cambiar de tono mientras vayamos jun-

tos , dijo el soldado ofreciéndole el apoyo de su brazo.

— ¡ Josefino ! ¡ Josefino ! dijo Brígida con acento de reprension.

El señor Desmontal se sonreia , y salió con el aventurero.

Hervé murmuró con ademan sombrío cuando estuvo solo :

— He de saber quien es ese hombre. ¡ Oh ! el infierno me pone en su camino. ¡ Ay de tí si puedo perderte !

CAPÍTULO IV.

La cantera de Montmartre.— Un proyecto gigantesco. — Atentado de Hervé.— Quién era M. Juan.

Cristian subió con cautela por la escalera de mano que conducía al desvan, y encontró al desconocido sentado sobre el borde de la angosta abertura que daba al río. La luna asomaba en medio del cielo esmaltado de estrellas y lanzaba su amarillento fulgor en el austero rostro del fugitivo.

— Me parece haber oído algunos rumores en el puente, dijo volviéndose hácia Cristian cuyos pasos hacían crujir el pavimento de madera.

— No os habeis equivocado.

— ¿Qué ha sucedido?

— Tres nobles libertinos querían violentar una mujer, pero hemos acudido en su auxilio, con algunos de nuestros vecinos, mi cuñado y yo, y gracias á Dios se ha salvado.

— ¿Quién era esa mujer?

— Una virtuosa viuda llamada María la Catella.

— ¡Cómo! dijo vivamente M. Juan. ¿María la Catella?

— ¿La conoceis?

— De nombre únicamente... ¿No está asociada á *Juan Dubourg*, pañero de la calle de San Luis, á *Esteban Laforge*, rico propietario de Tournai y al arquitecto *Poille* para dar asilo á los huérfanos abandonados?

— Sí, y tiene además una escuela para los niños pobres.

— Es una mujer digna de elogio.

— Sin embargo, la tarea que se ha impuesto no carece de peligros. Algunas personas del barrio sospechan que participa de las ideas y esperanzas de los reformados, y ya ha sido víctima mas de una vez de la envidia y ha estado cerrada su escuela; pero merced á la intervencion de uno de sus parientes, cuya hija es dama de la princesa Margarita, volvió á abrirse la escuela y salió María del Chatelet donde estaba presa. Sin embargo, como las persecuciones son mas rigurosas que nunca contra los sospechosos de heregia, creo que le esperan grandes pesares.

— Sí, la persecucion es actualmente muy terrible, dijo M. Juan con ademan pensativo.

Reinó un momento de silencio, y M. Juan añadió:

— Cristian Lebrenn, se que sois un hombre honrado y que no me hareis traicion. Soy estrangero en Paris y vos conoceis esta ciudad. Decidme: ¿ es posible hallar en sus muros ó en sus cercanias un parage donde puedan reunirse un centenar de personas en secreto y con seguridad?

El impresor reflexionó algunos momentos y respondió:

— Seria difícil y peligroso reunir tantas personas dentro de Paris.

— Ya lo recelaba.

— Garnier, gefe de la policia, despliega una infatigable actividad para descubrir y denunciar todas las reuniones sospechosas, y sus agentes estan esparcidos por todas partes: una reunion tan considerable despertaria indudablemente su atencion.

— ¿ Y fuera de Paris?

— Fuera de Paris no podria temerse la misma vigilancia, y tal vez os indicaré un sitio seguro.

— ¿ Cuál es?

— Antes de continuar nuestra conversacion, debo confesaros que uno de mis amigos y yo hemos resuelto imprimir secretamente algunos folletos destinados á defender el arte de la imprenta contra los ataques de los que desean su destruccion.

— El proyecto es escelente. ¿ Y pensais llevarlo á cabo?

— Sí. Solamente un obstáculo nos detenia hasta hoy.

— ¿ Cuál?

— Hallar un parage seguro y apartado donde pudieramos establecer la imprenta sin esponernos á ser sorprendidos.

— ¿ Y lo habeis hallado?

— Creo que mi amigo ha descubierto un parage conveniente para nuestro proyecto y lo será tal vez para los vuestros.

— ¿ Esa casa está fuera de Paris?

— No es casa; es una cantera abandonada en Montmartre... Mi amigo es hijo de ese arrabal, donde vive aun su madre, de modo que conoce todos los rincones de la colina, y ha pensado que la gruta vasta y profunda que visitó siendo niño nos ofreceria las garantias de soledad y secreto que buscamos.

— Es decir que la reunion podria verificarse en Montmartre.

— Es preciso que espereis algunos dias.

— ¿Porqué?

— Mañana iré con mi amigo á examinar la gruta y sus cercanias. Ya os esplicaré lo que vea, y podreis fijar el dia de vuestra reunion.

— Suponiendo que mañana, cuando hagais esa escursion á Montmartre, reconozcais que en efecto la cantera es conveniente para nuestra reunion, ¿cómo daria á las personas convocadas las indicaciones suficientes para hallar el sitio de la cita?

— Creo que será facil despues de la inspeccion atenta del parage.

— En ese caso...

La voz de Brígida, que habia subido por la escalera de mano y llamaba á su esposo con precaucion, interrumpió al desconocido.

Cristian prestó el oido, y su mujer le dijo:

— Baja al instante; he oido á Hervé que salia de su cuarto, y creo que se prepara á subir á nuestro aposento.

— ¿No está cerrada la puerta por dentro?

— Sí.

— Nada temais, dijo Cristian á su huesped.

Y bajó apresuradamente del desvan por la escalera de mano que daba á un cuarto oscuro, cuya única puerta se comunicaba con el aposento de ambos esposos.

Cristian acababa de cerrar cuidadosamente el cerrojo del cuarto oscuro cuando Hervé llamó con sigilo á la otra puerta del aposento.

Brígida fué á abrir y dijo á su sobrino:

— ¿Qué quieres?

— Concededme por favor un momento para hablaros.

— Abre, dijo el impresor. Pero mejor será que bajemos al comedor porque la pobre Maria la Catella duerme cerca de aquí con Hena, y como tiene necesidad de descansar, nuestra conversacion podria interrumpir su sueño.

Cristian, Brígida, y Hervé bajaron al aposento donde habia tenido lugar la penosa conversacion del dia anterior.

Apenas estuvieron los tres reunidos Hervé se arrojó á los pies de sus tios, les tomó las manos, las besó bañándolas con sus lágrimas y murmuró con voz ahogada.

— ¡Perdon! ¡perdon!

— ¡Bendito sea Dios! No nos habiamos engañado, pensaron Cristian y Brígida cambiando una mirada de satisfaccion; este muchacho se ha arrepentido:

—Levántate, hijo mio, dijo el impresor.

—No... no... hasta que me hayais perdonado accion tan infame. Y prorumpió en amargos sollozos.

—Soy yo, añadió, soy yo... el que robó los escudos de oro.

—Hervé, repuso Cristian, conmovido con aquellos remordimientos que creia sinceros, ayer te dijimos aqui y á esta misma hora que si un momento de estravío habias cometido el hurto... y lo confesases, te perdonaríamos.

—Sentimos un placer en mantener nuestra promesa, añadió Brígida, te perdonamos porque te arrepientes; levántate.

—¡Ah! no he conocido hasta este instante toda la infamia de mi indigna conducta. ¡Dios mio! ¡tanta indulgencia por vuestra parte y tanta bajeza por la mia! dijo Hervé levantándose como abrumado por el remordimiento.

—No te lo ocultaré, hijo mio, repuso Cristian con bondad paternal; esperaba esta confesion de tu falta; ciertos síntomas favorables que hemos observado hoy, nos hacian concebir la esperanza de que volverias á la senda del bien que te hemos enseñado desde niño.

—¿No lo decia ayer? añadió Brígida. ¿Puede ser Hervé indigno de nuestra ternura y de los ejemplos que ha recibido como Odelin y Hena? No, no; reconocerá al fin sus errores.

Y dijo abrazándole con efusion:

—¿No ves como te conocia mejor que tú propio?

El hipócrita jóven se arrojó al cuello de su tia, respondió á sus caricias con fingida ternura y dijo con acento conmovido:

—¡Queridos tios! la confesion de mi vergonzosa falta ha merecido el perdon... tal vez un dia me devolvereis vuestro aprecio. Sabed al menos la causa de un arrepentimiento que os sorprenderá por lo pronto que ha dominado mi corazon.

—¡Dulce sorpresa! Habla... habla, hijo mio.

—No os equivocabais... Si, estraviado, pervertido por los consejos de Rodolfo, os robé el dinero para dedicarlo á obras que creia meritorias...

—¡Ah! lo digo con orgullo por nosotros y por tí, exclamó Brígida; al acusarte, nunca te creimos capaz de dejarte arrastrar á un acto tan culpable á impulso de una innoble codicia.

—Gracias, gracias, tia bondadosa, por hacerme al menos esa justicia ó hacerla mas bien á la educacion que os debo. No, el fruto de mi vergonzoso hurto no se ha disipado en prodigalidades... Esos

escudos de oro pasaron á manos de Rodolfo para hacer limosna á los pobres.

— Te creo , Hervé.

— Si me equivoqué , culpád á mi corazón...

— Si , á tu corazón generoso que fué seducido por esa idea en apariencia tan meritoria.

— ¿ Pero cómo has reconocido que esa limosna era una estafa ?

— Esta mañana he sorprendido una conversacion de Rodolfo con otro de sus amigos , y he oido cosas que me han horrorizado.

— ¿ Qué has oido , hijo mio ?

— Permitid que lo calle...

— Habla..

— « La tolerancia que prometemos á los incautos que nos creen , »
« decia Rodolfo , « les convertirá en criminales , y serán instrumentos
« útiles para nuestros proyectos. Como agentes de la policia , nues-
« tra falsa apariencia de hereges contribuirá á que los reformados
« nos comuniquen sus planes , y de este modo podremos mas facil-
« mente delatarlos. »

Cristian y Brígida escucharon á Hervé en silencio.

— Pero estoy decidido , añadió Hervé ; desde hoy seré católico ferviente.

— Hijo mio , le dijo Cristian , no te pertenece , siendo un niño sin esperiencia , discutir ni examinar tan árduas cuestiones. La religion es en nuestra época un pretexto para muchos como Rodolfo , para ocultar sus crímenes ó su traicion , y debes huir de los extremos. Se honrado y laborioso , huye de las disputas teológicas y no te dejes arrastrar por lo que dicta la pasion ó el espíritu de partido.

— ¡ Maldigo la funesta influencia que ha ejercido hasta hoy en mí ese falso Rodolfo ! dijo Hervé. ¡ Maldigo los odiosos sofismas que , pervertiendo mi alma y alejándome de una familia querida y venerada , me han alejado de la senda del bien hasta cometer un robo... accion doblemente infame , porque la favorecia la seguridad del hogar doméstico ! ¡ Oh ! Veo que no tengo mas que un medio de salvarme... el arrepentimiento , otra esperanza que vuestro perdon , ni mas refugio que vuestro cariño.

Cristian y Brígida no podian sospechar de la sinceridad de Hervé , y creyeron en su arrepentimiento. Dieron , pues , gracias al cielo por haberles devuelto á su sobrino , y su postrer pensamiento al dormirse fué para Hervé.

Cuando llegó la noche del día siguiente Cristian se dirigió á Montmartre con su compañero Justino para visitar la cantera abandonada donde pensaban establecer su imprenta secreta, y aquel parage debía servir tambien para punto de reunion de los gefes de los reformados de Paris.

La luna asomaba radiante en un firmamento despejado de nubes cuando los dos amigos llegaron á las cercanias de la abadía de Montmartre. Tomaron por la derecha de la iglesia un camino que conducia á un murallon donde se alzaba una cruz, y bajaron despues por una senda de rápida y pedregosa pendiente en cuyo extremo se hallaba la abertura de la cantera.

— Si los recuerdos de la infancia no me engañan, dijo Justino á Cristian, me parece que en otro tiempo tenia esta cantera dos salidas; una, que es esta por donde vamos á entrar, y otra, especie de corredor subterráneo, que ha de terminar en la falda opuesta de la colina, en una profunda escavacion de donde puede salirse por una pendiente escarpada. Hasta recuerdo que una parte de ese corredor conservaba vestigios de paredes antiguas.

— Era sin duda uno de esos refugios abiertos hace muchos siglos por los habitantes del arrabal de Montmartre durante la invasion de los piratas normandos.

— Será posible.

— Pero como todo debe preverse, esta cantera seria para una reunion secreta un parage muy seguro, porque en caso de alerta, bastaria un hombre puesto de acecho á cierta distancia de algunas de las salidas para dar la voz de alarma, y se podria huir por un lado ó por otro.

— Pero advierte, Cristian, que los agentes del fiscal general tienen cien ojos y otros tantos oidos.

— Razon de mas para tomar toda clase de precauciones.

— Si no te engañan tus recuerdos, esta doble salida seria en efecto preciosa, y no debia temerse una sorpresa.

— Pronto vamos á cerciorarnos por nuestros propios ojos, dijo Justino.

Y poniendo mano á su escarcela, sacó un pedernal y un pedazo de acero en tanto que Cristian preparaba un trozo de vela de cera.

La abertura irregular de la gruta se redondeaba bajo una masa de peñasco calcáreo cubierta de algunas pulgadas de tierra en que crecian cardos y retamas silvestres, y una senda angosta conducia á

aquella especie de plataforma, situada sobre la entrada de la cantera donde penetraron los dos amigos. No encendieron desde luego la vela temiendo que el viento la apagase, pero cuando hubieron dado algunos pasos á tientas en la oscuridad, la chispa brotó del pederual y prendió en un manojo de ramas secas: un momento despues el débil resplandor de la vela se reflejó en las paredes de la caverna, que era muy espaciosa á pesar de su baja bóveda. Ocupaba el fondo un enorme trozo de piedra de cinco á seis pies de altura y ocho ó diez de espesor, desprendida sin duda muchos años hacia de las paredes del subterráneo.

— Ahora lo recuerdo perfectamente, dijo Justino.

— ¿Qué recuerdas?

— Que la abertura del corredor de que te he hablado debe hallarse detrás de este peñasco.

— ¿Como pasaremos?

— Sígueme.

Justino penetró ladeándose y seguido de su compañero por un estrecho intévalo que se veia entre la pared natural de la cantera y el peñasco.

De pronto oyeron rumor de pasos y voces de varias personas que se aproximaban á la entrada de la gruta.

El primer movimiento de Justino, cuya sorpresa era igual á su temor, fué apagar la vela, y dijo despues en voz baja á Cristian que con él se habia ocultado detrás del peñasco:

— No nos movamos.

— Si vienen hácia aquí podrán descubrirnos...

— ¿Quién puede venir aquí á estas horas?

— ¡Silencio!

— Vienen por ese lado... ocultate aquí... No pueden vernos.

Los dos amigos permanecieron inmóviles en su escondite llenos de asombro é inquietud.

Los personajes que penetraban en la cantera encendieron tambien luz, y una gruesa antorcha de cera esparció su rogizo resplandor iluminando las facciones de los recién llegados que eran siete. El que entró el último, cuando estuvo encendida la antorcha, lanzó en torno suyo miradas que anunciaban que le eran familiares aquellos sitios. Era un hombre de edad madura, y su mísero y remendado traje dibujaba su talle robusto y elevado; una gorguera á la española rodeaba la parte inferior de su rostro huesoso y aceitunado, ter-

minando por una barba cortada en punta, y su mirada fascinadora, su frente altiva y su ademan imperioso, daban á su fisonomía una espresion de superioridad muy marcada.

Aquel hombre se llamaba IGNACIO DE LOYOLA.

Sus seis compañeros se llamaban SANTIAGO LAINEZ, español, ALFONSO SALMERON, IÑIGO DE BOBADILLA y RODRIGUEZ DE ACEBEDO, portugueses; FRANCISCO JAVIER, noble francés, y PEDRO LEFEBRE, hijo de las montañas de Saboya.

Francisco Javier llevaba la antorcha encendida, y Lefebre un voluminoso paquete sobre sus hombros.

Los seis discípulos de Loyola estaban inmóviles y mudos esperando oír la voz de su maestro, el cual, contemplando nuevamente el interior de la gruta, dijo con voz solemne:

— ¡Salud, retiro pacífico y profundo, donde, así como en otros dias en la caverna de Manresa, he meditado profundamente mi designio!

Y sentándose en una piedra, contempló á su discípulos y les dijo:

— Hijos míos, esta noche os he dicho que me siguierais y me habeis obedecido. Ha llegado el momento en que podemos combinar nuestro plan para defender á la iglesia romana de los rudos ataques de la heregia. Lutero y sus secuaces son lobos que rodean el redil sedientos de sangre, y el mundo aterrado ve los progresos que hacen los enemigos de la religion y de la autoridad. Para conjurar el peligro que amenaza á la cristiandad se necesitan esfuerzos de abnegacion y de fervor, y como el monstruo que se agita sobre todo lo constituido en la tierra, es el espíritu de rebeldia á la fé, la tendencia á la libertad absoluta, la lucha de la razon imperfecta del hombre contra los dogmas y los misterios de la única religion verdadera, los que deseen ahogar la heregia, deben hacer el sacrificio de su voluntad y ver en el soberano pontífice al vicario de Jesucristo, único representante de Dios en la tierra. ¿Estais dispuestos á la gran lucha contra la heregia?

— Sí, respondieron todos.

— Francisco Javier, ¿cuál era tu carácter cuando te conocí en los bancos de la Universidad?

— Me dedicaba el estudio con un ardor extremo, y queria erigir á mi razon en juez de los altos misterios, despreciando la fé.

— ¿Y el tuyo, Iñigo de Bobadilla?

— El menor obstáculo me arredraba; mi alma era débil.

— ¿Y tú, Juan Lainez?

— Tenia una escesiva confianza en mi mismo.

— ¿Y tú, Rodrigo de Acevedo?

— Mi corazon rebosaba de ternura hasta el extremo de hacer brotar lágrimas á mis ojos acciones que tal vez eran culpables, aunque buenas en la apariencia; me dominaba la debilidad.

— ¿Y tú, Alfonso Salmeron?

— Me dominaba el orgullo, y estaba tan orgulloso de mi fuerza física como de mi inteligencia.

— ¿Y tú, Juan Lefebre?

— Mí tenacidad no hacia caso de los obstáculos.

— Sí, erais débiles, orgullosos ó rebeldes, y ahora sois humildes con energia, teneis fé y valor, conoceis la errada senda á que conduce la razon cuando se separa de la fé, y os hallais dispuestos á pelear contra la heregia.

— Maestro, dijo Lefebre, el estudio y la práctica de tus Ejercicios espirituales han hecho ese milagro.

— Tambien yo, hermanos míos, era orgulloso. Tenia fama de honrado, pero confieso que viví en medio de los escesos que me causaron la errada educacion que recibí de mis padres y los malos hábitos que contraje en la corte, hábitos que se fortalecieron de dia en dia con la edad y en medio de la licencia de las armas. La vanidad dominaba mi espíritu, la galanteria y los ejercicios militares ocupaban mi vida, y no seguia en todas mis acciones mas que la inclinacion de una naturaleza corrompida y las falsas máximas del mundo. Dios iluminó mi alma, y cuando vine á Francia mi único pensamiento fué contener el desordenado curso de la heregia y formar una milicia para combatirla. He dirigido en torno mio una mirada y ¿qué he visto? El espíritu de la licencia y rebeldía, el grito de la razon abogando á la fé, la autoridad humillada, y los hombres alzándose como Luzbel contra Dios. Conocidos los males que aquejan á la humanidad ¿qué medios debian adoptarse para evitarlos? Los he buscado; he querido experimentar en mí propio hasta qué punto era posible borrar en mí al orgulloso, al rebelde, al inquieto, al vanidoso con el auxilio de la fé y de la abnegacion de la voluntad. Rico por mi patrimonio, mendigué la subsistencia; noble y altivo, me espuse á los ultrages, diestro guerrero y amigo de duelos y pependencias, sufrí insultos; suntuoso en mis trages, me cubrí de harapos; ignorante, me senté á los treinta años en medio de niños en los bancos

del colegio de Montaigu, y por una falta de inadvertencia, recibí azotes, y finalmente, mis designios para combatir la heregia y formar una milicia que defendiera al soberano pontífice, me han acarreado persecuciones de los mismos amigos. Ha llegado el momento de obrar, y de presentarnos al vicario de Jesucristo para ofrecerle nuestros servicios y partir á donde se digne enviarnos.

— La obra que vamos á acometer se dirige á asegurar en el mundo el reinado de la autoridad, ¿no es cierto?

— Sí, respondió Ignacio de Loyola.

— ¿Y cuál es esa autoridad?

— No hay mas que una verdadera en la tierra; la de Dios, visiblemente encarnada en su vicario.

— ¿La autoridad espiritual ó la temporal?

— Quién tiene poder sobre el alma tambien lo debe tener sobre el cuerpo, y quien dicta la ley divina tambien puede dictar la humana.

— ¿Y cuales son los obstáculos que se opondrán á nuestra obra?

— Son numerosos y terribles.

— ¿Cuáles?

— En primer lugar algunos príncipes.

— ¿Porqué?

— Porque quieren reinar sin freno, y les hace sombra el soberano pontífice que les acusa por su crímenes y tiranias.

— ¿Y además?

— Las tendencias del pueblo.

— ¿Porqué?

— Porque pugna por romper los lazos que le unen á sus legítimos señores, sus soberanos por derecho divino, y tratan de establecer una igualdad monstruosa y destruir la armonia que reina en el mundo con la separacion de la clase.

— Y ademas...

— La nueva heregia que se conoce con el nombre de reforma.

— Y ademas.

— Los escesos de la imprenta.

— Y ademas...

— La conducta escandalosa de algunos llamados siervos de Dios.

— ¿Esos son los obstáculos que se oponen á nuestra obra?

— Sí.

— ¿Y es posible vencerlos?

— Sí.

— ¿Cómo?

— Restableciendo la pureza de la fé, y haciendo una guerra á muerte á los hereges.

— ¿Y en qué consistirá principalmente nuestra obra?

— En la organizacion de una compañía.

— ¿Cuál será su organizacion?

— Se compondrá de un general elegido por sus miembros.

— ¿Qué juramento prestarán á su gefe?

— El de una obediencia ciega para dar un ejemplo á los hereges que defienden la licencia y la rebeldia del hombre.

— ¿Cuál será el teatro de la obra de la compañía?

— El mundo entero.

— ¿Cómo se dividirá?

— En provincias y en cada una de ellas habrá un *provincial* elegido por el general de la órden...

— ¿Qué nombre tomará la compañía cuando esté organizada?

— El de COMPAÑIA DE JESUS.

— Advertid que para una empresa tan gigantesca solo somos siete.

— Siete... pero la fé hace mover los montes.

— Sí tu nos mandas, es cierto: somos una legion.

— Queridos discípulos, os he reunido en este sitio, en esta cueva que me recuerda mi retiro de Manresa, para ver si estábamos acordes en nuestras ideas, y dar principio á nuestra obra. ¡Tiemblen los hereges! En vano enarbolarán el pendon del orgullo y del libre pensar... en vano; la autoridad y la fé, defendidas por la compañía de Jesus, triunfarán de sus encarnizados enemigos.

Reinó un momento de silencio.

— Es preciso, añadió, preparar con el santo sacrificio de la misa el juramento que vamos á prestar.

— ¿Qué juramento?

— El de ir á arrojarnos á los pies del soberano pontífice y ofrecerle nuestros servicios contra la heregia. Lefebre, has traído todo lo necesario para celebrar la misa; esta piedra, añadió designando con el ademan el peñasco detras del cual se ocultaban Cristian y Justino, esta piedra nos servirá de altar.

Lefebre abrió el paquete de que se habia encargado, sacó un sobrepelliz, una casulla, un evangelio, un cáliz, una estola, una caja de hostias y dos vinageras y se puso los hábitos sacerdotales, en

tanto que uno de los discípulos tomó la antorcha, se arrodilló é iluminó el altar improvisado, sobre el cual colocaron los demas jesuitas los objetos necesarios á la celebracion del oficio divino.

La voz de Lefebre oficiando turbó tan solo el silencio de aquella soledad, vagamente iluminada por el resplandor rojizo de la antorcha.

Cuando llegó el momento de la comunión, los siete fundadores de la compañía de Jesus recibieron con unción la Eucaristia.

Terminado el oficio, Loyola se levantó con ademan inspirado, y dijo á sus discípulos:

— Venid, ahora seguidme...

Y salieron dejando sobre el peñasco los objetos del culto.

Apenas se alejaron los jesuitas, Cristian y Justino abandonaron con precaucion aquel escondite, asombrados del secreto que acababan de sorprender

— ¿Dónde están? dijo Cristian.

— Fuera de la gruta.

— ¡Huyamos!

— ¡Qué imprudencia! Van á volver aquí... esperemos que se retiren.

— No, no; huyamos.

— En ese caso salgamos por la otra salida. Cristian, tengo miedo.

— Sí, ¿no has dicho que está detras de esta piedra?

— Es cierto, pero ignoro si se halla actualmente obstruida.

— Encendamos la luz.

— No, nos descubririan.

Justino se dirigió á la entrada de la cantera y le siguió Cristian, no queriendo abandonarle, pero en el momento de salir de aquel subterráneo, oyeron sobre sus cabezas rumor de voces.

La luna que se hallaba ya en el medio del firmamento, lanzaba su claridad sobre la única senda que conducia á la abadía.

— No podemos salir de aqui sin ser vistos, dijo Justino en voz baja, esos hombres se han reunido en la eminencia que domina la entrada de la cantera.

— Escucha, dijo Cristian cediendo á su irresistible curiosidad; hablan...

Los dos amigos permanecieron inmóviles y mudos, y la voz sonora de Ignacio de Loyola llegó á sus oidos como si bajara del cielo.

— ¿Lo jurais? decia el fundador de la compañía de Jesus. ¿lo jurais en nombre del Dios vivo, trino y uno?

— Sí, lo juramos, respondieron los jesuitas á coro.

La voz de Loyola continuó así con solemnidad:

— Desde aquí veis los cuatro puntos cardinales del mundo donde vais á combatir contra la heregia, valerosos soldados de la Compañía de Jesus. Al norte se halla tu provincia, Juan Laniez; la Alemania, la Rusia y la Inglaterra...

— Hágase tu voluntad.

— Rodriguez de Acevedo, tuyo es el Oriente; la Turquía, el Asia y la Tierra Santa.

— Hágase tu voluntad.

— Alfonso Salmeron, tuyo es el Occidente; la nueva América y sus Indias.

— Hágase tu voluntad.

— Iñigo de Bobadilla, tuyo es el mediodia; el Africa, la España la Italia y Portugal.

— Hágase tu voluntad.

— Finalmente, aquí, á mis piés, Paris, capital de la Francia, y que por si sola es un mundo. Tuyo es Paris, tuya la Francia, Juan Lefebre.

Y Lefebre respondió como los demas discípulos:

— Hágase tu voluntad.

— Mañana parto, añadió Ignacio Loyola, á Roma á ofrecer al pontífice la compañía de Jesus.

La voz de Loyola se calló, y viendo Cristian y Justino que los discípulos bajaban de la eminencia, se apresuraron á volver á su escondite, oculto por el peñasco sobre el cual se veian aun los objetos de que se habia servido Lefebre para celebrar la misa.

Sin embargo, solo entró este en la cantera, se acercó al altar improvisado, plegó las vestiduras sacerdotales, recogió los vasos sagrados y salió á reunirse con sus compañeros.

El fundador de la compañía de Jesus y sus discípulos se alejaron lentamente por el camino de Paris.

Quando Cristian regresó á su casa contó al desconocido la escena que acababa de presenciar en Montmartre, y M. Juan suplicó al impresor que le acompañase á casa de uno de sus agentes, el cual es-

taba encargado de dar la cita á las personas que habian de reunirse sin demora en la cantera abandonada.

Cristian y el desconocido salieron, y la aurora empezaba á lanzar sus primeros rayos cuando volvieron á entrar en el desvan.

M. Juan habia mandado convocar para el dia siguiente á las diez de la noche á los gefes de los reformados de Paris, indicándoles en la carta que les habia enviado los medios de llegar al sitio de la reunion.

Brígida y su marido, que deseaban servir al amigo de Maese Roberto Estienne, concertaron que antes de anoecer saldria ella con su hija para que el desconocido pudiera verificarlo de la casa sin ser visto de Hena; y que Cristian, pretestando que le habia convidado á cenar algun amigo, induciria á su hijo despues de acabar el trabajo á que le acompañase durante dos horas, no volviéndo á casa hasta que hubiese partido M. Juan.

Asi sucedió en efecto: cuando Brígida y Hena volvieron á casa despues de un corto paseo por la orilla del Sena, el proscrito habia abandonado su refugio hospitalario para dirigirse á las inmediaciones de la puerta de Montmartre, donde debia reunirse Cristian para acompañarle al sitio de la cita.

La esposa y la hija del impresor trabajaban delante de su telar de bordadora al resplandor de una bujia, pensando Brígida con placer en el tierno arrepentimiento que Hervé habia manifestado el dia anterior, mientras Hena, pensativa, dejaba á intévalos en inaccion la aguja: su mirada fija se dirigia entonces á su bordado sin verlo, su seno virginal se alzaba respirando con pena, y profundamente absorvida en su meditacion, permanecia estraña á cuanto la rodeaba.

Dieron las nueve en el reloj lejano de la torre de Santiago de la Carniceria.

— Las nueve, dijo para si Brígida. Cristian me ha asegurado que se llevaria á Hervé para que nuestro huesped pudiera salir de casa antes que volviera, y no puede tardar en venir. ¡Con qué alegría le abrazaré esta noche! ¡qué peso me ha quitado del pecho esta mañana con su confesion! ¡Y habiamos dudado de su cariño!

Y añadió en voz alta sin apartar los ojos del bordado.

— ¡Bendito sea Dios, Hena! Ya no tendrás que quejarte mas de la frialdad ó del mal genio de Hervé... No, no, y cuando tu hermano Odelin vuelva de Italia viviremos todos unidos y felices como antes. Por eso espero con doble impaciencia la llegada de maese Raim-

baud el armero que nos devolverá nuestro gracioso Odelin.

Hena no contestó.

Brígida alzó entonces los ojos, lanzó una mirada á su hija, y al verla tan absorta, la preguntó:

—Hena, ¿en qué piensas?

—¡Ah! ¿sois vos, madre mia?

—¿Dormias acaso?

—No...

—¿Porqué no me respondes?

—¿Me hablabais?

—¡Pues me gusta la pregunta!

—Perdonad...

—Varias veces te he dirigido la palabra esta noche sin merecer respuesta.

—Es cierto; yo misma me asombro de estar tan distraida, madre mia.

—¿Cual es la causa de esa distraccion?

Hena permaneció un momento en silencio, se sonrió con candor y respondió:

—No me atrevo á deciroslo.

—¿Porqué?

—Porqué he sido con vos muy ingrata.

—¡Ingrata tú, hija mia!

—Si.

—Habla sin temor.

—Por primera vez en mi vida tengo un secreto para vos, madre mia.

—Pero eres franca, y me lo confesarás todo.

—¡Oh! si.

—Pues bien, ¿cual es la causa de tus distracciones?

—¿Cual es la causa? ¿lo creeriais?

—Acaba...

—Es el señor Desmontal.

Brígida interrumpió bruscamente su labor, y contempló á su hija con tal sorpresa que Hena lo advirtió y añadió con otra cándida sonrisa:

—¿Os asombra, madre mia?

—El señor Desmontal es un jóven virtuoso y piensa recibir las órden sagradas.

— Pues yo tambien me asombro , mucho mas que vos.

Hena pronunció estas palabras con ingenuidad tan adorable , y su hermosa mirada , pura como su alma , se cruzó con la de su madre con tanta confianza y serenidad , que Brígida , inquieta y tranquilizada á un tiempo , inquieta por aquella estraña revelacion y tranquilizada por la inocente seguridad de Hena , le dijo despues de un momento de silencio :

— Si , hija mia , me sorprende lo que acabas de decirme. Me parece que no habias visto al señor Desmontal mas que dos ó tres veces en casa de nuestra amiga Maria la Catella antes que le trasladasen aquí á consecuencia del desgraciado suceso que tuvo lugar noches pasadas en el puente.

— Es cierto , madre , y eso es lo mas extraordinario.

— ¿ Porqué , hija mia ?

— ¿ Como es que habiéndole encontrado tan solo dos ó tres veces estoy pensando desde antes de ayer constantemente en el señor Desmontal ? Y no es esto todo...

— ¿ Pues qué mas hay ?

— Que esta noche he soñado con él.

— ¿ Soñado con él ?

— Si , he soñado con él.

— ¿ Sueñas acaso con él otras noches ? preguntó Brígida vivamente.

Hena , en vez de responder , buscó en vez de alejar la mirada de su madre , y le hizo dos señas afirmativas con la cabeza , abriendo sus hermosos ojos azules en los que se leia el ingenuo y encantador asombro que le causaban sus propios pensamientos.

Brígida estaba enternecida , aunque secretamente alarmada , y no supo qué responder á su hija , la cual añadió :

— Sí , madre , sueño con él.

— ¿ Y qué soñabas ?

— Cosas muy hermosas.

— Explicáte , hija mia.

— Le veia recoger en la puerta de una iglesia un pobre niño aterrido de frio , tomarle en sus brazos , calentarle con su aliento , y contemplarle con ademan tan compasivo y tierno que las lágrimas brotaban de mis ojos. Finalmente , me conmovió tanto lo que veia , que me desperté sobresaltada... y lloraba realmente.

— Estraño es ese sueño...

- ¿Estraño? ¡ Oh! yo me lo esplicó muy bien.
- ¿Cómo?
- Hervé me contó antes de ayer un rasgo de caridad del señor Desmontal, aquella misma noche vimos al pobre jóven aquí con el rostro ensangrentado, y como esto me hizo mucha impresion, soñé con él.
- En efecto; es muy natural.
- Pero aun me asombra mas otra cosa.
- ¿Cuál?
- Que aun despues de despertarme he pensado y pensaba ahora mismo en él. Mirad: no tengo mas que cerrar los ojos, y Hena los cerró sonriendo, y le veo como si estuviera allí con el rostro cariñoso con que mira á los niños.
- Y cuando piensas en el señor Desmontal ¿ de qué clase son tus pensamientos?
- No os entiendo.
- ¿Porqué piensas en él?
- Esperad, madre mia, que lo reflexione.
- Hena permaneció un momento silenciosa, y respondió con ingenuidad:
- ¿Cómo os lo esplicaré, madre mia? Cuando pienso en él me digo: ¡Qué bueno, qué generoso es el señor Desmontal! Antes de ayer se espuso á morir para defender á Maria la Catella; dias pasados se arrojó desde el puente de Nuestra Señora al agua para salvar á un desgraciado que se ahogaba, recoge á los niños abandonados ó los instruye con tanto afecto y solicitud como el padre mas cariñoso..
- Si se reflexiona lo que dices, hija mia, todo eso es muy natural. Ese jóven es un hombre de bien y piensas en sus buenas acciones: eso es muy sencillo.
- No, madre mia, no; no es tan sencillo como decís.
- Esplicate.
- Decidme, madre, ¿ no eres tú la mejor que hay en el mundo? ¿ no es mi padre tan hombre de bien como el señor Desmontal? ¿ No sois además mis queridos padres?
- Si.
- Sin embargo... y esto es lo que me confunde ¿ cómo es que desde antes de ayer pienso mas en él que en vosotros?
- Brígida contemplaba á su hija con inquietud, y Hena añadió con acento de adorable ingenuidad:

— ¡ Oh ! madre mia , lo que me pasa es extraordinario , es incomprendible.

Varios golpes dados precipitadamente á la puerta de la casa interrumpieron esta conversacion. Brígida dijo á su hija:

— Abre la puerta y mira quien llama ; sin duda es Hervé.

Hena abrió la ventana y dijo :

— Si , madre es él. Y bajó á abrir.

— ¡ Cielos ! pensaba Brígida con angustia. ¿ Cómo interpretaré las confidencias de Hena ? Su alma es incapaz de disimulo , y me ha dicho toda la verdad sin darse cuenta del vago sentimiento que le inspira ese jóven. ¿ Acaso mi hija... está enamorada ? Comunicaré hoy mismo á Cristian tan extraño descubrimiento.

El ruido de los pasos de Hervé que subia apresuradamente la escalera llamó la atencion de Brígida, la cual vió entrar á Hervé seguido de Hena.

El jóven exclamó con ademan azorado al entrar en el aposento :

— ¡ Qué noticia tan dolorosa !

— ¿ Qué sucede ? Me aterras...

— La pobre Maria la Catella...

— ¿ Qué le ha sucedido ?

— Esta tarde al salir conmigo de la imprenta , mi tio me ha mandado que le acompañase hasta la casa del amigo con quien cena esta noche...

— Si , ya lo sé... pero Maria la Catella...

— Su casa está en una de las calles por donde habiamos de pasar, y mi tio me dijo que podriamos ir á visitarla para ver si se habia recobrado del susto de antes de ayer...

— Ayer por la mañana , dijo Brígida , estaba muy tranquila cuando la acompañamos á su casa con Hena.

— Sí , pero...

— ¿ Qué ha sucedido despues ?

— A pesar de la firmeza de su caracter y del imperio que tiene sobre sí , se ha resentido al fin de la escena de la otra noche.

— ¿ Y está enferma ?

— Con una terrible calentura.

— ¿ Qué dices , hijo mio ?

— Y la hemos encontrado casi moribunda.

— ¡ Cielos !

— ¡ Pobre Maria ! dijo Hena cruzando las manos con espresion de

dolor mientras inundaban sus ojos las lágrimas; ¡qué desgracia!

— La fatalidad ha querido que su cuñada partiera ayer para Meaux con su marido, añadió Hervé.

— ¿Es decir que está sola?

— Está, como os he dicho, casi moribunda en este momento y abandonada á los cuidados de una estraña.

— Hena; dame el manto, dijo Brígida levantándose bruscamente.

— ¿Qué haceis, madre?

— No permitiré que tan escelente amiga esté cuidada por manos mercenarias.

— ¡Querida madre, qué buenas eres!

— Y no haceis, añadió Hervé, mas que cumplir el deseo de mi tio...

Hena se apresuró á buscar en un baul el manto de su madre.

— ¿Qué ha dicho Cristian?

— Me ha dicho: corre á avisar á tu tia; sé cuanto aprecia á nuestra amiga, y vendrá á velarla esta noche.

— Es cierto.

— ¿Vais á velarla?

— Sí, respondió Brígida envolviéndose en el manto sin dudar de la triste y verosimil noticia que anunciaba Hervé.

— ¿No me llevais con vos? preguntó Hena con sorpresa

— ¿Qué dices, hija mia? Tan tarde...

— A mi me toca acompañarla, dijo Hervé.

Y el malvado hipócrita añadió con acento de ternura abrazando á su tia:

— ¿No es para mi el mas dulce de los deberes el velar por vos?

— ¡Ab! dijo Brígida en voz baja con emocion; te reconozco... eres el Hervé que habia perdido.

Hacia alusion á los penosos acontecimientos de los últimos dias y perdonados ya por el aparente arrepentimiento de Hervé.

Despues añadió alzando la voz:

— Una mujer de mi edad no arriesga nada en las calles, y ademas no puedo dejar aqui sola á Hena.

— No soy miedosa, respondió Hena.

— No importa.

— Cerraré la puerta por dentro, y asi esperaré mas tranquila sabiendo que estais tan tarde acompañada en las calles. ¿Olvidas lo que sucedió antes de ayer á la Catella? Permitid que Hervé os acompañe.

—Y yo tambien os lo suplico , añadió Hervé con cariñoso empeño.

—Hijos mios , no perdamos un tiempo precioso. No olvidemos que nuestra amiga se halla casi moribunda y abandonada al cuidado de una estraña. ¡ Adios... adios !

— ¡ Qué desgracia ! Casualmente nuestro tio Josefino ha partido hoy á San Dionisio dijo Hervé suspirando.

Pero añadió con alegria como si le hubiera acudido una súbita idea.

— ¿ Porqué no hemos de acompañaros Hena y yo ?

— ¡ Qué idea mas feliz, Hervé! dijo la jóven saltando de gozo. ¿ Salimos los tres ?

— Es imposible dejar la casa sola , hijos mios. ¿ Quién abriria la puerta á Cristian cuando vuelva ? Además ¿ no nos envió ayer maese Simon ese saquito de perlas para bordar el vestido de terciopelo de la señora duquesa de Etampes ? Esas perlas son de un valor considerable , y estaria en una inquietud mortal pensando que esos objetos preciosos quedaban abandonados.

— Teneis razon , dijo Hena.

— En tanto que quedándote tú, Hervé, nada temeré, añadió Brígida con una mirada de afectuosa confianza que parecia decir : Eres ya hombre de bien ; has cometido un hurto en un momento de extravio , y te confio un tesoro.

— Hervé adivinó el secreto pensamiento de Brígida , y llevándose á los labios la mano de su tia , le dijo :

— Gracias por vuestra confianza.

— Sin embargo , esta tarde antes de anochecer , hemos salido de casa para irnos á pasear á orilla del rio , repuso Hena ; ¿ qué arriesgaríamos mas ahora saliendo los tres ?

— Hija , entonces era aun de dia , las tiendas de nuestros vecinos estaban abiertas , y los malhechores no se atreven á ultrajar á nadie tan temprano , pero ahora todas las tiendas estan cerradas y las calles , casi desiertas , pertenecen á los ladrones.

— ¿ Y en esas calles vais á esponeros , madre mia ?

— No llevo nada que pueda tentar la codicia de los malhechores.

— Sin embargo...

— Adios... adios , hijos mios , dijo abrazando á Hena y á Hervé. Tiemblo al pensar en mi pobre amiga. Hervé ó tu padre te acompañarán mañana á casa de la Catella donde me encontrarás... y volveremos aqui juntas. Hervé , alumbra.

Brígida bajó rápidamente la escalera precedida de su sobrina que llevaba la luz. Apenas salió su tia de casa, Hervé volvió á subir lentamente á la estancia donde habia dejado á Hena, y dijo:

—Necesita una hora para ir á casa de la Catella y otra para volver y mi tio no vendrá hasta las doce... Tengo dos horas.

Y entró en el aposento.

Vió entonces á Hena arrodillada en el umbral de la puerta y acercándose sorprendido, le preguntó:

—¿Qué haces, Hena?

—Estoy rogando á Dios que vele por mi madre y devuelva la salud á nuestra pobre amiga, respondió la jóven levantándose.

Y enjugándose los ojos llenos de lágrimas añadió exhalando un suspiro:

—Sin embargo, tengo angustiado el corazon. ¡Si le sucediera alguna desgracia á mi madre...

Hena se sentó delante del telar, y Hervé se colocó á su lado en un taburete.

—Despues de un momento de silencio, dijo el jóven:

—¿Te acuerdas, Hena, de que hace cerca de tres meses cambié repentinamente de carácter para tí?

La jóven, bastante sorprendida del principio de la conversacion, respondió sin dejar el bordado:

—¿Porqué recuerdas esos dias? Gracias al cielo han pasado y no volverán mas.

—¿Te acuerdas, prosiguió Hervé sin hacer caso de la observacion de Hena, de que lejos de desear tus caricias las rechazaba?

—No quiero acordarme de eso, Hervé, ni me acuerdo ya ahora...

—Hena... entonces hice en mi corazon un descubrimiento extraño.

—¿Qué descubrimiento?

—¡Qué te amaba!

La jóven dejó caer la aguja, se volvió vivamente hacia su primo, y clavando en él sus ojos con asombro, le miró un momento silenciosa, y dijo despues sonriendo y con acento de tierna reprehension:

—¿Cómo has tardado tanto en descubrir que me amabas? ¿Y ese descubrimiento ha sido para tí extraño?

—Si, respondió Hervé sin reparar en la ingénua sorpresa de su prima.

—No te entiendo...

— Sí, este descubrimiento ha sido tardío... sí, me ha parecido extraño. Mucho tiempo he luchado contra este sentimiento irresistible y he pasado las noches sin dormir...

— ¿No dormías porque me amabas?

— Porqué te amaba...

— Hervé, no te chances hablando de una cosa tan seria y penosa. ¿Olvidas cual fué nuestro pesar cuando de pronto vimos que te volvías sombrío y taciturno, y nos tratabas con desden y hasta con encono? Nuestro pobre Odelin, que en aquella época partió para Milan con maese Raimbaud tenia casi menos penas quizás por separarse de nosotros que por ver tu frialdad y tus arranques de mal humor.

— ¿Qué quieres, Hena? Los remordimientos no me dejaban paz ni tregua.

— ¿Los remordimientos? dijo la jóven con asombro. ¿Qué remordimientos?

— Esos pesares del alma y un vago instinto de esperanza me impulsaron á arrojarme á los piés de un hombre virtuoso; le confesé mis penas, y él me hizo entreveer los recursos inagotables de las nuevas creencias... Desvaneciéronse mis remordimientos, volvió la calma á mi corazon, y ahora Hena, te amo sin remordimientos y sin lucha, te amo con seguridad...

— ¡Oh! si es así, continuo mi bordado, dijo la jóven.

Y volviéndose hácia su telar, continuó su trabajo, añadiendo con tono de ironia:

— El señor Hervé me ama sin remordimientos y con seguridad: me alegro mucho.

— ¿Te alegras?

— ¿Y porqué no? Es verdad que no entiendo esas palabras de pesares del alma y de lucha en un cariño tan sencillo como debe ser el de un hombre á quien miro como un hermano.

— ¡Cómo un hermano!

— ¿Quisieras que te amase como un extraño? Hervé, te perdono esa burla, pero al verte con ese ademan tan patético, cualquiera pensaria que hablas con formalidad y no para pasar el rato entretenido.

— No me burlo, Hena; hablo con formalidad.

— ¿Volvemos á lo mismo?

— Te juro que he padecido mucho.

— ¿Pero porqué? ¿cuál era la causa de tu pesar?

— La causa era mi amor hácia tí.

— No te entiendo.

— Sí, mi amor...

— Hervé, soy una jóven ignorante comparada contigo que sabes el griego y el latin, y admiro tu ciencia y la respeto, pero cuando me dices que la causa de tu secreto pesar era tu afecto hácia mi...

— He dicho amor, Hena.

— Amor, cariño ó afecto ¿no es lo mismo?

— No... ¡oh! no.

— ¿Cómo no?

— Escucha... ¿No me hablabas antes de ayer del señor Desmontal?

— Es cierto, y esta misma noche hablaba de él con mi madre.

Hena se interrumpió para esclamar:

— ¡Pobre madre mia! Cuando pienso que está ahora por esas calles sin que nadie pueda protegerla... ¡Está tan léjos de aqui la casa de la Catella...!

— Tranquilízate... tu madre no corre ningun peligro.

— El cielo te escuche, Hervé.

— Me escuchará. Pero volvamos al señor Desmontal de quien hablabas esta misma noche á mi tia. Respóndeme con franqueza.

— Dí...

— ¿No me engañarás?

— ¿Porqué habia de engañarte?

— Pues bien, dime ¿amas á ese hombre lo mismo que me amas á mi?

— ¿Acaso puede compararse? He pasado mi vida á tu lado, te miro como un hermano, y no he visto mas que cinco ó seis veces á ese jóven.

— Tu le amas... lo sé... no mientas.

— ¡Con qué tono me lo dices, Hervé! Cualquiera diria que estás enojado.

— Si, lo estoy.

— ¿Qué tienes?

— Responde... ¿Amas á ese hombre?

— No lo niego, como se ama lo que es justo y bueno... porque conozco las generosas acciones del señor Desmontal. Tu mismo me contaste antes de ayer un rasgo noble de él...

— Quieres burlarte de mí.

— No entiendo esa queja...

— ¿Piensas continuamente en ese hombre?

— Continuamente no... pero esta noche decia á mi madre que me asombraba de pensar en él con tanta frecuencia...

— ¿Es decir que lo confiesas?

— ¿Porqué te he de ocultar mi pensamiento cuando se lo he confiado á mi madre?

— Hena, supongamos que tus padres pensáran en casarte y que ese hombre quisiera ser tu esposo y te amára ¿te casarias con él?

— ¡Qué suposicion!

— Admítela.

— Lo haré por darte gusto.

— Si te amára, si tus padres consintiesen en tu casamiento ¿te casarias con ese hombre con alegría?

— Me haces unas preguntas...

— Confiesalo... ¿te casarias con él? repitió Hervé con voz sorda.

Y lanzó sobre su prima una mirada celosa y feroz que ella no pudo ver porque el bordado en que se ocupaba la ayudaba á ocultar el embarazo en que la sumia tan singular interrogatorio, pero triunfando su candor y su franqueza, Hena se ruborizó y respondió sin atreverse á mirar á su primo:

— ¿Porqué no habia de casarme con alegría con un hombre de bien si mis padres consintiesen en ese enlace?

— ¡Luego es cierto... luego amas á ese hombre! Su recuerdo te persigue á tu pesar... porqué es amor. La turbacion, el pesar que sentias antes de ayer cuando le trasladaron aqui herido, las lágrimas que sorprendí en tus ojos... era amor!

— ¡Hervé... por piedad!

— ¡Era amor! repetia Hervé con furia...

— No se porqué tus palabras me turban, me inquietan, me despedazan de dolor y me dan ganas de llorar... No sucedia asi cuando hablaba esta noche con mi madre del señor Desmontal. Tu rostro está sombrío, casi irritado...

— ¡Sí... porqué le odio á muerte!

— ¿A quién?

— A ese Demontal.

— ¡Odiarle á muerte! ¿Qué te ha hecho?

— ¿Qué me ha hecho? Le amas.

— ¡Hervé! exclamó Hena dejando el bordado para abrazar á su primo ¿cuál es la causa de tu enojo?

Hervé se estremeció al sentir el contacto de los brazos de Hena que le prodigaba las mas inocentes caricias y le decia con emocion:

— ¿No estás enojado ya? Sí supieras como me ha alarmado el ver la cara que ponias...

De pronto llamaron á la puerta de la casa, y Hena y Hervé oyeron la voz sonora del soldado aventurero que cantaba su tonada favorita.

¿A dónde vas, ¡arquero,
Si ya no tienes armas ni dinero?

Hervé se estremeció de furor, pero reflexionó un momento, y corriendo á la ventana, la abrió y dijo inclinándose hácia fuera:

— ¿Sois vos, tio?

— Sí. Vuelvo de San Dionisio; no he querido retirarme sin daros los buenas noches.

— Querido tio, ha ocurrido una gran desgracia.

— ¿En casa?

— No. La Catella está moribunda, y ha mandado llamar á mi tia que ha partido al instante. No he podido ir con ella porque tengo que acompañar á Hena.

— ¿Y Cristian?

— Está cenando en casa de un amigo. Estamos muy inquietos al pensar que mi tia tendrá que volver sola en medio de la noche...

— ¡Sola! ¿Para que sirvo yo? Yo acompañaré á mi hermana.

— Hacednos ese favor, tio.

— Corro á casa de la Catella y acompañaré á tu tia... No tengais cuidado. ¡Buenas noches! Cuando vuelva os daré un abrazo si no estais acostados.

El soldado aventurero se alejó apresuradamente, y Hervé cerró la ventana y se acercó á Hena que le dijo:

— ¿Porqué has aconsejado á mi tio que vaya esta noche á buscar á mi madre? ¿No sabes que no volverá hasta mañana?

Hervé no respondió y miró á Hena con espresion sombría.

— ¡Cielos! ¿qué tienes? dijo la jóven. No me mires así... me das miedo.

— ¡Hena... te amo... te amo!

— No sé lo que quieres decir... pero me haces temblar.

— El amor que sientes por ese hombre á quien aborrezco... lo siento por tí...

— Hervé... desvarias... no sabes lo que dices....

— Es preciso que seas mia.

— ¿Me volveré tambien yo loca? ¡Es cierto... lo que veo... lo que oigo!

— Hena...

— ¡Aparta!

— ¡Eres tan hermosa...!

— ¡Por favor, Hervé, hermano mio!

— ¡Hermano!

— ¿Has perdido el juicio? Vuelve en tí.: Soy yo... Hena tu prima que se postra á tus piés.

— ¡Ven..!

— ¡Socorro! ¡Madre mia!

— Tu madre está léjos... serás mia.

Hervé se lanzó sobre su prima resuelto á consumar el crimen que habia premeditado, pero Hena se desprendió de sus brazos y bajó apresuradamente la escalera que conducia al aposento bajo. Hervé se precipitó en su persecucion, la alcanzó en el momento que acababa de entrar en el aposento y le tapó la boca para ahogar sus gritos.

De pronto se abre la puerta de la casa, dejando penetrar la claridad de la luna, y aparece Brígida que, llena de espanto, vé á su hija luchando con su primo y murmurando con voz débil:

— ¡Socorro! ¡socorro!

El malvado Hervé, enfurecido al ver salvada á su víctima y desvanecido con el vértigo del crimen, no reconoce en un principio á Brígida, empuja á Hena, coge del hogar un pesado hurgon de hierro, lo enarbola como una maza, no retrocediendo ante un asesinato para librarse de un testigo importuno, y ya está en el aire el arma terrible, cuando el infame distingue al resplandor de la luna las facciones de su tia.

— ¡Huid, madre! ¡Va á mataros... está loco! murmuró Hena cayendo de rodillas por no poder sostenerse en su terror.

Brígida se estremece de espanto y esclama:

— ¡Infame!

Hena se arrastra de rodillas hasta su madre murmurando:

— ¡Está loco... huid!

— ¡Loco! dijo Brígida con amarga sonrisa. Ahora veo porqué me has alejado de aquí con una mentira. Dios ha querido que á la mitad del camino haya encontrado al cuñado de la Catella...

— ¡Salid! gritó Hervé cegado por un delirio feroz.

Y alzando el hurgon de hierro que habia bajado en el primer movimiento de su sorpresa, amenaza nuevamente á Brígida.

— ¡Desventurado!

— ¡Salid!

— ¿Amenazas á tu tia... á la que debias mirar como una madre?

— No tengo madre...

— ¿Consideras la enormidad de tu crimen?

— ¡Salid... ó vais á morir!

Apenas habia pronunciado Hervé estas horribles palabras, cuando llega al aposento, al través de la puerta que habia dejado abierta Brígida, rumor de pasos precipitados, y casi al mismo tiempo varios arqueros de la ronda, mandados por un sargento de armas y guiados por dos hombres vestidos de negro, uno de los cuales llevaba el rostro oculto en una capucha, se detienen y agrupan delante de la casa de Cristian. El soldado aventurero los encontró á corta distancia del puente del cambio, y reconociendo en uno de los hombres vestidos de negro á su antiguo amo, el capitan Rolando, los siguió de lejos lleno de inquietud y recelando alguna hazaña del trasformado caballero milanés.

El sargento de armas entró en el momento que Hervé acababa de amenazar á su tia.

— ¿Vive aquí Cristian Lebrenn? preguntó.

— Si, respondió Brígida que permaneció un instante sin poder pronunciar una palabra.

— ¿Donde está? preguntó el sargento.

Hena pudo entonces levantarse, correr hacia su madre y arrojar-se en sus brazos.

Hervé dejó caer á sus piés el hierro de que estaba armado, y al ver á Rolando, le hizo una seña de inteligencia.

— El hombre del rostro oculto por la capucha, que era Lefarge, el amigo de Cristian y cuya ausencia extrañaba este, dijo algunas palabras al oido del sargento, y este se dirigió otra vez á Brígida con voz imperiosa:

— Responded. ¿Dónde está Cristian Lebrenn?

Brígida, olvidando por un momento el horror de que aun se es-

tremecía , y muy alarmada con la presencia de los soldados , respondió :

— Mi marido está ausente.

— ¿ Sois la mujer de Cristian Lebrenn ?

— Sí.

— ¿ Y estos jóvenes son vuestros hijos ? añadió designando con el ademán á Hervé y á Hena.

— Ella es hija , y él sobrino.

— Estoy encargado por órden del teniente criminal M. Juan Morin de prender á Cristian Lebrenn , impresor , á su mujer y á su hija , acusados de heregia.

— ¡ Mi marido no está aquí ! exclamó Brígida , pensando en que se habia salvado Cristian , aunque le llenaba de terror aquella amenaza de arresto.

De pronto apareció á los ojos de Brígida Josefino , á algunos pasos detras de los arqueros , á quienes por su elevada estatura dominaba casi de un pié. Su hermano le hizo una seña para que guardase silencio , porque veia que iba á llamarle en su auxilio en aquella penosa circunstancia , y despues desapareció.

— ¿ Decis que vuestro marido no está aquí ? añadió el sargento.

— No está.

— Mentís... tratais de ocultarle. Vamos á registrar la casa.

Y se volvió hácia los soldados diciéndoles :

— Atad las manos á este jóven , á la madre y á la hija y vigiladles.

Hervé miró á Rolando como para preguntar si debía prestarse al mandato del sargento , y el italiano le contestó poniéndose el dedo índice sobre el labio y sonriéndose para tranquilizarle.

Lefarge llevaba el rostro tan oculto por la capucha que no podia reconocerle Brígida , y como sabia los aposentos de que se componia aquella casa donde tantas veces habia estado demostrando una amistad íntima , hizo al sargento y á Rolando un ademán para que le siguiesen. Tomó entonces un farol de las manos de uno de los arqueros , subió la escalera , entró en el aposento de los dos esposos , é indicando con el ademán el arca donde Cristian guardaba todos los objetos de mas valor , les dijo :

— Los papeles de que os hablé deben estar aquí en un cofrecillo de madera negra.

La llave estaba en la cerradura , y el sargento abrió el arca y tomó un cofrecillo que se veia en el fondo.

— Es el mismo , dijo Lefarge. Dadme ese cofrecillo : yo mismo lo entregaré al señor teniente criminal.

— Cristian debe hallarse escondido en alguna parte , dijo el sargento mirando debajo de la cama y detrás de las cortinas.

— Es casi cierto , dijo Lefarge. Sale pocas veces por la noche.

— Y especialmente hoy , añadió Rolando.

— ¿ Porqué ?

— Porqué sé que ha pasado la última noche fuera de casa.

— ¿ Sabeis en donde ?

— Mi confidente sabe tan solo que volvió á casa al amanecer.

— ¿ Porqué no hemos ido á prenderle en la imprenta de maese Estienne ? añadió el sargento continuando sus pesquisas ; allí le hubieramos prendido con seguridad.

— Debo responderos en primer lugar , dijo Rolando , que desgraciadamente estaba ausente el señor teniente criminal , á quien envió á buscar esta mañana monseñor el cardenal Duprat , y por lo tanto la orden de arresto no ha podido firmarse hasta el anochecer. Además , sabeis lo mismo que yo , que los impresores que trabajan en el taller de M. Estienne están armados y hubieran tratado de resistirse violentamente para impedir el arresto de su compañero. Es indudable que hubieran vencido los arqueros , pero Cristian hubiese podido huir durante la lucha , en tanto que habia mil probabilidades de sorprenderle en su casa sin desconfianza en medio de la noche.

— Y sin embargo el pájaro voló , dijo el sargento despues de nuevas pesquisas.

Vió entonces la puerta del aposento de Hena , la registró tambien sin resultado , y dijo :

— Tampoco está aquí.

— Visitemos el desvan , dijo Rolando sonriendo.

— ¿ Porqué os sonreis ? preguntó Lefarge.

— Mi confidente me ha dicho que hay duendes en ese desvan.

Traed la linterna y seguidme.

— Si no está allí , es preciso renunciar por esta vez á la captura , dijo Lefarge. Felizmente tenemos la mujer y la hija.

— ¿ Y ese cofrecillo ?

— Es un talisman que nos hará encontrar muy pronto á Cristian.

Y Lefarge abrió la puerta que comunicaba al pasadizo donde estaba la escalera de mano , subió por ella seguido del sargento y de Rolando , y al llegar al desvan que habia servido de refugio al des-

conocido, vió un colchon, algunos restos de pan y sobre un banco un tintero, plumas y pedazos de papel esparcidos por el pavimento.

— ¿Qué os dije? Mi confidente no me engañaba.

— En efecto. Alguien se ha ocultado aquí, dijo el sargento; ese colchon y estos restos de comida anuncian la presencia de un extraño.

Y corrió á la ventana que caía al rio diciendo:

— ¿Si habrá huido por aquí?

— Es imposible, respondió Lefarge.

— ¿Porqué?

— ¿No veis que esa ventana cae al rio?

Mientras el arquero registraba el desvan, Rolando recogía cuidadosamente los fragmentos de papel escrito diseminados por el pavimento, los reunía y, arrodillándose cerca del banco, donde acababa de poner la linterna, los examinaba atentamente.

De pronto se estremeció y, levantándose, dijo:

— ¡Qué sospecha! ¡qué descubrimiento!

— ¿Qué sucede? preguntó Lefarge.

— No hay que perder un momento. Si ese jóven no me ha engañado, vamos á aplastar de un golpe una nidada de víboras.

Lefarge, Rolando y el sargento bajaron al aposento donde estaban atadas Hena y Brígida, y los dos primeros salieron de la casa llevándose el cofrecillo donde estaban guardadas las leyendas y las reliquias de la familia de Lebrenn.

Brígida se esforzó durante aquel inutil registro en calmar el terror de su hija, y Hervé, taciturno y sombrío, con las manos atadas con cordeles como su tia y su prima, parecia mirar con indiferencia cuanto pasaba en torno suyo.

El sargento de la ronda, renunciando á la prision de Cristian, dijo á Brígida y á Hena:

— Seguidme.

— Tened compasion de mi hija, le dijo Brígida en actitud suplicante.

— ¡Obedeced!

— Ved que apenas puede sostenerse...

— Si no puede andar, la arrastrarán mis soldados, respondió el sargento con dureza.

Y despues añadió dirigiéndose á los arqueros:

— Que se queden tres en esta casa. Cuando Cristian llame á la

puerta para entrar , le abrireis y le prendereis facilmente.

Brígida no pudo contener un doloroso gemido cuando oyó dar esta órden.

—Cristian , decia para sí con desconsuelo , caerá en el lazo cuando vuelva con confianza á su casa.

Los tres arqueros se encerraron en la sala baja, y los demás, guiados por el sargento, se pusieron en marcha llevándose á Brígida á Hervé y á Hena.

—Por piedad... dijo la desventurada madre al sargento , desatad mis manos...

— ¡ Me hace gracia la pretencion !

—Os lo pido para dar á mi hija el apoyo de mi brazo. ¿No veis que no puede seguirnos?

—Seria inutil , dijo el sargento

— ¿ Porqué ?

—Porqué al salir del puente , os separaré...

— ¡ Oh ! no... ¡ por piedad !

—Hago lo que me mandan , señora.

— ¿ Y de que crimen se nos acusa ?

—De heregía.

— ¡ Qué calumnia !

—Eso se lo direis á vuestros jueces.

— ¿ A donde llevareis á mi hija ?

—Al convento de las Agustinas, y á vos al Chatelet.

Los arqueros , que se habian parado un momento , continuaron su camino.

¿ Como describiré el dolor , la desesperacion de Hena y su madre al saber que ni siquiera tendrian el consuelo de sufrir juntas su último infortunio ? Sin embargo , un rayo de esperanza brilló en el alma de Brígida: habia preguntado al sargento á donde la conducian cuando estaban cerca de la cruz que se eleva en medio del puente , y al mismo tiempo vió al soldado aventurero arrodillado al pié de aquella cruz , dándose golpes de pecho y diciendo en alta voz :

—Señor , todo lo has visto... todo lo has oido... me salvaré; tengo esperanza de salvarme.

—He aquí un hombre devoto que cree que se salvará , dijo el sargento santiguándose al pasar por delante de la cruz y mirando con curiosidad al aventurero.

— ¡ Gracias , Dios mio ! decia Brígida adivinando el doble senti-

do de las palabras de su hermano. Josefino lo ha visto y lo ha oído todo, se quedará en las cercanías de la casa, espera salvar á Cristian del peligro que le amenaza, y le dirá que me conducen á la cárcel del Chatelet y llevan á Hena al convento de las Agustinas.

Tal era en efecto el designio del soldado aventurero. Cuando los arqueros hubieron desaparecido, se acercó á la casa de Cristian contemplándola con profunda tristeza á la brillante claridad de la luna. Por casualidad fijó su mirada en un papel impreso que se le había caído á Rolando cuando desapareció con Lefarge llevándose el cofrecillo.

Lo desplegó y leyó lo siguiente:

«Que nuestro Señor Jesucristo tenga piedad de tí, (y habia un blanco sin imprimir donde se veia escrito un nombre desconocido.)
«En virtud del poder apostólico que se me ha confiado, te absuelvo
«de todas las censuras eclesiásticas, juicios y penas que hayas podido merecer, y además de todos los pecados que hayas cometido.
«Si no debes morir pronto, esta gracia permanecerá inmutada hasta tu muerte.—JUAN TEZEL, comisario apostólico.» (1)

— ¡Es una *letra de absolucion!* murmuró; la guardaré como un recuerdo de esta noche funesta.

Y permaneció en el puente esperando el regreso de Cristian para avisarle del peligro que corria entrando en su casa y de la prision de su esposa y de Hena.

Mientras tenian lugar tan dolorosos acontecimientos, Cristian, acompañado de su misterioso huesped, subia la primera pendiente de la colina de Montmartre siguiendo el camino que conduce á la abadía.

— Señor Lebrenn, dijo M. Juan despues de algunos momentos de silencio, seria para con vos ingrato y desconfiado si os ocultára por mas tiempo mi nombre. Sé que sois honrado y que no me hareis traicion, sé ademas que sois tolerante en materias religiosas, y que Estienne os aprecia como un modelo de lealtad...

— Estoy unido á Estienne por una deuda sagrada de gratitud.

— ¿Habeis oido hablar de *Juan Calvino*?

— ¿Del gefe de la reforma en Francia?

(1) Historia de la reforma en el siglo XVI, por J. M. Merte de Auvigné, t. I, p. 528; Paris, 1853, libreria de Marc Ducloux.

— Pues ese soy yo.

Cristian no supo que responder ; le enmudeció la sorpresa.

— ¡ Vos , caballero ! dijo al fin.

— ¿ Os arrepentís de haber dado asilo en vuestra casa á un hombre perseguido con encarnizamiento ?

— Nunca me arrepiento de hacer bien.

— Advertid que soy un herege...

— Teneis fé en vuestras opiniones , y no trataré de discutir las. Además esponeis por ellas vuestra vida...

— No se propaga una idea nueva sin peligro , y nuestra causa cuenta ya á millares las víctimas. Tal vez aumentaré muy pronto su número... mi vida está en manos del Señor.

— Vuestros enemigos son poderosos.

— ¿ Sabeis cuales serán los mas encarnizados ?

— No sé , caballero.

— Serán los jesuitas , cuyo secreto arrancasteis ayer. Sus designios no estaban tan absolutamente ocultos que no supiera ya vagamente los esfuerzos que hacia su gefe para agruparse en torno suyo hombres activos , fieles y resueltos , y por eso me inspiraba tan vivo interés lo que me contabais.

— ¿ Y no podreis explicarme tambien el interés que os inspiraba la historia del capitán Rolando ?

— Sí , ese hombre terrible es el agente mas activo de la policia secreta del teniente criminal. Pero temo mas á los jesuitas.

— ¿ Porqué ?

— Porqué , aunque son aun poco numerosos , pertenecen á diferentes clases , y guiados por una fé ciega y una obediencia pasiva , darán terribles golpes á la propagacion del espíritu de libertad de nuestras doctrinas.

— ¿ Y no teneis personas influyentes y poderosas para combatir ?

— Sí ; combatiremos con armas iguales , y tal vez superiores. La reunion de esta noche os demostrará...

— No debo asistir á ella.

— ¿ Temeis ?

— No.

— ¿ Creeis que el hombre en cuyas manos he puesto mi vida no puede ser confidente de mis planes ?

— Contad en todo caso con mi secreto.

— Sé que puedo contar. Vereis , pues , en la asamblea sabios poe-

tas , comerciantes , ricos propietarios y hasta guerreros.

— ¡ Guerreros !

— Sí. La guerra civil es un extremo fatal, y sin embargo llegará un dia en que serán necesarios los hombres de espada para defender la reforma.

— ¡ Dios quiera que no llegue jamás ese dia terrible !

— Teneis razon. No lo quiera Dios. Creo que se debe tener paciencia , resignacion y respeto á las leyes , y me opondré con todas las fuerzas de mi conviccion , si es preciso sacar la espada para imponer la Iglesia evangélica por medio de la violencia.

— ¿ Y si se tratara de defender vuestra vida y la de vuestros amigos contra una sangrienta persecucion ?

— No faltarian defensores á nuestra causa. Entre ellos contariamos con un jóven que anuncia el talento y el valor de un gran capitán , y es acérrimo partidario de la reforma.

— ¿ Cuál es su nombre ?

— *Gaspar de Coligny.*

— No me es desconocido ese nombre.

— Su padre combatió valerosamente en las últimas guerras de Italia y Alemania y murió dejando sus hijos en tierna edad. La esposa de Coligny , piadosa y enérgica mujer , los ha educado en la fé evangélica , y encontré hace un año un refugio en su castillo de Chatillon-sur-Loing en Borgoña , donde conocí á su primogénito Gaspar. La precoz madurez de aquel jóven , su varonil dulzura , sus virtudes y su adhesion á nuestra causa , despertaron en mí halagüeñas esperanzas y...

— Caballero , dijo Cristian en voz baja interrumpiendo á Juan Calvino , me parece que nos siguen : veo hace algun rato á corta distancia detrás de nosotros tres personas que no se acercan ni se alejan.

— Parémonos y dejémosles pasar : veremos si se obstinan en seguirnos.

— Tal vez sean algunos de vuestros partidarios que , como nosotros , se dirigen al punto de la reunion.

— Pronto lo sabremos.

Cristian y Juan Calvino se pararon , y no tardaron en ver pasar tres hombres embozados y con espada.

El uno de ellos , aprovechándose de la claridad de la luna que acababa de asomar en el horizonte , pareció examinar atentamente

á Juan Calvino á pasar por su lado , y despues de haber andado algunos instantes con sus amigos , se separó de ellos , volvió atrás y acercándose á Cristian y á su compañero , dijo saludando :

— Señor Calvino , tengo un placer en veros.

— ¡ Señor de Coligny ! repuso el reformador con acento de alegría ; habeis venido... y veo colmadas mis esperanzas.

— ¿ Podia dejar de acudir al llamamiento de mi gefe y del íntimo amigo de mi madre ?

— ¿ Son de los nuestros , señor de Coligny , las personas que os acompañan ?

— Si ; el uno es francés y el otro extranjero , pero ambos adictos á nuestra causa. He creido que podia traerles á nuestra reunion , y respondo de ellos como de mi propio... ¿ Me permitireis que os los presente ?

— Con mucho gusto.

— El uno es un príncipe de Alemania , *Karl de Gerolstein* primo del príncipe de *Dos Puentes* , y como él , uno de los mas decididos partidarios de Lutero , y el otro es el hijo menor del conde *Neroweg de Plouernel* , uno de los nobles mas poderosos de Bretaña y Auvernia , el cual es tan celoso defensor de la reforma como su hermano de la Iglesia de Roma.

— ¡ Tristes divisiones del hogar doméstico ! dijo Cristian suspirando.

— La luz evangélica , añadió Calvino , penetrará al fin en todos los corazones de la familia cristiana.

— Permita el cielo que llegue pronto esa era de paz y concordia , respondió Gaspar de Coligny. Tambien mi amigo Gaston desea vivamente que llegue ese dia venturoso.

— ¿ Y cual es en el mundo la posicion de vuestro amigo ?

— El vizconde de *Plouernel* es capitan del regimiento de Bretaña. Ha propagado en su provincia la reforma , y para describiros su caracter , os diré unicamente que mi madre me ha dicho que no podia elegir un amigo mas digno y prudente que *Gas-ton*.

— El parecer de una madre , y de una madre como la señora de Coligny , no puede equivocarse en la eleccion de los amigos de su hijo , respondió Juan Calvino. Nuestra causa necesita el apoyo de los hombres honrados. Deseo manifestar á vuestros amigos mi gratitud por su cooperacion.

Gaspar de Coligny fué á reunirse con sus amigos para comunicarles el deseo de Juan Calvino.

Se acercaban á la eminencia donde se hallaba la cantera.

La luna subia con majestuoso curso por el horizonte , y á su amarillento resplandor aparecia la ciudad como un monton de fantasmas , entre los cuales corria el Sena reflejando en sus aguas la luz del astro de la noche.

Reinaba un silencio profundo , pero las auras traian á intervalos rumores lejanos , el toque fúnebre de alguna campana, el ladrido del perro que vela en la puerta de la cabaña del labrador, el murmullo sordo del rio y alguna voz perdida entre estos confusos rumores.

En el extremo del horizonte , hácia el oriente , se veian en la falda de las mas remotas colinas luces pálidas que brillaban como faros : era el resplandor del hogar de alguna morada de aldea , ó el farol que cuelgan los pescadores en la proa de su barca ; de vez en cuando cruzaba el cielo con rapidez asombrosa alguna exalacion que creemos estrella , y que desaparece y se apaga entre la niebla , y los árboles de Montmartre inclinaban suavemente sus ramas al soplo del viento, como si saludasen á algun genio invisible para las miradas del hombre.

CAPÍTULO V.

La asamblea de los calvinistas.— Profesion de fé.— Gaspar de Coligny.— Los Lebrenn, y los Plouernel.—
El salmo de Clemente Marot.— La puerta de Montmartre.

Cristian se estremeció de sorpresa al oír el nombre de Neroweg de Plouernel.

La casualidad le aproximaba á uno de los descendientes de los Neroweg, de aquella familia de señores francos con la que por su desgracia se habian encontrado tantas veces los hijos de Joel el Galo al través de los siglos. Sentia por lo tanto una repulsion instintiva hácia el vizconde de Plouernel, y le dirigió una mirada inquieta y sombría cuando se aproximó á Juan Calvino, acompañado de M. de Coligny y del príncipe Karl de Gerolstein.

Mientras este saludaba á los recién llegados, Cristian examinaba atentamente al descendiente de los Neroweg cuyas facciones presentaban el tipo característico de su familia, pero asombró al impresor la espresion de franqueza y de bondad que se advertia en la fisonomia de aquel jóven, que tenia algunos años mas de edad que Gaspar de Coligny.

— Señores, dijo Calvino, cuya voz interrumpió las reflexiones de Cristian, siento una grata satisfaccion en presentaros á un amigo leal, á un impresor del taller de nuestro correligionario Roberto Estienne. El señor Lebrenn ha espuesto su vida y la tranquilidad de su familia para darme hospitalidad, y le debemos ademas el descubrimiento de este sitio donde podremos reunirnos esta noche secretamente y sin peligro.

— Señor Lebrenn, dijo Gaspar de Coligny dirigiéndose á Cristian sin orgullo; os damos las gracias por lo que habeis hecho por Juan Calvino.

— Y por otra parte, añadió Neroweg, vizconde de Plouernel, me alegro de conocer á uno de los cooperadores de mi amigo Roberto Estienne. Nosotros, hombres de guerra, solo podemos defender nuestra causa con la espada, pero Estienne posee un talisman poderoso... la imprenta... ¡Loor y gloria á tan precioso descubrimiento! La imprenta es el sol del nuevo dia de resplandor y dicha, y ahuyentará para siempre las tienieblas de la ignorancia.

— Teneis razon, señor de Plouernel, el descubrimiento de la imprenta es una inspiracion de la divinidad, es el paso decisivo del hombre en el camino del progreso y del perfeccionamiento de la sociedad, dijo Cristian.

— Se hace tarde, dijo Juan Calvino, nuestros amigos nos esperan sin duda.

Y continuó siguiendo la tortuosa pendiente de la colina de Montmartre llevando á sus lados á Gaspar de Coligny y al vizconde de Plouernel.

Cristian, dominado aun por la éstrema sorpresa que le causaban las afables palabras del descendiente de los Neroweg, seguia silenciosamente á Juan Calvino sin advertir que el príncipe Karl de Gerolstein le observaba hacia algunos momentos con creciente atencion. Aquel caballero, que estaba en el vigor de la edad y cuyo rostro era varonil y franco, dió algunos pasos al lado del impresor, y despues le dijo:

— Os aseguro que aunque hace poco no he pagado, como mis amigos, con un justo elogio la animosa hospitalidad que habeis dado á Juan Calvino, no por eso aprecio menos la generosidad de vuestra conducta. Vuestro nombre ha llamado mi atencion.

— ¿ Mi nombre ?

— Sí.

— ¿ Porqué razon, siendo vos un príncipe y yo un oscuro artesano ?

— Todos los hombres son iguales delante de Dios.

— Pero no delante de los hombres.

— Tal vez será cierto. Pero vuestro nombre me ha despertado numerosos recuerdos...

— Me admira lo que decís.

— ¿ No os llamais Lebrenn ?

— Sí.

— ¿ No es la cuna de vuestra familia la Bretaña armoricana ?

— Sí.

— Antes de la conquista de la Galia por Julio César ¿ no habitaba vuestra familia cerca de las piedras sagradas de Karnak ?

— Es cierto.

Cristian miraba á Karl de Gerolstein sin disimular el estupor que le causaba el encontrar un extranjero tan íntimamente enterado de estas particularidades de familia que se remontaban á tantos siglos.

El príncipe continuó su interrogatorio con cariñoso acento, diciendo:

— A mediados del siglo VIII, uno de vuestros antepasados llamado *Ewrag*, hijo de *Vortigern*, uno de los mas intrépidos defensores de la independencia de Bretaña y nieto de *Amael*, que conoció á Carlomagno ¿no abandonó su pais natal?

— Sí.

— ¿Recordais en que época?

— Despues de la grande insurreccion armoricana. Los bretones habian llamado en su auxilio á los piratas normandos establecidos en la desembocadura del Loira. *Ewrag* se embarcó para el Norte con aquellos extranjeros.

— ¿No dejaba en la Galia dos hermanos?

— Si; *Rosneven* y *Gomer*.

— Ese *Ewrag*, establecido desde entonces en Dinamarca, tuvo un nieto llamado *Gaelo*.

— Es cierto.

— ¿No fué en el año 912 uno de los gefes de piratas que vinieron á sitiar á Paris al mando del viejo *Rolf* que mas tarde fué duque de Normandia?

— ¿Cómo sabeis, señor, esas particularidades de la historia de mi familia?

Karl de Gerolstein se sonrió y añadió:

— ¿No fué reconocido *Gaelo* como uno de los miembros de vuestra familia por *Eidiol*, decano en aquellos tiempos de los marineros parisienses?

— En efecto, *Gaelo* fué trasladado á la casa de mi antepasado *Eidiol* despues de haber sido herido, y se vieron al curar la herida del pirata normando las dos palabras *Brenn Karnak*, escritas en su brazo con caracteres indelebles, costumbre adoptada con frecuencia en aquellos tiempos desastrosos en que la violencia y la esclavitud separaban muchas veces á las familias desde la cuna, pues por medio de aquellos signos indelebles podian al menos esperar que reconocerian y encontrarían á sus hijos en medio de tantos trastornos.

— *Gaelo*, despues de haberse casado con la hermosa *Sygna*, una de las *Virgenes de los Escudos*, que formaban parte de la expedicion del viejo *Rolf*, volvió á partir al Norte.

— Sí, y despues de tantos siglos hemos llegado á ignorar la sue-

te de aquella rama de nuestra familia. Pero os repito, señor, que no puedo comprender como, siendo príncipe aleman, sabeis tan exactamente los anales de una familia plebeya de la Galia.

—Vuestra sorpresa cesará cuando...

Karl de Gerolstein fué interrumpido por Juan Calvino que volviéndose hácia Cristian, le preguntó:

—Ya estamos en la cima del collado: ¿qué camino debemos tomar?

—Iré delante y os lo indicaré, respondió Cristian.

Y apresuró el paso en tanto que el príncipe de Gerolstein le decia:

—No podemos seguir ahora nuestra conversacion que por mil razones me interesa. ¿Dónde vivís?

—En el puente del Cambio, en frente y á la derecha de la cruz, entrando por la puerta del Louvre.

—Iré á veros mañana por la noche.

—Os esperaré.

—Elijo esta hora, señor Lebrenn, para no distraeros de vuestro trabajo.

Y alargando la mano al impresor, el príncipe Karl de Gerolstein añadió:

—Dadme la mano, Cristian Lebrenn.

—¡Tanto honor!

—Somos de la misma familia.

—¿Vos?

—Sí: desciendo de Gaelo el pirata normando. Mi hijo, que es joven aun, sabe que la cuna de nuestra familia es la antigua Galia armoricana. Los siglos y las conquistas han elevado á nuestra casa á la categoria de soberana, pero somos de origen plebeyo...

El príncipe, despues de haber estrechado cordialmente la mano de Cristian, que estaba absorto oyendo tan inesperada revelacion, fué á reunirse con Juan Calvino y sus amigos.

Justino, que estaba de atalaya en la entrada de la senda pedregosa que conducia á la cantera, se acercó á su compañero de taller diciéndole:

—Ya empezaba á alarmarme.

—¿Han llegado todas las personas convocadas á la cita? preguntó Juan Calvino.

—¿Todas? Sé únicamente que hay muchas reunidas.

—¿Las habeis contado?

— Sí he contado sesenta y dos.

— Bien, dijo Calvino, nadie ha faltado.

— Me quedo aquí de centinela, dijo Justino; maese Roberto Estienne ha suplicado á uno de sus amigos que fuera á hacer lo mismo en la escavacion en que termina la salida subterránea de la cantera.

— ¿Has examinado esa abertura? le preguntó Cristian.

— Sí; esta mañana. El corredor subterráneo principia en la piedra detrás de la cual nos escondimos, y es practicable.

— En caso de alarma, corred á avisar á la asamblea, le dijo Juan Calvino.

— Sí; y la misma órden ha dado maese Roberto Estienne al que vigila la entrada opuesta. Es imposible que invadan á un tiempo la cantera por ambos lados, y una de las dos quedará libre.

— Así lo esperamos.

— Sí la reunion termina pacíficamente, amigo Justino, le dijo Cristian, volveré por esta senda: espérame y entraremos juntos en Paris.

— Bien; te esperaré.

Cristian, Juan Calvino y sus amigos penetraron en la cantera, donde se hallaban reunidos los principales partidarios de la reforma en Paris: abogados, literatos, ricos comerciantes, artistas, sabios, señores, y gentes de corte y de espada. Asi pues, sin contar á *Gaspar de Coligny*, al príncipe *Karl de Gerolstein* ni al vizconde de *Plouernel*, todas las clases estaban representadas en aquella reunion de la cual formaban parte *Juan Dubourg*, pañero en Paris, calle de San Dionisio; *Esteban Laforge*, rico hacendado; *Clemente Marot*, uno de los poetas mas ilustres de aquella época; un jóven y sabio cirujano muy famoso ya, *Ambrosio Pareo*, esperanza de su arte y de la ciencia; *Bernardo Palissy*, alfarero, cuyas obras serán inmortales y tan célebre en las nociones de la alquimia como reputado escultor: finalmente, asistian á la asamblea algunos gefes de las corporaciones pero en reducido número.

Algunas antorchas de cera, que habian traído los concurrentes, alumbraban la profundidad de la cantera, lanzando confusos resplandores sobre aquellos graves personages. Cuando entró Juan Calvino seguido de Gaspar de Coligny, del príncipe de Gerolstein y del vizconde de Plouernel, le conocieron algunos de los reformados, su nombre corrió de boca en boca con espresion de confianza y res-

peto , y los que no le habian visto examinaban con atencion su fisonomia grave, varonil y resuelta.

Reinó un profundo silencio y los reformadores se formaron en circulo en derredor de Calvino , que subiendo sobre una piedra , les dijo con voz sonora :

— Voy á enteraros en breves palabras del motivo de esta reunion. Acabo de recorrer la mayor parte de Francia ; he hablado con la mayor parte de nuestros pastores y amigos , para fijar de acuerdo con ellos los artículos de fé de la religion evangélica , cuya base puso Lutero. Si la fórmula de nuestras comunes creencias es adoptada por vosotros , como la han adoptado ya la mayor parte de nuestros amigos , quedará constituida la unidad de la Iglesia reformada.

Juan Calvino sacó del bolsillo varias hojas de papel y dijo :

— Este es nuestro credo.

Uno de los reformados se acercó con su antorcha y alumbró al apostol de la heregia el cual leyó lo siguiente en medio del mas profundo silencio.

JUAN CALVINO.—«Creemos y confesamos que existe un solo Dios «esencia única espiritual, eterna, invisible, inmutable, infinita, «incomprensible, inefable, omnipotente, todo sábia, todo buena, «todo justa y todo misericordiosa.»

LOS REFORMADOS.— ¡ Si lo creemos y confesamos !

JUAN CALVINO.—«Creemos y confesamos que Dios se manifiesta «asi á los hombres, primeramente con la creacion y por la conser- «vacion de todo lo creado, y en segundo lugar por la revelacion «de su palabra, transmitida por Moises, y que constituye lo que «llamamos *Santa Escritura* contenida en los libros canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento.»

LOS REFORMADOS.— ¡ Si ; lo creemos y confesamos !

CRISTIAN LEBREN, que estaba en la entrada de la gruta oyendo la profesion de fé :—Hasta ahora , lo mismo podria contestar cualquier católico.

JUAN CALVINO.—«Creémos y confesamos que la palabra conte- «nida en esos santos libros, procedentes de Dios y no de los hom- «bres , es la regla de toda verdad ; que nadie puede cambiar ni «quitar nada de ello , y que la costumbre, los edictos, los concilios «y los milagros no pueden oponerse en nada á la Santa Escritura, «sino al contrio deben de reformarse por ella.»

LOS REFORMADOS.— ¡ Si ; lo creemos y confesamos !

CRISTIAN LEBRENN.—Aquí principia la libertad de exámen: veremos como arregla este reformador su edificio religioso.

JUAN CALVINO.—«Creemos y confesamos que esta Santa Escritura nos enseña que la esencia divina se compone de tres personas: «Padre, Hijo y Espiritu Santo, y que esta Trinidad es manantial «de todas las cosas visibles é invisibles.»

LOS REFORMADOS.—Si: lo creemos y confesamos; es para nosotros un artículo de fé, la base de nuestra sociedad.

CRISTIAN LEBREN.—Y á mi me estraña este artículo, pues segun me habia dicho Roberto Estienne, lo nuevos sectarios no admitian los misterios. ¿Será esta heregia un medio para engrandecerse este apostol de la reforma? Escuchemos.

JUAN CALVINO.—«Creemos y confesamos que el hombre, habiendo sido creado puro y á imagen de Dios, perdió por su propia falta la gracia que habia recibido, y que toda la descendencia «de Adan está manchada con el pecado original hasta los tiernos «niños en el seno de su madre.

LOS REFORMADOS.—Si, lo creemos y confesamos.

UN REFORMADO dirigiéndose á Calvino.—¿Puedo hacer una objecion?

JUAN CALVINO.—Hacedla.

UN REFORMADO.—Dios, que es todo amor y misericordia, ¿puede castigar en el seno maternal al niño que ha de nacer? Dios, que es justo, que todo lo sabe, pasado, presente y porvenir, ¿pudo permitir que el hombre pecase? ¿Es creible que el padre capaz de dar á sus hijos un discernimiento cierto para que eviten el mal, les deje voluntariamente indecisos entre lo justo é injusto, cuando sabe que elegirán la iniquidad, y cuando sabe que la consecuencia de esta eleccion será su desgracia y la de toda su descendencia?

JUAN CALVINO.—Nuestros primeros padres, cuando fueron sacados de la nada, á nada tenian derecho, y al darles Dios la existencia, hasta podia criarlos en un estado inferior al que se encontraban al salir de sus manos. El mandamiento que Dios les impuso depues de haberles colmado de gloria y felicidad era facilísimo de cumplir, y sabian que de infringirlo dependia su dicha y la de sus descendientes. La voluntad del señor es impenetrable. Nuestra razon debe humillarse ante lo que parece incomprendible.

LOS REFORMADOS.—La Santa Escritura lo dice; debemos creerlo.

JUAN CALVINO.— «Creemos y confesamos que el hombre, á consecuencia del pecado original, corrompido en su naturaleza, «ciego en su espíritu y depravado en su corazón, perdió toda virtud, y aunque haya conservado aun la noción del bien y del mal, «cae en las tinieblas cuando quiere comprender á Dios con auxilio «de su inteligencia y de su razón humana; finalmente, que aunque tenga voluntad de hacer esto ó aquello, esta voluntad es esclava del pecado, de modo que el hombre, fatalmente condenado al mal y caído en maldición, no es libre de hacer el bien sino por la «gracia de Dios.»

LOS REFORMADOS.— Si; lo creemos y confesamos.

CRISLIAN LEBREN, aparte.— Es decir que Calvino esclaviza la razón y el libre albedrío hasta convertir al hombre en un ser ciego, condenado al mal, y exagerando la doctrina de la gracia, le niega la libertad y hasta la noción del bien y del mal. Repruebo, buen Calvino, tu fanatismo y prefiero sobre este punto la doctrina católica.

JUAN CALVINO.— «Creemos y confesamos que Jesucristo, siendo «la sabiduría de Dios y su hijo eterno, tomó nuestra carne para «ser Dios y hombre en una misma persona; le consideramos de «tal modo en su divinidad que no le despojamos de su humanidad; «creemos y confesamos que Dios, al enviar á su Hijo, quiso mostrar «su inefable bondad hácia nosotros entregándole á la muerte y resucitándole para hacer completa justicia y adquirirnos la vida celestial.»

LOS REFORMADOS.— ¡Sí, lo creemos y confesamos!

UN REFORMADO.— ¡Glorificado sea Dios que nos envió á su Hijo para rescatarnos con su sangre!

OTRO REFORMADO.— Perdonad si me separo de vuestro parecer, pero decidme: ¿Para qué nos condenó Dios si habia de rescatarnos tan pronto? La base de la reforma debe ser la estirpacion de todo lo que se opone á la razón humana. ¿Qué nos importan los dogmas del pecado original y de la necesidad de nuestra redención?

JUAN CALVINO.— Vuestras ideas son ateas y destruyen desde su base el cristianismo. La razón humana es ciega y solo obramos por la gracia.

Los demás reformados aprueban las palabras de su maestro.

JUAN CALVINO.— «Creemos y confesamos que por medio del sacrificio único que Nuestro Señor Jesucristo ofreció en la cruz, fui-

«mos reconciliados con Dios para ser reputados justos ante él;
«creemos tambien que debemos á Jesucristo nuestra emancipacion
«completa y perfecta ; y creemos y confesamos que , sin desconocer
«las virtudes y los méritos , estamos obligados , para la remision
«de nuestros pecados , á la simple obediencia y á la fé y á la ley de
«Jesucristo. »

LOS REFORMADOS. — ¡ Sí, lo creemos y confesamos !

UN REFORMADO. — La fé y la ley de Jesucristo es nuestra religion.

OTRO. — Solamente por la fé , la práctica de la ley evangélica serán perdonados nuestros pecados.

JUAN CALVINO. — « Creemos y confesamos que , habiéndonos
«dado á Jesucristo como el único intermedio cerca de Dios , y que
«nos recomienda que nos retiremos á la soledad para dirigir, priva-
«damente y en su nombre , nuestras oraciones á su Padre , todo lo
«que los hombres han imaginado de la intercesion de los santos son
«abusos inventados para desviar á los hombres de la simple y di-
«recta oracion.

LOS REFORMADOS. — ¡ Sí, lo creemos y confesamos !

JUAN CALVINO. — « Creemos y confesamos que es una ilusion del
«mismo género el purgatorio , asi como los votos monásticos , las
«peregrinaciones , la prohibicion del matrimonio á los sacerdotes ,
«la confesion auricular , la observacion de ciertos dias en que no se
«puede comer carne , las indulgencias y otras idolatrias , por medio
«de las cuales se cree alcanzar la salvacion

LOS REFORMADOS. — ¡ Si, lo creemos y lo confesamos !

UN REFORMADO. — ¡ No mas papa !

OTRO. — ¡ No mas adoracion de imágenes !

OTRO. — ¡ No mas confesion !

OTRO. — ¡ No mas intermedio entre Dios y el hombre !

JUAN CALVINO. — « Creemos y confesamos que tales ilusiones son
«idolatrias , y las rechazamos apoyados en la autoridad de los libros
«santos , y en las palabras y hechos de los apóstoles.

« Creemos y confesamos que donde no se ha recibido la palabra
«de Dios , no existe Iglesia alguna , y por esto rechazamos las asam-
«bleas conocidas con el nombre de concilios.

« Creemos y confesamos que todos los hombres son verdaderos
«sacerdotes en cualquier lugar que estén , con tal que sean puros y
«reconozcan por único soberano y universal obispo á Nuestro Señor

« Jesucristo , por cuya razon protestamos de que ninguna Iglesia ,
 « aunque se llame católica , pueda pretender dominacion ó señorío
 « sobre cualquier otra.

« Creemos y confesamos que los pastores , vigilantes y diáconos ,
 « deben proceder de la eleccion , teniendo de este modo un testimo-
 « nio de la confianza del pueblo. Para ejercer su cargo , deben acor-
 « dar entre ellos las reglas generales de la Iglesia , sin decretar ,
 « bajo el pretexto del servicio divino , ninguna regla que pueda ligar
 « las conciencias.

LOS REFORMADOS. — Si , queremos elegir nuestros pastores ; que-
 remos la libertad de conciencias.

JUAN CALVINO. — « Creemos y confesamos que no hay mas que dos
 « sacramentos: el *bautismo* que nos lava la mancha del pecado ori-
 « ginal , y la *santa cena* ó comunión que nos alimenta y vivifica espi-
 « ritualmente con la substancia de Jesucristo , misterio celestial é
 « inesplicable.

« Finalmente, creemos y confesamos que Dios quiere que los hom-
 « bres sean gobernados , que ha establecido reinos electivos ó he-
 « reditarios , principados , repúblicas ú otras formas de gobierno , y
 « por lo tanto hemos de obedecer sus leyes y estatutos, pagar los im-
 « puestos y cumplir todos los deberes de ciudadanos y de súbditos de
 « buena y franca voluntad , aunque los gobiernos sean inicuos ,
 « con tal que el imperio soberano de Dios permanezca íntegro, y por
 « lo tanto repudiamos á los que quieran rechazar las superiorida-
 « des , la confusion y comunidad de bienes y derrocar el órden de
 « la justicia. » (1)

LOS REFORMADOS. — ¡ Si , lo creemos y confesamos !

UN REFORMADO. — Acepto la confesion de fé , pero me parece que
 no es justo el tener que someterse á una autoridad inicua. ¿ Qué en-
 tiende Calvino por el imperio soberano de Dios ?

JUAN CALVINO. — El imperio de la conciencia , el libre ejercicio de
 nuestra religion. Tal es , hermanos, nuestra confesion de fé. ¿ La
 aceptais ?

LOS REFORMADOS. — ¡ Si , si , la aceptamos !

JUAN CALVINO. — Sé que se ha formado una congregacion pode-
 rosa para combatirnos... se llama la *Compañia de Jesus*. ¿ Qué acti-
 tud debemos tomar ante las persecuciones que nos amenazan ? ¡ De-

(1) CONFESIONES DE FE de las Iglesias reformadas. — Anales eclesiásticos, por TEODORO
 DE Beze. — Tomo I , p. 109-118.

bemos sufrirla con resignacion ó rechazar la fuerza con la fuerza? Tal es la cuestion que con mayor urgencia tenemos que resolver.

ROBERTO ESTIENNE.—Soy de opinion de que debemos, asi como lo hemos hecho ya, y Juan Calvino el primero, elevar al rey Francisco I nuevas y respetuosas esposiciones, para que se digne dejarnos practicar pacificamente nuestra religion, conformándonos rigurosamente, segun nuestra costumbre, á las leyes del reino. Si nuestra humilde súplica vuelve á ser rechazada, saquemos de la fuerza misma de nuestras convicciones el valor de soportar la persecucion hasta los últimos límites de lo posible...

JUAN DUBOURG, *mercader de paños*.—Soy del parecer de Roberto Estienne; resignemonos con paciencia y con valor. Hermanos, advertid que la guerra civil es horrible, y que un hombre seguro en sus creencias, debe apurar todos los dolores y amarguras, y si es preciso, hasta morir confesando su fé antes que desencadenar sobre su pais los horrores de una lucha fratricida.

JUAN CALVINO.—Señor de Coligny, ¿cuál es vuestra opinion?

GASPAR DE COLIGNY.—Soy el mas jóven de la asamblea, y me adheriré al parecer de la mayoria.

JUAN CALVINO.—Sois militar y conviene saber vuestra opinion.

GASPAR DE COLIGNY.—Ya que insistís, debo declarar aqui que mi familia tiene mucho que agradecer á la bondad del rey, el cual se ha dignado confiarme, á pesar de mi escasa edad, una compania en su ejército. Estoy por consiguiente ligado á él por la gratitud... Pero el deber que impone la fé es para mi superior á la gratitud y á los regios favores. Deploro los crueles extremos de la guerra civil, que me horroriza, pero aunque siento profundamente sacar la espada contra los consejeros de mi rey, me resolveria á esta fatalidad si llegando la persecucion á sus últimos límites, fuera preciso defender la vida de nuestros hermanos puestos en la alternativa de morir ó abjurar su fé. En cuanto á decir mi parecer sobre la oportunidad del momento de la lucha, me abstengo de hablar y lo dejo al buen criterio de personas mas espertas que yo, pero en el momento de la accion, mis bienes, mi espada y mi vida estarán en servicio de la causa.

AMBROSIO PAREO.—Cristo y la caridad de mi profesion me ordenan que preste mis cuidados á mis amigos lo mismo que á mis enemigos, y por esta razon, solo puedo, hermanos míos, pronunciar aqui palabras de paz. Somos inflexibles en nuestras creencias, pero

obliguemos á nuestros mismos perseguidores á reconocer nuestra moderacion ; cansemos su violencia con nuestra paciencia.

EL VIZCONDE DE PLOUERNEL.— Pero la paciencia tiene sus límites.

AMBROSIO PAREO.— Si , cuando no termina con la violencia.

EL VIZCONDE DE PLOUERNEL.— ¿ No ha durado bastante nuestra resignacion ? ¿ no aumenta el encono de nuestros enemigos ? ¿ pueden hacer mas de lo que hacen ? Quereis recurrir por última vez á humildes esposiciones... Enhorabuena : pidamos , supliquemos , pero si se nos contesta con una negativa , alcémonos con resolucion y pronto contra nuestros enemigos. Estamos en mayoria en algunas ciudades mercantiles y en ciertas provincias , y podemos rechazar la fuerza con la fuerza. Muchos seguirán nuestro ejemplo , y nuestros enemigos retrocederán ante nuestra actitud amenazadora y atenderán nuestras exigencias. Soy de opinion de que si continuamos en nuestra resignada actitud , vamos á esponernos á ver de dia en dia desaparecer nuestro partido , y cuando llegue la hora del combate , habremos perdido nuestros mejores soldados. En resumen , tratemos por vez postrera de obtener el libre y pacífico ejercicio de nuestro culto... y de lo contrario ¡ á las armas !

EL PRÍNCIPE KARL DE GEROLSTEIN.— Soy extranjero y llego de Alemania donde he asistido á las luchas y al triunfo de la reforma predicada por Lutero.

JUAN CALVINO.— Contadnos , pues , lo que habeis visto.

EL PRÍNCIPE KARL DE GEROLSTEIN.— Os lo diré en breves palabras. En nuestra vieja Alemania no se ha pedido ni suplicado , pero soberanos , señores y plebeyos han decidido orar segun su conciencia. La reforma ha hecho alli progresos mas rápidos , y desafía actualmente á sus enemigos. Ya se que en Francia está mas arraigado el catolicismo , pero con resolucion se alcanza todo.

BERNARDO PALISSY.— ¿ Qué os diré , hermanos míos ? Soy un humilde alfarero , pero espondré con franqueza mi opinion. Lo que vamos á pedir no lo alcanzaremos con esposiciones. Un rey católico , que se honra con el título de primogénito de la Iglesia , no reconocerá voluntariamente la reforma. La reforma niega la autoridad del Pontífice , y Francisco I es su defensor. ¿ Qué pedimos ? Ejercer pacíficamente nuestro culto conformándonos á las leyes del reino. Pero estas leyes prohiben formalmente el ejercicio de todo culto que no sea el de la Iglesia católica. Luego pedimos un imposible. ¿ Qué nos resta en este caso ? Confesar nuestra fé y sufrir el rigor de las leyes

ó librarse de él abjurando, ó resistirse por medio de las armas. ¿Alcanzaremos un edicto de tolerancia? Lo dudo, y si lo alcanzáramos podría ser revocado de un momento á otro. Debemos, pues, optar forzosamente entre la abjuracion, la muerte ó la rebelion. Nada alcanzaremos, y estad seguros de que tarde ó temprano habremos de rechazar la violencia con la violencia.

—JUAN CALVINO.—¿No nos dirá su parecer nuestro célebre poeta Clemente Marot?

CLEMENTE MAROT.—Nuestro amigo Bernardo Palissy, uno de los mas grandes artistas de nuestro siglo, nos ha hablado con la franqueza propia de su carácter, y yo, como poeta, os hablaré del provecho que podrá sacarse de mi humilde arte en favor de nuestra causa. Antes de recurrir al terrible extremo de la guerra civil ¿porqué no hemos de poner en práctica la persuasion y de atraernos el mundo con el encanto divino de la palabra evangélica? Las causas pequeñas producen con frecuencia grandes efectos. Este adagio vulgar me ha inspirado la siguiente idea. Me he preguntado: ¿Qué acostumbran á cantar las mujeres, ya sean plebeyas, ya artesanas, ya señoras? Canciones de amor... Estas canciones, corrupcion de las costumbres de nuestra época, son por lo general insulsas ú obscenas. El alma, el corazon ¿no llegan muchas veces á ser eco de lo que dice el labio de lo que oimos, de lo que ocupa la mente? ¿No seria un gran bien sustituir estos cantos licenciosos con castas estrofas atractivas por el amor? Con este objeto he pensado poner en verso y en música los salmos y santos cánticos, esperando que las aficionadas á cantar, penetradas de la inefable virtud de unos cantos que rebosan de poesía celestial, los dirán, no con los labios, sino desde lo mas profundo del corazon. Asi se verian colmados mis deseos, que espreso con estos versos destinados á servir de prefacio á nuestros salmos.

Madres, hijas y esposas que Dios justo
Creó para formar su hermoso templo,
Y con cantos lúbricos é impíos
De vuestro hogar llenais los castos ecos;

Voy á entonar los cánticos sagrados
Qué llenarán de santo ardor el pecho;
Cánticos son de amor, de amor sublime,
Del goce celestial puro reflejo.

Dios los compenso, y de mi labio solo
Saldrá un remedo pálido, imperfecto,
Pero dará la paz á vuestras almas
Qué aspiran á gozar el ancho cielo.

El placer que mis cantos melodiosos
Dan al hombre en la tierra es tan inmenso,
Qué compararse puede al que los ángeles
Gozan mirando al Creador supremo (1).

Clemente Marot recitaba estos versos cuando entró de pronto Justino precipitadamente gritando:

— ¡Alerta! ¡ alerta!

Un gran tumulto sucedió á este grito de alarma.

— ¿Qué sucede? preguntó Juan Calvino tranquilizando con la mirada á sus correligionarios.

— Una partida de arqueros y de ginetes de la ronda sube por el camino de la abadia. He visto brillar á lo léjos sus cascos.

— ¿Qué haremos?

— Huid... huid por la otra salida de la cantera.

Justino tomó una de las antorchas, corrió á la entrada del corredor oculto por el peñasco y penetró en la estrecha abertura diciendo:

— ¡Seguidme!

— Amigos, exclamó el vizconde de Plouernel, todos los que ceñimos espada debemos quedar aqui. La ronda no se atreverá á acometernos, pues la corte cuenta con nuestras familias. Huid sin embargo, Calvino, y todos los que el privilegio no pone al abrigo de la persecucion de nuestros contrarios.

— Podeis huir con seguridad, añadió Gaspar de Coligny; los arqueros de la ronda, al vernos aqui, no llevarán adelante sus pesquisas.

— Si descubrieran la segunda salida por la cual vais á huir, añadió el príncipe Karl de Gerolstein, echaríamos mano á las espadas; somos veinte, capaces de contener á la ronda mientras os poneis en salvo.

Adoptaron este prudente consejo todos los que eran de humilde clase. Juan Calvino siguió el primero los pasos de Justino que lleva-

(1) *Epístola dedicatoria de los cincuenta Salmos franceses*, por CLEMENTE MAROT. Sociedad de la Historia del Protestantismo francés, t. II, p. 35.

ba la antorcha, y se agruparon en pos de él los demas reformados y Cristian.

El corredor era muy angosto en su entrada, pero se ensanchaba despues y terminaba en una escavacion profunda rodeada de precipicios, sobre uno de los cuales se veia un estrecho sendero, por donde se podia llegar hasta la cima del barranco en que principian los campos y arbolados de la falda opuesta de Montmartre.

Roberto Estienne, Clemente Marot, Bernardo Palissy y Ambrosio Pareo no se separaban de Juan Calvino, y cuando todos los fugitivos estuvieron reunidos en el fondo de la escavacion, Juan Calvino les dijo:

—Antes de separarnos, amigos míos, permitidme que vuelva á recomendaros, á pesar de la diversidad de pareceres emitidos sobre este punto, que no intenteis una rebelion que, en este momento especialmente, seria el triunfo de nuestros enemigos. Resignacion, valor, perseverancia y esperanza; tal debe ser ahora nuestra divisa. ¡Llegará el día de nuestro triunfo! Seguro, despues de la reunion de esta noche, de la adhesion de los reformados de Paris al *Credo* de la Iglesia evangélica, voy á continuar mi viaje al través de Francia, á aconsejar á nuestros hermanos de las provincias que imiten el ejemplo de Paris, oponiendo la paciencia de una fé intrépida á la persecucion de nuestros contrarios.

Y añadió dirigiéndose á Cristian:

—Adios, señor Lebreun; jamas olvidaré la generosa hospitalidad que me habeis ofrecido en época tan peligrosa.

—Adios, Juan Calvino, respondió Cristian; Dios proteja vuestra vida.

Despues de una tierna despedida entre Juan Calvino y sus correliigionarios, quedaron estos de acuerdo en que volverian á entrar en Paris en grupos aislados de tres ó cuatro personas, para no despertar las sospechas de las guardias de las puertas de Montmartre y San Honorato, enteradas sin duda de la expedicion de la ronda contra una asamblea nocturna de hereges celebrada en Montmartre.

El alba empezaba á enviar sus primeros rayos.

Juan Calvino, Roberto Estienne, Clemente Marot, Ambrosio Pareo, Bernardo Palissy y algunos otros, despues de cruzar el sendero que conducia á la parte opuesta del barranco, se dirigieron al través de los campos hacia la puerta de San Honorato. Formáronse otros grupos, y cada cual tomó una direccion diferente.

Cristian, Justino, Juan Dobourg, Laforge, otro rico mercader y el albañil Poille, cuñado de Maria la Catella, tomaron el camino de la puerta de Montmartre, á donde llegaron cuando asomaba el sol. Aunque su grupo se componia tan solo de seis personas, acordaron para mayor precaucion no penetrar en Paris sino de dos en dos: primero Juan Dobourg y Laforge, despues el mercader y Poille y últimamente Justino y Cristian. Creian que no se advertiria su entrada, porque los campesinos que traen legumbres y frutas á los mercados se agrupaban ya en las cercanías de la puerta de la ciudad con un gran número de carros.

Justino y Cristian, separados de sus amigos en medio de aquella multitud, no estaban ya mas que á algunos pasos de la bóveda de la muralla, cuando oyeron de pronto grandes voces y estas palabras pronunciadas con acento de indignacion y amenaza:

— ¡Luteranos! ¡luteranos!

— ¡Mueran los hereges!

Un cruel pensamiento desgarró el corazon de Cristian y su compañero.

— No hay duda, dijo Cristian, los amigos que nos precedian han sido reconocidos.

— ¿Y los habrán preso?

— Si.

— ¿Qué haremos?

— Tratar de ausiliarlos seria esponernos á tener la misma suerte sin esperanza de salvarlos.

— Creedme, dijo Justino, no entremos en Paris tan pronto. Somos impresores del establecimiento de Roberto Estienne, y esto basta para que nos tachen de hereges.

— ¿Y creéis que nos conocerán?

— Si; estoy seguro de que Rolando, Gainier y los espías del fiscal general han dado ya nuestras señas á sus satélites.

— Vamos pues á dar vuelta á la muralla para entrar por otra puerta.

— Si, entremos por la bastilla de San Antonio.

— Esa puerta está muy lejos de Montmartre.

— Asi tendremos mas probabilidades de no infundir sospechas.

— Mi esposa estaria con mortal inquietud sino me viera pronto en casa, dijo Cristian. Voy á ver si puedo pasar á favor del tumulto que, desgraciadamente para nuestros amigos, aumenta.

— ¡ Deten ! ¿ No oyes esos gritos terribles ?

— ¡ Oh ! si.

— Pues yo no me atrevo á arrostrar un peligro inutil.

— ¿ Me abandonas ?

— No tengo mujer ni hijos , y mi ausencia prolongada no inquietará á nadie. Prefiero entrar por la bastilla de San Antonio. ¡ Adios !

— ¡ Adios !

— Nos volveremos á ver pronto en la imprenta.

— Asi lo espero.

Y los dos amigos se separaron.

Cristian , cuya angustia aumentaba por momentos al pensar en los que habian entrado antes que él , se resolvió á penetrar en Paris esponiéndose á ser preso. Sin embargo , viendo á su lado un campesino que conducia un carro cargado de legumbres y cubierto con un lienzo sostenido por aros , le dijo sacando del bolsillo una moneda.

— Amigo mio , estoy rendido de cansancio y voy hácia los mercados ; ¿ quereis dejarme un sitio en vuestro carro hasta el centro de la ciudad ?

— Con mucho gusto , respondió el campesino tomando la moneda :

Cristian subió y se ocultó en el fondo del carro. Separó los pliegues del lienzo para ver lo que pasaba , porque los gritos eran cada vez mas amenazadores. ¡ Ah ! apenas entró el carro en el interior de la ciudad , despues de haber pasado por la bóveda de la puerta , cuando Cristian , dominando la multitud , vió á corta distancia atados ya á Poille , á Juan Dubourg y á Laforge. Una partida de arqueros formada en dos filas contenia apenas la multitud furiosa que pedia á grandes voces la muerte de los hereges , pero el carro continuó su marcha , dobló una esquina y desapareció aquel espectáculo á los ojos de Cristian.

Mas adelante supo los pormenores del arresto. La Poille era conocido hacia mucho tiempo por herege , y le prendieron los espías de Rolando , que esperaban desde media noche en la puerta de Montmartre. Juan Dubourg y Laforge , que iban algunos pasos detrás del cuñado de la Catella , cediendo á un impulso generoso , corrieron en su auxilio , y únicamente porque le conocieron fueron presos y atados. Cristian supo mas adelante que Rolando habia descubierto la reunion de los reformados en Montmartre. He aqui como lo descu-

brió. Cuando acompañaba al sargento en sus pesquisas en el desvan de su casa, vió esparcidos sobre el pavimento algunos fragmentos de cartas de convocacion escritas por Calvino y en los cuales se leia la palabra Montmartre. Corrió entonces á comunicar sus sospechas al fiscal general, que puso en campaña su ronda, pero cuando los arqueros entraron en la cantera, se hallaron frente á frente de señores y guerreros distinguidos con la espada en la mano y resueltos á defenderse, y no se atrevieron á prenderlos.

Cristian bajó del carro en medio de Paris y se dirigió apresuradamente á su casa. Estaba en la entrada del puente, cuando vió que corria hácia él su cuñado Josefino, el cual habia esperado toda la noche el regreso de Cristian.

— Huye... huye al instante, le dijo :

— ¿Qué sucede ?

— La ronda ha registrado tu casa y se han llevado presos á Hervé, á Hena y á Brígida.

— Cristian quedó mudo de terror.

— Te esperan además tres arqueros ocultos en tu casa.

— ¡Cielos ! exclamó Cristian abatido. ¡Corramos á salvarlas !

— Y correrás á una muerte segura.

— Es cierto... es cierto.

— ¡Es forzoso huir !

Cristian se sentó un momento con ademan sombrío, pero impulsado por Josefino, que miraba por todas partes azorado, se levantó y se decidió á buscar un refugio seguro.

CAPITULO V.

Reclusion de Hena. — Quién era Desmontal.

Hena Lebrenn, despues de haberse separado de su madre, fué conducida al convento de las Agustinas. Pocos momentos despues, entró en el monasterio Rolando, pidió de órden del teniente criminal una audiencia á la superiora, y medió la siguiente conversacion.

— Señora, le dijo Rolando ¿acabais de recibir una jóven?

— Si señor; y por cierto que me ha admirado su candidez y su hermosura.

— El teniente criminal me encarga que la trateis con severidad.

— ¿Qué delito ha cometido?

— No os dejeis seducir por esa sirena. Es hija de un herege.

— ¿Y ella?

— Tan ciega en la heregia como su padre.

— ¡Tan jóven y bella! ¡Qué desgracia!

— Haced todos los esfuerzos posibles para que profese.

— Dificil me parece la empresa.

— Valeos de todos los medios, de la persuasion y la dulzura primero y despues del rigor.

— Advertid que si no tiene vocacion...

— Asi lo manda el rey.

— Obedeceré.

— Confio, pues, en vuestro celo.

Rolando se despidió de la superiora del convento de las Agustinas que de la compasion habia pasado su alma al rigor que le exigia la órden del rey, aunque tenia que hacer un doloroso esfuerzo.

— ¡Pobre niña! exclamó. ¡Tan jóven y hermosa y sumida en las tinieblas de la heregia! ¡Oh! si; seré severa y conseguiré su conversion.

Rolando salió del convento con aire de triunfo y murmurando:

— No será tuya, Renepont. Llegó la hora de mi venganza. Morirás en la hoguera.

Hena contó las consecuencias de su arresto en la carta siguiente que debia entregarse á Brígida.

En ella se vé que la superiora del convento de las Agustinas, movida por un exceso de celo y deseando cumplir las órdenes del monarca, se habia escedido en los medios rigurosos que le aconsejára Rolando. Creyó que el candor de Hena era ficcion y maldad, y no perdonó esfuerzos para purgarla de la heregia.

CARTA DE HENA LEBRENN.

Diciembre de 1534.— En el convento de las Agustinas.

— ¡Qué dicha! Me han asegurado, querida madre mia, que leeréis esta carta. ¡Cielos! Tomo la pluma y mi imaginacion se confunde, por que cruzan mis ideas por ella sumiéndola en negras tinieblas. Quisiera poder deciros á un tiempo todo lo que me ha sucedido desde nuestra separacion hasta este momento... ¡Ah! tengo que deciros tantas cosas, que tanto vos como mi padre os quedaréis asombrados, y tal vez pesarosos, cuando sepais que hoy...

Pero es preciso principiar mi relato desde aquella malhadada noche en que nos condujeron, á vos á la cárcel del Chatelet, y á mi aquí... Ignoro lo que ha sido de vos y de mi padre, y mis preguntas acerca de este punto no han tenido contestacion. Me han dicho siempre que estabais buena... Lo espero, lo creo: ¿qué interés pueden tener en engañarme?

Me trajeron aqui y me encerraron en una celda á donde vino á verme la superiora. Se mostró conmigo tan amable y compasiva, me inspiró tanta confianza y me habló con tanta dulzura, que creí que mi desgracia terminaria muy pronto. Aquella señora me abrazó al despedirse, me prometió que averiguaria si me habian conducido por una equivocacion, y supo consolarme hasta el punto de que dormí profundamente.

Cuando llegó el nuevo dia, entró en mi celda la tornera, y me anunció que al mediodia vendria á verme la superiora.

Esta noticia me llenó de regocijo porque creí que iba á ponerme en libertad, convencida de mi inocencia. Pedí entonces permiso para escribiros y comunicaros tan fausta noticia, pero me respondieron que la abadesa lo decidiria.

Vino esta á verme á la hora que me indicaron. ¡Qué cambiada estaba, Dios mio! Su rostro no tenia la sonrisa que tanto me habia alentado la noche anterior, y cuando me arrojé á sus piés suplicándola que me restituyera al lado de mis padres, me respondió con acento grave y rostro severo:

—Hija mia, he sabido que habeis sido educada en la impiedad y estais aqui para salvar vuestra alma que hoy yace sumida en el pecado. Cuando os halleis suficientemente instruida en nuestra santa religion, pronunciareis votos eternos para entrar en nuestra órden de las Agustinas. Asi lo ha mandado quien desea vuestra felicidad. Despues podreis volver á ver á vuestros padres. No saldreis de esta celda hasta que hayais tomado el velo, y únicamente paseareis todos los dias bajo los pórticos del claustro en compañía de una de nuestras hermanas. De vos depende adquirir pronto la instruccion religiosa necesaria para entrar en nuestra órden, despues de lo cual, como os he dicho, podreis volver á ver todas las semanas á vuestra familia.

—Pero advertid, señora, que nunca he tenido vocacion religiosa, dije á la abadesa, y aunque la tuviera, nunca pronunciaria mis votos sin el consentimiento de mi padre y de mi madre.

—Vuestro padre y vuestra madre han muerto para vos. La heregia les hace indignos de esos títulos sagrados. Vuestro padre está en los cielos, es Dios nuestro Salvador, y vuestra madre es la vírgen Santísima. A ellos debeis obedecer y dar gusto. ¡Tan jóven é inficionada de heregia! ¡Ah! la misericordia divina ha querido para dicha de vuestra alma, arrancaros de la senda de la perdicion. Sed dócil y alcanzareis la ventura: de lo contrario, emplearé saludables rigores para obligaros á apartaros del mal. Desde mañana, uno de los hermanos de la órden de *San Agustin* vendrá á daros la instruccion religiosa; y os repito que no tendreis relacion alguna con vuestros padres antes de pronunciar vuestros votos, y que asi lo manda quien desea vuestra salvacion

La superiora salió sin dignarse escucharme, pero advertí que hacia esfuerzos para mostrar severidad y hasta me pareció ver brillar una lágrima en sus ojos. Era forzoso, pues, abrazar la vida monástica ó perder la esperanza de veros, padres queridos. Esta idea me horrorizó, y decidí resistirme á la voluntad de la abadesa. Creia que al ver mi enérgica oposicion, me dejarian en libertad.

Antes de anochecer una de las hermanas vino á verme.

—¿Quereis salir á paseo? me preguntó con dulzura.

—¿Os envia la abadesa?

Me respondió afirmativamente y salimos.

—Jamás, le dije con firmeza mientras paseabamos por el claustro, jamas me obligarán á pronunciar un voto que deberá separarme de mis queridos padres.

— Reflexionad bien lo que decís repuso mi compañera.

— Estoy resuelta.

— Ved que creerán que os induce á hablar así el espíritu de herejía.

— No me importa. Dominarán mi cuerpo débil, porque soy mujer y nadie me defiende, pero forzar mi voluntad... nunca!

— Tanto orgullo será vuestra perdición, me dijo.

— Moriré antes que ceder, repuse con resolución.

Cuando terminó nuestro paseo, me volví á mi celda, á donde me trajeron la cena, y me acosté con profunda tristeza.

Me desperté á media noche sobresaltada, y ví entrar á mi compañera de paseo que se sonreía con irónico desprecio. La acompañaban cuatro legas, una de las cuales llevaba una linterna.

Al verlas tuve miedo.

— ¿Qué quereis? les pregunté.

— Levantaos y seguidnos, me respondió la religiosa.

Vacilaba en obedecer, pero añadió:

— Si os resistís, tendré el disgusto de recurrir á la fuerza.

Me resigné, y me disponía á vestirme con mi traje, cuando la religiosa me entregó un hábito de Agustina diciéndome:

— Desde hoy llevareis el hábito de la orden.

Me puse el hábito, y conociendo que seria inútil la resistencia, seguí á la religiosa.

Una de las legas nos alumbraba con la linterna. Atravesamos el claustro y varios corredores, en uno de los cuales se abría una ventana baja cubierta interiormente por una cortina de seda, y al través de la cual se veía una luz intensa. Al pasar por delante de aquella ventana oí cantos religiosos. La religiosa apresuró su marcha, entramos en un reducido patio, una de las legas abrió una puerta, y al resplandor de la linterna ví la negra profundidad de un patio que comunicaba con un aposento bajo.

Retrocedí aterrada, pero la religiosa me obligó á entrar diciendo:

— Quien tan obstinada es en su herejía, no es digna de vivir en una celda junto á las demás religiosas. Aquí podreis meditar sobre vuestra impia obstinacion.

Aquel patio tenia varias puertas. La lega que nos acompañaba abrió una de ellas, y entramos en una celda cuyos únicos muebles consistían en un lecho, un oratorio con una cruz, y cerca del lecho un cántaro de agua y un pan.

—Esta será vuestra morada hasta que hayais abjurado vuestra heregia y esteis resuelta á obedecer, me dijo la religiosa. Si la soledad y el ayuno no doman vuestra rebelion, tal vez se recurrirá á otros medios mas rigurosos.

Me dejaron sin luz en aquella celda, y cerrando la puerta por dentro me acosté en el lecho. Tenia frio y me aterraban las tinieblas. Me acordaba, querida madre mia, de mi cuartito inmediato al tuyo, de mi cama blanca como la nieve y del beso que todas las noches venias á darme antes de dormirme, y sollozaba; pero poco á poco se agotaron mis lágrimas, y entorpecida por el frio, dormité hasta el amanecer en que la luz del dia penetró al través de las densas rejas de mi cárcel. Os confieso, madre mia, y creo que perdonareis mi flaqueza, que abatida por los padecimientos de aquella primera noche, y temiendo estar condenada mucho tiempo tal vez en este solitario aposento, me resigné á consentir en lo que se exigia de mí. Quería salir á toda costa de sitio tan siniestro.

Esperaba por consiguiente con impaciencia á la religiosa para manifestar que estaba resuelta á someterme, pero nadie vino en todo el dia. Creí en un principio que iba á estraviarse mi razon, me estremecia á cada instante, y hasta el silencio de aquella especie de tumba me causaba pueriles terrores. Gemia llamandoos, á tí y á mi padre, como si pudierais oirme, y despues volvia á caer anonadada sobre el duro lecho.

Sin embargo, me fuí acostumbrando poco á poco á mi cárcel, á mi soledad, al pan duro y al agua, y volviendo la calma á mi espíritu, me decia fraguándome vanas ilusiones:

—Soy víctima de algun inicuo. ¿He faltado jamás á lo que prescribe la religion? ¿Soy herege tan solo porqué me resisto á tomar el velo? No, no; pronto se conocerá esta infamia, y me restituirán á mis queridos padres.

Pasé otro dia en la misma soledad, y en vez de abatirme mas, creció mi rebeldia. Esperaba entonces con impaciencia á la religiosa, no para someterme, sino para declararle mi firme resolucion de desobedecer á la abadesa. Pasaba las horas pensando en vos... ¿Lo creeriais? Era á veces tan intenso mi arrobamiento al pensar en vos, que me figuraba que os veia y oia, y que ya no estaba en mi reclusion sino en nuestra casa, á vuestro lado. Al despertarme por la mañana, despues de mis oraciones, invocaba para vosotros las bendiciones del cielo, y decia: — ¡Buenos dias, padres queridos! Y

os contaba mi afliccion y mis padecimientos, vosotros me animabais para que no sucumbiese en tan ruda prueba, y vuestras tiernas y prudentes palabras me fortalecian. En fin, tambien pensaba en...

Acabo de vacilar un momento ante la verdad, pero me habeis enseñado á odiar la mentira y el disimulo... Continuo, pues; sin embargo, no sé, madre mia, si cuando recibas esta carta estarás aun presa y separada de mi padre; si por el contrario estais reunidos, tal vez debiais no darle noticia de lo que vais á leer... tal vez, y asi lo espero con ansia, mi padre ignora que aquel á quien amaba como á un hermano....

No puedo acabar, mi mano tiembla al invocar este recuerdo...

—¿Qué os diré, madre mia? Durante aquella horrible noche, antes de vuestro inesperado regreso, antes que hubiese comprendido la significacion de las palabras de Hervé, me habia ilustrado á pesar mio acerca del sentimiento que me inspiraba el señor Desmontal. Ya os acordareis, madre mia, que aquel mismo dia os manifesté la sorpresa que experimentaba al ver que mi pensamiento se ocupaba con tanta frecuencia de aquel jóven. ¡Ah! no puedo dudarlo ya en este instante; lo que sentia por él era amor... y en la soledad de mi cárcel, en mis noches de afliccion, no podia menos de pensar en él al mismo tiempo que en vos...

Tal es la confesion que ahora vacilaba en hacer... Si este afecto es culpable, madre mia, perdonadlo porque es involuntario. En vano me repetia: semejante amor es insensato... el señor Desmontal quiere hacerse sacerdote, y debo desistir de toda esperanza... Sin embargo, me parecia que de tales pensamientos no debia ruborizarme á mis propios ojos ni á los vuestros, pues se limitaban á pesares sin esperanza, y me decia ademas: —Si Desmontal, en vez de dedicarse á la carrera eclesiástica, fuera artesano como mi padre, y vosotros hubieseis consentido en mi enlace; qué dichosa hubiera sido!

Pensaba pues en mi calabozo en el señor Desmontal tanto como en vosotros, queridos padres, resuelta á morir aqui ó á ir á reunirme con vosotros. De pronto un pensamiento cruel que hasta entonces no me habia ocurrido, cruzó como un espectro por mi mente... ¡Vivir cerca de vos era vivir tambien bajo el mismo techo que Hervé! Atribuia... y atribuyo aun á un estravio pasajero de su razon, los acontecimientos de aquella noche funesta... Al recobrar la razon Hervé habrá maldecido su aberracion de un momento, y su arre-

pentimiento os enternecerá porque es preciso ser indulgente con los locos. Si... aquella noche estaba loco. Sin embargo, solo el pensar que habia de volver á verle me hacia estremecer, y la única esperanza que hasta entonces me habia sostenido, la de pasar mis dias á vuestro lado como en otro tiempo, se oscurecia con este pensamiento, y me parecia imposible sufrir en adelante la presencia de Hervé...

Me entregaba á estas nuevas y penosas reflexiones cuando al tercer dia se abrió la puerta de mi celda y entró la religiosa.

— ¿ Se ha aplacado vuestro orgullo? me preguntó. ¿ Consentís en abandonar la heregia y recibir la instruccion necesaria para profesar?

— No, exclamé, nada obtendreis de mi con la persuasion ni con la amenaza. Soy víctima de una iniquidad, y tendré valor para sufrirla hasta el fia.

— ¡ Oh! sucumbireis al rigor.

— ¿ Qué mas intentais hacer?

— Castigaros con severidad.

— ¿ No me habeis castigado bastante?

— ¡ Pobre niña! Los castigos que os esperan son dolorosos.

Reflexioné entonces con calma, y el temor me indujo á prometer una sumision completa.

Me trasladaron entonces á mi primera celda.

Como prueba de obediencia debia confesarme aquel mismo dia con uno de los sacerdotes directores de la casa, el cual estaba encargado de instruirme y arrancar la heregia de mi alma... heregia que no comprendo porque desde niña cumplí con vos, madre mia, los preceptos de la religion.

Al mediodia me condujeron á la iglesia, y el padre que ocupaba el confesionario me empezó á exhortar con voz cariñosa. Al oirle hablar con tanta dulzura me crei salvada. Le conté todo lo que habia sucedido y le supliqué que fuese á ver á mi padre y á mi tio Josefino, que estaban libres sin duda, y les contase en donde me hallaba. El bondadoso sacerdote me prometió que lo haria, y entonces le pregunté si podria hacer llegar hasta vos una carta.

— No os permitirán escribir, hija mia, me respondió moviendo la cabeza.

— Le referí entonces mis padecimientos y pesares desde mi entrada en el convento y le ví llorar en la sombra. Cuando le supliqué que me auxiliase con sus consejos, me dijo:

— Si sintieseis una vocacion religiosa decidida y vuestros padres consintieran en que pronunciaraís un juramento eterno, os daria los consejos necesarios para guiaros antes de abrazar una determinacion de tanta trascendencia; pero no teneis vocacion, y segun veo os tienen reclusa por fuerza y á pesar de vuestra familia.

— ¿Qué resolveré, padre en tan penosa circunstancia?

— Rechazar, como habeis hecho hasta ahora, es esponeros á sufrir nuevos rigores, á los cuales sucumbiriais por fin, y entrar en religion, aun obligada por la fuerza, es comprometeros eternamente, es renunciar para siempre á los dulces goces de la familia. Antes de elegir entre estos dos extremos fatales, es preciso, hija mia, ganar tiempo, y prolongar los plazos necesarios á vuestra educacion religiosa. En tanto vuestros padres daran pasos para recobraros.

— Mi padre es un oscuro impresor, le dije con desconfianza.

— ¿En qué imprenta trabaja? me preguntó.

— En la de Roberto Estienne, le dije.

— Ahora comprendo porque sois perseguida. Estienne tiene fama de herege, y creo que desgraciadamente la sospecha es realidad. Pero esta misma circunstancia me inspira una idea, y espero que lograreis salir de aqui. La princesa Margarita aprecia mucho á ese célebre impresor y ella podria tal vez obtener del rey su hermano que cesase vuestro cautiverio. Asi pues, lo mas importante es avisar á vuestra familia del estado en que os hallais, y yo ensayaré todos los medios posibles para conseguir este resultado, aunque mi empeño con el impresor Estienne podria escitar sospechas fatales para mi...

— No permitiré jamas que os espongais por mi causa.

— Lo meditaré despacio; lo que conviene por ahora es ganar tiempo y hasta podriais entrar en el noviciado. Tendriamos un año para trabajar. En vano me esfuerzo en penetrar el motivo de vuestro cautiverio. Decís que vuestros padres os han educado en la religion católica y que nadie les acusa de heregia. Sin embargo; la medida que se ha tomado con vos me indica que se les ha acusado, y podeis contar con mi vivo deseo de seros útil y protegeros.

Tales fueron, madre mia, los consejos de aquel buen sacerdote. Me propuse seguirlos, pero me fué imposible escribiros. No puedo explicaros su dolor al pensar en la inquietud en que estariais al ignorar mi suerte, pero el buen padre buscaba las palabras mas afectuosas para animarme, citándome ejemplos de sublime resignacion tomados de la vida de nuestro Redentor.

Tanta dicha no podia ser duradera.

Aquel cariñoso sacerdote cesó de venir á darme la instruccion religiosa , y fué reemplazado por otro grave , frio y severo.

Tantas aflicciones me postraron en el lecho. Durante el delirio de mi calentura pronuncié palabras que revelaban el estado de mi alma , porque la lega que me cuidaba me dijo despues que llamaba continuamente á mis padres , dirigia maldiciones á Hervé y declaraba mi amor al señor Desmontal.

El sacerdote que tantos consuelos me habia dado en mi primera confesion, dijo á la abadesa que trascurriria mucho tiempo antes de estar en disposicion de tomar el velo , y por este motivo le remplazaron con otro religioso que , creyéndome sumida en la mas ciega heregia , me catequizó con tanta pureza, que apenas escuché sus duras exhortaciones y amenazas.

La abadesa, que habia recibido nuevas órdenes de la corte por conducto del hombre que nos prendió, segun me dijo la misma superiora para escusar sin duda su rigor , me declaró que si no obedecia seria víctima de nuevos rigores.

Pedí á la abadesa un dia para reflexionar , y me lo concedió.

Negarme á tomar el velo , me dije , es esponerme á nuevas violencias y renunciar á mi única esperanza de volver á ver algun dia á mis queridos padres , porque , rendida ya por los pesares y la enfermedad, los castigos y las privaciones me llevarian al sepulcro. Debo resignarme , pues. Por otra parte , si al recobrar la libertad y al volver á la casa paterna encontrara otra vez á Hervé , le perdonaria el horror que me causó al ver que se arrepentia de lo pasado y maldecia su extravio , pero vivir á su lado seria superior á mis fuerzas. Luego tendria que permitir, que se sacrificase por mi á pesar de su arrepentimiento. O bien , juzgándole indigno de su clemencia, mis padres le alejarian de su lado para siempre. Finalmente , mi amor al señor Desmontal solo se extinguirá con mi vida... no pudiendo ser suya , no me casaré con otro , y renunciar á él es renunciar al mundo. ¿ Porqué no he de resignarme ? El noviciado dura un año , como me dijo aquel buen sacerdote , y durante un año podrán salvarme. Me aseguran que podré ver á mis padres una vez por semana y mi ausencia de la casa les permitirá, tarde ó temprano , mostrarse clementes con Hervé...

Madre mia , tales han sido mis reflexiones. ¿ Qué añadiré? estaba

sola, sin consejo, debilitada por el sufrimiento, y sin esperanza de hallar un medio de anunciáros mi situacion.

Hoy debo pasar la noche en la capilla de la Virgen.

La abadesa ha mandado que me faciliten todo que necesito para escribir y me ha prometido que mi carta llegaria mañana á vuestras manos.

Escuchad ahora, madre mia... He sido culpable en tomar tan grave resolucion sin vuestro consentimiento y el de mi padre, pero...

Interrumpo esta carta... dan las nueve en el reloj del convento, y van á conducirme á la capilla donde he de velar toda la noche.

Mañana acabaré esta carta que ocultaré para que nadie la lea.

Adios, madre querida.

Continuad esta leyenda, hijos de Joel, y vereis como llegó á las manos de Cristian la carta de Hena, asi como los siguientes fragmentos del diario de Desmontal, cuyo verdadero nombre era Ernesto Rennepont. En él se hallarán ciertos incidentes que dificilmente habreis adivinado, asi como los moviles de la traicion de Rolando.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE ERNESTO RENNEPONT.

Diciembre de 1534.

¡Dios mio, tened piedad de mi! Acabo de ver á Hena. ¡Qué hermosa es! ¡Como ha palpitado mi corazon á impulso de un sentimiento estraño y desconocido!

Cuando la ví á mi lado, cuando al recobrar el sentido, como quien despierta de un horrible sueño, distinguí su rostro angelical y encontré fijas en las mias sus miradas de candor, mi alma se embriagó de placer y me creí trasportado á un eden delicioso. Despues he llorado y me he estremecido.

Dios mio, vos que leeis en el fondo de los corazones, vos sabeis, Dios mio, que mi primer pensamiento fué huir de aquel encanto, pero el barro frágil cedió al imperio de la fascinacion que ejercia su mirada en mi alma. He luchado sin embargo, y lucho aun á brazo partido. ¿Quién triunfará en esta reñida lucha, Dios mio?

... Si, me confieso á vos, único consuelo de mi desventura... La primera vez que ví á Hena en casa de Maria la Catella, cuando enseñaba á los niños, cuyo afecto ha sido durante tanto tiempo mi único placer, me admiraron la modestia, la gracia y el candor de aquella jóven. Maria la Catella hizo sin saberlo mas profunda la impresion que me habia causado su amiga, hablándome con frecuencia de sus virtudes, de su bondad y de la dulzura de su carácter. Si, lo confieso, desde aquel dia, aunque mi razon me decía: Ese amor es culpable porque has jurado dedicarte exclusivamente á Dios, mi loca passion ha ido tomando mayor imperio sobre mi de dia en dia.

Hoy la he visto, he oido sus palabras que revelan una alma ingenua y virtuosa, y veo que arrastraré la cadena de este amor fatal hasta el sepulcro...

¡ Oh! si pudiera ser mia... La familia, una esposa, hijos, los sentimientos mas dulces, mas gratos y mas sagrados que pueden elevar el alma á la altura de tus designios providenciales, oh celeste Criador... la familia... ese inefable santuario de las virtudes domésticas está cerrado para mí...

¡ Fatalidad de mi destino! Hena está aprisionada en el convento de las Agustinas. Así acaba de decirme su confesor. ¿ Cómo avisaré á su familia? Quieren obligarle á tomar el velo... la acusan de heregia... ¡ Cielos! ¡ Ella, que es modelo de virtud, perseguida como una criminal! Sin embargo, si fuera tan miserable que escuchase los consejos de un celoso egoismo, sentiria una especie de alegría al pensar que Hena, no pudiendo pertenecerme, no seria de nadie desde que se desposase con el Señor... No, no; si me fuera posible, á costa de mi vida restituiria á esa desventurada á los brazos de sus padres. La habeis dotado, Dios mio, de una alma tan pura y tan elevada, que cifraria la felicidad de un esposo...

¿ Y porqué no he de alcanzar esa felicidad? ¿ No es tu voluntad, Dios mio, que el hombre viva al lado de una esposa?

Cuando pienso que los reformados no privan de los goces de la familia á los sacerdotes...

¡ Detente , lengua blasfema !

— Mi loca pasion me ciega hasta olvidar las santas creencias que recibí desde la cuna.

He tenido un sueño extraño...

— Soñaba que estaba casado con Hena... que viviamos en una aldea situada en el fondo de un valle risueño , y que daba leccion á los niños , en tanto que Hena enseñaba á las niñas. Dios bendecia nuestra union; dos niños hermosos , retrato de su madre , añadian nuevos lazos á nuestro cariño...

¡ Qué loco soy ! En vez de alejar una ilusion que envenena mi corazon , en vez de huir de los pensamientos vanos que me asedian , me abato y hundo mi cuello ante las dulces cadenas de mi pasion. Habia creido hasta ahora con amargo consuelo que lo imposible extinguiria el fuego que me devora , que podria separar el obstáculo insuperable que me separa de Hena; mi dolor adormecia mi pasion , y perdido en un laberinto sin salida , ni el mas tibio rayo de esperanza penetraba en la negra profundidad de mi desesperacion; pero ahora, despues de mi funesto sueño , me digo :

— Y sin embargo podria ser feliz. Podria abrazar la religion reformada , casarme con Hena , pues mi juramento seria nulo entonces...

¡ Oh ! el infierno me inspira tan culpable idea.

¡ Gracias , Dios mio , gracias ! Aunque mi esperanza era insensata , se ha desvanecido por fin... y he vuelto á caer en el abismo de la desesperacion. ¡ Pobre loco ! Para casarte con Hena era preciso que te amase , y su corazon no ha latido jamás por mí. ¿ Se casaria con...

Sal por fin de mi pecho , secreto terrible.

— Tenia diez y ocho años : mis ojos miraban la existencia al través de un prisma deslumbrador , y creia que solo la felicidad existia en la tierra.

Impelido por mi ardor juvenil , tomé las armas y partí á Italia. El

estruendo de los campamentos, el entusiasmo de los combates, el espectáculo de la mortandad que continuamente se presentaba á mis ojos, me inspiró valor, osadía y afán de locas aventuras.

El ejército francés entró en Milan después de un sangriento sitio, y el amor y la orgía sucedieron á las penalidades del campamento.

Allí ví a una mujer hermosa, y la amé. Creí que era un ángel, y bajo su belleza ocultaba un corazón impuro.

Me recibió en su casa cuando la noche cubría con sus sombras el mundo, y en medio del misterio apuraba el deleite liviano de una pasión culpable.

Una noche... este recuerdo me hiela la sangre y hace erizar los cabellos, estaba en los brazos de aquella sirena...

De pronto se abrió con estruendo la puerta del aposento, y ví un caballero anciano con la espada desnuda.

Al verle ella lanzó un grito de terror y se albergó detrás de mí.
— No temas, le dije, te defenderé.

Trabóse una lucha espantosa.

Manejaba el acero cegado por los celos y vencí... Aquel anciano cayó á mis pies maldiciéndonos.

Aun no había espirado, cuando apareció en la puerta de la estancia otro hombre de arrogante figura, pero pálido y que andaba cojeando.

— ¡Huye... huye! exclamó ella... es mi hermano.

— Rolando, dijo el moribundo; tu hermana me vendía. Véngame y castiga á los adúlteros.

Y exhaló el postrer suspiro en medio de sepulcral silencio.

— Afortunado galán, me dijo Rolando con sardónica sonrisa; veremos si peleas con tanta suerte conmigo como con ese anciano.

El delirio cegó mis ojos, y no sé lo que me pasó desde aquel instante. Solo recuerdo vagamente que crucé mi acero con el de aquel hombre que me fascinaba con su risa y su mirada, y que tras breves momentos de lucha, quedé desarmado.

Ella lanzó un grito y cayó desmayada.

— Tuya es mi vida, me dijo Rolando. Podría castigarte y vengar á ese anciano, pero no soy verdugo ni asesino.

Entonces me lancé á sus plantas llorando como un niño.

— Levantate y oye. ¿Quieres comprar tu vida?

— Mandad...

— ¿Aceptarás mis condiciones?

— Si... si, le respondí... Soy un malvado indigno de perdon.

— ¿Me prometes guardar secreto para no deshonorar el nombre de mi hermana?

— Si, lo juro.

— Pero eso no basta. Ella te ama, y volveria á sucumbir, pero como quiero que viva feliz, y solo á tí pienso castigarte, puedo evitar mi venganza renunciando á ella para siempre.

— Renunciaré... partiré.

— Bien, renunciarás, pero necesito poner un dique eterno entre tí y ella. Hoy mismo saldremos de Milan, y nos dirigiremos al convento de San Saturnino que está construido en medio de un valle desierto de los Alpes.

— ¿Cuál es vuestro designio?

— Renunciarás al mundo, y profesarás.

Estaba anonadado y accedí á todo.

Aquel dia partimos...

¡Dios mio... Dios mio! Tened piedad de mí. Al cruzar por el puente del cambio donde vivia Hena antes de ser encerrada en las Agustinas, he visto hoy á mi enemigo con Hervé.

Me he ocultado detrás de la cruz, y he oido estas palabras:

— Ese hombre, cuyas señas os he dado, le decia Hervé, ama á mi prima.

— ¿Y estás seguro, le preguntó Rolando, de que es el mismo á quién seguimos ayer y se perdió de nuestra vista en la iglesia de Nuestra Señora?

— El mismo.

— ¿Qué duda? Es él.

— ¿Le conocéis?

— Si, dijo Rolando. Es un fraile del convento de San Saturnino de los Alpes. Amaba á una mujer, de quién se despidió para siempre porque su amor era culpable; pero ella supo su paradero, le envió á llamar y el insensato huyó...

— ¿Y vive tal vez con esa mujer?

— No, cuando volvió á verla, solo encontró un cadáver. Entonces huyó el miserable de Italia, y está burlando el castigo de Dios y de los hombres.

— Le buscaremos, señor Rolando, le buscaremos, dijo Hervé con

extraño acento , aunque se oculte en el centro de la tierra.

Y Rolando y Hervé continuaron su camino hablando con ardor y meditando mi perdicion.

¿Qué haré , Dios mio ? ¿qué haré ? Huir... No... no : Hena me atrae con su encanto. La fatalidad me empuja al abismo...

Caiga en él... No hay perdon para mí...

¡Dios mio , Dios mio !... La desesperacion me inspira proyectos horribles... Dadme una luz... guiadme entre las tinieblas...

Una calentura lenta me devora.

No soy mas que una sombra de mi mismo.

No tengo valor para sufrir por mas tiempo este tormento... Voy á volverme loco.

Estoy tan débil que apenas puedo salir del lecho.

¿Entorpecerá mis fuerzas el miedo ?

Si Rolando descubriera mi retiro...

¡Dios mio , misericordia... misericordia !

CAPÍTULO VII.

La taberna de Pineau. — El franco topo, Tiralana y el Renegado. — La quinta de Roberto Estienne.

La taberna de *Pineau* era el punto de reunion de los bandidos que infestaban entonces la *cit * de Paris. Los arqueros de la ronda respetaban esta madriguera casi subterránea, y nunca se atrevian   entrar en el oscuro y tortuoso callejon en medio del cual se balanceaba y rechinaba al viento la muestra de Pineau, tan conocida de los rateros.

Tres hombres sentados en derredor de una mesa en uno de los cuartos de aquel subterráneo, conversaban sobre algun proyecto importante, si hemos de juzgar por el misterio con que discutian y las miradas sigilosas que lanzaban de vez en cuando para ver si algun indiscreto les escuchaba. Aquellos personajes eran Pedro el Renegado, Romualdo el Tiralana y nuestro amigo Josefino el Franco Topo.   Qué estra na trasformacion se advertia en el hermano de Brígida! No era ya aquel aventurero de buen humor, pendenciero, charlatan y bromista; sus facciones sombr as revelaban profundos pesares, y lo que era mas estra no aun, mas sorprendente, apenas se llevaba el vaso de estaño   la boca.

—   Dios nos libre de las tentaciones de Satanás! dijo el Renegado   manera de invocacion irónica; ya estamos solos.   Cuál es el objeto de nuestra reunion, Josefino?

— Renegado, te conocí en la guerra...

— Si, era arcabucero en la compa a de M. de Montlac, pero cansado de matar sin provecho en las batallas italianas, españoles, suizos y flamencos   quienes no conocia, he preferido matar por dinero   los franceses   quienes conozco mediante las señas que de ellos me dan. Me he hecho renegado, como se empeñan en llamarnos algunos envidiosos, pero soy utilísimo   los que necesitan de un valor de que carecen.

El Renegado y el Tiralana pertenecian   esa chusma que se une   todos los partidos en que se pueden cometer crímenes impunemente, y por lo tanto se habia hecho protestante para escusar con una banderia sus malvados excesos.

— Es ser soldado de otro modo, añadió Tiralana, pero para ese

oficio se necesita un valor que no tengo. Prefiero dirigirme á los honrados mercaderes y artesanos que vuelven por la noche á su casa sin mas arma... que un farol.

— Renegado, repuso Josefino, te salvé la vida en la batalla de Miranda.

— En efecto, me arrancaste de entre las garras de dos lansquenets endiablados.

— Y á no ser por mi, hubieras dejado allí el pellejo.

— ¿Crees que soy ingrato? ¿Tienes que pedirme algun servicio?

— Un gran servicio.

— Habla...

— Cuando te encontré hace un momento, me ocurrió la idea de que podrias ayudarme...

— ¿Necesitas sacarte de delante algun enemigo?

Josefino movió negativamente la cabeza y mostró con el dedo su larga espada, puesta sobre la mesa.

— ¿Eres capaz de desembarazarte de tus amigos? Lo creo, te he visto pelear, repuso el Renegado. Pues en ese caso ¿qué negocio vienes á proponerme?

El franco topo prosiguió con voz conmovida mientras brotaba de sus ojos una lágrima:

— Renegado, tenia una hermana...

— ¡Con qué tono lo dices! No dirias con mas tristeza: Renegado, los vasos estan vacios.

— ¡Vive Dios! exclamó el franco topo con acento de desesperacion; hay en mi corazon un vacío que nada llenará.

Y se tapó el rostro con las manos.

— El vacío es bueno cuando se hace en el bolsillo de un rico mercader, dijo Tiralana.

El Renegado contempló en silencio á su antiguo amigo y le dijo:

— Sigue, Josefino: tenias una hermana ¿La has perdido acaso?

— ¡Ha muerto! murmuró el franco topo ahogando un profundo sollozo.

Pero se contuvo, alzó el rostro y añadió:

— Me queda una sobrina...

— ¿Una sobrina? dijo el Renegado. ¿Es á ella á quien es preciso servir? ¿Es jóven y bonita? Yo...

El bandido no acabó, enmudeció ante una mirada terrible que le lanzó el aventurero.

— ¡Cuánto has cambiado, Josefino! dijo el Renegado; eras antes tan bromista, tan...

— Ya no río, respondió el franco topo con ademán siniestro; ha desaparecido mi alegría.

— ¡Pobre Josefino!

— Pero al hecho... Mi hermana, que ha muerto en la cárcel, donde he podido al menos verla por última vez, ha dejado unahija...

— La sobrina en cuestión...

— La desventurada fué presa y conducida al convento de las Agustinas donde se halla á estas horas encerrada...

— En efecto, para un hombre como tú, que tiene tanta religión como nosotros, el caso no deja de ser chistoso.

Y el bandido se sonrió irónicamente. Luego prosiguió:

— Pero si yo tuviera una hermana, una hija ó una sobrina en un convento, estaria muy tranquilo.

— Y podría robar sin temor de que continuamente me lo echase en cara. ¡Las mujeres son tan escrupulosas! añadió Tiralana. Si mi hija Maria no se hubiese fugado á los catorce años con un arquero, estaria á estas horas reprendiendo continuamente su padre el Tiralana.

Y el ratero se sonrió como el asesino.

Estas palabras inspiraron una idea súbita á Josefino, porque eran una prueba de la mezcla de perversión y de maldad tan comun en ciertos bandidos, y que secundaria su proyecto.

— Mi sobrina no tiene vocación religiosa, fué conducida y encerrada por fuerza en el convento, y es preciso que salga.

— Difícil lo veo...

— Al que lo consiguiese le daria trece escudos de oro.

— ¡Trece escudos de oro! exclamaron los bandidos con asombro...

— ¿Y qué es preciso hacer? preguntó el Renegado.

— Ayudarme á robarla.

— ¡Empresa difícil! dijo al asesino con temor y volviendo el rostro hácia su compañero. Dime que mate á uno... á dos... á tres hombres á traición ó como pueda, y te serviré, aunque no me des los trece escudos de oro, en pago de haberme salvado en Miranda; pero un sacrilegio... se castiga muy severamente

— ¡Violar un lugar sagrado! exclamó Tiralana mirando también á su compañero.

El franco topo no pareció admirarse de sus escrúpulos, y añadió:

— Veo que , aunque ladrones y asesinos, sois cobardes y que temeis mas que al verdugo al demonio.

— Tengo miedo á la hoguera dijo el Renegado.

— No trataré de combatir vuestro terror, pero si tanto temeis á la justicia de los hombres...

— A la hoguera le dijeron á un tiempo.

— Pues en ese caso tranquilizaos, puedo salvaros.

— ¡Qué ocurrencia mas chistosa!

— ¿Te han nombrado acaso fiscal general

— ¿Qué importa si os aseguro un medio de salvaros?

— ¿Tú... tú, Josefino?

— Yo.

— Te burlas. ¡Y decias que ya no eras bromista!

El aventurero, separado de los dos bandidos por la mesa, se cruzó la larga espada entre las piernas, puso delante de él la daga desenvainada y al alcance de la mano, y despues sacó del bolsillo un papel en que se veia la firma de Coligny, uno de los gefes de los protestantes. Desplegó el papel, lo puso á la vista de los dos bandidos y les dijo:

— Mirad y leed.

— ¡La firma de Colingy! exclamaron el Renegado y Tiralana cuyos ojos brillaron de codicia.

— ¡Es un nombramiento en regla de sargento!

— Ya veis, que con este documento podeis ir al cuerpo de Colingy estareis alli seguros de toda persecucion.

— ¡Quién poseyera ese papel!

— De vosotros depende el poseerlo, repuso el aventurero. Os doy este nombramiento si esta noche me ayudais á robar á mi sobrina del convento de las Agustinas.

— Pero ese papel, dijo el Renegado moviendo la cabeza solo absuelve á uno... y somos dos.

— Cuando hayamos llevado á cabo nuestra empresa, os la jugareis á los dados, respondió Josefino.

Los dos bandidos se consultaron con la mirada.

— Al que pierda, añadió el aventurero, le daré trece escudos de oro, y con algo mas que añada, puede comprar otra. Responded.

¿Quereis, si ó no, ayudarme esta noche á robar á mi sobrina del convento de las Agustinas y para otra expedicion?

— ¿Otra expedicion? No nos habias dicho nada de eso.

— La segunda expedicion es de poca importancia; se trata de apoderarse de un cofrecillo.

— ¿Y qué contiene ese cofrecillo? preguntó Tiralana abriendo los ojos con alegría.

— Papeles, respondió el franco topo, y algunos sin valor. Tranquilizaos; esos papeles han sido robados, y vais á hacer una obra meritoria restituyéndolos á su legítimo dueño.

— Josefino, nos engañas, dijo el Renegado: no se tiene tanto empeño en recobrar papeles y objetos sin valor.

— Cuando el cofrecillo esté en nuestro poder, lo abrireis, y si contiene cosas preciosas, son vuestras.

— Hablas con nobleza, repuso el Renegado mirando al Tiralana. ¿Qué te parece?

— Muy bien. Pero procedamos por órden... El rapto de la religiosa... me estremezco al pensar en la hoguera porque si los dados no me dan la proteccion de Coligny, me prenden sin remedio quedo cargado con un sacrilegio.

— Pero si ganas...

— Es cierto. Correré un albur.

— ¿Pero cómo haremos para penetrar en el convento de las Agustinas? preguntó el Renegado.

— Escuchadme. Mi cuñado está oculto porque teme que le prendan.

— Algun negocio demasiado atrevido ¿eh?

— Si; muy peligroso.

— No todos salen á nuestro gusto.

— Es cierto. Mi sobrina, conducida al convento de las Agustinas, ha empezado hoy su noviciado.

— ¿Cómo lo sabes?

— He ido al anochecer, segun acostumbro con frecuencia, á pasear por delante de la casa de mi hermana...

— ¿Con qué objeto?

— Para contemplar esa pobre morada, hoy triste y desierta, y donde me recibian con tanta alegría Brígida, su esposo y sus hijos cuando volvía de cada campaña. Esa casa era mi paraiso. Hoy estaba paseándome por delante de la puerta como una alma en pena, con los ojos fijos en aquella ventana cerrada, donde tantas veces habia

visto los rostros queridos de mi hermana y de su hija, que se sonreían cuando salían á verme al llamar á la puerta...

La espresion de las facciones y la voz del franco topo conmovieron el alma endurecida de los dos bandidos.

Josefino ahogó un suspiro y añadió :

— Me paseaba pues, por delante de la casa, cuando se acercó hacia mi un embozado que miraba con mucha atencion. — ¿ Conoceis, me dijo, á la familia que vive en esta casa que con tanta atencion estais mirando? — Si, le respondi. — ¿ Podré hablar á Lebrenn ó á su esposa? — La esposa ha muerto y Lebrenn se oculta, respondi al embozado. Entonces me contó que pasando por debajo de las paredes del convento de las Agustinas, habia visto caer desde una reja un papel, y que bajándose á ver lo que era, habia recojido una carta firmada por Hena Lebrenn en que contaba su historia, y decia que esta noche iba á principiar su noviciado. — Como parece que no es muy de su gusto el ser monja, añadió el desconocido, y veo en la carta las señas de su casa, vengo á entregarsela á sus padres. Prestad ahora atencion á lo que voy á deciros, mi sobrina pasará la noche sola en oracion en el oratorio de la Vírgen, que está separado de la iglesia del convento por uno de los patios del claustro. Las paredes del patio de la capilla son las que se ven en el callejon de San Benito. Las he examinado hoy al anochecer, y no me han parecido muy elevadas, de modo que nos será posible escalarlas en tanto que uno de nosotros esté de acecho en el callejon.

— Ese seré yo, dijo vivamente Tiralana; me reservo ese puesto. Tengo ojos de lince y oidos de tísico.

— Ya que tienes circunstancias tan recomendables, te encargarás de vigilar el callejon, y el Renegado y yo escalaremos la pared. Este me esperará cerca de la capilla para prestarme auxilio en caso necesario, si alguno tratase de oponerse al rapto de mi sobrina. La encuentro en el oratorio, me sigue, forzamos una de las puertas del jardin, la acompaño antes de amanecer al lado de su padre, donde estará segura, y despues, al despuntar el dia, emprendemos la segunda operacion.

— ¿ La del cofrecillo de que hemos de apoderarnos?

— Si.

— ¿ Y cómo lo haremos?

— Muy facilmente. Nos dirigimos los tres al colegio de Montaigu, preguntamos al portero el número de la habitacion del señor Rolando.

— ¿Quién es ese hombre?

— Un agente del fiscal general.

— En ese caso, no hay nada de lo dicho.

— ¡Es págaro de mal agüero!

— ¿Y los trece escudos? dijo con impaciencia el aventurero.

— Es verdad...

— Si, es verdad; lo habíamos olvidado.

— Decia, pues, prosiguió Josefino, que pedimos una audiencia al señor Rolando bajo pretexto de un negocio urgente, subimos á la habitacion y llamamos. Nuestro hombre, que estará aun acostado, se levanta, nos abre la puerta, nos arrojamos sobre él, le tapais la boca y le sujetais mientras busco el cofrecillo, lo encuentro, estoy seguro de que lo encontraré, le atamos á la cama sin quitarle el pañuelo que le tapará la boca para que no grite, cerramos la puerta y nos vamos con orden pero con buen paso.

— ¡Qué divertido será el lance! dijo Tiralana.

— Antes de ayer despaché á mi octavo hombre, añadió el Renegado, y la burla que vamos á jugar á ese buen señor me distraerá un rato..

— Se hace tarde, dijo Josefino, ¿estais resueltos?

— ¿Cuándo nos entregarás el nombramiento y el dinero?

— Cuando mi sobrina esté en seguridad al lado de su padre y tenga el cofrecillo en mi poder.

— ¿Y si nos engañas?

— ¿Y si no nos das el dinero ni el nombramiento.

— ¿Y si aprovechando un momento en que esté descuidado me traspasais esta noche á puñaladas y me robais antes de prestarme los servicios que espero de vosotros?

— ¡Josefino! ¿Asi sospechasde tu antiguo compañero de armas?

— ¿Nos crees capaces de...

— Menos palabras. Se hace tarde, y necesitamos tiempo para preparar los medios de nuestro escalamiento, dijo el aventurero.

— Es verdad.

— ¿En qué quedamos? ¿Aceptais? Si ó no.

Los dos bandidos se consultaron durante algunos momentos con la mirada, y el Renegado alargó la mano á Josefino diciendo:

— Si; te lo juro á fé de Renegado.

— Si; dijo Tiralana.

Marchemos pues, respondió el franco topo.

Y salió de la taberna de Pineau acompañado de los dos bandidos.

La casa de campo que poseía Roberto Estienne cerca de San Ouen en la carretera de San Dionisio, era solitaria y estaba bastante lejos de la aldea. El camino travesero que conducía á la puerta del edificio terminaba en una verja de hierro inmediata á una casita que ocupaba el colono y su mujer, y la quinta se alzaba en medio de un fuerte cercado de paredes.

El día que siguió á la noche en que el franco topo, el renegado y el tiralanase habían visto en la taberna de Pineau, Miguel, colono de maese Roberto Estienne, de regreso del campo al ocultarse el sol, estaba enojado por no encontrar á su mujer Alison en casa, cuya llave se había llevado, y estaba echando pestes mientras se soplaban los dedos entumecidos por el frío de diciembre.

Vió por fin á su mujer, que volvía sin duda de la aldea, y que se dirigía á la verja.

— ¿A donde has ido, holgazana? gritó Miguel á Alison luego que la vió. ¿No podías al menos dejar la llave en la puerta?

— He ido á la función que se ha celebrado en la aldea, respondió la hortelana huyendo de la mirada de su marido y abriendo la verja.

— ¿Y porqué has tardado tanto?

— ¿Acaso no sabes que tenía muchas cosas que hacer?

— No me gustan ausencias tan largas, dijo Miguel murmurando.

— ¡Estaba tan hermosa la iglesia!

— ¡Y tienes la lengua tan larga!

— Me has enviado esta mañana á Paris á llevar una carta á mi amo, y como la función era tan hermosa, me he quedado.

— ¿Has ido al menos á Paris?

— Si, á la vuelta he entrado en casa del barbero, y he estado allí de conversacion. Había allí un caballero muy amable que se ha dignado hacerme mil preguntas.

— Y tu habrás desbuchado como acostumbras. Tu lengua será nuestra perdicion.

— ¡Era un señor tan amable!

— Entra, charlatana. En tanto me helaba de frío.

Apenas entraron los dos esposos en la casita cuando Miguel prestó el oído hácia la verja y dijo vivamente :

— Oigo el trote de un caballo.

Despues volvió á salir, miró por el camino al través de la verja, conoció á Roberto Estienne, y gritó :

— ¡Alison, ven pronto!

— ¿Quién viene?

— El amo.

Y el colono abrió la puerta de la verja, Roberto Estienne bajó del caballo, y dijo á Miguel entregándole las riendas :

— ¡Buenas tardes, Miguel!

— ¡Buenas os las dé Dios, mi amo!

— ¿Qué hay de nuevo?

— Señor... muchas cosas.

— Me llenas de inquietud. ¿Corre mi huesped algun peligro? ¿Se ha cometido alguna indiscrecion?

— No señor, á Dios gracias. No tengais cuidado. Ya sabeis que podeis contar con nosotros. Nadie sospecha en la aldea que hay personas ocultas en la quinta.

— ¿Qué ha sucedido pues desde mi última visita? Alison me ha traído esta mañana una carta de la persona á quien doy asilo; pero este billete, al mismo tiempo que reclama mi presencia aqui, no me anuncia ningun acontecimiento grave.

— Sin duda la persona que se oculta aqui se reserva el anunciaros que no está sola en la quinta.

— ¿Qué dices?

— Antes de ayer, ese hombron tuerto que viene aqui de vez en cuando y siempre de noche, llegó al mediodia, con un carro lleno de paja y tirado por un asno. Me encargó que cuidase del carro, entró á ver al huesped, y despues salieron los dos, y de la paja que estaba lleno el carro, sacaron... un jóven...

— ¡Un jóven!

— Si, señor, un pobre jóven, tan pálido y abatido que parecia que no le quedaba una hora de vida.

— ¿Y qué ha sido de él?

— Se ha quedado aqui. Vuestro huesped me dijo: «Miguel, os suplico que guardéis un silencio absoluto sobre la llegada de este jóven; avisaré á maese Estienne lo que ha pasado.»

— Y supongo que no habrás dicho nada á nadie.

- Por supuesto. Pero no es eso todo...
- ¿Pues qué mas sucede?
- Lo mas sorprendente es lo que ha pasado esta noche.
- ¿Alguna desgracia?
- No.
- Acaba... me tienes inquieto.
- Pues señor, esta noche, aquel hombrazo tuerto vino antes de amanecer á caballo y llevando en la grupa y oculta con una capa... ¿A que no lo adivináis?
- ¿Te complaces en martirizarme?
- De ningun modo, señor. Llevaba oculta... una monja.
- ¡Una monja!
- Si. Fui en seguida á anunciárselo al huesped, el cual salió y por poco se desmayó al ver á la monja. Despues, rompiendo en llanto, volvió á entrar con ella en la casa, en tanto que el gigante tuerto desaparecia al galope. Empezaba entonces á apuntar el dia. Finalmente, cuatro ó cinco horas despues, el tuerto volvió otra vez, pero vestido con trage de aldeano, y traia á vuestro huesped un cofrecillo. Despues de entregarlo, tomó segunda vez el camino de Paris.

Maese Roberto Estienne, muy sorprendido de lo que le contaba su colono, se dirigió hácia la casa, llamó á la puerta dos veces de un modo particular, volvió á llamar otra vez tras un breve intervalo, y no tardó en salir Cristian á abrir la puerta.

— Amigo mio; ¿qué teneis? ¿qué ha pasado? preguntó Roberto Estienne, asombrado con la profunda alteracion de las facciones del impresor que se arrojó en los brazos de su principal murmurando en medio de ahogados sollozos:

— ¡Si supierais... mi hija... mi hija!

Roberto Estienne correspondió el estrecho abrazo de Cristian, y creyendo que se trataba de una desgracia irreparable, repuso con voz dolorosamente conmovida:

— ¡Valor, amigo mio, valor! Ese nuevo pesar...

— ¡Está aquí! exclamó Cristian, y un rayo de júbilo inefable brillo en sus ojos.

— ¿Quién?

— ¡Mi hija!

— ¿Desde cuando?

— Desde esta noche.

— ¿Será cierto? dijo Roberto Estienne.

Recordando despues las palabras del colono, añadió:

— ¡Cómo..! ¿Esa monja..

— Es Hena.

— Esplicadme.

— Venid, señor, venid. Mi corazon sale de cauce, mi mente desvaria. ¡Oh! nunca tuve mas necesidad de vuestros consejos.

Cristian y Estienne, que hasta entonces se habian detenido en el portal de la quinta, entraron en un aposento inmediato.

— Tranquilizaos, Cristian, dijo Roberto Estienne. Contadme lo que ha pasado. Decís que teneis necesidad de mis consejos. Es inútil añadir que mi amistad es sincera.

— Lo sé...

— Hablad, pues, y sobre todo tranquilizaos.

Cristian coordinó durante algunos momentos sus ideas, y dijo enjugándose las lágrimas que inundaban su rostro:

— Ya sabeis que mientras os acompañaba á la asamblea de Montmartre, mi mujer, mi hija y mi sobrino fueron presos en mi casa, y que trataban de hacer lo mismo conmigo. Debí mi salvacion á la lealtad y el cariño de mi cuñado, pues en el momento en que iba á entrar en mi casa, me advirtió que los arqueros de la ronda me esperaban para llevarme á la cárcel. Gracias á Josefino y á vos, encontré un refugio primeramente en Paris y despues aqui, en este retiro que me ofrecisteis como mas seguro.

— ¿No pagaba de este modo una deuda de gratitud.

— ¡Ah! Señor Estienne, ¡qué cara he pagado la hospitalidad que dí á Juan Calvino! He renegado de mis creencias, soy un miserable que se ha lanzado en una senda de perdicion, y aunque os respeto y no trato de acriminaros, conozco que la mancha de herege va á ser causa de mi perdicion y de toda mi familia.

— Sois muy débil, Cristian.

— Soy muy culpable. ¡Ah! no sabeis el cúmulo de males que me ha acarrado el separarme de la senda que he seguido hasta el momento fatal en que falté á mi deber de cristiano y de honrado.

— Cristian esas reconvenciones...

— ¡Perdonadme!

— Os perdono porque el dolor os hace desvariar, y se respetar al desgraciado.

— Sé ahora la causa de ese encarnizamiento, señor Estienne, y antes de continuar nuestra conversacion, debo revelarosla, tal vez podrá influir para que cambiéis de resolucion.

Cristian abrió el cofrecillo que encerraba sus leyendas de familia, que el franco-topo habia traído por la mañana, sacó un papel y lo entregó á Roberto Estienne diciéndole:

— Dignaos leer esto, señor Estienne; los manuscritos á que hace alusion esta nota son las crónicas de que os he hablado algunas veces.

Maese Roberto Estienne tomó la nota y leyó:

«A. M. D. G.

«Señor fiscal general:

«Los manuscritos adjuntos, á pesar de la incorreccion de su estilo y otros defectos de forma, pueden llegar á ser una arma muy perniciosa si llegan á publicarse.

«Esta leyenda, trasmitida de siglo en siglo en el secreto del hogar doméstico á oscuras generaciones del bajo pueblo, no podia tener, antes de la invencion de la imprenta, mas inconveniente que el de perpetuar erróneas tradiciones en una sola familia. No sucederia lo mismo ahora. Estas enérgicas rapsodias, impregnadas del incurable odio de raza que tiene el galo al franco, el conquistado al conquistador, en fin el siervo á su señor, podrian multiplicarse con la imprenta y esparcirse entre la plebe, tan frecuentemente inclinada por instinto á la rebelion contra las autoridades constituidas. En efecto, enterado por estas leyendas de hechos históricos que debe ignorar, creeria ver en algunos príncipes tiranos ó malvados, que Dios ha enviado de vez en cuando para castigar á las naciones corrompidas, el tipo de todos los que reinan actualmente, y se entregaria fácilmente á la rebelion.

«Por consiguiente, es indispensable que sin demora se hagan desaparecer estos manuscritos, y que, segun nos ha propuesto vuestro agente Rolando, se tomen las medidas siguientes con la familia Lebrenn:

«Condenar al padre y á la madre como hereges, pues como los hechos de heregia abundan en ellos, será muy fácil obtener esta condenacion.

«Encerrar en un convento y obligar á tomar el velo á su hija Helena que se halla actualmente en Paris.

«Un sobrino, llamado Hervé, y que era partidario del agente secreto Rodolfo, ha abjurado la heregia con tal ardor y ha prestado en este negocio servicios tan importantes, que no solo le creo peligroso sino sumamente sutil para la persecucion de los reformados.

«En cuanto al hijo Odelin, de edad de quince años y que está viajando por Italia con Maese Raimbaud, armero (acusado de herege), es preciso esperar su regreso á Paris, seguir con él la misma conducta, prenderle, encerrarle en un convento y educarlo en nuestra santa religion. Teniendo quince años, y á pesar del veneno que ha recibido desde la cuna, será fácil corregirle dirigiéndole con prudencia. Si, contra toda probabilidad, no se consiguiese, se le tendrá en el convento hasta los diez y ocho años, y mas adelante podrá castigarsele por su obstinacion en la heregia.

«Insisto en que es muy importante destruir estos manuscritos, porque conviene recordar que no hay enemigo despreciable por insignificante que sea; que las causas mas ínfimas producen á las veces grandes efectos, y que hasta en un momento dado, en época de rebelion, un hombre resuelto basta para arrastrar al populacho. Ahora bien, la familia Lebrenn, aleccionada por esta tradicion de siglo en siglo, podria producir uno de esos hombres.

«Si por una casualidad, la cual no temo, las medidas que acabo de indicar no tuvieran el éxito que se desea, y se propagase tan peligrosa familia, es preciso vigilarla porque indudablemente producirá hombres perversos y revolucionarios.

«Recomiendo al fiscal general que apunte en su registro los nombres siguientes; la familia Lebrenn, Roberto Estienne, Gaspar de Coligni, príncipe Karl de Gerolstein, Ambrosio Pareo, Clemente Marot, Bernardo Palissy, vizconde de Plouernel. Todos son hereges peligrosos y estan dispuestos á atacar las prerogativas del trono y de la Iglesia para defender sus nuevas creencias.»

— Veo aqui bien clara la venganza del vengativo italiano, dijo Cristian contemplando á Estienne que estaba mudo de estupor.

— ¿Quién es ese italiano? preguntó al fin Estienne.

— Rolando.

— ¿El agente del fiscal general?

— Si.

— ¿Qué motivos de enemistad tiene con vos á quien no conoce?

— Luego sabreis el secreto de su conducta. Las órdenes de mi falso amigo Lefarges se han ejecutado. Mi mujer...

— Cristian ahogó un sollozo.
 — ¿Sigue aun en el Chatelet?
 — No. Está ya libre.
 — ¿Libre?
 — Si, libre de todos mis enemigos, y se ha salvado sin duda de la hoguera.

— ¿Y lo decís con tanta tristeza?

— ¡Ha muerto!

Reinó un momento de doloroso silencio.

— ¡Ha muerto! repitió Roberto Estienne con amargura.

— Mi desgraciada hija fué encerrada en el convento de las Agustinas, y Hervé... ¿Qué digo? ese monstruo no es digno de mi memoria.

— ¿Porqué? ¿Acaso por lo que hemos leído en esa nota?

— Una carta de mi hija dirigida á su madre, cuya muerte ignoraba, me ha revelado un horrible secreto. He interrogado sobre esto hoy á mi cuñado que, mas feliz que yo, habia podido ver á Brígida en la cárcel, y me lo ha contado todo estremeciéndose...

— Acabad, amigo mio...

— No, no... es muy horrible... Me volveria loco si pensára en eso...

Y el impresor prosiguió despues de enjugarse su frente bañada de frio sudor:

— Hervé ha entrado en el convento de los Franciscanos, y aunque es protestante, fingirá ser buen cristiano para vengarse. Espiarán á mi hijo Odelin cuando vuelva de Italia.... y está ya en camino y me ha sido imposible avisar á maese Raimbaud por no saber á donde dirigirle mis cartas.

— No hay duda, dijo, Roberto Estienne interrumpiendo á Cristian no hay duda.

— ¿De qué, señor Estienne?

— Al leer esta nota, al oiros contar como se habian observado las instrucciones de Lefarges, me asombraba de que en esta triste época en que la libertad y la vida de los reformados está tan amenazada...

— ¿Y creéis que es sin razon?

— ¿Volveis á las inculpaciones?

— Los reformados atacan lo mas santo y mas respetable de la sociedad, la religion y el trono, desean trastornar el órden establecido

y son rebeldes como los ángeles malos cuando se alzaron contra Dios.

— ¡Cristian! gritó Roberto Estienne con enojo. Qué os pese ó no habeis de ser de los nuestros.

— Lo veo, caí en el lazo. Pues solo me resta la desesperacion, renegaré de Dios como los condenados en el infierno. Seré herege... ¡Caiga sobre mi la ira celeste!

Reinó un largo intervalo de silencio.

— Señor Estienne, mis disgustos me hacen olvidar las personas á quienes amo... ¡Quién habia de pensar que era reformada Maria la Catella!

— El parlamento ha instruido su proceso y el de los demás amigos, y esta lentitud deja alguna esperanza, pero la princesa Margarita no me ha ocultado que Francisco I se muestra cada vez mas irritado contra los reformados porque se nos acusa, como lo haceis vos es vuestra desesperacion que queremos rebelarnos contra el poder real y constituirnos en república á imitacion de los suizos. Pero ¿cuál puede ser el odio de Rolando contra vuestra familia?

— Rolando tiene motivos para hacerlo, como lo vereis muy pronto. ¡Ah! creedme; es un castigo cielo.

— ¿Cómo han vuelto á vuestro poder vuestras leyendas de familia y la nota?

— El hermano de mi mujer, ese soldado aventurero de quien os he hablado tantas veces, me ha dado prueba de lealtad y de cariño. Venia á nuestra casa cuando fueron presas Brigida y Hena, y vió que un hombre cubierto el rostro con una capucha se llevaba el cofrecillo que contiene nuestras leyendas... ese hombre era mi antiguo amigo Lefarges... Cuando estuvieron fuera de casa, no creyendo necesario ocultarse el rostro, levantó la capucha, y le conoció, asi como á Rolando que le acompañaba. Este descubrimiento fué para mi una revelacion... Aquella misma noche, como mi cuñado no podia sin rayar en locura tratar de arrancar á mi mujer y á mi hija del poder de los arqueros, se quedó en las cercanias de mi casa acechando mi llegada. Por él supe el arresto de mi familia. Finalmente ayer, habiendo encontrado cerca de mi casa á un desconocido y sabiendo por él el estado de mi hija, ideó el plan de arrebatlarla del claustro con auxilio de personas resueltas, y lo consiguió. Además, convencido de que el cofrecillo que contiene nuestras leyendas estaba en poder de Rolando, se presentó muy

temprano en el colegio Montaigu, le quitó el cofrecillo y me lo trajo con esta nota.

— ¡Qué lealtad! Forzoso es perdonar á ese valiente aventurero los desórdenes de su vida pasada.

— ¡Nos ama tanto!

— Felizmente habeis recobrado á vuestra hija... Y ese jóven á quién habeis dado hospitalidad ¿quién es?

— Un desgraciado.

— ¿Porqué se oculta?

— Es una de las víctimas de Rolando. Pronto sabreis su historia, y os suplico que me dirijais con vuestros consejos. Mi cabeza desvaria, estoy luchando con dolorosa incertidumbre.

— ¿Temeis que sigan las huellas de vuestra hija?

— Ese temor, por terrible que sea, no es el que mas me descon-suela.

— ¿Pues qué mas teneis que temer?

— ¡Ah! señor Estienne, respondió Cristian sollozando, soy un padre desgraciado...

— ¡Valor, amigo mio! A fuerza de precaucion y de prudencia llegaremos á librar á vuestra hija de sus perseguidores...

— No lo sabeis todo...

— ¿Qué mas hay?

— Ese jóven...

— Hablad.

— Cuando Josefino le trajo aqui estaba tan abatido y desfigurado que apenas le conocí.

— ¿Le habiais visto ya?

— Si; enseñaba á los niños de la escuela de Maria la Catella.

— ¡Cómo! ¿Es el señor Desmontal?

— Es él.

— ¡Oh! es un verdadero hombre de bien. Maria la Catella me ha dicho varias veces que se inclinaba á la reforma.

— Oid señor, Estienne, oid... Apenas llegó aquí, debilitado por una calentura lenta, empezó á delirar y á pronunciar el nombre de mi hija. Le desnudé, le acosté y velé á su lado. Vi entonces en el suelo unos papeles que se le habian caido del vestido; los recojo, leo en ellos el nombre de mi hija, cedo, lo confieso, á una curiosidad reprensible y los depliego. ¡Ah! ¡qué descubrimiento!

— ¿Qué contenian esos papeles?

- Una especie de diario confidente seceto de sus pensamientos. Por ellos veo...
- ¡Acabad!
- Que es un religioso fugitivo y que pertenece á un convento de los Alpes, donde habia profesado por fuerza y perseguido por el odio de Rolando. Pero aun hay mas.
- ¿Mas?
- Si. Ese jóven está locamente enamorado de Hena.
- ¡Cielos!
- Ese funesto amor nació en una visita que hizo mi hija á Maria la Catella.
- ¡Desventurado!
- Si, muy desventurado, porque al leer esas páginas donde desahoga su dolor y su desesperacion y esplica sus luchas entre la pasion y el remordimiento, me he estremecido de horror.
- ¿Sabe que habeis sorprendido su secreto?
- Si... porque al volver de su largo delirio, vió en mis manos los fragmentos de su diario.
- ¿Qué dijo entonces?
- Lanzó un grito de espanto. «Tranquilizaos, le dije; en estas tristes revelaciones se revela una alma destrozada, y no puedo menos de compadeceros.»
- ¿Pero vuestra hija está aqui con él?
- Mi hija, respondió Cristian mirando á Roberto Estienne con los ojos bañados en lágrimas, mi hija ignora la fatal pasion de ese hombre, no sabe que es religioso... y le ama.
- Tambien ella... ¡Desventurada!
- Este amor la mata... es una de las causas que la decidieron á entrar en el noviciado.
- ¿Os lo ha contado?
- Todo.
- ¡Es tan cándida!
- Como un niño, señor Estienne. Apenas llegó aqui, no sabien aun la muerte de su madre, que vacilaba en noticiarle, me entregó una carta diciéndome: «Padre mio, habia escrito estas líneas con la esperanza de enviarlas algun dia á mi madre. Leelas. He escrito una copia y la arrojé á un desconocido desde mi celda, el cual me prometió con el ademan que os la llevaria, pero veo que aquel hombre me engañaba.»

—¿Desde que estan reunidos aqui se han visto Hena y el señor Desmontal?

—No. Ese desgraciado jóven, cuyo verdadero nombre es *Ernesto Rennepont*, cuando supo que mi hija estaba en esta quinta, se empeñó en huir como si le aterrara el hallarse bajo el mismo techo que Hena.

—¿De modo que uno y otro ignoran que son amados?

—Si... ¡Mi hija morirá de amor, señor Estienne, morirá! ¡Ah! ¿No os he dicho que mi mente desvaria al sondear este abismo de males? ¿Qué haré? ¿qué resolveré? Por esta razon os he suplicado esta mañana que vinierais aquí sin explicarme mas, cifrando mi última esperanza en vuestros consejos. Tal vez me dareis algun rayo de luz que me guie en este caos de afliccion ante el cual retrocede mi desesperacion.

Y Cristian quedó sumido en mudo abatimiento.

Maese Roberto Estienne permaneció tambien algunos momentos silencioso y pensativo, y cruzando por su mente una idea súbita que vaciló en un principio en confiar á Cristian, le dijo despues de nuevas reflexiones:

—¿Aterra vuestra conciencia el abrazar la reforma?

—¿Si... si; y lo mas terrible es que me será preciso hacerlo para salvar la vida?

—De todos modos os creen reformado.

—Si; desgraciadamente lo veo.

—Sabeis que en la religion reformada los sacerdotes pueden casarse.

—Lo sé.

—¿Creeis que Ernesto Rennepont vacila en sus creencias?

—Está enamorado.

—¿Abrazaria la reforma?

—Su pasion le ciega y le creo capaz de cometer hasta un crimen si concibiese una esperanza...

—Esperanza que le daré...

—¿Cuál es vuestro plan?

—¿Porqué no habia de casarse Ernesto Rennepont?

—¡Ah! Ese proyecto me estremece, dijo Cristian llevándose las manos á su abrasada frente; no me atrevo á acariciar esta idea, vacilo aun ante el temor de un sacrilegio, mi alma lucha reñidamente con las santas creencias que recibí en la cuna, y mi mente es un abismo donde me pierdo...

— Amigo mio, hablemos con calma y dominad por un momento vuestra angustia paternal y vuestros escrúpulos. Ese jóven es honrado, digno de vuestro cariño...

— Pero religioso...

— Su amor por Hena es tan ardiente que hasta llega á trasformar su alma y arrastrarla á cualquier sacrificio.

— Lo creo firmemente desde que he leído sus confidencias...

— Supongamos ahora que abraza la reforma: su talento, sus buenas costumbres y su inclinacion á instruir á la infancia le harian digno de ser ministro de la nueva Iglesia; asi pues, estoy seguro de que nuestros amigos le propondrian gustosamente á la eleccion de nuestros hermanos y estos le aclamarian pastor, porque jamas la palabra evangélica habria tenido mejor intérprete.

— Quien falta una vez á sus juramentos ¿qué puede ser jamás mas que un perjuro?

— Vuestro pobre y digno corazon ha padecido tanto de algunos meses á esta parte, que concibo vuestra incertidumbre ante mi plan, pero reflexionad y reconocereis que este proyecto no es irrealizable. Resumamos: Ernesto Rennepont renuncia á su órden, abraza la reforma, es reconocido pastor y puede contraer matrimonio. Admitido esto ¿no pensais que vuestra hija consentirá con alegria en esta union si la apoyais?

— Si se muere de ese fatal amor, creyéndose separada de Ernesto Rennepont por un abismo si no sabe que su amante es religioso ¿cómo ha de negarse á este enlace?

— Pues bien, amigo mio; el dolor, la desesperacion de esos dos desgraciados ¿no se trueca en una dicha inefable? Pero ¿qué tenéis? ¿porqué permanecéis silencioso y abatido?

— Vuestro proyecto no podrá realizarse.

— ¿Porqué?

— No lo sé

— ¿Vacilais en aprobarlo?

— ¡Oh! no...

— ¿Qué os detiene pues?

— No puedo resolverme á consertir en tan espantoso sacrilegio.

— Cristian, sois hombre de criterio y de firmeza ¿y sentís tanto desfallecimiento?

— Es imposible...

— Es preciso hacerlo, amigo mio; es preciso pensar en vues-

tra hija, en vos; en ese jóven desgraciado y en los deberes que os impone vuestro amor de padre. ¡Valor!... Volved en vos...

—Si, soy cobarde... señor Estienne, porque debiera oponerme con todas mis fuerzas á vuestro consejo, pero los disgustos han roto los resortes de mi alma...

—Sin embargo nunca habeis necesitado mas vuestra energia. Decís que mi proyecto es irrealizable. Pero, aunque no se llevase á cabo ¿dejariais de correr los mismos peligros? ¿Olvidais que vuestra vida y vuestra libertad estan amenazadas, que á esas horas estan buscando sin duda las huellas de Ernesto Rennepont y de vuestra hija, y olvidais por fin que la fatalidad, ya que no la conviccion, os obliga á ser protestante?

—¡Desventurado de mí! murmuró Cristian con abatimiento.

—He aquí mi parecer: voy á ver á Ernesto Rennepont, á proponerle que abrace la reforma, que sea pastor de la nueva Iglesia, que realice en fin sus ilusiones, si Hena acepta esta union. Seguro del consentimiento de Ernesto Rennepont, ireis á hablar con vuestra hija, cuya respuesta, segun creo, no será dudosa, y acordado el enlace, es preciso darse prisa porque la desesperacion de Hena puede causarle la muerte, Cristian. Además, temo que no estareis mucho tiempo en seguridad en las cercanias de Paris, y por lo tanto he pensado que en el caso que esta casa de campo deje de ser un asilo seguro, podriais trasladaros á la Rochela, donde tengo un amigo impresor. La ciudad es rica, industriosa, fortificada, enteramente adicta á la reforma y muy confiada en el poder de sus franquicias municipales, en sus murallas y en el valor de sus numerosos habitantes y sé ademas mejor que nadie vuestro mérito como impresor. Finalmente, si debeis salir de Paris antes del regreso de vuestro hijo Odelin...

—¡Ah! me estremezco al pensar que se acecha el regreso de ese desgraciado niño para arrebatármelo. ¡Qué golpe tan terrible seria para mí!

—Velaré por él.

—¡Cuánto os debo, señor Estienne!

—Pagádmelo abrazando la reforma. ¿No habeis dicho que maese Raimbaud no tardará mucho en volver de Italia?

—Debia llegar á Paris antes de terminar el año y estamos ya á fines de diciembre.

—Iré mañana mismo á casa de Raimbaud, y tal vez sepa su espo-

sa el día probable de su regreso. En este caso, y aun de todos modos, vuestro cuñado el franco topo, que os ha dado ya tantas pruebas de adhesión, puede casi seguramente impedir que os roben á Odelin.

— ¡ El cielo os escuche !

— Es cosa muy fácil.

— ¿ Cómo ?

— Por lo comun, cuando se vuelve de Italia, se entra en Paris por la puerta de la Bastilla.

— Es verdad, y como maese Raimbaud vive, como la mayor parte de los armeros, en las inmediaciones de esa fortaleza, entrará seguramente por el arrabal de San Antonio.

— Será preciso, pues, que el franco topo, si la esposa de Raimbaud está enterada del próximo regreso de su esposo, se ponga de acecho en el camino de Italia ó en las cercanías de la Bastilla, para esperar la llegada de vuestro hijo, impedirle que entre en Paris y entregarle una carta vuestra que le aconseje que parta á reunirse con vos en la Rochela.

— ¿ Y quién se encargará de facilitar los medios del viage de Odelin ?

— Yo. Cuando esté seguro á vuestro lado, continuará su oficio de armero, porque recelo, Cristian, que ha llegado la época en que mas que nunca tendrán mucho trabajo los que fabrican armas de guerra. ¡ Ea pues, amigo mio... valor ! Ya veis que lo necesitais, y en gran dosis para asegurar la felicidad de las personas que amais...

— Tendré valor, maese Estienne. ¡ Ah ! ¿ cómo haré para vencer á mi hijo ?

— Amigo mio, dijo su demonio tentador, que deseaba atraer á toda costa á Cristian á su partido, orillad los escrúpulos y conducidme á donde se halla Ernesto Rennepont.

— ¿ Me comunicareis pronto su resolución ?

— Si, y entonces podreis proponer este enlace á vuestra hija.

— Le ocultaré la verdadera posición de Rennepont

— Haced lo que gustéis, pero advertid que de vuestra resolución depende la vida ó la muerte de vuestra hija.

¿ Qué no hace un padre para salvar la vida á una hija amada ? Desde aquel instante se rindió Cristian á la tentación, y ahogó la voz de la conciencia.

Condujo á maese Roberto Estienne al aposento de Ernesto

Rennepont, les dejó solos y esperó el fin de la conversacion despues de la cual habia de hablar con Hena.

Hena Lebrenn ocupaba en la quinta un aposento inmediato al de su padre, y llevaba aun el hábito de Agustina.

La palidez de su rostro angelical, rodeado por los pliegues de la capucha y de su largo velo blanco, se distinguia apenas de la blancura del lino, y se leian el dolor y la resignacion en sus facciones que de puro enflaquecidas parecian diáfanas. Sentada junto á una ventana, con las manos juntas sobre las rodillas y sus rasgados ojos azules elevados hácia el cielo, parecia mirar sin verlos los sombríos nubarrones que la brisa helada empujaba con prolongados gemidos.

Hena estaba pensando en los acontecimientos de los tres dias posteriores.

A pesar de su resolucion de consagrarse á la vida religiosa para volver á ver á su familia, de no habitar mas bajo el mismo techo que Hervé, cuya monstruosa pasion le inspiraba un horror invencible, y de sepultar para siempre en la helada sombra del claustro su fatal amor á Desmontal, desde la noche en que estaba orando sola en la capilla de la Virgen, acogió sin embargo á su tio Josefino como un libertador y no vaciló en huir con él del convento de las Agustinas. Ignoraba aun la muerte de su madre; la esperanza de volverse á encontrar pronto al lado de sus padres tan queridos despues de su cruel separacion, dominó á todos los demas sentimientos. Pero cuando volvió á ver á Cristian y la desgraciada niña supo la muerte de Brígida, las persecuciones de que era objeto toda la familia y la presencia del señor Desmontal en aquel refugio, estuvo á punto de volverse loca. Si, debilitada por los padecimientos y agitada por tantos acontecimientos imprevistos, vaciló su espíritu algunos momentos, y solo á la escelencia de su corazon y á la actitud de su alma debió el salvarse del delirio y de la desesperacion. Reflexionó y reflexionaba aun en este instante en que, sentada junto á la ventana de su aposento, dirigia sus miradas al espacio, y pensando en el presente y el porvenir, decia:

—Sé cual ha de ser mi deber en lo sucesivo... Viviré al lado de mi pobre padre, me esforzaré en hacerle menos cruel la pérdida de mi madre, y si se vé obligado á huir, huiré con él, le consolaré en su destierro, y reemplazaré á mi madre cuando vuelva Odelin de Italia... No trataré de olvidar al señor Desmontal porque no podré,

pero conservaré este amor en lo mas profundo de mi corazon, y os diré, Dios mio: ¡ Haced con vuestra misericordia infinita que este amor insensato y desesperado no me mate... haced que viva para mi padre que necesita mis cuidados y mi cariño!

Tales eran los pensamientos de la jóven cuando vió entrar á Cristian cuyo rostro, tanto tiempo oscurecido por la afliccion, espresaba un pesar dificilmente contenido, y lágrimas... tiernas lágrimas bañaban sus ojos. A pesar de su deseo de no descubrir desde luego lo que sentia á su hija, temiendo causarle una impresion demasiado viva, no pudo menos de estrecharla entre sus brazos repetidas veces y de cubrirla de besos sin poder pronunciar una palabra. Hena, mas que sorprendida, enternecida con aquella efusion de caricias y admirada del cambio de las facciones de su padre, exclamó:

— ¿ Qué teneis? padre, ¿ habeis recibido alguna mala noticia? ¿ os persiguen? ¿ Ya os vereis obligado á ocultaros?

Cristian movió negativamente la cabeza, y teniendo aun á su hija entre sus brazos contemplándola con placer, se sentó, la puso sobre sus rodillas como si fuera un niño, y le dijo con voz trémula de emocion.

— Si, Hena mia, si, querida hija... He recibido una noticia pero no la que te figuras, porque tendremos que partir pronto de esta quinta, donde nos descubririan tal vez y partiremos lejos... muy lejos de aqui.

— Sin embargo, padre mio, estais mas conmovido que cuando os separasteis de mi lado...

— Es que se trata de tí.

— ¿ De mí?

— Esa noticia...

— ¿ Es decir que teneis una noticia?

— Si, hija mia, te interesa particularmente.

— ¿ A mí?

— A tí sola

— ¿ A mí sola, padre mio?

— No, no... porque, lo que es feliz ó infeliz para tí ¿ no lo es tambien para mí?

Hena miró á Cristian con asombro. Este vacilaba en seguir adelante temiendo las consecuencias de una revelacion demasiado brusca, y reflexionando un instante añadió:

— ¿Sabes qué es la religion reformada ?

— Me lo habeis dicho muchas veces... una nueva religion por cuya causa nos persiguen sin motivo.

— ¡ Ojalá , hija mia !

— Pero ¿ porqué me haceis esa pregunta ?

— Ernesto Rennepont , á quien conoces desde hoy con este nombre , se separa del catolicismo para abrazar la reforma...

— ¡ El... herege !

— Será elegido pastor de la religion reformada.

— ¡ Se negará , padre mio ! exclamó Hena.

Y Cristian sintió á su hija temblar convulsivamente sobre sus rodillas.

— En este caso no se separaria de nosotros.

Hena no pudo responder y se llevó las manos á los ojos que brotaban copiosas lágrimas.

— ¡ Pobre hija mia ! dijo Cristian conteniendo su emocion ; espero de tu franqueza habitual una confesion. ¿ No dices : si me amase...

— Padre... padre mio , tened piedad de mí... ¡ Si supierais cuanto sufro... !

— ¡ Hija querida , exclamó Cristian radiante de ternura , mi único consuelo en el mundo , valor... valor ! No para luchar contra el pesar , sino para evitarte la emocion vivisima que nos causa una noticia inesperada...

— ¿ Una noticia inesperada ?

— Si.

— ¡ Acabad !

— Es en primer lugar la resolucion de Ernesto Rennepont de abrazar la reforma y además que desea casarse.

— ¡ Casarse !

— Si hubiera de realizar el deseo mas ardiente de su corazon , ¿ sabes , Hena , á quien elegiria por esposa ?

Cristian no pudo continuar ; estrechó á su hija contra su seno , porque conocia que su temblor se aumentaba é iba á desmayarse en sus brazos , y añadió con voz trémula :

— Esa esposa idolatrada... serias tú , tesoro mio ! ¡ Ernesto Renneport te ama con delirio desde el dia que te vió en casa de Maria la Catella !

Hena , á pesar de las precauciones empleadas por su padre para

anunciarle el amor y los proyectos de enlace de Ernesto Rennepont, no resistió á la violenta sacudida que le causó esta revelacion. Cristian, que la sostenia en sus brazos, vió que invadia su rostro una palidez mortal, que inclinaba la cabeza sobre su hombro y perdia completamente el conocimiento. No asustándose mucho por aquel desmayo que esperaba y sabiendo cuan débil estaba Hena por sus padecimientos, se levantó y la llevó al lecho, á cuya cabecera se arrodilló esperando sin alarma el término de una crisis causada por un exceso de alegría.

Oyó entonces dos golpes en la puerta y preguntó :

— ¿ Sois vos, señor Estienne ?

— Si... y no estoy solo...

— No entreis aun, repuso Cristian.

— ¿ Qué sucede ?

— Hena se ha desmayado. Dignaos esperar un momento, y podré llamaros sin peligro.

En efecto, algunos movimientos de Hena y el ligero carmin que tiñó poco á poco sus mejillas anunciaron muy pronto que volvía del desmayo. Desplegáronse sus largos y sedosos párpados, dirigió la mirada hácia su padre que continuaba arrodillado á su cabecera, y pareció que interrogaba sus confusos recuerdos.

— ¿ Estoy soñando? dijo.

— No, no es un sueño, respondió Cristian levantándose, no eres juguete de una ilusion, hija mia. Rennepont te ama hace mucho tiempo con el amor mas acendrado.

— ¡ Tambien él me ama !

— Si hija mia, he sorprendido el secreto de su alma y apruebo vuestro cariño.

Le indicó entonces con el ademan la puerta del aposento y añadió :

— Allí está acompañado de nuestro amigo Estienne.

— ¡ Allí !

— ¿ Te sientes con bastante valor para recibirles ?

— ¿ Y desde cuando me ama ?

— El te lo dirá mejor que yo. Está allí... ¿ Quieres que entre ?

Hena se sentó en el lecho sin poder responder, se llevó una de sus manos al corazon para comprimir la violencia de sus latidos, é hizo con la cabeza una seña afirmativa.

Cristian introdujo entonces en el aposento á maese Rorberto

Estienne, en cuyo brazo se apoyaba bamboleando Ernesto Rennepont.

Oyéronse entonces en la parte exterior de la quinta los pasos de un caballo, y Cristian, cediendo á un movimiento de inquietud involuntario, corrió á la ventana, pero se tranquilizó al reconocer á su cuñado el franco topo que desmontaba. Hena y Ernesto Rennepont, estraños á cuanto pasaba en torno suyo, no cesaban de mirarse, y cuando el jóven llegó junto á la cama donde estaba sentada Hena, se arrodilló delante de ella, cruzó las manos, alzó su pálido rostro que brillaba entonces de júbilo inefable, y ambos, incapaces de pronunciar una palabra, se contemplaron con recogimiento.

Maese Roberto Estienne no pudo contener las lágrimas.

Cristian se acercó á los dos jóvenes, tomó la mano de Hena, la colocó en la de Ernesto Rennepont que continuaba arrodillado, y dijo con voz conmovida:

— Bendigo vuestro amor, y sed felices hasta la muerte.

Acababa de pronunciar Cristian estas palabras cuando entró el franco topo, que enterado ya por su cuñado del amor recíproco y oculto de los dos jóvenes, se estremeció de esperanza al verlos reunidos.

— Sabedlo todo, amigo mio, dijo Cristian á Josefino; mi hija y el que desde hoy llamo hijo mio os deben la libertad. Ernesto Rennepont se casa con Hena.

— En ese caso, apresurad el enlace, dijo en voz baja el aventurero llevándose á Cristian y á Roberto Estienne á la ventana en tanto que los novios, abismados en una especie de éxtasis, no oían ni veían nada.

El franco topo añadió en voz aun mas baja:

— Vengo de Paris; he oido proclamar á son de trompeta un pregon en que sor Hena y fray Ernesto son considerados como relapsos, y condenados por este crimen...

— ¡A la hoguera! murmuró Roberto Estienne estremeciéndose de horror y conteniendo con un ademan rápido la exclamacion de espanto que iba á salir de los labios de Cristian.

— ¿Qué haremos? preguntó este con ansiedad.

— El tiempo urge, dijo en voz baja Josefino; es preciso que esta noche partan de aqui mi cuñado, su hija y ese jóven.

— ¿Creeis que no estamos aquí seguros?

- No.
- Mucho lo temo, dijo Roberto Estienne.
- ¿Qué haremos? volvió á preguntar Cristian.
- He aquí mi plan, respondió maese Estienne. Jesefino volverá á Paris á llevar una carta mia á uno de nuestros pastores, el cual vendrá esta noche á recibir la declaracion de Ernesto Rennepont y dar la bendicion nupcial á los novios. Entonces, se pondrán sin demora en camino con vos, Cristian.
- Pero ¿cómo partiremos sin caballos?...
- Montareis en el mio y llevareis en la grupa á vuestra hija.
- Y yo llevaré en el mio á ese jóven, añadió el franco topo, y les acompañaré hasta cinco ó seis leguas de Paris. El chalan que me presta el caballo es uno de mis antiguos compañeros de guerra y me dejará disponer de él durante un dia ó dos.
- Pero estos jóvenes no pueden viajar con su trage, dijo Estienne.
- Serian conocidos al momento, añadió el franco topo.
- Esta noche les traereis nuevos trages, dijo Roberto Estienne dando su bolsillo á Josefino. Pagareis tambien al chalan el caballo. Se quedará con él Ernesto Rennepont y acompañará á Cristian y á su hija hasta la Rochela, donde únicamente estarán los tres en seguridad.
- No perdamos, pues, un momento.
- ¡A caballo, Josefino, á caballo!
- El aventurero salió apresuradamente lanzando á Hena y á Ernesto Rennepont una mirada cariñosa.
- Los dos jóvenes, en el éxtasis de su amor, ignoraban los nuevos peligros que les amenazaban.
- Roberto Estienne, causador en cierto modo de las desgraicias de aquella familia, exclamó entonces con acento de triunfo:
- Son míos: la fatalidad ha ahuyentado sus creencias; y desde hoy puedo ensalzarme entre mis correligionarios de haber conseguido la convercion de toda una familia. Desde hoy mas, Cristian y su cuñado que no carecen de energia, y ese Ernesto Rennepont, arrastrado por la ceguedad de la pasion al perjurio, serán constantes defensores de la reforma. ¡Qué triunfo será el mio!

Pronto serán las doce de la noche.

Maese Roberto Estienne, Cristian, su hija, Ernesto Rennepont y el franco topo están reunidos en el salon de la casa de campo, refugio inseguro que pronto tendrán que abandonar. Un personaje de torvo aspecto, antiguo sacerdote, que por dar rienda suelta á su libertinage, habia abrazado la nueva secta, y se titulaba pastor accedió al llamamiento de Roberto Estienne para celebrar una ceremonia ridícula por medio de la cual se enlazaban en matrimonio algunos reformados. Ocupa el centro de la sala una mesa donde se ven dos velas, un tintero, plumas, papel y una pequeña Biblia de bolsillo con broches de plata. Hena y Ernesto Rennepont estan en pié delante de la mesa y en frente del pastor, y Roberto Estienne, Cristian y Josefino contemplan con curiosidad á los novios. La agitacion febril que les causan tantos acontecimientos inesperados y la sensacion de una dicha grave y reprimida animan ligeramente sus facciones no ha mucho tan pálidas y abatidas por los padecimientos, y ambos silenciosos, meditabundos y sin pensar en el pasado, sin recordar que á costa de su amor, se separaron del mundo saltando la terrible barrera de la heregia, no vé mas en aquella ceremonia que un permiso de amarse mutuamente y tratan de luchar en sacrificios y abnegacion, pues no ignoran ya los peligros que les amenazan.

Ya habian respondido con un sí Hena y Rennepont al pastor que les preguntó si deseaban ser esposos, y habian declarado que pertenecian á la nueva secta cuando interrumpió de pronto la ceremonia la aparicion del colono Miguel que entró pálido y pavorido gritando:

— ¡Señor Estienne, huid! ¡Maldicion sobre mi! ¡Os han hecho traicion!

Siguió á estas palabras un momento de estupor silencioso.

Hena por un movimiento instintivo, se arrojó en los brazos de su padre, Ernesto se acercó á ella, el franco topo se asomó á la ventana y prestó el oido hácia el patio, y el pastor alzó los ojos diciendo:

— ¡Señor, si me enviais la muerte... hágase vuestra voluntad!

— ¿Nos han hecho traicion, Miguel? preguntó Roberto Estienne siendo el primero en romper el silencio ¿quién ha sido?

— ¡Mi mujer! ¡maldita sea su lengua!

— ¡Qué escucho! ¿Alison?

— Hoy ha revelado en la aldea que se ocultaba aqui una religio-

sa... Mi desventurada esposa se ha arrepentido de su traicion, y acaba de confesármelo llorando, diciéndome al mismo tiempo que habia partido apresuradamente á Paris un hombre desconocido que habia oido la revelacion.

Despues se arrojó á los piés de Roberto Estienne y exclamó juntando las manos.

— Señor; no me condeneis... no soy un infame. Os juro que no he tomado parte en esta traicion:

— ¡ A caballo ! gritó el franco topo.

— Si, si, partamos, dijo Roberto Estienne. Ese desconocido habrá avisado al fiscal general, y los arqueros de la ronda estarán ya en el camino de Saint Ouen... No perdamos un instante ; á caballo ! El mio está ensillado... mandad ensillar el vuestro, señor Estienne. Cristian tomará á su hija en la grupa, yo á Ernesto Rennepont... y al galope !

El franco topo se lanzó fuera del aposento arrastrando á Ernesto Rennepont casi á pesar suyo.

Cristian, conociendo la prudencia del consejo de Josefino, enlazó á Hena con uno de sus brazos, la sostuvo y la guió siguiendo los pasos de su cuñado, y Roberto Estienne y el pastor se apresuraron á seguirles, en tanto que el colono se desesperaba repitiendo :

— ¡ Maldita... maldita lengua !

El aventurero se daba prisa á hacer salir su caballo y Roberto Estienne ensillaba precipitadamente el suyo ayudado por Miguel, cuando Alison entró aterrada huyendo de la calle de árboles que terminaba en la puerta exterior de la quinta.

— ¡ Pobre Miguel ! Estamos perdidos... Allí están los arqueros ; he oido los pasos de sus caballos cerca de la verja.

— ¿ Está cerrada la verja ? preguntó el franco topo que era el único que conservaba su sangre fria ante el inminente peligro que aterraba á los demás.

— Sí, respondió Miguel.

— ¿ Es sólida ?

— Muy sólida.

— En ese caso, necesitarán algun tiempo para forzar la puerta.

El franco topo reflexionó durante algunos segundos y dijo á Roberto Estienne:

— ¿ Hay alguna otra salida además de esa verja ?

— Ninguna... El huerto está cercado de paredes.

- ¿ Son altas ?
- De cerca de seis piés.
- En ese caso , repuso el aventurero nada hay perdido.
- En aquel momento se oyó á lo lejos en direccion de la puerta de la quinta una voz que gritaba :
- ¡ Abrid en nombre del rey !
- ¡ Ya estan aqui los arqueros... padre mio ! Se acabó nuestra dicha , murmuró Hena aterrada y arrojándose en los brazos de Cristian.
- Voy á entregarme , dijo Ernesto Rennepont dirigiéndose hácia la puerta , y asi los arqueros terminarán sus pesquisas.
- El franco topo asió al esposo de Hena del brazo , é impidiéndole que diera un paso mas , dijo al colono :
- ¿ Teneis una escala ?
- Si.
- Corred á buscarla.
- Miguel obedeció en tanto que los arqueros redoblaban sus gritos y amenazaban con forzar la verja sino la abrian.
- Señor Estienne , dijo el aventurero , vos y el pastor id á responder á los arqueros ; preguntadles con qué objeto vienen á vuestra casa á tales horas , detenedles asi fuera , ganad tiempo y yo me encargo de lo demas. Que tenga solo medio cuarto de hora de ventaja , y cuando esos soldados entren no encontrarán á nadie...
- Comprendo vuestro proyecto , respondió Roberto Estienne.
- Y volviéndose hácia Cristian que , ayudado de Ernesto Rennepont sostenia á Hena que estaba medio desmayada de terror , añadió :
- Adios , Cristian... ¡ Valor... sangre fria ! Aun podeis salvaros.
- Y se dirigió hácia la verja seguido del pastor en el momento que Miguel traia sobre sus hombros una larga escala.
- Fuera de las paredes del huerto , preguntó Josefino al colono , ¿ hay un camino ó campos ?
- Campos , señor , separados de la pared por una estrecha senda y un vallado.
- Josefino prestó el oido hácia el lado de la verja y advirtiéndole que se habian calmado los gritos de los arqueros exclamó :
- ¡ Valor !... No se ha perdido todo. Roberto Estienne esta hablando con los arqueros y tendremos tiempo para huir. Llevadme pronto al extremo del huerto , Miguel.
- El colono precedió á los fugitivos por una larga alameda y á unos

trecientos pasos se paró delante de una pared donde arrimó la escala.

— No perdamos un momento, dijo el franco topo prestando nuevamente el oído; los arqueros amenazan y van á forzar la verja.

Cristian subió el primero por la escala, llegó al extremo, se puso allí á caballo, é inclinándose, tendió las manos á Hena que subió despues de él; entonces la sostuvo estrechándole entre sus brazos; la sentó y la conservó á su lado sobre la pared á donde llegaron sucesivamente Ernesto Rennepont y el aventurero. Este, tirando de la escala ayudado por Miguel, la hizo dar una vuelta completa, la colocó en la parte opuesta de la pared y los fugitivos bajaron uno tras otro á una senda rodeada de un alto y espeso vallado.

— ¡Estás salvada! exclamó Cristian estrechando á Hena contra su pecho, ¡estás salvada, hija mia!

— ¡Aun no! dijo un arquero con voz bronca y áspera alzándose detrás del cercado donde estaba emboscado, y añadió gritando: ¡Aqui! ¡Alerta! aquí!

Cruzar el vallado de un salto, coger al arquero de la garganta con una mano y sacar la espada con la otra, tal fué el primer movimiento del franco topo, pero fueron oidos los gritos del soldado, varios peones montados en la grupa de los arqueros de á caballo y puestos en derredor de las paredes por el gefe de la ronda acudieron precedidos de un sargento gritando:

— ¡Mueran! ¡Cogedlos vivos ó muertos!

Trabóse una lucha en medio de la oscuridad de la noche. Cristian aunque sin armas, cayó traspasado por una espada despues de hacer esfuerzos sobrehumanos para arrancar á su hija de los brazos de los soldados. Ernesto Rennepont y Hena quedaron en poder de los arqueros, y despues de haber arrojado Josefino al suelo al soldado que habia llamado á sus compañeros, viendo que toda resistencia seria inútil, se aprovechó del tumulto y de las tinieblas, se alejó arrastrándose por el suelo, se ocultó detras del cercado, y oyó desde allí caer á algunos pasos de distancia á Cristian murmurando con voz débil:

— ¡Muerdo .. hija mia!

Los arqueros dejaron por muerto á Cristian, poco á poco reinó el silencio en aquella soledad, y el rumor lejano de los caballos anunció que los arqueros regresaban á Paris.

El aventurero salió entonces de su escondite, corrió al lado de

Cristian, se arrodilló para separarle el justillo y la camisa húmeda de sangre, le puso la mano sobre el corazon y sintió que aun latia.

—Solo hay un medio de salvacion para Cristian, pensó el franco topo. El colono está desconsolado por la traicion de su mujer, y si no le han prendido, consentirá tal vez en dar asilo al herido...

La quinta de Roberto Estienne, despues de la espedicion de esta noche, no será ya visitada en mucho tiempo... Tratemos de arrancar á mi cuñado de la muerte.

No fué vana la esperanza de Josefino; Miguel y su esposa consintieron en recibir y ocultar al herido en la quinta de Roberto Estienne, el cual, lo mismo que el pastor, fué llevado preso á Paris.

CAPÍTULO VIII.

El 21 de enero de 1535.

Algunas semanas despues del arresto de Hena Lebrenn y Ernesto Rennepont en la quinta de maese Roberto Estienne, dos ginetes acababan de cruzar el puerto de Charenton y se dirigian á Paris.

Uno de ellos era *maese RAIMBAUD el armero*, hombre de alguna edad, de rostro franco y resuelto; su robusto cuerpo y su actitud marcial anunciaban que en caso de necesidad sabia servirse con ventaja de las armas que forjaba; llevaba un ancho sombrero de fieltro, una cota de malla de acero sobre el justillo, y gruesas botas de viage; pendian de su talle una espada y una daga, llevaba provistas sus pistolas y su larga capa parda ocultaba la grupa de su robusto caballo. El otro ginete ODELIN LEBRENN tenia entonces unos quince años; sus facciones ingenuas y agradables, ligeramente tostadas por el sol de Italia recordaban las de Hena; una gorra negra adornada con una pluma encarnada y ladeada sobre los rubios cabellos del jóven descubria completamente su rostro risueño que estaba mas animado á medida que se acercaba al término de su viage. El aprendiz y su maestro subian entonces una colina al paso de sus caballos y el de Odelin, á pesar de la pendiente rápida, tomaba á veces el trote, disimuladamente escitado por la espuela del mozalvete, lo cual hacia sonreir á maese Raimbaud porque adivinaba la causa de la impaciencia de Odelin, pero conservando sin embargo su caballo á un paso regular.

— ¡Ola, Odelin! le gritó. ¿Vuelves á hacer trotar el caballo?

— No es culpa mia, maese Raimbaud, respondió el jóven confuso y parándose á pesar suyo, el caballo no hace caso de la rienda.

— Muy fogoso está.

— Sin duda le martirizan las moscas.

— ¿Qué dices, muchacho? ¿Moscas en el mes de enero? repuso jovialmente el armero reuniéndose con su aprendiz. ¿Crees que estás aun en el Milanesado?

— No sé mentir, maese Raimbaud, ¿pero qué quereis? cuando pienso que allá, en la gran ciudad mi padre, mi madre, mi hermana, Hervé y mi buen tio Josefino esperan mi llegada, siento un es-

tremecimiento tal de alegría que á pesar mio las espuelas se acercan á los hijares del caballo.

— Comprendo tu impaciencia, muchacho, y es un elogio de tu corazón: pero trata de moderarla un poco. Hemos hecho hoy una larga jornada y rebentariamos los caballos. Estando seguro de la dicha que te espera ¿para qué has de apresurarte?

— Es cierto, maese Raimbaud, dijo Odelin encendiéndosele el rostro con la emoción y brotando una lágrima de sus ojos, porque antes de dos horas veré y abrazaré á todos los que amo...

— Y yo aumentaré su alegría diciéndoles cuan satisfecho he estado de ti durante nuestro viage.

— ¿Cómo no he de esmerarme en daros gusto, maese Raimbaud? Aunque fuera vuestro hijo no me hubierais tratado mejor.

— Y un digno hijo no se hubiera portado mejor que tú, querido Odelin; tales son los frutos de la educación que has recibido de tus padres.

— ¡Ah! maese Raimbaud, cuando pienso en que voy á abrazarles...

— ¡Cuidado con las espuelas! Mas ya hemos llegado á la cima de la colina. Para un momento al caballo, y aprieta una de las correas de la maleta que se ha desatado.

— ¡Cielos! Si hubiera perdido la maleta... exclamó el aprendiz encendiéndosele el rostro de temor.

Paró la montura, se volvió sobre la silla, se apresuró á atar la correa de la maleta y enumerando con complacencia infantil los tesoros encerrados en ella añadió:

— Si te hubiera perdido, querida maleta, adios mis preciosos regalos... mi anillo de plata cincelado para mi querida madre, el Quinto Curcio impreso en Bolonia para mi padre, mi alfiler de oro para mi hermosa Hena y mi tintero de bronce florentino para Hervé...

— Y ese famoso frasco de vino de *Imola* para tu tío el franco topo que tendrá un placer en saborear ese nectar de Italia...

— No es eso todo, maese Raimbaud: llevo también á mi tío una daga de fino acero de Milan que forjé en el taller de maese Gaspar á ratos perdidos... Querido tío, hubiera creído ofenderte trayéndote únicamente un frasco de vino.

— Ea pues, la correa está sujeta, continuemos nuestro camino, y cuando lleguemos al llano emprenderemos el trote.

— Si, si...

— He dicho trote... pero no galope.

Maese Raimbaud y su aprendiz prosiguieron rápidamente su camino, y ya distinguían á lo léjos en el horizonte las torres de los numerosos campanarios de las iglesias de Paris, cuando al pasar por delante de una casa aislada del camino, y que por su muestra indicaba ser un meson, oyeron que una voz robusta les gritaba:

— ¡Maese Raimbaud! ¡Odelin!

— ¡Es mi tío! dijo vivamente el mozalvete parando el caballo; es la voz de mi tío... la conozco.

— Habrá salido á esperarnos, enterado sin duda por mi mujer del día de nuestra llegada, repuso el armero poniendo también al paso su caballo.

Miró entonces á todos lados con sorpresa y añadió:

— ¿Donde se ha ocultado el franco topo? Imagino que no está en el cielo y la voz parece sin embargo que viene de lo alto.

Odelin no menos admirado que su maestro miraba también en torno suyo cuando vió salir del meson, que habian dejado atrás, un fraile capuchino de elevada estatura, con el rostro casi completamente oculto en su capucha parda y que se dirigia á todo correr hácia los viajeros.

— ¡Cielos! exclamó Odelin en el momento que la capucha del fraile que corria hácia ellos se levantó por el viento; ¡mi tío se ha hecho capuchino!

— ¡Pardiez! repuso el armero tan sorprendido como su aprendiz; ¡el fuego de mi fragua se apague si esperaba esta metamórfosis! ¡El franco topo capuchino!

El aventurero al ver que su sobrino, á quien dirigió una rápida y enternecida mirada, se disponia á desmontar, le dijo:

— No desmontes, Odelin.

Y dirigiéndose al armero, añadió:

— Maese Raimbaud, entremos en ese meson; hay cahalleriza.

— ¿Pararnos aqui? No por mi vida. Demasiada prisa tengo de ir á abrazar á mi mujer; pronto si quereis, beberemos una botella de vino en mi casa, respondió el armero equivocando el objeto de la invitacion de Josefino. Quiero llegar á Paris antes de anocheecer.

— Maese Raimbaud, no podeis entrar en Paris antes de anocheecer y sin grandes precauciones, dijo en voz baja el aventurero sin que le oyera su sobrino.

— ¿Porqué?

—Seguidme á ese meson , pondreis los caballos en la caballeriza y os anunciaré tristes noticias , pero que no sepa nada Odelin.

— En hora buena , repuso maese Raimbaud admirado de lo que le decia el franco topo y presagiando tristes acontecimientos , en tanto que el aprendiz, ignorando la confidencia que habia hecho su tio al armero, se dirigia tambien al meson preguntándose con creciente sorpresa :

— ¿ Porqué se habrá hecho mi tio capuchino ?

— Este se bajó la capucha hasta los ojos , precedió á los viajeros en el patio del meson , donde estaba la puerta de la caballeria , y maese Raimbaud dijo á Odelin :

— Quita las sillas á los caballos ; ponles el pienso y ven despues.

— ¡ Cómo , maese Raimbaud ! ¿ Nos quedamos aqui cuando estamos á dos horas escasas de Paris ?

— Cuida de los caballos , y ya te diré despues porque nos quedamos en este meson.

— Odelin, pronto á obedecer á su maestro, bajó rápidamente del caballo, y despues se arrojó en los brazos del franco topo y dijo con voz trémula y vertiendo lágrimas :

— Querido tio ¿ están buenos mis padres , y Hena y Hervé ?

Josefino , sin responder á Odelin , le estrechó en sus brazos con apasionada ternura.

El jóven sintió en sus mejillas las lágrimas ardientes que caian de los ojos del aventurero.

— ¿ Llorais, tio ?

— De alegria , hijo mio , respondió Josefino con voz sorda y conmovida , de alegria porque vuelvo á verte.

Y desprendiéndose de los brazos de su sobrino añadió :

— Vuelve pronto ; preguntarás antes al mesonero donde está el cuarto alto que cae á la carretera.

Odelin se retiró con los caballos , y Josefino dijo al armero :

— Venid, maese Raimbaud venid...

Odelin , lleno de júbilo por el encuentro de su tio y reflexionando especialmente que el momento con tanta impaciencia anhelado de volver á ver á su familia solo se retardaba algunas horas, se ocupó en quitar la silla á los caballos y darles el pienso. Era tal su afan de ofrecer al franco topo los regalos que le traia de Italia , que buscó en la maleta el frasco de vino de Imola y la daga que habia construido para entregársela á Josefino antes entrar en Paris.

El franco topo condujo á maese Raimbaud á un aposento alto del meson cuyas ventanas daban á la carretera, enteró al armero de la muerte de Brígida, del arresto de Hena y Ernesto Rennepont, y finalmente de la fuga de Cristian á la Rochela. Se habia realizado la espera de la franco topo; no se sospechó la presencia de su cuñado en la quinta de Roberto Estienne, porque las últimas pesquisas hechas por los arqueros en aquella morada la pasieron por algun tiempo al abrigo de nuevos ataques. La influencia de la princesa Margarita y el honor que daban al reinado de Francisco I las obras maravillosas de la imprenta de Roberto Estienne, le salvaron tambien esta vez del odio de sus enemigos, y no le inquietaron. Cristian esperó por consiguiente sin peligro en San Ouen el momento en que, curado de su herida por los cuidados del célebre cirujano Ambrosio Pareo, que fué en secreto á curarle, pudo partir á la Rochela. El cofrecillo que contenia las leyendas de la familia de Lebreun habia sido prudentemente enterrado por el franco topo durante la noche en que los arqueros fueron á prender á Hena. Cuando Cristian estuvo en estado de ponerse en camino, tomó el disfraz de un buhonero vendedor de escapularios y reliquias, porque esta excusa debia preservarle de algunos peligros durante el camino; y llevando en sus hombros su caja que encerraba tambien las reliquias de su familia, se dirigió á la Rochela, á donde llegó sano y salvo, segun una carta que habia escrito recientemente á maese Roberto Estienne.

Maese Raimbaud, aterrado con estas revelaciones, porque apreciaba en extremo á Cristian y á su familia, exclamó con dolor:

— ¡Pobre Odelin! ¡Qué golpe tan inesperado para ese desgraciado niño! No hace un instante que la idea de volver á ver á su familia le trasportaba de júbilo... y va á saber... ¡Oh! es horrible... horrible!

— ¡Horrible! repitió el franco topo con ademan siniestro. Soldado aventurero desde la edad de quince años, jamás me habia mezclado en cuestiones políticas, pero ahora que he de vengar á mi hermana, seré un tigre contra los que han causado su muerte. ¡Si; venganza!

— Tranquilizaos Josefino.

— Teneis razon. Aqui teneis una carta de vuestra esposa; sé su contenido, porque me lo ha explicado, dijo el franco topo entregando un papel al armero. Os suplica que no volvais á vuestra arme-

ria y os dirijais á un asilo seguro que os indica, adonde irá á veros para tomar una resolucion.

—Si, dijo el armero despues de haber leído la carta de su mujer; mi buena Marta se asusta de todo. Por rigurosa que sea la persecucion contra nosotros, nada debo temer; trabajo además para varios señores de la corte, y no me negarán su apoyo.

—Maese Raimbaud ¿os deben dinero esos señores?

—Si; me deben crecidas sumas.

—Pues os enviarán á la hoguera para saldar la cuenta.

—Tal vez teneis razon, Josefino

—Creedme; entrad secretamente en Paris, permaneced allí oculto algunos dias, reunid todo lo mas precioso que poseais, y huid á la Rochela.

—Ese será tal vez el mejor partido que podré tomar, respondió el armero pensativo. Pero ¿y el pobre Odelin?

—El y yo os acompañaremos.

—Bien.

—Olfateo la batalla por el lado de la Rochela.

—¿Creeis que nuestros amigos tomarán las armas?

—Si, y estoy ardiendo en deseos de acompañarles. ¡Oh! sí... lo deseo.

El armero, aterrado con la exaltacion feroz del franco topo, dijo despues de un momento de silencio:

—Mi cabeza desvaria en medio de tan crueles y súbitas revelaciones; me olvidaba de preguntaros por la hija de Cristian.

—Está presa en el Chatelet, é instruyen su proceso.

Y el aventurero, tapándose el rostro con las manos, añadió con voz sorda y desgarradora:

—¡Será juzgada y condenada... á morir en la hoguera!

—¡Oh! no... no es posible.

—¡Hena! prosiguió Josefino sin responder á maese Raimbaud, pobre niña, viva imágen de mi hermana; pobre niña, que tantas veces mecí dormida sobre mis rodillas, y que despues...

El franco topo no pudo continuar porque ahogaban su voz los sollozos.

El desconsuelo de aquel soldado era á la vez punzante y terrible, y su incurable dolor debia engendrar en la hora de su venganza proyectos sangrientos... atroces...

—¡Desgraciado Cristian! repuso maese Raimbaud profunden-

te compadecido ; qué angustias habrán sido las tuyas ! ; Obligado á huir de Paris dejando á su hija presa...!

—Fué preciso engañarle para decidirle á partir , respondió el aventurero enjugando las lágrimas.

—¿ Engañarle ?

— Si. ¿ Creeis que hubiera partido ?

— Demasiado le conozco.

— Maese Estienne le persuadió de que la princesa Margarita habia obtenido el indulto de Hena , pero que estaria durante el resto de sus dias encerrada en un convento lejos de Paris. Creyendo al menos que su hija se salvaria del suplicio , sin esperanzas de volver á verla mas , y no pudiendo hacer nada por ella porque ignoraria su residencia , Cristian se decidió á huir y conservarse para Odelin...

— ¿ Y Hervé ?

— ¡ Ira de Dios ! No pronuncieis el nombre de ese mónstruo... Le ahogaria con mis manos aunque es sobrino mio.

El armero , que ignoraba los crímenes de Hervé , no se atrevió á hacer mas preguntas , y para variar de conversacion , dijo á Josefino :

— Todo lo que acabais de referirme me ha trastornado tanto que ni siquiera he pensado aun en preguntaros porque llevais ese hábito de capuchino.

— Conocido por los agentes del fiscal general y vendido sin duda por dos bandidos que me ayudaron á sacar á Hena del convento de las Agustinas , mi elevada estatura y mi ojo cubierto con un tafetan negro me hubieran dado á conocer demasiado pronto , y deseaba librarme de las pesquisas para esperar la llegada de Odelin. Me disfracé de capuchino que es trage seguro porque oculta el rostro y aleja toda sospecha. Estos mendicantes no tienen convento de su órden en Paris , y únicamente viene alguno que otro de sus casas de Chartres ó de Bourges á pedir limosna. Si alguno de Chartres me hubiera hablado le habria dicho que era de Bourges , y al de Bourges le habria respondido que era de Chartres. Me he instalado en este meson hace tres dias para espiar vuestro regreso por el camino de Italia , y he dicho al mesonero que esperaba aqui un extranjero por negocios de mi convento. Pago generosamente , merced al bolsillo de maese Roberto Estienne , y el mesonero está contento de mí.

— ¿ Y qué haremos ahora ?

— Todo lo he meditado ya despacio.

— Decid.

— Escuchad antes con atencion, maese Raimbaud. Teneis fama de reformado, y habeis de saber que la plebe ha asesinado ya á varios ciudadanos que tienen la misma fama que vos. Juzgad pues del peligro que os espera en Paris. Mi pobre Odelin tendria la misma suerte.

— ¡ Siendo un niño !

— Esperan su regreso para prenderle...

— Pero si logramos llegar á mi casa...

— Casualmente en ella están los agentes ocultos para dar el golpe...

— ¿ Cual es pues vuestro plan ?

— Hablemos de él porque el tiempo urge. No podeis volver á vuestra casa ni tampoco Odelin. He aquí mi plan que es de la aprobacion de maese Roberto Estienne. Me he proporcionado otro hábito de capuchino para Odelin; entraremos en Paris con la alforja al hombro sin despertar desconfianza; nos dirigiremos á un asilo seguro que nos ha preparado maese Estienne en la calle de San Honorato donde nos aguarda; enterará á ese pobre muchacho de las desgracias de su familia, porque, como creereis muy bien, maese Raimbaud, no me atrevo á hacerle una revelacion que me estremece; y finalmente, mañana por la noche saldremos de Paris con nuestro habito y conduciré á mi sobrino al lado de su padre en la Rochela. Si os decidís tambien á buscar allí un refugio con vuestra esposa, nos pondremos de acuerdo para reunirnos en alguna ciudad á ocho ó diez leguas de Paris.

— Vuestro proyecto me parece escelente, y es muy probable que siga vuestros consejos.

— Segun lo que pasa en Paris no viviriais con mucha seguridad.

— Es verdad.

— Dejad los caballos en este meson á donde vendrá á buscarlos mañana uno de vuestros dependientes.

— Y esta noche entraré en Paris...

— Por supuesto... bien embozado.

— No me conocerán.

— Y dirigios á esa casa cuyas señas os da vuestra esposa.

— Lo haré asi. Pero si temeis algun peligro por Odelin ¿ porqué habeis de entrar en Paris ? ¿ Porqué no dais la vuelta á las murallas

y tomáis directamente el camino de la Rochela? ¿Os falta dinero para el viage?

— No.

— Porque tengo aun lo suficiente para atender á esos gastos.

— Hubiera preferido partir directamente de aqui con Odelin para la Rochela, pero maese Roberto Estienne...

El franco topo fué interrumpido por su sobrino, que entró llevando en la mano su frasco cubierto con juncos finamente tegidos y una daga de acero, y presentó gozosamente estos dos objetos á Josefino diciéndole con gracia:

— Querido tio, he fabricado para vos esta daga con el mejor acero de Milan, y os he traído este frasco de vino de Imola para celebrar este dia tan feliz para nosotros y beber en la reunion de toda la familia.

Las sencillas palabras de aquel jóven contrastaban de un modo tan doloroso con la horrible realidad que ignoraba aun, que maese Raimbaud y el aventurero, lanzándose mutuamente una triste mirada, permanecieron silenciosos. La capucha de Josefino, caida entonces sobre sus hombros, descubria completamente sus facciones abatidas y desfiguradas por el pesar, hasta el punto de que Odelin, al ver por vez primera á su tio con el rostro descubierto, dió un paso atrás, y advirtiendo tambien la profunda tristeza de maese Raimbaud é inquieto por el silencio de ambos, su corazon se angustió y presintió vagamente alguna desgracia.

El franco topo, enternecido con la prueba de afectuoso recuerdo que le traia su sobrino de su lejano viage, tomó el frasco y la daga, contempló el arma con alegria siniestra, la puso debajo del hábito en su cinto, y dijo para si:

— ¡ Hermosa hoja...! Me la da el hijo... ella vengará á la madre y á la hermana.

Dejó entonces el frasco á su lado y abrazó á Odelin con ternura diciéndole:

— Gracias, gracias, hijo mio; la daga me servirá en la guerra. En cuanto el frasco... ¿qué quieres? los gustos cambian... y ya no bebo vino.

— ¿ Vos... no bebeis vino?

— No... me lo ha prohibido el cirujano.

— ¿ Estais enfermo?

— No... no; pero quien tiene heridas...

— ¿Se ha abierto alguna de vuestras heridas? preguntó Odelin con vivo interés. ¡Pobre tío! Por eso estais tan pálido y desfigurado. Ahora que os veo á la luz casi os desconozco.

— Si, querido Odelin, he padecido y padezco á consecuencia de una herida... que no se cicatrizará, segun creo, en mucho tiempo.

— ¡Cuanto lo siento!

— Pero debo entregarte esta carta de tu padre: toma y lee.

— ¿Una carta?

— Si.

— ¿No voy á volver á verle esta noche en su casa?

— Lee y lo sabrás.

Y Odelin, cada vez mas asombrado, leyó lo siguiente:

« Querido Odelin: confórmate sin hacer pregunta alguna á todo lo que te exija tu tío Josefino. No te alarmes; pronto te abrazaré. Te ama siempre con todo su corazon.

« Tu padre, CRISTIAN. »

Odelin, á pesar de su vaga y creciente inquietud, se tranquilizó con las palabras de su padre: « Pronto te abrazaré, » y dijo al franco topo:

— ¿Qué he de hacer tío?

El aventurero tomó de encima del lecho un emboltorio, sacó de él un hábito de capuchino, y dijo á Odelin:

— En primer lugar, es preciso que te pongas este hábito encima de tu vestido, y cuando estemos dentro de Paris que te bajes la capucha sobre el rostro.

— ¡Yo! repuso Odelin asombrado. ¿Porqué he de ponerme ese traje?

— ¿Te olvidas de la carta de tu padre!

— Teneis razon; me olvidaba de que recomienda que os obedezca, tío, sin haceros pregunta alguna. Voy á ponerme el hábito.

— ¡Bravo! dijo maese Raimbaud esforzándose en sonreirse para tranquilizar á Odelin; ya estás trasformado de aprendiz armero en aprendiz capuchino.

— Lo quiere mi padre, maese Raimbaud, y obedezco; pero no tengo vocacion para fraile.

— La tengo menos que tú, Odelin, respondió el franco topo con ironia siniestra ayudando á su sobrino á disfrazarse; pero es preciso atenerse á las circunstancias. Toma ahora esta alforja, encorba el cuerpo, tuerce el cuello é imita el andar de un lego capuchino.

— ¡Cual se admirarán mi madre, Hena y Hervé al verme entrar en casa con este traje! dijo Odelin sonriéndose y cediendo á la inocente alegría de su edad.

— Si... mucho.

— Tío, si solo mi padre está enterado de mi disfraz llamaré á la puerta de casa pidiendo limosna con voz gangosa. ¡Cómo se sorprenderán todos cuando levante la capucha!

— Tu idea es excelente, respondió el franco topo con penoso embarazo. Pero se hace tarde; despídete de maese Raimbaud y partamos.

— ¿Se queda aquí maese Raimbaud?

— Si.

— ¿Quién cuidará de los caballos?

— No te inquietes por eso, Odelin... ¡Adios!

Y el armero, ignorando si volveria á ver mas á su aprendiz, á quien amaba como un hijo, le abrazó con ternura y repitió:

— ¡Adios!... Espero que pronto nos veremos.

— Os despedís de mi con ademan tan triste, maese Raimbaud...

— No... no...

— Como si nos separásemos para mucho tiempo, dijo Odelin llorando.

— Son vanos tus recelos, hijo mio.

— Tío... querido tío, á mi pesar renacen mis inquietudes... La tristeza de maese Raimbaud, ese disfraz que vos y yo tomamos para entrar en Paris... ¡Oh! me ocultais alguna cosa...

— Odelin, recuerda los mandatos de tu padre, dijo el aventurero. No me hagas preguntas porque no podré responderte. ¡Ven... sígueme!

El muchacho se resignó suspirando, y poniéndose en los hombros la alforja, bajó la escalera siguiendo á su tío, el cual al oír resonar en los escalones las espuelas de Odelin, le dijo:

— He olvidado hacerte quitar las espuelas. Quitátelas mientras voy á pagar al mesonero. Esperame en la carretera.

— Tío, puedo poner en la alforja algunos regalillos que traigo de Italia para la familia?

— Sin duda, respondió el franco topo á quien afligian las ilusiones de Odelin.

Y mientras este entraba en la caballeriza para quitarse las espue-

las y sacar de la maleta los objetos que deseaba llevarse, Josefino fué á pagar al mesonero.

Este, que se hallaba en la sala de los bebedores, no habiendo podido ver bajar á Odelin vestido de capuchino, dijo al franco topo al recibir su dinero:

— ¿Partís ya?

— Si, con un novicio de la órden á quien habia dado cita aqui.

— ¿Vais á Paris á asistir como los demas religiosos á la gran ceremonia?

— ¿Qué ceremonia?

— Una magnífica procesion. Un viagero que ha pasado hace pocos nos ha dicho que todas las campanas tocaban á vuelo, que desde esta mañana estan tapizadas por órden del fiscal general todas las casas de las calles por donde ha de pasar la procesion, y que todas las ventanas estarán iluminadas. Se dice que el rey, la reina y todos los príncipes asistirán á la ceremonia... que es la mas hermosa que se habrá visto. Vais á ser bien feliz en verla.

— ¡Mucho! Buenas tardes, amigo.

Josefino fué á reunirse con su sobrino que le esperaba en la puerta del meson diciendo para si:

— ¿Qué ceremonia es esa de que habla el mesonero? No importa, asi nos será mas fácil, en medio de la muchedumbre que llenará las calles, llegar con mas seguridad al asilo donde nos espera maese Estienne.

El franco topo y su sobrino se dirigieron á Paris á donde llegaron cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

¡21 de enero de 1535!

Hijos de Joel, este dia fué muy triste.

En efecto, una solemnidad magnífica y sin igual debia ser en este dia la admiracion de Paris como lo habia anunciado el mesonero al franco topo, el cual, como estaba ausente de la ciudad hacia algunos dias, ignoraba los preparativos de tan esplendente ceremonia. ¿Cuál era el objeto? Leed, los que me sucedereis, este decreto publicado en Paris por órden de Francisco I.

«El lunes 21 de enero de 1535 tendrá lugar una procesion en honra de Dios, nuestro Criador, de la gloriosa vírgen Maria y de

« todos los santos del paraíso. Informado el rey cristianísimo Fran-
 « cisco I de los errores diabólicos que pululan en esta época, y de los
 « execrables libros y carteles heréticos arrojados en las calles y pla-
 « zas de Paris por los malvados de la secta de Lutero y otros endia-
 « blados blasfemadores de Dios y del Santísimo Sacramento del altar,
 « los cuales malditos quieren aniquilar la santa fé católica y las san-
 « tas constituciones de nuestra madre la Santa Iglesia de Dios.

« Por estas razones, dicho rey cristianísimo Francisco I ha cele-
 « brado consejo, y para reparar las injurias hechas á Dios, ha deli-
 « berado hacer una procesion general, terminada por el suplicio de
 « varios hereges, en cuya procesion se llevará la Santa Eucarista y
 « todas las reliquias de la ciudad de Paris.

« Primeramente, el 17 de dicho mes de enero, se publicará á
 « son de trompetas en todas las esquinas de Paris la órden de que
 « todos los habitantes barran las calles por donde ha de pasar la pro-
 « cesion y se tapicen todas las ventanas, teniendo la obligacion
 « cada dueño de dichas casas de estar el dia de la procesion con la
 « cabeza descubierta y una antorcha encendida en la mano delante
 « de su puerta.

« *Item*: el miércoles siguiente, 20 de dicho mes, se reunirán
 « todos los directores principales de las universidades de Paris, y se
 « les mandará que tengan encerrados todos los estudiantes de di-
 « chos colegios, y que no les dejen salir hasta que se termine la
 « procesion para evitar la confusion y el tumulto. Además, los es-
 « tudiantes deberan ayunar el dia y la vispera de la santa proce-
 « sion.

« *Item*: Los prebostes de los mercaderes y los regidores de la ciu-
 « dad de Paris mandarán poner cadenas en la salida de cada calle
 « por donde debe pasar la procesion para impedir que el pueblo la
 « turbe atravesándola, y se encargarán de la custodia de cada una
 « de dichas cadenas cuatro arqueros.

« *Item*: se construirán lujosos tablados de descanso en medio de
 « las calles de San Dionisio y de San Honorato, en la cruz de Tra-
 « hoir y en la entrada del puente de Nuestra Señora, el cual será
 « adornado de un monumento en que se represente la historia del
 « Santísimo Sacramento, y de un dosel de yedra del cual penderán
 « varias coronas triunfales y banderolas en que estará escrita esta
 « divisa sagrada: IPSI PERIBUNT, TU AUTEM PERMANEBIS.

« La misma divisa se escribirá en papeles atados al cuello de nu-

« merosas avecillas, á las que se dará libertad cuando pase dicha « procesion, etc. etc. (1)

El programa de la ceremonia se ejecutó exactamente.

El franco topo y Odelin entraron en Paris por la puerta de la bastilla de San Antonio encubiertos con sus hábitos de capuchino, é ignorando que el cortejo la atravesaria, se dirigieron hácia la calle de San Honorato, brillantemente iluminada por el resplandor de las antorchas que cada propietario tenia con la cabeza descubierta en el umbral de la puerta de su casa, segun las órdenes del edicto real. Ricas colgaduras y lienzos adornados de ramos de árboles verdes, cubrian las paredes de las casas; las ventanas estaban llenas de hombres mujeres y niños, y una multitud tumultuosa y animada circulaba con alegría y aclamando el esplendor de aquella fiesta. Josefino y Odelin llegaron al arco de Eschappes por donde se cruzaba á la calle de San Honorato, pero tuvieron que esperar que el cortejo, anunciado de un momento á otro, hubiese pasado para penetrar en aquella calle, pues todas las salidas cerradas por cadenas estaban custodiadas por arqueros.

La multitud compacta abrió respetuosamente paso á Josefino y Odelin, cuando de pronto se oyeron voces amenazadoras en el arco de Eschappes, y este grito tan frecuente en aquellos dias: *¡Luterano! ¡herege!* dominó los clamores. Un jóven acababa de decir imprudentemente y en voz alta á un amigo suyo:

— ¡Qué tiempos alcanzamos! El rey, la corte, el clero, los parlamentos, toda la ciudad acude á celebrar el suplicio de unos infelices.

Estas palabras, oidas y repetidas por los que estaban á su lado, les exasperaron contra el jóven indiscreto, y maltratado por la turba fanática, y esforzándose en vano para defenderse, cayó en una de las oleadas de la muchedumbre á los piés de Josefino.

— ¡Atemos á este herege para que sea quemado con los demás! Estos reverendos padres capuchinos, que van sin duda á reunirse con la procesion, le conducirán hasta la hoguera del atrio de Nuestra Señora.

Este parecer fué acogido con gritos de unánime aprobacion.

Levantaron al desventurado, le ataron los brazos, y lo arras-

(1) *Historia de la ciudad de Paris por DOM FELIBIEN, de la congregacion de San Mauro. Paris, 1725, t. V. Pruebas, p. 343.*—Registros del consistorio de Paris y registros de los parlamentos, f.º 507—686.

traron detrás del franco topo y su sobrino, empujados á su pesar por el oleage popular hácia la cadena custodiada por los arqueros.

Odelin estaba aterrado y se asia de los brazos de su tio, que le dijo en voz baja mientras andaba.

— No tratemos de resistirnos contra la voluntad de estas gentes, pues nos descubrirían, y sigamos la procesion si es preciso para salvar á este desdichado.

El franco topo y su sobrino, cediendo á la corriente, llegaron cerca de los arqueros, los cuales, enterados del proyecto de la muchedumbre acerca del jóven indiscreto á quien acusaban de luterano, y no atreviéndose á oponerse, se aproximaron á Josefino y le dijeron :

— Ponemos bajo vuestra proteccion la vida de este jóven imprudente. No ha sido juzgado ni condenado, y todo lo mas que deberiamos hacer es conducirle al Chatelet. Seguid la procesion y desatadle en otra calle.

Josefino hizo un ademan afirmativo con la cabeza.

Apareció por fin la procesion, cuya descripcion hace del modo siguiente un escritor católico :

« Primeramente venian á la cabeza de la procesion los suizos de
« la guardia del rey, precediendo á la reina ricamente vestida de
« terciopelo negro con forro de piel de lobo cerval, montada en una
« hacanea blanca con gualdrapas de paño de oro y acompañada de las
« hijas del rey, ricamente vestidas tambien con trages de raso car-
« mesi, cubiertas de bordados de oro y montadas en soberbias haca-
« neas; marchaban detrás de la reina otras damas y princesas, varios
« gentiles hombres, escuderos, y camareros á caballo, pages y laca-
« yos á pié y suizos de la guardia.

« Despues venian los *Franciscanos* en gran número, llevando va-
« rios relicarios, con una vela en la mano y con gran devocion.

« Seguian á estos los *Predicadores Jacobinos* llevando varios reli-
« carios, y cada uno tenia un rosario de Nuestra Señora y oraba á
« Dios con gran devocion, y detrás de ellos se veian los *Agustinos*
« marchando en órden igual y llevando varios relicarios; los *Carme-*
« *litas* en el mismo órden; todas las parroquias de la ciudad de Pa-
« ris con sus cruces, revestidos los sacerdotes con sus capas y otros
« llevando relicarios rodeados de un gran número de antorchas; las
« iglesias de *colegiata* llevando varias reliquias y cuerpos santos con
« varias antorchas en derredor; los *Maturinos*, vestidos de blanco y

«con gran devocion, llevando cada cual uná vela blanca en la man
 «los *religiosos de San Maglorio* llevando la urna de dicho santo,
 «los *religiosos de San German de los Prados*, llevando la urna d
 «señor San German el Viejo, que de memoria de hombre no se h
 «bia visto salir del recinto de su iglesia. Dichos religiosos llevab
 «á la derecha del santo una vela blanca encendida; y á la izquierd
 «los *religiosos de San Martin de los Campos* llevaban la urna
 «San Paxant, mártir, pues las dichas urnas iban una al lado de otr
 «Venian detrás las reliquias del señor *San Eloy* en la urna de c
 «cho santo llevado por los herreros que ostentaban en la cabeza go
 «ras de flores; el señor *San Benito* y otras urnas de cuerpos sa
 «tos de dicha ciudad, y un gran relicario todo de oro, de valor in
 «preciable, enriquecido de piedras preciosas [y encerrando hues
 «enteros de varios santos, llevado por diez y seis vecinos de la c
 «dad de Paris.

«Despues venian en perfecto órden las urnas de la señora *So*
 «*ta Genoveva*, llevada por diez y ocho hombres desnudos á esce
 «cion de una túnica, cubiertas las cabezas con gorras de flores y p
 «cuatro religiosos, tambien con túnica, con las piernas desnudas
 «los piés descalzos; y la urna del señor *San Marcelo*, llevada p
 «plateros con gran reverencia y trages decentes, cuya urna de m
 «moria de hombre no se habia llevado mas allá de los puentes
 «Nuestra Señora. Y para que dichas urnas fueran trasladadas me
 «al través de la apiñada muchedumbre, que tenia curiosidad de ve
 «las de cerca, se colocaron en rededor de ellas varios arquero
 «otros empleados de la ciudad.

«Marchaban detrás los *religiosos de Santa Genoveva* y de *San V*
 «*tor* con los piés descalzos, llevando cada uno un cirio encendido
 «orando á Dios con gran devocion; los canónigos y curas de *S*
 «German el Auxerrois, cantando varios himnos en música;
 «doctores seculares y regulares de las cuatro facultades de la Univ
 «sidad de Paris, el rector con sus bedeles llevando delante de él
 «mazas de oro y plata, y los doctores en teologia, medicina y ot
 «en gran número, vestidos con sus trages doctorales y con una v
 «blanca encendida.

«Seguianles en buen órden por los dos lados de la calle los sui
 «de la guardia del rey, con uniforme de terciopelo y armados
 «alabardas: los pífanos y tamboriles de guerra marchaban de
 «en dos con perfecto órden delante de dichos suizos, tocando

«instrumentos una marcha fúnebre. Iban detrás los oboes, trom-
 «petas, cornetines y clarines vestidos con las libreas del rey, tocan-
 «do melodiosamente y cantando este hermoso himno: *Pange,*
 «*lingua, gloriosi corporis mysterium,* etc., que es el himno del
 «Santísimo Sacramento, que hacia llorar á todos por distinguidos
 «personages que fueran.

«Venía detrás M. de Savigny, uno de los capitanes de las guar-
 «dias del rey, poniendo orden para evitar el tumulto en dicha pro-
 «cesion, y tras él los heraldos de armas del rey, vestidos con sus
 «cotas de paño de plata.

«Veianse despues los cantores de la capilla de dicho señor, tanto
 «los domésticos como los de la Santa Capilla del Palacio mezclados
 «cantando: *O salutaris Hostia,* y otras bellas antífonas; diez sacer-
 «dotes con casullas y la cabeza descubierta, llevando el cuerpo del
 «señor *San Luis,* antiguo rey de Francia, adornado con piedras
 «preciosas, y el santo y riquísimo relicario de la *Santa corona*
 «*de espinas* de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, el cual de
 «memoria de hombre no habian llevado en ninguna procesion y ha-
 «cia erizar el cabello á los que lo veian y les dejaba estasiados en
 «Dios recordando su bendita pasion.

«Detrás venian la *Vera-Cruz* en que fué crueificado Nuestro Se-
 «ñor Jesus, procedente de dicha Santa Capilla, y otro pedazo de
 «de dicha vera-cruz procedente de Nuestra Señora de Paris; la *Vara*
 «*de Aaron,* antigua reliquia; *el santo hierro* de la lanza con que Lon-
 «ginos traspasó el precioso costado de nuestro Salvador Jesucristo;
 «uno de los *santos clavos* con que lo clavaron; la *esponja;* la *cadena*
 «con que ataron á Nuestro Señor al pilar; su *túnica incombustible;*
 «el lienzo con que se ciñó en la escena del sudario y del sepulcro;
 «los *pañales* de su natividad; la *caña* que le dieron cuando fué co-
 «ronado de espinas; la *mesa* que cortaron en el desierto los hijos de
 «Israel; la *gota de preciosa sangre* de nuestro Salvador Jesucristo,
 «la *túnica de púrpura* de nuestro Redentor Jesus, y finalmente, la
 «*gota de leche* de la gloriosa Virgen Maria, Madre de Dios, los cua-
 «les relicarios, sacados del tesoro de dicha Santa Capilla, fueron
 «acompañados y llevados por diez arzobispos ú obispos vestidos de
 «pontifical y marchando de dos en dos.

«Venian despues los embajadores del emperador, del rey de In-
 «laterra, de Venecia y otros potentados y señores, y detras y de
 «frente, los cardenales de Tournon, Veneur, y Gibry, el obispo de

« Soissons y messire Gabriel de Saluces, obispo de Aire llevando un
 « hermoso relicario en cruz guarnecido de piedras preciosas. Seguian
 « los gentiles hombres con las hachas de armas, escoltando el precio-
 « so y sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento
 « del altar, llevado por monseñor el obispo de Paris en una cruz,
 « bajo un dosel de terciopelo carmesí violado, salpicado de flores de
 « lis de oro, llevado por los señores hijos del rey, á saber; *el señor*
 « *Delfin*, los señores de Orleans y de Angulema, y el señor de
 « Vendome, todos con la cabeza descubierta y vestidos con trages de
 « terciopelo negro con grandes flecos de hilo de oro y forros de raso
 « blanco, y cerca de ellos varios condes y barones para ayudarles.

« Venia detras el *rey nuestro señor* con la cabeza descubierta,
 « con gran reverencia, vestido de terciopelo negro forrado de piel
 « de gato montés con un ceñidor de tafetan y llevando en la mano
 « una hacha blanca encendida y con el cabo cubierto con terciopelo
 « carmesí. Y cerca de él estaba monseñor el cardenal de Lorena,
 « al cual, cuando el Santísimo Sacramento se detenia en las capillas
 « de la carrera, el señor rey entregaba su antorcha mientras él ha-
 « cia su oracion con las manos en cruz. El pueblo al verle lloraba á
 « lágrima viva y pedia á Dios por su monarca que con tanta devocion
 « estaba y hacia un acto digno de gran memoria. Es de suponer tam-
 « bien que ningun judio ó infiel, al ver el ejemplo del príncipe y de
 « su pueblo, no se convirtiera á la fé católica.

« Despues venian los Parlamentos con sus ugieres delante llevan-
 « do cada uno su vara en la mano; los cuatro notarios; los escri-
 « banos del crimen con sus trages de escarlata y sus caperuzas de pie-
 « les; los Presidentes con sus capas y los consejeros con togas en-
 « carnadas; los generales de la justicia; los empleados de la moneda
 « los señores del tribunal de cuentas, y finalmente los arqueros, ba-
 « llesteros y arcabuceros de Paris con antorchas encendidas etc. (1).

La procesion siguió la calle de San Honorato, y la de San Dionisio y la de Santiago de la Carniceria, y cruzó el puente de Nuestra Señora despues de haberse detenido en el tablado de descanso sobre el cual se leia sobre numerosas banderolas la divisa: *Ipsi peribunt; tu autem permanebis.*

(1) *Historia de la ciudad de Paris*, por FELIBIEN.—Tomo V, pruebas, p. 343-347.—*Ceremonial francés*, p. 910 y siguientes.—*Registros del Parlamento y del Consistorio de Paris*, á los cuales remite para las pruebas el citado Felibien en este relato de la procesion del 21 de enero.

Una bandada de pajarillos, llevando la divisa sobre papeles atados al cuello, fueron puestos en libertad y volaron batiendo alegremente sus alas, y la procesion del Santísimo Sacramento se fué aglomerando en la plaza del atrio de Nuestra Señora, cuyas casas estaban llenas de espectadores desde las puertas á los tejados.

El franco topo y su sobrino habian esperado el paso de los religiosos para incorporarse, y se pusieron detrás de los Maturinos que iban los últimos, sucediendo que cuando el cortejo llegó al atrio de Nuestra Señora estos se colocaron cerca de la hoguera, porque estaban encargados de confesar y exhortar á los hereges si en el momento de su suplicio se arrepentia alguno de ellos.

Odelin temblaba de terror y se apoyaba en el brazo de Josefino.

Un vasto tablado cubierto de ricas alfombras dispuesto delante del portal de la antigua basílica, esperaba al rey Francisco I, á la reina, los príncipes y princesas de la familia real, los cardenales, los arzobispos, los mariscales, los presidentes del parlamento y los principales cortesanos. En frente y á unos cien pasos del tablado real se elevaba una estraña construccion, cerca de la cual se colocaron los Maturinos: era un monton de leña de quince á veinte piés de longitud y seis ó siete de elevacion. En derredor de la hoguera se veian seis máquinas compuestas de un madero perpendicular, clavado en el suelo, sosteniendo sobre la punta, y pudiendo subir y bajar en una muesca, otro madero trasversal de gran longitud; en uno de sus extremos, colgado con cadenas sobre la hoguera, habia un asiento con respaldo, y el otro extremo, guarnecido de cuerdas y poleas, descansaba en el suelo. (1).

Despues de tomar asiento los reyes, los príncipes y señores, el teniente fiscal fué á recibir las órdenes del canciller, este tomó las del rey el cual mandó que se procediese al suplicio de los seis hereges.

Todas las miradas se dirigieron hácia la hoguera.

Los Maturinos, entre los cuales se hallaban el franco topo y Odelin, estaban colocados cerca del sitio del suplicio.

Luego que se dió la órden de ejecucion, varios frailes maturinos se dirigieron al portal de Nuestra Señora, á donde habian sido conducidos antes los condenados para pedir perdon de rodillas de-

(1) Véase la descripcion de estas máquinas en la *Historia de Francia* por el P. Daniel de la Compañia de Jesus, t. IX, p. 41, Paris, 1751, y *Hechos de los reyes de Francia é Inglaterra*, por Juan Bouchet, Poitiers, 1557, en fólío, p. 271-272.

lante de la iglesia, despues de lo cual condenaron á uno de los pacientes á cortarle la lengua en castigo de los anatemas que habia lanzado contra los acompañantes en el trayecto de la cárcel al atrio. Los Maturinos condujeron en procesion á las víctimas hasta el lugar del suplicio, y cuando se acercaron á él todos los religiosos entonaron á una voz el salmo: *De profundis clamabi ad te, Domine.*

Los hereges, en número de seis, marchaban de dos en dos con la cabeza descubierta, los piés descalzos y una vela en la mano. Venian primero Juan Dubourg y su amigo Esteban Laforge, y despues Ernesto Rennepont sosteniendo el arquitecto Antonio Poille. Acababan de cortar la lengua á este desgraciado, y estaba debilitado por la sangre que brotaba de la boca é inundada su larga camisa blanca. Finalmente, iban detras Maria la Catella y Hena Lebrenn, con los piés descalzos, los cabellos esparcidos sobre los hombros, vestidas con largas túnicas blancas atadas con una cuerda á la cintura.

Cuando se acercaron los hereges, los verdugos encendieron la hoguera de la cual brotaron densas llamas entre torbellinos de humo. Hena llevaba una vela en una mano y en la otra una biblia de bolsillo impresa por Cristian, y al ver la hoguera y al oir decir á sus verdugos que la agonía seria lenta, se desmayó su espíritu al pensar en la atrocidad del suplicio que le esperaba. Lanzó gritos desgarradores y se arrojó en los brazos de Maria la Catella, dejando caer la vela y la biblia. El libro cayó en los tizones, y algunas de las hojas empezaban á inflamarse, cuando uno de los verdugos lo arrojó con el pié hasta donde se hallaba el francotopo, el cual, aprovechándose de la distracion de los Maturinos, cuyas miradas seguian á los condenados, se inclinó, recogió la biblia y la ocultó debajo del hábito.

Odelin estaba absorto y le parecia todo un sueño. Continuaba mirando petrificado de terror, y los gritos de su hermana, luchando á veinte pasos de él, llegaban apenas á su oido, ahogados por el violento zumbido de las arterias de su frente: lo que pasaba en torno suyo aparecia al través de esa neblina pálida en que se dibujan confusamente las visiones fantásticas.

Los verdugos se arrojaron sobre Hena y la ataron en uno de los asientos; los demas pacientes fueron igualmente encadenados; algunos tizones avivaron la llama de la hoguera; los verdugos empezaron á levantar y bajar las seis básculas, y se presenció un espectáculo digno de la pluma de Dante Alighieri cuando inventaba los tormentos de los círculos del infierno.

Tan pronto se veia á las víctimas caer en medio de las llamas , como elevarse en el aire , con los vestidos y cabellos inflamados , y despues volver á caer en aquel abismo de fuego , para volver á subir y caer otra vez.

Odelin continuaba mirando , inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho y rígidos como los miembros de un cadáver...

El franco topo conservaba una sangre fria espantosa ; no apartaba los ojos de Hena siguiendola en el aire y hasta el fondo del abismo de fuego , y contó veinte y cinco elevaciones y caidas en medio de las llamas. Al principiar el suplicio se retorcia la desventurada en su asiento lanzando gritos horribles y lastimeros gemidos , pero fueron siendo cada vez mas débiles , hasta que á la décimasesta caida desapareció en aquel crater ardiente , y no gritó mas... Estaba muerta ó moribunda , y la máquina solo levantaba un cadáver ennegrecido , medio desnudo y cuya cabeza iba flotando y azotando el respaldo de la silla de hierro.

El franco topo siguió entonces con la mirada el suplicio de Ernesto Rennepont colocado por una siniestra casualidad en frente de Hena ; este desgraciado no arrojó un grito ni una queja durante la ejecucion ; y sus ojos estuvieron hasta espirar fijos en su esposa...

Esteban Laforge , Juan Dubourg y Maria la Catella se mostraron impávidos y serenos , y durante mucho rato se oyeron las voces de los hereges , menos la de Antonio Poille , á quien habian cortado la lengua , cantando este salmo :

Dios mio , espíritu santo ,
 Justo y sabio Creador ;
 Sosten en este momento
 Nuestro débil corazon.
 Dios de verdad y de luz,
 Esparce tu resplandor ;
 Y abrásanos con tus llamas
 Hasta tu eterna mansion.
 ¡ Piedad , piedad ,
 O justo Dios !

Y vencida por el dolor , por la agonía y por la muerte , la voz de los hereges espiró en sus labios.

Los verdugos advirtieron que ya no balanceaban mas que cadáveres y dejaron caer á un tiempo los asientos y los cuerpos medio calcinados en medio de la hoguera. El peso de su caida hizo arremolinar en los aires una bocanada de llamas , chispas y humo...

Se habia terminado la ceremonia.

Francisco I, seguido de su corte, bajó del tablado para asistir al regresar al Louvre á otras dos ejecuciones de hereges.

Odelin, dominado por el terror del espectáculo que presenciaba, se sostuvo en pié hasta el fin, pero cuando hubo desaparecido la terrible vision, se desmayó, cayó en el suelo y su cuerpo se estremeció con violentas convulsiones, atribuidas por los Maturinos á la emocion causada al jóven profeso por la primera ejecucion á que asistia. Dos religiosos se ofrecieron al franco topo para ayudarle á trasladar al jóven novicio á una de las casas inmediatas, y Josefino, que conservaba su presencia de ánimo, aceptó su auxilio, aunque antes de alejarse del lugar del suplicio, se paró un momento ante el monton de los seis cadáveres, que la hoguera consumia lentamente, y dijo para sí:

—Juro delante de estas cenizas... por la muerte de mi hermana y por la muerte de su hija, hundida veinte y cinco veces en las llamas, que pereceré ó las vengaré.

Odelin fué trasladado á una casa inmediata y los Maturinos le dejaron con su tic; su trage religioso aumentó el interés que el jóven inspiraba. Volvió en si, y tuvo energia suficiente para ir aquella misma noche con el franco topo al refugio de la calle de San Honorato en donde encontraron á Roberto Estienne, que estaba desterrado y partia al dia siguiente á Ginebra. Debia la vida á la influencia de la princesa Margarita. El impresor contó á Odelin la fuga de su padre á la Rochela y la muerte de Brígida, y aconsejó á Josefino que saliese aquella misma noche con su sobrino para ponerse en marcha hácia la Rochela, aunque tuviesen que pararse al cabo de algunas leguas para que Odelin descansase tras tan dolorosas emociones. El impresor entregó al franco topo el dinero necesario para el viage, y se encargó de avisar á maese Raimbaud, en caso de que este quisiera tambien refugiarse en la Rochela, que el franco topo y su sobrino le esperaban en Etampes, donde se detendrian dos dias.

Josefino y Odelin partieron de Paris antes de amanecer y llegaron á Etampes sin tropiezo conservando su disfraz religioso. Maese Raimbaud y su esposa acudieron á la cita, y todos cuatro llegaron el 17 de febrero de 1535 á la Rochela donde encontraron á Cristian Le-brenn. El franco topo entregó á su cuñado la *biblia de bolsillo* recogida cerca de la hoguera durante el suplicio de Hena... Y esta biblia aumentó las reliquias de la familia.

Francisco I, seguido de su corte, bajó del tablado para asistir al regresar al Louvre á otras dos ejecuciones de horcas.

Obelia, dominado por el terror del espectáculo que presenciaba, se sostuvo en pie hasta el fin, pero cuando hubo desaparecido la terrible vision, se desmayó, cayó en el suelo y su cuerpo se estremió con violentas convulsiones, atribuidas por los médicos á la emocion causada al joven profesor por la primera ejecución á que asistia. Dos religiosos se encocieron al franco topo para ayudarle á trasladar al joven novicio á una de las casas inmediatas, y Joselino que conservaba su presencia de animo, aceptó su auxilio, aunque antes de dejarse del lugar del suplicio, se paró un momento ante el monton de los seis cadáveres, que la hoguera consumia lentamente, y dijo para sí:

— ¡uno delante de estas cenizas... por la muerte de mi hermano y por la muerte de su hijo, hundida veinte y cinco veces en las llamas que perecerá á las venturas.

Obelia fué trasladado á una casa inmediata y los Maturos le dejaron con su tío; su traje religioso aumentó el interés que el joven inspiraba. Volvió en sí, y tuvo energia suficiente para ir aquella misma noche con el franco topo al refugio de la calle de San Honorato en donde encontraron á Roberto Estienne, que estaba desahogado y partia al día siguiente á Ginebra. Debía la vida á la influencia de la prioresa Margarita. El impresor contó á Obelia la vida de su padre á la Rochela y la muerte de Rávida, y aconsejó á Joselino que saliese aquella misma noche con su sobrino para ponerse en marcha hacia la Rochela, aunque tardasen que pararse al cabo de algunas leguas para que Obelia descansase tras tan dolorosas emociones. El impresor entregó al franco topo el dinero necesario para el viaje, y se encargó de avisar á masse Rainband, en caso de que este quisiera tambien retirarse en la Rochela, que el franco topo y su sobrino le esperaban en Rámpes, donde se detendrian dos dias. Joselino y Obelia partieron de Paris antes de amanecer y llegaron á Rámpes sin tropiezo conservando su distraz religiosa. Masse Rainband y su esposa acudieron á la cita, y todos cuatro llegaron el 17 de febrero de 1811 á la Rochela donde encontraron á Cristian Le-trenn. El franco topo entregó á su cuñado la biblia de bolsillo recogida cerca de la hoguera durante el suplicio de Hera... Y esta biblia aumentó las reliquias de la familia.

INDICE

De las materias contenidas en el tomo cuarto.

EL CUCHILLO DE CARNICERO Ó JUANA LA DONCELLA.

| | Pag |
|--|-----|
| CAPÍTULO PRIMERO. — Domremy.— Infancia de <i>Juana Darc</i> .— <i>Sibila</i> su madrina.— El árbol de las hadas.— La leyenda de <i>Hena</i> la virgen de la isla de Sen.— Profecía de <i>Merlin</i> , el bardo galo.— El tañido de las campanas.— El mensajero real.— <i>Santa Margarita</i> y <i>Santa Catalina</i> .— <i>Fray Arsenio</i> el médico.— Los ingleses.— Incendio y saqueo de la aldea de <i>San Pedro</i> .— El castillo de la isla.— <i>Borgoñones</i> y <i>Armañacs</i> .— El ayuno.— Primera vision de <i>Juanita</i> .— La mision.— El sargento.— El casco y la espada.— Partida para <i>Vaucouleurs</i> | 5 |
| El harpa de <i>Merlin</i> el bardo. | 14 |
| La profecía de <i>Merlin</i> | 19 |
| La leyenda de <i>Hena</i> | 22 |
| CAP. II. — <i>Vaucouleurs</i> .— El capitan <i>Roberto de Baudricourt</i> y <i>Dionisio Laxart</i> .— La entrevista.— El señor de <i>Novelpout</i> .— <i>Juana</i> .— La inspiracion.— Partida para el sitio real de <i>Chinon</i> | 55 |
| CAP. III. — <i>Chinon</i> .— Llegada de <i>Juana</i> á la corte de <i>Cárlos VII</i> .— El consejo real.— <i>Regnault de Chartres</i> .— El señor de <i>Gaucourt</i> y <i>Jorge de La-Tremouille</i> .— La plebeya y el rey.— La hermosa <i>Eloisa</i> .— La reina <i>Yolanda de Sicilia</i> | 74 |
| CAP. IV. — <i>Poitiers</i> .— <i>Juana</i> en <i>Poitiers</i> .— La reina <i>Yolanda de Sicilia</i> y el concilio de matronas.— El exámen.— El Canciller de Francia.— <i>Eraut</i> y <i>Garivel</i> consejeros del rey.— <i>Guillermo Aymerí</i> y <i>Pedro Seguin</i> .— Respuestas de la <i>Doncella</i> .— Su carta á los ingleses.— Partida á <i>Orleans</i> | 91 |
| CAP. V. — <i>Orleans</i> .— La semana de <i>Juana Darc</i> .— Llegada de <i>Juana</i> á <i>Orleans</i> el viernes por la noche del 29 de Abril.— Levántese el sitio en la noche del sábado 7 de mayo de 1429.— En ocho dias la ciudad queda libre.— Los ingleses son batidos y arrojados de las posiciones que ocupaban en <i>Turena</i> .— <i>Juana</i> parte para <i>Loches</i> á fin de anunciar su victoria á <i>Cárlos VII</i> y acompañale á <i>Reims</i> donde debe ser coronado. | 101 |
| CAP. VI. — <i>Reims</i> .— Actos de <i>Juana Darc</i> desde que fué levantado el sitio de <i>Orleans</i> hasta la consagracion de <i>Cárlos VII</i> en <i>Reims</i> .— Toma de <i>Jargeau</i> y <i>Beaugency</i> .— Batalla de <i>Patay</i> .— Innoble proceder de <i>Cárlos VII</i> .— Desesperacion de <i>Juana</i> .— Abandona la corte y vá á refugiarse en una alqueria.— Las voces misteriosas.— Nuevos presentimientos de traicion.— <i>Cárlos VII</i> es consagrado en <i>Reims</i> | 158 |
| Ruan. — El martirio de <i>Juana Darc</i> .— Actos de <i>Juana</i> desde la consagracion de <i>Cárlos VII</i> hasta el combate de <i>Compiegne</i> en el que por traicion fué hecha prisionera el 24 de mayo de 1430.— El inquisidor <i>Pedro Cauchon</i> y su amigo <i>Loyseleur</i> .— El proceso.— La abjuracion.— La sentencia.— El suplicio. | 169 |
| El proceso de <i>Juana Darc</i> | 203 |

LA BIBLIA DE BOLSILLO Ó LA FAMILIA DE CRISTIAN EL IMPRESOR.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.—Paris en el siglo XVI.—La casa de Cristian.—El robo.—Ode-
lin, Hena y Hervé.—Limosna para los pobres. 317

CAP. II.—Rodolfo.—La predicacion de las indulgencias.—La imprenta de Roberto
Estienne.—El proscrito. 337

CAP. III.—Josefino, el soldado aventurero.—El sitio de Milan.—Aventuras de una
dama y un caballero. 214

CAP. IV.—La cantera de Montmartre.—Un proyecto gigantesco.—Atentado de
Hervé.— Quien era M. Juan. 383

CAP. V.—La asamblea de los calvinistas.—Profesion de fé.—Gaspar de Coligny.—
Los Lebrenn, y los Plouernel.—El salmo de Clemente Marot.—La puerta de
Montmartre. 419

CAP. VI.—Reclusion de Hena.—Quién era Desmontal. 428

CAP. VII.—La taberna de Pineau.—El franco topo, Tiralana y el Renegado. La
quinta de Roberto Estienne. 452

CAP. VIII.—El 21 de enero de 1535. 484

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

8
11
13
22
25
27
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

